



FRANK  
HERBERT

**DUNE**  
Herejes de Dune

Lectulandia

Los Herejes de Dune es el quinto libro en La Saga de Dune de Frank Herbert. En él se plasman los acontecimientos siguientes al orden de paz forzada por Leto II, el Dios Emperador.

Después de la Desaparición de Leto II, la humanidad ha intentado seguir su camino a través del espacio infinito. Muchos han huido del Antiguo Imperio hacia lo desconocido, en un suceso llamado la "dispersión". La trama se desarrolla muchos miles de años después, cuando los individuos que huyeron hacia la dispersión regresan al interior del Mundo Conocido. La Bene Gesserit tendrá que lidiar con un nuevo problema, al descubrir que ciertos elementos hostiles y poderosos surgen del exterior, trayendo la amenaza del exterminio y la subyugación. Las diversas fuerzas que anteriormente han conspirado por el poder y el control, deberán decidirse por un pacto en contra del enemigo en común, o seguir sus propios intereses hasta llegar al desastre.

Surgen las Honoradas Matres, las nuevas rivales de la orden, quien sólo pueden contar con sus poco eficaces recursos y su Bashar Miles Teg, genio militar, con un talento secreto inesperado.

Lectulandia

Frank Herbert

# Dune

Herejes de Dune

ePUB v1.1

Lightniir 07.05.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Herejes de Dune*  
Frank Herbert, Junio de 1985.  
Traducción: Domingo Santos  
Diseño/retoque portada: Lightniir

Editor original: Lightniir (v1.0)  
Corrección de erratas: Luismi  
ePub base v2.0

# Capítulo I

*La mayor parte de la disciplina es disciplina oculta, designada no a liberar sino a limitar. No preguntes ¿Por qué?. Sé cauteloso con el ¿Cómo?. El ¿Por qué? conduce inexorablemente a la paradoja. El ¿Cómo? te atrapa en un universo de causa y efecto. Ambos niegan el infinito.*

## **«Los Libros Apócrifos De Arrakis»**

—Supongo que Taraza os dijo que hemos empleado ya a once de esos gholas de Duncan Idaho. Este es el doceavo.

La vieja Reverenda Madre Schwangyu habló con deliberada amargura mientras bajaba la vista del parapeto de tres metros de altura hasta el solitario chiquillo que jugaba en el cerrado patio cubierto de césped. La brillante luz del mediodía del sol que iluminaba el planeta Gammu saltaba por encima de las blancas paredes del patio, inundando el área de abajo con un resplandor como si un foco de luz estuviera dirigido directamente sobre el joven ghola.

*¡Empleado!, pensó la Reverenda Madre Lucilla. Se concedió un breve asentimiento, pensando en lo fríamente impersonales que eran las actitudes y la elección de las palabras de Schwangyu. Hemos gastado totalmente su aprovisionamiento; ¡enviénnos más!*

El chiquillo en el césped parecía tener unos doce años estándar, pero la apariencia podía ser algo engañoso en un ghola aún no despertado a sus memorias originales. El muchacho eligió aquel momento para alzar la vista hacia quienes lo estaban observando desde arriba. Tenía un cuerpo robusto, con una mirada directa que se enfocaba intensamente bajo el negro casquete de ensortijado pelo. La amarillenta luz de principios de la primavera arrojaba una débil sombra a sus pies. Su piel era profundamente bronceada, pero un ligero movimiento de su cuerpo hizo deslizarse su traje azul de una sola pieza, revelando una piel más pálida en su hombro izquierdo.

—Esos gholas no solamente son costosos, sino que también son enormemente peligrosos para nosotras —dijo Schwangyu. Su voz surgió llana y desapasionada, y mucho más impactante debido a ello. Era la voz de una Reverenda Madre Instructora hablándole a una acólita, y dejó bien sentado para Lucilla que Schwangyu era una de aquellas que protestaban abiertamente contra el proyecto ghola.

Taraza había advertido: «Intentará conseguir tu apoyo...»

—Once fracasos ya son suficiente —dijo Schwangyu.

Lucilla observó las arrugadas facciones de Schwangyu, pensando repentinamente: *Algún día puede que yo también sea vieja y acartonada. Y quizá sea igualmente alguien poderoso en la Bene Gesserit.*

Schwangyu era una mujer pequeña con numerosas marcas de los años ganadas en los asuntos de la Hermandad. Lucilla sabía por los estudios de su cargo que el atuendo negro convencional de Schwangyu ocultaba una enjuta figura que muy pocas personas más allá de sus acólitas ayudas de cámara y los hombres que habían procreado con ella habían visto nunca. La boca de Schwangyu era grande, el labio inferior tenso por las arrugas de la edad que se perdían en una prominente mandíbula. Sus modales tendían a una seca brusquedad que los no iniciados interpretaban a menudo como irritación. La comandante del Alcázar de Gammu era una persona que se mantenía más retirada en sí misma que la mayoría de las Reverendas Madres.

Una vez más, Lucilla deseó conocer todo el alcance del proyecto Ghola; Taraza había trazado muy claramente la línea divisoria, sin embargo: «No puede confiarse en Schwangyu en cualquier cosa que se relacione con la seguridad del ghola.»

—Teníamos entendido que fueron los propios tleilaxu quienes mataron a la mayoría de los anteriores once —dijo Schwangyu—. Eso debería decir en sí mismo algo.

Imitando la actitud de Schwangyu, Lucilla adoptó una pose tranquila de espera casi impasible. Su actitud decía: «Puede que sea mucho más joven que tú, Schwangyu, pero yo también soy una completa Reverenda Madre». Pudo sentir la mirada de Schwangyu.

Schwangyu había visto los holos de Lucilla, pero la mujer en carne y hueso era mucho más desconcertante. Una Imprimadora con el mejor de los adiestramientos, sin ninguna duda. Unos ojos totalmente azules no corregidos por ninguna lentilla daban a Lucilla una expresión penetrante que encajaba con su largo rostro ovalado. Con la capucha de su aba negra echada hacia atrás como ahora, su pelo castaño quedaba al descubierto, prietamente sujeto con un aro y luego cayendo en cascada sobre su espalda. Ni siquiera su austero atuendo podía ocultar completamente los amplios pechos de Lucilla. Pertenecía a una línea genética famosa por su naturaleza matronal y había dado a luz ya a tres hijos para la Hermandad, dos de ellos del mismo progenitor. Sí... una mujer encantadora de pelo castaño y amplios pechos y una disposición hacia la maternidad.

—Decís muy poco —observó Schwangyu—. Eso me indica que Taraza os ha advertido contra mí.

—¿Tenéis alguna razón para creer que unos asesinos intentarán matar a ese doceavo ghola? —preguntó Lucilla.

—Ya lo han intentado.

Era extraño como la palabra «herejía» brotaba en la mente de una cuando pensaba en Schwangyu, pensó Lucilla. ¿Podía existir la herejía entre las Reverendas Madres? Las insinuaciones de la palabra parecían estar fuera de lugar en un contexto Bene Gesserit. ¿Cómo podían existir movimientos heréticos entre una gente que mantenía

una actitud profundamente manipulativa hacia todas las cosas religiosas?

Lucilla volvió de nuevo su atención al gholá, que eligió aquel momento para realizar una serie de volteretas que le hicieron describir un círculo completo hasta que quedó nuevamente en pie con la vista alzada hacia las dos observadoras del parapeto.

—¡Realiza muy bien sus ejercicios! —dijo burlonamente Schwangyu—. La vieja voz no cubrió por completo una subyacente violencia.

Lucilla miró a Schwangyu. *Herejía*. Disidencia no era la palabra adecuada. Oposición no cubría lo que podía captarse en la vieja mujer. Aquello era algo que podía despedazar a la Bene Gesserit. ¿Una revuelta contra Taraza, contra la Reverenda Madre Superiora? ¡Increíble! Las Madres Superiores eran fundidas en el molde del monarca. Una vez Taraza había aceptado opinión y consejo y luego tomado su decisión, las Hermanas le debían obediencia.

—¡Este no es el momento de crear nuevos problemas! —dijo Schwangyu.

Su significado era claro. La gente de la Dispersión estaba regresando, y las intenciones de algunos entre esos Perdidos amenazaban a la Hermandad. ¡*Honoradas Matres*! Cuán parecidas a «Reverendas Madres» sonaban esas palabras.

Lucilla aventuró una salida exploratoria:

—¿Así que creéis que deberíamos concentrarnos en el problema de esas Honoradas Matres de la Dispersión?

—¿Concentrarnos? ¡Ja! Ellas no tienen nuestros poderes. No muestran ningún buen sentido. ¡Y no tienen el dominio de la melange! Eso es lo que quieren de nosotras, nuestro conocimiento de la especie.

—Quizá —admitió Lucilla. No estaba dispuesta a conceder esto con tan escasas pruebas.

—La Madre Superiora Taraza ha perdido sus sentidos jugueteando de nuevo con este gholá —dijo Schwangyu.

Lucilla permaneció en silencio. El proyecto gholá había tocado de forma definitiva un viejo nervio entre las Hermanas. La posibilidad, incluso remota, de que pudiera dar como resultado otro Kwisatz Haderach enviaba estremecimientos de furioso temor entre sus filas. ¡Entrometerse con los vestigios del Tirano ligados al gusano! Aquello era extremadamente peligroso.

—Nunca deberíamos llevar a ese gholá a Rakis —murmuró Schwangyu—. Dejemos que los gusanos sigan durmiendo.

Lucilla dedicó una vez más su atención al muchacho-gholá. Se había vuelto de espaldas al alto parapeto con sus dos Reverendas Madres, pero algo en su postura decía que sabía que estaban discutiendo sobre él, y aguardaba su respuesta.

—Indudablemente os dais cuenta de que ha sido traído aquí cuando aún es demasiado joven —dijo Schwangyu.

—Nunca había oído de imprimir profundamente a nadie tan joven —admitió

Lucilla. Permitió una suave nota burlona en su tono, algo que sabía que Schwangyu iba a captar y malinterpretar. El control de la procreación y todas sus necesidades accesorias, esa era la especialidad última de la Bene Gesserit. Utiliza el amor pero evítalo, debía estar pensando ahora Schwangyu. Las analistas de la Hermandad conocían las raíces del amor. Habían examinado aquello muy al principio de su desarrollo, pero nunca se habían atrevido a llevarlo a la práctica fuera de aquellos a quienes influenciaban. Tolera el amor pero guárdate de él, esa era la regla. Aprende lo que yace profundamente enterrado dentro de la estructura genética humana, una red de seguridad para garantizar la continuación de la especie. Lo utilizabas cuando era necesario, imprimando a individuos seleccionados (a veces de forma mutua) para los propósitos de la Hermandad, sabiendo entonces que tales individuos quedarían ligados mediante poderosas ataduras no fácilmente disponibles a la conciencia común. Otros podían observar tales ataduras y complotar contra sus consecuencias, pero los ligados danzarían ante la música inconsciente.

—No estaba sugiriendo que es un error imprimirlo —dijo Schwangyu, interpretando equivocadamente el silencio de Lucilla.

—Hacemos lo que se nos ordena hacer —reprendió Lucilla. Dejemos que Schwangyu haga con eso lo que quiera, pensó.

—Entonces no ponéis objeciones a llevar al ghola a Rakis —dijo Schwangyu—. Me pregunto si seguiríais con esa ciega obediencia si conocierais toda la historia.

Lucilla inspiró profundamente. ¿Iba a ser compartida ahora por ella toda la finalidad de los gholas de Duncan Idaho?

—Hay una niña llamada Sheeana Brugh en Rakis —dijo Schwangyu—. Puede controlar a los gusanos gigantes.

Lucilla ocultó su atención. *Gusanos gigantes. No Shai-Hulud. No Shaitan. Gusanos gigantes.* ¡El jinete de la arena predicho por el Tirano había aparecido por fin!

—No estoy hablando a la ligera —dijo Schwangyu cuando Lucilla prosiguió con su silencio.

*Por supuesto que no, pensó Lucilla. Y llamas a las cosas por su etiqueta descriptiva, no por el nombre de su importancia mística. Gusanos gigantes. Y estas pensando realmente en el Tirano, Leto II, cuyo interminable sueño es llevado como una perla de consciencia por cada uno de esos gusanos. O así se nos ha hecho creer.*

Schwangyu hizo una seña con la cabeza hacia el muchacho en el césped, bajo ellas.

—¿Creéis que su ghola será capaz de influenciar a la niña que controla los gusanos?

*Finalmente estamos quitándole la piel al asunto, pensó Lucilla. Dijo:*

—No tengo necesidad de responder a una tal pregunta.



—Sois cautelosa —dijo Schwangyu.

Lucilla arqueó su espalda y se envaró. *¿Cautelosa? ¡Sí, por supuesto!* Taraza le había advertido: «En lo que a Schwangyu se refiere, debes actuar con extrema precaución pero con rapidez. Tenemos una ventana muy estrecha de tiempo dentro de la cual podemos tener éxito.»

¿Éxito en qué?, se preguntó Lucilla. Miró de reojo a Schwangyu.

—No veo cómo los tleilaxu pudieron conseguir matar a once de esos gholas. ¿Cómo pudieron penetrar nuestras defensas?

—Ahora tenemos al Bashar —dijo Schwangyu—. Quizá él pueda impedir el desastre. —Su tono decía que no creía en ello.

La Madre Superiora Taraza había dicho: «Tú eres la Imprimadora, Lucilla. Cuando vayas a Gammu, reconocerás parte del esquema. Pero para tu tarea no necesitas conocer todo el proyecto.»

—¡Pensad en el coste! —dijo Schwangyu, mirando al ghola con ojos brillantes; el chiquillo estaba ahora sentado con las piernas cruzadas, arrancando manojos de césped.

El coste no tenía nada que ver con esto, sabía Lucilla. La abierta admisión del fracaso era mucho más importante. La Hermandad no podía revelar su falibilidad. Pero el hecho de que había sido llamada una Imprimadora muy pronto... eso era vital. Taraza había sabido que la Imprimadora vería esto y reconocería parte del esquema.

Schwangyu hizo un gesto con una huesuda mano hacia el muchacho, que había vuelto a su solitario juego, corriendo y dando volteretas sobre el césped.

—Política —dijo Schwangyu.

No había la menor duda de que la política de la Hermandad llenaba el centro de la *herejía* de Schwangyu, pensó Lucilla. La precisión de la argumentación interna podía ser deducida del hecho de que Schwangyu había sido puesta al cargo del Alcázar aquí en Gammu. Aquellos que se oponían a Taraza rehusaban ocupar una línea lateral.

Schwangyu se volvió y miró directamente a Lucilla. Se había dicho ya lo suficiente. Se había oído y se había registrado lo suficiente a través de mentes entrenadas en la consciencia Bene Gesserit. La Casa Capitular había elegido a aquella Lucilla con gran cuidado.

Lucilla captó el atento examen de la vieja mujer pero se negó a permitir que esto afectara a esa íntima sensación de finalidad en la cual podía confiar cualquier Reverenda Madre en tiempos de aflicción. *Bien. Dejemos que me eche una buena mirada.* Lucilla se volvió y su boca se curvó en una suave sonrisa mientras su mirada se paseaba por los techos al otro lado del patio.

Un hombre uniformado armado con un pesado rifle láser apareció allí, miró una vez a las dos Reverendas Madres, y luego centró su atención en el muchacho debajo

de ellas.

—¿Quién es? —preguntó Lucilla.

—Patrin, el ayudante de mayor confianza del Bashar. Se dice que tan sólo es el ordenanza del Bashar, pero una tiene que ser ciega y estúpida para creerlo.

Lucilla examinó con cuidado al hombre del otro lado. Así que este era Patrin. Un nativo de Gammu, había dicho Taraza. Elegido para aquella tarea por el propio Bashar. Delgado y rubio, demasiado viejo para ser soldado, pero el Bashar había sido llamado de su retiro y había insistido en que Patrin debía compartir sus deberes.

Schwangyu observó la forma en que Lucilla desviaba su atención de Patrin al ghola con auténtica preocupación. Sí, si el Bashar había sido llamado de su retiro para protegerlo, entonces el ghola estaba en un peligro extremo.

Lucilla se sobresaltó con una repentina sorpresa.

—Pero... está...

—¡Ordenes de Miles Teg! —dijo Schwangyu, nombrando al Bashar—. Todos los juegos del ghola son juegos de adiestramiento. Sus músculos deben ser preparados para el día en que la sea restaurado su yo original.

—Pero lo que está haciendo ahí abajo no es simple ejercicio —dijo Lucilla. Sintió que sus propios músculos respondían por simpatía al recordado adiestramiento.

—Solamente lo mantendremos alejado de los arcanos de la Hermandad —dijo Schwangyu—. Casi todo lo demás que existe en nuestro almacén de conocimientos puede ser suyo.

—Su tono decía que consideraba aquello extremadamente objetable.

—Seguro que nadie cree que este ghola pueda convertirse en otro Kwisatz Haderach —objetó Lucilla.

Schwangyu se limitó a alzarse de hombros.

Lucilla se mantuvo completamente inmóvil, pensando. ¿Era posible que el ghola pudiera ser transformado en una versión masculina de una Reverenda Madre? ¿Podía aquel Duncan Idaho aprender a mirar hacia dentro de sí mismo a los lugares a los que ninguna Reverenda Madre se atrevía a mirar?

Schwangyu empezó a hablar, su voz apenas un gruñente murmullo:

—La finalidad de este proyecto... tienen un plan peligroso. Pueden cometer el mismo error... —se interrumpió.

*Ellas*, pensó Lucilla. *Su ghola*.

—Me gustaría saber con seguridad la posición de Ix y de las Habladoras Pez en esto —dijo Lucilla.

—¡Las Habladoras Pez! Schwangyu agitó la cabeza ante el simple pensamiento de lo que quedaba del ejército femenino que antiguamente había servido con exclusividad al Tirano. Ellas creen en la verdad y en la justicia.

Lucilla dominó una repentina opresión en su garganta. Schwangyu había

declarado de forma tajante su abierta oposición. Sin embargo, ella mandaba allí. La regla política era sencilla: aquellos que se oponían al proyecto debían controlarlo de tal modo que pudieran abortarlo a la primera señal de problemas. Pero aquel era un genuino gholá de Duncan Idaho, allá abajo en el césped. Las comprobaciones de células y las Decidoras de Verdad lo habían confirmado.

Taraza había dicho: «Estarás allí para enseñarle el amor en todas sus formas.»

—Es tan joven —dijo Lucilla, manteniendo su atención sobre el gholá.

—Joven, sí —dijo Schwangyu—. De modo que, por ahora, supongo que despertaréis sus respuestas infantiles al afecto materno. Más tarde... —Schwangyu se alzó de hombros.

Lucilla no traicionó ninguna reacción emocional. Una Bene Gesserit obedecía. *Soy una Imprimadora. Así pues...* Las órdenes de Taraza y el adiestramiento especializado de Imprimadora definían una línea particular de acontecimientos.

Lucilla dijo a Schwangyu:

—Hay alguien que tiene mi misma apariencia y habla con mi voz. Yo estoy Imprimando para ella. ¿Puedo preguntar quién es?

—No.

Lucilla mantuvo su silencio. No había esperado ninguna revelación, pero se le había hecho notar más de una vez que poseía un sorprendente parecido con la Vieja Madre de Seguridad Darwi Odrade. «*Una joven Odrade*», había oído Lucilla en varias ocasiones. Tanto Lucilla como Odrade pertenecían, por supuesto, a la línea de los Atreides, con una fuerte ascendencia de los descendientes de Siona. ¡Las Habladoras Pez no poseían el monopolio de esos genes!. Pero las *Otras Memorias* de una Reverenda Madre, incluso con su selectividad lineal y su confinamiento al lado femenino, proporcionaban importantes indicios a la amplia configuración del proyecto gholá. Lucilla, que había empezado a confiar en sus experiencias de la persona de Jessica enterrada desde hacía unos cinco mil años en las manipulaciones genéticas de la Hermandad, notó ahora una profunda sensación de temor procedente de aquel lugar. Había allí un esquema familiar. Proporcionaba una sensación tan intensa de fatalidad que Lucilla cayó automáticamente en la Letanía Contra el Miedo tal como le había sido enseñada en su primera introducción a los ritos de la Hermandad:

*«No conoceré el miedo. El miedo mata la mente. El miedo es la pequeña muerte que conduce a la destrucción total. Afrontaré mi miedo. Permitiré que pase sobre mí y a través de mí. Y cuando haya pasado, giraré mi ojo interior para escrutar su camino. Allá donde haya pasado el miedo ya no habrá nada. Sólo estaré yo.»*

La calma regresó a Lucilla.

Schwangyu captó algo de aquello, permitió que su guardia bajara ligeramente. Lucilla no era estúpida, no era una Reverenda Madre *especial* con un título vacío y

apenas la experiencia suficiente como para funcionar sin poner en un compromiso a la Hermandad. Lucilla era genuina, y algunas reacciones no podían serle ocultadas, ni siquiera las reacciones de otra Reverenda Madre. ¡Muy bien, dejémosle que conozca toda la extensión de la oposición a este estúpido, este *peligroso* proyecto!

—No creo que su gholá sobreviva para ver Rakis —dijo Schwangyu.

Lucilla ignoró aquello.

—Habládme de sus amigos —dijo.

—No tiene amigos; sólo maestros.

—Entonces, ¿puedo conocerlos? —Mantuvo su mirada fija en el parapeto opuesto, donde Patrin estaba indolentemente apoyado contra un bajo pilar, su pesado rifle láser dispuesto. Lucilla se dio cuenta con una repentina impresión que Patrin estaba observándola. ¡Patrin representaba un mensaje del Bashar! Obviamente, Schwangyu vio y comprendió. *¡Lo guardamos!*

—Presumo que es a Miles Teg a quien os sentís ansiosa de conocer —dijo Schwangyu.

—Entre otros.

—¿No deseáis entrar primero en contacto con el gholá?

—Ya he entrado en contacto con él. —Lucilla hizo un gesto con la cabeza hacia el patio cerrado donde el muchacho estaba de nuevo en pie, casi inmóvil, mirando hacia arriba, hacia ellas—. Es del género meditativo.

—Tengo sólo los informes de los otros —dijo Schwangyu—, pero sospecho que es el más meditativo de la serie.

Lucilla reprimió un involuntario estremecimiento ante la celeridad en la violenta oposición por parte de las palabras y actitud de Schwangyu. No había ningún indicio de que el muchacho debajo de ellas compartiera una humanidad común.

Mientras Lucilla estaba pensando esto, unas nubes cubrieron el sol, como hacían a menudo allí a aquella hora. Un frío viento sopló sobre las paredes del Alcázar, remolineando en torno al patio. El muchacho se dio la vuelta y reanudó el rápido ritmo de sus ejercicios, obteniendo calor del incremento de su actividad.

—¿Adónde va para estar solo? —preguntó Lucilla.

—Principalmente a su habitación. Ha intentado algunas escapadas peligrosas, pero lo hemos desanimado de que siga intentándolo.

—Debe odiaros mucho.

—Estoy segura de ello.

—Tendré que tratar eso directamente.

—Por supuesto, una Imprimadora no tiene nunca dudas acerca de su habilidad en superar el odio.

—Estaba pensando en Geasa. —Lucilla dirigió una mirada perspicaz a Schwangyu—. Considero sorprendente que permitáis que Geasa cometa un tal error.

—No interfiero con los progresos normales de la instrucción del ghola. Si uno de sus maestros desarrolla un auténtico afecto hacia él, ese no es mi problema.

—Un atractivo muchacho —dijo Lucilla.

Permanecieron un rato más observando al ghola Duncan Idaho en su juego de adiestramiento. Ambas Reverendas Madres pensaron brevemente en Geasa, una de las primeras maestras traídas allí para el proyecto ghola. La actitud de Schwangyu era llana: *Geasa era un fracaso providencial*. Lucilla pensaba únicamente: *Schwangyu y Geasa complican mi tarea*. A ninguna de las dos mujeres se le ocurrió pensar ni por un fugaz momento en la forma en que esos pensamientos reafirmaban sus lealtades.

Mientras observaba al muchacho en el patio, Lucilla empezó a tener una nueva apreciación de lo que el Tirano Emperador había conseguido realmente. Leto II había empleado a su ghola—tipo a través de incontables vidas... algo así como tres mil quinientos años de ellos, uno tras otro. Y el Dios—Emperador Leto II había sido una fuerza no ordinaria de la naturaleza. Había sido el mayor juggernaut de la historia humana, aplastándolo todo: sistemas sociales, odios naturales e innaturales, formas de gobiernos, rituales (tanto tabúes como obligatorios), religiones casuales y religiones intensas. El Aplastante peso del paso del Tirano no había dejado nada sin marcar, ni siquiera la Bene Gesserit.

Leto II lo había llamado «La Senda de Oro», y este ghola de Duncan Idaho ahí debajo de ella, ahora, había figurado de una forma prominente en aquel extraordinario paisaje. Lucilla había estudiado los archivos de la Bene Gesserit, probablemente los mejores del universo. Incluso hoy, en la mayoría de los viejos Planetas imperiales, las parejas recién casadas seguían esparciendo salpicaduras de agua al este y al Oeste, murmurando la versión local de «Que estas bendiciones fluyan de nuevo hasta nosotros a través de esta ofrenda, oh Dios de Infinito Poder e Infinita Misericordia.»

En un tiempo, había sido tarea de las Habladoras Pez y su sumiso sacerdocio reforzar tal obediencia. Pero todo aquello había desarrollado su propio impulso, convirtiéndose en una penetrante compulsión. Incluso el más dubitativo de los creyentes había dicho: «Bien, eso no puede hacer ningún daño.» Era una realización que las más expertas ingenieras religiosas de la Missionaria Protectora de la Bene Gesserit admiraban con frustrada maravilla. El Tirano había superado a lo mejor de la Bene Gesserit. Y mil quinientos años después de la muerte del Tirano, la Hermandad seguía impotente en desatar el nudo central de aquel temible logro.

—¿Quién está a cargo del adiestramiento religioso del muchacho? —preguntó Lucilla.

—Nadie —dijo Schwangyu—. ¿Por qué preocuparse por ello? Si es despertado de nuevo a sus memorias originales, tendrá sus propias ideas. Trabajaremos sobre ellas si alguna vez tenemos que hacerlo.

El muchacho debajo de las dos mujeres completó su período previsto de entrenamiento. Sin dirigir otra mirada a sus observadoras en el parapeto, abandonó el patio cerrado y cruzó una amplia puerta a la izquierda. Patrin también abandonó su posición de guardia sin dirigir una mirada a las dos Reverendas Madres.

—No os dejéis engañar por la gente de Teg —dijo Schwangyu—. Tienen ojos en sus nuca. La madre de nacimiento de Teg, ya lo sabéis, era una de nosotras. ¡Él le está enseñando a ese ghola cosas que sería mejor que no supiera nunca!

## Capítulo II

*Las explosiones son también compresiones de tiempo. Los cambios observables en el universo natural son todos ellos explosivos en algún grado y desde algún punto de vista; de otra manera no podríamos observarlos. La suave Continuidad del cambio, si es frenada lo suficiente, transcurre sin ser apreciada por los observadores cuyo lapso de atención temporal es demasiado corto. Por ello os digo que yo he visto cambios que nunca jamás habríais observado.*

### **Leto II**

La mujer de pie a la luz matutina del Planeta de la Casa Capitular, al otro lado de la mesa donde se sentaba la Reverenda Madre Superiora Alma Mavis Taraza, era alta y flexible. La larga aba que la envolvía en brillante negro desde los hombros hasta el suelo no ocultaba completamente la gracia con que su cuerpo expresaba cada movimiento.

Taraza se inclinó hacia adelante en su sillón y observó el Transmisor de Informes que proyectaba sus condensados glifos Bene Gesserit en el sobre de la mesa, únicamente para sus ojos.

«Darwi Odrade», identificó el transmisor a la mujer de pie, luego apareció una biografía esencial, que Taraza ya conocía en detalle. El transmisor servía para varios propósitos... proporcionaba una memoria segura a la Madre Superiora, permitía una pausa ocasional para pensar mientras fingía repasar los informes, y era un argumento definitivo en el caso de que surgiera algo negativo en alguna de sus entrevistas.

Odrade había dado a luz diecinueve hijos para la Bene Gesserit, observó Taraza mientras las informaciones se deslizaban pasando ante sus ojos. Cada hijo de un padre distinto. Aquello no tenía nada de extraño, pero incluso los ojos más escrutadores podían ver que aquel servicio esencial a la Hermandad no había engrosado en lo más mínimo la carne de Odrade. Sus rasgos exhibían una altivez natural en su larga nariz y en el complemento de las angulosas mejillas. Cada uno de sus rasgos llamaba la atención hacia abajo, hacia una puntiaguda barbilla. Su boca, sin embargo, era llena y prometía una pasión que ella retenía muy cuidadosamente.

*Siempre podemos confiar en los genes de los Atréides, pensó Taraza.*

La cortina de una de las ventanas se agitó detrás de Odrade, y volvió la vista hacia ella. Estaban en la estancia matutina de Taraza, una habitación pequeña y elegantemente amueblada decorada en distintos tonos de verde. Solamente el blanco puro de la silla-perro de Taraza la separaba de su entorno. Los miradores estaban orientados al este, al jardín y al césped, con las lejanas montañas nevadas como telón de fondo del Planeta de la Casa Capitular.

Sin alzar la vista, Taraza dijo:

—Me alegré cuando tanto tú como Lucilla aceptasteis la misión. Eso hace mi tarea mucho más fácil.

—Me hubiera gustado conocer a esa Lucilla —dijo Odrade, mirando a la parte superior de la cabeza de Taraza. Odrade tenía una suave voz de contralto.

Taraza carraspeó.

—No es necesario. Lucilla es una de nuestras más hábiles Imprimadoras. Cada una de vosotras, por supuesto, recibisteis el idéntico condicionamiento liberal para prepararos para esto.

Había algo casi insultante en el tono casual de Taraza, y solamente los hábitos de una larga asociación hicieron que Odrade rechazara un inmediato resentimiento. Parcialmente era debido al empleo de la palabra «liberal», se dio cuenta. Los antepasados Atreides se alzaban en rebelión ante la palabra. Era como si sus acumuladas memorias femeninas atacaran ferozmente a las suposiciones inconscientes y los prejuicios no examinados que se ocultaban tras el concepto.

*«Tan sólo los liberales piensan realmente. Tan sólo los liberales son intelectuales. Tan sólo los liberales comprenden las necesidades de sus semejantes.»*

¡Cuánta perversidad yacía oculta en esa palabra!, pensó Odrade. Cuanto ego secreto exigiendo sentirse superior.

Odrade se recordó a sí misma que Taraza, pese al tono casualmente insultante, había utilizado el término tan sólo en su sentido católico: La educación generalizada de Lucilla había sido cuidadosamente equiparada a la de Odrade.

Taraza se inclinó hacia atrás buscando una posición más cómoda, pero siguió con su atención centrada en el transmisor frente a ella. La luz de las ventanas orientadas al este caía directamente sobre su rostro, produciendo sombras bajo su nariz y barbilla. Taraza, una mujer pequeña apenas un poco más vieja que Odrade, conservaba todavía mucho de la belleza que la había convertido en la procreadora de mayor confianza con padres difíciles. Su rostro era un largo óvalo con suavemente curvadas mejillas. Llevaba su negro pelo tensamente echado hacia atrás a partir de una alta frente con una pronunciada protuberancia central. La boca de Taraza apenas se abría cuando hablaba: un soberbio control del movimiento. La atención de un observador solía centrarse en sus ojos: un irresistible azul sobre azul. El efecto conjunto era el de una suave máscara facial a través de la cual escapaba muy poco que traicionara sus auténticas emociones.

Odrade reconoció aquella postura actual en la Madre Superiora. Dentro de poco Taraza iba a empezar a murmurar para sí misma. Efectivamente, como a una señal, Taraza empezó a murmurar para sí misma.

La Madre Superiora estaba pensando mientras seguía la información biográfica con gran atención. Muchos asuntos ocupaban su mente.



Aquel era un pensamiento tranquilizador para Odrade. Taraza no creía que existiera nada parecido a un poder benéfico salvaguardando la especie humana. La Missionaria Protectora y las intenciones de la Hermandad eran todo lo que contaba en el universo de Taraza. Cualquier cosa que sirviera para esas intenciones, incluso las maquinaciones del hacía tanto tiempo muerto Tirano, podía ser juzgada buena. Todo lo demás era perjudicial. Las intrusiones de la Dispersión —especialmente aquellas descendientes que regresaban y se hacían llamar «Honoradas Matres»— no eran algo en lo que se pudiera confiar. La propia gente de Taraza, incluso aquellas Reverendas Madres que se oponían a ella en el Consejo, eran el último recurso Bene Gesserit, lo único en que se podía confiar.

Todavía sin alzar la vista, Taraza dijo:

—Ya sabes que cuando comparamos los milenios precedentes al Tirano con los posteriores a su muerte, la disminución en los conflictos importantes es fenomenal. Desde el Tirano, el número de tales conflictos ha bajado a menos de un dos por ciento de lo que eran antes.

—Por lo que sabemos —dijo Odrade.

Los ojos de Taraza aletearon, alzándose brevemente, y luego volvieron a bajar.

—¿Qué?

—No tenemos forma alguna de decir cuántas guerras se han producido fuera de nuestro conocimiento. ¿Tienes estadísticas de la gente de la Dispersión?

—¡Por supuesto que no!

—Lo que estás diciendo es que Leto nos domesticó —dijo Odrade.

—Si quieres expresarlo de este modo. —Taraza insertó una señal en algo que vio en su display.

—¿No deberíamos atribuir algo del crédito a nuestro bienamado Bashar Miles Teg? —preguntó Odrade—. ¿O a sus predecesores llenos de talento?

—Nosotras elegimos a esa gente —dijo Taraza.

—No veo la pertinencia de esta discusión marcial —dijo Odrade—. ¿Qué tiene que ver con nuestro actual problema?

—Hay algunas que piensan que podemos revertir a la condición pre-Tirano con un bang de lo más desagradable.

—¿Oh? —Odrade frunció los labios.

—Algunos grupos entre nuestros Perdidos que regresan están vendiendo armas a cualquiera que las desee o pueda comprarlas.

—¿Específicas?

—Armas muy sofisticadas están confluyendo sobre Gammu, y quedan muy pocas dudas de que los tleilaxu están almacenando algunas de las peores.

Taraza se inclinó con una voz baja, casi meditativa.

—Creemos que estamos tomando decisiones trascendentales y fuera de los más

altos principios.

Odrade había oído también aquello antes. Dijo:

—¿Duda la Madre Superiora de la rectitud de la Bene Gesserit?

—¿Dudar? Oh, no. Pero experimento frustración. Trabajamos todas nuestras vidas para esas altamente refinadas metas y al final, ¿qué descubrimos? Descubrimos que muchas de las cosas a las cuales hemos dedicado nuestras vidas proceden de insignificantes decisiones. Pueden ser rastreadas como deseos de comodidad o conveniencia personales, y no tienen nada que ver en absoluto con nuestros altos ideales. Lo que realmente estaba en juego era algún acuerdo mundano que satisfacía las necesidades de aquellos que *podían* tomar las decisiones.

—Te he oído llamar a eso necesidad política —dijo Odrade.

Taraza habló con un férreo control mientras volvía su atención al display frente a ella.

—Si nos institucionalizamos en nuestros juicios, esa es una forma segura de extinguir la Bene Gesserit.

—No encontrarás decisiones insignificantes en mi biografía —dijo Odrade.

—Estoy buscando fuentes de debilidad, grietas.

—Tampoco las encontrarás.

Taraza reprimió una sonrisa. Reconoció aquella observación egocéntrica: la forma que tenía Odrade de aguijonear a la Madre Superiora. Odrade era muy buena aparentando impaciencia, cuando en realidad permanecía suspendida en un flujo atemporal de paciencia.

Cuando Taraza no picó el anzuelo, Odrade reasumió su calmada espera... respiración pausada, mente firme. La paciencia llegó sin necesidad de pensar en ella. La Hermandad le había enseñado hacía mucho tiempo cómo dividir pasado y presente en flujos simultáneos. Mientras observaba su entorno inmediato, podía captar detalles y fragmentos de su pasado y revivirlos como si estuvieran reflejados en una pantalla sobreimpuesta al presente.

*El trabajo de la memoria*, pensó Odrade. Cosas que era necesario arrastrar fuera y dejar descansar. Retirar las barreras. Una vez retirado todo lo demás, siempre quedaba todavía la enmarañada infancia.

Había habido un tiempo en el que Odrade vivía como lo hacen la mayor parte de los niños, en una casa con un hombre y una mujer que, aunque no fueran sus padres, realmente actuaban in loco parentis. Todos los demás niños que conocía entonces vivían en situaciones similares. Tenían *papás* y *mamás*. Algunas veces tan sólo el papá trabajaba fuera de casa. Algunas veces tan sólo la mamá salía a trabajar. En el caso de Odrade, la mujer permanecía en casa y la niña no era enviada a ninguna guardería durante las horas de trabajo. Mucho más tarde Odrade supo que su madre de nacimiento había pagado una gran cantidad de dinero para proporcionarle eso a su

hija apartada de su camino.

—Te ocultó con nosotros porque te quería —le explicó la mujer cuándo Odrade fue lo suficientemente mayor como para comprender—. Es por eso por lo que nunca debes revelar que nosotros no somos tus auténticos padres.

El amor no tenía nada que ver con aquello, supo Odrade más tarde. Las Reverendas Madres no actuaban por tales motivos mundanos. Y la madre de nacimiento de Odrade había sido una Hermana Bene Gesserit.

Todo aquello le fue revelado a Odrade de acuerdo con el plan original. Su nombre. Odrade. Darwi era como siempre había sido llamada cuando el que lo hacía no se mostraba cariñoso o irritado. Naturalmente, los amigos jóvenes lo abreviaban a Dar.

Sin embargo, no todo iba de acuerdo con el plan original. Odrade recordaba una estrecha cama en una habitación realzada con pinturas de animales y paisajes de fantasía en las paredes azul pastel. Unas cortinas blancas se agitaban en la ventana a las suaves brisas de la primavera y el verano. Odrade recordaba saltar sobre la estrecha cama... un maravilloso y divertido juego: arriba, abajo, arriba, abajo. Muchas risas. Unos brazos la sujetaron en medio de uno de esos saltos y la apretaron fuertemente. Eran los brazos de un hombre: un rostro redondo con un pequeño bigote que le hacía cosquillas y la hacía reír. La cama golpeaba contra la pared cuando ella saltaba, y la pared mostraba unas pequeñas indentaciones como resultado de este movimiento.

Odrade revivió esos recuerdos ahora, reluctante de arrojarlos contra el muro de la racionalidad. Señales en una pared. Señales de risas y alegría. Qué pequeñas eran, representando tanto.

Era extraño cómo recientemente había estado pensando cada vez más en papá. Todos los recuerdos no eran felices. Había habido ocasiones en las que él se había mostrado triste e irritado, advirtiéndole a mamá de «no implicarse demasiado». Poseía un rostro que reflejaba muchas frustraciones. Su voz ladraba cuando estaba irritado. Entonces mamá se movía muy discretamente, con los ojos llenos de preocupación. Odrade captaba la preocupación y el miedo y se ofendía con el hombre. La mujer sabía mejor cómo tratarlo. Le besaba en la nuca, acariciaba sus mejillas y le susurraba cosas al oído.

Esas antiguas emociones «naturales» habían dado mucho trabajo al analista-censor de la Bene Gesserit antes de que pudieran ser exorcizadas de Odrade. Pero incluso ahora quedaba un detritus residual que había que recoger y echar. Incluso ahora. Odrade sabía que no todo había desaparecido.

Viendo la forma en que Taraza estudiaba con extremo cuidado el informe biográfico, Odrade se preguntó si aquella era la grieta que veía la Madre Superiora.

*Seguramente ahora saben que puedo enfrentarme a las emociones de esos*

*primeros tiempos.*

Hacía tanto tiempo de todo ello. Aún tenía que admitir que el recuerdo del hombre y la mujer estaban dentro de ella, ligados con tal fuerza que nunca podrían ser borrados por completo. Especialmente mamá.

La Reverenda Madre in extremis que había dado a luz a Odrade la había depositado en aquel lugar oculto de Gammu por razones que ahora Odrade comprendía muy bien. Odrade no experimentaba resentimientos. Había sido necesario para la supervivencia de las dos. Los problemas surgían del hecho de que la madre adoptiva había proporcionado a Odrade eso que la mayor parte de las madres proporcionaban a sus hijos, eso en lo que no creía la Hermandad... amor.

Cuando vinieron las Reverendas Madres, la madre adoptiva no había luchado contra el que se le llevaran a su hija. Aparecieron dos Reverendas Madres con un contingente de procuradores masculinos y femeninos. Odrade necesitó mucho tiempo para comprender el significado de aquel desgarrador momento. La mujer había sabido en lo más íntimo de su corazón que el día de la partida estaba cercano. Sólo era cuestión de tiempo. Sin embargo, a medida que los días se convertían en años — casi seis años estándar—, la mujer se había atrevido a albergar esperanzas.

Luego aparecieron las Reverendas Madres con sus fornidos ayudantes. Simplemente habían estado aguardando hasta tener la completa seguridad, hasta asegurarse de que los cazadores no sabían que se trataba de una Bene Gesserit... una planeada descendiente de los Atreides.

Odrade vio que le era entregada una gran cantidad de dinero a su madre adoptiva. La mujer arrojó el dinero al suelo. Pero no se alzó ninguna voz, ninguna objeción. Los adultos que interpretaban la escena sabían dónde estaba el poder.

Recordando aquellas comprimidas emociones, Odrade podía ver todavía a la mujer sentada en una silla de respaldo recto junto a la ventana que daba a la calle, donde empezó a agitarse hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás. Ningún sonido salió de ella.

Las Reverendas Madres utilizaron la Voz y su considerable astucia más el humo de hierbas anestésicas y su imponente presencia para llevar a Odrade al vehículo de superficie que les aguardaba.

—Será sólo por poco tiempo. Tu auténtica madre nos ha enviado.

Odrade captó las mentiras, pero la curiosidad la empujaba. *Mi auténtica madre.*

Su última visión de la mujer que había sido su única madre conocida fue la de aquella figura en la ventana agitándose hacia adelante y hacia atrás, con una expresión desolada en su rostro, abrazándose con sus propios brazos.

Más tarde, cuando Odrade habló de regresar junto a la mujer, aquella memoria—visión fue incorporada a una lección esencial Bene Gesserit.

—El amor conduce a la miseria. El amor es una fuerza muy antigua, que sirvió a

sus propósitos en su día pero que ya no resulta esencial para la supervivencia de la especie. Recuerda ese error de las mujeres, el dolor.

Hasta muy pasados los diez años, Odrade se estabilizó soñando despierta. *Realmente* iba a volver después de convertirse en una auténtica Reverenda Madre. Volvería y encontraría de nuevo a aquella amante mujer, la encontraría pese a que no tenía más nombres de ella que «mamá» y «Sibia». Odrade recordó las risas de los amigos adultos que habían llamado a la mujer «Sibia». *Mamá Sibia*.

Sus Hermanas, sin embargo, detectaron esos sueños y buscaron su fuente. Eso también fue incorporado en una lección.

—Soñar despierta es el primer despertar de lo que llamamos simulflujo. Es una herramienta esencial del pensamiento racional. Con ella puedes aclarar tu mente para pensar mejor. *Simulflujo*.

Odrade centró su atención en Taraza, en la mesa de la estancia matutina. El trauma de la infancia debía ser cuidadosamente situado en un lugar reconstruido de la memoria. Todo aquello había ocurrido muy lejos en Gammu, el planeta que el pueblo de Dan había reedificado después de los Tiempos de Hambruna y la Dispersión. El pueblo de Dan... Caladan en aquellos días. Odrade se aferró firmemente en el pensamiento racional, utilizando la actitud de las Otras Memorias que habían fluido en su consciencia durante la agonía de la especie cuando se había convertido realmente en una Reverenda Madre completa.

*Simulflujo... el filtro de la consciencia... Otras Memorias.*

Eran unas herramientas poderosas las que le había proporcionado la Hermandad. Unas herramientas peligrosas. Todas aquellas otras vidas yacían justo detrás de la cortina de la consciencia, herramientas para la supervivencia, no una forma de satisfacer una curiosidad casual.

Taraza dijo, traduciendo del material que se deslizaba ante sus ojos:

—Profundizaste demasiado en tus Otras Memorias. Eso drena las energías mejor conservadas.

Los ojos completamente azules de la Madre Superiora lanzaron una penetrante mirada a Odrade.

—A veces has llegado hasta el borde mismo de la tolerancia de la carne. Eso puede conducirte a una muerte prematura.

—Soy cuidadosa con la especie, Madre.

—¡Y debes serlo! ¡Un cuerpo puede tomar tan sólo una determinada cantidad de melange, puede bucear tan sólo hasta un cierto límite en su pasado!

—¿Has encontrado mi grieta? —preguntó Odrade.

—¡Gammu! —Una sola palabra, pero toda una arenga.

Odrade supo. El inevitable trauma de aquellos años perdidos en Gammu. Eran una distracción que debía ser desenraizada y convertida en algo racionalmente

aceptable.

—Pero soy enviada a Rakis —dijo Odrade.

—Y veo que recuerdas los aforismos de la moderación. ¡Recuerda quién eres!

Una vez más, Taraza se inclinó hacia su display.

*Soy Odrade*, pensó Odrade.

En las escuelas Bene Gesserit, donde los nombres de pila tendían a desaparecer, las listas se pasaban por el apellido. Amigos y conocidos adquirirían la costumbre de utilizar el nombre por el que se pasaba lista. Aprendían muy pronto que compartir un secreto o unos nombres privados era una antigua forma de atrapar a una persona en afectos.

Taraza, tres clases por delante de Odrade, había sido asignada a «llevar adelante a la joven», una deliberada asociación maquinada por unas vigilantes maestras.

«Llevar adelante» significaba un cierto dominio sobre la persona más joven, pero también incorporaba una mayor relación. Taraza, con acceso a los informes privados de su pupila, empezó a llamar a la joven «Dar». Odrade respondió llamando a Taraza «Tar». Los dos nombres adquirieron una cierta pegajosidad... Dar y Tar. Incluso después de que las Reverendas Madres los oyeran y las reprendieran, ocasionalmente seguían cayendo en ello aunque sólo fuera por simple diversión.

Odrade, mirando ahora a Taraza, dijo:

—Dar y Tar.

Una sonrisa curvó las comisuras de la boca de Taraza.

—¿Qué hay en mis informes que tú ya no conozcas más de siete veces? —preguntó Odrade.

Taraza se reclinó en su asiento y aguardó a que la silla-perro se ajustara por sí misma a la nueva posición. Apoyó sus manos unidas en el sobre de la mesa y miró a la otra mujer.

*No mucho más joven que yo, realmente*, pensó Taraza.

Desde la escuela, sin embargo, Taraza había pensado en Odrade como en alguien perteneciente por completo a un grupo más joven en edad, creando así entre ellas un abismo que ningún paso de los años podía cerrar.

—Ve con cuidado al principio, Dar —dijo Taraza.

—Este proyecto está ya mucho más allá de su principio —dijo Odrade.

—Pero tu parte en él empieza ahora. Y estamos iniciando un nuevo principio como nunca antes habíamos intentado.

—¿Voy a saber ahora todo lo relativo a la finalidad de este ghola?

—No.

Así, simplemente. Toda la evidencia de una disputa a alto nivel y la «necesidad de saber» borradas con una simple palabra. Pero Odrade comprendió. Había un encabezamiento organizativo en la original Casa Capitular de la Bene Gesserit, que

había resistido con tan sólo cambios mínimos sin importancia a lo largo de los milenios. Las divisiones Bene Gesserit eran cortadas con resistentes barreras verticales y horizontales, separándolas en grupos aislados que convergían en un solo mando únicamente allá, en la cúspide. Los deberes (que eran calificados como «papeles asignados») eran realizados dentro de celdas separadas. Las participantes activas en el interior de una celda no conocían a sus contemporáneas en el interior de otras celdas paralelas.

*Pero sé que la Reverenda Madre Lucilla se halla en una celda paralela,* pensó Odrade. *Es la respuesta lógica.*

Reconoció la necesidad. Era un antiguo diseño copiado de las sociedades secretas revolucionarias. Las Bene Gesserit siempre se habían visto a sí mismas como revolucionarias permanentes. Era una revolución lo que tan sólo se había amortiguado en la época del Tirano, Leto II.

*Amortiguado, pero no desviado o detenido,* se recordó Odrade.

—En lo que vas a hacer —dijo Taraza—, dime si captas alguna amenaza inmediata contra la Hermandad.

Era una de las peticiones *peculiares* de Taraza, que Odrade había aprendido a responder mediante un instinto sin palabras, que luego podía ser traducido en palabras. Rápidamente, dijo:

—Si fracasamos en actuar, será peor.

—Razonamos que ahí podía estar el peligro —dijo Taraza. Habló con una voz seca y remota. A Taraza no le gustaba solicitar aquel talento en Odrade. La otra mujer más joven poseía un instinto presciente para detectar amenazas contra la Hermandad. Era algo que procedía de la influencia salvaje de su línea genética, por supuesto... los Atreides con sus peligrosos talentos. Había una marca especial en el archivo genético de Odrade: «Cuidadoso examen de todos sus descendientes». Dos de esos descendientes habían sido eliminados discretamente.

*No hubiera debido despertar el talento de Odrade ahora, ni siquiera por un momento,* pensó Taraza. Pero a veces la tentación era muy grande.

Taraza cerró el proyector en el sobre de su mesa y contempló la superficie vacía mientras hablaba.

—Incluso aunque encontraras un perfecto progenitor, no procrearás sin nuestro permiso mientras permanezcas alejada de nosotras.

—El error de mi madre natural —dijo Odrade.

—¡El error de tu madre natural fue ser reconocida mientras estaba procreando!

Odrade había oído aquello antes. Existía aquel elemento en la línea que los Atreides que requería el más cuidadoso control de las mujeres procreadoras. El talento salvaje, por supuesto. Lo sabía todo acerca del talento salvaje, esa fuerza genética que había producido al Kwisatz Haderach y al Tirano. ¿Qué estaban

buscando ahora las mujeres procreadoras, sin embargo? ¿Era su enfoque negativo en su mayor parte? ¡No más nacimientos peligrosos! Nunca había visto a ninguno de sus bebés después de haberlos dado a luz, lo cual no resultaba necesariamente curioso dentro de la Hermandad. Y ella nunca había visto ninguno de los informes de su propio archivo genético. Aquí también, la Hermandad operaba con una cuidadosa separación de poderes.

*¡Y esas anteriores prohibiciones respecto a mis Otras Memorias!*

Había encontrado los espacios en blanco en su memoria y los había abierto. Era probable que tan sólo Taraza y quizá otras dos consejeras (Bellonda, muy probablemente, y alguna otra vieja Reverenda Madre) compartieran el más sensitivo acceso a esa información procreadora.

¿Habían jurado realmente Taraza y las otras morir antes que revelar información reservada a un extraño? Existía, después de todo, un preciso ritual de sucesión que hacía que una Reverenda Madre clave muriera apartada de sus Hermanas sin ninguna posibilidad de transmitirles sus vidas encapsuladas. El ritual había sido puesto en práctica muchas veces durante el reinado del Tirano. ¡Un terrible período! ¡Sabiendo que las células revolucionarias de las Hermanas resultaban transparentes para él! ¡Monstruo! Sabía que sus Hermanas nunca se habían dejado engañar, y sabían que Leto no había destruido a la Bene Gesserit únicamente debido a alguna lealtad profundamente enterrada en él hacia su abuela, Dama Jessica.

*¿Estáis vos aquí, Jessica?*

Odrade sintió una agitación dentro de ella, muy lejos. El fracaso de una Reverenda Madre: «¡Permitió enamorarse!» Algo tan pequeño, y sin embargo, qué grandes consecuencias. Tres mil quinientos años de tiranía.

La Senda de Oro. ¿Infinita? ¿Y los megatrillones perdidos en la Dispersión? ¿Qué amenaza representaban esos Perdidos que ahora estaban regresando?

Como si leyera la mente de Odrade, lo cual parecía hacer a veces, Taraza dijo:

—Los de la Dispersión están ahí afuera... simplemente aguardando para saltar.

Odrade había oído las discusiones: peligro por un lado y por el otro, algo magnéticamente atractivo. Tantas magnificas incógnitas. La Hermandad, con sus talentos agudizados por la melange a lo largo de milenios... ¿qué podían no hacer con tales recursos humanos no bloqueados? ¡Pensad en los incontables genes de ahí afuera! ¡Pensad en los talentos potenciales flotando libres en universos donde podían perderse eternamente!

—Es el no saber lo que conjura los más grandes terrores —dijo Odrade.

—Y las más grandes ambiciones —dijo Taraza.

—Entonces, ¿voy a ir a Rakis?

—A su debido tiempo. Te encuentro adecuada para la tarea.

—O de otro modo no me la hubieras asignado.



Había un antiguo intercambio entre ellas, que iba directamente hasta sus días escolares. Taraza se dio cuenta, sin embargo, de que no había brotado conscientemente. Demasiados recuerdos las unían a las dos: Dar y Tar. ¡Había que vigilar aquello!

—Recuerda dónde están tus lealtades —dijo Taraza.

## Capítulo III

*La existencia de no-naves plantea la posibilidad de destruir planetas enteros sin represalias. Un objeto grande, un asteroide o algo equivalente, puede ser enviado contra el planeta. O la gente puede ser lanzada la una contra la otra mediante subversión sexual, y luego puede ser armada para destruirse a sí misma. Esas Honoradas Matres aparecen para favorecer esta última técnica.*

### ***Análisis de la Bene Gesserit***

Desde su posición en el patio e incluso cuando parecía no hacerlo, Duncan Idaho mantuvo su atención fija en las dos observadoras encima suyo. Estaba también Patrin, por supuesto, pero Patrin no contaba. Eran las Reverendas Madres al otro lado de Patrin, las que no dejaban de observar. Viendo a Lucilla, pensó: *Esa es la nueva*. Este pensamiento lo llenó con una oleada de excitación, que eliminó con un renovado ejercicio.

Completó los primeros tres esquemas del juego de adiestramiento que Miles Teg había ordenado, vagamente consciente de que Patrin informaría de lo bien que lo había hecho. A Duncan le gustaban Teg y el viejo Patrin, y tenía la impresión de que el sentimiento era recíproco. Aquella nueva Reverenda Madre, sin embargo... su presencia sugería cambios interesantes. Por un lado, era más joven que las otras.

Además, aquella nueva no intentaba ocultar los ojos que eran un primer indicio de su pertenencia a la Bene Gesserit. Su primera mirada a Schwangyu lo había enfrentado con unos ojos ocultos tras unas lentillas de contacto que simulaban pupilas de no adicto con un blanco ligeramente surcado de venillas rojas. Había oído a uno de los acólitos del Alcázar decir que las lentillas de Schwangyu corregían también «una debilidad astigmática que ha sido aceptada en su línea genética como una razonable concesión ante las otras cualidades que transmitirá a su descendencia».

Por aquel entonces, la mayor parte de esas observaciones eran ininteligibles para Duncan, pero había buscado las referencias en la biblioteca del Alcázar, referencias a la vez escasas y fuertemente limitadas en contenido. La propia Schwangyu había bloqueado todas sus preguntas sobre el tema, pero el comportamiento subsiguiente de sus maestros le había dicho que aquello la había puesto furiosa. De una forma típica, había descargado su furia sobre otros.

Lo que realmente la había trastornado, sospechaba, era su pregunta de saber si ella era su madre.

Desde hacía un cierto tiempo ya, Duncan sabía que él era algo especial. Había lugares en el elaborado complejo de aquel Alcázar Bene Gesserit donde no se le permitía la entrada. Había hallado formas particulares de eludir tales prohibiciones, y

había mirado a menudo a través de gruesos cristales y ventanas abiertas a guardias y enormes extensiones de terreno despejado que podían ser cubiertos desde blindadas torretas de vigilancia estratégicamente situadas. El propio Miles Teg le había enseñado la importancia de aquella disposición de defensa.

Gammu, era llamado ahora el planeta. En otro tiempo había sido conocido como Giedi Prime, pero alguien llamado Gurney Halleck lo había cambiado. Todo aquello era historia antigua. Aburrido. Aún quedaba un débil olor de aceite rancio en el polvo del planeta, recuerdo de sus días predanianos. Milenios de plantaciones especiales estaban cambiando aquello, explicaban sus maestros. Podía ver parte de todo ello desde el Alcázar. Bosques de coníferas y otros árboles les rodeaban allí.

Observando aún disimuladamente a las dos Reverendas Madres, Duncan efectuó una serie de volteretas. Flexionó sus sorprendentes músculos mientras se movía de la forma en que Teg le había enseñado.

Teg le había instruido también en defensas planetarias.

Gammu estaba rodeado por un anillo de monitores orbitales cuyas tripulaciones no podían tener a sus familias ahí arriba consigo. Las familias permanecían aquí abajo en Gammu, rehenes de la vigilancia de aquellos guardianes orbitales. En algún lugar entre las naves en el espacio, había no-naves indetectables cuyas tripulaciones estaban compuestas enteramente por gente del Bashar y Hermanas Bene Gesserit.

—No hubiera aceptado esta responsabilidad sin estar completamente seguro de todas las instalaciones de defensa —había explicado Teg.

Duncan se había dado cuenta de que *él* era «esta responsabilidad». El Alcázar estaba allí para protegerle a él. Los monitores orbitales de Teg, incluidas las no-naves, protegían el Alcázar.

Todo aquello formaba parte de una educación militar cuyos elementos Duncan encontraba de alguna forma familiares. Aprendiendo cómo defender un —al parecer— vulnerable planeta de ataques originados en el espacio, *sabía* cuándo esas defensas estaban correctamente situadas. Era algo extremadamente complicado en su conjunto, pero los elementos eran identificables y podían ser comprendidos. Estaba, por ejemplo, el control constante de la atmósfera y del suero sanguíneo de los habitantes de Gammu. Los doctores Suk pagados por la Bene Gesserit estaban por todas partes.

—Las enfermedades son armas —decía Teg—. Nuestra defensa contra las enfermedades debe ser cuidadosamente ajustada.

Frecuentemente, Teg despotricaba contra las defensas pasivas. Las llamaba «el producto de una mentalidad de sitio que desde hace mucho se sabe crea debilidades mortales».

Cuando acudía a la instrucción militar de Teg, Duncan escuchaba atentamente. Patrin y los informes de la biblioteca confirmaban que el Bashar Mentat Miles Teg había sido un famoso líder militar para la Bene Gesserit. Patrin se refería a menudo a

su servicio juntos, y siempre Teg era el héroe.

—La movilidad es la clave del éxito militar —decía Teg—. Si te hallas atado a un fuerte, aunque este fuerte sea todo un planeta, eres definitivamente vulnerable.

A Teg no le importaba mucho Gammu.

—Veo que ya sabes que este lugar era llamado antiguamente Giedi Prime. Los Harkonnen que gobernaron aquí nos enseñaron unas cuantas cosas. Tenemos una mejor idea, gracias a ellos, de lo terriblemente brutales que pueden llegar a convertirse los hombres.

Mientras recordaba esto, Duncan observó que las dos Reverendas Madres que observaban desde el parapeto estaban discutiendo, obviamente sobre él.

*¿Soy la responsabilidad de la nueva?*

A Duncan no le gustaba ser observado, y esperaba que la nueva le concediera algo de tiempo para sí mismo. No parecía de las duras. No como Schwangyu.

Mientras proseguía sus ejercicios, Duncan los acompasó al ritmo de una letanía particular: *¡Maldita Schwangyu! ¡Maldita Schwangyu!*

Había odiado a Schwangyu desde la edad de nueve años... hacía cuatro años ya. Ella no sabía de su odio, pensó. Probablemente había olvidado incluso el incidente donde su odio había prendido.

Apenas nueve años, y había conseguido deslizarse por entre los guardias interiores hasta un túnel que conducía a una de las torretas de defensa. Olía a hongos en el túnel. Las luces eran débiles. Humedad. Miró a través de las ranuras para las armas de la torreta antes de ser descubierto y devuelto a toda prisa al interior del Alcázar.

Su escapada ocasionó una severa reprimenda de Schwangyu, una figura remota y amenazadora cuyas órdenes debían ser obedecidas. Así era como seguía pensando aún de ella, pese a que desde entonces había aprendido acerca de la Voz-de-Mando de la Bene Gesserit, esa sutilidad vocal que podía dominar la voluntad de un oyente no adiestrado.

*Debe ser obedecida.*

—Has ocasionado el castigo disciplinario de toda una unidad de guardia —dijo Schwangyu—. Todos ellos van a ser severamente castigados.

Aquella había sido la parte más terrible de la reprimenda. Duncan apreciaba a varios de los guardias, y ocasionalmente bromeaba con algunos, riendo y jugando con ellos. Su travesura, escapándose hasta la torreta, había causado daño a algunos de sus amigos.

Duncan sabía lo que significaba ser castigado.

*¡Maldita Schwangyu! ¡Maldita Schwangyu...!*

Después de la reprimenda de Schwangyu, Duncan corrió hacia su jefa de instructores del momento, la Reverenda Madre Tamalane, otra de las acartonadas

viejas mujeres con unos modales fríos y reservados y un pelo como la nieve sobre un rostro estrecho y una piel como cuero viejo. Le pidió a Tamalane que le dijera cuál iba a ser el castigo de sus guardias.

Tamalane se hundió en una actitud sorprendentemente pensativa, y su voz sonó como arena rascando contra madera.

—¿Castigo? Bien, bien.

Estaban en la pequeña sala de profesores anexa a la gran sala de prácticas, donde Tamalane acudía cada tarde para preparar las lecciones del día siguiente. Era un lugar de burbujas y lectores de cintas y otros sofisticados medios para almacenaje y búsqueda de la información. Duncan lo prefería con mucho a la biblioteca, pero no se le permitía entrar en la sala de profesores sin ir acompañado. Era una estancia brillantemente iluminada por varios globos a suspensor. Ante su intrusión, Tamalane se había vuelto del lugar donde estaba preparando sus lecciones.

—Siempre hay algo de banquete sacrificial en nuestros castigos importantes —le dijo—. Los guardias, por supuesto, recibirán un castigo ejemplar.

—¿Banquete? —Duncan estaba desconcertado.

Tamalane acabó de darse la vuelta por completo en su silla giratoria y le miró directamente a los ojos. Sus acerados dientes resplandecieron a las brillantes luces.

—La historia raramente ha sido buena con aquellos que deben ser castigados —dijo.

Duncan retrocedió ante la palabra «historia». Era una de las señales de Tamalane. Iba a ofrecerle una lección, otra aburrida lección.

—Los castigos de la Bene Gesserit no pueden ser olvidados.

Duncan centró su atención en la vieja boca de Tamalane, con la brusca sensación de que la mujer estaba hablando de una dolorosa experiencia personal ¡Iba a aprender algo interesante!

—Nuestros castigos llevan consigo una inescapable lección —dijo Tamalane—. Es mucho más que el dolor.

Duncan se sentó en el suelo a sus pies. Desde aquel ángulo, Tamalane era una ominosa figura envuelta en negro.

—Nosotras no castigamos con la agonía definitiva —dijo—. Esta queda reservada al paso de la Reverenda Madre por la especia.

Duncan asintió. Las grabaciones de la biblioteca se referían a la «agonía de la especia», una misteriosa prueba que creaba a una Reverenda Madre.

—Los castigos importantes son dolorosos, sin embargo dijo—. Son también dolorosos emocionalmente. La emoción evocada por el castigo es siempre la emoción que juzgamos es la mayor debilidad del penitente, y así reforzamos el castigo.

Sus palabras llenaron a Duncan con un vago temor. ¿Qué iban a hacerles a sus guardias? No pudo hablar, pero no había necesidad. Tamalane no había terminado.

—El castigo acaba siempre con un postre —dijo, y palmeó sus manos contra sus rodillas.

Duncan frunció el ceño.

—¿Postre? Eso forma parte de un banquete. ¿Cómo puede un banquete ser un castigo?

—No se trata realmente de un banquete, sino de la idea de un banquete —dijo Tamalane. Una mano parecida a una garra describió un círculo en el aire—. Llega el postre, algo totalmente inesperado. El penitente piensa: *¡Ahhh, he sido perdonado al fin!* ¿Comprendes?

Duncan agitó negativamente la cabeza, de lado a lado. No, no comprendía.

—Es la dulzura del momento —dijo ella—. Has pasado por todo un doloroso banquete, y llegas al final a algo que puedes saborear. ¡Pero! Mientras lo saboreas, *entonces* llega el momento más doloroso de todos, el reconocimiento, la *comprensión* de que aquel no es el placer al final del dolor. No, en absoluto. Es el dolor definitivo del gran castigo. Encierra la lección de la Bene Gesserit.

—¿Pero qué es lo que va a hacerles a esos guardias? —Duncan tuvo que esforzarse para pronunciar aquellas palabras.

—No puedo decir qué elementos específicos de castigo individual serán. No tengo necesidad de saberlo. Sólo puedo decirte que será algo diferente para cada uno de ellos.

Tamalane no dijo nada más. Se volvió de nuevo a las lecciones del día siguiente.

—Mañana —murmuró—, continuaremos enseñándote a identificar las fuentes de los distintos acentos del galach hablado. Nadie más, ni siquiera Teg o Patrin, respondió a sus preguntas acerca de los castigos. Incluso los guardias, cuando los vio después, se negaron a hablar de sus pruebas. Algunos reaccionaron secamente a sus intentos de aproximación, y ninguno quiso jugar más con él. No había perdón por parte de los castigados. Esto estaba claro.

*¡Maldita Schwangyu! ¡Maldita Schwangyu!*

Así era como había empezado su profundo odio hacia ella. Todas las viejas brujas lo compartían. ¿Sería esa nueva y más joven igual que las más viejas?

*¡Maldita Schwangyu!*

Cuando le preguntó a Schwangyu: «¿Por qué has tenido que castigarles?», Schwangyu se tomó un cierto tiempo antes de responder. Luego:

—Gammu es peligroso para ti —dijo—. Hay gente que desea hacerte daño.

Duncan no preguntó por qué. Aquella era otra área donde sus preguntas nunca eran respondidas. Ni siquiera Teg respondía, pese a que su propia presencia enfatizaba el hecho de ese peligro.

Y Miles Teg era un Mentat que tenía que conocer muchas respuestas. Duncan veía brillar a menudo los ojos del viejo mientras sus pensamientos volaban muy lejos.

Pero no había ninguna respuesta Mentat a preguntas tales como:

—¿Por qué estamos aquí en Gammu?

—¿Contra quién me guardas?

—¿Quién quiere hacerme daño?

—¿Quiénes son mis padres?

El silencio respondía a tales preguntas, o algunas veces Teg gruñía:

—No puedo contestarte.

La biblioteca era inútil. Había descubierto esto cuando tenía tan sólo ocho años y su jefe instructor era una Reverenda Madre fracasada llamada Luran Geasa... no tan vieja como Schwangyu pero bien entrada en años, más de un centenar, al menos.

A su demanda, la biblioteca le ofrecía información acerca de Gammu/Giedi Prime, acerca de los Harkonnen y su caída, acerca de los diversos conflictos en los que Teg había tenido una actuación importante. Ninguna de esas batallas resultaba haber sido muy sangrienta; varios comentarios se referían a la «soberbia diplomacia» de Teg. Pero, con un dato conduciendo a otro, Duncan había llegado a saber acerca de la época del Dios Emperador y del sometimiento de su pueblo. Ese período atrajo la atención de Duncan durante semanas. Encontró un viejo mapa en las grabaciones, y lo proyectó en la pared–pantalla. Las sobreimpresiones del comentador le dijeron que aquel Alcázar había sido un Centro de Mando de las Habladoras Pez, abandonado durante la Dispersión.

*¡Habladoras Pez!*

Duncan deseó entonces haber vivido durante su tiempo, sirviendo como uno de los raros consejeros masculinos en el ejército de mujeres que había adorado al gran Dios Emperador.

*¡Oh, haber vivido en Rakis durante aquellos días!*

Teg se mostró sorprendentemente comunicativo acerca del Dios Emperador, llamándolo siempre «el Tirano». Una de las secciones reservadas de la biblioteca fue abierta, y la información acerca de Rakis brotó para Duncan.

—¿Podré ver alguna vez Rakis? —preguntó a Geasa.

—Estás siendo preparado para vivir allí.

La respuesta lo sorprendió. Todo lo que había aprendido acerca de aquel lejano planeta adquirió un nuevo enfoque.

—¿Por qué viviré allí?

—No puedo responder a eso.

Con renovado interés, volvió a sus estudios de aquel misterioso planeta y su miserable Iglesia de Shai-Hulud, el Dios Dividido. *Gusanos*. ¡El Dios Emperador se había convertido en esos gusanos! La idea inundó a Duncan de maravilla. Quizá hubiera allí algo digno de ser adorado. El pensamiento tocó una fibra sensible en él. ¿Qué había conducido a un hombre a aceptar tan terrible metamorfosis?

Duncan sabía lo que sus guardias y todos los demás en el Alcázar pensaban acerca de Rakis y el núcleo de sacerdotes que había allí. Observaciones burlonas y risas se lo dijeron todo. Teg murmuró:

—Probablemente nunca sepamos la auténtica verdad de todo ello, pero te diré, jovencito, que esa no es religión para un soldado.

Schwangyu fue más lejos:

—Tienes que aprender sobre el Tirano, pero no tienes que creer en su religión. Es algo que está por debajo de ti, algo desdeñable.

En cada momento que le dejaban libre los estudios, Duncan examinaba todo lo que la biblioteca producía para él: el Libro Sagrado del Dios Dividido, la Biblia Custodiada, la Biblia Católica Naranja e incluso los Libros Apócrifos. Supo de la largo tiempo difunta Oficina de la Fe, y «La Perla que es el Sol de la Comprensión».

La idea misma de los gusanos le fascinaba. ¡Su tamaño! Uno de los grandes podía ocupar todo el Alcázar, de uno a otro extremo. Los hombres habían conducido los gusanos pre-Tirano, pero el sacerdocio rakiano lo había prohibido ahora.

Se sintió fascinado por los relatos del equipo arqueológico que había encontrado la primitiva no-cámara del Tirano en Rakis, Dar-es-Balat era llamado el lugar. Los informes del arqueólogo Hadi Benotto estaban señalados: «Suprimidos por orden del Sacerdocio Rakiano». El código de archivo en las relaciones de los Archivos de la Bene Gesserit era largo, y lo que Benotto revelaba era fascinante.

—¿Un núcleo de la consciencia del Dios Emperador en cada gusano? —preguntó a Geasa.

—Eso se dice. Y aunque fuera cierto, no son conscientes, no están despiertos. El propio Tirano dijo que iba a entrar en un sueño interminable.

Cada sesión de estudio ocasionaba una disertación especial y una explicación Bene Gesserit de la religión, hasta que finalmente encontró aquellos capítulos titulados «las nueve hijas de Siona» y «Los mil hijos de Idaho».

Enfrentándose a Geasa, preguntó:

—Mi nombre es también Duncan Idaho. ¿Qué significa eso?

Geasa siempre se movía como si estuviera al borde de un ataque al corazón, su larga cabeza inclinada y sus acuosos ojos apuntando al suelo. La confrontación ocurrió al atardecer en el largo salón al otro lado de la sala de prácticas. Palideció ante su pregunta.

Cuando ella no respondió, él preguntó:

—¿Soy descendiente de Duncan Idaho?

—Debes preguntarle a Schwangyu. —La voz de Geasa sonó como si las palabras le dolieran.

Era una respuesta familiar, y lo irritó. Significaba que era mejor que se callase, que poca información iba a recibir. Schwangyu, sin embargo, se mostró más abierta



de lo esperado.

—Llevas la auténtica sangre de Duncan Idaho.

—¿Quiénes son mis padres?

—Murieron hace mucho.

—¿Cómo murieron?

—No lo sé. Te recibimos como un huérfano.

—Entonces, ¿por qué hay gente que quiere hacerme daño?

—Temen que tú puedas hacer algo.

—¿Qué es lo que yo puedo hacer?

—Estudiar tus lecciones. Todo se te aclarará a su tiempo.

*¡Cállate y estudia!*: Otra respuesta familiar.

Obedeció, porque había aprendido a reconocer cuando las puertas se cerraban para él. Pero ahora su inquisitiva inteligencia encontró otros relatos de los Tiempos de Hambruna y la Dispersión, las no-cámaras y no-naves que no podían ser rastreadas, ni siquiera por las más poderosas mentes prescientes en su universo. Allí, encontró el hecho de que los descendientes de Duncan Idaho y Siona, esos antepasados que habían servido al Tirano Dios Emperador, eran también invisibles a los profetas y prescientes. Ni siquiera un Piloto de la Cofradía profundamente hundido en el trance de melange podía detectar a tales personas. Siona, le dijeron los relatos, era una auténtica Atreides, y Duncan Idaho era un ghola.

«¿Ghola?»

Sondeó la biblioteca en busca de explicaciones a esa peculiar palabra. *Ghola*. La biblioteca produjo para él tan sólo una desnuda definición:

«*Gholas: humanos desarrollados a partir de células de cadáveres en los tanques axlotl tleilaxu.*»

*¿Tanques Axlotl?*

«Un dispositivo tleilaxu para reproducir un ser humano vivo a partir de las células de un cadáver.»

—Describe un ghola —pidió.

«Carne inmaculada desprovista de sus memorias originales. Ver Tanques axlotl.»

Duncan había aprendido a leer los silencios, los lugares vacíos en los cuales la gente del Alcázar se le revelaba. La revelación cayó sobre él. ¡Lo sabía! ¡Tan sólo diez años, y lo sabía!

*Soy un ghola.*

Última hora de la tarde en la biblioteca, con toda la esotérica maquinaria a su alrededor difuminada en un entorno sensorial, y un muchacho de diez años sentado silencioso frente a una pantalla aferrando el recién adquirido conocimiento.

*¡Soy un ghola!*

No podía recordar los tanques axlotl donde sus células habían ido creciendo hasta

formar un niño. Sus primeros recuerdos correspondían a Geasa tomándolo de su cuna, el alerta interés de aquellos ojos adultos que tan pronto se habían ocultado tras sus débiles parpadeos.

Era como si la información proporcionada tan a regañadientes por la gente del Alcázar y las grabaciones hubieran definido finalmente una figura central: él.

—Háblame de la Bene Tleilax —preguntó a la biblioteca.

«Son una gente dividida en Danzarines Rostro y Maestros. Los Danzarines Rostro son híbridos, estériles y sometidos a los Maestros.»

*¿Por qué me han hecho esto a mí?*

Las máquinas de información de la biblioteca se convirtieron de pronto en extrañas y peligrosas. Tenía miedo, no de que sus preguntas pudieran encontrar más paredes desnudas, sino de que pudiera recibir respuestas.

*¿Por qué soy tan importante para Schwangyu y los demás?*

Tenía la sensación de que le habían engañado, incluso Miles Teg y Patrin. ¿Por qué era correcto tomar las células de un ser humano y producir un ghola?

Hizo la siguiente pregunta con gran vacilación.

—¿Puede un ghola recordar alguna vez quién fue?

«Es posible.»

—¿Cómo?

«La identidad psicológica del ghola con respecto a su original predispone a algunas respuestas, que pueden ser desencadenadas mediante un trauma.»

¡Ninguna respuesta en absoluto!

—¿Pero cómo?

Schwangyu intervino en aquel momento, llegando a la biblioteca sin anunciarse. ¡Así que algo en sus preguntas la había alertado!

—Todo resultará claro para ti a su debido tiempo —dijo.

¡Le había hablado con altivez! Captó la injusticia de todo aquello, la falta de sinceridad. Algo dentro de él decía que llevaba más sabiduría humana en su no despertado yo que aquellos que presumían de ser superiores a él. Su odio hacia Schwangyu alcanzó una nueva intensidad. Ella era la personificación de todo lo que lo exasperaba y frustraba sus preguntas.

Ahora, sin embargo, su imaginación estaba prendida. ¡Podía recapturar sus memorias originales! Sintió la veracidad de todo aquello. Podría recordar a sus padres, su familia, sus amigos... sus enemigos.

Se lo preguntó a Schwangyu:

—¿Me produjisteis debido a mis enemigos?

—Has aprendido ya el silencio, muchacho —dijo ella—. Atente a ese conocimiento.

*Muy bien. Así es como lucharé contra ti, maldita Schwangyu. Permaneceré en*

*silencio y aprenderé. No te mostraré lo que siento realmente.*

—¿Sabes? —dijo ella—. Creo que estamos educando a un estoico.

¡Estaba tratándole de forma condescendiente! Él no quería aquello. Lucharía contra todos ellos con el silencio y la observación. Duncan salió corriendo de la biblioteca y se encerró en su habitación.

Durante los meses siguientes, muchas cosas confirmaron que era un gholá. Incluso un niño sabe cuando las cosas a su alrededor son extraordinarias. Vio ocasionalmente a otros niños más allá de las paredes, caminando por la carretera que circunvalaba el Alcázar, riendo y llamándose entre ellos. Encontró relatos de niños en la biblioteca. Los adultos no acudían a esos niños y los sometían a un riguroso adiestramiento del tipo al que lo sometían a él. Otros niños no tenían a una Reverenda Madre Schwangyu para ordenar incluso los aspectos más pequeños de sus vidas.

Aquel descubrimiento precipitó otro cambio en la vida de Duncan. Luran Geasa fue apartada de su lado y no regresó.

*Se suponía que no debía permitirme aprender nada acerca de gholas.*

La verdad era algo más compleja que eso, como Schwangyu explicó a Lucilla en el parapeto de observación el día de la llegada de Lucilla.

—Sabíamos que llegaría el momento inevitable. Sabría de los gholas, y haría las preguntas adecuadas.

—Ya era tiempo que una Reverenda Madre se hiciera cargo directamente de su educación diaria. Puede que Geasa fuera un error.

—¿Estáis poniendo en duda mi buen juicio? —restalló Schwangyu.

—¿Es vuestro buen juicio tan perfecto que nunca puede ser puesto en duda? —En la suave voz de contralto de Lucilla, la pregunta tuvo el impacto de una bofetada.

Schwangyu permaneció en silencio durante casi un minuto. Finalmente, dijo:

—Geasa pensaba que el gholá era un chico encantador. Lloró y dijo que iba a echarlo de menos.

—¿No fue advertida acerca de eso?

—Geasa no tiene nuestro adiestramiento.

—Así que fue reemplazada por Tamalane en aquel momento. No conozco a Tamalane, pero presumo que es muy vieja.

—Mucho.

—¿Cuál fue la reacción de él a la retirada de Geasa?

—Preguntó por qué se había ido. No respondimos.

—¿Cómo le fue a Tamalane?

—En su tercer día con ella, él le dijo muy calmadamente:

«Te odio. ¿Es eso lo que se supone que debo hacer?»

—¡Tan rápido!

—En este mismo momento, está observándonos y pensando: Odio a Schwangyu.

¿Deberé odiar también a la nueva? Pero está pensando también que vos no sois como las demás viejas brujas. Vos sois joven. Sabrá que eso debe ser importante.

## Capítulo IV

*Los seres humanos viven mejor cuando cada uno tiene su lugar donde permanecer, cuando cada uno sabe donde pertenece en el esquema de las cosas y lo que puede conseguir. Destruye el lugar, y destruirás a la persona.*

### ***Enseñanza Bene Gesserit***

Miles Teg no había deseado la misión en Gammu. ¿Maestro de armas de un niño–ghola? Incluso de un niño–ghola como aquél, con toda la historia tejida a su alrededor. Era una intrusión indeseada en el bien ordenado retiro de Teg.

Pero había vivido toda su vida como un Mentat Militar bajo la voluntad de la Bene Gesserit, y no podía computar un acto de desobediencia.

*¿Quis custodiet ipsos custodiet?* ¿Quién debía guardar a los guardianes? ¿Quién debía vigilar que los guardianes no cometieran faltas?

Aquella era una cuestión que Teg había considerado cuidadosamente en muchas ocasiones. Formaba uno de los dogmas básicos de su lealtad a la Bene Gesserit. Pese a todo lo demás que pudiera decirse de la Hermandad, desplegaban una admirable constancia en sus finalidades.

*Finalidades morales*, las había etiquetado Teg.

Las finalidades morales de la Bene Gesserit encajaban completamente con los principios de Teg. El que esos principios fueran Bene Gesserit y le hubieran sido condicionados no entraba en la cuestión. El pensamiento racional, especialmente la racionalidad Mentat, no podía efectuar otro juicio.

Teg lo reducía a una esencia: si tan sólo una persona seguía esos principios guía, aquel era un universo mejor. No se trataba nunca de una cuestión de justicia. La justicia requería acudir a la ley y ésa podía ser una amante voluble, sometida siempre a los caprichos y prejuicios de aquellos que la administraban. No, era una cuestión de imparcialidad, un concepto que iba hasta mucho más profundo. La gente sobre la que se pasaba juicio tenía que sentir su imparcialidad.

Para Teg, afirmaciones tales como «la letra de la ley debe ser observada» eran peligrosas para sus principios guía. Ser honesto requería acuerdo, predecible constancia y, por encima de todo lo demás, lealtad hacia arriba y hacia abajo en la jerarquía. El liderazgo guiado por tales principios no requería controles exteriores. Tú efectuabas su trabajo porque era correcto. Y no obedecías porque fuera *predeciblemente* correcto. Lo hacías porque era correcto en aquel momento. La predicción y la presciencia no tenían nada que ver en absoluto con ello.

Teg conocía la reputación de los Atreides para la presciencia, pero el lenguaje gnómico no tenía lugar en aquel universo. Tú tomabas el universo tal como lo

encontrabas y aplicabas tus principios allá donde podías. Las órdenes absolutas en la jerarquía eran siempre obedecidas. No era que Taraza hubiera hecho de ello una cuestión de orden absoluto, pero las implicaciones estaban allí.

—Vos sois la persona perfecta para esa tarea.

Había vivido una larga vida con muchos puestos de responsabilidad, y se había retirado con honor. Teg sabía que era viejo, lento y con todos los defectos de la edad aguardando justo al borde de su consciencia, pero la llamada al deber lo aceleró incluso mientras se obligaba a refrenar el deseo de decir «No».

La misión había llegado personalmente de Taraza. La persona de más alto rango y poder en la Hermandad (incluida la Missionaria Protectora) lo había elegido sólo a él. No una simple Reverenda Madre, sino *la* Reverenda Madre Superiora.

Taraza acudió al refugio de su retiro en Lernaes. Esto representaba un gran honor para él, y él lo sabía. Ella apareció en su puerta sin anunciarse, acompañada tan sólo por dos servidoras acólitas y una pequeña fuerza de guardia, algunos de cuyos rostros reconoció. Teg los había adiestrado personalmente. La hora de su llegada era interesante también. Por la mañana, poco después de su desayuno. Ella conocía el esquema de su vida y seguro que sabía que él siempre estaba más alerta a aquella hora. Así que lo deseaba completamente despierto y con todas sus capacidades.

Patrin, el viejo ordenanza de Teg, introdujo a Taraza en la sala de estar del ala este, una estancia pequeña y elegante amueblada únicamente con muebles sólidos. El desagrado de Teg hacia las sillas-perro y otros muebles vivientes era bien conocido. Patrin exhibía una expresión hosca en su rostro mientras guiaba a la Madre Superiora, toda vestida de negro, al interior de la sala. Teg reconoció inmediatamente la expresión. El largo y pálido rostro de Patrin, con sus muchas arrugas de la edad, podía parecer una máscara inamovible a los demás, pero Teg estaba alerta a la profundidad de las arrugas en las comisuras de la boca del hombre, la firme mirada en los viejos ojos. De modo que Taraza había dicho algo en el camino hasta allí que había afectado a Patrin.

Altas puertas deslizantes de pesado plaz enmarcaban la vista de la habitación en su parte oriental, sobre una larga ladera de césped hasta un grupo de árboles al lado del río. Taraza hizo una pausa apenas entrar en la estancia para admirar la vista.

Sin que nadie le dijera nada, Teg pulsó un botón. Unas cortinas se deslizaron ante la vista y unos globos se iluminaron. La acción de Teg le dijo a Taraza que el hombre había captado la necesidad de aislamiento. La enfatizó ordenando a Patrin:

—Por favor, haz que no seamos molestados.

—Las órdenes para la Granja Sur, señor —hizo notar Patrin.

—Por favor, encárgate tú mismo de eso. Tú y Firus sabéis lo que quiero.

Patrin cerró la puerta un poco demasiado bruscamente al salir, una pequeña señal pero que le decía mucho a Teg.

Taraza avanzó un paso dentro de la estancia y la examinó.

—Verde lima —dijo—. Uno de mis colores preferidos. Vuestra madre tenía un gran gusto.

Teg se sintió halagado por la observación. Tenía un profundo afecto a su edificio y sus tierras. Su familia llevaba únicamente tres generaciones allí, pero se había adaptado completamente al lugar. La decoración de su madre no había sido variada casi en ninguna habitación.

—Es bueno amar los lugares y las tierras —dijo Teg.

—Particularmente me gustaban las alfombras color naranja tostado en el salón y el medio arco de vidrio emplomado sobre la puerta de entrada —dijo Taraza—. Ese medio arco es realmente antiguo, estoy segura.

—No habéis venido aquí a hablar de decoración interior —dijo Teg.

Taraza dejó escapar una risita.

Tenía una voz aguda, que el adiestramiento de la Hermandad le había enseñado a utilizar con devastadora efectividad. No era una voz fácil de ignorar, ni siquiera cuando parecía adoptar un tono calculadamente casual, como ahora. Teg la había visto en el Consejo de la Bene Gesserit. Sus modales allí eran poderosos y persuasivos, cada palabra un indicador de la incisiva mente que guiaba sus decisiones. Ahora podía captar en su actitud una importante decisión.

Teg señaló hacia una silla tapizada de verde a su izquierda. Ella la miró, barrió con sus ojos una vez más la habitación, y retuvo una sonrisa.

Ninguna silla-perro en la casa, podía jurarlo. Teg era un antiguo, rodeándose de antigüedades. Se sentó y alisó su ropa mientras aguardaba a que Teg tomara una silla haciendo juego con la de ella y se sentara delante.

—Lamento la necesidad de tener que pedirlos que abandonéis vuestro retiro, Bashar —dijo—. Desgraciadamente, las circunstancias me conceden muy poca elección.

Teg apoyó casualmente sus largos brazos en los brazos de la silla, un Mentat en reposo, aguardando. Su actitud decía:

«Llena mi mente con datos.»

Taraza se sintió momentáneamente desconcertada. Aquello era una imposición. Teg seguía siendo una figura regia, alto y con aquella larga cabeza rematada por una cabellera gris. Sabía que le faltaban cuatro años estándar para cumplir los trescientos. Aun aceptando que el Año Estándar tenía unas veinte horas menos que el año primitivo, seguía siendo una edad impresionante en experiencias al servicio de la Bene Gesserit, que exigía que ella lo respetara. Teg llevaba, observó, un uniforme gris claro sin ninguna insignia: unos pantalones y una chaqueta cuidadosamente cortados, una camisa blanca abierta en el cuello revelando una garganta surcada por profundas arrugas. Hubo un destello de oro en su cintura, y Taraza reconoció el

broche en forma de sol destellante de Bashar que había recibido al retirarse. ¡Muy propio del utilitario Teg! Había convertido el regalo en una hebilla para su cinturón. Aquello la tranquilizó. Teg comprendía su problema.

—¿Podría tomar un poco de agua? —pidió Taraza—. Ha sido un viaje largo y agotador. Realizamos su última etapa en uno de vuestros transportes, que hubiera debido ser reemplazado hace más de quinientos años.

Teg se levantó de su silla, se dirigió hacia un panel de la pared, y extrajo una botella de agua fría y un vaso de un armario detrás del panel. Colocó ambas cosas en una mesita baja junto a la mano derecha de Taraza.

—Tengo melange —dijo.

—No, gracias, Miles. Llevo mi propia provisión.

Teg volvió a sentarse, y ella notó los síntomas de la rigidez. De todos modos, estaba notablemente ágil, teniendo en cuenta su edad.

Taraza se sirvió medio vaso de agua y lo bebió de un solo sorbo. Volvió a dejar el vaso en la mesita con un elaborado gesto ¿Cómo enfocar la cuestión? Los modales de Teg no la engañaban. El hombre no deseaba abandonar su retiro. Los analistas de Taraza la habían advertido al respecto. Desde su retiro, había demostrado un interés más que casual hacia su granja. Los enormes terrenos que poseía aquí en Lernaeus eran esencialmente una estación investigadora.

Alzó la vista y lo estudió abiertamente. Sus cuadrados hombros acentuaban la estrecha cintura de Teg. Seguía cuidando todavía su forma. Aquel largo rostro con sus marcadas líneas óseas: típicamente Atreides. Teg le devolvió la mirada como siempre lo había hecho, solicitando atención pero abierto a cualquier cosa que la Madre Superiora pudiera decir. Su delgada boca estaba curvada en una ligera sonrisa, exponiendo unos brillantes y regulares dientes.

*Sabe que estoy incómoda, pensó Taraza. ¡Maldita sea! ¡Es simplemente un servidor de la Hermandad, igual que yo!*

Teg no hizo ninguna pregunta. Sus modales seguían siendo impecables, curiosamente reservados. Se recordó que aquel era un rasgo común de los Mentats, y que no se podía leer nada distinto en él.

Bruscamente, Teg se puso en pie y se dirigió hacia un aparador a la izquierda de Taraza. Se volvió, cruzó sus brazos sobre su pecho y se reclinó contra el mueble, mirándola desde allí.

Taraza se vio obligada a girar su silla para enfrentarse a él. *¡Maldito seas!* Teg no estaba poniéndole las cosas fáciles. Todas las Reverendas Madres Examinadoras habían observado la dificultad de conseguir que Teg permaneciera sentado para una conversación. Prefería estar de pie, sus hombros cuadrados en una rigidez militar, sus ojos mirando ligeramente hacia abajo. Pocas Reverendas Madres tenían su altura... más de dos metros. Este rasgo, indicaban los analistas, era la forma en que Teg



(probablemente de modo inconsciente) protestaba contra la autoridad de la Hermandad sobre él. Nada de esto, sin embargo, se evidenciaba en su otro comportamiento. Teg había sido siempre el comandante militar de más confianza que hubiera empleado nunca la Hermandad.

En un universo poblado por múltiples sociedades cuyas principales fuerzas de unión se entrecruzaban con gran complejidad pese a la simplicidad de las etiquetas, los comandantes militares en los que podía confiarse valían varias veces su peso en melange. Las religiones y la memoria común de las tiranías imperiales siempre figuraban en las negociaciones, pero eran fuerzas económicas las que finalmente prevalecían, y la *moneda* militar podía introducirse en la máquina de sumar de cualquiera. Estaba presente en todas las negociaciones y lo seguiría estando durante tanto tiempo como la necesidad fuera la conductora del sistema comercial... la necesidad de cosas particulares (como la especia o los tecnoproductos de Ix), la necesidad de especialistas (como los Mentats o los doctores Suk), y todas las demás necesidades mundanas para las cuales existían los mercados: fuerzas de trabajo, constructores, diseñadores, vida planificada, artistas, placeres exóticos...

Ningún sistema legal podía atar junta una tal complejidad, y este hecho completamente obvio planteaba otra necesidad... la necesidad constante de árbitros con influencia. Las Reverendas Madres habían encajado de forma natural en este papel dentro de la red económica, y Miles Teg lo sabía. Sabía también que una vez más él era reclamado como otra parte integrante de un trato. Aunque le gustaba ese papel, no entraba en las negociaciones.

—No es como si tuviérais a una familia que mantener aquí —dijo Taraza.

Teg aceptó aquello en silencio. Sí, su esposa había muerto hacía treinta y ocho años. Sus hijos eran todos mayores y, con la excepción de una hija, habían volado ya del nido. Allí estaban sus principales intereses, pero ninguna obligación familiar. Ciertamente Taraza le recordó entonces su largo y fiel servicio a la Hermandad, citando varios logros memorables. Sabía que los halagos iban a causar muy poco efecto en él, pero los planteó como una apertura necesaria hacia lo que iba a seguir.

—Se os ha mencionado muchas veces vuestro parecido familiar —dijo.

Teg inclinó su cabeza no más de un milímetro.

—Vuestro parecido al primer Leto Atreides, abuelo del Tirano, es realmente notable —dijo ella.

Teg no evidenció ningún signo de haber oído o estar de acuerdo. Se trataba meramente de un dato, algo almacenado en su ya copiosa memoria. Sabía que llevaba los genes Atreides. Había visto su parecido con Leto I en la Casa Capitular. Había sido casi como estarse contemplando en un espejo.

—Sois un poco más alto —dijo Taraza.

Teg siguió mirándola desde su posición un poco superior.

—Maldita sea, Bashar —exclamó Taraza—, ¿queréis intentar al menos ayudarme?

—¿Es eso una orden, Madre Superiora?

—¡No, no es una orden!

Teg sonrió suavemente. El hecho de que Taraza se permitiera una tal explosión ante él decía muchas cosas. Jamás se permitiría hacer algo así delante de gente en la que creyera que no podía confiar. Y seguramente no se permitiría una tal exhibición emocional ante una persona a la que considerara *simplemente* subalterna.

Taraza se reclinó en su silla y le sonrió.

—De acuerdo —dijo—. Ya os habéis divertido lo suficiente. Patrin dijo que os sentiríais de lo más irritado conmigo si os reclamaba de vuelta a vuestros deberes. Os aseguro que sois un elemento crucial para nuestros planes.

—¿Qué planes, Madre Superiora?

—Estamos educando a un ghola de Duncan Idaho en Gammu. Tiene casi seis años de edad y está preparado para la educación militar.

Teg permitió que sus ojos se abrieran un poco más de lo habitual.

—Va a ser una tarea agotadora para vos —dijo Taraza—, pero deseo que os hagáis cargo de su adiestramiento y protección tan pronto como sea posible.

—Mi parecido con el Duque Atreides —dijo Teg—. Vais a usarme para restaurar sus memorias originales.

—En ocho o diez años, sí.

—¡Tanto tiempo! —Teg agitó la cabeza—. ¿Por qué Gammu?

—Su herencia prana-bindu ha sido alterada por la Bene Tleilax, bajo nuestras órdenes. Sus reflejos serán iguales en rapidez a los de cualquiera nacido en nuestros tiempos. Gammu... el Duncan Idaho original nació y fue educado ahí. Debido a los cambios en su herencia celular, debemos mantener todo lo demás tan aproximado a las condiciones originales como nos sea posible.

—¿Por qué estáis haciendo esto? —Era un tono de recopilación de datos Mentat.

—Una muchacha con la habilidad de controlar a los gusanos ha sido descubierta en Rakis. Podremos utilizar a nuestro ghola allí.

—¿Os encargaréis vos de su educación?

—No estoy requiriendo vuestros servicios como Mentat. Son vuestras habilidades militares y vuestro parecido al Leto original lo que necesitamos. Vos sabéis cómo restaurar sus memorias originales cuando llegue el momento.

—De modo que realmente me estáis pidiendo que vuelva como Maestro de Armas.

—¿Consideráis que es una pérdida de rango para el hombre que fue Bashar Supremo de todas nuestras fuerzas?

—Madre Superiora, vos ordenáis y yo obedezco. Pero no aceptaré este puesto sin

el mando total de todas las defensas de Gammu.

—Eso ya estaba previsto, Miles.

—Siempre habéis sabido cómo funciona mi mente.

—Y siempre he confiado en vuestra lealtad.

Teg se apartó del aparador y permaneció un momento de pie, pensativo; luego:

—¿Quién será mi enlace?

—Bellonda de Grabaciones, la misma de siempre. Ella os proveerá de un código para asegurar el intercambio de mensajes entre nosotros.

—Os daré una lista de gente —dijo Teg—. Viejos camaradas y los hijos de algunos de ellos. Los quiero a todos aguardándome en Gammu cuando yo llegue.

—¿No pensáis que algunos de ellos pueden negarse?

Su mirada decía: *¡No seas estúpida!*

Taraza rió suavemente y pensó: *Hay una cosa que hemos aprendido bien de los Atreides originales... cómo producir gente que provoca la más absoluta devoción y lealtad.*

—Patrin se encargará de todos ellos —dijo Teg—. No aceptará ningún grado, lo sé, pero recibirá la paga completa y los honores de un ayudante de coronel.

—Vos, por Supuesto, recibiréis nuevamente el rango de Bashar Supremo —dijo Taraza—. Nosotros,...

—No. Tenéis ya a Burzmali. No vamos a debilitarle colocándole de nuevo a su antiguo Comandante por encima suyo. Ella lo estudió durante unos momentos, luego dijo:

—Todavía no hemos comisionado a Burzmali como...

—Lo sé muy bien. Mis antiguos camaradas me mantienen completamente informado de la política de la Hermandad. Pero vos y yo, Madre Superiora, sabemos que es tan sólo cuestión de tiempo. Burzmali es el mejor.

Ella no podía hacer otra cosa más que aceptar aquello. Era algo más que una simple afirmación de un Mentat militar. Era una afirmación de Teg. Otro pensamiento la golpeó.

—Entonces sabéis ya lo de nuestras disputas en el Consejo —acusó—. Y me habéis dejado...

—Madre Superiora, si creyera que ibais a producir otro monstruo en Rakis, os hubiera dicho no. Vos confiáis en mis decisiones; yo confío en las vuestras.

—Maldito seáis, Miles; hemos estado demasiado tiempo alejados el uno del otro —Taraza se puso en pie—. Me sentiré mucho más tranquila simplemente sabiendo que vos estáis al control.

—Al control —dijo él—. Sí. Dadme el cargo de Bashar en una misión especial. De esta forma, cuando la noticia le llegue a Burzmali, no habrá preguntas estúpidas.

Taraza extrajo un rollo de papeles ridulianos de debajo de sus ropas y se lo tendió

a Teg.

—He firmado ya eso. Llenad vos mismo los datos que faltan. Las otras autorizaciones están todas aquí, certificados de transporte y todo lo demás. Os he traído estas órdenes personalmente. Me obedeceréis únicamente a mí. Sois mi Bashar, ¿habéis comprendido?

—¿No ha sido así siempre? —preguntó él.

—Ahora es más importante que siempre. Mantened a ese ghola seguro y adiestradlo bien. Es vuestra responsabilidad. Yo os respaldaré contra cualquiera.

—He oído decir que Schwangyu manda en Gammu.

—Contra cualquiera, Miles. No confiéis en Schwangyu.

—Entiendo. ¿Deseáis comer con nosotros? Mi hija...

—Disculpadme, Miles, pero debo regresar lo antes posible. Enviaré a Bellonda inmediatamente.

Teg la acompañó hasta la puerta, intercambió unas bromas con sus antiguos estudiantes que formaban parte de su séquito, y los observó mientras se marchaban. Había un vehículo de superficie blindado aguardándoles, uno de los modelos nuevos, que obviamente habían traído consigo. El verlo provocó en Teg una sensación de intranquilidad.

*¡Urgencia!*

Taraza había acudido en persona, la propia Madre Superiora en una diligencia de mensajero, sabiendo lo que eso le revelaría a él. Conociendo tan íntimamente la forma en que actuaba la Hermandad, tuvo la revelación de lo que había ocurrido exactamente. La última disputa en el Consejo de la Bene Gesserit había sido algo mucho más profundo de lo que sus informantes habían sugerido.

—*Vos sois mi Bashar.*

Teg examinó el fajo de autorizaciones y comprobantes que Taraza le había dejado. Llevando ya su sello y firma. La confianza que implicaba esto, añadido a todo lo demás que había captado, aumentaba su inquietud.

—*No confiéis en Schwangyu.*

Se metió los documentos en el bolsillo y fue en busca de Patrin. Tenía que darle instrucciones, y ablandarlo un poco también. Deberían discutir a quiénes llamar para la misión. Empezó a listar mentalmente algunos de los nombres. Se enfrentaba a una tarea peligrosa. Requería la mejor gente. ¡Maldición! Todos los asuntos de la propiedad deberían serles pasados a Firus y Dimela. ¡Tantos detalles! Sintió que su pulso se aceleraba a medida que atravesaba la casa.

Pasando junto a uno de los guardias de la casa, uno de sus antiguos soldados, Teg se detuvo.

—Martin, cancela todas mis citas para hoy. Encuentra a mi hija y dile que se reúna conmigo en mi estudio.

La noticia se esparció por toda la casa y, desde allí, por toda la propiedad. Servidores y familia, sabiendo que la Reverenda Madre Superiora acababa de conversar en privado con él, erigió automáticamente una pantalla protectora para apartar de Teg todo lo que pudiera distraerle. Su hija mayor, Dimela, le cortó en seco cuando él intentó relacionarle los detalles necesarios para seguir adelante con los proyectos de su granja experimental.

—¡Padre, no soy ninguna niña!

Estaban en el pequeño invernadero anexo a su estudio. Los restos de la comida de Teg estaban en la esquina de su banco de trabajo. El bloc de notas de Patrin estaba apoyado contra la pared detrás de la bandeja de la comida.

Teg miró agudamente a su hija. Dimela le ganaba en apariiencia, pero no en altura. Demasiado angulosa para ser una belleza, pero había hecho un buen matrimonio. Tenían tres hijos excelentes, Dimela y Firus.

—¿Dónde está Firus? —preguntó Teg.

—Está fuera, supervisando la replantación de la Granja Sur.

—Ah, sí. Patrin mencionó eso.

Teg sonrió. Siempre le había gustado que Dimela rechazara la invitación de la Hermandad, prefiriendo casarse con Firus, un nativo de Lernaes, y quedarse junto a su padre.

—Todo lo que sé es que están llamándote de vuelta al servicio activo —dijo Dimela—. ¿Se trata de alguna misión peligrosa?

—¿Sabes?, suenan exactamente igual que tu madre —dijo Teg.

—¡Entonces es peligrosa! Malditas sean, ¿acaso no has hecho ya lo suficiente por ellas?

—Aparentemente no.

Ella se apartó de él cuando Patrin entró por el lado más alejado del invernadero. La oyó decirle algo a Patrin cuando pasó por su lado:

—¡Cuanto más viejo se hace, más se parece a la propia Reverenda Madre!

¿Qué otra cosa podía esperar ella?, se preguntó Teg. El hijo de una Reverenda Madre, cuyo padre era funcionario menor de la Combine Honnete Ober Advancer Mercantiles, había madurado en una casa que se movía al compás de los dictados de la Hermandad. Desde su niñez había resultado claro para él que la lealtad de su padre hacia la red comercial interplanetaria de la CHOAM se desvanecía a la primera objeción de su madre.

Esta casa había sido la casa de su madre hasta su muerte, menos de un año después de la muerte de su padre. La huella de sus gustos estaba todavía por todas partes a su alrededor.

Patrin se detuvo frente a él.

—He venido a buscar mi bloc de notas. ¿Habéis añadido algún otro nombre?

—Unos cuantos. Será mejor que empieces a trabajar inmediatamente con ellos.

—¡Sí, señor! —Patrin dio una marcial media vuelta y regresó por donde había venido, el bloc de notas golpeando contra su pierna.

*El también siente la excitación, pensó Teg.*

Una vez más, Teg miró a su alrededor. Su casa seguía siendo el hogar de su madre. Después de todos los años que llevaba viviendo allí, de haber formado y educado una familia allí, seguía siendo el hogar de ella. Oh, él había construido aquel invernadero, pero el estudio contiguo había sido la estancia privada de ella.

Janet Roxbrough de los Roxbrough de Lernaes... Los muebles, la decoración, todo ello seguía siendo el hogar de la mujer. Taraza lo había captado. Él y su esposa habían cambiado algunos de los objetos superficiales, pero en su núcleo la casa seguía siendo de Janet Roxbrough. Ninguna duda acerca de la sangre de las Habladoras Pez en aquel linaje. ¡Qué gran valor había sido el suyo para la Hermandad! El que se casara con Loschy Teg y hubiera transcurrido su vida allí, eso era lo extraño. Un hecho indigerible hasta que uno sabía que los designios procreadores de la Hermandad trabajaban a lo largo de generaciones.

*Lo han vuelto a hacer de nuevo, pensó Teg. Me han tenido aguardando aquí en reserva durante todos esos años tan sólo para este momento.*

## Capítulo V

*¿Acaso no ha reclamado la religión una patente de creación para todos estos milenios?*

### ***La Pregunta Tleilaxu, de las charlas de Muad'dib***

El aire de Tleilax era cristalino, dominado por una quietud que era parte frío matutino y parte una sensación de temeroso agazaparse, como si la vida aguardara allá afuera en la ciudad de Bandalong, una vida acechante y voraz que no se agitaría hasta que recibiera su señal particular. El Mahai, Tylwyth Waff, Maestro de Maestros, gozaba de aquella hora mucho más que de cualquier otra hora del día. La ciudad era su ahora mientras la contemplaba a través de su abierta ventana. Bandalong cobraría vida tan sólo a su orden. Esto es lo que se decía a sí mismo. El miedo que podía captar ahí afuera era su apoyo sobre cualquier realidad que pudiera surgir de aquel depósito de vida incubada: la civilización tleilaxu que se había originado allí y luego había diseminado sus poderes hasta los últimos confines.

Su pueblo había aguardado durante milenios aquel momento. Waff lo saboreó ahora. A través de todos los terribles tiempos del Profeta Leto II (No el Dios Emperador sino el Mensajero de Dios), a través de las Hambrunas y la Dispersión, a través de todas las dolorosas derrotas a manos de criaturas inferiores, a través de todas aquellas agonías, los tleilaxu habían ido acumulando sus pacientes fuerzas para aquel momento.

*¡Hemos llegado a nuestro momento, oh, Profeta!*

La ciudad que se extendía bajo su alta ventana era algo que veía como un símbolo, una poderosa señal en la página del designio tleilaxu. Otros planetas tleilaxu, otras grandes ciudades, interconectadas, interdependientes, y con una fidelidad centrada en este Dios y esta ciudad, aguardaban la señal que todos ellos sabían iba a producirse pronto. Las fuerzas gemelas de los Danzarines Rostro y los Masheikh habían comprimido sus poderes preparándose para el asalto cósmico. Los milenios de espera estaban a punto de terminar.

Waff pensaba en todo aquello como en «el largo comienzo». Sí. Asintió para sí mismo mientras miraba a la agazapada ciudad. Desde su principio, desde aquella semilla infinitesimal de una idea, los líderes de la Bene Tleilax habían comprendido los peligros de un plan extenso, tan dilatado, tan intrincado y sutil. Habían sabido que debían recobrarse de un desastre casi total una y otra vez, aceptar irritantes pérdidas, sometimientos y humillaciones. Todo aquello y mucho más había servido para la construcción de una imagen particular Bene Tleilax. A través de aquellos milenios de fingimiento, habían creado un mito.

«¡Los viles, detestables, sucios tleilaxu! ¡Los estúpidos tleilaxu! ¡Los predecibles tleilaxu! ¡Los impetuosos tleilaxu!»

Incluso los esbirros del Profeta habían caído presas de este mito. Una Habladora Pez cautiva se había erguido en aquella misma estancia y le había gritado a un Maestro tleilaxu:

—¡Un largo fingimiento crea una realidad! ¡Sois realmente viles! —De modo que la habían matado, y el Profeta no hizo nada.

Cuán poco comprendían todos aquellos mundos y pueblos alienígenas la contención tleilaxu. ¿Impetuosidad? Dejemos que lo consideren después de que la Bene Tleilax haya demostrado cuántos milenios eran capaces de aguardar su ascendencia.

¡Spannungsbogen!

Waff pronunció la antigua palabra en su lengua: *¡El período de la reverencia!* Cuán profunda haces tu reverencia antes de soltar tu flecha. ¡Y cuán profundo se hunde esta flecha!

—Los Masheikh han aguardado más que todos los otros —susurró Waff. Se atrevió a pronunciar la palabra para sí mismo allí en la torre de su fortaleza: Masheikh.

Los tejados debajo de él resplandecían a medida que se alzaba el sol. Podía oír el agitarse de la vida de la ciudad. El dulce amargor de los olores tleilaxu flotó en el aire, llegando hasta su ventana. Waff inhaló profundamente y cerró su ventana.

Se sintió renovado por aquel momento de solitaria observación. Apartándose de la ventana, se vistió con el blanco khilat de honor ante el cual todo Domel estaba condicionado a inclinarse. El atuendo cubría completamente su bajo cuerpo, proporcionándole la clara sensación de que era realmente una armadura.

*¡La armadura de Dios!*

—Somos el pueblo del Yaghist —había recordado a sus consejeros la pasada noche—. Todo lo demás es frontera. Hemos fomentado el mito de nuestra debilidad y nuestras prácticas perversas durante estos milenios con un único propósito. ¡Incluso la Bene Gesserit cree en él!

Sentados en la profunda sagra sin ventanas con su escudo de no-estancia, sus nueve consejeros habían sonreído en silenciosa apreciación de sus palabras. En el juicio del ghufra, sabían. El estadio en el cual los tleilaxu determinaban su propio destino siempre había sido el kehl con su derecho del ghufra.

Era lógico que ni siquiera Waff, el más poderoso de todos los tleilaxu, pudiera abandonar su mundo y ser readmitido sin humillarse en el ghufra, solicitando perdón por haber entrado en contacto con los inimaginables pecados de los alienígenas. Mezclarse con los powindah podía mancillar incluso a los más altos. Los khasadars que patrullaban todas las fronteras tleilaxu y custodiaban los selamliks de las mujeres



tenían derecho a sospechar incluso de Waff. Él era del pueblo y del kehl, sí, pero debía probarlo cada vez que abandonaba la tierra natal y regresaba, y por supuesto cada vez que entraba en el selamlik para la distribución de su esperma.

Waff cruzó hasta su largo espejo y se inspeccionó a sí mismo y a su atuendo. Sabía que para los powindah su apariencia era la de un elfo de apenas metro y medio de altura. Ojos, pelo y piel presentaban distintas tonalidades de gris, todo ello una plataforma para su rostro ovalado con su pequeña boca y su hilera de aguzados dientes. Un Danzarín Rostro podía imitar sus rasgos y su pose, podía fingir a la orden de un Masheikh, pero ningún Masheikh ni khasadar se engañaba. Tan sólo los powindah serían embaucados. *¡Excepto las Bene Gesserit!*

Aquel pensamiento hizo que su rostro se frunciera. Bueno, las brujas aún no se habían encontrado con uno de los nuevos Danzarines Rostro.

*Ningún otro pueblo ha dominado el lenguaje genético tan bien como lo ha hecho la Bene Tleilax, se tranquilizó a sí mismo. Tenemos derecho a llamarlo «el lenguaje de Dios», porque el propio Dios ha sido quien nos ha concedido este gran poder.*

Waff se dirigió a su puerta y aguardó a que sonara la campana matutina. No había forma, pensó, de describir la riqueza de las emociones que sentía ahora. El tiempo se desdoblaba para él. No se preguntaba por qué el auténtico mensaje del Profeta había sido oído tan sólo por la Bene Tleilax. Había sido la obra de Dios, y el Profeta había sido el Brazo de Dios, merecedor de respeto como mensajero de Dios.

*¡Tú lo preparaste para nosotros, oh, Profeta!*

Y el ghola en Gammu, este ghola en este momento, merecía toda aquella espera.

La campana matutina sonó, y Waff salió al pasillo, echó a andar junto con todas las demás figuras envueltas en blanco, y se dirigió hacia la balaustrada oriental para dar la bienvenida al sol. Como el Mahai y Abdl de su pueblo, ahora podía identificarse con todos los tleilaxu.

*Somos los legalistas del Shariat, los últimos de nuestra especie en el universo.*

En ningún lugar fuera de las cámaras secretas de sus hermanos-malik podía revelar este pensamiento secreto, aunque que era un pensamiento compartido por todas las mentes que le rodeaban ahora, y los resultados de ese pensamiento eran visibles tanto en los Masheikh como en los Domel y Danzarines Rostro. La paradoja de los lazos de parentesco, un sentido de identidad social que permeaba el kehl desde los Masheikh descendiendo hasta los más bajos Domel, no una paradoja para Waff.

*Trabajamos para el mismo Dios.*

Un Danzarín Rostro con apariencia de Domel había hecho una reverencia y abierto las puertas de la balaustrada. Waff, emergiendo a la luz del sol con todos sus compañeros apiñados a su alrededor, sonrió al reconocer al Danzarín Rostro. *¡Un Domel ya!* Era un chiste familiar, pero los Danzarines Rostro no eran familia. Eran constructores, herramientas, del mismo modo que el ghola en Gammu era una

herramienta, todos ellos diseñados con el lenguaje de Dios hablado sólo los Masheikhs.

Con los demás apretados contra él a su alrededor, Waff rindió obediencia al sol. Lanzó el grito del Abdl, y oyó el eco de incontables voces repitiéndolo desde los lugares más alejados de la ciudad.

—¡El sol no es Dios! —gritó.

No, el sol era solamente un símbolo de los infinitos poderes y de la misericordia de Dios... otro constructor, otra herramienta. Sintiéndose limpio por su paso a través del ghufran la noche anterior, renovado por el ritual matutino. Waff podía pensar ahora en el viaje al exterior hasta los lugares powindah y el reciente regreso, cosas que habían hecho necesario el ghufran. Otros adoradores le abrieron paso mientras regresaba a los corredores internos y penetraba en el pasadizo deslizante que lo llevaba hacia abajo hasta el jardín central donde había pedido a sus consejeros que se reunieran con él.

*Fue una exitosa incursión entre los powindah, pensó.*

Cada vez que abandonaba los mundos interiores de la Bene Tleilax, Waff tenía la sensación de hallarse en lashkar, una partida de guerra buscando esa venganza definitiva que su pueblo llamaba secretamente Bodal (siempre con mayúscula, y siempre la primera cosa que se reafirmaba en ghufran o kehl). Su más reciente lashkar había sido un éxito exquisito.

Waff emergió del pasadizo deslizante al jardín central inundado de luz solar gracias a los reflectores solares situados en los tejados circundantes. Una pequeña fuente representaba su fuga visual en el corazón de un círculo de grava. Una baja cerca de estacas blancas a un lado rodeaba una extensión de césped muy corto, un espacio lo suficientemente cerca de la fuente como para que el aire fuera húmedo pero no tan cerca como para que el rumor del agua se entrometiera en la conversación pronunciada en voz baja. En el verde cercado había dispuestos diez estrechos bancos de antiguo plástico... nueve de ellos formando un semicírculo frente a un décimo banco colocado ligeramente aparte.

Haciendo una pausa junto al cercado césped, Waff miro a su alrededor, preguntándose por qué nunca antes había sentido un placer tan intenso ante la vista de aquel lugar. El color azul oscuro de los bancos era el del propio material en el cual estaban hechos. Siglos de uso habían desgastado los bancos formando suaves curvas en los respaldos y los brazos y allá donde incontables posaderas los habían ocupado, pero el color era tan fuerte en los lugares desgastados como en los demás.

Waff se sentó frente a sus nueve consejeros, ordenando las palabras que debía utilizar. El documento que había traído consigo de su último lashkar, de hecho la auténtica razón de tal incursión, no podía ser más oportuno. Su etiqueta y sus palabras contenían un valioso mensaje para los tleilaxu.

De un bolsillo interior Waff extrajo un delgado fajo de láminas de cristal riduliano. Observó el rápido interés de sus consejeros: nueve rostros similares al suyo, Masheikhs en el más profundo kehl. Todos reflejaban expectación. Habían leído aquel documento en el khel: «El Manifiesto Atreides». Habían pasado toda una noche de reflexión sobre el mensaje del manifiesto. Ahora, las palabras debían ser confrontadas. Waff colocó el documento sobre su regazo.

—Propongo difundir estas palabras muy lejos y por todas partes —dijo Waff.

—¿Sin ningún cambio? —Era Mirlat, el consejero más cercano a la transformación ghola entre todos ellos. Sin duda Mirlat aspiraba al Abdl y Mahai. Waff centró su atención en las amplias mandíbulas del consejero, allá donde el cartílago había crecido a lo largo de siglos como una marca visible de la gran edad de su actual cuerpo.

—Exactamente tal como ha llegado a nuestras manos —dijo Waff.

—Peligroso —dijo Mirlat.

Waff volvió su cabeza hacia la derecha, y su perfil infantil se silueteó contra la fuente para que sus consejeros pudieran observarlo. *¡La mano de Dios está en mi derecha!* El cielo sobre él era cornalina pulida, puesto que Bandalong, la más antigua ciudad de los tleilaxu, había sido construida bajo una de esas gigantescas cubiertas artificiales erigidas para proteger a los pioneros en los planetas más inhóspitos. Cuando volvió de nuevo su atención a sus consejeros, los rasgos de Waff permanecieron inexpresivos.

—No peligroso para nosotros —dijo.

—Es un asunto de opinión —dijo Mirlat.

—Entonces consideremos las opiniones —dijo Waff—. ¿Necesitamos temer a Ix o a las Habladoras Pez? Por supuesto que no. Son de los nuestros, aunque no lo sepan.

Waff dejó que sus palabras penetraran; todos ellos sabían que nuevos Danzarines Rostro se sentaban en los más altos consejos de Ix y de las Habladoras Pez, y que la sustitución no había sido detectada.

—La Cofradía no hará ningún movimiento contra nosotros ni se nos opondrá porque nosotros somos su única fuente segura de melange —dijo Waff.

—¿Pero qué hay de esas Honoradas Matres que han regresado de la Dispersión? —preguntó Mirlat.

—Trataremos con ellas cuando sea necesario —dijo Waff—. Y seremos ayudados por los descendientes de nuestro propio pueblo que voluntariamente partieron con la Dispersión.

—El momento parece oportuno —murmuró uno de los otros consejeros.

Era Torg el Joven quien había hablado, observó Waff. Bien. Aquel era un voto seguro.

—¡La Bene Gesserit! —restalló Mirlat.

—Creo que las Honoradas Matres apartarán a las brujas de nuestro camino —dijo Waff—. Ya se están gruñendo las unas a las otras como animales en su pozo de pelea.

—¿Y si el autor de ese manifiesto es identificado? —preguntó Mirlat—. ¿Qué ocurrirá entonces?

Varias cabezas entre los consejeros asintieron. Waff las controló: gente a la que había que ganar.

—Es peligroso ser llamado Atreides en esta era —dijo.

—Excepto quizá en Gammu —dijo Mirlat—. Y el nombre Atreides se halla firmado en ese documento.

*Qué extraño*, pensó Waff. El representante de la CHOAM en la conferencia powindah que había atraído a Waff fuera de los planetas interiores de Tleilax había enfatizado también este punto. Pero la mayor parte de la gente de la CHOAM eran ateos secretos que consideraban cualquier religión como algo sospechoso, y realmente los Atreides habían sido una poderosa fuerza religiosa. Las preocupaciones de la CHOAM habían sido casi palpables.

Waff relató entonces aquella reacción de la CHOAM.

—Ese mercenario de la CHOAM, maldita sea su alma atea, tiene razón —insistió Mirlat—. El documento es insidioso.

*Mirlat va a tener que luchar por defender esto*, pensó Waff. Alzó el manifiesto de su regazo y leyó en voz alta la primera línea:

—En el principio era la palabra, y la palabra era Dios.

—Directamente de la Biblia Católica Naranja —dijo Mirlat. Una vez más, las cabezas se agitaron en preocupado asentimiento.

Waff exhibió las puntas de sus caninos en una breve sonrisa.

—¿Sugieres que entre los powindah hay quienes sospechan la existencia del Shariat y los Masheikhs?

Era bueno pronunciar abiertamente aquellas palabras, recordar a sus oyentes que tan solo allí, entre los círculos más internos tleilaxu; las antiguas palabras y el antiguo lenguaje eran preservados sin cambio. ¿Temía Mirlat o alguno de los otros que las palabras Atreides pudieran subvertir el Shariat?

Waff planteó también esta cuestión, y vio los preocupados fruncimientos.

—¿Hay alguien entre vosotros —preguntó Waff— que crea que un solo powindah sabe cómo utilizamos el lenguaje de Dios?

*¡Ya está! ¡Dejemos que piensen en ello!* Cada uno de ellos, los que estaban contemplando ahora, había sido despertados vez tras vez en carne de gholá. Había una continuidad carnal en aquel Consejo que nadie más había conseguido nunca. El mismo Mirlat había visto al Profeta con sus propios ojos. ¡Scytale había hablado con Muad'dib! Aprendiendo como la carne puede ser renovada y las memorias

restauradas, habían condensado su poder en un único gobierno, evitando así la dispersión. Tan sólo las brujas tenían un almacén similar de experiencia al que recurrir, y lo utilizaban con temerosa precaución, ¡aterradas ante la idea de llegar a producir otro Kwisatz Haderach!

Waff dijo todas estas cosas a sus consejeros, añadiendo:

—El tiempo de la acción ha llegado.

Cuando nadie pronunció su desacuerdo, Waff dijo:

—Este manifiesto tiene un solo autor. Todos los análisis lo indican. ¿Mirlat?

—Escrito por una sola persona, y esa persona es un auténtico Atreides, no hay la menor duda en ello —admitió Mirlat.

—Todos en la conferencia powindah afirmaron esto —Waff. Incluso un piloto de la Cofradía en su tercer estadio lo admitió.

—Pero esta persona ha producido algo que excita violentas reacciones entre los diversos pueblos —argumentó Mirlat.

—¿Hemos cuestionado alguna vez el talento de los Atreides para la desorganización? —preguntó Waff—. Cuando los powindah me mostraron este documento, supe que Dios nos había enviado una señal.

—¿Siguen las brujas negando su autoría? —preguntó Torg el Joven.

*Cuán alerta y apto es, pensó Waff.*

—Todas las religiones powindah quedan cuestionadas por este manifiesto —dijo Waff—. Cada fe, excepto la nuestra, queda colgando en el limbo.

—¡Exactamente el problema! —pronunció Mirlat.

—Pero eso solamente lo sabemos nosotros —dijo Waff—. ¿Quién más sospechará nunca la existencia del Shariat?

—La Cofradía —dijo Mirlat.

Nunca han hablado de ello, y nunca lo harán. Saben cuál sería nuestra respuesta.

Waff alzó el fajo de papeles de su regazo y leyó de nuevo en voz alta:

—Fuerzas que no podemos comprender permean nuestro universo. Vemos las sombras de estas fuerzas cuando son proyectadas sobre una pantalla que nuestros sentidos pueden captar, pero no comprendemos su significado.

—El Atreides que escribió esto conoce el Shariat —murmuró Mirlat.

Waff siguió leyendo como si no se hubiera producido ninguna interrupción:

—La comprensión requiere palabras. Algunas cosas no pueden ser reducidas a palabras. Hay cosas que solamente pueden ser experimentadas en silencio.

Como si estuviera sujetando una sagrada reliquia, Waff devolvió el documento a su regazo. En voz muy baja, de tal modo que sus oyentes tuvieron que inclinarse hacia él y algunos colocar una mano formando copa detrás de su oído, Waff dijo:

—Esto dice que nuestro universo es mágico. Dice que todas las formas arbitrarias son transitorias y sujetas a cambios mágicos. La ciencia nos ha conducido a la

interpretación de la que no podemos desviarnos.

Dejó que estas palabras supuraran por un momento, luego:

—Ningún sacerdote rakiano del Dios Dividido ni ningún otro charlatán powindah puede aceptar eso. Sólo nosotros lo sabemos, porque nuestro Dios es un Dios mágico cuyo lenguaje hablamos.

—Seremos acusados de la autoría —dijo Mirlat. En el mismo momento en que decía esto, Mirlat agitó enérgicamente la cabeza de un lado a otro—. ¡No! Ahora lo entiendo. Entiendo lo que quieres decir.

Waff guardó silencio. Podía ver que todos ellos estaban reflexionando sobre sus orígenes sufíes, recordando la Gran Creencia y el ecumenismo Zensunni que había producido a la Bene Tleilax. La gente de aquel kehl conocía los hechos de sus orígenes proporcionados por Dios, pero generaciones de secreto aseguraban que ningún powindah compartiera su conocimiento.

Las palabras fluyeron silenciosamente por la mente de Waff: *«Las hipótesis basadas en el conocimiento contienen creencia en un terreno absoluto fuera del cual todas las cosas brotan como plantas creciendo de semillas.»*

Sabiendo que sus consejeros recordaban también este catecismo de la Gran Creencia, Waff les recordó la advertencia Zensunni:

—Tras tales hipótesis yace una fe expresada en palabras que los powindah no cuestionan. Solamente el Shariat la cuestiona, y nosotros lo hacemos silenciosamente.

Sus consejeros asintieron al unísono.

Waff inclinó ligeramente su cabeza y prosiguió:

—El acto de decir que existen cosas que no pueden ser descritas con palabras sacude a un universo donde las palabras son la creencia suprema.

—¡Veneno powindah! —exclamaron los consejeros.

Ahora los tenía a todos, y Waff remachó su victoria preguntando:

—¿Cuál es el Credo Sufí-Zensunni?

No podían decirlo en voz alta, pero todos reflexionaron sobre él: *Para conseguir el S'tori no es necesario comprender. El S'tori existe sin palabras, sin ni siquiera un nombre.*

En un momento, todos ellos alzaron la vista e intercambiaron sagaces miradas. Mirlat tomó a su cargo el recitar el voto tleilaxu:

—Puedo decir Dios, pero eso no es mi Dios. Eso es tan sólo un ruido y no más potente que cualquier otro ruido.

—Veo ahora —dijo Waff— que todos vosotros captáis el poder que ha caído en nuestras manos a través de este documento. Millones y millones de copias están circulando ya por entre los powindah.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó Mirlat.

—¿A quién le importa? —respondió Waff—. Dejemos que los powindah persigan

a los culpables, busquen su origen, intenten suprimirlos, prediquen contra ellos. Con cada una de tales acciones, los powindah inyectan más poder a estas palabras.

—¿No deberíamos predicar contra estas palabras también? —preguntó Mirlat.

—Sólo si la ocasión lo exige —dijo Waff—. ¡Vedlo! —Dio una palmada a los papeles sobre sus rodillas—. Los powindah han reducido su consciencia a seguir la finalidad más angosta, y esa es su debilidad. Debemos asegurarnos de que este manifiesto tenga una circulación tan amplia como sea posible.

—La magia de nuestro Dios es nuestro único puente —entonaron los consejeros.

Todos ellos, observó Waff, habían recuperado de nuevo la seguridad central de su fe. Había sido fácil conseguirlo. Ningún Masheikh compartía la estupidez powindah que gemía:

«En tu infinita gracia, Dios, ¿por qué yo?». En una sola frase, los powindah invocaban al infinito y luego lo negaban, sin observar nunca ni en una sola ocasión su propia estupidez.

—Scytale —dijo Waff.

El más joven de los consejeros, de rostro rubicundo, sentado en el extremo de la izquierda, se inclinó ansiosamente hacia adelante.

—Arma a los fieles —dijo Waff.

—Me maravilla el que un Atreides nos haya proporcionado una tal arma —dijo Mirlat—. ¿Cómo es posible que los Atreides siempre fijen un ideal que alista tras él a miles de millones que lo seguirán hasta la muerte?

—No son los Atreides, es Dios —dijo Waff. Alzó entonces los brazos y pronunció la despedida ritual:

—Los Masheikhs se han reunido en kehl y han sentido la presencia de su Dios.

Waff cerró los ojos y aguardó a que los demás se marcharan. ¡*Masheikh!* Qué bueno resultaba llamarse a sí mismos en kehl, hablar el lenguaje de Islamiyat, que ningún tleilaxu hablaba fuera de sus propios consejos secretos: ni siquiera los Danzarines Rostro lo hablaban. En ningún lugar en el Welht de Jandola, ni siquiera en las más lejanas extensiones del Yaghist tleilaxu, existía un powindah vivo que conociera su secreto.

*Yaghist*, pensó Waff, alzándose de su banco. *Yaghist, el país de los no gobernados.*

Tuvo la impresión de que podía sentir el documento vibrando en su mano. Aquel Manifiesto Atreides era exactamente el tipo de cosa que las masas powindah iban a seguir hasta su fatal destino.

## Capítulo VI

*Algunos días es melange; algunos días es amargo polvo.*

*Aforismo rakiano*

En su tercer año con los sacerdotes de Rakis, la muchacha Sheeana permanecía tendida boca abajo en la parte superior de una alta y curvada duna. Observaba en la distancia matutina hacia donde podía escucharse un gran murmullo de fricción. La luz era una plata fantasmal que helaba el horizonte con una diáfana neblina. El frío de la noche estaba asentado todavía en la arena.

Sabía que los sacerdotes estaban observándola desde la seguridad de su torre rodeada de agua a unos dos kilómetros detrás de ella, pero aquello la preocupaba muy poco. El temblor de la arena bajo su cuerpo exigía toda su atención.

*Es uno de los grandes, pensó. Al menos setenta metros. Uno de los hermosamente grandes.*

El destiltraje gris se apretaba suave y resbaladizo contra su piel. No tenía ninguno de los remiendos abrasivos de los viejos de enésima mano que había llevado antes de que los sacerdotes la tomaran a su cuidado. Se sentía agradecida por el excelente destiltraje y la gruesa túnica blanca y púrpura que lo cubría, pero sobre todo lo demás sentía la excitación de hallarse allí. Algo intenso y peligroso la henchía en momentos como aquel.

Los sacerdotes no comprendían lo que ocurría allí. Ella lo sabía. Eran unos cobardes. Miró por encima de su hombro a la distante torre, y vio la luz del sol reflejarse en las lentes.

Una preciosa muchacha de once años estándar, esbelta y de piel bronceada, con pelo castaño mechado de color más claro; podía visualizar claramente lo que estaban viendo los sacerdotes a través de sus lentes espía.

*Me ven hacer lo que elfos no se atreven a hacer. Me ven en el camino de Shaitan. Debo verme muy pequeña en la arena, y Shaitan se ve muy grande. Ahora ya deben poder divisarlo.*

A juzgar por el raspante sonido, supo que ella también podría divisar pronto al gigantesco gusano. Sheeana no pensaba en el monstruo que se aproximaba como en Shai-Hulud, el Dios de las arenas, algo a lo que los sacerdotes cantaban cada mañana en obediencia a la perla de consciencia de Leto II que yacía encapsulada en cada uno de los multianillados dueños del desierto. Pensaba en los gusanos principalmente como en «los que me perdonaron», o como Shaitan.

Ahora le pertenecían.

Era una relación que se había iniciado hacía un poco más de tres años, durante el



mes de su octavo cumpleaños, el Mes Igat según el viejo calendario. Su poblado había sido un poblado pobre, una aventura pionera atrevidamente edificada mucho más allá de las barreras de seguridad como los qanats y los anillos de canales de Keen. Sólo un foso de arena húmeda protegía esos lugares pioneros. Shaitan evitaba el agua, pero el vector trucha de arena terminaba muy pronto con cualquier humedad. La preciosa humedad capturada en las trampas de viento debía ser gastada cada día para renovar la barrera. Su poblado era un miserable racimo de chozas y cabañas con dos pequeñas trampas de viento, adecuadas para recoger el agua necesaria para beber pero que solamente dejaban un excedente esporádico que podía ser añadido a la barrera contra los gusanos.

Aquella mañana —muy parecida a esta mañana, el frío de la noche mordiendo aún su nariz y sus pulmones, el horizonte constreñido por una diáfana bruma—, la mayoría de los niños del poblado habían salido al desierto, para buscar los fragmentos de melange que a veces abandonaba Shaitan tras su paso. Dos de los grandes habían sido oídos cerca durante la noche. La melange, incluso a los modernos bajos precios, podría permitirles comprar los ladrillos vitrificados para erigir una tercera trampa de viento.

Cada niño rastreador no solamente buscaba la especia sino que también observaba aquellos signos que podían revelar la presencia de una de las antiguas fortalezas sietch de los Fremen. Ahora aquellos lugares no eran más que restos, pero las barreras de roca proporcionaban una mayor seguridad contra Shaitan. Y algunos de los lugares sietch se decía que contenían grandes cantidades de melange. Todos los habitantes del poblado soñaban con un descubrimiento así.

Sheeana, llevando su remendado destiltraje y su ajada aba, se dirigió sola hacia el nordeste, hacia el lejano montículo de humoso aire que revelaba que la gran ciudad de Ken, con su riqueza de humedad enroscándose en las brisas calentadas por el sol, estaba allí.

Cazar restos de melange en la arena era principalmente un asunto de centrar la atención en el olfato. Era una forma de concentración que dejaba solamente fragmentos de consciencia sintonizados al raspar en la arena que indicaba que Shaitan se aproximaba. Los músculos de las piernas se movían automáticamente en la marcha arrítmica que se mezclaba con los sonidos naturales del desierto.

Al principio, Sheeana no oyó los gritos. Se mezclaban con la inconstante fricción de la arena arrastrada por el viento a lo largo de los barraganes que ocultaban de su vista el poblado. Lentamente, sin embargo, el sonido fue penetrando en su consciencia, hasta llegar un momento en que exigió su atención.

*¡Varias voces gritando!*

Sheeana olvidó la precaución del desierto de caminar irregularmente. Avanzando con rapidez al límite de lo que le permitían sus músculos infantiles, trepó por la

deslizante superficie del barragán y miró hacia aquel terrible sonido. Llegó a tiempo de ver lo que había cortado en seco el último de los gritos.

El viento y las truchas de arena habían secado un amplio arco de la barrera en el extremo más alejado del poblado. Podía verlo por la diferencia de color. Un gusano salvaje había penetrado por la abertura. Estaba trazando círculos dentro del cerco de humedad que quedaba. La gigantesca y abrasante boca engullía indistintamente gente y chozas en un círculo que se iba cerrando por momentos.

Sheeana vio a los últimos supervivientes apiñados en el centro de aquella destrucción, un espacio ya despejado de sus toscas cabañas y lleno con los restos esparcidos de las trampas de viento. Mientras observaba, algunas de aquellas personas intentaron escapar hacia el desierto. Sheeana vio a su padre entre los frenéticos corredores. Ninguno escapó. La enorme boca se lo tragó todo antes de volverse para dar cuenta de lo poco que quedaba ya del poblado.

Lo único que quedó del insignificante poblado que se había atrevido a reclamar una parcela de los dominios de Shaitan fue una extensión de humeante arena. El lugar que había ocupado estaba ahora tan desprovisto de señales de habitación humana como lo había estado antes de que nadie caminara por él.

Sheeana lanzó un jadeante suspiro, e inhaló aire a través de su nariz para conservar la humedad de su cuerpo como haría todo buen hijo del desierto. Registró el horizonte en busca de algún signo de los demás niños, pero el rastro de Shaitan había trazado grandes curvas y lazos por todo el extremo más alejado del poblado. Ni un solo ser humano aparecía a la vista. Gritó, el agudo grito que llegaría hasta muy lejos en el seco aire. No le llegó ninguna respuesta.

*Sola.*

Avanzó como en trance a lo largo del borde de la duna hacia donde había estado el poblado. A medida que se acercaba al lugar una gran vaharada de olor a canela llenó su olfato, arrastrado por el viento que seguía agitando las cimas de las dunas. Entonces se dio cuenta de lo que había ocurrido. El poblado se había instalado desastrosamente encima de una masa de pre-especia. Mientras la gran horda muy hundida en la arena llegaba a su maduración, expandiéndose en una explosión de melange, Shaitan había acudido. Cualquier niño sabía que Shaitan no podía resistirse a una explosión de especia.

La rabia y una loca desesperación llenaron a Sheeana. Inconscientemente, echó a correr duna abajo hacia Shaitan, avanzando detrás del gusano mientras este se volvía de nuevo hacia la zona seca por la cual había entrado en el poblado. Sin pensarlo, corrió detrás y a lo largo de su cola, trepó a ella, y siguió corriendo hacia adelante por el gran lomo anillado. Al llegar a la protuberancia detrás de su boca, se agachó y empezó a golpear con sus puños contra la inmovible superficie.

El gusano se detuvo.

Su ira se convirtió bruscamente en terror. Sheeana dejó de golpear al gusano. Sólo entonces se dio cuenta de que había estado gritando. Una terrible sensación de solitaria indefensión la inundó. No sabía cómo había llegado hasta allí. Únicamente sabía dónde estaba ahora, y aquella certitud la aferró con un miedo agónico.

El gusano siguió inmóvil sobre la arena.

Sheeana no sabía qué hacer. En cualquier momento el gusano podía rodar sobre sí mismo y aplastarla. O podía enterrarse en la arena, dejándola a ella en la superficie para ser devorada a su placer.

Bruscamente, un largo temblor se abrió camino por todo el gusano, desde su cola hasta la posición de Sheeana detrás de su boca. El gusano empezó a avanzar. Giró en un amplio arco y ganó velocidad, encaminándose hacia el nordeste.

Sheeana se inclinó hacia adelante y se sujetó al protuberante borde delantero del anillo en el lomo del gusano. Temió que en cualquier momento se hundiera en la arena.

¿Qué podría hacer entonces ella? Pero Shaitan no se enterró. A medida que pasaban los minutos sin ninguna desviación de aquel rectilíneo y rápido rumbo por entre las dunas, Sheeana descubrió que su mente estaba funcionando de nuevo. Conoció lo que significaba aquella cabalgada. Los sacerdotes del Dios Dividido la prohibían pero las historias, tanto escritas como orales, decían que los Fremen cabalgaban así a los gusanos en los viejos días. Los Fremen montaban de pie en el lomo de Shaitan, sujetados por finas varillas con garfios en sus extremos. Los sacerdotes decretaron que esto había ocurrido antes de que Leto II compartiera su consciencia con el Dios del desierto. Ahora, no se permitía nada que pudiera deshonorar los esparcidos fragmentos de Leto II.

Con una velocidad que la aturdió, el gusano llevaba a Sheeana hacia la brumosa forma de Keen. La gran ciudad se extendía como un espejismo en el distorsionado horizonte. La raída túnica de Sheeana restallaba contra la delgada superficie de su remendado destiltraje. Sus dedos le dolían de aferrarse al borde del gigantesco anillo. La canela, la roca quemada y el ozono del intercambio calorífico del gusano le llegaban en oleadas que azotaban su rostro junto con el viento.

Ken empezó a ganar definición ante ella.

*Los sacerdotes me verán y se pondrán furiosos, pensó.*

Identificó las bajas estructuras de ladrillos que señalaban la primera línea de qanats y, más allá de ellos, la cerrada curva en forma de barrica de un acueducto de superficie. Por encima de esas estructuras se alzaban las paredes de los jardines en terraza y los altos perfiles de gigantescas trampas de viento, y luego el complejo del templo con sus propias barreras de agua.

¡Un día de marcha a través de la arena en poco más de una hora!

Sus padres y sus vecinos del poblado habían efectuado aquel viaje muchas veces

para comerciar y para asistir a la danza, pero Sheeana solamente les había acompañado en dos ocasiones. Recordaba principalmente la danza y la violencia que había seguido luego. El tamaño de Keen la había dejado asombrada. ¡Tantos edificios! ¡Tanta gente! Shaitan no podía hacer ningún daño a un lugar como aquél.

Pero el gusano se dirigía directamente hacia allá, como si pretendiera seguir por encima del qanat y el acueducto. Sheeana contempló la ciudad creciendo alta, cada vez más alta, ante ella. La fascinación dominó su terror. ¡Shaitan no iba a detenerse!

El gusano frenó su marcha y se detuvo.

La superficie tubular de los respiraderos del qanat estaba a no más de cincuenta metros frente a su enorme boca abierta. Olió las cálidas exhalaciones de canela, oyó los profundos rumores del horno interno de Shaitan.

Comprendió finalmente que el viaje había terminado. Lentamente, Sheeana soltó su presa en el borde del anillo. Se irguió, esperando que en cualquier momento el gusano reanudara su avance. Shaitan permaneció completamente inmóvil. Moviéndose cautelosamente, se deslizó de su percha y se dejó caer sobre la arena. Se detuvo allí. ¿Iba a moverse ahora? Tuvo una vaga idea de echar a correr hacia al qanat, pero aquel gusano la fascinaba. Deslizándose por la agitada arena, Sheeana se dirigió hacia la parte frontal del gusano y se quedó contemplando la aterradora boca. Más allá del marco de cristalinos dientes las llamas avanzaban y retrocedían. Una ardiente exhalación de olores de especia la envolvió.

La locura de aquella primera carrera duna abajo y luego sobre el lomo del gusano volvió a Sheeana.

—¡Maldito seas, Shaitan! gritó, agitado un puño hacia la horrible boca—. ¿Qué te habíamos hecho nosotros?

Había oído a su madre utilizar aquellas mismas palabras ante la destrucción de un huerto de tubérculos. Ninguna parte de la consciencia de Sheeana había cuestionado nunca ese nombre, Shaitan, ni la furia de su madre. Pertenecía a los estratos más pobres de los desheredados de Rakis y ella lo sabía. Su gente creía en Shaitan primero y en Shai-Hulud después. Los gusanos eran gusanos y a menudo algo mucho peor. No había justicia en la arena. Sólo el peligro acechaba allí. La pobreza y el temor a los sacerdotes podía conducir a su gente hasta las peligrosas dunas, pero incluso entonces se movían con la misma furiosa persistencia que había conducido a los Fremen.

Esta vez, sin embargo, Shaitan había ganado.

Entonces penetró en la consciencia de Sheeana que se hallaba en el centro mismo del sendero mortal. Sus pensamientos, aún no completamente formados, reconocieron solamente que había hecho algo alocado. Mucho más tarde, cuando las enseñanzas de la Hermandad completaron el despertar de su consciencia, se daría cuenta de que se había sentido abrumada por el terror de la soledad. Había deseado que Shaitan la

tomara a ella también para ir a hacer compañía a los muertos.

Un sonido raspante brotó de debajo del gusano.

Sheeana sofocó un grito.

Lentamente al principio, luego más aprisa, el gusano retrocedió varios metros. Allí giró y ganó velocidad junto a los montículos gemelos que había creado viniendo del desierto. El roce de su paso disminuyó en la distancia. Sheeana fue consciente entonces de otro sonido. Alzó la vista al cielo. El tuoc–tuoc de un ornitóptero de los sacerdotes flotó sobre ella, rozándola con su sombra. El aparato resplandecía a la luz del sol matutino mientras seguía al gusano hacia el desierto.

Sheeana sintió entonces un miedo mucho más familiar.

*¡Los sacerdotes!*

Mantuvo su mirada fija en el tóptero. Flotaba en la distancia, luego regresó para posarse suavemente en un trozo de arena alisada por el paso del gusano, cerca de ella. Pudo oler los lubricantes y la nauseabunda acritud del combustible del tóptero. Aquella cosa era un insecto gigantesco anidado en la arena, aguardando para saltar sobre ella.

Una portezuela se abrió de golpe.

Sheeana echó hacia atrás sus hombros y se mantuvo en su sitio. Muy bien: la habían atrapado. Sabía lo que le esperaba ahora. Nada ganaría huyendo. Sólo los sacerdotes usaban tópteros. Podían ir a cualquier lugar y ver cualquier cosa.

Dos sacerdotes llevando lujosos atuendos, dorados y blancos con ribetes púrpura, salieron frente a Sheeana, tan cerca de ella que pudo oler su sudor y el almizcleño incienso de melange que empapaba sus ropas. Eran jóvenes, pero muy parecidos a todos los sacerdotes que podía recordar: rasgos suaves, manos no encallecidas, despreocupados de perder su humedad. Ninguno de ellos llevaba destiltraje bajo su hábito.

El de la izquierda, clavando sus ojos en los de Sheeana, habló:

—Hija de Shai-Hulud, vimos a tu Padre traerte desde sus tierras.

Las palabras no tuvieron ningún sentido para Sheeana. Los sacerdotes eran hombres a los que había que temer. Sus padres y todos los adultos que había conocido habían impreso en ella esta idea a través de sus palabras y acciones. Los sacerdotes poseían ornitópteros. Los sacerdotes te daban de alimento a Shaitan por la más ligera infracción o por ninguna infracción en absoluto, sólo por su capricho. Su gente conocía muchos ejemplos.

Sheeana se apartó de los arrodillados hombres y miró a su alrededor. ¿Hacia dónde podía echar a correr?

El que había hablado alzó una mano implorante.

—Quédate con nosotros.

—¡Sois malos! —la voz de Sheeana se quebró con la emoción.

Ambos sacerdotes cayeron postrados en la arena.

Muy lejos, en las torres de la ciudad, la luz del sol se reflejó en lentes. Sheeana las vio. Sabía qué eran aquellos destellos. Los sacerdotes estaban siempre observándote desde las ciudades. Cuando veías el destello de las lentes, aquello era señal de que debías pasar inadvertido, «ser bueno».

Sheeana apretó sus manos frente a ella para detener su temblor. Miró a derecha e izquierda, luego a los postrados sacerdotes.

Algo estaba mal allí.

Con las cabezas apoyadas en la arena, los dos sacerdotes se estremecían temerosos y aguardaban. Nadie habló.

Sheeana no sabía cómo responder. La impresión de sus más recientes experiencias no podía ser absorbida por una mente de ocho años. Sabía que sus padres y todos sus vecinos habían sido llevados por Shaitan. Sus propios ojos lo habían visto. Y Shaitan la había traído a ella hasta aquí, negándose a tomarla en sus horribles fuegos. Ella había sido perdonada.

Había una palabra que sí comprendía. Perdonada. Le había sido explicada cuando había aprendido la canción de la danza.

—¡*Shai–Hulud nos perdone!*

—*Llévate a Shaitan...*

Lentamente, sin desear excitar a los postrados sacerdotes, Sheeana inició los deslizantes, arrítmicos movimientos de la danza. A medida que la recordaba la música iba creciendo dentro de ella, y desunió sus manos y extendió sus brazos en toda su longitud. Sus pies se alzaron en los majestuosos movimientos. Su cuerpo giró, lentamente al principio, luego más rápido a medida que el éxtasis de la danza aumentaba. Su largo cabello castaño azotó su rostro.

Los dos sacerdotes se atrevieron a alzar sus cabezas. ¡La extraña niña estaba realizando La Danza! Reconocieron los movimientos: La Danza Propiciatoria. Le estaba pidiendo a Shai-Hulud que perdonara a su pueblo. ¡Le estaba pidiendo a Dios que les perdonara *a ellos!*

Volvieron sus cabezas para mirarse el uno al otro y, al unísono, se echaron hacia atrás, sentándose sobre sus talones. Luego, empezaron a palmear en el tradicional esfuerzo por distraer al danzarín. Sus manos palmeaban rítmicamente mientras cantaban las antiguas palabras:

—*Nuestros padres comieron el maná en el desierto...*

—... *¡en los ardientes lugares de donde proceden los remolinos del viento!*

Los sacerdotes lo habían excluido todo de su atención excepto la niña. Era esbelta, veían, con fibrosos músculos, brazos y piernas delgados. Su túnica y destiltraje estaban raídos y remendados como los de los parias. Sus pómulos sobresalientes arrojaban sombras sobre su olivácea piel. Sus ojos eran marrones,

observaron. Rojizas estrías del color del sol mechaban sus cabellos. Había la severidad del ahorro del agua en todos sus rasgos... la afilada nariz y la puntiaguda barbilla, la amplia frente, la ancha y fina boca, el largo cuello. Se parecía a los retratos Fremén en el santo de los santos en Dar-es-Balat. ¡Por supuesto! La hija de Shai-Hulud tendría este aspecto.

Además, danzaba bien. Sus movimientos no seguían un ritmo rápidamente repetido. Había ritmo en ellos, pero era admirablemente largo, al menos cien pasos. Lo mantuvo ininterrumpidamente mientras el sol se alzaba cada vez más alto. Era casi mediodía antes de que se dejara caer exhausta en la arena.

Los sacerdotes se pusieron en pie y miraron hacia el desierto, allá donde Shai-Hulud había desaparecido. El ritmo de la danza no lo había atraído de nuevo. Habían sido perdonados.

Así había empezado la nueva vida de Sheeana.

En sus propios aposentos y durante muchos días, los sacerdotes más ancianos se enzarzaron en violentas discusiones acerca de ella. Finalmente trasladaron sus disputas e informes al Sumo Sacerdote, Hedley Tuek. Se reunieron una tarde en el Salón de las Pequeñas Asambleas. Tuek y seis sacerdotes consejeros. Murales de Leto II, un rostro humano en el gran cuerpo de gusano, les miraban benévolamente desde las paredes.

Tuek se sentó en un banco de piedra que había sido recuperado del Sietch Garganta del Viento. Se decía que el propio Muad'dib se había sentado en aquel banco. Una de sus patas llevaba todavía el bajo relieve del halcón Atreides.

Sus consejeros ocuparon otros bancos más bajos y modernos frente a él.

El Sumo Sacerdote era una figura imponente; un sedoso pelo gris caía liso sobre sus hombros. Era un marco adecuado al cuadrado rostro, con su ancha y firme boca y su dura mandíbula. Los ojos de Tuek conservaban su blanco original rodeando unas pupilas azul profundo. Pobladas cejas sin recortar sombreaban sus ojos.

Los consejeros formaban un conjunto multicolor. Descendientes de antiguas familias sacerdotales, cada uno de ellos llevaba en su corazón la creencia de que los asuntos irían mucho mejor si *él* ocupara el banco de Tuek.

El larguirucho Stiros adelantó su huesudo rostro como portavoz de la oposición:

—Ella no es sino una pobre niña del desierto extraviada, y ha cabalgado a Shai-Hulud. Eso está prohibido, y el castigo es obligatorio.

Otros hablaron inmediatamente:

—¡No! No, Stiros. ¡Estás equivocado! Ella no montaba a lomos de Shai-Hulud como hacían los Fremén. No llevaba garfios de doma ni...

Stiros intentó hacerles callar.

El asunto quedó en empate, vio Tuek: tres contra tres, con Umphrud, un gordo hedonista, como abogado para «aceptación cautelara».

—Ella no tenía ninguna forma de guiar el rumbo de Shai-Hulud —argumentó Umphrud—. Todos nosotros vimos como bajó a la arena sin ningún temor y habló con Él.

Sí, todos lo habían visto, o en el momento de ocurrir o en la holofoto que un pensativo observador había tomado. Fuera o no una niña del desierto extraviada, se había enfrentado a Shai-Hulud y había hablado con Él. Y Shai-Hulud no la había devorado. No, en absoluto. El Gusano de Dios se había marchado a la orden de la niña y había vuelto al desierto.

La probaremos —dijo Tuek.

A primera hora de la mañana siguiente, un ornitóptero conducido por los dos sacerdotes que la habían traído del desierto llevaron a Sheeana muy lejos, fuera de la vista de la población de Keen. Los sacerdotes la dejaron en la cima de una duna y plantaron una meticulosa copia de un martilleador Fremen en la arena. Cuando el mecanismo de retención del martilleador fue soltado, un fuerte batir tembló a lo largo de todo el desierto... la antigua llamada a Shai-Hulud. Los sacerdotes corrieron a toda prisa a su tóptero y aguardaron muy arriba sobre ella mientras una aterrada Sheeana, viendo que sus peores temores se habían realizado, permanecía de pie sola a unos veinte metros del martilleador.

Acudieron dos gusanos. No eran los más grandes que los sacerdotes hubieran visto nunca, no tenían más de treinta metros de largo. Uno de ellos se lanzó sobre el martilleador y lo silenció. Juntos, avanzaron dejando rastros paralelos y se detuvieron el uno al lado del otro a no más de seis metros de Sheeana.

Ella permanecía resignada a su suerte, los puños apretados a sus costados. Aquello era lo que hacían los sacerdotes. Te daban de alimento a Shaitan.

En su tóptero flotando allá arriba, los dos sacerdotes observaban fascinados. Sus lentes transmitían la escena a los igualmente fascinados observadores en los apartamentos del Sumo Sacerdote en Keen. Todos ellos habían visto escenas similares antes. Era el castigo estándar, una forma sencilla de eliminar obstruccionistas entre la población y el sacerdocio, o preparar el camino para la adquisición de una nueva concubina. Nunca antes, sin embargo, la víctima había sido una niña. ¡Y una niña como aquella!

Los Gusanos-de-Dios se arrastraron lentamente hacia adelante después de su primera detención. Se inmovilizaron de nuevo cuando estaban a tan sólo tres metros de Sheeana.

Resignada a su destino, Sheeana no echó a correr. Pronto, pensó, estaría junto con sus padres y amigos. Cuando vio que los gusanos seguían inmóviles, la cólera reemplazó al terror. ¡Los malvados sacerdotes la habían dejado allí! Podía oír su tóptero sobre su cabeza. El cálido olor de la especia procedente de los gusanos llenaba el aire a su alrededor. Bruscamente, alzó su mano derecha y señaló al tóptero.



—¡Adelante, comedme! ¡Eso es lo que ellos quieren!

Los sacerdotes sobre ella no pudieron oír sus palabras, pero el gesto era visible, y podían ver que estaba hablándoles a los dos Gusano-de-Dios. El dedo señalando hacia arriba, hacia ellos, no presagiaba nada bueno.

Los gusanos no se movieron.

Sheeana bajó su mano.

—¡Vosotros matasteis a mi madre y a mi padre y a todos mis amigos! —acusó. Dio un paso hacia adelante y agitó un puño hacia ellos.

Los gusanos retrocedieron, manteniendo la distancia.

—¡Si no me queréis, marchaos de vuelta al lugar de donde habéis venido! — Agitó la mano hacia ellos, señalándoles el desierto.

Obedientemente, los dos retrocedieron más y se dieron la vuelta al unísono.

Los sacerdotes en el tóptero los siguieron hasta que se deslizaron bajo la arena a más de un kilómetro de distancia. Sólo entonces regresaron los sacerdotes, llenos de miedo y excitación. Recogieron a la hija de Shai-Hulud de la arena, y regresaron con ella a Keen.

La embajada de la Bene Gesserit en Keen recibió un informe completo al anochecer. La noticia iba de camino a la Casa Capitular a la mañana siguiente.

¡Al fin había ocurrido!

## Capítulo VII

*El problema con algunas clases de contienda (y podemos estar seguros de que el Tirano sabía eso, puesto que se halla implícito en su lección) es que destruyen toda la decencia moral en los tipos susceptibles. Las contiendas de esa clase abandonarán a los destruidos supervivientes, devolviéndolos a una población inocente que es incapaz incluso de imaginar lo que esos soldados que vuelven pueden llegar a hacer.*

### ***Enseñanzas de la 'Senda de Oro', Archivos de la Bene Gesserit***

Uno de los más lejanos recuerdos de Miles Teg era el de estar sentado para la cena junto con sus padres y su hermana menor, Sabine. Tenía tan solo siete años por aquel entonces, pero lo ocurrido había quedado indeleblemente grabado en su memoria: el comedor en Lernaeus brillaba multicolor con flores recién cortadas, la suave luz del amarillo sol se difuminaba entre antiguas sombras. El resplandeciente servicio de mesa azul y la brillante plata realzaban la mesa. Los sirvientes permanecían de pie cerca, atentos al menor deseo, porque su madre podía estar ocupada en otra tarea, pero su función como maestra Bene Gesserit estaba siempre presente.

Janet Roxbrough–Teg, una mujer de largos huesos que parecía ideal para el papel de gran dama, miraba con el ceño fruncido de un lado a otro de la mesa, observando que el servicio estuviera todo él colocado en su sitio correcto. Loschy Teg, el padre de Miles, siempre observaba aquel ritual con un débil aire divertido. Era un hombre delgado con una alta frente y un rostro tan estrecho que parecía que sus oscuros ojos sobresalieran por los lados. Su negro pelo era un perfecto contrapunto a la blancura de la piel de su esposa.

Por encima de los débiles sonidos en la mesa y el denso aroma de la fuerte sopa edu, su madre daba instrucciones a su padre de cómo tratar con un inoportuno Comerciante Libre. Cuando dijo «tleilaxu», llamó toda la atención de Miles. Su educación acababa de tratar de la Bene Tleilax.

Incluso Sabine, que sucumbiría varios años más tarde a un envenenador en Romo, escuchaba con más atención de la que él hubiera creído posible a sus cuatro años. Sabine adoraba a su hermano como a un héroe. Cualquier cosa que llamara la atención de Miles interesaba a Sabine. Ambos niños escucharon en silencio.

—El hombre es un testaferro de los tleilaxu —decía Dama Janet—. Puedo oírlo en su voz.

—No dudo de tu habilidad en detectar tales cosas, querida —dijo Loschy Teg—. ¿Pero qué puedo hacer yo? Lleva consigo las credenciales de crédito correspondientes y desea comprar el...

—Su compra del arroz no es importante en este momento. No supongas nunca que lo que parece desear un Danzarín Rostro es lo que realmente desea.

—Estoy seguro de que no es un Danzarín Rostro. El...

—¡Loschy! Sé que has aprendido bien bajo mi instrucción y que puedes detectar a un Danzarín Rostro. Admito que el Comerciante Libre no es uno de ellos. Los Danzarines Rostro permanecen en su nave. Saben que yo estoy aquí.

—Saben que a ti no pueden engañarte. Sí, pero...

—La estrategia de los tleilaxu es siempre tejer una red de estrategias, cada una de las cuales puede ser la auténtica estrategia. Aprendieron eso de nosotras.

—Querida, si estamos tratando con los tleilaxu, y no pongo en duda tu juicio, entonces eso se convierte inmediatamente en una cuestión de melange.

Dama Janet asintió suavemente con la cabeza. Por supuesto, incluso Miles sabía de la conexión de los tleilaxu con la especia. Era una de las cosas que le fascinaban de los tleilaxu. Por cada miligramo de especia producida en Rakis, los tanques de la Bene Tleilax producían varias toneladas. La utilización de la melange había crecido para adaptarse a la nueva oferta, e incluso la Cofradía Espacial doblaba la rodilla ante este poder.

—Pero el arroz... —aventuró Loschy Teg.

—Mi querido esposo, la Bene Tleilax no necesita tanto arroz pongi en nuestro sector. Lo necesitan para comerciar. Debemos descubrir quién necesita realmente el arroz.

—Quieres que retrase el asunto —dijo él.

—Exactamente. Eres magnífico en lo que ahora necesitamos. No le des a ese Comerciante Libre la posibilidad de decir sí o no. Alguien adiestrado por los Danzarines Rostro apreciará tal sutileza.

—Atraeremos a los Danzarines Rostro fuera de su nave mientras tú inicias indagaciones por otro lado.

Dama Janet sonrió.

—Eres encantador cuando pasas de este modo por delante de mis pensamientos.

Una mirada de comprensión cruzó entre los dos.

—No puede acudir a otro proveedor en este sector —dijo Loschy Teg.

—Deseará evitar una confrontación de si-no —dijo Dama Janet, palmeando la mesa—. Dilaciones, dilaciones y más dilaciones. Debes sacar a los Danzarines Rostro de su nave.

—Se darán cuenta, por supuesto.

—Sí, querido, y eso es peligroso. Siempre debes permanecer en tu terreno y con nuestros guardias cerca.

Miles Teg recordaba que su padre, de hecho, había atraído a los Danzarines Rostro fuera de su nave. Su madre había llevado a Miles al visor, desde donde él

pudo contemplar la estancia recubierta de cobre en la cual su padre cerró el trato que le valió las mayores alabanzas de la CHOAM y una alta comisión.

Fueron los primeros Danzarines Rostro que viera nunca Miles: dos hombres de baja estatura, tan parecidos como unos gemelos. Unos rostros redondos sin apenas barbilla, narices respingonas, bocas pequeñas, ojos como botones negros, y un pelo blanco muy corto que se erguía sobre sus cabezas como las cerdas de un cepillo. Los dos iban vestidos del mismo modo que el Comerciante Libre... túnicas negras y pantalones.

—La ilusión, Miles —dijo su madre—. La ilusión es su especialidad. Modelan la ilusión para conseguir objetivos reales, así es como trabajaban los tleilaxu.

—¿Como el mago de la Representación de Invierno? —preguntó Miles, su mirada clavada en el visor y las figuras como muñecos en la escena al otro lado.

—Exactamente igual —confirmó su madre. Ella también contemplaba el visor mientras hablaba, pero uno de sus brazos rodeó protectoramente el hombro de su hijo.

—Estás contemplando el mal, Miles. Estúdialo atentamente. Los rostros que estás viendo pueden cambiar en un instante. Pueden hacerse más altos, parecer más corpulentos. Pueden imitar a tu padre de tal modo que sólo yo reconozca la sustitución.

La boca de Miles Teg formó una muda «O». Se quedó contemplando el visor, escuchando a su padre explicar que el precio del arroz pongi de la CHOAM había vuelto a subir de forma alarmante.

—Y lo más terrible de todo —dijo su madre—. Algunos de los nuevos Danzarines Rostro pueden, tocando la carne de una víctima, absorber algunas de las memorias de dicha víctima.

—¿Leen las mentes? —Miles alzó la vista hacia su madre.

—No exactamente. Creemos que toman una impresión de las memorias, algo así como un proceso de holofoto. Ellos todavía no saben que nosotros hemos averiguado todo esto.

Miles comprendió. No tenía que hablar de aquello a nadie, ni siquiera a su padre o a su madre. Ella le había enseñado la vía del secreto de la Bene Gesserit. Observó con desafío las figuras en la pantalla.

Los Danzarines Rostro no traicionaron ninguna emoción ante las palabras de su padre, pero sus ojos parecieron brillar un poco más intensamente.

—¿Cómo llegaron a ser tan malvados? —preguntó Miles.

—Son seres comunales, educados para no ser identificados con ninguna forma o rostro. La apariencia que presentan ahora es en mi honor. Saben que estoy observándoles. Se han relajado a su natural forma comunal. Obsérvalos más atentamente.

Miles inclinó la cabeza hacia un lado y estudió a los Danzarines Rostro. Parecían

tan blandos e ineficaces.

—No tienen ningún sentido del yo —dijo su madre—. Poseen solamente el instinto de preservar sus propias vidas a menos que se les ordene morir por sus Maestros.

—¿Harían realmente eso?

—Lo han hecho ya muchas veces.

—¿Quiénes son sus Maestros?

—Hombres que muy raramente abandonan los planetas de la Bene Tleilax.

—¿Tienen hijos?

—No los Danzarines Rostro. Son híbridos, estériles. Pero sus Maestros pueden procrear. Hemos cogido a algunos de ellos, pero sus descendientes son extraños. Pocos son mujeres, e incluso entonces no podemos sondear sus Otras Memorias.

Miles frunció el ceño. Sabía que su madre era una Bene Gesserit. Sabía que las Reverendas Madres llevaban consigo una maravillosa reserva de Otras Memorias que retrocedían a lo largo de todos los milenios de la Hermandad. Incluso sabía algo de los planes genéticos de la Bene Gesserit. Las Reverendas Madres elegían a hombres en particular y tenían hijos de tales hombres.

—¿Cómo son las mujeres tleilaxu? —preguntó Miles.

Era una pregunta perspicaz que llevó una oleada de orgullo a Dama Janet. Sí, era casi seguro que allí tenía a un Mentat en potencia. Las amantes procreadoras habían estado en lo cierto respecto al potencial genético de Loschy Teg.

—Nadie fuera de sus planetas ha informado jamás haber visto a una mujer tleilaxu —dijo Dama Janet.

—¿Existen, o son simplemente los tanques?

—Existen.

—¿Son mujeres algunos de los Danzarines Rostro?

—Pueden ser hombres o mujeres a voluntad. Obsérvalos cuidadosamente. Saben lo que está haciendo tu padre, y eso les encoleriza.

—¿Van a intentar hacerle daño a mi padre?

—No se atreverán. Hemos tomado precauciones, y ellos lo saben. Mira como al de la izquierda se le encaja la mandíbula. Este es uno de sus signos de irritación.

—Has dicho que eran seres com... comunales.

—Como los insectos sociales, Miles. No tienen imagen propia. Sin un sentido del yo, van más allá de la amoralidad. No puede confiarse en nada de lo que digan o hagan.

Miles se estremeció.

—Nunca hemos sido capaces de detectar en ellos un código ético —dijo Dama Janet—. Son carne convertida en autómatas. Sin un yo, no tienen nada que estimar o siquiera dudar. Son educados únicamente para obedecer a sus Maestros.

—Y estos les han dicho que vengan aquí y compren el arroz.

—Exactamente. Se les ha dicho que lo consigan, y no hay ningún otro lugar en el sector donde puedan hacerlo.

—¿Deberán comprárselo a padre?

—Es su única fuente. En este momento precisamente, hijo, están pagando con melange. ¿Lo ves?

Miles vio las tabletas color naranja amarronado de especia cambiar de manos, un buen montón de ellas, que uno de los Danzarines Rostro fue sacando de una caja en el suelo.

—El precio es mucho, mucho más alto de lo que nunca hubieran anticipado —dijo Dama Janet—. Este será un rastro fácil de seguir.

—¿Por qué?

—Alguien va a arruinarse adquiriendo este cargamento. Creemos saber quién es el comprador. Sea quien sea, oiremos hablar de él. Entonces sabremos qué es lo que pretende realmente comerciando aquí.

Entonces Dama Janet empezó a señalar las incongruencias identificables que traicionaban a un Danzarín Rostro a unos ojos y oídos adiestrados. Eran signos sutiles, pero Miles los captó inmediatamente. Su madre le dijo entonces que él podía llegar a convertirse en un Mentat... quizá incluso más.

Poco antes de cumplir los trece años, Miles Teg fue enviado a la escuela avanzada de la ciudadela de la Bene Gesserit en Lampadas, donde las suposiciones de su madre sobre él fueron confirmadas. La comunicación le llegó escuetamente a ella:

«Nos habéis dado el Guerrero Mentat que esperábamos.»

Teg no vio esta nota hasta el día en que revisó los efectos de su madre después de su muerte. Las palabras escritas en una pequeña lámina de cristal riduliano con el sello de la Casa Capitular debajo lo llenaron con una extraña sensación de desplazamiento en el tiempo. Sus recuerdos lo llevaron bruscamente de vuelta a Lampadas, donde el amor–admiración que había sentido por su madre fue diestramente transferido a la propia Hermandad, tal como se pretendía originalmente. No llegó a comprender esto sino hasta su posterior adiestramiento como Mentat, pero el comprenderlo cambió muy poco las cosas. Si acaso, lo ligó aún más fuertemente a la Bene Gesserit. Confirmó que la Hermandad debía ser una de sus fortalezas. Sabía ya que la Hermandad de la Bene Gesserit era una de las más poderosas fuerzas en aquel universo... igual como mínimo a la Cofradía Espacial, superior al Consejo de las Habladoras Pez que había heredado el núcleo del antiguo Imperio Atréides, superior con mucho a la CHOAM, y de alguna forma equilibrada con los Fabricadores de Ix y con la Bene Tleilax. Una pequeña medida de la gran autoridad de la Hermandad podía deducirse del hecho de que habían mantenido esa autoridad pese a la fabricación de melange en los tanques tleilaxu, que había roto el monopolio

rakiano de la especia, del mismo modo que las máquinas de navegación Ixianas habían roto el monopolio de la Cofradía sobre el viaje espacial.

Por aquel entonces Miles Teg conocía bien la historia. Los Navegantes de la Cofradía ya no eran los únicos que podían llevar una nave a través de los pliegues del espacio... en esta galaxia en un determinado momento, en una de las galaxias más alejadas al siguiente latido del corazón.

Las Hermanas Enseñantes le ocultaron muy pocas cosas, revelándole por primera vez el hecho de sus antepasados Atreides. Esa revelación era necesaria debido a las pruebas que le efectuaron. Obviamente estaban sondeándole en busca de indicios de presciencia. ¿Podía él, como un Navegante de la Cofradía, detectar obstrucciones fatales? Fracaso. La siguiente vez lo probaron con no-estancias y no-naves. Era tan ciego a tales artilugios como el resto de la humanidad. Para esta prueba, sin embargo, le dieron enormes dosis de especia, y sintió el despertar de su Auténtico Yo.

—La mente en su principio —lo llamó una Hermana profesora cuando él le pidió una explicación de aquella extraña sensación.

Durante un tiempo, el universo fue algo mágico mientras lo contemplaba a través de su nueva consciencia. Su consciencia era un círculo, luego un globo. Formas arbitrarias se hicieron transitorias. Empezó a caer en estado de trance sin advertencia previa, hasta que las Hermanas le enseñaron cómo controlarlo. Le proporcionaron relatos de santos y místicos, y le obligaron a trazar un círculo a pulso con ambas manos, siguiendo la línea con su consciencia.

Al final del plazo establecido, su consciencia admitió su toque según etiquetas convencionales, pero el recuerdo de la magia nunca lo abandonó. Halló en ese recuerdo una fuente de fuerzas en los momentos más difíciles.

Tras aceptar su misión como Maestro de Armas del ghola, Teg descubrió que su memoria mágica se incrementaba con él. Le resultó especialmente útil durante su primera entrevista con Schwangyu en el Alcázar de Gammu. Se encontraron en el estudio de la Reverenda Madre, un lugar de brillantes paredes de metal y numerosos instrumentos, la mayor parte con el sello del Ix en ellos. Incluso la silla en la que ella se sentaba, con el sol de la mañana entrando a través de una ventana tras ella, de modo que su rostro resultaba difícil de ver, incluso aquella silla era una de las sillas automoldeables Ixianas. El se vio obligado a sentarse en una silla-perro, dándose cuenta de que ella debía saber que él detestaba el uso de cualquier forma de vida para una tarea tan degradante.

—Fuisteis elegido porque realmente poseéis una respetable figura de abuelo —dijo Schwangyu. La brillante luz del sol formaba una corona en torno a su encapuchada cabeza. ¡*Deliberado!*—. Vuestro buen juicio enseñará al muchacho amor y respeto.

—No es posible que yo pueda representar una figura paterna.

—Según Taraza, poseéis las características precisas que ella requiere. Conozco vuestras honorables cicatrices y su valor para nosotras.

Aquello no hacía más que confirmar su anterior recapitulación Mentat: *Llevan largo tiempo planeando esto. Ellas fueron educadas para ello. Yo fui educado para ello. Formo parte de un largo plan.*

Todo lo que dijo fue:

—Taraza espera que este niño se convierta en un temible guerrero cuando sea restaurado a su auténtico yo.

Schwangyu simplemente lo miró por un momento, y luego:

—No debéis responder a ninguna de sus preguntas acerca de gholas, aunque él seguramente os planteará el tema. Ni siquiera debéis utilizar la palabra hasta que yo os dé mi autorización. Os proporcionaré todos los datos del ghola que requiere vuestra tarea.

Espaciando fríamente sus palabras para darles mayor énfasis, Teg dijo:

—Quizá la Reverenda Madre no esté informada de que estoy bien versado en la ciencia de los gholas tleilaxu. He conocido bien a los tleilaxu en batalla.

—¿Creéis que sabéis lo suficiente acerca de la serie Idaho?

—Los Idaho son reputados como unos brillantes estrategas militares —dijo Teg.

—Entonces quizá el gran Bashar no esté informado de las otras características de nuestro ghola.

No había ninguna duda acerca de la burla en su voz, algo más también: celos, y una gran irritación pobremente ocultada. La madre de Teg le había enseñado formas de leer a través de sus máscaras, una enseñanza prohibida, que él siempre había ocultado. Fingió disgusto y se alzó de hombros.

Era obvio, sin embargo, que Schwangyu sabía que él era el Bashar de Taraza. Los límites habían sido fijados.

—A petición de la Bene Gesserit —dijo Schwangyu—, los tleilaxu han efectuado una alteración significativa en la actual serie Idaho. Su sistema nervioso muscular ha sido modernizado.

—¿Sin cambiar la persona original? —Teg formuló la pregunta blandamente, preguntándose hasta cuán lejos iba a llegar ella en su revelación.

—Es un ghola, no un clon.

—Entiendo.

—¿Realmente? Requiere el más cuidadoso adiestramiento prana-bindu en todos los estadios.

—Exactamente las órdenes de Taraza —dijo Teg—. Y todos nosotros obedeceremos esas órdenes.

Schwangyu se inclinó hacia adelante, sin ocultar su irritación.

—Se os ha pedido que adiestréis a un ghola cuyo papel a distintos niveles es de lo



más peligroso para todos nosotros. ¡No creo que comprendáis ni remotamente qué es lo que vais a adiestrar!

Qué vais a adiestrar, pensó Teg. No *a quién*. Aquel niño–ghola nunca sería un *quién* para Schwangyu o cualquiera de las otras que se oponían a Taraza. Quizá el ghola no fuera un *quién* para nadie hasta ser restaurado a su yo original, asentado firmemente en su identidad original de Duncan Idaho.

Teg vio claramente ahora que Schwangyu exhibía más que ocultaba reservas hacia el proyecto ghola. Se hallaba en una oposición activa, tal como Taraza le había advertido. Schwangyu era un enemigo, y las órdenes de Taraza habían sido explícitas:

—Protegeréis a ese muchacho contra cualquier amenaza.

## Capítulo VIII

*Diez mil años desde que Leto II inició su metamorfosis de ser humano a gusano de arena de Rakis, y los historiadores aún discuten acerca de sus motivos. ¿Fue movido por el deseo de una larga vida? Vivió más de diez veces la media normal de trescientos años estándar, pero consideremos el precio que pagó por ello. ¿Fue el anhelo de poder? Es llamado el Tirano por buenas razones, pero ¿qué le proporcionó el poder que un ser humano pudiera desear? ¿Fue impulsado a salvar a la humanidad con su sacrificio? Solamente tenemos sus propias palabras acerca de la Senda de Oro para responder a eso, y yo no puedo aceptar las grabaciones hechas por él mismo de Dar-es-Balat. ¿Puede que existieran otras gratificaciones, que tan sólo sus experiencias pudieran iluminar? Sin mayores pruebas, la pregunta es debatible. Nos vemos reducidos a decir únicamente que «¡Lo hizo!». Tan sólo el hecho físico es innegable.*

### ***La metamorfosis de Leto II, discurso de Gaus Andaud en el 10.000 aniversario***

Una vez más, Waff supo que estaba en lashkar. Esta vez las estacas eran tan altas como era posible. Una Honorada Madre de la Dispersión solicitaba su presencia. ¡Una powindah de powindah! Descendientes de los tleilaxu en la Dispersión le habían contado todo lo que sabían acerca de esas terribles mujeres.

—¡Mucho más terribles que las Reverendas Madres de la Bene Gesserit! —habían dicho.

*Y más numerosas, se recordó Waff.*

Tampoco creía completamente a los descendientes tleilaxu que habían regresado. Sus acentos eran extraños, sus actitudes más extrañas todavía, y su observancia de los rituales cuestionable. ¿Cómo podían ser readmitidos al Gran Kehl? ¿Qué posible rito del ghufraan podía limpiarlos después de todos esos siglos? Estaba mucho más allá de toda creencia el que hubieran mantenido guardado el secreto tleilaxu a lo largo de las generaciones.

Ya no eran hermanos-malik, y sin embargo eran la única fuente de información que poseían los tleilaxu acerca de esos Perdidos que regresaban. ¡Y las revelaciones que habían traído consigo! Revelaciones que habían sido incorporadas a los gholas de Duncan Idaho... valía la pena correr los riesgos de contaminación de la maldad powindah.

El lugar de reunión con las Honoradas Matres era la presunta neutralidad de una no-nave ixiana que giraba en una órbita estable en torno a un planeta gaseoso gigante elegido mutuamente en un sistema solar abandonado del antiguo Imperio. El propio Profeta había extraído hasta el último gramo de riqueza minera de aquel sistema. Los

nuevos Danzarines Rostro ocupaban varios puestos como ixianos en la tripulación de la no-nave, pero Waff seguía temiendo aquel primer encuentro. Si esas Honoradas Matres eran realmente más terribles que las brujas Bene Gesserit, ¿no sería detectada la sustitución de los tripulantes ixianos por Danzarines Rostro?

La selección de aquel lugar de encuentro y los distintos arreglos habían creado tensión entre los tleilaxu. ¿Era seguro aquello? Se tranquilizó pensando que llevaba consigo dos armas ocultas que jamás habían sido vistas fuera de los planetas más interiores de los tleilaxu. Las armas eran el concienzudo resultado de largos esfuerzos por parte de sus artífices: dos minúsculos lanzadores de dardos ocultos en sus mangas. Llevaba años entrenándose con ellos, hasta que el agitar de las mangas y la descarga de los dardos envenenados se habían convertido casi en un reflejo instintivo.

Las paredes de la sala de reunión estaban adecuadamente decoradas en tonos cobrizos, evidencia de que estaban protegidas contra los dispositivos espía Ixianos. ¿Pero qué instrumentos podía haber desarrollado la gente de la Dispersión más allá del saber Ixiano?

Waff entró en la estancia con paso vacilante. La Honorada Madre estaba ya allí, sentada en una silla basculante de piel.

—Me llamarás del mismo modo que me llama todo el mundo —le saludó la mujer—. Honorada Madre.

Hizo una reverencia, tal como se le había instruido que debía hacer.

—Honorada Madre.

Ningún asomo de poderes ocultos en su voz. Una contralto baja, con insinuaciones que hablaban de desdén hacia él. Tenía el aspecto de una atleta o acróbata envejecida, perdidos sus reflejos y retirada, pero conservando aún su tono muscular y algunas de sus habilidades. Su rostro era una piel tensa sobre un cráneo con pronunciados pómulos. La boca de finos labios daba una sensación de arrogancia cuando hablaba, como si cada palabra fuera proyectada hacia abajo sobre un interlocutor insignificante.

—¡Bien, entra y siéntate! —ordenó, señalando con una mano hacia una silla basculante frente a ella.

Waff oyó el silbido de la puerta cerrándose tras él. ¡Estaba a solas con ella! La mujer llevaba un detector. La vio recoger su información llevando su mano al lugar donde lo tenía emplazado, su oído izquierdo. Sus lanzadores de dardos habían sido sellados y «lavados» contra detectores, y luego mantenidos a menos 340 grados Kelvin en un baño de radiación durante cinco años estándar para asegurar que eran a prueba de detectores. ¿Era eso suficiente?

Con suavidad, se dejó caer en la silla indicada.

Unas lentes de contacto teñidas de color naranja cubrían los ojos de la Honorada Madre, proporcionándole una apariencia felina. Resultaba intimidante. ¡Y sus ropas!

Unos leotardos rojos debajo de una capa azul oscuro. La superficie de la capa había sido decorada con algún material perlino para producir extraños arabescos y diseños dragoniles. Permanecía sentada en su silla como si se tratara de un trono, sus manos parecidas a garras descansando relajadamente sobre sus brazos.

Waff miró a su alrededor. Su gente había inspeccionado aquel lugar en compañía de un equipo de trabajadores ixianos de mantenimiento y representantes de la Honorada Madre.

*Hemos hecho todo lo que hemos podido*, pensó, e intentó relajarse.

La Honorada Madre se echó a reír.

Waff se la quedó mirando con una expresión tan calmada como consiguió producir.

—Estáis midiéndome —acusó. Os estáis diciendo que poseéis enormes recursos que emplear contra mí, sutiles y vulgares instrumentos para llevar adelante vuestras órdenes.

—No emplees este tono conmigo. —Las palabras eran suaves y átonas, pero arrastraban un tal peso en veneno que Waff casi retrocedió.

Contempló los correosos músculos de las piernas de la mujer, con la tela rojo oscuro de los leotardos que cubrían su piel como si fuera una parte orgánica de ella misma.

La hora de la entrevista había sido ajustada de modo que coincidiera con la media mañana de ambos, habiendo sincronizado sus períodos de sueño durante el camino. Sin embargo, Waff se sentía como dislocado, y eso era una desventaja. ¿Y si las historias de sus informadores eran ciertas? Ella debía tener armas allí.

Ella le sonrió sin ningún humor.

—Estáis intentando intimidarme —dijo Waff.

—Y estoy teniendo éxito.

La ira hirvió dentro de Waff. Impidió que se trasluciera en su voz.

—He acudido a vuestra invitación.

—Espero que no lo hayas hecho para iniciar una confrontación que seguramente vas a perder —dijo ella.

—He venido para firmar una alianza entre nosotros —dijo él. Y se preguntó: *¿Qué necesitan de nosotros? Seguramente deben necesitar algo.*

—¿Qué alianza puede existir entre nosotros? —preguntó ella—. ¿Pretendes construir un edificio en una balsa que se está desintegrando? ¡Ja! Los acuerdos pueden ser rotos, y a menudo así ocurre.

—¿Sobre qué bases debemos negociar? —preguntó él.

—¿Negociar? Yo no negocio. Estoy interesada en este gholá que hicisteis para las brujas. —Su tono no dejaba traslucir nada, pero el corazón de Waff empezó a latir aceleradamente.

En una de sus vidas ghola, Waff se había adiestrado a las órdenes de un Mentat renegado. Las capacidades de un Mentat estaban más allá de él y, además, razonar con él requería palabras. Se habían visto obligados a matar al Mentat powindah, pero había habido algunas cosas de valor en la experiencia. Waff se permitió una pequeña mueca de desagrado ante el recuerdo, pero rememoró las cosas de valor que había aprendido.

*¡Ataca y absorbe los datos que produce ese ataque!*

—¡No me ofrecéis nada a cambio! —dijo en voz muy alta.

—La recompensa es a mi discreción —dijo ella. Waff mostró una sonrisa desdeñosa.

—¿Estáis jugando conmigo?

Ella exhibió unos blancos dientes en una sonrisa felina.

—No sobrevivirías a mi juego, no aunque lo quisieras.

—¡Así que debo depender de vuestra voluntad!

—¡Dependencia! —La palabra fue escupida de su boca como si produjera una sensación de desagrado—. ¿Por qué vendéis esos gholas a las brujas y luego matáis a los gholas?

Waff apretó los labios y permaneció en silencio.

—De alguna forma habéis cambiado a este ghola sin alterar sus posibilidades de recuperar sus memorias originales —dijo la mujer.

—¡Sabéis tanto! —dijo Waff. No era una burla y, esperaba, no revelaba nada. *¡Espías!* ¡Ella tenía espías entre las brujas! ¿Había también algún traidor en el cuartel general tleilaxu?

—Hay una muchacha en Rakis que figura en los planes de las brujas —dijo la Honorada Madre.

—¿Cómo sabéis esto?

—¡Las brujas no realizan ningún movimiento sin nuestro conocimiento! ¡Estás pensando en espías, pero no puedes llegar a saber lo lejos que llegan nuestros brazos!

Waff se sintió desanimado. ¿Podía leer ella su mente? ¿Era aquello algo que había nacido de la Dispersión? ¿Un extraño talento de ahí afuera que la semilla original humana no podía observar?

—¿Cómo habéis cambiado a ese ghola? —preguntó ella.

*¡La Voz!*

Waff, armado contra tales artilugios por su maestro Mentat, casi estuvo a punto de saltar en respuesta. ¡Aquella Honorada Madre tenía algunos de los poderes de las brujas! Había sido algo tan inesperado procediendo de ella. Uno esperaba esas cosas de una Reverenda Madre, y estaba preparado. Necesitó un tiempo para recobrar el equilibrio. Unió sus manos frente a su barbilla.

—Posees interesantes recursos —dijo ella.

Una expresión infantil cubrió los rasgos de Waff. Sabía la desarmante inocencia que podía exhibir.

¡Ataca!

—Sabemos cuánto habéis aprendido de la Bene Gesserit —dijo.

Una expresión de rabia barrió el rostro de la mujer y desapareció.

—¡No nos han enseñado nada!

Waff alzó su voz hasta un humorístico nivel suplicante, halagando.

—Por supuesto, esto no es ninguna negociación.

—¿No lo es? —Ella pareció realmente sorprendida.

Waff bajó sus manos.

—Vamos, Honorada Madre. Estáis interesada en ese gholá. Habláis de cosas en Rakis. ¿Qué pensáis darnos a cambio?

—Muy poco. Te estás volviendo menos valioso a cada instante.

Waff captó la fría máquina de la lógica en su respuesta. No había ninguna capacidad Mentat en ello, sino algo mucho más estremecedor. *¡Ella es capaz de matarme aquí mismo!*

¿Dónde estaban sus armas? ¿Necesitaba realmente armas? No le gustaba la apariencia de aquellos fibrosos músculos, los callos en sus manos, el brillo del cazador en sus ojos naranja. ¿Era posible que sospechara (o incluso supiera) acerca de los lanzadores de dardos en sus mangas?

—Nos enfrentamos a un problema que no puede ser resuelto por medios lógicos —dijo ella.

Waff la miró sorprendido. ¡Un Maestro Zensunni hubiera podido decir aquello! Él se lo había dicho a sí mismo en más de una ocasión.

—Probablemente nunca has considerado una tal posibilidad —dijo ella.

Fue como si sus palabras dejaran caer una máscara de su rostro. Waff vio de pronto a través de ella hasta la calculadora persona que se escondía tras aquellas posturas. ¿Acaso lo había tomado por algún estúpido cegato apto únicamente para recoger mierda de slig?

Poniendo en su voz todo el acento de vacilante desconcierto que le fue posible, preguntó:

—¿Cómo puede ser resuelto un problema así?

—El curso de los acontecimientos se hará cargo de él —dijo ella.

Waff siguió mirándola con simulado desconcierto. Sus palabras no ofrecían ningún indicio de revelación. ¡Sin embargo, las cosas que implicaban! Dijo:

—Vuestras palabras me dejan trastornado.

—La humanidad se ha vuelto infinita —dijo ella—. Ese es el auténtico don de la Dispersión.

Waff luchó por ocultar el torbellino creado por aquellas palabras.

—Infinitos universos, infinito tiempo... cualquier cosa puede ocurrir —dijo.

—Ahhh, eres un brillante pequeño maniquí —dijo ella—. ¿Cómo puede uno calcular para nada? No es lógico.

Sonaba, pensó Waff, como uno de los antiguos líderes del Yihad Butleriano, que había intentado liberar a la humanidad de las mentes mecánicas. Aquella Honorada Madre estaba extrañamente anticuada.

—Nuestros antepasados buscaron una respuesta con las computadoras —aventuró. *¡Dejemos que pruebe eso!*

—Pero tú ya sabes que las computadoras carecen de una capacidad de almacenaje infinita —dijo ella.

Sus palabras lo desconcertaron de nuevo. ¿Podía realmente leer las mentes? ¿Era aquella una forma de imprimación mental? Lo que los Tleilaxu hacían con Danzarines Rostro y gholas, otros podían hacerlo también. Centró su consciencia y la concentró en los ixianos, en sus perversas máquinas. ¡Máquinas powindah!

La Honorada Madre barrió la habitación con su mirada.

—¿Estamos equivocadas confiando en los ixianos? —preguntó.

Waff contuvo el aliento.

—No creo que vosotros confiéis plenamente en ellos —dijo ella—. Vamos, vamos, hombrecito. Te ofrezco mi buena voluntad.

Tardíamente, Waff empezó a sospechar que ella estaba intentando ser amistosa y sincera con él. Evidentemente, había puesto de lado su anterior pose de irritada superioridad. Los informantes de Waff procedentes de los Perdidos decían que las Honoradas Matres tomaban decisiones sexuales muy a la manera de la Bene Gesserit. ¿Estaba intentando ser seductora? Pero ella había *comprendido* con toda claridad y había expuesto las debilidades de la lógica.

¡Era todo muy confuso!

—Estamos hablando en círculos —dijo él.

—Completamente al contrario. Los círculos rodean. Los círculos limitan. La humanidad ya no está limitada por el espacio en el cual crecer.

¡Allí estaba de nuevo! Waff se esforzó en hablar pese a su reseca lengua:

—Se dice que uno debe aceptar lo que no puede controlar.

Ella se inclinó hacia adelante, sus ojos naranja brillando intensamente en su rostro.

—¿Aceptas tú la posibilidad de un desastre final para la Bene Tleilax?

—Si tal fuera el caso yo no estaría aquí.

—Cuando la lógica falla, es preciso utilizar otra herramienta.

Waff sonrió.

—Eso suena lógico.

—¡No te burles de mí! ¡No te atrevas!

Waff alzó defensivamente las manos y adoptó un tono apaciguador:

—¿Qué herramienta sugeriría la Honorada Madre?

—¡La energía!

Su respuesta lo sorprendió.

—¿La energía? ¿En qué forma, y cuánta?

—Tú pides respuestas lógicas —dijo ella.

Con una sensación de tristeza, Waff se dio cuenta de que, después de todo, ella no era Zensunni. La Honorada Madre solamente jugaba con juegos de palabras en los límites de la no-lógica, trazando círculos, pero su herramienta era la lógica.

—La podredumbre que se inicia en el núcleo se expande hacia afuera —dijo Waff.

Fue como si ella no hubiera oído su afirmación de prueba.

—Hay una energía desaprovechada en las profundidades de todo ser humano que nosotras nos dignamos tocar —dijo. Extendió un esquelético dedo hasta unos pocos milímetros de la nariz de él.

Waff se echó hacia atrás en su silla hasta que ella aferró su brazo.

—¿No es eso lo que decía la Bene Gesserit antes de producir su Kwisatz Haderach? —dijo él.

—Perdieron el control de sí mismas y de él —se burló ella.

De nuevo, pensó Waff, había empleado la lógica pensando en la no-lógica. Cuánto le había dicho a él en esos pequeños lapsus. Podía vislumbrar la probable historia de aquellas Honoradas Madres. Una de las Reverendas Madres *naturales* de los Fremen de Rakis había partido con la Dispersión. Gente muy diversa había huido en las no-naves durante e inmediatamente después de los Tiempos de Hambruna. Una no-nave había sembrado a la loca bruja y sus conceptos por algún lugar. Esa semilla había regresado en la forma de aquella cazadora de ojos naranja.

Una vez más le gritó con la Voz, preguntando:

—¿Qué es lo que habéis hecho con ese ghola?

Esta vez, Waff estaba preparado y apartó la Voz de sí. Aquella Honorada Madre debía ser apartada o, si era posible, eliminada. Él había aprendido mucho de ella, pero no tenía ninguna forma de saber cuánto había aprendido ella de él con sus insospechados talentos.

*Son monstruos sexuales*, habían dicho sus informantes. *Esclavizan a los hombres con los poderes del sexo*.

—Cuán poco conoces los goces que puedo proporcionarte —dijo ella. Su voz se enroscó como un látigo en torno a él. ¡Cuán tentadora! ¡Cuán seductora!

Waff habló a la defensiva:

—Decidme por qué vosotras...

—¡No necesito decirte nada!



—Entonces no llegaremos a ningún trato. —Habló con tristeza. Las no-naves, efectivamente, habían sembrado aquellos otros mundos de podredumbre. Waff sintió el peso de la necesidad sobre sus hombros. ¿Y si él no conseguía eliminarla?

—¿Cómo te atreves a sugerir un trato con una Honorada Madre? —exigió ella—. ¡Tú sabes que *nosotras* hemos establecido el precio!

—No conozco vuestras formas de actuar, Honorada Madre —dijo Waff—. Pero capto en vuestras palabras que os he ofendido.

—Aceptadas las disculpas.

¡*No me he disculpado de nada!* La miró imperturbable. Podían deducirse muchas cosas de su actuación. Basándose en su experiencia de milenios, Waff revisó lo que había aprendido allí. Aquella mujer de la Dispersión venía a él en busca de una pieza esencial de información. En consecuencia, no tenía otra fuente. Había captado desesperación en ella. Bien enmascarada, pero definitivamente presente. Necesitaba confirmación o refutación de algo que temía.

¡Cuánto se parecía a un ave de presa, sentada allí con sus manos como garras apoyadas tan ligeramente en los brazos de su silla! *La podredumbre que se inicia en el núcleo se expande hacia afuera.* Él había dicho aquello, y ella no le había oído. Claramente, la humanidad atómica continuaba estallando en sus Dispersiones. La gente representada por aquella Honorada Madre no había encontrado una forma de rastrear las no-naves. Eso era, por supuesto. Ella perseguía a las no-naves del mismo modo que lo hacían las brujas de la Bene Gesserit.

—Buscáis la forma de anular la invisibilidad de una no-nave —dijo.

Obviamente, la afirmación la aturdió. No había esperado aquello del *maniquí* parecido a un elfo sentado frente a ella. Waff vio miedo, luego cólera, luego resolución, cruzar sus rasgos antes de que reasumiera su máscara predatoria. Ella, pensó. Ella sabía que él había visto.

—Así que eso es lo que hacéis con vuestro ghola —dijo ella.

—Eso es lo que las brujas de la Bene Gesserit buscan con él —mintió Waff.

—Te he subestimado —dijo ella—. ¿Habrás cometido tú el mismo error conmigo?

—No lo creo, Honorada Madre. El esquema procreador que os produjo a vosotras es a todas luces formidable. Creo que vos podríais lanzarme una patada y matarme antes de que yo pudiera parpadear. Las brujas no están en la misma liga con vos.

Una sonrisa de placer ablandó los rasgos de la Honorada Madre.

—¿Se convertirán los tleilaxu en nuestros sirvientes voluntariamente o por la fuerza?

El no intentó ocultar su ultraje.

—¿Nos ofrecéis la esclavitud?

—Esa es una de vuestras opciones.

¡Ahora ya la tenía! Su debilidad era la arrogancia. Dócilmente, preguntó:

—¿Qué me ordenaríais que hiciera?

—Llevarás de vuelta como huéspedes tuyas a dos jóvenes Honoradas Matres. Vivirán contigo y... te enseñarán nuestras formas de éxtasis.

Waff inhaló y expelió dos lentas bocanadas de aire.

—¿Eres estéril? —preguntó ella.

—Sólo nuestros Danzarines Rostro son híbridos. —Ella ya debía saberlo. Era del dominio común.

—Te llamas a ti mismo Maestro —dijo ella—; sin embargo, no eres maestro de ti mismo.

*¡Más que tú, zorra Honorada Madre! Y me llamo a mí mismo Masheikh, un hecho que aún puede destruirte.*

—Las dos Honoradas Matres que envíe contigo efectuarán una inspección de todo lo tleilaxu y volverán a mí con su informe —dijo ella.

El suspiró como resignado.

—¿Son atractivas las dos muchachas?

—¡Honoradas Matres! —corrigió ella.

—¿Es ese el único nombre que usan?

—Si ellas eligen darte a ti otros nombres, es su privilegio, no el tuyo. —Se inclinó hacia un lado y frotó un huesudo nudillo contra el suelo. El metal brilló en su mano. ¡Ella tenía una forma de traspasar el blindaje de aquella habitación!

La compuerta se abrió y dos mujeres vestidas de un modo muy parecido a la Honorada Madre entraron. Sus oscuras capas llevaban menos decoración, y ambas mujeres eran más jóvenes. Waff las miró. Ambas eran... Intentó no mostrar excitación, pero supo que había fallado. No importaba. La más vieja pensaría que admiraba la belleza de aquellas dos. A través de signos conocidos únicamente por los Maestros, vio que una de las recién llegadas era un nuevo Danzarín Rostro. ¡Se había efectuado con éxito un intercambio, y aquellas Dispersas no podían detectarlo! ¡los tleilaxu habían superado con éxito el obstáculo! ¿Sería la Bene Gesserit tan ciega con esos nuevos gholas?

—Te has mostrado muy cooperativo acerca de todo esto, por lo cual serás recompensado —dijo la vieja Honorada Madre.

—Reconozco vuestros poderes, Honorada Madre —dijo Waff. Aquello era cierto. Inclinó la cabeza para ocultar la resolución que sabía no podía impedir que surgiera por sus ojos.

Ella hizo un gesto hacia las recién llegadas.

—Esas dos te acompañarán. Su más ligero deseo será una orden para ti. Serán tratadas con todo honor y respeto.

—Por supuesto, Honorada Madre. —Manteniendo la cabeza inclinada, alzó ambos

brazos como en saludo y sumisión. Un dardo silbó en cada una de sus mangas. Mientras soltaba los dardos, Waff saltó hacia un lado en su silla. El movimiento no fue sin embargo lo suficientemente rápido. El pie derecho de la vieja Honorada Madre salió disparado, alcanzándole en el muslo izquierdo y derribándolo hacia atrás junto con su silla.

Fue el último acto en la vida de la Honorada Madre. El dardo de su manga izquierda la alcanzó en la parte de atrás de su garganta, entrando por su boca abierta, que se quedó abierta por la sorpresa. El veneno narcótico cortó en seco cualquier grito. El otro dardo alcanzó al no-Danzarín Rostro de las recién llegadas en el ojo derecho. Su cómplice Danzarín Rostro cortó cualquier grito de advertencia con un rápido golpe en su garganta.

Los dos cuerpos se derrumbaron muertos.

Dolorosamente, Waff se extrajo de la silla y la enderezó mientras se ponía en pie. Su muslo pulsaba. ¡Una fracción de metro más y le hubiera roto la cadera! Se dio cuenta de que la reacción de la mujer no había sido mediada por su sistema nervioso central. Como con algunos insectos, el ataque podía ser iniciado por el sistema muscular apropiado. ¡Aquel desarrollo tenía que ser investigado!

Su cómplice Danzarín Rostro estaba escuchando junto a la abierta compuerta. Se echó hacia un lado para dejar pasar a otro Danzarín Rostro disfrazado de guardia ixiano.

Waff se masajeó el muslo lastimado mientras sus Danzarines Rostro desnudaban a las mujeres muertas. El que había copiado al ixiano puso su cabeza contra la de la vieja Honorada Madre muerta. Las cosas se sucedieron con rapidez a partir de entonces. Ahora ya no era un guardia ixiano, sino una perfecta copia de la vieja Honorada Madre, acompañada de una Honorada Madre ayudante más joven. Otro pseudo-ixiano entró y copió a la otra joven Honorada Madre. Muy pronto sólo había cenizas allá donde había yacido la carne muerta. Una nueva Honorada Madre recogió las cenizas en una bolsa y la ocultó bajo sus ropas.

Waff examinó cuidadosamente la habitación. Las consecuencias de su descubrimiento le hicieron temblar. Una arrogancia como la que había visto allí procedía obviamente de sorprendentes poderes. Aquellos poderes debían ser sondeados. Detuvo al Danzarín Rostro que había copiado a la vieja.

—¿La has imprimido?

—Sí, Maestro. Sus memorias estaban aún vivas cuando las copié.

—Transfiérelas a ella. —Hizo un gesto hacia el que había sido un guardia ixiano. Los dos se tocaron las frentes durante unos breves latidos de corazón, y luego se marcharon.

—Ya está hecho —dijo el más viejo.

—¿Cuántas otras copias de esas Honoradas Matres habéis hecho?

—Cuatro, Maestro.

—¿Ninguna de ellas ha sido detectada?

—Ninguna, Maestro.

—Esas cuatro deben regresar al centro neurálgico de esas Honoradas Matres y averiguar todo lo que se sepa acerca de ellas. Una de esas cuatro debe volver a nosotros con lo que haya averiguado.

—Eso es imposible, Maestro.

—¿Imposible?

—Se han desgajado de su origen. Esa es la forma en que actúan, Maestro. Son una nueva célula, y se han establecido en Gammu.

—Pero seguramente podemos...

—Os pido disculpas, Maestro. Las coordenadas de su lugar en la Dispersión estaban contenidas tan sólo en los archivos de una no-nave, y han pasado eras desde entonces.

—¿Sus huellas han quedado completamente cubiertas? —Había desánimo en su voz.

—Completamente, Maestro.

¡Desastre! Se vio obligado a refrenar sus pensamientos tras un arranque prometedor.

—No deben llegar a saber lo que hemos hecho aquí —murmuró.

—No sabrán nada de nosotros, Maestro.

—¿Qué talentos han desarrollado? ¿Qué poderes? ¡Rápido!

—Son lo que vos esperaríais de una Reverenda Madre de la Bene Gesserit, pero sin las memorias de la melange.

—¿Estás seguro?

—No hay la menor alusión a ello. Como sabéis, Maestro, nosotros...

—Sí, sí, lo sé. —Hizo un gesto para que callara—. Pero esa vieja era tan arrogante, tan...

—Disculpadme, Maestro, pero el tiempo apremia. Esas Honoradas Matres han perfeccionado los placeres del sexo mucho más allá de lo que ningunas otras han desarrollado.

—Entonces es cierto lo que dijeron nuestros informantes.

—Volvieron al Tántrico primitivo y desarrollaron sus propias formas de estimulación sexual, Maestro. A través de esto, aceptan la adoración de sus seguidores.

—Adoración. —La palabra surgió como un suspiro—. ¿Son superiores a las Amantes Procreadoras de la Hermandad?

—Las Honoradas Matres creen que sí, Maestro. Deberíamos demos...

—¡No! —Waff dejó caer su máscara de elfo ante aquel descubrimiento, y adoptó

la expresión de un dominante Maestro. Los Danzarines Rostro asintieron con sus cabezas en señal de sumisión. Una expresión de regocijo asomó en el rostro de Waff. ¡Los tleilaxu que habían regresado de la Dispersión habían informado verazmente! ¡Y él, con una simple impresión mental, había confirmado aquella nueva arma de su pueblo!

—¿Cuáles son vuestras órdenes, Maestro? —preguntó el más viejo.

Waff adoptó de nuevo su máscara de elfo.

—Exploraremos esos asuntos tan sólo cuando hayamos vuelto al cuartel general tleilaxu en Bandalong. Mientras tanto, ni siquiera un Maestro debe dar órdenes a una Honorada Madre. Vosotros sois *mis* maestros hasta que nos hallemos libres de ojos curiosos.

—Por supuesto, Maestro. ¿Debemos transmitir vuestras órdenes a los otros de fuera?

—Sí, y estas son mis órdenes: esta no-nave jamás debe regresar a Gammu. Debe desaparecer sin ningún rastro. Sin supervivientes.

—Así se hará, Maestro.

## Capítulo IX

*La tecnología, en común con muchas otras actividades, tiende a evitar los riesgos a los inversores. La incertidumbre es eliminada siempre que resulta posible. Las inversiones de capital siguen esta regla, puesto que la gente prefiere en general lo predecible. Pocos reconocen lo destructivo que puede llegar a ser esto, cómo impone severos límites sobre la variabilidad, y hace así a poblaciones enteras fatalmente vulnerables a las impresionantes maneras en que nuestro universo puede arrojar los dados.*

### ***Evaluación de Ix, Archivos de la Bene Gesserit***

A la mañana siguiente de aquella prueba inicial en el desierto, Sheeana se despertó en el complejo sacerdotal para descubrir su lecho rodeado por gente vestida de blanco.

*¡Sacerdotes y sacerdotisas!*

—Está despierta —dijo una sacerdotisa.

El miedo aferró a Sheeana. Sujetó las mantas de la cama contra su barbilla mientras miraba aquellos intensos rostros. ¿Iban a abandonarla de nuevo en el desierto? Había dormido el sueño del agotamiento en la cama más blanda y con las sábanas más limpias que jamás había encontrado en sus ocho años de edad, pero sabía que todo lo que hacían los sacerdotes tenía un doble significado. ¡No había que confiar en ellos!

—¿Has dormido bien? —Era la sacerdotisa que había hablado primero. Era una mujer vieja de pelo gris, su rostro enmarcado por una cogulla blanca ribeteada de púrpura. Los viejos ojos tenían una cualidad acuosa pero estaban alertas. Eran de un color azul pálido. La nariz era como un botoncito sobre una estrecha boca y una prominente mandíbula puntiaguda.

—¿Hablarás con nosotros? —insistió la mujer—. Yo soy Cania, tu asistente de noche. ¿Recuerdas? Te ayudé a meterte en la cama.

Al menos, el tono de voz era tranquilizador. Sheeana se sentó y echó una mirada más detenida a aquella gente. ¡Estaban asustados! La nariz de una niña del desierto podía detectar los indicios de feromonas. Para Sheeana, era una observación simple y directa: *Huele a miedo*.

—Pensabais hacerme daño —dijo. ¿Por qué lo hicisteis?

La gente a su alrededor intercambió miradas de consternación. El miedo de Sheeana se disipó. Había captado el nuevo orden de las cosas, y lo ocurrido ayer en el desierto significaba más cambios. Recordó lo obsequiosa que se había mostrado la vieja mujer... ¿Cania? La noche anterior había llegado casi al servilismo. Sheeana

aprendería a su debido tiempo que cualquier persona que ha sobrevivido a la decisión de morir desarrolla un nuevo equilibrio emocional. Los miedos eran transitorios. Aquella nueva condición era interesante.

La voz de Cania tembló cuando respondió:

—De veras, Hija de Dios, no pretendíamos hacerte ningún daño.

Sheeana alisó las mantas sobre su regazo.

—Mi nombre es Sheeana. —Esa era la educación del desierto. Cania ya le había dado su nombre—. ¿Quiénes son esos otros?

—Serán despedidos si no deseas que permanezcan aquí... Sheeana. —Cania señaló hacia una mujer de rostro rojizo a su izquierda, vestida con un atuendo similar al suyo—. Todos excepto Alhosa, por supuesto. Ella es tu asistente de día.

Alhosa hizo una breve inclinación de cabeza ante la presentación.

Sheeana contempló aquel rostro henchido de aguja, aquellos rasgos pesados en un nimbo de algodonoso pelo rubio. Desviando bruscamente su atención, Sheeana miró a los hombres del grupo.

La contemplaban con intensidad, los párpados entrecerrados, algunos con miradas de temblorosa sospecha. El olor a miedo era fuerte.

*¡Sacerdotes!*

—Despídelos. —Sheeana agitó una mano hacia los sacerdotes—. ¡Son haram! —Era la palabra más baja que podía pronunciar, el término más rastrero para aquello que era lo más perverso.

Los sacerdotes retrocedieron, impresionados.

—¡Fuera! —ordenó Cania.

No había error posible en la expresión de malévola alegría en su rostro. Cania no había sido incluida entre los perversos. ¡Pero aquellos sacerdotes habían entrado claramente en la etiqueta de haram! Debían haber hecho algo espantoso a Dios para que éste enviara a una niña-sacerdotisa para castigarles. Cania podía creer eso de los sacerdotes. Muy pocas veces la habían tratado a ella como se merecía.

Como perros apaleados, los sacerdotes retrocedieron haciendo inclinaciones y abandonaron la estancia de Sheeana. Entre los que salieron al pasillo había un locutor-historiador llamado Dromind, un hombre cetrino con una mente activa que tendía a lanzarse sobre las ideas como el pico de un pájaro carroñero sobre un jirón de carne.

Cuando la puerta de la habitación se cerró tras ellos, Dromind dijo a sus temblorosos compañeros que el nombre de Sheeana era una forma moderna del antiguo nombre, Siona.

—Todos vosotros conocéis el lugar que ocupa Siona en las historias —dijo—. Sirvió a Shai-Hulud en Su transformación de la figura humana a la del Dios Dividido.

Stiros, un arrugado y viejo sacerdote con oscuros labios y ojos pálidos y

brillantes, miró dubitativamente a Dromind.

—Eso es extremadamente curioso —dijo—. Las Historias Orales afirman que Siona fue de gran utilidad en su transformación de Uno a Muchos. Sheeana. ¿Crees...?

—No olvidemos la traducción de Hadi Benotto de las propias sagradas palabras de Dios —interrumpió otro sacerdote. Shai-Hulud se refirió muchas veces a Siona.

—No siempre con aprecio —les recordó Stiros—. Recordad su nombre completo: Siona Ibn Faud Al Seyefa Atreides.

—Atreides —susurró otro sacerdote.

—Debemos estudiarla con cuidado —dijo Dromind.

Un joven mensajero acólito llegó corriendo por el pasillo hasta el grupo y rebuscó entre ellos hasta que descubrió a Stiros.

—Stiros —dijo el mensajero—, debéis despejar inmediatamente este pasillo.

—¿Por qué? —Fue una indignada exclamación al unísono del grupo entero de rechazados sacerdotes.

—Ella va a ser trasladada a las dependencias del Sumo Sacerdote —dijo el mensajero.

—¿Por orden de quién? —preguntó Stiros.

—El propio Sumo Sacerdote Tuek lo ha dicho —aclaró el mensajero—. Han estado escuchando. —Agitó vagamente una mano en la dirección de donde había venido.

Todo el grupo en el pasillo comprendió. Las habitaciones podían acondicionarse para enviar las voces que se produjeran en su interior a otros lugares. Siempre había oídos escuchando.

—¿Qué es lo que han oído? —preguntó Stiros. Su vieja voz tembló.

—Ella preguntó si sus dependencias eran las mejores. Van a trasladarla, y ella no debe encontrar a ninguno de vosotros aquí.

—¿Pero qué vamos a hacer? —preguntó Stiros.

—Estudiarla —dijo Dromind.

El pasillo fue despejado inmediatamente, y todos ellos iniciaron el proceso de estudiar a Sheeana. El esquema que nació allí iba a quedar impreso en todas sus vidas a lo largo de los siguientes años. La rutina que empezó a formarse en torno a Sheeana produjo cambios que fueron observables en los más lejanos rincones de influencia del Dios Dividido. Una sola palabra inició ese cambio: «Estudiarla».

Cuán ingenua era, pensaron los sacerdotes. Cuán curiosamente ingenua. Pero sabía leer, y desplegó un intenso interés en los Libros Sagrados que encontró en las dependencias de Tuek. Sus dependencias ahora.

Todo fue buena disposición, desde lo más alto hasta lo más bajo. Tuek se trasladó a las dependencias de su ayudante en jefe, y el mismo proceso fue sucediéndose hacia



abajo. Los Fabricadores se echaron sobre Sheeana y la midieron. El más preciso destiltraje fue fabricado para ella. Adquirió nuevas ropas de un dorado y blanco sacerdotal, ribeteadas de púrpura.

La gente empezó a evitar al locutor–historiador Dromind. Este detenía a sus compañeros y les explicaba la historia de la Siona original, como si esto dijera algo importante acerca de la actual portadora del antiguo nombre.

—Siona era la compañera del Sagrado Duncan Idaho —recordaba Dromind a cualquiera que quería escuchar—. Sus descendientes están por todas partes.

—¿De veras? Perdóname por no seguir escuchándote pero realmente tengo mucha prisa.

Al principio, Tuek fue paciente con Dromind. La historia era interesante y su lección obvia.

—Dios nos ha enviado una nueva Siona —dijo Tuek—. Eso parece claro.

Dromind se marchó y volvió con más chismes del pasado.

—Los relatos de Dar–es–Balat adquieren ahora un nuevo significado —dijo Dromind a su Sumo Sacerdote—. ¿No deberíamos realizar más pruebas y comparaciones con esa niña?

Dromind había encontrado al Sumo Sacerdote inmediatamente después del desayuno. Los restos de la comida de Tuek ocupaban todavía la mesa junto a la balaustrada. A través de la abierta ventana podían oír agitación sobre ellos, en las dependencias de Sheeana.

Tuek apoyó un dedo cauteloso sobre sus labios y habló en una voz susurrada.

—La Sagrada Niña va por decisión propia al desierto. —Se dirigió hacia un mapa mural y señaló a una zona al sudoeste de Keen—. Aparentemente esta es una zona que le interesa... o quizá debería decir mejor que la llama.

—Me han dicho que utiliza frecuentemente los diccionarios —dijo Dromind—. Seguramente no puede ser una...

—Ella está probándonos *a nosotros* —dijo Tuek—. No nos dejemos engañar.

—Pero mi Señor Tuek, ella hace unas preguntas de lo más infantil a Cania y Alhosa.

—¿Pones en duda mi buen juicio, Dromind?

Demasiado tarde, Dromind se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Guardó silencio, pero su expresión decía que había más palabras que se había guardado dentro.

—Dios la ha enviado para arrancar de nosotros las malas hierbas que se han enredado entre las filas de los ungidos —dijo Tuek—. ¡Vete! Reza y pregúntate a ti mismo si esas malas hierbas no se han enredado también en tu interior.

Cuando Dromind se hubo ido, Tuek llamó a un ayudante de confianza.

—¿Dónde está la Sagrada Niña?

—Ha ido al desierto, Señor, a comunicarse con su Padre.

—¿Al sudoeste?

—Sí, Señor.

—Dromind debe ser llevado muy lejos hacia el este y abandonado en la arena. Planta varios martilladores para asegurarte de que nunca regrese.

—¿Dromind, Señor?

—Dromind.

Incluso después de que Dromind fuera trasladado a la Boca de Dios, los sacerdotes no dejaron de seguir su primitiva idea. Estudiaron a Sheeana.

Sheeana también estudiaba. Gradualmente, tan gradualmente que fue incapaz de identificar el punto de transición, reconoció su gran poder sobre aquellos que la rodeaban. Al principio era un juego, un constante Día de los Niños con los adultos saltando para obedecer cada uno de sus infantiles deseos. Pero parecía que no hubiera ningún deseo demasiado difícil de ser cumplido.

¿Quería una rara fruta en su mesa?

La fruta le era servida en un plato de oro.

¿Había visto a un niño muy lejos en las apiñadas calles, y quería jugar con él?

El niño era traído rápidamente a los aposentos de Sheeana en el templo. Cuando habían pasado el miedo y la impresión, el niño terminaba jugando con ella, mientras los sacerdotes y sacerdotisas observaban intensamente. Saltos inocentes en el jardín del tejado, rientes susurros... todo era sujeto a un intenso análisis. Sheeana descubrió que la maravilla de esos niños era una carga demasiado pesada. Muy pocas veces llamaba de nuevo al mismo niño, prefiriendo aprender nuevas cosas de nuevos compañeros de juegos.

Los sacerdotes no se ponían de acuerdo acerca de la inocencia de tales encuentros. Aquellos compañeros de juegos eran sometidos a terribles interrogatorios, hasta que Sheeana descubrió lo que ocurría y se encolerizó contra sus guardianes.

Inevitablemente, la noticia de la existencia de Sheeana se extendió por todo Rakis y fuera del planeta. Los informes de la Hermandad se acumularon. Los años fueron pasando en una especie de rutina sublimemente autocrática... alimentando la curiosidad de Sheeana. Era una curiosidad que no parecía tener límites. Ninguno de sus inmediatos asistentes pensaba en aquello como en educación: Sheeana enseñaba a los sacerdotes de Rakis y ellos le enseñaban a ella. La Bene Gesserit, sin embargo, observó inmediatamente este aspecto de la vida de Sheeana, y la vigiló muy de cerca.

—Está en buenas manos. Dejadla allí hasta que esté preparada para nosotras —ordenó Taraza—. Mantened una fuerza defensiva en alerta constante, y haced que yo reciba informes regularmente.

En ningún momento reveló Sheeana sus auténticos orígenes ni lo que Shaitan

había hecho a su familia y vecinos. Aquello era algo privado entre Shaitan y ella. Pensaba que su silencio era el pago por haber sido perdonada.

Algunas cosas atormentaban a Sheeana. Efectuó algunos viajes al desierto. La curiosidad seguía, pero resultaba obvio que no podía hallarse en la arena una explicación al comportamiento de Shaitan hacia ella. Y aunque sabía que había embajadas de otras potencias en Rakis, las espías Bene Gesserit entre sus asistentes se aseguraron de que Sheeana no expresara demasiado interés hacia la Hermandad. Respuestas apropiadas para quitar importancia a tal interés le eran proporcionadas a Sheeana a medida que las necesitaba.

El mensaje de Taraza a sus observadores en Rakis fue directo y agudo: «Las generaciones de preparación se han convertido en los años de refino. Actuaremos solamente en el momento adecuado. Ya no hay la menor duda de que esta niña es la que estábamos esperando.»

## Capítulo X

*En mi estimación, se ha creado más miseria a causa de los reformadores que por cualquier otra fuerza en la historia humana. Mostradme a alguien que diga: «¡Hay que hacer algo!», y os mostraré una cabeza llena de perversas intenciones que no tienen otra salida. Lo que debemos hacer es esforzarnos en hallar el fluir natural y seguirlo.*

***La Reverenda Madre Taraza, Grabación de una conversación, Archivo BG  
GSXXMAT9***

El cubierto cielo fue alzándose a medida que salía el sol de Gammu, liberando los olores de la hierba y el bosque extraídos y condensados por el rocío matutino.

Duncan Idaho se detuvo junto a la Ventana Prohibida, aspirando los aromas. Aquella mañana Patrin le había dicho:

—Tienes quince años. Debes considerarte como un joven. Ya no eres ningún niño.

—¿Es mi cumpleaños?

Estaban en el dormitorio de Duncan, donde Patrin acababa de levantarlo de la cama con un vaso de zumo de cítricos.

—No sé cuando es tu cumpleaños.

—¿Tienen cumpleaños los gholas?

Patrin guardó silencio. Estaba prohibido hablar de gholas con el ghola.

—Schwangyu dice que tú no puedes responder a esa pregunta —dijo Duncan.

Patrin habló con obvio azoramiento:

—El Bashar desea que te diga que tu clase de adiestramiento se retrasará un poco esta mañana. Quiere que realices tus ejercicios de piernas y rodillas hasta que seas llamado.

—¡Ya los hice ayer!

—Yo simplemente cumplo las órdenes del Bashar. —Patrin tomó el vaso vacío y dejó a Duncan solo.

Duncan se vistió rápidamente. Debían estarle esperando para el desayuno en el Comedor Comunal. ¡*Malditas sean!* No necesitaba desayunar. ¿Qué estaba haciendo el Bashar? ¿Por qué no podía empezar las clases a su hora? ¡*Ejercicios de piernas y rodillas!* Aquello era simplemente una excusa para mantenerlo entretenido porque a Teg le había surgido otra tarea inesperada. Rabioso, Duncan tomó un Camino Prohibido hasta una Ventana Prohibida. ¡*Hagamos que castiguen a los malditos guardias!*

Los olores que penetraban por la abierta ventana le resultaban evocadores, pero

no podía situar los recuerdos que se agitaban en los bordes de su consciencia.

Sabía que había recuerdos allí. Duncan consideraba aquello aterrador pero atrayente... como caminar por el borde de un acantilado o enfrentarse abiertamente a Schwangyu.

Nunca había caminado por el borde de un acantilado ni se había enfrentado abiertamente a Schwangyu, pero podía imaginar algo así.

Ver simplemente una holofoto de un librofilm representando un sendero al borde de un acantilado era suficiente para crear un nudo en su estómago.

En cuanto a Schwangyu, a menudo había imaginado una irritada desobediencia y había sufrido la misma reacción física.

*Alguien más en mi mente*, pensó. No sólo en su mente... *en su cuerpo*. Podía captar otras experiencias, como cuando se despertaba sabiendo que había soñado pero sintiéndose incapaz de recordar el sueño.

Este otro sueño evocaba unos conocimientos que sabía no poseer. Sin embargo, los poseía.

Podía nombrar algunos de los árboles cuyo olor percibía, pero esos nombres no estaban en las grabaciones de la biblioteca.

Aquella Ventana Prohibida estaba prohibida porque atravesaba uno de los muros exteriores del Alcázar y podía ser abierta. A menudo lo estaba, como ahora, para ventilación.

La ventana podía alcanzarse desde su habitación subiéndose sobre una balaustrada y deslizándose por el pozo de aireación de una despensa. Había aprendido a hacer todo aquello sin que quedaran huellas de su paso ni en la balaustrada ni en el pozo de aireación ni en la despensa. Muy pronto se había dado cuenta de que las personas adiestradas por la Bene Gesserit podían leer indicios extremadamente sutiles. Él podía leer algunos de esos indicios, gracias a las enseñanzas de Teg y Lucilla.

Manteniéndose amparado por las sombras del pasillo superior, Duncan centró su atención en las laderas boscosas que trepaban hasta los rocosos pináculos. Encontraba algo atrayente en el bosque. Los pináculos más allá poseían una cualidad mágica. Era fácil imaginar que ningún ser humano había hollado jamás aquellas tierras. Qué magnífico sería perderse allí, ser tan sólo una persona, sin tener que preocuparse de que otra persona morara en él. Un extraño en su interior.

Con un suspiro, Duncan se dio la vuelta y regresó a su habitación por su ruta secreta. Sólo cuando estuvo de vuelta en la seguridad de su habitación se permitió decirse que lo había conseguido una vez más. Nadie iba a ser castigado por su aventura.

Castigos y dolor, que colgaban como un aura en torno a los lugares prohibidos para él, únicamente conseguían que Duncan ejercitase una extrema cautela cuando

quebrantaba las reglas.

No le gustaba pensar en el dolor que Schwangyu podía llegar a causarle si le descubría en una Ventana Prohibida. Incluso el peor de los dolores, sin embargo, no conseguiría hacerle gritar, se dijo. Nunca había gritado, ni siquiera ante sus más retorcidos trucos. Simplemente la miraba fijamente, odiándola pero absorbiendo su lección. Para él, las lecciones de Schwangyu eran directas: pulían su habilidad para moverse sin ser observado, sin ser visto ni oído, sin dejar ninguna huella que traicionara su paso.

En su habitación, Duncan se sentó en el borde de su camastro y contempló la vacía pared frente a él. Una vez, mientras miraba aquella pared, se había formado una imagen allí... una mujer joven con el pelo color ámbar claro y unos rasgos dulcemente redondeados. Le miró desde la pared y sonrió. Sus labios se movieron sin producir ningún sonido. Duncan había aprendido ya a leer los labios, sin embargo, y pudo captar claramente las palabras:

—Duncan, mi dulce Duncan.

¿Era su madre?, se preguntó. ¿Su auténtica madre?

Incluso los gholas tenían auténticas madres en algún lugar, muy lejos en el pasado. Perdida en los tiempos más allá de los tanques axlotl tenía que existir una mujer que lo había llevado en su seno y... y lo había amado. Sí, lo había amado porque él era su hijo. Si ese rostro en la pared era su madre, ¿cómo había encontrado su imagen el camino hasta allí? No podía identificar el rostro, pero deseó que fuera su madre.

La experiencia lo asustó, pero el miedo no le impidió desear que se repitiera. Fuera quien fuese aquella mujer joven, su aleteante presencia lo había impresionado. El extraño dentro de él sabía quién era. Estaba seguro de ello. A veces, deseaba ser ese extraño tan sólo por un instante... lo suficiente como para reunir todos aquellos recuerdos ocultos... pero temía ese deseo. Podía perder su identidad real, pensó, si el extraño penetraba en su consciencia.

¿Sería aquello algo parecido a la muerte?, pensó.

Duncan había visto la muerte antes de cumplir los seis años. Sus guardias habían repelido a unos intrusos, y uno de los guardias resultó muerto. Cuatro intrusos habían muerto también. Duncan había observado los cinco cuerpos ser metidos en el Alcázar... los músculos flácidos, los brazos colgantes. Algo esencial había desaparecido de ellos. No quedaba nada para hacer brotar de ellos sus recuerdos... propios o extraños.

Los cinco habían sido llevados a algún lugar muy adentro del Alcázar. Oyó a un guardia decir más tarde que los cuatro intrusos estaban cargados con «shere». Aquel fue su primer encuentro con la idea de una Sonda Ixiana.

—Una Sonda Ixiana puede captar la mente incluso de una persona muerta —

explicó Geasa—. El shere es una droga que te protege de la sonda. Tus células estarán totalmente muertas antes de que el efecto de la droga desaparezca.

Una atenta escucha reveló a Duncan que los cuatro intrusos habían sido sondeados de todos modos por otros medios. Esos otros medios no le fueron explicados, pero sospechó que debía tratarse de algún secreto de la Bene Gesserit. Pensó en ello como en otro truco infernal de las Reverendas Madres. Debía animar a los muertos y extraer información de la indefensa carne. Duncan visualizó unos músculos despersonalizados agitándose a voluntad de un diabólico observador.

El observador era siempre Schwangyu.

Tales imágenes llenaban la mente de Duncan pese a todos los esfuerzos de sus maestros por disipar «las estupideces inventadas por la ignorancia». Sus maestros decían que esas alocadas historias servían únicamente para crear temor hacia la Bene Gesserit entre los no iniciados. Duncan se negó a creer que él estuviera entre los iniciados. Mirando a la Reverenda Madre, siempre pensaba: *¡Yo no soy uno de ellos!*

Lucilla fue más persistente, más tarde.

—La religión es una fuente de energía —dijo. Tienes que saber reconocer esta energía. Puede ser dirigida hacia tus propias finalidades.

*Sus finalidades, no las mías*, pensó él.

Imaginó sus propias finalidades y proyectó sus propias imágenes de sí mismo triunfante sobre la Hermandad, especialmente sobre Schwangyu. Duncan tuvo la impresión de que sus proyecciones imaginarias eran una realidad subterránea que trabajaba en él desde aquel lugar donde moraba el extraño. Pero aprendió a asentir y aparentar que él también consideraba divertida aquella credulidad religiosa.

Lucilla reconoció la dicotomía en él. Le dijo a Schwangyu:

—Cree que hay que temer a las fuerzas místicas, y si es posible evitarlas. Mientras persista en su creencia, no puede aprender a utilizar nuestro conocimiento más esencial.

Se reunieron para lo que Schwangyu llamó «una sesión regular de evaluación», sólo ellas dos en el estudio de Schwangyu. Era poco después de su ligera cena. Los sonidos del Alcázar en torno a ellos eran los de la transición... el inicio de las patrullas nocturnas, el personal fuera de servicio disfrutando de uno de sus breves períodos de tiempo libre. El estudio de Schwangyu no había sido completamente aislado contra tales cosas, una invención deliberada de los renovadores de la Hermandad. Los adiestrados sentidos de una Reverenda Madre podían detectar muchas cosas de los sonidos que les rodeaban.

Schwangyu se sentía más y más perdedora en esas «sesiones de evaluación». Cada vez resultaba más obvio que Lucilla no podría ser vencida por aquellas que se oponían a Taraza. Lucilla era también inmune a los subterfugios manipuladores de una Reverenda Madre. Y, lo peor de todo, entre Lucilla y Teg estaban impartiendo

habilidades altamente volátiles al ghola. Extremadamente peligroso. Por encima de todos sus demás problemas, Schwangyu alimentaba un creciente respeto hacia Lucilla.

—Él cree que utilizamos poderes ocultos para practicar nuestras artes —dijo Lucilla—. ¿Cómo puede haber llegado a una idea tan peculiar?

Schwangyu captaba la desventaja impuesta por esta pregunta. Lucilla sabía ya que aquello había sido hecho para debilitar al ghola. Lucilla estaba diciendo: *¡La desobediencia es un crimen contra nuestra Hermandad!*

—Si él desea nuestro conocimiento, seguramente lo obtendrá de vos —dijo pensativa Schwangyu. No importaba lo peligroso que fuera, aquello, desde el punto de vista de Schwangyu, era realmente una verdad.

—Su anhelo de conocimiento es mi mejor palanca —contraatacó Lucilla—, pero ambas sabemos que esto no es suficiente.

—No había reproche en el tono de Lucilla, pero Schwangyu lo captó de todos modos.

*¡Maldita sea! ¡Está intentando vencerme!*, pensó Schwangyu. Varias respuestas penetraron en la mente de Schwangyu:

«Yo no he desobedecido mis órdenes.» *¡Pah!* ¡Una repugnante excusa! «El ghola ha sido tratado de acuerdo con las prácticas de adiestramiento estándar de la Bene Gesserit.»

«Inadecuado e incierto. Y este ghola no era un objeto estándar de educación. Había profundidades en él que solamente podían ser equiparadas por una Reverenda Madre. ¡Y ese era el problema!

—He cometido errores —dijo Schwangyu.

*¡Aquí!* Aquella era la respuesta de doble filo que otra Reverenda Madre apreciaría.

—No cometisteis ningún error cuando lo dañasteis —dijo Lucilla.

—Pero fracasé en anticipar que otra Reverenda Madre podía poner al descubierto los fallos en él —dijo Schwangyu.

—Desea nuestros poderes únicamente para escapar de nosotras —dijo Lucilla—. Está pensando: *Algún día sabré tanto como ellas y entonces huiré.*

Cuando Schwangyu no respondió, Lucilla dijo:

—Eso quedó claro. Si huye, tendremos que perseguirlo y destruirlo nosotras mismas.

Schwangyu sonrió.

—No cometeré vuestro error —dijo Lucilla—. Os diré abiertamente que sé que podéis verlo vos misma. Ahora comprendo por qué Taraza envió a una Imprimadora para alguien tan joven.

La sonrisa de Schwangyu desapareció.



—¿Qué es lo que estáis haciendo?

—Estoy ligándolo a mí de la misma forma en que ligamos a todas nuestras acólitas a sus maestros. Estoy tratándolo con sinceridad y lealtad, como si fuera una de las nuestras.

—¡Pero él es un hombre!

—Y por eso le será negada la agonía de la especie, pero nada más. Creo que está respondiendo.

—¿Y cuando llegue el momento del último estadio de la imprimación? —preguntó Schwangyu.

—Sí, eso será delicado. Vos pensáis que va a destruirle. Ese, por supuesto, era vuestro plan.

—Lucilla, la Hermandad no se muestra unánime en seguir los designios de Taraza con respecto a ese ghola. Seguro que vos sabéis eso.

Era el más poderoso argumento de Schwangyu, y el hecho de que hubiera sido reservado para este momento decía mucho. Los temores que podía producir otro Kwisatz Haderach estaban profundamente asentados, y la disensión en la Bene Gesserit era comparablemente poderosa.

—Procede de un primitivo stock genético, y no está siendo educado para ser un Kwisatz Haderach —dijo Lucilla.

—¡Pero los tleilaxu han interferido en su herencia genética!

—Sí, cumpliendo nuestras órdenes. Han acelerado sus respuestas nerviosas y musculares.

—¿Es eso todo lo que han hecho? —preguntó Schwangyu.

—Habéis visto los estudios celulares —dijo Lucilla.

—Si pudiéramos hacer tanto como los tleilaxu no los necesitaríamos —dijo Schwangyu—. Poseeríamos nuestros propios tanques axlotl.

—Creéis que nos han ocultado algo —dijo Lucilla.

—¡Lo han tenido completamente fuera de nuestra observación durante nueve meses!

—He oído todos esos argumentos —dijo Lucilla.

Schwangyu alzó las manos en un gesto de capitulación.

—Entonces es todo vuestro, *Reverenda Madre*. Y las consecuencias caerán sobre vuestra cabeza. Pero no conseguiréis echarme de este puesto, no importa lo que informéis a la Casa Capitular.

—¿Echaros? Por supuesto que no. No deseo que vuestra facción envíe a alguien que nosotras no conozcamos.

—Hay un límite a los insultos que os voy a permitir —dijo Schwangyu.

—Y hay un límite a la traición que Taraza va a aceptar —dijo Lucilla.

—Si obtenemos otro Paul Atreides o, Dios lo prohíba, otro Tirano, será obra de

Taraza —dijo Schwangyu—. Decidle que yo he dicho esto.

Lucilla se puso en pie.

—Puede que sepáis que Taraza dejó enteramente a mi discreción cuánta melange hay que administrarle a este ghola. He empezado ya a incrementar su dosis de especia.

Schwangyu golpeó con sus dos puños el sobre de la mesa.

—¡Malditas seáis todas! ¡Os vais a destruir a vosotras mismas!

## Capítulo XI

*El secreto tleilaxu tiene que residir en su esperma. Nuestras pruebas demuestran que su esperma no lleva consigo una progresión genética constante. Se producen lapsos. Todos los tleilaxu que hemos examinado han ocultado su yo interno de nosotras. ¡Son inmunes por naturaleza a una Sonda Ixiana! El secreto en los niveles más profundos: esa es su armadura definitiva y su arma definitiva.*

### **Análisis de la Bene Gesserit, Archivos, Código: BTXX441WOR**

Una mañana, en el cuarto año de estancia de Sheeana en el santuario de los sacerdotes, los informes de sus espías trajeron un destello de especial interés a los observadores de la Bene Gesserit en Rakis.

—¿Estaba en el tejado, dices? —preguntó la Madre Comandante del Alcázar rakiano.

Tamalane, la comandante, había servido anteriormente en Gammu, y sabía más que la mayoría acerca de lo que la Hermandad esperaba conjurar allí. El informe de los espías había interrumpido su desayuno de confitura de cítricos mezclada con melange. La mensajera permanecía en posición de descanso al lado de la mesa, mientras Tamalane seguía comiendo y releía el informe.

Tamalane alzó la vista hacia la mensajera, Kipuna, una acólita nativa rakiana adiestrada para llevar a cabo tareas sensitivas locales. Tragando un bocado de su confitura, Tamalane dijo:

—¡Traedlos aquí! ¿Esas fueron sus palabras exactas?

Kipuna asintió lacónicamente. Había comprendido la pregunta. ¿Había hablado Sheeana con un tono perentorio?

Tamalane volvió a revisar el informe, buscando señales sensitivas. Se alegraba de que hubieran enviado a la propia Kipuna. Tamalane respetaba las habilidades de aquella mujer rakiana. Kipuna poseía los suaves rasgos redondos y el pelo crespo común en gran parte de la clase sacerdotal rakiana, pero su cerebro no estaba también encrespado bajo aquel pelo.

—Sheeana estaba disgustada —dijo Kipuna—. El tóptero pasó cerca del tejado, y ella vio a los dos prisioneros amanillados en su interior; los vio claramente. Sabía que eran llevados a morir en el desierto.

Tamalane dejó el informe sobre la mesa y sonrió.

—De modo que ordenó que le fueran traídos los prisioneros. Encuentro fascinante su elección de las palabras.

—¿Traedlos aquí? —preguntó Kipuna—. Parece una orden más bien simple. ¿Cómo puede ser fascinante?

Tamalane admiró lo directo del interés de la acólita. Kipuna no era de las que dejan pasar una oportunidad de aprender cómo funciona la mente de una auténtica Reverenda Madre.

—No ha sido esa parte lo que más me ha interesado —dijo Tamalane. Se inclinó hacia el informe, leyendo en voz alta—: «Sois sirvientes de Shaitan, no sirvientes de otros sirvientes.»

—Tamalane alzó la vista a Kipuna—. ¿Viste y oíste por ti misma todo esto?

—Sí, Reverenda Madre. Fue considerado importante que yo os informara personalmente por si teníais otras preguntas que hacer.

—Ella sigue llamándolo Shaitan —dijo Tamalane—. ¡Cuánto debe exasperarles eso! Por supuesto, el propio Tirano lo dijo: «Y me llamarán Shaitan.»

—He visto los informes encontrados en Dar-es-Balat —dijo Kipuna.

—¿No hubo ningún retraso en traer de vuelta a los prisioneros? —preguntó Tamalane.

—Tan rápido como pudo ser transmitido un mensaje al tóptero, Reverenda Madre. Regresaron en cuestión de minutos.

—Así que están observándola y escuchándola durante todo el tiempo. Bien. ¿Mostró Sheeana algún signo de conocer a los dos prisioneros? ¿Se cruzó algún mensaje entre ellos?

—Estoy segura de que eran unos completos desconocidos para ella, Reverenda Madre. Dos personas ordinarias de las órdenes inferiores, más bien sucios y pobremente vestidos. Olían a suciedad de las chozas periféricas.

—Sheeana ordenó que les fueran retiradas las manillas y luego habló con aquel par sin lavar. Ahora, sus palabras exactas: ¿qué fue lo que dijo?

—«Vosotros sois mi pueblo.»

—Encantador —dijo Tamalane—. Entonces Sheeana ordenó que se llevaran al par, los lavaran y les dieran ropas nuevas, y luego los soltaran. Dime con tus propias palabras lo que ocurrió a continuación.

—Mandó llamar a Tuek, que acudió con tres de sus consejeros ayudantes. Fue... casi una discusión.

—Trance de memoria, por favor —dijo Tamalane—. Repite para mí lo que dijeron.

Kipuna cerró los ojos, inspiró profundamente y cayó en trance de memoria. Luego:

—Sheeana dice: «No me gusta cuando alimentáis con mi gente a Shaitan.» El consejero Stiros dice: «¡Son sacrificados a Shai-Hulud!» Sheeana dice: «¡A Shaitan!» Sheeana da una furiosa patada en el suelo. Tuek dice: «Ya basta, Stiros. No quiero oír más de esta discusión.» Sheeana dice: «¿Cuándo aprenderéis?» Stiros empieza a hablar, pero Tuek lo hace callar con una mirada y dice: «Hemos aprendido, Sagrada

Niña. —Sheeana dice: «Quiero... »

—Ya basta —dijo Tamalane.

La acólita abrió los ojos y aguardó en silencio.

Finalmente, Tamalane dijo:

—Regresa a tu puesto, Kipuna. Lo has hecho muy bien.

—Gracias, Reverenda Madre.

—Habrá consternación entre los sacerdotes —dijo Tamalane—. Los deseos de Sheeana son órdenes para ellos porque Tuek cree en ella. Dejarán de utilizar los gusanos como instrumentos de castigo.

—Los dos prisioneros —dijo Kipuna.

—Sí, muy observador por tu parte. Los dos prisioneros contarán lo que les ocurrió. La historia será distorsionada. La gente dirá que Sheeana los protege de los sacerdotes.

—¿No es eso exactamente lo que está haciendo, Reverenda Madre?

—Ahhh, pero considera las opciones que se abren a los sacerdotes. Incrementarán sus formas alternativas de castigo... látigos y algunas privaciones. Mientras el miedo a Shaitan disminuye a causa de Sheeana, el miedo a los sacerdotes aumentará.

Al cabo de dos meses, los informes de Tamalane a la Casa Capitular contenían la confirmación de sus propias palabras.

«El recorte de las raciones, especialmente el recorte de las raciones de agua, se ha convertido en la forma dominante de castigo», informó Tamalane. «Los rumores más alocados han llegado hasta los más apartados lugares de Rakis, y pronto encontrarán alojamiento también en otros planetas.»

Tamalane consideró con cuidado las implicaciones de su informe. Muchos ojos verían lo mismo que ella, incluso los de algunas de las que no simpatizaban con Taraza. Cualquier Reverenda Madre sería capaz de captar una imagen de lo que debía estar ocurriendo en Rakis. Muchos en Rakis habían visto la llegada de Sheeana a lomos de un gusano salvaje procedente del desierto. La respuesta sacerdotal del secreto se había agrietado desde un principio. La curiosidad insatisfecha tendía a crear sus propias respuestas. Las suposiciones eran a menudo más peligrosas que los hechos.

Informes anteriores habían hablado de los niños traídos para jugar con Sheeana. Las ya embrolladas historias de tales niños eran repetidas con nuevas distorsiones, y esas distorsiones habían sido enviadas debidamente a la Casa Capitular. Los dos prisioneros, que habían regresado a la calle embutidos en sus nuevos atavíos, no hacían más que incrementar la nueva y creciente mitología. La Hermandad, artista de la mitología, poseía en Rakis una energía disponible para ser sutilmente amplificada y dirigida.

«Hemos alimentado una creencia de consecución de anhelos en la población»,

informó Tamalane. Pensó en la Bene Gesserit... en las frases que había originado ya mientras releía su último informe.

«Sheeana es la que durante tanto tiempo hemos estado esperando.»

Era una afirmación tan simple que su significado podía difundirse sin ninguna inaceptable distorsión.

«¡La Hija de Shai-Hulud aparece para castigar a los sacerdotes!»

Esa había sido un poco más complicada. Unos cuantos sacerdotes habían muerto en oscuros callejones a resultas del ardor popular. Aquello había traído un nuevo estado de alerta en los cuerpos de reforzamiento de los sacerdotes, con predecibles injusticias aplicadas sobre la población.

Tamalane pensó en la delegación de sacerdotes que se había dirigido a Sheeana como resultado de una discusión entre los consejeros de Tuek. Siete de ellos, capitaneados por Stiros, habían interrumpido la comida de Sheeana con un niño de la calle. Sabiendo que esto podía ocurrir, Tamalane había tomado las correspondientes medidas, y una grabación secreta del incidente había llegado inmediatamente a sus manos, las palabras audibles, cada una de las expresiones visible, los pensamientos casi aparentes a los entrenados ojos de la Reverenda Madre.

—¡Estábamos sacrificando a Shai-Hulud! —protestó Stiros.

—Tuek te dijo que no discutieras conmigo acerca de eso —dijo Sheeana.

¡Cómo sonrieron las sacerdotisas ante la confusión de Stiros y los demás sacerdotes!

—Pero Shai-Hulud... —empezó Stiros.

—¡Shaitan! —le corrigió Sheeana, y en su expresión era fácil leer: *¿Acaso esos estúpidos sacerdotes no saben nada?*

—Pero nosotros siempre hemos pensado...

—¡Estabais equivocados! —Sheeana dio una patada contra el suelo.

Stiros fingió la necesidad de ser instruido.

—¿Tenemos que creer entonces que Shai-Hulud, el Dios Dividido, es también Shaitan?

Qué completo estúpido era, pensó Tamalane. Incluso una chica púber podía confundirle, como Sheeana acababa de hacer y siguió haciendo.

—¡Cualquier niño de las calles sabe esto casi antes de empezar a andar! —despotricó Sheeana.

Stiros habló astutamente:

—¿Cómo sabes lo que hay en la mente de los niños de las calles?

—¡Eres perverso dudando de mí! —acusó Sheeana. Era una respuesta que había aprendido a utilizar a menudo, sabiendo que llegaría hasta Tuek y causaría problemas.

Stiros lo sabía muy bien también. Aguardó con los ojos bajos mientras Sheeana,

hablando con la misma paciencia con que uno cuenta una vieja fábula a un niño, le explicaba que tanto el bien como el mal o ambos a la vez podían habitar en el gusano del desierto. Los humanos lo único que tenían que hacer era aceptar eso. No era cosa de los humanos decidir sobre tales cosas.

Stiros había enviado a gente al desierto por decir tales herejías. Su expresión (tan cuidadosamente grabada para el análisis Bene Gesserit) decía que tales alocados conceptos surgían siempre del lodo del fondo de la basura rakiana. ¡Pero ahora! ¡Tenía que luchar con la insistencia de Tuek de que Sheeana hablaba verdades evangélicas!

Mientras miraba la grabación, Tamalane pensó que el caldero estaba hirviendo como correspondía. Esto es lo que informó a la Casa Capitular. Las dudas azotaban a Stiros; dudas por todas partes excepto entre el populacho en su devoción a Sheeana. Las espías cercanas a Tuek decían que incluso él estaba empezando a dudar de la sabiduría de su decisión de trasladar al locutor–historiador, Dromind.

—¿Tenía razón Dromind en dudar de ella? —preguntaba Tuek a aquellos que estaban a su alrededor.

—¡Imposible! —decían los aduladores.

¿Qué otra cosa podían decir? El Sumo Sacerdote no podía cometer errores en tales decisiones. Dios no lo permitiría. Sin embargo, Sheeana lo confundía con toda claridad. Situaba las decisiones de varios Sumos Sacerdotes anteriores en un terrible limbo. Se necesitaban reinterpretaciones por todas partes.

Stiros seguía acosando a Tuek.

—¿Qué sabemos realmente de ella?

Tamalane tenía un informe completo de la más reciente de tales confrontaciones. Stiros y Tuek solos, debatiendo a altas horas de la noche, únicamente ellos dos (creían) en las dependencias de Tuek, confortablemente arrellanados en sillas–perro de un raro color azul, con dulces de melange al alcance de la mano. La holofoto de Tamalane de la reunión mostraba un único globo amarillo flotando en sus suspensores cerca y encima de la pareja, su luz reducida al mínimo para no molestar sus cansados ojos.

—Quizá esa primera vez, abandonándola en el desierto con un martilleador, no fue una buena prueba —dijo Stiros.

Era una artera afirmación. Tuek era conocido por no poseer una mente excesivamente complicada.

—¿No una buena prueba? ¿Qué quieres decir? ¡Lo has visto por ti mismo! ¡Muchas veces en el desierto hablándole a Dios!

—¡Sí! —casi saltó Stiros. Claramente, era la respuesta que deseaba—. Si ella puede permanecer sin sufrir daño en presencia de Dios, quizá pueda enseñar a otros cómo lo consigue.

—Sabes cómo se irrita cuando se le sugiere eso.

—Quizá no hemos enfocado el problema de la manera adecuada.

—¡Stiros! ¿Y si la niña tiene razón? Servimos al Dios Dividido. He estado pensando mucho y profundamente en esto. ¿Por qué debería dividirse Dios? ¿No es Dios la prueba definitiva?

La expresión en el rostro de Stiros decía que aquella era exactamente la clase de gimnasia mental que su facción temía. Intentó desviar al Sumo Sacerdote, pero no era fácil llevar a Tuek hacia caminos metafísicos.

—La prueba definitiva —insistió Tuek—. Ver el bien en el mal y el mal en el bien.

La expresión de Stiros solamente podía ser descrita como consternación. Tuek era el Supremo Ungido de Dios. ¡A ningún sacerdote se le permitía dudar de eso! ¡Lo que ocurriría si Tuek hacía público un tal concepto podía sacudir los cimientos de la autoridad sacerdotal! Stiros se estaba preguntando claramente si no habría llegado el momento de *trasladar* a aquel Sumo Sacerdote.

—Nunca sugeriría que yo puedo debatir unas ideas tan profundas con mi Sumo Sacerdote —dijo Stiros—. Pero quizá pueda ofrecer una proposición que tal vez resuelva muchas dudas.

—Haz esa proposición —dijo Tuek.

—Podrían ser introducidos sutiles instrumentos entre sus ropas. Podríamos escuchar cuando ella habla con...

—¿Crees que Dios no sabría lo que hemos hecho?

—¡Tal pensamiento nunca ha cruzado por mi mente!

—No ordenaré que sea llevada al desierto —dijo Tuek.

—¿Pero y si es idea suya ir? —Stiros adoptó su expresión más congradadora—. Lo ha hecho muchas veces.

—Pero no recientemente. Parece haber perdido su necesidad de consultar con Dios.

—¿No podemos hacerle algunas sugerencias? —preguntó Stiros.

—¿Como cuáles?

—Sheeana, ¿cuándo hablarás de nuevo con tu Padre? ¿Vas a tardar mucho en ponerte de nuevo ante su presencia?

—Eso es más un estímulo que una sugerencia.

—Sólo estoy proponiendo que...

—¡Esa Sagrada Niña no es una simple! Le habla a Dios, Stiros. Dios puede castigarnos dolorosamente por una tal presunción.

—¿No nos la trajo Dios aquí para que la estudiáramos? —preguntó Stiros.

Aquello se acercaba demasiado a la herejía de Dromind para el gusto de Tuek. Lanzó una ominosa mirada a Stiros.



—Lo que quiero decir —dijo Stiros—, es que seguramente Dios desea que aprendamos de ella.

El propio Tuek había dicho aquello muchas veces, sin oír nunca en sus propias palabras un curioso eco de la voz de Dromind.

—Ella no está aquí para ser estimulada y probada —dijo Tuek.

—¡El cielo no lo permita! —dijo Stiros—. Seré el alma de la sagrada precaución. Y todo lo que aprenda de la Sagrada Niña te será informado inmediatamente.

Tuek simplemente asintió. Tenía sus propios medios de asegurarse de que Stiros dijera la verdad.

Los siguientes y solapados estímulos y pruebas fueron informados inmediatamente a la Casa Capitular por Tamalane y sus subordinadas.

«Sheeana tiene una expresión pensativa», informó Tamalane.

Entre las Reverendas Madres en Rakis y aquellas a quienes iban dirigidos los informes, aquella expresión pensativa tenía una interpretación obvia. Los antecedentes de Sheeana habían sido deducidos hacía mucho tiempo. Las intrusiones de Stiros estaban haciendo que la muchacha adquiriera nostalgia. Sheeana mantenía un sabio silencio al respecto, pero claramente pensaba mucho en su vida en un poblado pionero. Pese a todos los temores y peligros, aquellos habían sido obviamente tiempos felices para ella. Debía recordar las risas, el empalar la arena en busca de su humedad, cazar escorpiones en las grietas de las chozas del poblado, olisquear buscando fragmentos de especia entre las dunas. De los repetidos viajes de Sheeana a aquella zona, la Hermandad había efectuado una localización razonablemente precisa del poblado perdido y de lo que le había ocurrido. Sheeana miraba a menudo uno de los viejos mapas de Tuek en la pared de sus dependencias.

Como esperaba Tamalane, una mañana Sheeana clavó un dedo en el lugar del mapa mural donde había ido muchas veces.

—Llevadme ahí —ordenó a sus asistentas.

Fue llamado un tóptero.

Mientras los sacerdotes escuchaban ávidamente en un tóptero colgando a gran altura, Sheeana se enfrentó una vez más a su némesis en la arena. Tamalane y sus consejeras, introducidas en los circuitos sacerdotales, observaron con la misma avidez.

Nada que sugiriera ni remotamente un poblado quedaba en la desolada extensión de dunas de aquel lugar. Sheeana ordenó ser depositada en el suelo. Utilizó un martilleador. Otra de las astutas sugerencias de Stiros, acompañada de detalladas instrucciones sobre el uso del antiguo medio de atraer al Dios Dividido.

Llegó un gusano.

Tamalane observó en su propio teleproyector, pensando que el gusano era tan sólo un monstruo mediano. Estimó su longitud en unos cincuenta metros. Sheeana

permanecía de pie a tan sólo tres metros delante del ardiente abismo de su boca abierta. El siseo de los fuegos internos del gusano era claramente audible por los observadores.

—¿Me dirás por qué lo hiciste? —preguntó Sheeana.

No vaciló ante el ardiente aliento del gusano. La arena crujió bajo el monstruo, pero ella no dio señales de haber oído nada.

—¡Respóndeme! —ordenó Sheeana.

Ninguna voz surgió del gusano, pero Sheeana pareció estar escuchando, la cabeza inclinada hacia un lado.

—Entonces regresa por donde has venido —dijo Sheeana. Alejó al gusano agitando un brazo.

Obedientemente, el gusano se dio la vuelta y se alejó por la arena.

Durante varios días, mientras la Hermandad los espiaba con regocijo, los sacerdotes discutieron acerca de aquel encuentro. Sheeana no podía ser interrogada al respecto sin descubrir que la habían estado espiando. Como las veces anteriores, se negó a discutir nada acerca de sus visitas al desierto.

Stiros continuó su labor. El resultado fue precisamente el que la Hermandad esperaba. Sin ninguna advertencia previa, Sheeana se despertaba algunos días y decía:

—Hoy iré al desierto.

En ocasiones utilizaba un martilleador, en ocasiones danzaba su llamada. Muy lejos en la arena, más allá de la vista de Keen o de cualquier otro lugar habitado, los gusanos acudían a ella. Sheeana, sola frente a un gusano, le hablaba mientras los hombres escuchaban. Tamalane encontró fascinante aquella acumulación de grabaciones mientras pasaban por sus manos camino de la Casa Capitular.

—¡Debería odiarte!

¡Vaya agitación que había causado entre los sacerdotes! Tuek deseaba un debate abierto:

¿Deberíamos odiar todos nosotros al Dios Dividido al mismo tiempo que lo amamos?

Stiros apenas consiguió invalidar esta sugerencia con la argumentación de que los deseos de Dios no estaban claros.

Sheeana preguntó a uno de sus gigantescos visitantes:

—¿Me dejarás montarte de nuevo?

Cuando se acercó más, el gusano retrocedió y no le permitió montar.

En otra ocasión preguntó:

—¿Debo quedarme con los sacerdotes?

Aquel gusano en particular fue blanco de numerosas preguntas, entre ellas:

—¿Dónde va la gente cuando la devoras?

—¿Por qué la gente es falsa conmigo?

—¿Debo castigar a los malos sacerdotes?

Tamalane se echó a reír ante esta última pregunta, pensando en la agitación que iba a causar entre la gente de Tuek. Sus espías informaron del desánimo entre los sacerdotes.

—¿Cómo le responde Él? —preguntó Tuek—. ¿Ha oído alguien alguna vez responder a Dios?

—Quizá hable directamente a su alma —aventuró un consejero.

—¡Eso es! —Tuek saltó sobre aquella posibilidad—. Debemos preguntarle qué es lo que Dios le dice que debe hacer.

Sheeana se negó a entrar en tales discusiones.

«Hace valer bien sus poderes», informó Tamalane. «Ahora no acude mucho al desierto, pese a los agujijoneos de Stiros. Como esperábamos, la atracción se ha desvanecido. El miedo y la excitación la llevaron hasta tan lejos antes de palidecer. Sin embargo, ha aprendido una orden efectiva: ¡*Marchaos!*»

La Hermandad anotó aquello como un hito importante. Cuando incluso el Dios Dividido obedecía, ningún sacerdote o sacerdotisa podía cuestionar su autoridad para lanzar una tal orden.

«Los sacerdotes están edificando torres en el desierto», informó Tamalane. «Desean lugares más seguros desde los cuales observar a Sheeana cuando ella acude allí.»

La Hermandad había anticipado aquello, e incluso había efectuado algunos avances para acelerar tales proyectos. Cada torre poseía su propia trampa de viento, su propio personal de mantenimiento, su propia barrera de agua, jardines y otros elementos de civilización. Cada una era una pequeña comunidad extendiendo las áreas establecidas de Rakis cada vez más lejos en el dominio de los gusanos.

Los pueblos pioneros ya no eran necesarios, y Sheeana obtuvo los méritos de este desarrollo.

—Ella es *nuestra* sacerdotisa —decía el pueblo.

Tuek y sus consejeros giraban sobre la punta de una aguja:

¿*Shaitan y Shai-Hulud en un mismo cuerpo?* Stiros vivía en un temor diario de que Tuek anunciara el hecho. Finalmente, los consejeros de Stiros rechazaron la sugerencia de que Tuek fuera trasladado. Otra sugerencia de que la Sacerdotisa Sheeana sufriera un fatal accidente fue recibida por todos con tremendo horror, e incluso Stiros lo consideró un riesgo demasiado grande.

—Aunque extrajáramos esa espina, Dios podría visitarnos con una intrusión aún más terrible —dijo. Y advirtió—: Los más antiguos libros dicen que un niño nos conducirá.

Stiros era tan sólo el más reciente de aquellos que consideraban a Sheeana como

algo no en absoluto mortal. Podía observarse que aquellos que la rodeaban, incluida Cania, habían empezado a quererla. Era tan inocente, tan despierta y vivaz.

Muchos observaron que ese creciente afecto hacia Sheeana se extendía incluso hasta Tuek.

Para la gente tocada por este poder, la Hermandad poseía un reconocimiento inmediato. La Bene Gesserit conocía una etiqueta para ese antiguo efecto: *adoración expansiva*. Tamalane informó de profundos cambios produciéndose en todo Rakis a medida que la gente, por todas partes del planeta, empezaba a rezarle a Sheeana en vez de hacerlo a Shaitan o incluso a Shai-Hulud.

«Ven que Sheeana intercede por la gente más débil», informó Tamalane. «Es un esquema familiar. Todo funciona tal como estaba previsto. ¿Cuándo será enviado el ghola?»

## Capítulo XII

*¡La superficie externa de un globo es siempre mayor que su condenado centro!  
¡Ese es el punto crucial de la Dispersión!*

***Respuesta Bene Gesserit a una sugerencia ixiana de enviar nuevas sondas  
investigadoras entre los Perdidos***

Uno de los transbordadores de la Hermandad llevó a Miles Teg hasta el Transporte de la Cofradía que orbitaba Gammu. A Teg no le gustaba abandonar el Alcázar en aquel momento, pero las prioridades eran obvias. Sus intestinos habían reaccionado también ante aquello. En sus tres siglos de experiencia, Teg había aprendido a confiar en las reacciones de sus intestinos. Las cosas no estaban yendo bien en Gammu. Cada patrulla, cada informe de los sensores remotos, los relatos de los espías de Patrin en las ciudades... todo ello alimentaba la inquietud de Teg.

A la manera Mentat, Teg captaba el movimiento de fuerzas en torno al Alcázar y dentro de él. Aquel ghola a su cargo estaba amenazado. La orden recibida de presentarse a bordo del Transporte de la Cofradía preparado para la violencia, sin embargo, llegó procedente de la propia Taraza, con un inconfundible cripto-identificador en él.

En el transbordador que le llevó hacia arriba, Teg se preparó para la batalla. Todos los preparativos que podía tomar los había tomado. Lucilla estaba advertida. Sentía confianza en Lucilla. Schwangyu era otro asunto. Tenía la intención de discutir con Taraza unos cuantos cambios esenciales en el Alcázar de Gammu. Primero, sin embargo, tenía otra batalla que ganar. Teg no tenía la menor duda de que estaba entrando en combate.

Mientras el transbordador procedía a las maniobras de anclaje, Teg miró por una portilla y vio el gigantesco símbolo ixiano con la cartela de la Cofradía en el oscuro costado del Transporte. Aquella era una de las naves que la Cofradía había transformado a los mecanismos ixianos, sustituyendo al tradicional navegante por máquinas. Debía haber técnicos ixianos a bordo para el mantenimiento del equipo. Un genuino navegante de la Cofradía debía estar también allí. La Cofradía nunca había terminado de confiar en una máquina, pese a que exhibía aquellos Transportes convertidos como un mensaje a los tleilaxu y a Rakis.

*«¡Ved, no necesitamos en absoluto vuestra especia!»*

Este era el anuncio contenido en aquel gigantesco símbolo de Ix en el costado de la espacionave.

Teg sintió la leve sacudida de las grapas de amarre e inspiró profunda y suavemente. Se sentía como siempre antes de la batalla: vacío de todos los falsos

sueños. Aquello significaba un fracaso. Las palabras habían fallado, y ahora venía la confrontación de la sangre... a menos que pudiera prevalecer alguna otra vía. El combate en aquellos días era muy raramente masivo, pero la muerte estaba allí de todos modos. Aquello representaba un tipo más permanente de fracaso. *Si no podemos dirimir pacíficamente nuestras diferencias, somos menos que humanos.*

Un ayudante con los inconfundibles signos de Ix en su habla, condujo a Teg hasta la habitación donde aguardaba Taraza. A lo largo de los corredores y en los neumotubos que lo llevaron hasta Taraza, Teg buscó signos que confirmaran la secreta advertencia en el mensaje de la Madre Superiora. Todo parecía sereno y normal... incluso el ayudante mostrando la adecuada deferencia hacia el Bashar.

—Fui comandante Tireg en Andioyu —dijo el ayudante, nombrando una de las casi-batallas ganadas por Teg.

Llegaron a una compuerta ovalada normal en la pared de un corredor normal. La compuerta se abrió, y Teg entró en una estancia de blancas paredes y confortables dimensiones... sillas basculantes, pequeñas mesitas laterales, globos ajustados a un suave amarillo. La compuerta se cerró y selló de nuevo a sus espaldas con un sólido estampido, dejando a su guía detrás en el corredor.

Una acólita Bene Gesserit apartó las cortinas de gasa que ocultaban un paso a la derecha de Teg. Le hizo una inclinación de cabeza. Su llegada había sido observada. Taraza había sido notificada.

Teg reprimió un temblor en los músculos de sus pantorrillas.

*¿Violencia?*

No había interpretado mal la secreta advertencia de Taraza. ¿Habían sido adecuados sus preparativos? Había una silla basculante negra a su izquierda, una mesa larga frente a ella, y otra silla al extremo de la mesa. Teg se dirigió hacia aquel lado de la habitación y aguardó con su espalda apoyada contra la pared. El polvo marrón de Gammu aún permanecía aferrado a las punteras de sus botas, observó.

Había un olor peculiar en la habitación. Olió. *¡Shere!* ¿Se habían armado Taraza y su gente contra una Sonda Ixiana? Teg había engullido su habitual cápsula de shere antes de embarcar en el transbordador. Demasiados conocimientos en su cabeza que podían ser útiles a un enemigo. El hecho de que Taraza hubiera dejado el olor a shere por todas sus dependencias tenía otras implicaciones: era una afirmación dirigida hacia algún observador cuya presencia ella no podía evitar.

Taraza entró cruzando las cortinas de gasa. Parecía agotada, observó. Encontró aquello sorprendente, porque las Hermanas eran capaces de disimular la fatiga hasta cuando estaban a punto de caer en redondo. ¿Estaba realmente falta de energías, o era otro gesto para invisibles observadores?

Deteniéndose apenas entrar en la habitación, Taraza estudió a Teg. El Bashar parecía mucho más viejo de cuando lo había visto la última vez, pensó Taraza. Sus

deberes en Gammu estaban haciendo su efecto, pero encontró que aquello era tranquilizador. Teg estaba haciendo su trabajo.

—Vuestra rápida respuesta es apreciada, Miles —dijo.

*¡Apreciada!* Su palabra convenida para: *Estamos siendo secretamente observados por un peligroso enemigo.*

Teg asintió mientras su mirada se posaba en las cortinas por las que Taraza había entrado.

Taraza sonrió y avanzó hacia el centro de la habitación. No había signos del ciclo de la melange en Teg, observó. Los muchos años de Teg siempre planteaban la sospecha de que pudiera acudir al efecto vigorizante de la especia. Nada en él revelaba ni siquiera el más pequeño indicio de la adicción a la melange a la que se abocaban a veces incluso los más fuertes cuando sentían aproximarse el final. Teg llevaba su antigua chaqueta de uniforme de Bashar Supremo, pero sin las estrellas destellantes en hombros y cuello. Era una señal que reconoció. Decía: «Recordad cómo gané eso a vuestro servicio. Esta vez tampoco os he fallado.»

Los ojos que la estudiaban eran inexpresivos; ningún indicio de enjuiciamiento escapaba de ellos. Toda su apariencia hablaba de calma interior, completamente al contrario de lo que sabía debía estar ocurriendo dentro de él en aquel momento. Teg aguardó su señal.

—Nuestro ghola debe ser despertado a la primera oportunidad —dijo ella. Agitó una mano reclamando su silencio cuando él empezó a responder—. He visto los informes de Lucilla, y sé que es demasiado joven. Pero debemos actuar.

Estaba hablando para los observadores, comprendió. ¿Había que creer en sus palabras?

—Os doy la orden de que lo despertéis —dijo, y flexionó su muñeca izquierda en el gesto de confirmación de su lenguaje secreto.

¡Era cierto! Teg miró hacia las cortinas que ocultaban el pasillo por donde Taraza había entrado. ¿Quién estaba escuchando allí?

Puso sus talentos Mentat en el problema. Faltaban piezas, pero aquello no lo detuvo. Un Mentat podía trabajar sin algunas piezas, y tenía lo suficiente como para crear un esquema. A veces, un esbozo general bastaba. Proporcionaba la configuración general oculta, y luego podía encajar las piezas que faltaban para completar el conjunto. Muy raras veces disponían los Mentats de todos los datos deseados, pero él había sido adiestrado a captar los esquemas, a reconocer sistemas y conjuntos. Teg se recordó a sí mismo que también había sido adiestrado en el sentido militar fundamental: adiestrabas a un recluta a *adiestrar* un arma, *a apuntar correctamente el arma*.

Taraza estaba apuntándole a él. Su evaluación de la situación había sido confirmada.

—Se efectuarán desesperados intentos de matar o capturar a nuestro ghola antes de que podáis despertarlo —dijo ella.

Reconoció su tono: el fríamente analítico ofrecimiento de datos a un Mentat. Entonces, sabía que él estaba en modo Mentat.

El esquema Mentat de búsqueda empezó a trabajar en su mente. Primero, estaban los designios de la Hermandad para el ghola, en su mayor parte desconocidos para él, pero alineados de algún modo en torno a la presencia de una mujer joven en Rakis que (al menos así se decía) podía gobernar a los gusanos. Los gholas Idaho: una persona encantadora y con algo más que había hecho que el Tirano y los tleilaxu lo repitieran incontables veces. ¡Cargamentos enteros de Duncans! ¿Qué servicio proporcionaba ese ghola, que el Tirano no le había permitido descansar entre los muertos? Y los tleilaxu: habían decantado los gholas de Duncan Idaho de sus tanques axlotl durante milenios, incluso después de la muerte del Tirano. Los tleilaxu habían vendido este ghola a la Hermandad doce veces, y la Hermandad había pagado con la moneda más valiosa: melange de sus propias preciosas reservas. ¿Por qué los tleilaxu habían aceptado como pago algo que ellos producían de forma tan copiosa? Obvio: para reducir las reservas de la Hermandad. Aquella era una forma especial de codicia. Los tleilaxu estaban comprando la supremacía... ¡un juego de poder!

Teg centró su atención en la Madre Superiora, que aguardaba pacientemente.

—Los tleilaxu han estado matando a nuestros gholas para controlar nuestra oportunidad —dijo.

Taraza asintió, pero no habló. Así que había más. De nuevo se sumergió en modo Mentat.

La Bene Gesserit era un valioso mercado para la melange tleilaxu, no la única fuente porque seguía existiendo el goteo de Rakis, pero valioso, sí; muy valioso. No era razonable que los tleilaxu enajenaran un valioso mercado a menos que tuvieran otro mercado más valioso aguardándoles.

¿Quiénes otros tenían interés en las actividades de la Bene Gesserit? Los ixianos, sin duda. Pero los ixianos no eran un buen mercado para la melange. La presencia ixiana en aquella nave hablaba de su independencia. Puesto que ixianos y Habladoras Pez hacían causa común, las Habladoras Pez podían ser dejadas también de lado.

¿Qué gran poder de acumulación de poderes en este universo poseía...?

Teg congeló aquel pensamiento como si hubiera aplicado los frenos a un tóptero, dejando su mente flotar libre mientras clasificaba otras consideraciones.

*No en aquel universo.*

El esquema tomaba forma. *Riqueza*. Gammu asumía un nuevo papel en sus computaciones Mentat. Gammu había sido destripado hacía mucho tiempo por los Harkonnen, y abandonado luego como un esqueleto mondo, que los danianos habían restaurado. Hubo un tiempo, sin embargo, en el cual incluso las esperanzas de



Gammu se perdieron. Sin esperanzas nunca ha habido sueños. Ascendiendo por aquel sumidero, la población había empleado únicamente el más básico pragmatismo. *Si funciona, es bueno.*

*Riqueza.*

En su primera exploración de Gammu había notado el gran número de bancos. Algunos de ellos incluso estaban señalados como garantizados por la Bene Gesserit. Gammu servía como fulcro para la manipulación de enormes riquezas. El banco que había visitado para estudiar su utilización como contacto de emergencia volvió de nuevo en su totalidad a su consciencia Mentat. Inmediatamente se había dado cuenta de que el lugar no se limitaba a los negocios puramente planetarios. Era un banco de banqueros.

*No simplemente riqueza sino RIQUEZA.*

En la mente de Teg no surgió el desarrollo de un Esquema Completo, pero tuvo suficiente para una Proyección de Prueba. Riqueza no de este universo. De la gente de la Dispersión.

Todo su análisis Mentat había tomado solamente unos cuantos segundos. Habiendo alcanzado un punto de comprobación, Teg dejó que sus músculos y nervios se relajaran, miró una sola vez a Taraza, y caminó hacia la entrada oculta. Observó que Taraza no daba ninguna señal de alarma ante sus movimientos. Echando a un lado las cortinas, Teg se enfrentó a un hombre casi tan alto como él: llevaba un uniforme estilo militar, con unas lanzas cruzadas en el cuello. Su rostro era duro, su mandíbula amplia, sus ojos verdes. Con una expresión de sorprendida alerta, una mano apoyada sobre un bolsillo cuyo bulto hacia obvia la presencia de un arma.

Teg sonrió al hombre, dejó caer las cortinas y regresó junto a Taraza.

—Estamos siendo observados por gente de la Dispersión —dijo.

Taraza se relajó. La actuación de Teg había sido memorable.

Las cortinas se corrieron a un lado, El alto desconocido entró y se detuvo a unos dos pasos de Teg. Una expresión glacial de ira crispaba sus rasgos.

—Os advertí que no se lo dijerais. —La voz era de barítono, un poco rasposa, con un acento nuevo para Teg.

—Y yo os advertí de los poderes de este Bashar Mentat —dijo Taraza. Una expresión de repugnancia cruzó por sus rasgos.

El hombre retrocedió ligeramente, y una sutil expresión de temor apareció en su rostro.

—Honorada Madre, yo...

—¡No os atreváis a llamarme eso! —El cuerpo de Taraza se tensó en una postura de lucha que Teg nunca le había visto exhibir.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza.

—Querida dama, vos no controláis la situación aquí. Debo recordaros que mis

órdenes...

Teg había oído suficiente.

—A través de mí, ella controla aquí —dijo—. Antes de acudir puse en marcha algunas medidas protectoras. Esto... —miró a su alrededor, y volvió su atención al intruso, cuyo rostro mostraba ahora una cautelosa expresión—... no es una no-nave. Dos de nuestras no-naves monitoras la tienen en sus puntos de mira en este momento.

—¡Vos no sobreviviréis! —ladró el hombre.

Teg sonrió afablemente.

—Nadie en esta nave sobrevivirá. —Encajó su mandíbula para accionar la señal nerviosa y activar el pequeño cronómetro en su cráneo. Desplegaba sus señales gráficas sobre sus centros visuales—. Y no tenéis mucho tiempo para tornar vuestra decisión.

—Decidle cómo sabíais lo que había que hacer —dijo Taraza.

—La Madre Superiora y yo poseemos nuestros medios privados de comunicación —dijo Teg—. Pero además, no había necesidad de que ella me advirtiera de nada. Su llamada fue suficiente. ¿La Madre Superiora en un Transporte de la Cofradía en una época como la presente? ¡Imposible!

—Estamos en una impasse —gruñó el hombre.

—Quizá —dijo Teg—. Pero ni la Cofradía ni Ix se arriesgarán a un ataque total y extremo de las fuerzas de la Bene Gesserit bajo el mando de un líder adiestrado por mí. Me refiero al Bashar Burzmali. Vuestro apoyo acaba de disolverse y desvanecerse.

—Yo no le dije nada de esto —dijo Taraza—. Acabáis de presenciar la actuación de un Bashar Mentat, que dudo tenga igual en vuestro universo. Pensad en eso si tomáis en consideración el ir contra Burzmali, un hombre adiestrado por este Mentat.

El intruso miró de Taraza a Teg, y luego de nuevo a Taraza.

—Esta es la forma de salir de esta aparente impasse —dijo Teg—. La Madre Superiora Taraza y su séquito se marcharán conmigo. Debéis decidir inmediatamente. El tiempo se está terminando.

—Estáis fanfarroneando. —No había fuerza en sus palabras.

Teg se volvió hacia Taraza e hizo una inclinación de cabeza.

—Ha sido un gran honor servirlos, Reverenda Madre Superiora. Me despido de vos.

—Quizá la muerte no nos separe —dijo Taraza. Era el adiós tradicional de una Reverenda Madre a una Hermana de su mismo rango.

—¡Iros! —El hombre de duro rostro se lanzó hacia la esclusa que daba al corredor y la abrió de un golpe, revelando a dos guardias ixianos, con expresión de sorpresa en sus rostros. Con voz ronca, el hombre ordenó—: Llevadlos a su

transbordador.

Aún relajado y tranquilo, Teg dijo:

—Llamad a vuestra gente, Madre Superiora. —Y, dirigiéndose al hombre en la compuerta—: Valoráis demasiado vuestra propia piel para ser un buen soldado. Ninguno de los míos hubiera cometido un tal error.

—Hay auténticas Honoradas Matres a bordo de esta nave —chirrió el hombre—. Juré protegerlas.

Teg hizo una mueca y se volvió hacia donde Taraza estaba reuniendo a los suyos que habían permanecido en la habitación contigua: dos Reverendas Madres y cuatro acólitas. Teg reconoció a una de las Reverendas Madres: Darwi Odrade. La había visto antes tan sólo a distancia, pero su rostro ovalado y sus encantadores ojos eran cautivadores: como Lucilla.

—¿Tenemos tiempo para las presentaciones? —preguntó Taraza.

—Por supuesto, Madre Superiora.

Teg inclinó la cabeza y estrechó la mano de cada una de las dos mujeres mientras Taraza se las presentaba.

Cuando se marchaban, Teg se volvió al uniformado desconocido.

—Uno debe observar siempre las buenas costumbres —dijo—. De otro modo, eres menos que humano.

Hasta que no estuvieron en el transbordador, con Taraza sentada a su lado y su séquito cerca, no hizo Teg la pregunta que le apremiaba:

—¿Cómo os atraparon?

El transbordador estaba bajando hacia el planeta. La pantalla frente a Teg mostraba que la nave de la Cofradía con la marca de Ix obedecía su orden de permanecer en órbita hasta que su grupo se hallara a resguardo tras las defensas planetarias.

Antes de que Taraza pudiera responder, Odrade se inclinó sobre el pasillo que les separaba y dijo:

—He revocado las órdenes del Bashar de destruir esa nave de la Cofradía, Madre.

Teg volvió bruscamente su cabeza y miró con ojos llameantes a Odrade.

—Pero ellos os tomaron cautivas y... —Frunció el ceño—. ¿Cómo sabíais que yo...?

—¡Miles!

La voz de Taraza contenía un reproche abrumador. Teg sonrió apesadumbrado. Sí, ella le conocía casi tan bien como se conocía él a sí mismo... mejor, en algunos aspectos.

—Ellos no nos capturaron, Miles —dijo Taraza—. Nosotras permitimos que nos capturaran. Ostensiblemente, yo estaba escoltando a Dar hasta Rakis. Abandonamos nuestra no-nave en Conexión y solicitamos el Transporte más rápido de la Cofradía.

Todos los miembros de mi Consejo, incluido Burzmali, sabíamos que esos intrusos de la Dispersión iban a hacerse cargo del Transporte y llevarnos hasta vos, con la finalidad de reunir todas las piezas del proyecto gholá.

Teg se sintió horrorizado. *¡El riesgo!*

—Sabíamos que vos nos rescataríais —dijo Taraza—. Burzmali estaba preparado para el caso de que vos fallarais.

—Esa nave de la Cofradía que habéis perdonado —dijo Teg—, pedirá ayuda y atacará nuestras...

—No atacarán Gammu —dijo Taraza—. Hay demasiadas fuerzas de la Dispersión reunidas en Gammu. No se atreverán a eliminar a tantas.

—Me gustaría estar tan seguro como parecéis estarlo vos —dijo Teg.

—Podéis estar seguro, Miles. Además, existen otras razones para no destruir la nave de la Cofradía. Ix y la Cofradía han sido sorprendidas tomando partido. Eso es malo para los negocios, y ellos necesitan todos los negocios que puedan conseguir.

—¡A menos que tengan clientes más importantes ofreciendo mayores beneficios!

—Ahhh, Miles —dijo ella con voz pensativa—. Lo que últimamente está haciendo en realidad la Bene Gesserit es dejar que las cosas consigan mantener un tono calmado, un equilibrio. Vos sabéis esto.

Teg sabía que aquello era verdad, pero su atención se centró en una palabra: «...últimamente...» La palabra tenía connotaciones de sentencia de muerte. Antes de que pudiera preguntar nada al respecto, Taraza prosiguió:

—Queremos mantener las situaciones más apasionadas fuera del campo de batalla. Debo admitir que tenemos que darle las gracias al Tirano por esa actitud. Supongo que nunca habréis pensado en vos mismo como en un producto del condicionamiento del Tirano, Miles, pero así es.

Teg aceptó aquello sin ningún comentario. Era un factor en toda la expansión de la sociedad humana. Ningún Mentat podía eludirlo como dato.

—Esa cualidad en vos, Miles, fue lo que nos atrajo en primer lugar —dijo Taraza—. Podéis ser condenadamente frustrante a veces, pero no os hubiéramos conseguido de ninguna otra manera.

Mediante sutiles revelaciones de su tono y actitud, Teg se dio cuenta de que Taraza no estaba hablando solamente en su beneficio, sino que también estaba dirigiendo sus palabras al resto de su séquito.

—¿Tenéis alguna idea, Miles, de lo enloquecedor que es oírlos argumentar las dos alternativas de una solución con idéntica fuerza? Pero vuestro simpático es un arma poderosa. Lo aterrados que se han mostrado algunos de nuestros enemigos al descubriros enfrentado a ellos cuando no tenían ni la más ligera sospecha de que ibais a aparecer!

Teg se permitió una tensa sonrisa. Miró a las mujeres sentadas al otro lado del

pasillo. ¿Por qué estaba dirigiendo Taraza aquellas palabras a aquel grupo? Darwi Odrade parecía estar descansando, la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados. Algunas de las otras estaban charlando entre sí. Nada de aquello era concluyente para Teg. Incluso las acólitas de la Bene Gesserit podían seguir varias líneas de pensamiento de forma simultánea. Volvió su atención a Taraza.

—Realmente sentís las cosas del mismo modo que las siente el enemigo —dijo Taraza—. Eso es lo que quiero decir. Y, por supuesto, cuando os halláis en tal esquema mental, no hay enemigo para vos.

—¡Sí, si lo hay!

—No interpretéis mal mis palabras, Miles. Nunca hemos dudado de vuestra lealtad. Pero es sorprendente la forma en que nos hacéis ver cosas que no tenemos otra forma de ver. Hay ocasiones en que vos sois nuestros ojos.

Darwi Odrade, vio Teg, había abierto los ojos y estaba mirándole. Era una mujer encantadora. Había algo inquietante en su apariencia. Como con Lucilla, le recordaba a alguien de su pasado. Antes de que Teg pudiera seguir aquel pensamiento, Taraza dijo:

—¿Posee el ghola esta habilidad de equilibrio entre fuerzas opuestas?

—Podría ser un Mentat —dijo Teg.

—Fue un Mentat en una encarnación, Miles.

—¿Deseáis realmente que sea despertado tan joven?

—Es necesario, Miles. Absolutamente necesario.

## Capítulo XIII

*¿El fracaso de la CHOAM? Muy sencillo: ignoran el hecho de que enormes potencias comerciales aguardan en los límites de sus actividades, potencias que pueden tragarlos de la misma forma que un slig se traga la basura. Esta es la verdadera amenaza de la Dispersión... para ellos y para todos nosotros.*

***Notas del Consejo de la BeneGesserit, Archivos \*SXX90CH***

Odrade dedicó solamente una parte de su consciencia a la conversación entre Teg y Taraza. El transbordador era uno de los pequeños, su cabina de pasajeros angosta. Iba a utilizar atmosféricas para frenar su descenso, lo sabía, y se preparó para la sacudida. El piloto ahorraría sus suspensores en una nave como aquella, escatimando energía.

Utilizó aquellos momentos, como solía hacerlo en tales ocasiones, para ceñirse a las próximas necesidades. El tiempo apremiaba; un calendario especial la guiaba. Había consultado un calendario antes de abandonar la Casa Capitular, atrapada como a menudo le ocurría por la persistencia del tiempo y su lenguaje: segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, años... Años Standard para ser precisos. Persistencia era una palabra inadecuada para el fenómeno. Inviolabilidad era más acertada. Tradición. Nada turbaba la tradición. Mantuvo la comparación de modo firme en su mente, el antiguo fluir del tiempo impuesto a los planetas que no se reflejaba en el primitivo reloj humano. Una semana era siete días. ¡Siete! Cuán poderoso seguía siendo este número. Místico. Era venerado en la Biblia Católica Naranja. El Señor hizo un mundo en seis días, «y al séptimo descansó».

*¡Bien por El!, pensó Odrade. Todos deberíamos descansar después de los grandes trabajos.*

Odrade volvió ligeramente su cabeza y miró a través del pasillo a Teg. El hombre no tenía ni idea de cuántos recuerdos de él poseía. Podía señalar cómo habían tratado los años aquel enérgico rostro. Vio que enseñar al ghola había agotado sus energías. Aquel muchacho en el Alcázar de Gammu debía ser una esponja absorbiendo todo y cualquier cosa a su alrededor.

*Miles Teg, ¿te das cuenta de cómo te estamos utilizando?, se preguntó.*

Era un pensamiento que la debilitaba, pero permitió que continuara en su consciencia casi con una sensación de desafío. ¡Qué fácil resultaría amar a aquel viejo hombre! No como compañero, por supuesto... pero amarle pese a todo. Podía sentir el lazo que la unía a él, y lo reconoció con la precisa sensibilidad de sus habilidades Bene Gesserit. Amor, maldito amor, debilitante amor.

Odrade había sentido aquella misma atracción con el primer compañero al que

había sido enviada a seducir. Una curiosa sensación. Sus años de condicionamiento Bene Gesserit la habían vuelto cautelosa hacia él. Ninguna de sus censoras le había permitido el lujo de ese calor incondicional, y ella había aprendido a su debido tiempo las razones tras esa aisladora cautela. Pero allí estaba, enviada por las Amantes Procreadoras, con órdenes de aproximarse a un solo individuo, de dejar que la impregnara. Todos los datos clínicos estaban allí en su consciencia, y ella podía leer la excitación sexual en su pareja mientras permitía que se produjera también en ella. Después de todo, había sido cuidadosamente preparada para su papel por hombres que las Amantes Procreadoras habían seleccionado y condicionado con exquisito cuidado para tal adiestramiento.

Odrade suspiró y apartó la vista de Teg, cerrando soñadoramente los ojos. Los Entrenadores nunca habían permitido que sus emociones reflejaran un peligroso abandono frente a sus estudiantes. Era una imperfección necesaria en la educación sexual.

Aquella primera seducción a la cual había sido enviada: él no estaba en absoluto preparado para el fundente éxtasis de un orgasmo simultáneo, una mutualidad y una compenetración tan viejas como la humanidad... ¡más viejas aún! Y con poderes capaces de abrumar la razón. La expresión del rostro de su compañero masculino, los suaves besos, su total abandono de toda reserva autoprotectora, indefenso y supremamente vulnerable. ¡Ningún Entrenador había conseguido nunca eso! Desesperadamente, ella se aferró a sus lecciones Bene Gesserit. A través de esas lecciones, vio la esencia de aquel hombre en su rostro, sintió esa esencia en sus fibras más profundas. Por un solo instante, permitió una respuesta igual, experimentando una nueva cima de éxtasis que ninguno de sus maestros había insinuado que pudiera ser alcanzable. Por un instante, comprendió lo que le había ocurrido a Dama Jessica y a los demás *fracasos* de la Bene Gesserit.

¡Esa sensación era amor!

Su poder la asustó (como Amante Procreadora sabía que lo haría), y se sumergió de nuevo en el cuidadoso condicionamiento Bene Gesserit, permitiendo que una máscara de placer ocupara el lugar de la breve expresión natural en su rostro, empleando un calculado abandono allá donde un abandono natural hubiera sido más fácil (pero menos efectivo).

El hombre respondió tal como se esperaba, estúpidamente. Aquello ayudó a pensar en él como en un estúpido.

Su segunda seducción había sido más fácil. Podía recordar sin embargo todavía los rasgos sobresalientes de aquella primera, haciéndolo a veces con un insensible sentimiento de sorpresa. A veces, el rostro de él se le aparecía espontáneamente y sin ninguna razón que pudiera identificar inmediatamente.

Con los otros hombres a los que había sido enviada para que la impregnaran, las

sensaciones memorísticas habían sido distintas. Tenía que rastrear su pasado para identificarlos. Las grabaciones sensoriales de aquellas experiencias no habían profundizado tanto. ¡No como aquel primero!

Ese era el peligroso poder del amor.

Y ved los problemas que esta fuerza oculta había ocasionado a la Bene Gesserit a lo largo de los milenios. Dama Jessica y su amor por su Duque había sido tan sólo un ejemplo entre incontables otros. El amor nublabla la razón. Desviaba a las Hermanas de sus deberes. El amor podía ser tolerado únicamente cuando no causaba una inmediata y obvia rotura o cuando servía para los propósitos a más largo plazo de la Bene Gesserit. De otro modo tenía que ser evitado.

De todos modos, seguía siendo siempre un objeto de inquietante observación.

Odrade abrió los ojos y miró de nuevo a Teg y Taraza. La Madre Superiora había tocado un nuevo tema. ¡Qué irritante podía llegar a ser la voz de Taraza a veces! Odrade cerró los ojos y escuchó la conversación, ligada a aquellas dos voces por algún lazo en su consciencia que no podía evitar.

—Muy poca gente se da cuenta de cuánto de la infraestructura de una civilización es infraestructura de dependencia —dijo Taraza—. Hemos efectuado un estudio completo sobre eso.

*El amor es una infraestructura de dependencia*, pensó Odrade. ¿Por qué había tocado Taraza ese tema en este momento? La Madre Superiora raras veces hacía nada sin profundos motivos.

—La infraestructura de dependencia es un término que incluye todas las cosas necesarias para una población humana a fin de sobrevivir en su número existente o aumentarlo —dijo Taraza.

—¿La melange? —preguntó Teg.

—Por supuesto, pero la mayor parte de la gente mira a la especia y dice: «Qué estupendo es que podamos disponer de ella y que pueda proporcionarnos unas vidas mucho más largas de las que disfrutaban nuestros antepasados.

—A condición de que puedan permitírsela. —La voz de Teg tenía un punto de mordiente, observó Odrade.

—A condición de que ninguna potencia única controle todo el mercado, la mayor parte de la gente tendrá la suficiente —dijo Taraza.

—Aprendí economía en las rodillas de mi madre —dijo Teg—. Alimento, agua, aire respirable, espacio para vivir no contaminado por venenos... hay muchas clases de *moneda*, y el valor del cambio varía de acuerdo con la dependencia.

Mientras le escuchaba, Odrade casi asintió. Aquella respuesta era también suya. *¡No elabores lo obvio, Taraza! Ve al grano.*

—Deseo que recordéis muy claramente las enseñanzas de vuestra madre —dijo Taraza. *¡Qué blanda era su voz de pronto!* La voz de Taraza cambió bruscamente



entonces, y restalló: ¡Despotismo hidráulico!

*Es maestra en estos cambios de énfasis*, pensó Odrade. Su memoria recogió los datos como un grifo abierto de pronto a toda presión. *Despotismo hidráulico*: control central de una energía esencial como el agua, la electricidad, el combustible, las medicinas, la melange... ¡Obedeced al poder controlador central, o la energía será cortada y moriréis!

Taraza estaba hablando de nuevo:

—Hay otro concepto útil que estoy segura de que vuestra madre os enseñó... el tronco clave.

Odrade se sintió de pronto tremendamente curiosa. Taraza se había dirigido hacia algo importante con aquella conversación. *El tronco clave*: un concepto realmente antiguo, de los días anteriores a los suspensores, cuando los madereros enviaban sus troncos cortados río abajo hasta los aserraderos centrales. A veces los troncos se encallaban en el río, y tenía que ser enviado un experto para descubrir el tronco, el tronco clave, que libraría todo el conjunto cuando fuera retirado. Teg, sabía, debía poseer un conocimiento intelectual del término, pero ella y Taraza podían ser testigos de la realidad del concepto a través de sus Otras Memorias, ver la explosión de trozos rotos de madera y agua cuando el atoramiento era liberado.

—El Tirano fue un tronco clave —dijo Taraza—. El creó el atasco, y él lo soltó.

El transbordador empezó a temblar fuertemente cuando mordió por primera vez la atmósfera de Gammu. Odrade sintió la tensión en su cinturón de seguridad durante unos breves segundos, luego el movimiento del aparato volvió a hacerse regular. La conversación se interrumpió durante ese intervalo, luego Taraza prosiguió:

—Más allá de las llamadas dependencias naturales existen algunas religiosas que han sido creadas psicológicamente. Incluso las necesidades psicológicas pueden tener un componente subterráneo como este.

—Un hecho que la Missionaria Protectora comprende muy bien —dijo Teg. De nuevo Odrade oyó aquella corriente subterránea de profundo resentimiento en su voz. Seguramente Taraza lo había captado también. ¿Qué era lo que estaba haciendo? ¡Podía debilitar a Teg!

—Ahhh, sí —dijo Taraza—. Nuestra Missionaria Protectora. Los seres humanos tienen una necesidad tan poderosa, que su propia estructura de creencias se convierte en la «auténtica creencia». Si te proporciona placer o un sentimiento de seguridad y si se halla incorporada dentro de tu estructura de creencias, ¡qué poderosa dependencia crea!

Taraza guardó de nuevo silencio mientras el transbordador vibraba con otra sacudida atmosférica.

—¡Me gustaría que utilizara sus suspensores! —se quejó Taraza.

—Ahorra combustible —dijo Teg—. Menos dependencia.

Taraza dejó escapar una risita.

—Oh, sí, Miles. Conocéis bien la lección. Veo en ello la mano de vuestra madre. Maldita sea la madre cuando el hijo se forja en una dirección equivocada.

—¿Pensáis en mí como en un niño? —preguntó él.

—Pienso en vos como en alguien que acaba de tener su primer encuentro directo con las maquinaciones de las llamadas Honoradas Matres.

*Así que es eso*, pensó Odrade. Y con una fuerte impresión, se dio cuenta de que Taraza estaba dirigiendo sus palabras a un blanco mucho más amplio que simplemente Teg.

*¡Me está hablando a mí!*

—Esas Honoradas Matres, como se hacen llamar —dijo Taraza—, han combinado el éxtasis sexual y la adoración. Dudo que hayan pensado siquiera en los peligros.

Odrade abrió los ojos y miró al otro lado del pasillo, a la Madre Superiora. Los ojos de Taraza estaban clavados intensamente en Teg, su expresión inescrutable excepto por sus ojos, que llameaban con la necesidad de que él comprendiera.

—Peligros —repitió Taraza—. La gran masa de la humanidad posee una inconfundible unidad de identidad. Puede convertirse en una sola cosa. Puede actuar como un único organismo.

—Eso es lo que dijo el Tirano —hizo notar Teg.

—¡Eso es lo que demostró el Tirano! El Alma Colectiva era suya para ser manipulada. Hay ocasiones, Miles, en las que la supervivencia exige que comulguemos con el alma. Las almas, ya sabéis, están buscando siempre una salida.

—¿No ha quedado anticuada en nuestros tiempos la comunión con las almas? —preguntó Teg. A Odrade no le gustó el tono burlón de su voz, y observó que despertaba una irritación similar en Taraza.

—¿Creéis que estoy hablando de modas en religión? —exclamó Taraza, su aguda voz insistentemente dura—. ¡Ambos sabemos que las religiones pueden ser creadas! Estoy hablando de esas Honoradas Matres que han prosperado con éxito en algunos de nuestros caminos, pero no poseen nuestra profunda consciencia. ¡Se atreven a situarse en el centro de la adoración!

—Una cosa que la Bene Gesserit ha evitado siempre —dijo él—. Mi madre decía que los adoradores y los adorados estaban unidos por la fe.

—¡Y pueden ser divididos!

Odrade se dio cuenta de que Teg se sumergía de pronto en modo Mentat, una mirada desenfocada en sus ojos, sus rasgos plácidos. Entonces vio parte de lo que Taraza estaba haciendo. *El Mentat conduce a la manera romana, un pío sobre cada caballo. Cada pie se apoya en una realidad diferente mientras la búsqueda de los esquemas lo conduce hacia adelante. Debe conducir distintas realidades hacia una*

*única meta.*

Teg habló con la voz pensativa y llana de un Mentat.

—La división de las fuerzas enemigas ganará la batalla por la supremacía.

Taraza dejó escapar un suspiro de placer casi sensual, como dando rienda suelta a su auténtica naturaleza.

—Infraestructura de dependencia —dijo Taraza—. Esas mujeres de la Dispersión controlarían las fuerzas divididas, con todas esas fuerzas intentando poderosamente ocupar el liderazgo. Ese oficial militar en la nave de la Cofradía, cuando habló de sus Honoradas Matres, habló a la vez con adoración y odio. Estoy seguro de que lo captasteis en su voz, Miles. Sé lo bien que vuestra madre os enseñó.

—Lo capté. —Teg había centrado de nuevo su atención en Taraza, pendiente de todas sus palabras, del mismo modo que Odrade.

—Dependencias —dijo Taraza—. Cuán simples pueden ser, y cuán complejas. Tomad, por ejemplo, el deterioro de los dientes.

—¿El deterioro de los dientes? —Teg fue apartado de su sendero Mentat y Odrade, observando aquello, vio que su reacción era exactamente la que Taraza deseaba. Taraza estaba conduciendo a su Bashar Mentat con mano maestra.

*Y se supone que yo debo verlo y aprender de ello, pensó.*

—El deterioro de los dientes —repitió Taraza—. Un simple injerto al nacer impide esa plaga en la mayor parte de la humanidad. Sin embargo, debemos cepillarnos los dientes y cuidar de ellos. Es algo tan natural en nosotros que ni siquiera pensamos en ello. Los utensilios que utilizamos se supone que son una parte normal de nuestro entorno. Sin embargo esos utensilios, los materiales que los forman, los instructores en el cuidado de los dientes y los monitores Suk, todos ellos están interrelacionados.

—Un Mentat no necesita que se le expliquen las interdependencias —dijo Teg. Seguía habiendo curiosidad en su voz, pero con un definido subtono de resentimiento.

—Por supuesto —dijo Taraza—. Ese es el entorno natural del proceso de pensamiento de un Mentat.

—Entonces, ¿por qué estáis elaborando todo esto?

—Mentat, contemplad ahora lo que sabéis de esas Honoradas Matres y decidme: ¿Cuál es su punto débil?

Teg respondió sin la menor vacilación.

—Sólo pueden sobrevivir si continúan incrementando la dependencia de aquellos que las apoyan. Es como el callejón sin salida de un adicto.

—Exactamente. ¿Y el peligro?

—Pueden arrastrar consigo a gran parte de la humanidad.

—Ese era el problema del Tirano, Miles. Estoy segura de que él lo sabía. Ahora,

prestadme mucha atención. Y tú también, Dar. —Taraza miró a través del pasillo y encontró los ojos de Odrade—. Los dos me habéis escuchado. Nosotras, las Bene Gesserit, estamos acumulando un gran poder... somos *elementos* que fluyen con la corriente humana. Ellas pueden atascarnos. Están seguras de causar daño. Y nosotras...

Una vez más, el transbordador entró en un período de fuertes sacudidas. La conversación resultó imposible mientras se sujetaban a sus asientos y escuchaban el rugir y el crujir a su alrededor. Cuando disminuyó la interrupción, Taraza alzó su voz.

—Si sobrevivimos a esta maldita máquina y llegamos a Gammu, deberéis hablar a solas con Dar, Miles. Habéis visto el Manifiesto Atreides. Ella os dirá todo lo referente a él y os preparará. Eso es todo.

Teg se volvió y miró a Odrade. Una vez más, sus rasgos agitaron sus recuerdos: un notable parecido con Lucilla, pero había algo más. Lo dejó a un lado. *¿El Manifiesto Atreides?* Lo había leído porque le había llegado procedente de Taraza con instrucciones de que lo hiciera. *¿Prepararme? ¿Para qué?*

Odrade vio la interrogadora expresión en el rostro de Teg. Ahora comprendía los motivos de Taraza. Las órdenes de la Madre Superiora adquirirían ahora un nuevo significado, del mismo modo que lo hacía el propio Manifiesto.

*«Al igual que el universo es creado por la participación de la consciencia, el presciente humano arrastra consigo esa facultad creadora hasta su último extremo. Este era el profundamente mal comprendido poder del bastardo Atreides, el poder que transmitió a su hijo, el Tirano.»*

Odrade conocía aquellas palabras con la familiaridad de ser su autora, pero ahora volvieron a ella como si nunca antes se hubiera tropezado con ellas.

*¡Maldita seas, Tar!, pensó Odrade. ¿Y si estás equivocada?*

## Capítulo XIV

*A nivel cuántico, nuestro universo puede ser visto como un Lugar Indeterminado, predecible de una forma estadística tan sólo cuando uno emplea números lo suficientemente grandes. Entre ese universo y uno relativamente predecible, donde el paso de un planeta determinado puede ser calculado al picosegundo, entran en juego otras fuerzas. Para el universo intermedio donde se hallan nuestras vidas diarias, lo que uno cree es una fuerza dominante. Las creencias de uno ordenan el desarrollo de Los acontecimientos diarios. Si los suficientes de nosotros creen, cualquier cosa nueva puede ser traída a la existencia. La estructura de creencias crea un filtro a través del cual el caos es transformado en orden.*

### ***Análisis del Tirano, del Dossier de Taraza: Archivos BG***

Los pensamientos de Teg eran un torbellino cuando regresó a Gammu de la nave de la Cofradía. Salió del transbordador en el chamuscado borde del campo de aterrizaje particular del Alcázar, y miró a su alrededor como si lo viera por primera vez. Era casi mediodía. Tan poco tiempo había transcurrido, y tanto había cambiado.

¿Hasta qué límite había impartido la Bene Gesserit una lección esencial?, se preguntó. Taraza lo había arrojado fuera de sus familiares procesos Mentat. Tenía la sensación de que todo el incidente en la nave de la Cofradía había sido preparado únicamente para él. Había sido apartado violentamente de un curso predecible. Qué extraño parecía Gammu mientras cruzaba la zona vigilada de los pozos de entrada.

Teg había visto muchos planetas, aprendido sus costumbres, visto como éstas se imprimían en sus habitantes. Algunos planetas poseían un gran sol amarillo que estaba muy próximo y mantenía cálidas a las cosas vivas, haciéndolas crecer y evolucionar. Algunos planetas poseían pequeños soles débiles que colgaban muy lejos en un cielo oscuro, y su luz apenas llegaba a ellos. Dentro e incluso fuera de este abanico existían variaciones. Gammu era una variación amarillo verdosa con un día de 31'27 horas estándar y un año de 2'6 años estándar. Teg había creído que conocía Gammu.

Cuando los Harkonnen se vieron obligados a abandonarlo, los colonos dejados atrás por la Dispersión vinieron del grupo daniano, bautizándolo con el nombre que Halleck le había dado en la nueva gran cartografía. Los colonos lo habían conocido como Caladan en aquellos días, pero los milenios tendían a acortar algunas etiquetas.

Teg hizo una pausa en la entrada de los revestimientos protectores que ascendían desde muy profundo en el Alcázar. Taraza estaba hablando intensamente con Odrade.

*El Manifiesto Atreides*, pensó.

Incluso en Gammu, pocos admitían la ascendencia Harkonnen o Atreides, aunque

los genotipos eran visibles por todas partes... especialmente los dominantes Atreides: aquellas narices largas y afiladas, las altas frentes y las bocas sensuales. A menudo, los indicios estaban diseminados... la boca en un rostro, aquellos ojos penetrantes en otro, e incontables mezclas. A veces, sin embargo, una sola persona los exhibía todos, y entonces veía el orgullo, el conocimiento interior:

«¡Soy uno de ellos!»

Los nativos de Gammu lo reconocían y le cedían el paso, pero pocos lo etiquetaban.

Subyacente a todo esto estaba lo que los Harkonnen habían dejado atrás... líneas genéticas que iban hasta tan lejos como los albores de los griegos, afganos y mamelucos, sombras de historia antigua que pocos aparte de los historiadores profesionales o aquellos adiestrados por la Bene Gesserit podían ni siquiera nombrar.

Taraza y su séquito llegaron junto a Teg. Este oyó a Taraza decirle a Odrade:

—Debes contárselo todo a Miles.

Muy bien, se lo contaría todo, pensó. Se volvió y abrió camino por entre los guardias interiores cruzando el largo pasillo bajo las torretas hasta el Alcázar propiamente dicho.

¡Maldita sea la Bene Gesserit!, pensó. ¿Qué están haciendo realmente aquí en Gammu?

Gran cantidad de signos Bene Gesserit podían ser vistos en aquel planeta: la procreación continuada para fijar los rasgos seleccionados, y aquí y allá un visible énfasis en los seductores ojos de las mujeres.

Teg devolvió casi maquinalmente el saludo a una capitana de la guardia. *Ojos seductores*, sí. Había apreciado aquello inmediatamente después de su llegada al Alcázar del ghola, y especialmente durante su primera vuelta de inspección por el planeta. Se había visto a sí mismo en muchos rostros también, y recordó aquello que el viejo Patrin había mencionado tantas veces.

—Tenéis el aspecto de Gammu, Bashar.

¡Ojos seductores! Aquella capitana de la guardia, hacía un momento. Ella y Odrade y Lucilla eran parecidas en esto. Poca gente prestaba mucha atención a la importancia de los ojos en el momento de la seducción, pensó. Se necesitaba una educación Bene Gesserit para captar aquel detalle. Unos pechos desarrollados en una mujer y unas caderas prietas en los hombres (esa dura apariencia muscular en las posaderas)... eso era lo que por naturaleza resultaba más importante en los encuentros sexuales. Pero sin los ojos, el resto no servía para nada. Los ojos eran esenciales. Podías caer fácilmente rendido ante la clase adecuada de ojos, había aprendido, sumergirte directamente en ellos y ser inconsciente de lo que estaba ocurriendo hasta que tu pene estaba firmemente atrapado en su vagina.

Había observado los ojos de Lucilla inmediatamente después de su llegada a

Gammu, y se había conducido cautelosamente con ella. ¡No había la menor duda acerca de cómo utilizaba la Hermandad sus talentos!

Allí estaba Lucilla ahora, aguardando en la sala central de inspección y descontaminación. Le dirigió el aleteante gesto con la mano que indicaba que todo iba bien con el gholá. Teg se relajó y observó el encuentro de Lucilla con Odrade. Las dos mujeres poseían rasgos notablemente similares pese a la diferencia de edad. Sus cuerpos eran completamente distintos, sin embargo. Lucilla era mucho más sólida, frente a las formas altas y esbeltas de Odrade.

La capitana de la guardia de los ojos seductores se acercó a Teg y se inclinó hacia él.

—Schwangyu acaba de saber a quién habéis traído con vos —dijo, señalando con la cabeza a Taraza—. Ahhh, ahí está. Schwangyu salió de un tubo ascensor y avanzó hacia Taraza, dirigiéndole apenas una furiosa mirada a Teg.

*Taraza deseaba sorprenderte, pensó él. Todos sabemos por qué.*

—No pareces feliz de verme —dijo Taraza, dirigiéndose a Schwangyu.

—Estoy sorprendida, Madre Superiora —dijo Schwangyu—. No tenía la menor idea. —Miró de nuevo a Teg, con una expresión venenosa en sus ojos.

Odrade y Lucilla interrumpieron su mutuo examen.

—Había oído hablar de ello, por supuesto —dijo Odrade—. Pero es toda una impresión encontrarte de pronto a ti misma en el rostro de otra persona.

—Te lo advertí —dijo Taraza.

—¿Cuáles son vuestras órdenes, Madre Superiora? —preguntó Schwangyu. Era lo más cerca que podía llegar de preguntarle a Taraza cuál era el motivo de su visita.

—Desearía hablar en privado con Lucilla —dijo Taraza.

—Haré que os preparen unos aposentos —dijo Schwangyu.

—No te molestes —dijo Taraza—. No voy a quedarme. Miles ya ha arreglado las cosas para mi transporte. Los deberes requieren mi presencia en la Casa Capitular. Lucilla y yo hablaremos ahí afuera, en el patio. —Taraza apoyó un dedo en su mejilla—. Oh, y me gustaría observar al gholá sin que él lo sepa durante unos minutos. Estoy segura de que Lucilla podrá arreglar eso.

—Está tomando muy bien el adiestramiento más intenso —dijo Lucilla, mientras ambas se dirigían hacia un tubo ascensor.

Teg volvió su atención a Odrade, notando mientras su mirada cruzaba el rostro de Schwangyu la intensidad de su ira. No estaba intentando ocultarla.

¿Era Lucilla una hija o una hermana de Odrade?, se preguntó Teg. Se le ocurrió de pronto que debía existir un propósito Bene Gesserit detrás del parecido. Sí, por supuesto... ¡Lucilla era una Imprimadora!

Schwangyu dominó su ira. Miró con curiosidad a Odrade.

—Iba a comer, Hermana —dijo. ¿Queréis acompañarme?

—Debo tener unas palabras a solas con el Bashar —dijo Odrade—. Si no hay inconveniente, quizá podamos quedarnos aquí para nuestra charla. No debo ser vista por el ghola.

Schwangyu frunció el ceño, sin intentar ocultar su desconcierto ante Odrade. ¡En la Casa Capitular sabían dónde estaban las lealtades! Pero nadie... ¡nadie!, la echaría de aquel puesto de mando observativo. ¡La oposición tenía sus derechos!

Sus pensamientos estaban claros incluso para Teg. Notó la rigidez de la espalda de Schwangyu mientras se alejaba.

—Es malo cuando una Hermana se vuelve contra otra Hermana —dijo Odrade.

Teg hizo un signo con la mano a su capitana de la guardia, ordenándole que mantuviera la zona libre. *A solas*, había dicho Odrade. *A solas será*. Dirigiéndose a Odrade, dijo:

—Esta es una de mis zonas de seguridad. Ni espías ni otros medios de observación.

—Eso imaginé —dijo Odrade.

—Tenemos una salita aquí al lado —Teg señaló hacia su izquierda—. Muebles, incluso sillas—perro si queréis.

—Las odio cuando intentan hacer que me sienta cómoda por todos los medios —dijo ella—. ¿Podemos hablar aquí? —Apoyó una mano en el brazo de Teg—. Quizá podamos caminar un poco. Me siento tan envarada después de ese viaje en el transbordador.

—¿Qué es lo que se supone que debéis decirme? —pregunto él mientras echaban a andar.

—Mis memorias ya no son filtradas selectivamente —dijo ella—. Las poseo todas, las del lado femenino solamente, por supuesto.

—¿Sí? —Teg frunció los labios. Aquel no era el principio que había esperado. Odrade parecía pertenecer más bien a la clase de personas que efectúan siempre un enfoque directo de las cosas.

—Taraza dice que habéis leído el Manifiesto Atreides. Bien. Sabéis que va a causar trastornos en muchos sitios.

—Schwangyu lo ha convertido ya en tema de una diatriba contra «vosotros los Atreides».

Odrade lo miró solemnemente. Como decían todos los informes, Teg seguía siendo una imponente figura, pero ella había visto ya aquello sin necesidad de ningún informe.

—Los dos somos Atreides, vos y yo —dijo Odrade.

Teg se puso totalmente alerta.

—Vuestra madre os explicó eso con todo detalle —dijo Odrade— cuando marchasteis por primera vez a la escuela allá en Lernaes.



Teg se detuvo y se la quedó mirando. ¿Cómo podía saber ella eso? Por todo lo que podía decir, nunca antes había conocido ni conversado con aquella remota Darwi Odrade. ¿Era él tema de discusiones especiales en la Casa Capitular? Mantuvo su silencio, forzándola a ella a seguir hablando.

—Volveré a narrar una conversación entre un hombre y mi verdadera madre —dijo Odrade—. Están en la cama, y el hombre dice: «Fui padre de unos cuantos chicos cuando escapé por primera vez de la esclavitud de la Bene Gesserit, cuando pensé que yo era un agente independiente, libre de alistarme y luchar allá donde yo eligiera.»

Teg no intentó ocultar su sorpresa. ¡Aquellas eran sus propias palabras! Su memoria Mentat le decía que Odrade las había reproducido tan fielmente como una grabadora mecánica. ¡Incluso el tono!

—¿Más? —preguntó ella mientras él seguía mirándola—. Muy bien. El hombre dice: «Eso fue antes de que me enviaran al adiestramiento Mentat, por supuesto. ¡Cómo me abrió eso los ojos! ¡Nunca estuve fuera de la atenta mirada de la Hermandad ni siquiera por un instante! Nunca fui agente libre.»

—Ni siquiera cuando yo dije esas palabras —dijo Teg.

—Cierto. —Apretó su brazo, y siguieron andando por la estancia—. Los niños de los cuales fuisteis padre pertenecieron todos a la Bene Gesserit. La Hermandad no corre riesgos de que nuestro genotipo sea enviado a una charca de genes salvajes.

—Aunque mi cuerpo vaya a Shaitan, su precioso genotipo seguirá al cuidado de la Hermandad —dijo él.

—A mi cuidado —dijo Odrade—. Yo soy una de vuestras hijas.

De nuevo, él la obligó a detenerse.

—Creo que sabéis quién era mi madre —dijo ella. Alzó una mano reclamando silencio cuando él empezó a responder—. Los nombres no son necesarios.

Teg estudió los rasgos de Odrade, viendo en él los signos reconocibles. Madre e hija eran idénticas. Pero, ¿y Lucilla?

Como si oyera esta pregunta, Odrade dijo:

—Lucilla pertenece a una rama paralela de procreación. Es notable, ¿verdad?, lo que puede conseguir un poco de cuidado.

Teg carraspeó. No sentía ningún apego emocional hacia aquella recién revelada hija. Sus palabras y otras señales importantes exigían su atención primaria.

—Esto no es una conversación casual. ¿Eso es todo lo que teníais que revelarme? Pensé que la Madre Superiora había dicho...

—Hay más —admitió Odrade—. El Manifiesto... yo soy su autora. Lo escribí bajo órdenes de Taraza y siguiendo sus detalladas instrucciones.

Teg miró a su alrededor en la gran sala, como para asegurarse de que no había nadie observando. Habló en voz muy baja:

—¡Los tleilaxu lo están difundiendo rápido y por todas partes!

—Exactamente como esperábamos.

—¿Por qué me estáis diciendo esto? Taraza dijo que debíais prepararme para...

—Ya llegará el momento en que debáis conocer vuestra finalidad. Es deseo de Taraza que toméis entonces vuestras propias decisiones, que os convirtáis realmente en un agente libre.

Mientras hablaba, Odrade vio el velo de Mentat en los ojos del hombre.

Teg inspiró profundamente. *¡Dependencias y troncos clave!* Captó la sensación Mentat de un enorme esquema justo más allá del alcance de sus datos acumulados. No consideró ni siquiera por un instante el que alguna forma de devoción filial hubiera promovido aquellas revelaciones. Había una clara esencia fundamental, dogmática y ritualista, en todo el adiestramiento Bene Gesserit, pese a todos los esfuerzos por impedirlo. Odrade, su hija surgida del pasado, era una Reverenda Madre completa con extraordinarios poderes de control muscular y nervioso... ¡todas las memorias en su vertiente femenina! ¡Era una de las especiales! Conocía trucos violentos que pocos seres humanos sospecharían siquiera. Sin embargo, esa similitud, esa esencia, permanecía, y un Mentat la veía siempre.

*¿Qué es lo que desea?*

*¿La afirmación de su paternidad?* Ya tenía toda la confirmación que podía necesitar.

Observándola ahora, viendo lo pacientemente que aguardaba el desarrollo de sus pensamientos, Teg reflexionó que a menudo se decía certeramente que las Reverendas Madres ya no eran completamente miembros de la raza humana. De algún modo se movían fuera del flujo general, quizá paralelamente a él, quizá sumergiéndose ocasionalmente en él para sus propias finalidades, pero siempre extirpadas de la humanidad. Ellas mismas se extirpaban. Era una marca identificadora de la Reverenda Madre, una sensación de identidad extra que las acercaba más al hacia largo tiempo muerto Tirano que el stock humano del cual brotaban.

Manipulación. Esa era su marca. Lo manipulaban todo y a todos.

—Tengo que ser los ojos de la Bene Gesserit —dijo Teg—. Taraza desea que yo tome una decisión *humana* por todas vosotras.

Obviamente complacida, Odrade apretó su brazo.

—¡Qué padre tengo!

—¿Tenéis realmente un padre? —preguntó él, y le contó lo que había estado pensando acerca de la Bene Gesserit extirpándose ella misma de la humanidad.

—Fuera de la humanidad —dijo ella—. Una idea curiosa. ¿Se hallan también los navegantes de la Cofradía fuera de su humanidad original?

El pensó en aquello. Los navegantes de la Cofradía divergían ampliamente de la forma más común de la humanidad. Nacidos en el espacio y viviendo sus vidas en

tanques de gas de melange, distorsionaban su forma original, sus miembros y órganos se alargaban y ocupaban otros lugares. Pero un joven navegante en celo y antes de entrar en el tanque podía procrear con una normal. Había quedado demostrado. Se convertían en no-humanos, pero no a la manera Bene Gesserit.

—Los navegantes no pertenecen a vuestra familia mental. Piensan como humanos. Guiar una nave a través del espacio, incluso con presciencia para encontrar la vía segura, es algo que posee un esquema que un ser humano puede aceptar.

—¿Vos no aceptáis nuestro esquema?

—Tanto como puedo, pero en algún lugar en vuestro desarrollo os desviasteis fuera del esquema original. Creo que podéis representar un acto consciente para aparecer humanas. La forma en que sujetasteis mi brazo en este mismo momento, como si realmente fuerais mi hija.

—Soy vuestra hija, pero me siento sorprendida de que penséis tan bajo de nosotras.

—Completamente al contrario. Me siento maravillado de vosotras.

—¿De vuestra propia hija?

—De cualquier Reverenda Madre.

—¿Creéis que existo únicamente para manipular criaturas inferiores?

—Creo que realmente ya no os sentís humanas. Hay un abismo en vosotras, algo que falta, algo que habéis extirpado. Ya no sois una de nosotros.

—Gracias —dijo Odrade—. Taraza me dijo que no vacilarías en responder sinceramente, pero quería saberlo por mí misma.

—¿Para qué me habéis preparado?

—Lo sabréis cuando se produzca; eso es todo lo que puedo decir... todo lo que se me permite decir.

*¡Manipulación de nuevo!, pensó. ¡Malditas sean!*

Odrade carraspeó. Pareció a punto de decir algo más, pero permaneció en silencio mientras guiaba a Teg de vuelta, cruzando la estancia.

Aunque sabía ya lo que Teg iba a decir, sus palabras la apenaron. Deseaba decirle que ella era una de las que aún seguía sintiéndose humana, pero su juicio sobre la Hermandad no podía ser negado.

*Hemos sido engañadas para rechazar el amor. Podemos simular, pero cada una de nosotras es capaz de interrumpir la simulación en un instante.*

Se produjeron sonidos tras ellos. Se detuvieron y se volvieron. Lucilla y Taraza emergieron de un tubo ascensor, hablando ociosamente de sus observaciones del ghola.

—Obráis absolutamente bien tratándolo como una de nosotras —dijo Taraza.

Teg lo oyó, pero no hizo ningún comentario mientras aguardaban a que las dos mujeres se aproximaran.

*Lo sabe, pensó Odrade. No me preguntará acerca de mi nacimiento. No había lazo, ninguna imprimación real. Sí, lo sabe.*

Odrade cerró los ojos, y la memoria la sobresaltó, produciendo por sí misma una imagen de una pintura. Ocupaba un espacio en la pared de la estancia matutina de Taraza. Un artificio ixiano había preservado la pintura en un exquisito marco herméticamente cerrado tras una cubierta de plaz invisible. A menudo Odrade se detenía frente a la pintura, sintiendo en cada ocasión que su mano podría adelantarse y tocar realmente la antigua tela tan hábilmente preservada por los ixianos.

*Casitas de Cordeville.*

El título que el artista había puesto al cuadro y su propio nombre habían sido conservados mediante una placa bruñida bajo la pintura: *Vincent Van Gogh*.

El cuadro databa de una época tan antigua que solamente raros restos como aquella pintura habían podido ser conservados para ofrecer una impresión física a lo largo de las eras. Había intentado imaginar los viajes que había realizado aquella pintura, la serie de azares que la habían traído intacta hasta la habitación de Taraza.

Los ixianos eran maestros en la conservación y restauración. Un observador podía tocar un punto oscuro que había en el lado inferior izquierdo del marco. Inmediatamente, se sentía absorbido por el auténtico genio, no sólo del artista, sino del ixiano que había restaurado y conservado la obra. Su nombre estaba allí en el marco: Martin Buro. Cuando era tocado por un dedo humano, el punto se convertía en un proyector sensorial, un derivado doméstico de la tecnología que había producido la Sonda Ixiana. Buro había restaurado no sólo la pintura sino al pintor... las sensaciones que habían acompañado cada golpe de pincel de Van Gogh. Todo había sido capturado a partir de las propias pinceladas, y registrado allí para ser presentado al contacto humano.

Odrade había permanecido allí sumergida en las sensaciones de pintar un cuadro durante tantas veces, que tenía la impresión de ser capaz de recrear la pintura por sí misma.

Recordando esta experiencia tan cerca de la acusación de Teg, supo inmediatamente por qué su memoria había reproducido aquella imagen para ella, por qué aquella pintura seguía fascinándola. Durante el breve espacio de aquella rememorización siempre se había sentido totalmente humana, consciente de las casitas como lugares donde vivía auténtica gente, consciente en alguna forma completa de la cadena de vida que había quedado plasmada allí en la persona del loco Vincent Van Gogh, plasmada para irse repitiendo una y otra vez al contacto de un dedo.

Taraza y Lucilla se detuvieron a un par de pasos de Teg y Odrade. Había olor a ajo en el aliento de Taraza.

—Nos hemos parado a comer algo —dijo Taraza—. ¿Os apetece alguna cosa?

Era exactamente la pregunta más inoportuna. Odrade soltó su mano del brazo de Teg. Se volvió rápidamente y se secó los ojos con un manotazo. Mirando nuevamente a Teg, vio sorpresa en su rostro. Sí, pensó. *¡Esas eran auténticas lágrimas!*

—Creo que ya hemos hecho aquí todo lo que podíamos —dijo Taraza—. Ya es hora de que emprendas tu camino a Rakis, Dar.

—Si —dijo Odrade—. Ya es hora.

## Capítulo XV

*La vida no puede hallar razones para sustentarlo, no puede ser una fuente de decente contemplación mutua, a menos que cada uno de nosotros decida respirar tales cualidades en ello.*

**Chenoe:** «*Conversaciones con Leto II*»

Hedley Tuek, Sumo Sacerdote del Dios Dividido, había empezado a sentirse cada vez más curioso con Stiros. Aunque él era demasiado viejo como para esperar sentarse en el banco del Sumo Sacerdote, Stiros tenía hijos, nietos, y numerosos sobrinos. Stiros había transferido sus ambiciones personales a su familia. Un hombre cínico, Stiros. Representaba una poderosa facción en la hermandad, la denominada «comunidad científica», cuya influencia era insidiosa y penetrante. Se acercaban peligrosamente a la herejía.

Tuek se recordó a sí mismo que más de un Sumo Sacerdote se había *perdido* en el desierto, lamentables accidentes. Stiros y su facción eran capaces de crear un accidente similar.

Era media tarde en Keen y Stiros acababa de marcharse, obviamente frustrado. Stiros deseaba que Tuek fuera al desierto y observara personalmente la siguiente aventura de Sheeana allí. Sospechando de la invitación, Tuek había declinado el ofrecimiento.

Había seguido una extraña discusión, llena de alusiones y vagas referencias al comportamiento de Sheeana, más verbosos ataques a la Bene Gesserit. Stiros, sospechando siempre de la Hermandad, había expresado su inmediato desagrado hacia la nueva comandante del Alcázar de la Bene Gesserit en Rakis, aquella... ¿cuál era su nombre? Oh, sí, Odrade. Un extraño nombre, pero las Hermanas tenían a menudo extraños nombres. Aquel era su privilegio. El propio Dios jamás había hablado en contra de la bondad básica de la Bene Gesserit. Contra hermanas individuales, sí, pero la propia Hermandad había compartido la Sagrada Visión de Dios.

A Tuek no le gustaba la forma en que Stiros hablaba de Sheeana. Tuek había hecho callar finalmente a Stiros con declaraciones efectuadas allí en el Sanctus con su gran altar e imágenes del Dios Dividido. Difusores de rayos prismáticos arrojaban finos haces de resplandor a través del serpenteante incienso de melange contra la doble línea de altas columnas que sostenían en alto el altar. Tuek sabía que sus palabras iban directamente a Dios desde aquel lugar.

—Dios actúa a través de nuestra Siona rediviva —había dicho Tuek a Stiros, observando la confusión en el rostro del viejo consejero—. Sheeana es el recuerdo

viviente de Siona, ese instrumento humano que lo trasladó a Él a su actual División.

Stiros se enfureció, diciendo cosas que no se atrevería a repetir ante todo el Consejo. Confiaba demasiado en su larga asociación con Tuek.

—Te digo que ella se sienta aquí rodeada por adultos que intentan justificarse a sí mismos ante ella y...

—¡Y ante Dios! —Tuek no pudo dejar pasar aquellas palabras.

Inclinándose hacia el Sumo Sacerdote, Stiros graznó:

—Se halla en el centro de un sistema educativo orientado a todo lo que exija su imaginación. ¡No le negamos nada!

—Ni deberíamos hacerlo.

Era como si Tuek no hubiera hablado. Stiros dijo:

—¡Cania le ha proporcionado grabaciones de Dar-es-Balat!

—Yo soy el Libro del Destino —entonó Tuek, citando las propias palabras de Dios del tesoro de Dar-es-Balat.

—¡Exactamente! ¡Y ella escucha todas las palabras!

—¿Por qué debería inquietarte esto? —preguntó Tuek en su tono más calmado.

—No hemos probado *su* conocimiento. Ella prueba *el nuestro*!

—Dios debe desearlo así.

No había ninguna duda acerca de la amarga irritación en el rostro de Stiros. Tuek observó aquello y aguardó mientras el viejo consejero esgrimía nuevos argumentos. Las bases de tales argumentos eran, por supuesto, enormes. Tuek no lo negó. Era la interpretación lo que importaba. Era por eso por lo que el Sumo Sacerdote debía ser el intérprete final. Pese a (o quizá a causa de) su forma de ver la historia, los sacerdotes sabían mucho de cómo Dios había acudido a residir en Rakis. Poseían el propio Dar-es-Balat y todo su contenido... la no-cámara más antigua conocida en el universo. Durante milenios, mientras Shai-Hulud transformaba el verdeante planeta de Arrakis en el desierto Rakis, Dar-es-Balat aguardaba bajo la arena. Gracias a aquel Sagrado Tesoro, los sacerdotes poseían la propia voz de Dios, Sus palabras impresas e incluso holofotos. Todo quedaba explicado, y sabían que la superficie desértica de Rakis reproducía la forma original del planeta, su apariencia al principio, cuando era la única fuente conocida de la Sagrada Especia.

—Ella pregunta por la familia de Dios —dijo Stiros—. ¿Por qué debería preguntar por...?

—Nos prueba. ¿Les hemos otorgado los lugares que les corresponde? La Reverenda Madre Jessica a su hijo, Muad'dib, a su hijo, Leto II... el Sagrado Triunvirato de los Cielos.

—Leto III —murmuró Stiros—. ¿Qué hay del otro Leto que murió a manos de los Sardaukar? ¿Qué hay de él?

—Cuidado, Stiros —entonó Tuek—. Sabes lo que mi bisabuelo pronunció acerca

de esta cuestión desde este mismo banco. Nuestro Dios Dividido fue reencarnado con parte de Él quedándose en el cielo a través de la Ascendencia. Esa parte de Él quedó entonces sin nombre, ¡como debe serlo la Auténtica Esencia de Dios!

—¿Oh?

Tuek oyó el terrible cinismo en la voz del viejo hombre. Las palabras de Stiros parecieron temblar en el aire cargado de incienso, invitando a un terrible castigo.

—Entonces, ¿por qué ella debe preguntar cómo nuestro Leto fue transformado en el Dios Dividido? —pregunto Stiros.

¿Cuestionaba acaso Stiros la Sagrada Metamorfosis? Tuek se sintió desconcertado. Dijo:

—A su debido tiempo, ella nos iluminará.

—Nuestras débiles explicaciones deben llenarla de decepción —ironizó Stiros.

—¡Estás yendo demasiado lejos, Stiros!

—¿De veras? ¿No crees que es iluminador el que ella pregunte cómo las truchas de arena encapsulan la mayor parte del agua de Rakis y recrean el desierto?

Tuek intentó ocultar su creciente ira. Stiros *representaba* una poderosa facción entre los sacerdotes, pero su tono y sus palabras suscitaban cuestiones que habían sido respondidas por Sumos Sacerdotes hacía mucho tiempo. La Metamorfosis de Leto II había dado nacimiento a incontables truchas de arena, cada una de ellas llevando un Pedazo de El Mismo. De las truchas de arena al Dios Dividido: la secuencia era conocida y venerada. Cuestionar aquello era negar a Dios.

—¡Tú te sientas aquí y no haces nada! —acusó Stiros—. Somos peones de...

—¡Ya basta! —Tuek había oído todo lo que deseaba oír del cinismo de aquel viejo. Envolviéndose en su dignidad, Tuek pronunció las palabras de Dios:

—Nuestro Señor sabe muy bien lo que está en tu corazón. Tu alma tiene suficiente con el día de hoy para cubrir su cuota contra ti. No necesito testigos. No escuchas a tu alma, sino que escuchas a tu ira y a tu irritación.

Stiros se retiró frustrado.

Tras pensar largamente, Tuek se envolvió en su más adecuado atuendo, dorado y púrpura. Acudió a visitar a Sheeana.

Sheeana estaba en el jardín del tejado en la parte superior del complejo central de edificios, con Cania y otras dos personas... un joven sacerdote llamado Baldik, que estaba al servicio privado de Tuek, y una sacerdotisa acólita llamada Kipuna, que se comportaba demasiado como una Reverenda Madre para el gusto de Tuek. La Hermandad tenía sus espías allí, por supuesto, pero a Tuek no le gustaba pensar en ello. Kipuna se había hecho cargo de gran parte del adiestramiento físico de Sheeana, y había nacido una relación de amistad entre la muchacha y la sacerdotisa acólita que despertaba los celos de Cania. Pero ni siquiera Cania, sin embargo, podía oponerse a las órdenes de Sheeana.



Los cuatro permanecían sentados junto a un banco de piedra casi a la sombra de una torre de ventilación. Sheeana estaba creciendo, observó Tuek. Seis años llevaba ya a su cargo. Podía ver los inicios de unos pechos haciendo presión bajo sus ropas. No había un soplo de viento en el tejado, y el aire se notaba cargado en los pulmones de Tuek.

Tuek miró al jardín a su alrededor para asegurarse de que sus disposiciones de seguridad no estaban siendo ignoradas. Uno nunca sabía por qué lado podía aparecer el peligro. Cuatro de los propios guardias personales de Tuek, bien armados pero ocultándolo, compartían el tejado a una cierta distancia... uno en cada esquina. El parapeto que rodeaba el jardín era alto, únicamente las cabezas de los guardias sobresalían de él. El único edificio más alto que aquella torre sacerdotal era la trampa de viento primaria de Keen, aproximadamente a unos mil metros al oeste.

Pese a la visible evidencia de que sus órdenes de seguridad estaban siendo cumplidas, Tuek captó peligro. ¿Estaba Dios avisándole? Tuek se sentía alterado todavía por el cinismo de Stiros. ¿Era un error permitir a Stiros una tal libertad?

Sheeana vio acercarse a Tuek y detuvo los extraños ejercicios de flexión de dedos que estaba realizando siguiendo las instrucciones de Kipuna. Adoptando una actitud de inteligente paciencia, la muchacha se puso silenciosamente en pie con los ojos fijos en el Sumo Sacerdote, obligando a sus compañeros a girarse y a mirar con ella.

Sheeana no consideraba a Tuek como una figura atemorizante. Más bien le gustaba el viejo hombre, pese a que algunas de sus preguntas eran torpes. ¡Y sus respuestas! Completamente por accidente, había descubierto la pregunta que más alteraba a Tuek.

—¿Por qué?

Algunos de los sacerdotes auxiliares interpretaron su pregunta en voz alta como: «¿Por qué crees en esto?» Sheeana captó inmediatamente eso y, a partir de entonces, sus sondeos a Tuek y a los demás adoptaban la forma invariable:

—¿Por qué crees en esto?

Tuek se detuvo a unos dos pasos de Sheeana e hizo una inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, Sheeana. —Frotó nerviosamente su cuello contra el collar de su atuendo. El sol caía caliente sobre sus hombros, y se preguntaba por qué la muchacha prefería estar ahí afuera tan a menudo.

Sheeana mantuvo su inquisitiva mirada clavada en Tuek. Sabía que aquello lo alteraba.

Tuek carraspeó. Cuando Sheeana lo miraba de aquella forma, siempre se preguntaba: *¿Es Dios mirándote a través de sus ojos?*

Cania dijo:

—Sheeana ha estado preguntando hoy acerca de las Habladoras Pez.

Con su tono más untuoso, Tuek dijo:

—El Sagrado Ejército de Dios.

—¿Todas ellas mujeres? —preguntó Sheeana. Hablaba como si no pudiera creerlo. Para aquellos en la base de la sociedad rakiana, las Habladoras Pez eran un nombre de la antigua historia, gente exorcizada en los Tiempos de Hambruna.

Está probándome, pensó Tuek. Las Habladoras Pez. Quienes llevaban ahora ese nombre tan sólo tenían una pequeña delegación de comercio-espionaje en Rakis, compuesta tanto por hombres como por mujeres. Sus antiguos orígenes ya no tenían ningún significado en sus actuales actividades, la mayor parte de ellas trabajando como un brazo de Ix.

—Los hombres siempre sirvieron en las Habladoras Pez en calidad de consejeros —dijo Tuek. Observó atentamente para ver cómo iba a responder Sheeana.

—Entonces siempre había los Duncan Idaho —dijo Cania.

—Sí, sí, por supuesto: los Duncan. —Tuek intentó no fruncir el ceño. ¡Aquella mujer siempre estaba interrumpiendo! A Tuek no le gustaba que le recordaran este aspecto de la presencia histórica de Dios en Rakis. El recurrente ghola y su posición en el Sagrado Ejército le hacían recordar a la Bene Tleilax. Pero no podía prescindir del hecho de que las Habladoras Pez habían guardado a los Duncan de todo daño, actuando por supuesto bajo las órdenes de Dios. Los Duncan eran sagrados, sin la menor duda, pero en una categoría especial. El propio Dios había matado a algunos de los Duncan él mismo, obviamente *trasladándolos* inmediatamente a los cielos.

—Kipuna me ha estado hablando de la Bene Gesserit —dijo Sheeana.

¡Cómo estaba avanzando la mente de la muchacha!

Tuek carraspeó, reconociendo su propia ambivalente actitud hacia las Reverendas Madres. Se exigía reverencia a aquellas que eran «Bienamadas de Dios», como la Piadosa Chenoeh. Y el primer Sumo Sacerdote había construido un relato lógico de cómo la Sagrada Hwi Noree, Esposa de Dios, había sido una secreta Reverenda Madre. Honrando esas especiales circunstancias, los sacerdotes sentían una irritante responsabilidad hacia la Bene Gesserit, que se traducían principalmente vendiéndole melange a la Hermandad a un precio ridículamente por debajo del que cargaban los Tleilaxu.

Con su tono más ingenuo, Sheeana dijo:

—Cuéntame acerca de la Bene Gesserit, Hedley.

Tuek miró secamente a los adultos que rodeaban a Sheeana, intentando captar una sonrisa en sus rostros. No sabía cómo tratar a Sheeana cuando ella lo llamaba de aquella forma por su nombre de pila. En un cierto sentido, era degradante. En otro sentido, lo honraba con una tal intimidación.

*Dios me prueba dolorosamente*, pensó.

—¿Son buena gente las Reverendas Madres? —preguntó Sheeana.

Tuek suspiró. Todos los informes confirmaban que Dios albergaba reservas acerca

de la Hermandad. Las palabras de Dios habían sido cuidadosamente examinadas y sometidas finalmente a la interpretación de un Sumo Sacerdote. Dios no iba a permitir que la Hermandad amenazara su Senda de Oro. Aquello estaba muy claro.

—Muchas de ellas son buenas —dijo Tuek.

—¿Cuál es la Reverenda Madre más próxima? —preguntó Sheeana.

—La de la Embajada de la Hermandad aquí en Keen —dijo Tuek.

—¿La conoces?

—Hay muchas Reverendas Madres en el Alcázar Bene Gesserit —dijo él.

—¿Qué es un Alcázar?

—Así es como llaman a su hogar aquí.

—Debe haber una Reverenda Madre al cargo. ¿La conoces?

—Conocía a su predecesora, Tamalane, pero ésta es nueva. Acaba de llegar. Su nombre es Odrade.

—Es un curioso nombre.

Tuek había pensado lo mismo, pero dijo:

—Uno de nuestros historiadores me ha dicho que es una forma del nombre Atreides.

Sheeana reflexionó sobre aquello. *Atreides*. Esa era la familia que había hecho nacer a Shaitan. Antes de los Atreides había habido tan sólo los Fremén y Shai-Hulud. La Historia Oral, que el pueblo conservaba contra las prohibiciones de los sacerdotes, cantaba las líneas sucesorias de la gente más importante de Rakis. Sheeana había oído aquellos nombres muchas noches en su poblado.

*Muad'dib engendró al Tirano.*

*El Tirano engendró a Shaitan.*

Sheeana no sentía deseos de discutir con Tuek acerca de la veracidad de todo aquello. Además, el hombre parecía hoy cansado. Dijo simplemente:

—Tráeme a esa Reverenda Madre Odrade.

Kipuna ocultó una maliciosa sonrisa con su mano.

Tuek retrocedió, asombrado. ¿Cómo podía cumplir con una tal petición? ¡Ni siquiera los sacerdotes de Rakis mandaban sobre la Bene Gesserit! ¿Y si la Hermandad se negaba? ¿Podía ofrecer un regalo de melange a cambio? Eso podía ser tomado como un signo de debilidad. ¡Las Reverendas Madres podían regatear! No había regateadoras más duras que las Reverendas Madres de fríos ojos de la Hermandad. Aquella nueva, aquella Odrade, parecía ser una de las peores.

Todos aquellos pensamientos pasaron por la mente de Tuek en un instante.

Cania intervino, dando a Tuek el enfoque necesario.

—Quizá Kipuna pueda transmitir la invitación de Sheeana —dijo Cania.

Tuek lanzó una rápida mirada a la joven sacerdotisa acólita. ¡Sí! Muchos

sospechaban (Cania entre ellos, obviamente) que Kipuna espiaba para la Bene Gesserit. Por supuesto, todo el mundo en Rakis espiaba para alguien. Tuek adoptó su más congradadora sonrisa mientras hacía una inclinación de cabeza hacia Kipuna.

*¡Al menos ella sigue mostrando la adecuada deferencia!*

—Excelente —dijo Tuek—. ¿Serías tan amable de trasladar esta graciosa invitación de Sheeana a la embajada de la Hermandad?

—Haré todo lo posible en mis pobres capacidades, mi Señor Sumo Sacerdote.

—¡Estoy seguro de que lo harás!

Kipuna inició un orgulloso giro hacia Sheeana, con el reconocimiento de su éxito creciendo en su interior. La petición de Sheeana había sido ridículamente fácil de prender, utilizando las técnicas proporcionadas por la Hermandad. Kipuna sonrió y abrió la boca para hablar. Un movimiento en el parapeto a unos cuarenta metros detrás de Sheeana captó la atención de Kipuna. Algo resplandecía allí a la luz del sol. Algo pequeño y...

Con un grito estrangulado, Kipuna agarró a Sheeana, la arrojó contra un sorprendido Tuek, y gritó:

—¡Corred!

Tras lo cual Kipuna se lanzó hacia el resplandor que avanzaba rápidamente... un pequeño buscador arrastrando tras de sí un largo trozo de hilo shiga.

En sus días jóvenes, Tuek había jugado al béisbol. Cogió instintivamente a Sheeana, vaciló por un instante, y luego reconoció el peligro. Girando con la agitante y protestante muchacha en sus brazos, Tuek cruzó a toda prisa la puerta abierta de las escaleras de la torre. Oyó la puerta cerrarse de un portazo tras él, y los rápidos pasos de Cania pegados a sus talones.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —Sheeana puñeó el pecho de Tuek mientras gritaba.

—¡Silencio, Sheeana! ¡Silencio! —Tuek hizo una pausa en el primer descansillo. Un pozo a suspensor y un tobogán conducían desde aquel descansillo hasta el corazón del edificio. Cania se detuvo al lado de Tuek, jadeando fuertemente en el estrecho espacio.

—Mató a Kipuna y a dos de vuestros guardias —jadeó Cania—. ¡Los partió en dos! Lo vi. ¡Dios nos salve!

La mente de Tuek era un torbellino. Tanto el tobogán como el pozo a suspensor eran conductos cerrados que atravesaban la torre. Podían ser saboteados. El ataque en el tejado podía ser tan sólo un elemento en un complot mucho más complejo.

—¡Suéltame! —insistió Sheeana—. ¿Qué está ocurriendo?

Tuek la depositó en el suelo, pero mantuvo una de sus manos aferrada en la suya. Se inclinó sobre ella.

—Sheeana, querida, alguien está intentando hacernos daño.

La boca de Sheeana formó una silenciosa «O». Luego:

—¿Le han hecho daño a Kipuna?

Tuek alzó la vista hacia la puerta del tejado. ¿Era un ornitóptero lo que oía allí arriba? ¡*Stiros!* ¡Los conspiradores podían llevar tan fácilmente a tres personas vulnerables al desierto!

Cania había recuperado el aliento.

—He oído un tóptero —dijo—. ¿No deberíamos marcharnos de aquí?

—Vamos a bajar por las escaleras —dijo Tuek.

—Pero el...

—¡Haz lo que digo!

Sujetando firmemente la mano de Sheeana, Tuek abrió camino bajando hasta el siguiente descansillo. Además de los accesos del tobogán y el pozo a suspensor, este descansillo tenía una puerta que conducía a una amplia sala curva. Sólo a unos pocos pasos más allá de la puerta se hallaba la entrada a las dependencias de Sheeana, antiguamente las del propio Tuek. Vaciló de nuevo.

—Algo está ocurriendo en el tejado —susurró Cania.

Tuek bajó la vista hacia la temerosa y callada muchacha a su lado. Su mano estaba sudorosa.

Sí, había alguna especie de rugido en el tejado... gritos, el silbido de quemadores, muchas carreras. La puerta del tejado, ahora fuera de su vista sobre sus cabezas, se abrió de un violento golpe. Aquello decidió a Tuek. Abrió la puerta al pasillo del otro lado, y cayó en brazos de un apretado grupo de mujeres vestidas de negro. Con una vacía sensación de derrota, Tuek reconoció a la mujer que conducía al grupo: ¡*Odrade!*

Alguien arrancó a Sheeana de su lado y la metió en el conjunto de embozadas figuras. Antes de que Tuek o Cania pudieran protestar, unas manos se aplastaron sobre sus bocas. Otras manos los clavaron contra la pared del pasillo. Algunas de las figuras embozadas cruzaron la puerta y empezaron a subir las escaleras.

—La chica está a salvo y eso es todo lo importante por el momento —susurró Odrade. Miró directamente a Tuek a los ojos—. No grites. —La mano se apartó de su boca. Utilizando la Voz, dijo—: ¡Cuéntame qué ha ocurrido en el tejado!

Tuek se descubrió respondiendo sin la menor vacilación:

—Un buscador unido a un largo hilo shiga. Vino por encima del parapeto. Kipuna lo vio y...

—¿Dónde está Kipuna?

—Muerta. Cania lo vio. —Tuek describió la valerosa carrera de Kipuna hacia la amenaza.

¡*Kipuna muerta!*, pensó Odrade. Ocultó una rabiosa sensación de pérdida. Qué desperdicio. No podía hacer otra cosa más que sentir admiración hacia una muerte tan

valerosa, pero ¡qué pérdida! La Hermandad siempre necesitaba de un tal coraje y devoción, pero también necesitaba la riqueza genética que había representado Kipuna. *¡Y ahora había desaparecido, muerta, gracias a esos estúpidos ineptos!*

A un gesto de Odrade, la mano fue retirada de la boca de Cania.

—Dime lo que viste —dijo Odrade.

—El buscador enrolló el hilo shiga en torno al cuello de Kipuna y... —Cania se estremeció.

El apagado retumbar de una explosión reverberó encima de ellos, luego silencio. Odrade agitó una mano. Mujeres embozadas se diseminaron por el pasillo, avanzando silenciosamente hasta desaparecer de la vista más allá de la curva. Sólo Odrade y otras dos, ambas mujeres jóvenes de helados rostros con intensas expresiones, permanecieron junto a Tuek y Cania. Sheeana no era visible por ningún lado.

—Los ixianos están de alguna manera en esto —dijo Odrade.

Tuek asintió. *Tanto hilo shiga...*

—¿Dónde habéis llevado a la muchacha? —preguntó.

—La estamos protegiendo —dijo Odrade—. Quédate quieto. —Inclinó la cabeza, escuchando.

Una mujer embozada apareció a toda prisa por la curva del pasillo y susurró algo al oído de Odrade. Odrade exhibió una tensa sonrisa.

—Ya ha pasado todo —dijo Odrade—. Vamos junto a Sheeana.

Sheeana ocupaba una silla azul blandamente mullida en la habitación principal de sus aposentos. Mujeres vestidas de negro permanecían de pie en un arco protector detrás de ella. Tuek tuvo la impresión de que la muchacha se había recuperado por completo de la impresión del ataque y la escapatoria, pero sus ojos brillaban con excitación y no formuladas preguntas. La atención de Sheeana iba dirigida a algo que estaba fuera de la vista de Tuek, a su derecha. Tuek se adelantó y miró, jadeando ante lo que vio.

Un cuerpo masculino, desnudo, estaba tendido contra la pared en una posición extrañamente encogida, la cabeza retorcida de tal modo que su barbilla se apoyaba en la parte de atrás de su hombro izquierdo. Sus ojos abiertos miraban fijos con la vacuidad de la muerte.

*¡Stiros!*

Los desgarrados jirones de las ropas de Stiros, obviamente arrancados violentamente de él, yacían en un confuso montón cerca de los pies del cuerpo.

Tuek miró a Odrade.

—Estaba en esto —dijo ella—. Había Danzarines Rostro con los ixianos.

Tuek intentó deglutir en su reseca garganta.

Cania se dirigió rápidamente al cuerpo. Tuek no pudo ver su rostro, pero la presencia de Cania le recordó que había habido algo entre Stiros y Cania en sus días

jóvenes. Tuek avanzó instintivamente para situarse entre Cania y la sentada muchacha.

Cania se detuvo junto al cuerpo y lo agitó con un pie. Se volvió hacia Tuek, con una expresión exultante en su rostro.

—Tenía que asegurarme de que estaba realmente muerto —dijo.

Odrade miró a una de sus compañeras.

—Deshaceos del cuerpo. —Desvió su vista hacia Sheeana. Era la primera oportunidad de Odrade de estudiar más detenidamente a la muchacha desde que se había hecho cargo del mando de la fuerza de asalto que se había enfrentado al ataque en el complejo del templo.

Tuek, detrás de Odrade, dijo:

—Reverenda Madre, ¿podéis explicar, por favor, qué...?

—Más tarde —interrumpió Odrade, sin volverse.

Sheeana mostró una expresión interesada ante las palabras de Tuek.

—¡*Pensé* que tú eras una Reverenda Madre!

Odrade se limitó a asentir. Qué fascinante muchacha. Odrade experimentó las mismas sensaciones que experimentaba cuando se detenía frente a la antigua pintura en los aposentos de Taraza. Algo del fuego que se había posado en la obra de arte inspiró ahora a Odrade. ¡Qué salvaje inspiración! Aquel era el mensaje del loco Van Gogh. El caos conducido a un orden magnífico. ¿No formaba eso parte de la coda de la Hermandad?

Esta muchacha es mi tela, pensó Odrade. Sintió su mano hormigear con la sensación de aquel antiguo pincel. Las aletas de su nariz vibraron ante el olor de los aceites y pigmentos.

—Déjame sola con Sheeana —ordenó Odrade—. Todo el mundo fuera.

Tuek empezó a protestar, pero se retuvo cuando una de las embozadas compañeras de Odrade sujetó su brazo. Odrade lo miró con ojos llameantes.

—La Bene Gesserit te ha servido antes —dijo—. Esta vez, salvamos tu vida.

La mujer que sujetaba el brazo de Tuek tiró de él.

—Responde a sus preguntas —le dijo Odrade a la mujer—. Pero hazlo en algún otro lugar.

Cania dio un paso hacia Sheeana.

—Esa muchacha es mi...

—¡Fuera! —ladró Odrade, con todos los poderes de la Voz en la orden.

Cania se inmovilizó.

—¡Casi la perdisteis frente a una inepta pandilla de conspiradores! —dijo Odrade, mirando furiosamente a Cania—. Ya estudiaremos si mereces otra oportunidad de asociarte con Sheeana.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Cania, pero la orden de Odrade no podía ser

desobedecida. Dándose la vuelta, Cania se marchó con los otros.

Odrade se volvió hacia la atenta muchacha.

—Hemos estado esperándote mucho tiempo —dijo Odrade—. No vamos a darles a esos estúpidos otra oportunidad de perderte.



## Capítulo XVI

*La ley siempre escoge partido sobre la base de reforzar el poder. La moralidad y las sutilezas legales tienen poco que ver con ella cuando la auténtica cuestión es: ¿Quién tiene la influencia?*

***Actas del Consejo de la Bene Gesserit: Archivos X0X232***

Inmediatamente después de que Taraza y su séquito abandonaran Gammu, Teg se sumergió en su trabajo. Había que tomar nuevas medidas en el Alcázar, manteniendo a Schwangyu siempre más allá del largo de un brazo del ghola. Ordenes de Taraza.

—Puede observar lo que quiera. Pero no puede tocar.

Pese a la urgencia del trabajo, Teg se descubrió a sí mismo mirando al espacio en los momentos más insospechados, presa de una ingrátida ansiedad. La experiencia de rescatar al séquito de Taraza de la nave de la Cofradía y las extrañas revelaciones de Odrade no encajaban con ninguna clasificación de datos construida por él.

*Dependencias... troncos clave...*

Teg se encontró de pronto sentado en su propia sala de trabajo, con el esquema de un turno de tareas proyectado ante él para el que tenía que aprobar algunos cambios y, por un momento, no tuvo ni idea de la hora que era, ni siquiera de la fecha. Necesitó unos instantes para volver a situarse.

Era mediada la mañana. Taraza y su séquito hacía dos días que se habían ido. Estaba solo. Sí, Patrin se había hecho cargo de sus tareas de adiestramiento con Duncan, dejando a Teg libre para dedicarse a las decisiones del mando.

La sala de trabajo en torno a Teg parecía extraña. Sin embargo, cuando miró a cada uno de sus elementos, los encontró todos familiares. Allí estaba su propia consola de datos personal. Su guerrera había sido colocada cuidadosamente en el respaldo de una silla a su lado. Intentó sumirse en modo Mentat, y encontró que su propia mente se resistía. No se había enfrentado con ese fenómeno desde sus días de adiestramiento.

*Sus días de adiestramiento.*

Taraza y Odrade lo habían arrojado, entre las dos, de vuelta a alguna forma de adiestramiento.

*Autoadiestramiento.*

De una forma despegada, sintió que su memoria le ofrecía de nuevo una conversación con Taraza ocurrida hacía mucho tiempo. Qué familiar resultaba. Allí estaba él, atrapado en los lazos de sus propios recuerdos.

El y Taraza se sentían completamente agotados después de haber tomado las decisiones y emprendido las acciones necesarias para prevenir una sangrienta

confrontación... el incidente Barandiko. Ahora no era más que un ligero hipo en la historia, pero por aquel entonces había exigido todas sus energías combinadas.

Taraza lo invitó al pequeño salón en sus dependencias en la no-nave después de haberse firmado el acuerdo. Habló de forma casual, admirando su sagacidad, la forma en que él había sabido ver a través de las cosas la debilidad que iba a forzar a un compromiso.

Habían permanecido despiertos y activos durante casi treinta horas, y Teg agradeció la oportunidad de sentarse mientras Taraza discaba algo en la instalación de comida-bebida. La instalación produjo obedientemente dos altos vasos de un cremoso líquido marrón.

Teg reconoció el olor mientras ella le tendía su vaso. Era una fuente rápida de energía, una bebida alcohólica estimulante que la Bene Gesserit raramente compartía con alguien de fuera de la Hermandad. Pero Taraza ya no lo consideraba a él como alguien fuera de la Hermandad.

Inclinando hacia atrás la cabeza, Teg dio un largo sorbo de su bebida, mientras fijaba su mirada en el adornado techo del pequeño saloncito de Taraza. Aquella no-nave era un modelo antiguo, construido en los días en que se cuidaba más la decoración... cornisas profundamente entalladas, figuras barrocas formando bajorrelieves en todas las superficies.

El sabor de la bebida empujó su memoria de vuelta a su infancia, la densa infusión de melange...

—Mi madre me daba esto mismo cada vez que me veía muy cansado —dijo, contemplando el vaso en su mano. Podía sentir ya la calmante energía fluyendo por todo su cuerpo.

Taraza llevó su propia bebida a una silla-perro opuesta a él, un mullido mueble animado que encajaba perfectamente con ella tras la larga familiaridad de la convivencia. A Teg le había proporcionado una silla tapizada en verde, pero vio su mirada fijarse en la silla-perro y le dedicó una sonrisa.

—Los gustos difieren, Miles. —Dio un sorbo a su bebida y suspiró—. Fue agotador, pero fue un buen trabajo. Hubo momentos en que las cosas estuvieron a punto de ir muy mal.

Teg se sintió contagiado por su relajación. Ninguna pose, ninguna máscara preparada para marcar las distancias y definir sus distintos papeles en la jerarquía Bene Gesserit. Ella estaba mostrándose obviamente amistosa e incluso un poco seductora. O al menos eso parecía... era todo lo que podía decirse de cualquier encuentro con una Reverenda Madre.

Con una súbita exaltación, Teg se dio cuenta de que se había habituado a leer en Alma Mavis Taraza, incluso cuando ella adoptaba una de sus máscaras.

—Vuestra madre os enseñó más de lo que se le dijo que os enseñara —dijo Taraza

—. Una mujer juiciosa, pero otra hereje. Eso es todo lo que parece que estamos produciendo hoy en día.

—¿Hereje? —Sintió una punzada de resentimiento.

—Es un chiste privado en la Hermandad —dijo Taraza—. Se supone que todas seguimos las órdenes de la Madre Superiora con absoluta devoción. Y lo hacemos, excepto cuando discrepamos.

Teg sonrió y dio otro largo sorbo a su bebida.

—Es extraño —dijo Taraza—, pero mientras estábamos ocupándonos de esa pequeña y tensa confrontación, me di cuenta de que estaba reaccionando con respecto a vos como lo haría con una de mis Hermanas.

Teg sintió el licor calentar su estómago. Dejó un hormigueo en sus fosas nasales. Depositó el vaso vacío en una mesita lateral y habló mientras lo contemplaba.

—Mi hija mayor...

—Esa debe ser Dimela. Hubierais debido permitirnos hacernos cargo de ella, Miles.

—No fue decisión mía.

—Pero una palabra vuestra... —Taraza se alzó de hombros—. Bueno, eso es el pasado. ¿Qué pasa con Dimela?

—Cree que a menudo me parezco demasiado a una de vosotras.

—¿Demasiado?

—Ella es ferozmente leal a mí, Madre Superiora. No comprende realmente nuestra relación, y...

—¿Cuál es nuestra relación?

—Vos ordenáis, y yo obedezco.

Taraza lo miró por encima del borde de su vaso. Luego depositó el vaso y dijo:

—Sí, nunca habéis sido realmente un herético, Miles. Quizá... algún día...

El habló rápidamente, deseando apartar a Taraza de tales ideas.

—Dimela piensa que el largo uso de la melange hace que mucha gente se vuelva como vos.

—¿De veras? ¿No es extraño, Miles, que una poción geriátrica tenga tantos efectos secundarios?

—Yo no lo encuentro tan extraño.

—No, por supuesto que no. —Apuró su vaso y lo dejó a un lado—. Me estaba refiriendo a la forma en que una prolongación significativa de la vida ha provocado en algunas personas, en vos especialmente, un profundo conocimiento de la naturaleza humana.

—Vivimos más tiempo y observamos más —dijo él.

—No creo que sea algo tan simple. Algunas personas nunca observan nada. Para ellos, la vida simplemente ocurre. Obtienen tan sólo algo más que una especie de

torpe persistencia, y se resisten con irritación y resentimiento a cualquier cosa que pueda apartarlos de esa falsa serenidad.

—Nunca he sido capaz de hallar una aceptable cortina de equilibrio para la especia —dijo él, refiriéndose a un común proceso Mentat de clasificación de datos.

Taraza asintió. Obviamente, ella encontraba la misma dificultad.

—Nosotras en la Hermandad tendemos a ser más directas que los Mentats —dijo—. Tenemos rutinas para arrancarnos de ella, pero la condición persiste.

—Nuestros antepasados tuvieron este mismo problema durante largo tiempo —dijo él.

—Era distinto antes de la especia —observó ella.

—Pero vivían unas vidas tan cortas.

—Cincuenta, cien años; no parece mucho para nosotros, pero sin embargo...

—¿Comprimían más su tiempo disponible?

—Oh, a veces se ponían frenéticos.

Ella estaba ofreciéndole observaciones de sus Otras Memorias, se dio cuenta. No era la primera vez que él había compartido tan antiguo saber. Su madre había recurrido a tales memorias en ocasiones, pero siempre como una lección. ¿Qué era lo que estaba haciendo Taraza ahora? ¿Estaba enseñándole algo?

—La melange es un monstruo de muchas manos —dijo ella.

—¿A veces no deseáis que nunca hubiera sido descubierta?

—La Bene Gesserit no existiría sin ella.

—Ni la Cofradía.

—Pero tampoco hubiera habido ningún Tirano, ningún Muad'dib. La especia da con una mano y toma con todas las demás.

—¿Qué mano contiene lo que deseamos nosotros? —preguntó él—. ¿No es siempre esa la cuestión?

—Sois una rareza, ¿lo sabéis, Miles? Los Mentats beben tan escasamente en la fuente de la filosofía. Creo que ésta es una de vuestras fuerzas. Sois soberbiamente capaz de dudar.

El se alzó de hombros. Aquel giro en la conversación lo incomodaba.

—No os hace gracia —dijo ella—. Pero aferraos a vuestras dudas, de todos modos. La duda es algo necesario para un filósofo.

—Así que el Zensunni nos da firmeza.

—Todos los místicos aceptan eso, Miles. Nunca subestiméis el poder de las dudas. Son muy persuasivas. El S'tori mantiene la duda y la seguridad sujetas con una sola mano.

Realmente sorprendido, Teg preguntó:

—¿Practican las Reverendas Madres los rituales Zensunni? —Nunca antes se le había ocurrido sospechar siquiera aquello.

—Sólo una vez —dijo ella—. Alcanzamos una forma exaltada, total, del S'tori. Implica todas las células.

—La agonía de la especie —dijo él.

—Estaba segura de que vuestra madre os lo había dicho. Obviamente, nunca os explicó la afinidad con el Zensunni.

Teg tragó un nudo que se formaba en su garganta. ¡Fascinante! Ella le estaba dando una nueva visión de la Bene Gesserit. Aquello cambiaba todas sus concepciones, incluyendo su imagen de su propia madre. Eran extirpadas de él hasta un lugar inalcanzable donde él jamás podría seguirlas. Podrían pensar ocasionalmente en él como en un camarada, pero nunca podría penetrar en su círculo íntimo. Podría simular, no más. Jamás sería como Muad'dib o el Tirano.

—Presciencia —dijo Taraza.

La palabra desvió su atención. Ella había cambiado de tema pero sin cambiarlo.

—*Estaba* pensando en Muad'dib —dijo él.

—Creéis que predecía el futuro —dijo ella.

—Esa es la enseñanza Mentat.

—He oído la duda en vuestra voz, Miles. ¿Predecía, o creaba? La presciencia puede ser mortífera. La gente que exige que el oráculo prediga para ella, lo que realmente desea saber es el precio para el año próximo de la piel de ballena de pelaje o alguna otra cosa igualmente mundana. Ninguno de ellos desea una predicción instantánea a instantánea de su vida personal.

—No quieren perder el elemento sorpresa —dijo Teg.

—Exactamente. Si uno poseyera ese pre-conocimiento, su vida se volvería insoportablemente aburrida.

—¿Pensáis que la vida de Muad'dib fue aburrida?

—Y la del Tirano también. Creemos que sus vidas estuvieron dedicadas a intentar romper las cadenas que ellos mismos habían creado.

—Pero ellos creían...

—Recordad vuestras dudas filosóficas, Miles. ¡Estad atento! La mente del creyente se estanca. Deja de crecer hacia afuera en dirección a un ilimitado, infinito universo.

Teg permaneció sentado en silencio por un momento. Captó la fatiga que había sido expulsada más allá de su consciencia inmediata por la bebida, captó también la forma en que sus pensamientos estaban enturbiados por la intrusión de nuevos conceptos. Se trataba de cosas, que le habían sido enseñadas, que podían debilitar a un Mentat, y sin embargo se sintió fortalecido por ellas.

*Ella está enseñándome, pensó. Hay una lección ahí.*

Como proyectado en su mente y su silueta recortada allí con fuego, encontró su entera atención Mentat centrada en la advertencia Zensunni que era enseñada a todo

estudiante principiante en la Escuela Mentat:

*Mediante tu creencia en las singularidades granulares, deniegas todo movimiento... evolutivo o degenerativo. La creencia fija un universo granular y hace que ese universo persista. No puede permitirse que cambie nada porque de esa forma nuestro universo no moviente se desvanece. Pero se mueve por sí mismo cuando tú no te mueves. Evoluciona más allá de ti y ya no te resulta accesible.*

—Lo más extraño de todo —dijo Taraza, sintonizando con el tono que había creado con su actitud— es que los científicos de Ix no pueden ver hasta qué medida sus propias creencias dominan su universo.

Teg se la quedó mirando, silencioso y receptivo.

—Las creencias Ixianas son perfectamente sumisas a las elecciones que realizan respecto a cómo mirarán su universo —dijo Taraza—. Su universo no actúa por sí mismo sino que lo hace de acuerdo con los tipos de experimentos que eligen.

Con un sobresalto, Teg se arrancó de sus recuerdos y despertó para descubrirse en el Alcázar de Gammu. Seguía sentado todavía en su silla familiar, en su propia habitación de trabajo. Una mirada en torno a la estancia le indicó que nada se había movido de allá donde lo había colocado. Tan sólo habían pasado unos pocos minutos, pero la habitación y su contenido ya no eran extraños. Se sumergió en modo Mentat y volvió a salir de él. *Restaurado.*

El olor y el sabor de la bebida que Taraza le había ofrecido hacía tanto tiempo picoteaba aún en su lengua y nariz. Un parpadeo Mentat, y supo que podía volver a traer la escena toda entera una vez más... la suave luz de los globos graduados a poca intensidad, la sensación de la silla bajo él, los sonidos de sus voces. Todo estaba allí para ser reproducido, congelado en una cápsula temporal de memoria aislada.

Recabando esa vieja memoria, creó un universo mágico donde sus habilidades eran amplificadas más allá de sus más locas expectativas. No existían átomos en ese universo mágico, solamente ondas y asombrosos movimientos por todo su alrededor. Allí se veía forzado a descartar todas las barreras edificadas por las creencias y el conocimiento. Aquel universo era transparente. Podía ver a través de él sin ninguna pantalla interferidora sobre la cual proyectar sus formas. El universo mágico lo redujo a él a un núcleo de activa imaginación donde sus propias habilidades creadoras de imágenes eran la única pantalla sobre la cual podía captarse alguna proyección.

*¡Aquí, soy a la vez el actuante y el actuado!*

La habitación de trabajo en torno a Teg osciló dentro y fuera de su realidad sensorial. Sintió su consciencia constreñida hasta su más tensa finalidad, y sin embargo esa finalidad llenaba su universo. Estaba abierto al infinito.

*¡Taraza hizo esto deliberadamente!, pensó. ¡Me ha amplificado!*

Una sensación de maravilla lo amenazó. Reconoció cómo su hija, Odrade, había actuado sobre tales poderes para crear el Manifiesto Atreides para Taraza. Sus

propios poderes Mentat estaban sumergidos en ese esquema más grande.

Taraza estaba exigiendo de él algo terrible. La necesidad de llevar a cabo aquella empresa era a la vez un desafío y un terror. Podía muy bien significar el fin de la Hermandad.

## Capítulo XVII

*La regla básica es ésta: nunca apoyar la debilidad; siempre apoyar la fuerza.*

***La Coda Bene Gesserit***

—¿Cómo es que puedes dar órdenes a los sacerdotes aquí? —preguntó Sheeana—. Esta es su casa.

Odrade respondió de forma casual, pero eligió sus palabras de modo que encajaran con los conocimientos que sabía que Sheeana poseía ya:

—Los sacerdotes tienen raíces Fremen. Siempre han tenido a Reverendas Madres cerca, en algún lugar. Además, muchacha, tú también les das órdenes.

—Eso es diferente.

Odrade reprimió una sonrisa.

Habían pasado poco más de tres horas desde que su fuerza de asalto hubiera roto el ataque en el complejo del templo. En este tiempo, Odrade había instalado un centro de mando en los aposentos de Sheeana, llevado a cabo los primeros trabajos de evaluación y represalias preliminares, todo ello mientras incitaba y observaba a Sheeana.

*Simulflujo.*

Odrade miró a su alrededor en la habitación que había elegido como centro de mando. Un jirón de las desgarradas ropas de Stiros yacía todavía cerca de la pared frente a ella. Bajas. La habitación era un lugar extrañamente construido. No había dos paredes paralelas. Olisqueó. Había todavía un olor residual a ozono de los rastreadores con los que su gente había asegurado la intimidad de aquellas dependencias.

¿Por qué esa extraña configuración? El edificio era antiguo, remodelado y ampliado en varias ocasiones, pero eso no explicaba esta habitación. El estucado cremoso de las paredes y techo tenía una textura agradablemente rugosa. Elaborados cortinajes de fibra de especia flanqueaban las dos puertas. Era primera hora de la tarde y el sol filtrado por las celosías punteaba la pared opuesta a las ventanas. Globos amarillo-plateados colgaban cerca del techo, todos ellos sincronizados para encajar con la luz del sol. Los amortiguados sonidos de la calle llegaban a través de los ventiladores debajo de las ventanas. La suave composición de alfombras naranja y baldosas grises del suelo hablaba de riqueza y seguridad, pero de pronto Odrade no se sintió segura.

Una alta Reverenda Madre apareció procedente de la sala de comunicaciones contigua.

—Madre Comandante —dijo—, han sido enviados ya los mensajes a la Cofradía,



Ix, y Tleilaxu.

—De acuerdo —respondió Odrade, ausente.

La mensajera regresó a su trabajo.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —preguntó Sheeana.

—Estudiando algo.

Odrade frunció pensativamente los labios. Sus guías a través del complejo del templo la habían conducido cruzando un laberinto de pasillos y escaleras, con atisbos de patios a través de arcadas, luego hasta un espléndido sistema de pozos a suspensor ixiano, que la condujo silenciosamente hasta otro pasillo, más escaleras, otro pasillo curvo... y finalmente, a aquella habitación.

Una vez más, Odrade barrió la estancia con sus ojos.

—¿Por qué estás estudiando esta habitación? —preguntó Sheeana.

—¡Cállate, niña!

La estancia era un poliedro irregular con el lado más pequeño a su izquierda. Tendría unos treinta y cinco metros de largo, y la mitad de ancho. Había varios divanes bajos y sillones con varios grados de comodidad. Sheeana estaba sentada con un esplendor regio en un brillante sillón amarillo con amplios brazos acolchados. No había ninguna silla-perro en el lugar. Mucha tela marrón y azul y amarilla. Odrade contempló la rejilla blanca de un ventilador encima de una pintura de montañas en el amplio extremo de la pared. Una fría brisa brotaba de los ventiladores debajo de las ventanas y era aspirada por el ventilador encima de la pintura.

—Esta era la habitación de Hedley —dijo Sheeana.

—¿Por qué no le molesta el que utilices su nombre de pila, muchacha?

—¿Debería molestarle?

—¡No hagas juegos de palabras conmigo, niña! Sabes que le molesta, y por eso lo haces.

—Entonces, ¿por qué preguntas?

Odrade ignoró aquel comentario mientras proseguía su cuidadoso estudio de la habitación. La pared opuesta a la pintura formaba un ángulo oblicuo con respecto a la pared exterior. De pronto se dio cuenta. ¡*Ingenioso!* Aquella habitación había sido construida de modo que pudiera oírse incluso un suspiro por alguien situado más allá del ventilador de arriba. Sin duda la pintura ocultaba otro conducto de aire para llevar los sonidos fuera de aquella habitación. Ningún rastreador, husmeador, u otro instrumento, detectaría una disposición así. Nada haría que un ojo o un holo-espía lanzara un «bip». Sólo los cautelosos sentidos de alguien adiestrado en engaños eran capaces de detectarlo.

Una señal con la mano avisó a una acólita que aguardaba a un lado. Los dedos de Odrade aletearon en una silenciosa comunicación: «*encuentra a quien está escuchándonos atrás de ese ventilador*». Hizo una inclinación con la cabeza hacia el

ventilador encima de la pintura. «*Déjale que prosiga. Necesitamos saber a quién pasa su informe*».

—¿Cómo fue que vinisteis y me salvasteis? —preguntó Sheeana.

La muchacha tenía una voz encantadora, pero necesitaba adiestramiento, pensó Odrade. Había una firmeza en ella, sin embargo, que podía ser modelada hasta convertirla en un poderoso instrumento.

—¡Respóndeme! —ordenó Sheeana.

El tono imperioso sobresaltó a Odrade, despertando su irritación, que se vio obligada a reprimir. ¡Aquello había que corregirlo inmediatamente!

—Cálmate, chiquilla —dijo Odrade. Pulsó su tono de mando en un preciso tenor, y vio que causaba efecto.

Sheeana la sorprendió de nuevo:

—Ese es otro tipo de Voz. Estás intentando calmarme. Kipuna me habló acerca de la Voz.

Odrade se volvió en redondo, mirando de frente a Sheeana, y bajó la vista directamente hacia los ojos de la muchacha. El anterior pesar había desaparecido, pero aún había irritación cuando habló de Kipuna.

—Estoy atareada preparando nuestra respuesta a ese ataque —dijo Odrade—. ¿Por qué me distraes? Creí que desearías que fueran castigados.

—¿Qué es lo que vais a hacerles? ¡Dímelo! ¿Qué les haréis? Una muchacha sorprendentemente vengativa, pensó Odrade. Eso debería ser refrenado. El odio era una emoción tan peligrosa como el amor. La capacidad para el odio era la capacidad para su opuesto.

—He enviado a la Cofradía, a Ix y a los tleilaxu el mensaje que siempre les enviamos cuando nos sentimos irritadas —dijo Odrade—. Sólo dos palabras: «Lo pagaréis».

—¿Cómo lo pagarán?

—Se está preparando un castigo Bene Gesserit adecuado. Van a sentir las consecuencias de su comportamiento.

—¿Pero *qué* les haréis?

—A su tiempo lo sabrás. Puede que sepas incluso cómo diseñamos nuestro castigo. Por ahora, no hay necesidad de que lo sepas.

Una hosca mirada apareció en el rostro de Sheeana.

—Ni siquiera estáis furiosas —dijo—. Sólo irritadas. Eso es lo que has dicho.

—¡Refrena tu impaciencia, chiquilla! Hay cosas que no comprendes.

La Reverenda Madre de la sala de comunicaciones regresó, miró una sola vez a Sheeana, y le dijo a Odrade:

—La Casa Capitular acusa recibo de vuestro informe. Aprueba vuestra respuesta. Como fuera que la Reverenda Madre de comunicaciones seguía allí de pie.

Odrade preguntó:

—¿Hay algo más?

Una breve mirada a Sheeana indicó las reservas de la mujer. Odrade alzó su mano derecha, la palma hacia adelante, la señal de comunicación silenciosa.

La Reverenda Madre respondió, sus dedos danzando con mal reprimida excitación: *«Mensaje de Taraza... los tleilaxu son el elemento crucial. Hay que hacerle pagar cara a la Cofradía su melange. Corta para ella todo el suministro rakiano. Hay que derribar juntos a la Cofradía y a Ix. Se extenderán demasiado a fin de enfrentarse a la aplastante competencia de la Dispersión. Ignora por ahora a las Habladoras Pez. Caerán con Ix. El Maestro de Maestros responde ante nosotras por los tleilaxu. Viene a Rakis. Atrápalo.»*

Odrade sonrió débilmente, indicando que había captado todo el mensaje. Observó a la otra mujer abandonar la habitación. No sólo la Casa Capitular había dado su conformidad a las acciones emprendidas en Rakis, sino que había sido elaborado un castigo Bene Gesserit adecuado con una fascinante velocidad. Obviamente, Taraza y sus consejeras habían anticipado aquel momento.

Odrade se permitió un suspiro de alivio. El mensaje a la Casa Capitular había sido breve: un relato conciso del ataque, la lista de las bajas de la Hermandad, la identificación de los atacantes, y una nota confirmándole a Taraza que Odrade había transmitido ya la advertencia requerida a los culpables:

«Lo pagaréis.»

Sí, aquellos estúpidos atacantes sabían ahora que se habían metido en un buen lío. Aquello iba a crear miedo... una parte esencial del castigo.

Sheeana se agitó en su sillón. Su actitud indicaba que deseaba efectuar un nuevo enfoque al asunto.

—Uno de los de tu gente dijo que se trataba de Danzarines Rostro. —Hizo un gesto con la barbilla hacia el techo.

Qué enorme depósito de ignorancia era aquella muchacha, pensó Odrade. Aquel vacío tenía que ser llenado. ¡Danzarines Rostro! Odrade pensó en los cuerpos que había examinado. Los tleilaxu habían hecho entrar finalmente en acción a sus nuevos Danzarines Rostro. Eran una prueba para la Bene Gesserit, por supuesto. Esos nuevos eran extremadamente difíciles de detectar. Pero seguían desprendiendo el característico olor de sus feromonas únicas, sin embargo. Odrade había enviado ese dato en su mensaje a la Casa Capitular.

El problema ahora era mantener secreto el conocimiento de la Bene Gesserit. Odrade llamó a una mensajera acólita. Indicando al ventilador con un parpadeo de sus ojos, le habló silenciosamente con sus dedos: *«¡Mata a esos que estén escuchando!»*

—Estás demasiado interesada en la Voz, niña —dijo Odrade dirigiéndose de

nuevo a Sheeana—. El silencio es la herramienta más valiosa para la instrucción.

—¿Pero puedo aprender la Voz? Quiero aprenderla.

—Te estoy diciendo que guardes silencio y aprendas de tu silencio.

—¡Te ordeno que me enseñes la Voz!

Odrade pensó en los informes de Kipuna. Sheeana había establecido un efectivo control por la Voz sobre la mayor parte de aquellos que la rodeaban. La muchacha había aprendido aquello por sí misma. Un nivel de Voz inmediato para una audiencia limitada. Era una natural. Tuek y Cania y los demás se sentían asustados ante Sheeana. Las fantasías religiosas contribuían a ese miedo, por supuesto, pero el dominio de Sheeana del tono y ajuste de la Voz desplegaban una admirable selectividad inconsciente.

La respuesta más apropiada para Sheeana era obvia, y Odrade lo sabía. Honestidad. Era un señuelo más poderoso y servía para más de un propósito.

—Estoy aquí para enseñarte muchas cosas —dijo Odrade—, pero no puedo hacerlo bajo tus órdenes.

—¡Todo el mundo me obedece! —dijo Sheeana.

*Apenas acaba de entrar en la pubertad y ya ha adquirido un nivel aristocrático,* pensó Odrade. *Dioses contruidos por nosotras, ¿en qué va a convertirse?*

Sheeana se levantó de su sillón y se puso en pie, mirando a Odrade con una expresión interrogativa. Los ojos de la muchacha llegaban al nivel de los hombros de Odrade. Sheeana iba a ser alta, una presencia dominante. Si sobrevivía.

—Tú respondes a algunas de mis preguntas pero no respondes a otras —dijo Sheeana—. Has dicho que estabais esperando mi llegada pero no quieres explicarte. ¿Por qué no me obedeces?

—Una pregunta estúpida, niña.

—¿Por qué sigues llamándome niña?

—¿Acaso no eres una niña?

—Ya menstrúo.

—Pero sigues siendo una niña.

—Los sacerdotes me obedecen.

—Te tienen miedo.

—¿Tú no?

—No. Yo no.

—¡Bien! Resulta cansado cuando la gente sólo te tiene miedo.

—Los sacerdotes piensan que tú procedes de Dios.

—¿Tú no piensas eso?

—¿Por qué debería? Nosotras... —Odrade se interrumpió cuando entró una acólita mensajera. Los dedos de la acólita danzaron en una silenciosa comunicación: *«Había cuatro sacerdotes escuchando. Han sido muertos. Todos eran secuaces de*

Tuek.»

Odrade despidió a la mensajera con un gesto.

—Ella habla con sus dedos —dijo Sheeana—. ¿Cómo lo hace?

—Haces demasiadas preguntas inoportunas, niña. Y no me has dicho por qué debería yo considerarte un instrumento de Dios.

—Shaitan me perdonó. Camino por el desierto y, cuando Shaitan viene, hablo con él.

—¿Por qué le llamas Shaitan en vez de Shai-Hulud?

—¡Todo el mundo me hace la misma pregunta estúpida!

—Entonces dame tu respuesta estúpida.

La expresión hosca regresó al rostro de Sheeana.

—Es debido a las circunstancias en que nos encontramos.

—¿Y cómo os encontrasteis?

Sheeana inclinó su cabeza hacia un lado y alzó la vista por un momento hacia los ojos de Odrade, luego:

—Es un secreto.

—¿Y sabes cómo guardar los secretos?

Sheeana se envaró y asintió, pero Odrade vio inseguridad en su movimiento. ¡La muchacha sabía cuándo estaba siendo conducida a una posición imposible de mantener!

—¡Excelente! —dijo Odrade—. El mantener los secretos es una de las enseñanzas más esenciales de una Reverenda Madre. Me alegra que no tengamos que preocuparnos por eso contigo.

—¡Pero yo lo quiero aprender todo!

Tanta petulancia en su voz. Tan poco control emocional.

—¡Tienes que enseñármelo todo! —insistió Sheeana.

*Ahora es el momento de utilizar el látigo*, pensó Odrade. Sheeana había hablado y actuado lo suficiente como para que una acólita de quinto grado se creyera capaz de controlarla a partir de ahora.

Utilizando todo el poder de la Voz, Odrade dijo:

—¡No emplees ese tono conmigo, niña! ¡No si realmente quieres aprender algo!

Sheeana se puso rígida. Estuvo más de un minuto absorbiendo lo que le había ocurrido y luego relajándose. Finalmente sonrió, una expresión cálida y abierta.

—¡Oh, me alegra tanto que hayas venido! Todo esto era tan aburrido últimamente.

## Capítulo XVIII

*Nada supera la complejidad de la mente humana.*

*Leto II: grabaciones de Dar-es-Balat*

La noche de Gammu, presagiándose a menudo muy rápidamente en aquellas latitudes, estaba aún a un par de horas de distancia. Una acumulación de nubes ensombrecía el Alcázar. Siguiendo órdenes de Lucilla, Duncan había vuelto al patio para una intensa sesión de prácticas autodirigidas.

Lucilla observó desde el parapeto desde donde lo había visto por primera vez.

Duncan se ejercitaba en los acrobáticos giros del combate óctuple Bene Gesserit, lanzando su cuerpo por el césped, rodando, saliendo disparado de un lado para otro, alzándose y dejándose caer de nuevo rápidamente.

Era una espléndida exhibición de controladas fintas aparentemente al azar, pensó Lucilla. No podía ver ningún esquema predecible en sus movimientos, y la velocidad era sorprendente. Duncan tenía ahora casi dieciséis años estándar y estaba alcanzando un completo potencial de sus talentos prana-bindu.

¡Los cuidadosamente controlados movimientos de sus ejercicios de adiestramiento revelaban tanto! Había respondido con toda rapidez cuando le había ordenado por primera vez aquellas sesiones vespertinas. El paso inicial de las instrucciones de Taraza había sido completado. El ghola la adoraba. No había ninguna duda al respecto. Era como una madre para él. Y todo se había conseguido sin debilitarle seriamente, pese a las ansiedades que había planteado Teg.

*Mi sombra está en este ghola, pero no es ni un suplicante ni un dependiente seguidor*, se tranquilizó a sí misma. *Teg se preocupa sin ninguna razón.*

Precisamente aquella mañana, le había dicho a Teg:

—Sea lo que sea lo que le dicten sus fuerzas, sigue expresándose libremente.

Teg debería verlo en este momento, pensó. Aquellos nuevos movimientos de práctica eran en gran parte creación del propio Duncan.

Lucilla reprimió un jadeo apreciativo ante un salto particularmente ágil, que llevó a Duncan casi hasta el centro del patio. El ghola estaba desarrollando un equilibrio nervio-muscular que, dándole un poco de tiempo, podía ser correspondido por un equilibrio psicológico al menos igual al de Teg. El impacto cultural de un logro así podía ser asombroso. Sólo era necesario contemplar a todos aquellos que habían dado su fidelidad instintiva a Teg y, a través de Teg, a la Hermandad.

*Tenemos que darle las gracias al Tirano por gran parte de eso*, pensó.

Antes de Leto II, no se había producido ningún sistema de ajustes culturales lo bastante amplio y que hubiera durado el tiempo suficiente como para acercarse al

equilibrio que la Bene Gesserit consideraba como ideal. Era este equilibrio —«deslizarse por el filo de la hoja de una espada»— lo que fascinaba a Lucilla. Era por eso por lo que se prestaba tan sin reservas a un proyecto cuyo designio total desconocía, pero que exigía de ella actuar de un modo que su instinto etiquetaba como repugnante.

*¡Duncan es tan joven!*

Lo que requería de ella a continuación la Hermandad le había sido deletreado explícitamente por Taraza: *La Imprimación Sexual*. Aquella misma mañana, Lucilla se había plantado desnuda delante de su espejo, adoptando las actitudes y movimientos de rostro y cuerpo que sabía debería utilizar para obedecer las órdenes de Taraza. En una respuesta artificial, Lucilla había visto su propio rostro adoptar la expresión de una prehistórica diosa del amor... opulencia de carnes y la promesa de una suavidad en la cual se sumergiría cualquier macho excitado.

En su educación, Lucilla había visto antiguas estatuas de los Primeros Tiempos, pequeñas figuras de piedra de hembras humanas con amplias caderas y colgantes pechos que aseguraban abundancia a los mamantes niños. Lucilla podía producir a voluntad una juvenil simulación de esas antiguas formas.

En el patio debajo de Lucilla, Duncan hizo una momentánea pausa y pareció pensar en sus siguientes movimientos. Finalmente, asintió para sí mismo, saltó hacia arriba y se retorció en el aire, cayendo como una gacela sobre una pierna, al tiempo que daba una patada hacia un lado y empezaba a girar con movimientos más propios de una danza que de un combate.

Lucilla frunció su boca en una tensa línea de resolución.

*Imprimación Sexual.*

El secreto del sexo no era en absoluto ningún secreto, pensó. Sus raíces iban unidas a la propia vida. Aquello explicaba, por supuesto, por qué su primera orden de seducción para la Hermandad había impreso un rostro masculino en su memoria. Las Amantes Procreadoras le habían dicho que esperara aquello y no se sintiera alarmada por ello. Pero Lucilla se había dado cuenta luego de que la Imprimación Sexual era una espada de doble filo. Podías aprender a deslizarte por el borde de la hoja, pero podías cortarte con él. A veces, cuando aquel rostro masculino de su primera orden de seducción regresaba sin ser solicitado a su mente, Lucilla se sentía confusa por él. El recuerdo aparecía tan frecuentemente en la cúspide de un momento íntimo, obligándola a unos esfuerzos tan grandes de ocultación.

—Entonces es cuando te sientes fortalecida —la tranquilizaron las Amantes Procreadoras.

Sin embargo, había momentos en que tenía la sensación de que había trivializado algo que hubiera sido mejor dejar como un misterio.

Una sensación de acidez ante lo que debía hacer inundó a Lucilla. Aquellos

atardeceres, observando las sesiones de adiestramiento de Duncan, habían sido sus momentos preferidos de cada día. El desarrollo muscular del muchacho mostraba unos progresos tan definidos —creciendo en una íntima relación de sensitivos músculos y nervios—, toda la maravilla del prana-bindu por el cual era tan famosa la Hermandad. El siguiente paso estaba ya a la vuelta de la esquina, sin embargo, y no podía seguir demorándose en la contemplación de sus propios progresos.

Ahora Miles Teg debería tomar de nuevo el control, lo sabía.

El adiestramiento de Duncan debería desviarse de nuevo hacia la sala de prácticas, con sus armas mucho más mortíferas.

*Teg.*

Lucilla se preguntó una vez más acerca de él. Más de una vez se había sentido atraída hacia él de una forma particular, que reconoció inmediatamente. Una Imprimadora gozaba de alguna libertad en seleccionar a sus propias parejas procreadoras, siempre que no entorpecieran ninguna misión más importante o fueran contrarias a las órdenes. Teg era viejo, pero sus informes sugerían que aún era probable que fuera viril. Ella no podría conservar al hijo, por supuesto, pero ya había aprendido a enfrentarse a eso.

*¿Por qué no?, se había preguntado a sí misma.*

Su plan había sido extremadamente simple. Completar la Imprimación del ghola y luego, registrando su intento con Taraza, concebir un hijo del temible Miles Teg. La seducción práctica introductoria había sido ya iniciada, pero Teg no había sucumbido. Su cinismo Mentat la había detenido una tarde en los vestuarios de la Sala de Armas.

—Mis días procreadores ya han terminado, Lucilla. La Hermandad debería sentirse satisfecha con lo que ya le he dado.

Teg, vestido únicamente con sus leotardos negros de ejercicios, terminó de secarse el sudoroso rostro con una toalla y dejó caer la toalla en un cesto. Siguió hablando, sin siquiera mirarla:

—Ahora, ¿tendréis la bondad de dejarme solo?

*¡Así que había visto sus avances!*

Hubiera debido anticiparlo, siendo Teg quien era. Pero Lucilla sabía que aún podía seducirlo. Ninguna Reverenda Madre con su adiestramiento debería fallar, ni siquiera con un Mentat con los obvios poderes de Teg.

Lucilla permaneció un momento inmóvil allí, indecisa, su mente planeando de forma automática cómo eludir aquel rechazo preliminar. Algo la detuvo. No irritación ante el rechazo, no la remota posibilidad de que él pudiera estar realmente a prueba contra sus argucias. El orgullo y su posible fracaso (siempre existía esa posibilidad) tenían muy poco que ver con ello.

*Dignidad.*

Había una tranquila dignidad en Teg, y ella poseía el conocimiento cierto de lo



que su coraje y valor le habían dado ya a la Hermandad. Sin sentirse segura de sus propios motivos, Lucilla se dio la vuelta y se apartó de él. Posiblemente se trataba de la subyacente gratitud que la Hermandad sentía hacia él. Seducir ahora a Teg podía ser degradante, no sólo para él sino también para ella misma. No podía permitirse una acción así, no sin una orden directa de una superiora.

Mientras permanecía de pie junto al parapeto, algunos de esos recuerdos nublaron sus sentidos. Hubo un movimiento en las sombras junto a la puerta del Ala de Armas. Tuvo un atisbo de Teg en aquel lugar. Lucilla controló férreamente sus reacciones y centró su atención en Duncan. El ghola había detenido sus controladas piruetas por el césped. Permanecía inmóvil, respirando profundamente, su atención centrada en Lucilla allá arriba. Ella vio el sudor en su frente y en las manchas más oscuras en su ligera malla azul de una sola pieza.

Inclinándose sobre el parapeto, Lucilla lo llamó:

—Eso estuvo muy bien, Duncan. Mañana, empezaré a enseñarte algunas otras combinaciones pie—puño.

Las palabras brotaron de ella sin ningún tipo de censura, y supo inmediatamente sus motivos. Iban dirigidas a Teg, de pie allá abajo junto a la oscura puerta, no al ghola. Le estaba diciendo a Teg: «¡Mira! No eres el único que le enseña mortíferas habilidades.»

Lucilla se dio cuenta entonces de que Teg se había insinuado en su psique más profundamente de lo que ella hubiera debido permitirle. Hoscamente, desvió su vista hacia la alta figura que emergía de las sombras junto a la puerta. Duncan estaba corriendo ya hacia el Bashar.

Mientras Lucilla centraba su atención en Teg, la reacción llameó, por todo su cuerpo, prendida por las más elementales respuestas Bene Gesserit. Los distintos pasos de aquella reacción podrían ser definidos más tarde: *¡Algo está mal! ¡Peligro!*

*¡Teg no es Teg!* En el estallido de su reacción, sin embargo, nada de aquello tomó forma separada. Respondió, gritando con todo el volumen que podía dar a su Voz:

—*¡Duncan! ¡Al suelo!*

Duncan se dejó caer de golpe al césped, su atención firmemente centrada en la figura de Teg emergiendo del Ala de Armas. Había una pistola láser de campaña en la mano del hombre.

*¡Un Danzarín Rostro!*, pensó Lucilla. Sólo su hiperagudeza mental se lo había revelado. *¡Uno de los nuevos!*

—*¡Un Danzarín Rostro!* —aulló Lucilla.

Duncan dio una patada al tiempo que giraba a un lado y saltó hacia arriba, retorciéndose en pleno aire al menos a un metro del suelo. La rapidez de su reacción impresionó a Lucilla. *¡No sabía que ningún ser humano pudiera moverse tan rápido!* La primera descarga de la pistola láser cortó el aire debajo de Duncan mientras él

parecía estar flotando.

Lucilla saltó el parapeto y cayó hacia la barandilla en el borde de la ventana del siguiente nivel inferior. Antes de detenerse, su mano derecha salió disparada hacia la protuberancia de la boca de lluvia que la memoria le dijo que había allí. Su cuerpo se arqueó hacia un lado mientras caía hacia el borde de una ventana en el siguiente nivel. La impulsaba la desesperación, aunque sabía que podía ser demasiado tarde.

Algo crepitó en la pared encima suyo. Vio una línea de fusión avanzar en dirección a ella mientras se inclinaba hacia la izquierda, girando y cayendo sobre el césped. Su mirada captó la escena a su alrededor en una rápida ojeada mientras sus pies entraban en contacto con el suelo.

Duncan avanzaba hacia el atacante, esquivando y fintando en una terrorífica repetición de sus sesiones de práctica. ¡La velocidad de sus movimientos!

Lucilla vio indecisión en el rostro del falso Teg.

Echó a correr a toda prisa hacia el Danzarín Rostro, sintiendo los pensamientos de la criatura: *¡Dos de ellos contra mí!*

El fracaso era inevitable, sin embargo, y Lucilla lo supo incluso mientras corría. El Danzarín Rostro sólo tenía que graduar su arma a toda potencia en tiro corto. Podía tejer una red en el aire frente a él. Nada podría penetrar una defensa así. Mientras pensaba desesperadamente, buscando alguna forma de derrotar al atacante, vio aparecer humo rojo en el pecho del falso Teg. Una línea roja ascendió rápidamente hacia arriba en un ángulo oblicuo a través de los músculos del brazo que sujetaba la pistola láser. El brazo cayó como el trozo desprendido de una estatua. El hombro pareció desprenderse del torso en un estallido de sangre. La figura se inclinó, disolviéndose en más humo rojo y chorrear de sangre, desmoronándose en pedazos en los escalones, convertida en fragmentos chamuscados y rojos teñidos de azul.

Lucilla olió las inconfundibles feromonas de los Danzarines Rostro mientras se detenía. Duncan llegó a su lado. Miraba más allá del Danzarín Rostro muerto, hacia un movimiento en el pasillo.

Otro Teg emergió detrás del Teg muerto. Lucilla lo identificó inmediatamente: era el verdadero Teg.

—Es el Bashar —dijo Duncan.

Lucilla experimentó una breve oleada de placer ante el hecho de que Duncan hubiera aprendido tan bien su lección sobre identidades: cómo reconocer a tus amigos incluso si tan solo llegas a entreverlos. Señaló hacia el Danzarín Rostro muerto.

—Huélelo.

Duncan inhaló.

—Sí, lo tengo. Pero no era una copia muy buena. Vi lo que era al mismo tiempo que vos.

Teg apareció en el patio llevando un fusil láser apretado contra su brazo

izquierdo. Su mano derecha aferraba fuertemente la caja y el gatillo. Barrió el patio con su mirada, luego la centró en Duncan, y finalmente en Lucilla.

—Llevad a Duncan dentro —dijo.

Era la orden de un comandante en campo de batalla, basada únicamente en su superior conocimiento de lo que había que hacer en una emergencia. Lucilla obedeció sin una palabra.

Duncan no habló tampoco mientras ella lo conducía de la mano pasando junto al ensangrentado montón de carne que había sido el Danzarín Rostro, luego entrando en el Ala de Armas. Una vez estuvieron dentro, él miró hacia atrás al confuso montón y preguntó:

—¿Quién lo dejó entrar?

«No ¿Cómo consiguió entrar?», observó ella. Duncan había visto ya, más allá de las insignificancias, el auténtico núcleo del problema.

Teg avanzó a grandes zancadas delante de ellos hasta sus propias dependencias. Se detuvo en la puerta, miró al interior, y le hizo señas a Lucilla y Duncan de que le siguieran.

En el dormitorio de Teg había el denso hedor de carne quemada, y volutas de humo dominadas por el olor que Lucilla tanto detestaba. Una figura en uno de los uniformes de Teg yacía boca abajo en el suelo, donde había caído desde la cama.

Teg dio la vuelta a la figura con la punta de una bota, exponiendo el rostro: unos ojos fijos, el rictus de una mueca. Lucilla reconoció a uno de los guardias del perímetro, uno de los que habían venido al Alcázar con Schwangyu, o al menos eso decían los archivos del Alcázar.

—Su conexión aquí dentro —dijo Teg—. Patrin se encargó de él, y le pusimos uno de mis uniformes. Fue suficiente para engañar a los Danzarines Rostro porque no les dimos tiempo a ver su rostro antes de atacar nosotros. No tuvieron tiempo de tomar una impresión de su memoria.

—¿Sabíais acerca de todo eso? —Lucilla estaba desconcertada.

—¡Bellonda me dio instrucciones concretas!

Bruscamente, Lucilla vio todo el significado de lo que Teg estaba diciendo. Contuvo un rápido estallido de rabia.

—¿Cómo pudisteis permitir que uno de ellos alcanzara el patio?

—Había algo más urgente que hacer aquí dentro —dijo Teg con voz suave—. Tuve que tomar una decisión, que resultó ser la correcta.

Ella no intentó ocultar su irritación.

—¿La elección de dejar que Duncan se defendiera por sí mismo?

—Dejarlo a vuestro cuidado o permitir que los otros atacantes se atrincheraran firmemente aquí dentro. Patrin y yo tuvimos un buen trabajo limpiando esta ala. No podíamos ocuparnos de nada más. —Teg miró a Duncan—. Se las arregló muy bien,

gracias a nuestro adiestramiento.

—¡Ese... esa *cosa* estuvo a punto de matarlo!

—¡Lucilla! —Teg agitó la cabeza—. Lo tenía todo cronometrado. Los dos podíais resistir al menos un minuto ahí afuera. Sabía que vos os colocaríais si era necesario en el camino de esa *cosa* y os sacrificaríais para salvar a Duncan. Otros veinte segundos.

Ante las palabras de Teg, Duncan dirigió una relumbrante mirada a Lucilla.

—¿Hubierais hecho eso?

Cuando Lucilla no respondió, Teg dijo:

—Lo hubiera hecho.

Lucilla no lo negó. Recordó, sin embargo, la increíble velocidad a la cual se había movido Duncan, las sorprendentes piruetas de su ataque.

—Decisiones de batalla —dijo Teg, mirando a Lucilla.

Ella lo aceptó. Como siempre, Teg había elegido correctamente. Sabía, sin embargo, que tenía que comunicarle todo aquello a Taraza. Las aceleraciones prana-bindu de aquel gholá iban mucho más allá de cualquier cosa que hubieran esperado. Se envaró cuando Teg adoptó una actitud de alerta absoluta, su mirada fija en la puerta detrás de ella. Lucilla se volvió.

Schwangyu estaba allí de pie, con Patrin tras ella, otro pesado fusil láser al brazo. Su cañón, observó Lucilla, estaba apuntado hacia Schwangyu.

—Ella insistió —dijo Patrin. Había una expresión irritada en el rostro del viejo ayudante. Las profundas arrugas en las comisuras de su boca apuntaban hacia abajo.

—Hay un rastro de cadáveres hasta la torreta sur —dijo Schwangyu—. Vuestra gente no me ha dejado salir a inspeccionar. Os exijo que deis inmediatamente contraorden.

—No hasta que mis hombres hayan terminado de dejar el lugar limpio —dijo Teg.

—¡Siguen matando gente ahí afuera! ¡Puedo oírlo! —Un asomo de veneno había aparecido en la voz de Schwangyu. Miró colérica a Lucilla.

—También seguimos interrogando a gente ahí afuera —dijo Teg.

Schwangyu trasladó su mirada de Lucilla a Teg.

—Si es demasiado peligroso aquí, entonces llevaremos al... al muchacho a mis aposentos. ¡Ahora!

—No haremos eso —dijo Teg. Su voz era baja pero terminante.

Schwangyu se envaró, irritada. Los nudillos de Patrin se pusieron blancos en la caja de su fusil láser. Schwangyu miró brevemente el arma, luego sus ojos se enfrentaron a los inquisitivos de Lucilla. Las dos mujeres se contemplaron fijamente.

Teg dejó pasar unos segundos, luego dijo:

—Lucilla, llevad a Duncan a mi sala de estar. —Señaló con la cabeza hacia una

puerta detrás suyo.

Lucilla obedeció, manteniendo cuidadosamente su cuerpo entre Schwangyu y Duncan durante todo el tiempo.

Una vez estuvieron tras la puerta cerrada, Duncan dijo:

—Estuvo a punto de llamarme «el ghola». Está realmente trastornada.

—Schwangyu ha permitido que varias cosas escaparan de su guardia —dijo Lucilla.

Miró a su alrededor en la sala de estar de Teg, su primera visita a aquella parte de los aposentos del hombre: el sancta sanctorum del Bashar. Le recordaron sus propios aposentos... aquella misma mezcla de orden y casual desarreglo. Había un montón de cintas lectoras en una pequeña mesa al lado de una silla estilo antiguo tapizada de gris claro. El lector de cintas había sido colocado a un lado como si su usuario hubiera salido tan sólo para un momento, con la intención de regresar pronto. Una guerrera de uniforme de Bashar negra estaba colocada en el respaldo de una silla, con material de zurcir en una pequeña caja abierta a su lado. La bocamanga de la guerrera mostraba un agujero cuidadosamente remendado.

*De modo que él mismo se arregla su ropa.*

Aquel era un aspecto del famoso Miles Teg que jamás hubiera esperado. De pensar en él, hubiera dicho que Patrin se hacía cargo de todas aquellas cosas.

—Schwangyu dejó entrar a los atacantes, ¿verdad? —preguntó Duncan.

—Su gente lo hizo. —Lucilla no ocultó su irritación—. Ha ido demasiado lejos. ¡Un pacto con los tleilaxu!

—¿La matará Patrin?

—¡No lo sé ni me importa!

Al otro lado de la puerta, Schwangyu habló furiosa, su voz fuerte y clara:

—¿Vamos a tener que aguardar aquí, Bashar?

—Podéis ir, en cualquier momento que queráis. —Era Teg.

—¡Pero no puedo entrar en el túnel sur!

Schwangyu sonaba malhumorada. Lucilla se dio cuenta de que la mujer lo estaba haciendo deliberadamente. ¿Qué era lo que estaba planeando? Teg tenía que ser muy cauteloso ahora. Había sido muy listo ahí afuera, revelando para Lucilla las grietas en el control de Schwangyu, pero no habían sondeado los recursos de Schwangyu. Lucilla se preguntó si debía dejar a Duncan allí y regresar al lado de Teg.

—Podéis ir, pero os prevengo de que no regreséis a vuestros aposentos.

—¿Y por qué no? —Schwangyu sonó sorprendida, realmente sorprendida, sin ningún tipo de fingimiento.

—Un momento —dijo Teg.

Lucilla se dio cuenta de que sonaban gritos en la distancia. Una fuerte explosión martilleante sonó cerca, y luego otra más lejos. De una cornisa encima de la puerta de

la sala de estar de Teg cayó algo de polvo.

—¿Qué fue eso? —De nuevo Schwangyu, su voz demasiado fuerte.

Lucilla avanzó para situarse entre Duncan y la pared correspondiente al pasillo.

Duncan miró hacia la puerta, su cuerpo en posición de defensa.

—Ese primer estallido era el que esperaba que produjeran ellos. —De nuevo Teg—. El segundo, me temo, es el que ellos no esperaban.

Se produjo un silbido cerca, lo suficientemente fuerte como para ahogar algo que dijo Schwangyu.

—¡Aquí está, Bashar! —Patrin.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Schwangyu.

—La primera explosión, querida Reverenda Madre, fue vuestros aposentos siendo destruidos por nuestros atacantes. La segunda explosión fue nosotros destruyendo a los atacantes.

—¡Acabo de recibir la señal, Bashar! —Patrin de nuevo—. Ya los tenemos a todos. Bajaron mediante flotadores desde una no-nave, tal como vos esperabais.

—¿La nave? —La voz de Teg estaba llena de furia.

—Destruída en el mismo instante en que cruzó el pliegue espacial. Ningún superviviente.

—¡Estúpidos! —gritó Schwangyu—. ¿No sabéis lo que habéis hecho?

—Cumplir con mis órdenes de proteger a ese muchacho de cualquier ataque —dijo Teg—. Incidentalmente, ¿no se suponía que vos debíais estar en vuestros aposentos a esta hora?

—¿Qué?

—Ellos iban tras de vos también, puesto que hicieron volar vuestros aposentos. Los tleilaxu son muy peligrosos, Reverenda Madre.

—¡No os creo!

—Os sugiero que vayáis a echar una mirada. Patrin, déjale pasar.

Mientras escuchaba, Lucilla oyó la discusión no hablada. El Bashar Mentat gozaba de más confianza allí que una Reverenda Madre, y Schwangyu lo sabía. Debía estar desesperada. Aquello era un buen tanto, sugerir que sus aposentos habían sido destruidos. Puede que ella no lo creyera, sin embargo. En primer lugar, en la mente de Schwangyu había ahora la convicción de que tanto Teg como Lucilla reconocían su complicidad en el ataque. No había forma de decir cuántos más eran conscientes de ello. Patrin lo sabía, por supuesto.

Duncan miró hacia la puerta cerrada, la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha. Había una curiosa expresión en su rostro, como si viera a través de la puerta y estuviera observando realmente a la gente que había al otro lado.

Entonces habló Schwangyu, manteniendo su voz dentro del más cuidadoso control:

—No creo que mis aposentos hayan sido destruidos. —Sabía que Lucilla estaba escuchando.

—Sólo hay una forma de asegurarse —dijo Teg.

*¡Ingenioso!*, pensó Lucilla. Schwangyu no podía tomar una decisión hasta que estuviera segura de si los tleilaxu habían actuado traicioneramente.

—¡Esperad aquí hasta mi vuelta, entonces! ¡Es una orden! —Lucilla oyó el siseo de las ropas de la Reverenda Madre cuando ésta se marchó.

*Muy mal control emocional*, pensó Lucilla. Lo que esto revelaba de Teg, sin embargo, era igualmente inquietante. *¡Lo consiguió!* Teg había hecho perder el equilibrio a una Reverenda Madre.

La puerta frente a Duncan se abrió de golpe. Teg estaba allí de pie, una mano en el pomo.

—¡Rápido! —dijo Teg—. Debemos estar fuera del Alcázar antes de que ella regrese.

—¿Fuera del Alcázar? —Lucilla no ocultó su impresión.

—¡Rápido, he dicho! Patrin nos ha preparado una salida.

—Pero yo debo...

—¡Vos no debéis nada! Venid tal cual vais. Seguidme, o me veré obligado a llevaros.

—No creo realmente que podáis obligar a... —Lucilla se interrumpió. Aquel que había frente a ella era un nuevo Teg, y sabía que no hubiera lanzado una amenaza como aquella si no estuviera preparado para llevarla a cabo.

—Muy bien —dijo. Tomó a Duncan de la mano y siguió a Teg fuera de sus aposentos.

Patrin estaba en el pasillo, mirando hacia su derecha.

—Se ha ido —dijo el viejo. Miró a Teg—. ¿Sabéis qué hacer, Bashar?

—¡Pat!

Lucilla nunca había oído antes a Teg utilizar el diminutivo del nombre de su ayudante.

Patrin sonrió, exhibiendo todos sus dientes.

—Lo siento, Bashar. La excitación, ya sabéis. Os dejaré eso a vos, entonces. Tengo mi parte que representar.

Teg hizo una seña con la mano a Lucilla y a Duncan, indicándoles a la derecha del pasillo. Ella obedeció, y oyó a Teg tras sus talones. La mano de Duncan estaba sudorosa en su mano. El muchacho se soltó y siguió caminando a su lado, sin mirar hacia atrás.

El pozo a suspensor al final del pasillo estaba custodiado por dos de los hombres de Teg. Teg les hizo una seña con la cabeza.

—Que nadie nos siga.

Respondieron al unísono:

—Correcto, Bashar.

Lucilla se dio cuenta, mientras entraba en el pozo con Duncan y Teg, que había tomado partido en una disputa cuyas características aún no comprendía por completo. Podía captar los movimientos de la política de la Hermandad como una rápida corriente de agua fluyendo a su alrededor. Normalmente, el movimiento era tan sólo como un suave oleaje agitando los hilos, pero ahora sentía un gran flujo destructor preparándose para golpear su resaca sobre ella.

Duncan, mientras emergían en la cámara de distribución hacia la torreta sur, dijo:

—Deberíamos ir armados.

—Lo estaremos muy pronto —dijo Teg—. Y espero que estés preparado a matar a cualquiera que intente detenernos.



## Capítulo XIX

*El hecho significativo es éste: ninguna hembra de la Bene Tleilax ha sido vista nunca lejos de la protección de sus planetas interiores. (Los híbridos Danzarines Rostro que simulan mujeres no cuentan en este análisis. No pueden procrear). Los tleilaxu mantienen secuestradas a sus mujeres para mantenerlas apartadas de nuestras manos. Esta es nuestra deducción primaria. Debe ser también en los óvulos donde los Maestros tleilaxu ocultan sus secretos más esenciales.*

### **Análisis de la Bene Gesserit, Archivos \*XOXTM99041**

—Por fin nos conocemos —dijo Taraza.

Miró al otro lado de los dos metros de espacio despejado entre sus sillas a Tylwyth Waff. Sus analistas le habían asegurado que aquel hombre era el Maestro de Maestros tleilaxu. ¿Cómo podía una pequeña figura de elfo como aquella albergar un tal poder? Los prejuicios de la apariencia debían ser desechados allí, se advirtió a sí misma.

—Algunos no creerían que fuera posible —dijo Waff.

Tenía una vocecilla como de pájaro, notó Taraza, algo más que había que medir bajo distintos estándares. Permanecían sentados en la neutralidad de una no-nave de la Cofradía, con monitores Bene Gesserit y tleilaxu aferrados al casco de la nave de la Cofradía como aves de presa sobre una víctima. (La Cofradía se había mostrado cobardemente ansiosa de apaciguar a la Bene Gesserit. «*Lo pagaréis.*» La Cofradía lo sabía. Se les había exigido el pago otras veces). La pequeña habitación oval en la que se habían reunido estaba convencionalmente forrada de cobre y «a prueba de espías». Taraza no creía ni por un instante en aquello. Suponía también que los lazos entre Cofradía y tleilaxu, forjados en la melange, existían todavía con toda su fuerza.

Waff no intentaba engañarse a sí mismo respecto a Taraza. Aquella mujer era mucho más peligrosa que cualquier Honorada Madre. Si mataba a Taraza, sería reemplazada inmediatamente por alguien igual de peligrosa, alguien con todas las piezas esenciales de información que poseía la actual Madre Superiora.

—Encontramos a vuestros nuevos Danzarines Rostro muy interesantes —dijo Taraza.

Waff hizo una mueca involuntaria. Sí, mucho más peligrosas que las Honoradas Matres, que ni siquiera habían culpado a los tleilaxu por la pérdida de toda una no-nave.

Taraza miró al reloj digital de doble pantalla en la mesita auxiliar de su derecha, colocado en una posición desde la cual el reloj podía ser observado fácilmente por cualquiera de ellos dos. La pantalla orientada a Waff había sido ajustada a su reloj

interno. Observó que las dos lecturas de tiempo interno se ajustaban dentro de un margen de diez segundos de sincronización a una arbitraria media tarde. Era una de las delicadezas de aquella confrontación, en la cual incluso la posición y la distancia entre sus sillas había sido especificada en los acuerdos previos.

Los dos estaban solos en la habitación. El espacio oval que les rodeaba tendría unos seis metros en su dimensión más larga, y la mitad en anchura. Ocupaban idénticas sillas basculantes de madera encolada, tapizadas con tela naranja; ni un fragmento de metal o de material extraño en ninguna de ellas. El único otro mueble de la habitación era la mesilla lateral con su reloj. La mesa era una delgada superficie negra de plaz con tres largas y delgadas patas de madera. Cada uno de los detalles de aquella reunión había sido examinado con el máximo cuidado. Ambos tenían tres guardias personales al otro lado de la única compuerta de la habitación. Taraza no creía que el tleilaxu intentara un intercambio con un Danzarín Rostro, no en aquellas circunstancias.

«*Lo pagaréis.*»

El tleilaxu también era tremendamente consciente de su vulnerabilidad, especialmente ahora que sabía que una Reverenda Madre podía poner al descubierto a los nuevos Danzarines Rostro.

Waff carraspeó.

—No espero que lleguemos a un acuerdo —dijo.

—Entonces, ¿para qué habéis venido?

—Busco una explicación a ese extraño mensaje que hemos recibido de vuestro Alcázar en Rakis. ¿Por qué se supone que debemos pagar?

—Os suplico, Ser Waff, que abandonéis esas estúpidas pretensiones en esta habitación. Hay hechos sabidos por los dos que no pueden ser dejados de lado.

—¿Como cuáles?

—Ninguna hembra de la Bene Tleilax nos ha sido entregada nunca para procreación. —Y pensó: *¡Dejemos que sude eso!* Era malditamente frustrante no poseer una línea de Otras Memorias tleilaxu para la investigación Bene Gesserit, y Waff lo sabía.

Waff frunció el ceño.

—Seguramente no pensáis que yo vaya a comerciar con la vida de... —Se interrumpió y agitó la cabeza—. No puedo creer que este sea el pago que deseáis pedir.

Cuando Taraza no respondió, Waff dijo:

—El estúpido ataque al templo rakiano fue realizado de forma independiente por gente que estaba en el lugar de los hechos. Ya han sido castigados.

*Esperaba el gambito número tres*, pensó Taraza. Había participado en numerosas informaciones—análisis antes de aquella reunión, si una podía llamarlas

informaciones. Los análisis se habían producido con exceso. Muy poco se sabía acerca de aquel Maestro tleilaxu, aquel Tylwyth Waff. Algunas proyecciones opcionales extremadamente importantes habían llegado por deducción (si esa demostraba ser cierta). El problema era que algunos de los datos más interesantes procedían de fuentes poco fiables. En un hecho sobresaliente podía confiarse, sin embargo: la figura de elfo sentada delante suyo era mortalmente peligrosa.

El *gambito número tres* de Waff atrajo su atención. Era tiempo de responder. Taraza produjo una sonrisa de suficiencia.

—Esa es precisamente el tipo de mentira que esperábamos de vos —dijo.

—¿Debemos empezar con insultos? —Lo dijo desapasionadamente.

—Los tleilaxu montaron toda la operación. Dejarme advertiros que no vais a poder tratar con nosotras de la misma forma con que tratáis a esas ramera de la Dispersión.

La helada mirada de Waff invitó a Taraza a un osado gambito. ¡Las deducciones de la Hermandad, basadas parcialmente en la desaparición de la nave ixiana de conferencias, eran acertadas! Manteniendo la misma sonrisa, prosiguió ahora la línea opcional de conjeturas como si fueran hechos conocidos.

—Creo —dijo— que a las ramera les gustará saber que tienen a unos cuantos Danzarines Rostro entre ellas.

Waff dominó su ira. ¡Esas condenadas brujas! ¡Lo sabían! *¡De alguna manera, lo sabían!* Sus consejeros habían dudado mucho acerca de aquel encuentro. Una minoría sustancial había recomendado evitarlo. Las brujas eran tan... tan diabólicas. ¡Y sus represalias!

*Ya es el momento de desviar su atención hacia Gammu*, pensó Taraza. *Sigamos manteniéndolo desequilibrado.* Dijo:

—¡Incluso cuando subvertís a una de nosotras, como hicisteis con Schwangyu en Gammu, no averiguáis nada de valor!

Waff llameó:

—¡Ella pensó en... en *contratarnos* como si fuéramos una banda de asesinos! ¡Lo único que hicimos fue enseñarle una lección!

*Ahhh, su orgullo se muestra por sí mismo*, pensó Taraza. *Interesante. Las implicaciones de una estructura moral tras un orgullo así tienen que ser exploradas.*

—Nunca penetrasteis realmente en nuestras filas —dijo Taraza.

—¡Y vos nunca habéis penetrado en las de los tleilaxu! —Waff consiguió pronunciar aquella jactancia con una aceptable calma. *¡Necesita tiempo para pensar! ¡Para planear!*

—Quizá os guste saber el precio de nuestro silencio —sugirió Taraza. Tomó la pétrea mirada de Waff por una aceptación, y añadió: Por una parte, compartiréis con nosotras todo lo que averigüéis acerca de esas ramera producidas por la Dispersión

que se hacen llamar Honoradas Matres.

Waff se estremeció. Mucho se había confirmado matando a las Honoradas Matres. ¡Los entresijos sexuales! Sólo las psiques más fuertes podían resistir el verse atrapadas por tales éxtasis. ¡La potencialidad de una herramienta así era enorme! ¿Debía eso ser compartido con estas brujas?

—*Todo* lo que averigüéis sobre ellas —insistió Taraza.

—¿Por qué las llamáis ramera?

—Intentan copiarnos a nosotras, pero se venden a cambio de poder, y hacen burla de todo lo que nosotras representamos. ¡Honoradas Matres!

—¡Os superan al menos en diez mil a una! Hemos visto las pruebas.

—Una de nosotras puede vencerlas a todas ellas —dijo Taraza.

Waff guardó silencio, estudiándola. ¿Era aquello simplemente un alarde? Uno nunca podía estar seguro cuando procedía de las brujas Bene Gesserit. *Hacían* cosas. El lado oscuro del universo mágico les pertenecía a ellas. En más de una ocasión las brujas habían adormecido el Shariat. ¿Era la voluntad de Dios que los auténticos creyentes pasaran por otra prueba?

Taraza permitió que el silencio siguiera edificando sus propias tensiones. Captó el torbellino interior de Waff. Aquello le recordó la conferencia preliminar de la Hermandad preparando aquel encuentro con él. Bellonda había hecho una pregunta de engañosa simplicidad:

—¿Qué sabemos *realmente* de los tleilaxu?

Taraza había captado la respuesta surgir en cada mente en torno a la mesa de conferencias de la Casa Capitular: *Únicamente sabemos seguro lo que ellos quieren que sepamos.*

Ninguna de sus analistas podía evitar la sospecha de que los tleilaxu habían creado deliberadamente una imagen-máscara de ellos mismos. La inteligencia tleilaxu tenía que ser medida sobre el hecho de que sólo ellos controlaban el secreto de los tanques axlotl. ¿Era eso un accidente afortunado, como sugerían algunos? Entonces, ¿por qué nadie más había sido capaz de duplicar ese logro en todos aquellos milenios?

*Gholas.*

¿Estaban utilizando los tleilaxu el proceso ghola para su propio tipo de inmortalidad? Podía ver sugestivos indicios de ello en las acciones de Waff... nada definido, pero sí altamente sospechoso.

En las conferencias de la Casa Capitular, Bellonda había vuelto repetidamente a sus sospechas de base, remachando:

—Todo ello... ¡todo ello, digo! ¡Todo en nuestros archivos puede ser basura apta únicamente para pienso de sligs!

Aquella alusión había hecho que algunas de las más relajadas Reverendas Madres

en torno a la mesa se estremecieran.

*¡Sligs!*

Aquellos reptantes cruces entre gigantescas babosas y cerdos podían proporcionar carne para algunas de las más caras comidas en su universo, pero las criaturas en sí encarnaban todo lo que la Hermandad consideraba repugnante con relación a los tleilaxu. Los sligs habían sido uno de los primeros elementos de trueque de la Bene Tleilax, un producto desarrollando en sus tanques y formado con el núcleo helicoidal a partir del cual toda vida toma su forma. El que la Bene Tleilax los hubiera hecho se añadía al aura de obscenidad en torno a una criatura cuyas multibocas masticaban incesantemente cualquier tipo de basura que se les echara, transformando rápidamente aquella basura en excrementos que no sólo olían a pocilga sino que eran asquerosos.

—La mejor carne a este lado de los cielos —había citado Bellonda, de una publicidad de la CHOAM.

—Y procede de la obscenidad —había añadido Taraza.

*Obscenidad.*

Taraza pensó en aquello mientras contemplaba a Waff. ¿Por qué concebible razón podía un pueblo edificar a su alrededor una máscara de obscenidad? La expresión de orgullo de Waff no podía encajarse con esa imagen.

Waff tosió ligeramente, cubriéndose la boca con una mano. Sintió la presión de las costuras allá donde había ocultado dos de sus potentes lanzadores de dardos. Una minoría entre sus consejeros había advertido:

—Como con las Honoradas Matres, el vencedor en este encuentro con la Bene Gesserit será quien salga llevando la información más secreta acerca del otro. La muerte del oponente garantizará el éxito.

*Debo matarla, pero ¿luego qué?*

Otras tres Reverendas Madres aguardaban al otro lado de aquella compuerta. Indudablemente Taraza tenía preparada una señal para el instante en que la compuerta fuera abierta. Sin esa señal, seguro que lo que ocurriría a continuación sería violencia y desastre. No creía ni por un instante que ni siquiera sus nuevos Danzarines Rostro pudieran vencer a aquellas Reverendas Madres de ahí afuera. Las brujas debían estar totalmente alerta. Debían haber reconocido la naturaleza de los guardias de Waff.

—Compartiremos —dijo Waff. Las admisiones implícitas en aquello le dolieron, pero sabía que no había alternativas. La jactancia de Taraza acerca de las habilidades relativas podía ser inexacta debido a su extremo alarde, pero pese a todo captaba exactitud en ella. No se hacía ilusiones, sin embargo, acerca de lo que podía ocurrir a continuación si las Honoradas Matres sabían lo que había ocurrido realmente a sus representantes. La no-nave desaparecida no podía ser achacada todavía a los tleilaxu. Las naves desaparecen. El asesinato deliberado era totalmente otro asunto. Seguro

que las Honoradas Matres intentarían exterminar a un oponente tan descarado. Aunque fuera tan sólo como ejemplo. Los tleilaxu regresados de la Dispersión decían tanto como eso. Habiendo visto a las Honoradas Matres, Waff creía ahora en esas historias.

—Mi segundo punto de la agenda —dijo Taraza para esta reunión es vuestro ghola.

Waff se agitó en la silla basculante.

Taraza se sintió repelida por los pequeños ojos de Waff, su redondo rostro con su nariz respingona y sus dientes demasiado afilados.

—Habéis estado matando a nuestros gholas para controlar el avance de un proyecto en el cual vosotros no tenéis parte alguna excepto el proveer un sólo elemento de él —acusó Taraza.

Waff se preguntó una vez más si debía matarla. ¿Nada se les ocultaba a aquellas malditas brujas? La implicación de que la Bene Gesserit tenía un traidor en el mismo núcleo tleilaxu no podía ser ignorada. ¿De qué otra manera podían saberlo?

—Os aseguro, Reverenda Madre Superiora, que el ghola...

—¡No me aseguréis nada! Nosotras mismas nos aseguramos. —Con una mirada de tristeza en su rostro, Taraza agitó lentamente la cabeza de uno a otro lado—. Y pensáis que no sabemos que nos estáis vendiendo productos tarados.

Waff habló rápidamente:

—¡Cumplen con todos los requerimientos impuestos por vuestro contrato!

Taraza agitó nuevamente la cabeza de uno a otro lado. Aquel diminuto Maestro tleilaxu no tenía ni idea de lo que estaba revelando allí.

—Habéis enterrado vuestro propio plan en su psique —dijo Taraza—. Os advierto, Ser Waff, que si vuestras *alteraciones* obstruyen nuestros designios, os heriremos más profundamente de lo que vos creéis que sea posible.

Waff se pasó una mano por el rostro, sintiendo el sudor en su frente. ¡Malditas brujas! Pero ella no lo sabía todo. Los tleilaxu regresados de la Dispersión y las Honoradas Matres —que ella calumniaba tan amargamente— habían proporcionado a los tleilaxu una poderosa arma sexual que *no* podría ser compartida, ¡no importaban las promesas que hiciera aquí! Taraza digirió en silencio las reacciones de Waff, y se decidió por una mentira lisa y llana.

—Cuando capturamos vuestra nave ixiana de conferencias, vuestros nuevos Danzarines Rostro no murieron con la suficiente rapidez. Aprendimos mucho de ellos.

Waff se vio empujado casi hasta el borde de la violencia. ¡*Diana!*, pensó Taraza. La mentira había abierto una avenida de revelación hasta una de las más ultrajantes sugerencias de sus consejeras. Ahora no parecía ultrajante.

—*La ambición tleilaxu es producir una completa imitación prana-bindu* —había

sugerido su consejera.

—¿Completa?

Todas las Hermanas presentes en la conferencia se habían mostrado asombradas por la sugerencia. Implicaba una forma de copia mental que iba más allá de la impresión memorística que ya conocían.

La consejera, la Hermana Hesterion de Archivos, había acudido armada con una bien organizada lista de material de apoyo.

—*Sabemos ya que lo que hace mecánicamente una sonda ixiana, los tleilaxu lo hacen con nervios y carne. El siguiente paso es obvio.*

Viendo la reacción de Waff a su mentira, Taraza siguió examinándolo cuidadosamente. En aquel momento el hombre estaba en su punto más peligroso.

Una mirada de rabia cruzó el rostro de Waff. ¡Las cosas que sabían las brujas eran demasiado peligrosas! No dudaba en absoluto de la afirmación de Taraza. *¡Debo matarla sin importar las consecuencias para mí. Debemos matarlas a todas. ¡Abominaciones!. Esa es su palabra, y las describe perfectamente.*

Taraza interpretó correctamente su expresión. Habló rápidamente:

—No corréis en absoluto ningún peligro por parte de nosotras durante tanto tiempo como no dañéis nuestros designios. Vuestra religión, vuestra forma de vida, todo eso es problema vuestro.

Waff vaciló, no tanto por lo que Taraza decía sino por el recuerdo de sus poderes. ¿Qué más sabían? ¡Continuar en una posición servil, sin embargo! Tras rechazar una alianza parecida con las Honoradas Matres. Y con el predominio tan cerca después de todos aquellos milenios. El desánimo lo invadió. La minoría entre sus consejeros había tenido razón después de todo. *«No puede existir ningún lazo entre nuestros pueblos. Cualquier acuerdo con las fuerzas powindah es una unión basada en la perversidad.»*

Taraza captaba todavía la violencia potencial en él. ¿Lo había empujado demasiado lejos? Se alertó defensivamente. Una involuntaria sacudida de los brazos del hombre llamó su atención. *¡Armas en sus mangas!* Los recursos tleilaxu no debían ser subestimados. Sus rastreadores no habían detectado nada.

—Sabemos las armas que lleváis encima —dijo. Otra completa mentira brotó por sí misma—. Si cometéis un error ahora, las rameras sabrán también cómo utilizáis esas armas.

Waff inspiró lentamente tres veces. Cuando habló, estaba de nuevo bajo control:

—¡No seremos satélites de la Bene Gesserit!

Taraza respondió con tono neutro, con una voz lisa:

—Ninguna de mis palabras o acciones ha sugerido este papel para vuestro pueblo.

Aguardó. No hubo ningún cambio en la expresión de Waff, ni la más ligera vacilación en la desenfocada mirada que le dirigió.

—Nos estáis amenazando —murmuró—. Exigís que compartamos todo lo que...

—¡Compartir! —restalló ella—. Uno no debe *compartir* con compañeros desiguales.

—¿Y qué compartiríais con nosotros? —preguntó él.

Taraza habló con el tono de regaño que utilizaría con un niño:

—Ser Waff, ¿os habéis preguntado por qué vos, un miembro gobernante de vuestra oligarquía, habéis acudido a este encuentro?

Con voz aún firmemente controlada, Waff respondió:

—¿Y por qué vos, Madre Superiora de la Bene Gesserit, habéis venido?

—Para reforzarnos —habló suavemente ella.

—No habéis dicho lo que compartiríais —acusó él—. Aún esperáis sacar ventaja.

Taraza siguió observándole cuidadosamente. Muy pocas veces había captado una tal rabia reprimida en un ser humano.

—Pedidme abiertamente lo que queréis —dijo.

—¡Y nos lo *daréis* en prueba de vuestra gran generosidad!

—Lo negociaremos.

—¿Dónde estaba la negociación cuando me ordenasteis... ¡ME ORDENASTEIS!, que...?

—Vinisteis aquí firmemente resuelto a romper cualquier acuerdo al que llegáramos —dijo ella—. ¡Ni una sola vez habéis intentado negociar! Os sentáis frente a alguien dispuesto a llegar a un trato con vos, y lo único que hacéis...

—¿Un trato? —La memoria de Waff retrocedió a la ira de la Honorada Madre ante aquella palabra.

—Eso es lo que he dicho —murmuró Taraza—. Un trato.

Algo parecido a una sonrisa retorció las comisuras de la boca de Waff.

—¿Creéis que yo tengo autoridad para sellar *un trato* con vos?

—Tened cuidado, Ser Waff —dijo ella—. Tenéis la autoridad definitiva. Reside en esa habilidad última de destruir completamente al oponente. No he recibido aún esa amenaza, pero la tenéis. —Miró a sus mangas.

Waff suspiró. Qué dilema. ¡Ella era powindah! ¿Cómo podía uno hacer un trato con una powindah?

—Tenemos un problema que no puede ser resuelto por medios racionales —dijo Taraza.

Waff ocultó su sorpresa. ¡Aquellas eran las mismas palabras que había utilizado la Honorada Madre! Meditó en lo que aquello podía significar. ¿Podían la Bene Gesserit y las Honoradas Madres hacer causa común? La amargura de Taraza indicaba otra cosa, pero ¿cuándo podía confiar uno en las brujas?

Una vez más, Waff se preguntó si se atrevería a sacrificarse a sí mismo para eliminar a aquella bruja. ¿Para qué serviría? Seguro que otras entre ellas sabían lo



mismo que sabía ella. Aquello lo único que haría sería precipitar el desastre. *Había* una disputa interna entre las brujas, pero también eso podía ser de nuevo tan sólo otra argucia.

—Nos pedís que compartamos algo —dijo Taraza—. ¿Qué ocurriría si os dijera que nuestra oferta es parte de nuestras preciadas líneas genéticas humanas?

No había ninguna duda respecto al repentino interés de Waff.

—¿Por qué deberíamos acudir a vosotras para tales cosas? —dijo él—. Tenemos nuestros tanques y podemos tomar muestras genéticas casi en cualquier parte.

—¿Muestras de qué? —preguntó ella.

Waff suspiró. Uno nunca podía escapar de la agudeza Bene Gesserit. Era como un ataque con espada. Suponía que debía haberle revelado cosas a la mujer que la habían conducido de forma natural a aquel tema. El daño ya estaba hecho. Ella había deducido correctamente (¡o sus espías se lo habían dicho!) que las reservas sin seleccionar de genes humanos tenían poco interés para los tleilaxu, con su sofisticado conocimiento del profundo lenguaje de la vida. Nunca daba resultados subestimar a la Bene Gesserit o a los productos de sus programas procreadores. ¡El Propio Dios sabía que habían producido a Muad'dib y al Profeta!

—¿Qué más pediríais a cambio de esto? —preguntó.

—¡Un trato al fin! —dijo Taraza—. Los dos sabemos, por supuesto, que estoy ofreciendo madres procreadoras de la línea de los Atreides. —Y pensó: «*¡Dejémosle que crea eso! ¡Parecerán Atreides pero no serán Atreides!*»

Waff notó que su pulso se aceleraba. ¿Era aquello posible? ¿Tenía aquella mujer la menor idea de lo que los tleilaxu podían aprender de un examen de ese material genético?

—Desearíamos la primera selección de su descendencia —dijo Taraza.

—¡No!

—¿Una primera selección alternativa, entonces?

—Quizá.

—¿Qué queréis decir, con quizá? —Se inclinó hacia adelante. La intensidad de Waff le dijo que estaba siguiendo un buen camino.

—¿Qué otra cosa nos pediríais?

—Nuestras madres procreadoras deben tener libre acceso a vuestros laboratorios genéticos.

—¿Estáis loca? —Waff agitó exasperado la cabeza. ¿Acaso pensaba ella que los tleilaxu iban a echar por la borda su arma más poderosa así, tan sencillamente?

—Entonces aceptaremos un tanque axlotl completamente operativo.

Waff simplemente se la quedó mirando.

Taraza se alzó de hombros.

—Tenía que intentarlo.

—Por supuesto que teníais.

Taraza se reclinó en su asiento y pasó revista a lo que había aprendido allí. La reacción de Waff a aquella sonda Zensunni había sido interesante. «*Un problema que no puede ser resuelto por medios racionales.*» Las palabras habían hecho un sutil efecto en él. Había parecido surgir de algún lugar de su interior, una pregunta bailando en sus ojos. *¡Dios nos preserve a todos! ¿Es Waff un Zensunni secreto?*

No importaban los peligros, aquello tenía que ser explorado. Odrade tenía que ser armada con cualquier posible ventaja que pudiera conseguirse en Rakis.

—Quizá ya hayamos hecho todo lo que podíamos por ahora —dijo Taraza—. Ya es tiempo de cerrar nuestro trato. Sólo Dios en su infinita piedad nos ha dado universos infinitos donde todo puede ocurrir.

Waff dio una única palmada, sin pensar.

—¡El don de las sorpresas es el mayor de todos los dones! —dijo.

*No solamente Zensunni*, pensó Taraza. *También sufí. ¡Sufí!* Empezó a reajustar su perspectiva de los tleilaxu. *¿Cuánto tiempo han estado manteniendo esto en secreto dentro de sus pechos?*

—El tiempo no cuenta en sí mismo —dijo Taraza, sondeando—. Sólo falta mirar a cualquier círculo.

—Los soles son círculos —dijo Waff—. Cada universo es un círculo. —Contuvo el aliento, aguardando su respuesta.

—Los círculos encierran —dijo Taraza, eligiendo la respuesta adecuada de sus Otras Memorias—. Cualquier cosa que encierra y limita debe ser expuesta al infinito.

Waff alzó las manos para mostrarle sus palmas, y luego dejó caer sus brazos sobre sus piernas. Sus hombros perdieron parte de su rígida tensión.

—¿Por qué no dijisteis estas cosas al principio? —preguntó.

*Debo actuar ahora con el máximo cuidado*, se previno Taraza. Las admisiones en las palabras y actitudes de Waff requerían una cuidadosa revisión.

—Lo que ha ocurrido entre nosotros no revela nada a menos que hablemos más abiertamente —dijo—. E incluso entonces, solamente estaremos utilizando palabras.

Waff estudió su rostro, intentando leer en aquella máscara Bene Gesserit alguna confirmación de las cosas que implicaban sus palabras y actitudes. Ella era powindah, se recordó. Nunca podía confiarse en los powindah. Pero si ella compartía la Gran Creencia...

—¿No envió Dios a su Profeta a Rakis, desde donde probarnos y enseñarnos? —preguntó él.

Taraza sondeó profundamente en sus Otras Memorias. *¿Un Profeta en Rakis? ¿Muad'dib? No... aquello no encajaba con las creencias ni sufíes ni Zensunni en...*

*¡El Tirano!* Cerró su boca hasta formar una severa línea.

—Uno debe aceptar lo que no puede controlar —dijo.

—Porque seguramente es obra de Dios —respondió Waff. Taraza había visto y oído lo suficiente. La Missionaria Protectora la había sumergido en todas las religiones conocidas.

Sus Otras Memorias reforzaban aquel conocimiento y lo llevaban a la superficie cuando era necesario. Sintió una gran necesidad de salir sana y salva de aquella habitación. ¡Había que prevenir a Odrade!

—¿Puedo hacer una sugerencia? —preguntó Taraza.

Waff asintió adecuadamente.

—Quizá aquí se halle la sustancia de un lazo de unión entre nosotros más grande de lo que habíamos imaginado —dijo. Os ofrezco la hospitalidad de nuestro Alcázar en Rakis y los servicios de nuestra comandante allí.

—¿Una Atreides? —preguntó él.

—No —mintió Taraza—. Pero por supuesto advertiré a nuestras Amantes Procreadoras de vuestras necesidades.

—Y yo reuniré las cosas que solicitáis como pago —dijo él—. ¿Por qué el trato debe ser ultimado en Rakis?

—¿No es el lugar más adecuado? —preguntó ella—. ¿Qué puede haber que sea falso en el hogar del Profeta?

Waff se echó hacia atrás en su asiento, sus brazos relajados sobre sus rodillas. Evidentemente, Taraza conocía las respuestas adecuadas. Era una revelación que él jamás hubiera esperado.

Taraza se puso en pie.

—Cada uno de nosotros escucha a Dios personalmente —dijo.

*Y juntos en el kehl*, pensó Waff. Alzó la vista hacia ella, recordándose que era powindah. Nunca podía confiarse en una powindah. ¡Cuidado! Aquella mujer era, después de todo, una bruja Bene Gesserit. Eran bien conocidas por crear religiones para sus propios fines. ¡Powindah!

Taraza se dirigió hacia la compuerta, la abrió, y efectuó su señal de seguridad. Se volvió una vez más a Waff, que seguía sentado en su silla. *No ha penetrado en nuestro auténtico designio*, pensó. *Las que enviemos a él deben ser elegidas con extremo cuidado. Nunca debe sospechar que él forma parte de nuestro cebo.*

Componiendo sus rasgos de elfo, Waff le devolvió la mirada.

Cuán blando parecía, pensó Taraza. ¡Pero podía ser atrapado! Una alianza entre la Hermandad y los tleilaxu ofrecía nuevos atractivos. ¡Pero bajo nuestros términos!

—Hasta Rakis —dijo.

## Capítulo XX

*¿Qué herencias sociales partieron hacia afuera con la Dispersión? Conocemos íntimamente esos tiempos. Conocemos tanto el marco mental como el físico. Los Perdidos se llevaron con ellos un conocimiento confinado principalmente en la mano de obra y las herramientas. Había una desesperada necesidad de espacio para expandirse, conducida por el mito de la Libertad. La mayor parte de ellos no habían aprendido la profunda lección del Tirano, que la violencia construye sus propios límites. La Dispersión fue un movimiento loco y al azar interpretado como crecimiento (expansión). Fue aguijoneado por un profundo miedo (a menudo inconsciente) al estancamiento y a la muerte.*

### **Análisis Bene Gesserit de la Dispersión (Archivos)**

Odrade se hallaba tendida de costado junto al borde del mirador, su mejilla rozando ligeramente el cálido plaz a través del cual podía ver la Gran Plaza de Keen. Su espalda estaba apoyada en un almohadón rojo, que olía a melange como tantas otras cosas allí en Rakis. Tras ella había tres habitaciones, pequeñas pero eficientes y bien acondicionadas a partir tanto del Templo como del Alcázar Bene Gesserit. Aquel acondicionamiento había sido una de las exigencias en el acuerdo de la Hermandad con los sacerdotes.

—Sheeana debe ser protegida con mayor seguridad —había insistido Odrade.

—¡No puede convertirse únicamente en el rehén de la Hermandad! —había objetado Tuek.

—Ni de los sacerdotes —había contra-atacado Odrade.

Seis pisos más abajo de la ventajosa posición del mirador, un enorme bazar se desplegaba en una libremente organizada confusión, llenando casi la Gran Plaza. La plateada luz amarilla de un sol en su ocaso bañaba brillantemente la escena, haciendo destacar los resplandecientes colores de los tenderetes, arrojando largas sombras en el irregular suelo. La luz tenía un brillo polvoriento allá donde esparcidos grupos de gente se reunían en torno a remendados parasoles y las revueltas hileras de mercaderías.

La Gran Plaza no era exactamente un cuadrado. Se extendía a lo largo de casi un kilómetro perpendicularmente a la ventana de Odrade, y más de dos veces esa distancia a derecha e izquierda... un gigantesco rectángulo de tierra apisonada y viejas piedras, que se habían ido desgastando en polvo ante la insistencia de los vendedores que soportaban estoicamente el calor con la esperanza de hacer algún trato.

A medida que avanzaba la tarde, una sensación distinta de actividad se

desarrollaba delante de Odrade... más gente llegando, una precipitación y un pulsar más frenético en los movimientos.

Odrade inclinó la cabeza para mirar a la parte del terreno más cercana al edificio. Alguno de los comerciantes que se hallaban directamente debajo de su ventana se habían retirado a sus cercanos aposentos. Pronto regresarían, tras comer y echar una pequeña siesta, dispuestos a sacar todo el provecho posible a aquellas valiosas horas, cuando la gente podía respirar al aire libre sin que sus gargantas ardieran.

Sheeana se retrasaba, observó Odrade. Los sacerdotes no se atreverían a retardarla mucho más. Debían estar trabajando frenéticamente en aquellos momentos, haciéndole preguntas, advirtiéndole que recordara que ella era la emisaria de Dios a Su Iglesia. Recordándole a Sheeana tantas imaginarias alianzas que tenía con ellos, y que Odrade tendría que ir averiguando poco a poco y reírse de ellas antes de situar tales trivialidades en su adecuada perspectiva.

Odrade arqueó su espalda y dedicó un silencioso minuto a los precisos ejercicios para aliviar las tensiones. Admitió sentir una cierta simpatía hacia Sheeana. Los pensamientos de la muchacha debían ser un auténtico caos en aquel momento. Sheeana conocía muy poco o nada acerca de lo que debía esperar cuando se hallara completamente bajo la tutela de una Reverenda Madre. No había la menor duda de que su joven mente estaba repleta de mitos y otras desinformaciones.

*Como lo estaba mi mente*, pensó Odrade.

No podía evitar recordarlo en un momento como aquél. Su tarea inmediata era clara: exorcismo, no sólo para Sheeana sino también para sí misma.

Rastreó los perseguidores pensamientos de una Reverenda Madre en sus memorias: *Odrade, edad cinco años, la comfortable casa de Gammu. La carretera que pasa por delante de la casa está flanqueada por lo que pueden considerarse casas medio burguesas en las ciudades costeras del planeta... bajos edificios de un solo piso con amplios céspedes. Las casas se extienden hasta lo lejos, desapareciendo en una curva de la línea costera, allá donde los céspedes delanteros son aún mucho más grandes. Sólo al lado del mar las casas son más grandes y menos celosas de ocupar metros cuadrados.*

La afilada memoria Bene Gesserit de Odrade se sumergió en aquella lejana casa, sus ocupantes, el césped, los compañeros de juegos. Sintió la opresión en su pecho que le decía que aquellos recuerdos estaban unidos a acontecimientos posteriores.

La casa-cuna de la Bene Gesserit en el mundo artificial de Al Dhanab, uno de los planetas originales de seguridad de la Hermandad. (Más tarde, supo que la Bene Gesserit había tomado en consideración en su tiempo transformar todo el planeta en una no-cámara. Las exigencias de energía de tal proyecto invalidaron el plan.)

La casa-cuna era una cascada de variedad para una niña después de las comodidades y amistades de Gammu. La educación Bene Gesserit incluía un intenso

adiestramiento físico. Había advertencias regulares de que no podía esperar convertirse en una Reverenda Madre sin pasar a través de mucho dolor y frecuentes períodos de aparentemente desesperados ejercicios musculares.

Algunas de sus compañeras fracasaron en aquel estadio. Abandonaron para convertirse en enfermeras, sirvientas, trabajadoras, procreadoras casuales. Llenaron nichos de necesidad allá donde la Hermandad las requería. Hubo ocasiones en las que Odrade tuvo la anhelante sensación de que su *fracaso* puede que no fuera una mala vida... pocas responsabilidades, metas inferiores. Esto había sido antes de que emergiera del Adiestramiento Primario.

*Pensé en ello como un emerger, atravesándolo victoriosa. Fue exactamente todo lo contrario.*

Emergió por el otro lado, sólo para descubrirse inmersa en nuevas y más duras exigencias.

Odrade se sentó en el borde de su ventana rakiana y apartó su almohadón a un lado. Se volvió de espaldas al bazar. Estaba empezando a ponerse ruidoso ahí afuera. ¡Malditos sacerdotes! ¡Estaban tensando su retraso hasta límites absolutos!

*Debo pensar en mi propia infancia porque eso me ayudará con Sheeana*, meditó. Inmediatamente, se burló de su propia debilidad. *¡Otra excusa!*

Algunas postulantes necesitaban al menos cincuenta años para convertirse en Reverendas Madres. Esto era enraizado dentro de ellas durante el Adiestramiento Secundario: una lección de paciencia. Odrade mostró una inclinación temprana hacia el estudio profundo. Se consideraba que podía convertirse en una de las Mentats Bene Gesserit, y probablemente en una Archivera. Aquella idea residía en el descubrimiento de que sus talentos se inclinaban hacia direcciones muy provechosas. Fue encaminada a tareas sensitivas en la Casa Capitular.

*Seguridad.*

Aquel talento salvaje entre los Atreides encontraba a menudo un empleo. Un gran cuidado con los detalles, esa era la marca de Odrade. Sabía que sus hermanas podían predecir algunas de sus acciones simplemente a partir de su profundo conocimiento de ella. Taraza lo hacía regularmente. Odrade había oído la explicación de labios de la propia Taraza: «La personalidad de Odrade queda exquisitamente reflejada en la forma en que realiza sus tareas.»

Había un chiste en la Casa Capitular: «¿Dónde va Odrade cuando acaba su trabajo? Va a trabajar.»

La Casa Capitular imponía pocas necesidades de adoptar las máscaras cobertoras que una Reverenda Madre utilizaba automáticamente en el Exterior. Podía mostrar momentáneamente emociones, enfrentarse abiertamente con sus propios errores y los de las demás, sentirse triste o amargada o incluso, a veces, feliz. Los hombres estaban disponibles. No para procrear, sino para una ocasional diversión. Todos los hombres

de la Casa Capitular de la Bene Gesserit eran absolutamente encantadores, y unos cuantos eran incluso sinceros en su encanto. Esos pocos, por supuesto, estaban muy solicitados.

*Emociones.*

El reconocimiento se retorció en la mente de Odrade.

*Así llegué a ello, como siempre lo hago.*

Odrade sintió la cálida luz vespertina del sol de Rakis en su espalda. Sabía dónde estaba sentado su cuerpo, pero su mente estaba abierta al próximo encuentro con Sheeana.

*¡Amor!*

Sería tan fácil, y tan peligroso.

En aquel momento, envidiaba a las Madres Estacionarias, aquellas a las que se les permitía vivir toda una vida con un mismo compañero procreador seleccionado. Miles Teg procedía de una de esas uniones. Las Otras Memorias le decían que lo mismo había ocurrido con Dama Jessica y su Duque. Incluso Muad'dib había elegido esa forma de unión.

*No es para mí.*

Odrade admitió con una punta de amargos celos que a ella no se le había permitido una vida así. ¿Cuáles eran las compensaciones de la vida hacia la cual había sido dirigida?

—Una vida sin amor puede dedicarse más intensamente a la Hermandad. Proporcionamos nuestras propias formas de apoyo a las iniciadas. No te preocupes acerca del goce sexual. Lo hallarás disponible en cualquier momento y lugar que creas que lo necesitas.

*¡Con hombres encantadores!*

Desde los días de Dama Jessica, pasando por los tiempos del Tirano y más allá, muchas cosas habían cambiado... incluida la Bene Gesserit. Cualquier Reverenda Madre lo sabía.

Un profundo suspiro hizo estremecer a Odrade. Volvió la vista por encima de su hombro al bazar. Todavía ninguna señal de Sheeana.

*¡No debo amar a esa muchacha!*

Ya estaba hecho. Odrade sabía que había jugado el juego mnemónico en la requerida forma Bene Gesserit. Hizo girar su cuerpo y se sentó con las piernas cruzadas. Desde aquella posición tenía una visión absoluta del bazar y los tejados de la ciudad y su hondonada. Aquellos escasos restos de colinas al sur eran, lo sabía muy bien, lo último que quedaba de lo que había sido la Muralla Escudo de Dune, los altos contrafuertes de roca rotos por Muad'dib y sus legiones montadas sobre los gusanos de arena.

El calor flotaba sobre el suelo más allá del qanat y el canal que protegían Keen de

la intrusión de los nuevos gusanos. Odrade sonrió suavemente. Los sacerdotes no encontraban nada extraño en construir fosos en torno a sus comunidades para impedir que su Dios Dividido cayera sobre ellas.

*Te adoraremos, Dios, pero no nos molestes. Esta es nuestra religión, nuestra ciudad. ¿Ves?, ya no llamamos a este lugar Arrakeen. Ahora es Keen. El planeta ya no es ni Dune ni Arrakis. Ahora es Rakis. Mantén tu distancia, Dios. Tú eres el pasado, y el pasado es un engorro.*

Odrade contempló aquellas distantes colinas danzando en la reverberación del calor. Las Otras Memorias podían sobreimprimir el antiguo paisaje. Conocía aquel pasado.

*Si los sacerdotes se retrasan mucho mas en traer a Sheeana, los castigaré.*

El calor seguía inundando el bazar debajo de ella, mantenido allí almacenado en el suelo y en las gruesas paredes que delimitaban la gran Plaza. La difusión de la temperatura era amplificada por el humo de muchos pequeños fuegos encendidos en los edificios de los alrededores y entre las acumulaciones de vida esparcidas por todo el bazar al abrigo de las tiendas. Había sido un día caluroso, muy por encima de los treinta y ocho grados. Aquel edificio, sin embargo, había sido un Centro de las Habladoras Pez en los viejos días, y estaba refrigerado por maquinaria ixiana con pozos de evaporación en el techo.

*Estaremos cómodas aquí.*

Y estarían tan seguras como las medidas protectoras de la Bene Gesserit pudieran conseguir. Reverendas Madres vigilaban todo el lugar. Los sacerdotes tenían sus representantes en el edificio, pero ninguno de ellos podía entrar allá donde Odrade no deseaba que entraran. Sheeana podía encontrarse con ellos ocasionalmente, pero las ocasiones serían únicamente las que Odrade permitiera.

*Está ocurriendo, pensó Odrade. El plan de Taraza está avanzando.*

Fresca aún en la mente de Odrade estaba la última comunicación de la Casa Capitular. Lo que esta comunicación había revelado de los tleilaxu había llenado de excitación a Odrade, que había tenido que reprimirla cuidadosamente. Aquel Waff, aquel Maestro tleilaxu, sería un estudio fascinante.

*¡Zensunni! ¡Y sufí!*

—Un esquema ritual congelado durante milenios —había dicho Taraza.

Implícito en el informe de Taraza había otro mensaje. *Taraza está depositando toda su confianza en mí.* Odrade sintió que aquella realización le daba mayores fuerzas.

*Sheeana es el fulcro. Nosotras somos la palanca. Nuestra fuerza llegará de muchas fuentes.*

Odrade se relajó. Sabía que Sheeana no permitiría que los sacerdotes se retrasaran mucho más. La propia paciencia de Odrade había sufrido los asaltos de la



anticipación. Sería peor para Sheeana.

Se habían convertido en conspiradoras, Odrade y Sheeana. El primer paso. Era un maravilloso juego para Sheeana. Había nacido y había sido educada para desconfiar de los sacerdotes. ¡Qué divertido tener finalmente una aliada!

Algún tipo de actividad agitó a la gente inmediatamente debajo del mirador de Odrade. Dirigió su vista hacia allá, curiosa. Cinco hombres desnudos habían unido sus brazos formando un círculo. Sus ropas y destiltrajes estaban apelotonados en un montón a un lado, vigilados por una muchacha de piel oscura vestida con una larga túnica de fibra de especia. Su pelo estaba sujeto por una cinta roja.

*¡Danzarines!*

Odrade había visto varios informes de aquel fenómeno, pero aquella era la primera vez que lo veía personalmente desde su llegada. Los espectadores incluían un trío de altos Sacerdotes Guardianes, con sus cascos amarillos con altas crestas. Los Guardianes llevaban túnicas cortas que dejaban sus piernas libres para la acción, y cada uno de ellos llevaba consigo una maza con púas de metal.

Mientras los danzarines empezaban a dar vueltas, la masa de espectadores comenzó a mostrarse predeciblemente inquieta. Odrade conocía lo que iba a ocurrir a continuación. Pronto se produciría un canturreante grito y un gran alboroto. Se abrirían algunas cabezas. Brotaría la sangre. La gente aullaría y echaría a correr. Finalmente, todo volvería a la calma sin ninguna intervención oficial. Algunos se marcharían llorando. Otros se marcharían riendo. Y los Sacerdotes Guardianes no intervendrían.

La inútil locura de aquella danza y sus consecuencias había fascinado a la Bene Gesserit durante siglos. Ahora atraía toda la atención de Odrade. El desarrollo de aquel ritual había sido seguido por la Missionaria Protectora. Los rakianos lo llamaban la «Diversión de la Danza». Tenían también otros nombres para él, y el más significativo era «Siaynoq». Aquella danza era lo que había quedado del más grande ritual del Tirano, su instante de compartir con las Habladoras Pez.

Odrade reconocía y respetaba la energía en aquel fenómeno. Ninguna Reverenda Madre podía dejar de verlo. La inutilidad de todo aquello, sin embargo, la turbaba. Tales cosas deberían ser canalizadas y enfocadas. Aquel ritual necesitaba un empleo más útil. Todo lo que hacía ahora era drenar unas fuerzas que podían demostrarse destructivas para los sacerdotes si no se mantenían controladas.

Un dulce olor a frutas derivó hasta el olfato de Odrade. Olió y miró hacia los respiraderos al lado de su ventana; el calor de la multitud y la sobrecalentada tierra habían creado una corriente de aire ascendente. Esta arrastraba los olores de abajo a través de los respiraderos ixianos. Apretó su frente y su nariz contra el plaz para mirar directamente hacia abajo. Ahhh!, los danzarines o la multitud habían derribado el tenderete de un comerciante. Los danzarines estaban pisoteando las frutas. Una

pulpa amarilla salpicaba todas sus piernas.

Odrade reconoció al comerciante de frutas entre los espectadores, un marchito rostro familiar que había visto varias veces en su tenderete junto a la entrada de su edificio. No parecía en absoluto preocupado por su pérdida. Como todos los demás a su alrededor, concentraba su atención en los danzarines. Los cinco hombres desnudos se movían con saltos desacompañados de sus pies, una exhibición arrítmica y aparentemente no coordinada, que se repetía periódicamente en un esquema determinado... tres de los danzarines con ambos pies en el suelo y los otros dos sujetos en el aire por sus compañeros.

Odrade reconoció aquello. Estaba relacionado con la antigua forma Fremen de caminar por la arena. Aquella curiosa danza era un fósil con raíces en la necesidad de moverte sin señalar tu presencia a un gusano.

La gente empezó a acercarse a los danzarines, procedente de todo el gran rectángulo del bazar, empinándose como chiquillos para ver por encima de los demás a los cinco hombres desnudos.

Odrade vio entonces la escolta de Sheeana, un movimiento lejos a la derecha allá donde una amplia avenida desembocaba en la plaza. Unos símbolos de huellas de animales en un edificio de allí decían que la amplia avenida era el Camino de Dios. La consciencia histórica decía que la avenida había sido el camino de entrada de Leto II a la ciudad procedente de su amurallado Sareer, muy al Sur. Prestando atención a los detalles, uno podía discernir todavía por algunas de las formas y dibujos que aquella había sido la ciudad del Tirano de Onn, el centro del festival edificado en torno a la mucho más antigua ciudad de Arrakeen. Onn había borrado muchas huellas de Arrakeen, pero algunas avenidas persistían: algunos edificios eran demasiado útiles como para reemplazarlos. Los edificios definían inevitablemente las calles.

La escolta de Sheeana se detuvo allá donde la avenida desembocaba en el bazar. Guardianes de amarillo casco avanzaron abriendo camino con sus mazas. Los Guardianes eran altos cuando las apoyaban en el suelo, sus gruesas mazas de dos metros de alto llegaban tan sólo a los hombros de los más bajos de ellos. Incluso entre la más revuelta multitud jamás podías dejar de advertir la presencia de un Sacerdote Guardián, pero los protectores de Sheeana eran los más altos de entre los altos.

Estaban ya otra vez en movimiento, conduciendo al grupo que escoltaban hacia Odrade. Sus túnicas se abrían a cada paso, revelando el liso gris de los mejores destiltrajes. Caminaban directamente al frente, quince de ellos formando una aguda cuña que hendía los densos amontonamientos de tenderetes.

Un grupo de sacerdotisas, con Sheeana en su centro, avanzaba detrás de los Guardianes. Odrade captó ramalazos de la inconfundible figura de Sheeana, aquel cabello mechado de sol y aquel orgulloso rostro siempre erguido, dentro de su escolta. Eran los Sacerdotes Guardianes de casco amarillo, sin embargo, los que

atraían la atención de Odrade. Avanzaban con una arrogancia condicionada en ellos desde su infancia. Aquellos Guardianes sabían que eran mejores que la gente ordinaria. Y la gente ordinaria reaccionaba de una forma predecible abriendo camino para que el grupo de Sheeana pasara.

Todo aquello se efectuaba de una forma tan natural que Odrade podía ver el antiguo esquema de todo como si estuviera observando otra danza ritual, que no había cambiado en milenios.

Como había hecho a menudo, Odrade pensó ahora en sí misma como en una arqueóloga, pero no de aquellas que seleccionaban los polvorientos detritus de otras eras sino enfocada a aquello sobre lo que la Hermandad concentraba frecuentemente su consciencia: las formas en que la gente arrastraba dentro de ella su pasado. El propio designio del Tirano era evidente allí. La aproximación de Sheeana tenía reminiscencias del propio Dios Emperador.

Bajo la ventana de Odrade, los cinco hombres desnudos proseguían su danza. Entre los espectadores, sin embargo, Odrade vio una nueva consciencia. Sin volver siquiera las cabezas hacía la cada vez más próxima falange de Sacerdotes Guardianes, los espectadores debajo de Odrade *sabían*.

*Los animales siempre saben cuando llega el pastor.*

Ahora, la inquietud de la multitud pulsó más rápida. ¡No iba a negárseles su caos! Un grumo de tierra voló de entre los espectadores y golpeó el suelo cerca de los danzarines. Los cinco hombres no perdieron un paso en su esquema, pero aceleraron su ritmo. La longitud de las series entre sus repeticiones hablaba de unas notables memorias.

Otro grumo de tierra partió de la multitud y golpeó a un danzarín en el hombro. Ninguno de los cinco hombres se inmutó.

La multitud empezó a gritar y a cantar. Algunos lanzaron maldiciones. El canto se convirtió en una intrusión de palmas en los movimientos de los danzarines.

Sin embargo, su ritmo no varió.

El canto de la multitud se convirtió en un brusco ritmo, gritos repetidos que resonaban contra las paredes de la Gran Plaza. Estaban intentando romper el ritmo de los danzarines. Odrade captó una profunda importancia en la escena que se desarrollaba bajo ella.

El grupo de Sheeana había llegado a medio camino cruzando el bazar. Avanzaba por los pasillos más amplios entre los tenderetes, y ahora estaba girando directamente hacia Odrade. La multitud alcanzaba su máxima densidad a unos cincuenta metros delante de los Sacerdotes Guardianes. Los Guardianes avanzaban a un paso regular, desdeñando todo lo que ocurría a su alrededor. Bajo los cascos amarillos, sus ojos estaban fijos directamente al frente, mirando por encima de la multitud. Ninguno de los Guardianes evidenció ningún signo de que hubiera visto a la multitud o a los

danzarines o cualquier otra barrera que pudiera impedirles el paso.

La multitud cortó bruscamente su canto, como si un invisible conductor hubiera agitado su mano reclamando silencio. Los cinco hombres siguieron danzando. El silencio debajo de Odrade estaba cargado con una energía que hizo que el vello de su nuca se erizara. Directamente debajo de Odrade, los tres Sacerdotes Guardianes entre los espectadores se volvieron como un solo hombre y desaparecieron de su vista dentro del edificio.

De algún lugar entre la multitud, brotó la maldición de una mujer.

Los danzarines no dieron ninguna señal de haber oído.

La multitud se apiñó hacia adelante, reduciendo el espacio en torno a los danzarines al menos a la mitad. La muchacha que vigilaba los destiltrajes y las ropas de los danzarines ya no era visible.

Más allá, la falange de Sheeana seguía avanzando, con las sacerdotisas y su joven protegida directamente detrás.

La violencia estalló a la derecha de Odrade. La gente empezó a golpearse entre sí. Más proyectiles trazaron sus arcos hacia los cinco danzarines. La multitud reanudó su canto a un ritmo mucho más rápido.

Al mismo tiempo, la parte de atrás de la multitud fue hendida por los Guardianes. Los espectadores allí no distrajeron su atención de los danzarines, no hicieron ninguna pausa en su contribución al creciente caos, pero se abrió un camino entre ellos.

Absolutamente cautivada. Odrade siguió mirando. Muchas cosas ocurrieron simultáneamente: el tumulto, la gente maldiciendo y golpeándose entre sí, el constante canto, el implacable avance de los Guardianes.

Dentro del escudo de sacerdotisas, podía verse a Sheeana mirando de un lado a otro, intentando captar la excitación que la rodeaba.

Alguien de entre la multitud extrajo un palo y empezó a golpear a la gente a su alrededor, pero nadie amenazó ni a los Guardianes ni a ningún otro miembro del grupo de Sheeana.

Los danzarines siguieron con su ritmo dentro de un cada vez más estrecho círculo de espectadores. Toda la escena estaba acercándose al edificio de Odrade, obligando a ésta a apretar su cabeza contra el plaz y mirar en un difícil ángulo hacia abajo para poder seguir viendo.

Los Guardianes que conducían el grupo de Sheeana avanzaban por un pasillo cada vez más amplio entre aquel caos. Las sacerdotisas no miraban ni a derecha ni a izquierda. Los Guardianes de amarillo casco miraban directamente al frente.

Desdén era una palabra demasiado débil para aquel hecho, decidió Odrade. Y no era correcto decir que la torbellineante multitud ignoraba la presencia del grupo. Cada parte era consciente de la otra, pero existían en mundos separados, observando las

reglas estrictas de tal separación. Tan sólo Sheeana ignoraba el secreto protocolo, tendiendo el cuello hacia arriba para intentar ver algo más allá de los cuerpos que la protegían.

Directamente debajo de Odrade, la multitud se lanzó hacia adelante. Los danzarines fueron abrumados por la presión, fueron barridos hacia un lado como naves atrapadas por una tremenda ola. Odrade vio atisbos de carne desnuda siendo puñeada y empujada de mano en mano entre el gritante caos.

Sólo gracias a la más intensa concentración pudo Odrade individualizar los sonidos que llegaban hasta ella.

¡Era una locura!

Ninguno de los danzarines se resistió. ¿Estaban siendo asesinados? ¿Era un sacrificio? Los análisis de la Hermandad ni siquiera habían tocado aquel punto.

Los cascos amarillos se apartaron a un lado debajo de Odrade, abriendo un camino para Sheeana y sus sacerdotisas para que pudieran entrar en el edificio, luego los Guardianes cerraron de nuevo filas. Se volvieron y formaron un arco protector en torno a la entrada del edificio. Mantuvieron sus mazas horizontales y tendidas a la altura de su cintura.

El caos más allá de ellos empezó a disminuir. Ninguno de los danzarines era visible, pero había bajas, gente tendida en el suelo, otra tambaleándose. Podían verse manos ensangrentadas.

Sheeana y las sacerdotisas estaban fuera de la vista de Odrade, dentro del edificio. Odrade se echó hacia atrás e intentó evaluar todo lo que acababa de presenciar.

Increíble.

¡Absolutamente ninguno de los relatos, holofotos o grabaciones de la Hermandad reflejaban fielmente aquello! Parte de ello eran los olores... el polvo, el sudor, una intensa concentración de feromonas humanas. Odrade inspiró profundamente. Sintió que temblaba por dentro. La multitud se había convertido en individuos que estaban abandonando el bazar. Vio algunas personas que lloraban. Otras maldecían. Otras reían.

La puerta detrás de Odrade se abrió de pronto. Sheeana entró riendo. Odrade se volvió y entrevió a sus propias guardias y a algunas de las sacerdotisas en el pasillo antes de que Sheeana cerrara la puerta.

Los ojos marrón oscuro de la muchacha brillaban excitadamente. Su estrecho rostro, que ya empezaba a suavizarse con las curvas que evidenciaban la llegada de la pubertad, estaba tenso con reprimida emoción. La tensión se disolvió cuando se enfocaron en Odrade.

*Muy bien, pensó Odrade, observando aquello. Lección primera de los vínculos que ya han empezado a establecerse.*

—¿Viste a los danzarines? —preguntó Sheeana, dando vueltas y deslizándose por

el suelo hasta detenerse delante de Odrade—. ¿No eran hermosos? ¡Creo que eran tan hermosos! Cania no quería que mirara. Dice que es peligroso que yo tome parte en Siaynoq. ¡Pero a mí no me importa! ¡Shaitan nunca se comería a esos danzarines!

Con una repentina efusión de consciencia, que tan sólo había experimentado antes durante la agonía de la especia, Odrade penetró en el esquema total de lo que acababa de presenciar en la Gran Plaza. Había necesitado únicamente las palabras y la presencia de Sheeana para hacer que todo quedara claro:

*¡Un lenguaje!*

Muy profundo dentro de la consciencia colectiva de aquella gente, todos llevaban, de forma totalmente inconsciente, un lenguaje que podía decirles cosas que ellos no deseaban oír. Los danzarines las decían. Sheeana las decía. El conjunto estaba compuesto por tonos vocales y movimientos y feromonas, una compleja y sutil combinación que había evolucionado de la forma en que evolucionan todos los lenguajes.

Por necesidad.

Odrade sonrió ante la feliz muchacha que estaba de pie ante ella. Ahora, Odrade sabía cómo atrapar a los tleilaxu. Ahora, sabía más de los designios de Taraza.

*Debo acompañar a Sheeana al desierto a la primera oportunidad. Aguardaremos tan sólo a la llegada de ese Maestro tleilaxu, ese Waff. ¡Lo llevaremos con nosotras!*

## Capítulo XXI

*Libertad e Independencia son conceptos complejos. Se remontan a ideas religiosas de Libre Albedrío, y están relacionados con el Gobernante Místico implícito en las monarquías absolutas. Sin monarcas absolutos hechos al esquema de los Viejos Dioses y gobernando por la gracia de un creer en la indulgencia religiosa, Libertad e Independencia nunca hubieran adquirido su actual significado. Esos ideales deben su propia existencia a pasados ejemplos de opresión. Y las fuerzas que mantienen tales ideas se erosionarán a menos que sean renovadas por una enseñanza dramática o nuevas opresiones. Esta es la clave más básica de mi vida.*

### ***Leto II, Dios Emperador de Dune: Grabaciones de Dar-es-Balat***

A unos treinta kilómetros en el denso bosque al nordeste del Alcázar de Gammu, Teg los mantuvo aguardando bajo la protección de una manta de camuflaje de vida hasta que el sol se ocultó detrás de las altas tierras al oeste.

—Esta noche tomaremos otra dirección —dijo.

Hacía ya tres noches que los conducía a través de la oscuridad de los árboles en una demostración maestra de Memoria Mentat, cada paso dirigido exactamente a lo largo del camino que Patrin había trazado para él.

—Me siento rígida de tanto permanecer sentada —se quejó Lucilla—. Y esta va a ser otra noche fría.

Teg dobló la manta de camuflaje de vida y la colocó encima de su mochila.

—Podéis caminar un poco por los alrededores —dijo—. Pero no abandonaremos el lugar hasta que sea noche cerrada.

Teg permaneció sentado con su espalda contra el tronco de una conífera de densas ramas, mirando fuera de las profundas sombras mientras Lucilla y Duncan se movían por el claro. Los dos se detuvieron allí durante un momento, temblando, mientras los últimos recuerdos del calor del día huían ante el frío de la noche. Si, sería una noche fría otra vez, pensó Teg, pero iban a tener pocas oportunidades de pensar en ello.

*Lo inesperado.*

Schwangyu nunca esperaría que ellos siguieran estando todavía tan cerca del Alcázar, y yendo a pie.

*Taraza hubiera debido ser más enérgica en sus advertencias respecto a Schwangyu,* pensó Teg. La violenta y abierta desobediencia de Schwangyu a una Madre Superiora desafiaba la tradición. La lógica Mentat no podía aceptar la situación sin más datos.

Su memoria le trajo un dicho de sus días escolares, uno de aquellos aforismos cautelares por los que se suponía que un Mentat debía saber refrenar su lógica.

*«Dado un sendero lógico, una navaja de Occam desarrollada con impecable detalle, un Mentat puede seguir esa lógica hasta su desastre personal.»*

Se sabía que la lógica fallaba.

Pensó de nuevo en el comportamiento de Taraza en la nave de la Cofradía e inmediatamente después. *Deseaba que yo supiera que estaría por completo a mis propios recursos. Debo ver el problema a mi propia manera, no a la suya.*

De modo que la amenaza de Schwangyu había sido una auténtica amenaza que él había descubierto y enfrentado y resuelto por sus propios medios.

Taraza no había sabido lo que podía ocurrirle a Patrin debido a todo esto.

*Realmente a Taraza no le importa lo que le ocurra a Patrin. O a mí. O a Lucilla.*

*¿Pero y al ghola?*

*¡A Taraza debe importarle!*

No era lógico que ella... Teg abandonó aquella línea de razonamiento. Taraza no deseaba que él actuara lógicamente. Deseaba que él hiciera exactamente lo que estaba haciendo, lo que siempre había hecho en momentos de crisis.

*Lo inesperado.*

Así que había una especie de lógica en todo aquello, pero era algo que pateaba a quienes lo llevaban a cabo fuera del nido y los arrojaba al caos.

*A partir de cuyo momento debemos creamos nuestro propio orden.*

El pesar anegó su consciencia. *¡Patrin! ¡Maldito seas, Patrin! ¡Tú lo sabías y yo no! ¿Qué hubiera hecho sin ti?*

Teg casi pudo oír la respuesta de su viejo ayudante, aquella voz rígidamente formal que utilizaba siempre Patrin cuando regañaba a su comandante.

*—Haréis lo mejor que podáis, Bashar.*

El más frío razonamiento progresivo le decía a Teg que nunca volvería a ver a Patrin en carne y hueso, ni oír la auténtica voz del viejo. Sin embargo... la voz seguía allí. La persona persistía en su memoria.

*—¿No deberíamos irnos?*

Era Lucilla, de pie frente a él bajo las protectoras ramas del árbol. Duncan aguardaba a su lado. Ambos se habían echado la mochila sobre sus hombros.

Mientras permanecía allá sentado había llegado la noche. El intenso resplandor de las estrellas creaba vagas sombras en el claro. Teg se puso en pie, tomó su mochila e, inclinándose para evitar las ramas más bajas, salió al claro. Duncan ayudó a Teg a colocarse la mochila.

*—Schwangyu considerará esta eventualidad —dijo Lucilla—. Sus buscadores vendrán tras nosotros. Vos lo sabéis.*

*—No hasta que hayan seguido hasta el final el rastro falso —dijo Teg—. Vamos.*

*Abrió camino hacia el oeste a través de una abertura entre los árboles.*

*Durante tres noches los había llevado a lo largo de lo que había denominado «el*



sendero de la memoria de Patrin». Mientras caminaban en aquella cuarta noche, Teg se reprendió a sí mismo por no proyectar las consecuencias lógicas del comportamiento de Patrin.

*Comprendí las profundidades de su lealtad, pero no proyecté esa lealtad hasta su más obvio resultado. Hemos estado juntos tantos años que pensé que conocía su mente tanto como conocía la mía propia. ¡Patrin, maldito seas! ¡No había necesidad de que murieras!*

Teg se admitió a sí mismo que había *habido* una necesidad. Patrin la había visto. El Mentat no se había permitido verla. La lógica podía moverse tan ciegamente como cualquier otra facultad.

Como decía y *demonstraba* a menudo la Bene Gesserit.

*De modo que caminaremos. Schwangyu no espera esto.*

Teg se vio obligado a admitir que caminar por los lugares agrestes de Gammu creaba una perspectiva totalmente nueva para él. Toda aquella región había sido abandonada para que creciera con vida vegetal durante los Tiempos de Hambruna y la Dispersión. Más tarde había sido replantada, pero en su mayor parte de una forma totalmente al azar. Secretos caminos y señales codificadas guiaban hoy el acceso. Teg imaginó a Patrin como un joven estudiando aquella región... aquella prominencia rocosa visible a la luz de las estrellas desde un claro entre los bosques, aquel promontorio en forma de asta, aquel sendero cruzando gigantescos árboles.

—*Esperarán que echéis a correr hacia una no-nave* —habían acordado él y Patrin, mientras trazaban sus planes—. *El reclamo debe conducir a los perseguidores en esa dirección.*

Patrin no había dicho que él sería el reclamo.

Teg tragó saliva, sin conseguir eliminar el nudo en su garganta.

*Duncan no podía ser protegido en el Alcázar*, se justificó.

Aquello era cierto.

Lucilla se había mostrado nerviosa durante su primer día bajo el camuflaje de vida que les protegía de ser descubiertos por los instrumentos de los rastreadores aéreos.

—¡Debemos ponernos en contacto con Taraza!

—Cuando podamos.

—¿Y si a vos os ocurre algo? Necesito saber todo vuestro plan de escape.

—Si a mí me ocurre algo, ninguno de los dos seréis capaces de seguir el sendero de Patrin. No hay tiempo de implantarlo en vuestras memorias.

Duncan tomó muy poca parte en la conversación aquel día. Les observó silenciosamente o dormitó, despertándose de tanto en tanto con una expresión furiosa en sus ojos.

Durante el segundo día bajo la manta de camuflaje de vida, Duncan preguntó de

pronto a Teg:

—¿Por qué quieren matarme?

—Para frustrar los planes que la Hermandad tiene para ti —dijo Teg.

Duncan miró a Lucilla con ojos llameantes.

—¿Cuáles son esos planes?

Cuando Lucilla no respondió, Duncan dijo:

—Ella lo sabe. Ella lo sabe porque se supone que yo debo depender de ella. ¡Se supone que debo quererla!

Teg pensó que Lucilla ocultaba muy bien su desánimo. Obviamente, sus planes para el ghola se habían visto trastocados, toda su secuencia desarticulada por aquella huida.

El comportamiento de Duncan revelaba otra posibilidad:

¿Era el ghola un latente Decidor de Verdad? ¿Qué poderes adicionales habían sido introducidos en aquel ghola por los astutos tleilaxu?

A la segunda caída de la noche entre la espesura, Lucilla estaba llena de acusaciones.

—¡Taraza os ordenó que restaurarais sus memorias originales! ¿Cómo podéis hacer esto aquí?

—Cuando hallemos refugio.

Un silencioso y agudamente alerta Duncan los acompañó aquella noche. Había una nueva vitalidad en él. ¡Había oído!

*Nada debe dañar a Teg*, pensó Duncan. Fuera cual fuese y estuviera donde estuviese ese refugio, Teg debía alcanzarlo sano y salvo. *¡Entonces sabré!*

Duncan no estaba seguro de qué iba a saber, pero aceptaba ahora completamente su precio. Esta espesura debía conducir a aquella meta. Recordó haber contemplado aquellos lugares agrestes desde el Alcázar, y cómo había pensado lo libre que se sentiría allí. Aquella sensación de intocada libertad se había desvanecido. La espesura era tan sólo un sendero que conducía a algo más importante.

Lucilla, en la retaguardia de su marcha, se obligaba a si misma a permanecer tranquila, alerta, y a aceptar lo que no podía cambiar. Parte de su consciencia se atenía firmemente a las órdenes de Taraza:

—Permaneced cerca del ghola y, cuando llegue el momento, completad vuestra misión.

Paso a paso, el cuerpo de Teg medía los kilómetros. Aquella era la cuarta noche. Patrin había estimado cuatro noches para alcanzar su meta.

*¡Y qué meta!*

El plan de escape de emergencia se había centrado en un descubrimiento que había hecho Patrin, cuando tenía poco más de diez años, de uno de los muchos misterios de Gammu. Las palabras de Patrin regresaron a la mente de Teg:

—Con la excusa de un reconocimiento personal, regresé al lugar hace dos días. No ha sido tocado. Sigo siendo la única persona que jamás haya estado allí.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Tomé mis propias precauciones cuando abandoné Gammu hace años, pequeñas cosas que cualquier otra persona hubiera variado. Nada se ha movido de su sitio.

—¿Un no-globo Harkonnen?

—Muy antiguo, pero las cámaras siguen intactas y funcionando.

—¿Qué hay con la comida, agua...?

—Todo lo que podáis desear o necesitar está allí, almacenado en los recipientes de entropía nula en su núcleo.

Teg y Patrin trazaron sus planes, esperando que nunca tuvieran que utilizar aquel refugio de emergencia, guardando el secreto mientras Patrin desplegaba para Teg el camino oculto hasta su descubrimiento infantil.

Detrás de Teg, Lucilla jadeó ligeramente cuando tropezó con una raíz.

*Hubiera debido advertirla*, pensó Teg. Obviamente Duncan estaba siguiendo los pasos a Teg por el sonido. Lucilla, como era obvio también, mantenía centrada gran parte de su atención en sus propios pensamientos.

Su parecido facial con Darwi Odrade era notable, se dijo Teg. Allá en el Alcázar, con las dos mujeres lado a lado, había captado las diferencias dictadas por sus distintas edades. La juventud de Lucilla se evidenciaba en una mayor grasa subcutánea, un redondeo de su carne facial. ¡Pero las voces! Timbre, acento, trucos de inflexión átona; el sello común de los hábitos del habla Bene Gesserit. Hubiera sido casi imposible diferenciarlas en la oscuridad.

Conociendo a la Bene Gesserit como la conocía, Teg sabía que aquello no era un accidente. Dada la propensión de la Hermandad por doblar y redoblar sus más apreciadas líneas genéticas para proteger la inversión, allí tenía que existir una fuente ancestral común.

*Todos nosotros Atreides*, pensó.

Taraza no había revelado sus designios relativos al ghola, pero el simple hecho de estar dentro de esos designios daba a Teg acceso a sus líneas principales. No al esquema completo, pero podía captar al menos su conjunto.

Generación tras generación, la Hermandad tratando con los tleilaxu, comprando gholas Idaho, adiestrándolos allí en Gammu, solamente para ser luego asesinados. Durante todo aquel tiempo, aguardando el momento adecuado. Era como un terrible juego, que había adquirido una frenética importancia porque una muchacha capaz de dar órdenes a los gusanos había aparecido en Rakis.

El propio Gammu tenía que formar parte del designio. Había señales de Caladan por todo el lugar. Sutilezas danianas amontonadas de la más brutal forma antigua. Algo más que población había salido del Santuario Daniano cuando la abuela del

Tirano, Dama Jessica, había vivido allí el resto de sus días.

Teg había visto las marcas evidentes y ocultas cuando había efectuado su primer viaje de reconocimiento en Gammu.

*¡Riqueza!*

Los signos estaban allí para ser leídos. Fluían en torno a su universo, moviéndose como amebas e insinuándose en cualquier lugar donde pudieran alojarse. Había riqueza de la Dispersión en Gammu, sabía Teg. Una riqueza tan grande que pocos sospechaban (o podían imaginar) su tamaño y poder.

Dejó bruscamente de caminar. La configuración física del paisaje inmediato recababa toda su atención. Frente a ellos había una extensión de roca desnuda, con sus señales identificadoras plantadas en su memoria por Patrin. Aquel paso podía ser uno de los más peligrosos.

*—Ni cavernas ni vida vegetal para ocultaros. Tened preparadas las mantas de camuflaje de vida.*

Teg extrajo la manta de su mochila y se la colocó al brazo. Una vez más, indicó que debían continuar. El oscuro tejido de la manta de camuflaje siseó contra su cuerpo al avanzar.

Lucilla estaba empezando a ser cada vez menos una cifra, pensó. Aspiraba a un *Dama* delante de su nombre. *Dama Lucilla*. No había duda de que sonaba agradablemente a los oídos de la mujer. Unas cuantas Reverendas Madres con título estaban apareciendo ahora que las Grandes Casas iban emergiendo de la larga oscuridad impuesta por la Senda de Oro del Tirano.

Lucilla, la Seductora-Imprimadora.

Todas aquellas mujeres de la Hermandad eran adeptas sexuales. La propia madre de Teg lo había educado en los entresijos de tal sistema, enviándolo a bien seleccionadas mujeres locales cuando todavía era muy joven, sensibilizándolo a los signos que debía observar tanto dentro de sí mismo como en las mujeres. Era un adiestramiento prohibido fuera de la vigilancia de la Casa Capitular, pero la madre de Teg había sido una de las *herejes* de la Hermandad.

*—Vas a necesitarlo, Miles.*

No había duda de que había existido en ella una cierta presciencia. Lo había armado contra las Imprimadoras adiestradas en la amplificación orgásmica para fijar los lazos inconscientes... macho a hembra.

*Lucilla y Duncan. Una imprimación en ella sería una imprimación en Odrade.*

Teg casi oyó las piezas hacer clic cuando encajaron juntas en su mente. Entonces, ¿y la muchacha allá en Rakis? ¿Iba a enseñar las técnicas de seducción a su imprimado pupilo, armarlo para seducir a la que mandaba a los gusanos?

*Todavía faltan datos para una Primera Computación.*

Teg hizo una pausa al final del peligroso paso de roca. Volvió a guardar la manta

de camuflaje de vida y cerró su mochila mientras Duncan y Lucilla aguardaban cerca, detrás de él. Teg lanzó un suspiro. La manta siempre le preocupaba. No tenía los poderes deflectores de un escudo completo de batalla, pero si el rayo de una pistola láser la alcanzaba, el subsiguiente fuego inmediato podía ser fatal.

*¡Juguetes peligrosos!*

Así era como siempre había calificado Teg a esas armas y artilugios mecánicos. Mejor confiar en tus propias habilidades, tu propia carne, y las Cinco Actitudes de la Manera Bene Gesserit tal como su madre se las había enseñado.

*Utiliza los instrumentos tan sólo cuando sean absolutamente necesarios para amplificar la carne:* esa era la enseñanza Bene Gesserit.

—¿Por qué nos detenemos? —susurró Lucilla.

—Estoy escuchando la noche —dijo Teg.

Duncan, su rostro una mancha fantasmal a la luz de las estrellas filtrada por los árboles, miró a Teg. Los rasgos de Teg lo tranquilizaron. Estaban alojados en algún lugar en su aún no disponible memoria, pensó Duncan. *Puedo confiar en este hombre.*

Lucilla sospechaba que se detenían allí porque el viejo cuerpo de Teg exigía un respiro pero él no podía permitirse el reconocerlo. Teg había dicho que su plan de escape incluía una forma de trasladar a Duncan a Rakis. Muy bien. Eso era todo lo que importaba por el momento.

Había imaginado ya que su refugio, en algún lugar allí al frente, debía incluir una no–nave o una no–cámara. Ninguna otra cosa sería suficiente. De alguna forma, Patrin había sido la clave de todo ello. Los pocos indicios que había dejado entrever Teg revelaban que Patrin era la fuente de su vía de escape.

Lucilla había sido la primera en darse cuenta de lo que Patrin iba a tener que pagar por su escapatoria. Patrin era el vínculo más débil. Se había quedado atrás, donde Schwangyu podía capturarlo. La captura del reclamo era algo inevitable. Sólo un estúpido supondría que una Reverenda Madre con los poderes de Schwangyu sería incapaz de arrancarle los secretos a un simple hombre. Puede que Schwangyu ni siquiera necesitara la persuasión dura. Las sutilezas de la Voz y esas dolorosas formas de interrogatorio que seguían siendo monopolio de la Hermandad —la caja de la agonía y las presiones nervio–nodales—, aquello era todo lo que se requería. La forma que iba a tomar la lealtad de Patrin había quedado muy clara para Lucilla. ¿Cómo podía haber sido Teg tan ciego?

*¡Amor!*

Ese largo y sincero vínculo entre los dos hombres. Schwangyu actuaría rápida y brutalmente. Patrin lo sabía. Teg no había examinado su propia convicción.

La voz de Duncan la arrancó de aquellos pensamientos.

—¡Un tóptero! ¡Detrás de nosotros!

—¡Rápido! —Teg arrancó la manta de su mochila y la arrojó sobre ellos. Se acurrucaron en la oscura y olorosa tierra, escuchando mientras el ornitóptero pasaba por encima. No se detuvo ni volvió.

Cuando estuvieron seguros de no haber sido detectados, Teg los condujo de nuevo por el *sendero de la memoria* de Patrin.

—Era un rastreador —dijo Lucilla—. Están empezando a sospechar... o Patrin...

—Reservad vuestras energías para la marcha —restalló Teg.

Ella no siguió aguijoneando. Los dos sabían que Patrin estaba muerto. Discutir sobre aquello hubiera sido agotador.

*Este Mentat va cada vez más profundo*, se dijo a sí misma Lucilla.

Teg era el hijo de una Reverenda Madre, y esa madre lo había adiestrado más allá de los límites permitidos antes de que la Hermandad lo tomara en sus manipuladoras manos. El ghola no era el único con recursos desconocidos.

Su camino empezó a trazar eses, ascendiendo por lo ladera de una empinada colina cubierta por un espeso bosque. La luz de las estrellas no atravesaba las hojas de los árboles. Tan sólo la maravillosa memoria del Mentat los mantenía en el sendero.

Lucilla captaba el mantillo bajo sus pies. Escuchaba los movimientos de Teg, leyéndolos para guiar sus propios pasos.

*Cuán silencioso está Duncan*, pensó. *Cuán cerrado sobre sí mismo*. Obedecía órdenes. Seguía a Teg allá donde éste le conducía. Captaba la cualidad de la obediencia de Duncan. Seguía su propio consejo. Duncan obedecía porque le convenía hacerlo... por ahora la rebelión de Schwangyu había plantado algo salvajemente independiente en el ghola. ¿Y esas cosas que los tleilaxu habían plantado en él por iniciativa propia?

Teg se detuvo en un lugar plano bajo los altos árboles para recuperar el aliento. Lucilla lo podía oír respirar pesadamente. Aquello le recordó una vez más que el Mentat era un hombre muy viejo, demasiado viejo para aquellos esfuerzos. Habló suavemente:

—¿Os encontráis bien, Miles?

—Os lo diré cuando no sea así.

—¿Cuánto falta todavía? —preguntó Duncan.

—Ya queda muy poco.

Reanudó su marcha a través de la noche.

—Debemos apresurarnos —dijo—. Ese promontorio rocoso de ahí es la última referencia.

Ahora que había aceptado el hecho de la muerte de Patrin, los pensamientos de Teg giraban como la aguja de una brújula a Schwangyu y a lo que la mujer debía estar experimentando. Schwangyu debía sentir su mundo desmoronarse a su

alrededor. ¡Los fugitivos llevaban cuatro noches perdidos! ¡La gente que podía eludir de esta forma a una Reverenda Madre podía hacer cualquier cosa! Por supuesto, los fugitivos probablemente habían abandonado el planeta a aquellas alturas. Una no-nave. Pero ¿y si...?

Los pensamientos de Schwangyu debían estar llenos de «y si».

Patrin había sido el frágil nexo de unión, pero Patrin había sido bien adiestrado en la extirpación de frágiles nexos, adiestrado por un maestro... Miles Teg.

Teg barrió la humedad que afluía a sus ojos con una rápida sacudida de su cabeza. La necesidad inmediata requería ese núcleo de honestidad interna que él no podía evitar. Teg nunca había sido un buen mentiroso, ni siquiera para sí mismo. Muy al principio de su adiestramiento, se había dado cuenta de que su madre y las demás personas implicadas en su educación lo habían condicionado a un profundo sentido de honestidad personal.

*Adherencia a un código de honor.*

El código en sí, cuando reconoció su forma en él, atrajo la fascinada atención de Teg. Empezó con el reconocimiento de que los seres humanos habían sido creados iguales, que poseían distintas habilidades heredadas y experimentaban acontecimientos distintos en sus vidas, Aquello producía gente con diferentes logros y diferente valor.

Para obedecer a su código, Teg se dio cuenta muy pronto de que tenía que situarse cuidadosamente a sí mismo en el flujo de jerarquías observables, aceptando que podía llegar un momento en el cual dejara de evolucionar.

El condicionamiento del código se fue haciendo más profundo. Nunca pudo descubrir sus últimas raíces. Obviamente estaba unido a algo intrínseco a su humanidad. Dictaba con enorme energía los límites de comportamiento permitidos tanto a aquellos que estaban por encima de él como a aquellos que estaban por debajo en la jerarquía piramidal.

*La clave de lo que se recibía a cambio: lealtad.*

Lealtad yendo tanto hacia arriba como hacia abajo, surgiendo allá donde era útil y necesaria. Tales lealtades, sabía Teg, estaban firmemente encerradas dentro de él. No tenía la menor duda de que Taraza lo apoyaría en todo excepto si la situación exigía que él fuera sacrificado para la supervivencia de la Hermandad. Y eso era correcto en sí mismo. Así era como funcionaban en último término las lealtades de todos ellos.

*Soy el Bashar de Taraza. Eso es lo que dice el código.*

Y ese era el código que había matado a Patrin.

*Espero que no sufrieras, viejo amigo.*

Una vez más, Teg hizo una pausa bajo los árboles. Tomando su cuchillo de combate de la funda en su bota, rascó una pequeña marca en un árbol a su lado.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Lucilla.

—Es una marca secreta —dijo Teg—. Tan sólo la gente a la que yo he adiestrado la conoce. Y Taraza, por supuesto.

—¿Pero por qué estáis...?

—Os lo explicaré más tarde.

Teg avanzó unos pasos, deteniéndose junto a otro árbol donde hizo la misma pequeña marca, algo que un animal hubiera podido hacer con una garra, algo que se mezclaba completamente con las formas naturales de aquel agreste entorno.

Mientras seguía adelante, Teg se dio cuenta de que había llegado a una decisión con respecto a Lucilla. Sus planes hacia Duncan tenían que ser desviados. Todas las proyecciones Mentat que podía hacer Teg respecto a la seguridad y cordura de Duncan lo requerían. El despertar de las memorias pre-ghola de Duncan debía ir por delante de cualquier Imprimación por parte de Lucilla. No iba a ser fácil bloquearla, Teg lo sabía. Se necesitaba un mentiroso mejor de lo que él había sido nunca para engañar a una Reverenda Madre.

Debía hacerse todo de modo que pareciera accidental, el resultado normal de las circunstancias. Lucilla no debía sospechar en ningún momento oposición. Teg albergaba pocas ilusiones acerca del éxito contra una atenta Reverenda Madre en una confrontación en proximidad. Mejor matarla. Pensó que eso sí podría hacerlo. ¡Pero las consecuencias! Taraza nunca podría llegar a ver una acción tan sangrienta como un acto de obediencia a sus órdenes.

No, esta vez tendría que refrenarse, aguardar y observar y escuchar.

Emergieron a una pequeña zona abierta con una alta barrera de rocas volcánicas delante de ellos. Pequeños matorrales y arbustos espinosos crecían cerca por entre las rocas, visibles como oscuras manchas a la luz de las estrellas.

Teg vio la forma más oscura de un pequeño túnel bajo los arbustos.

—Tendremos que arrastrarnos el resto del camino —dijo Teg.

—Huelo a cenizas —dijo Lucilla—. Aquí se ha quemado algo.

—Aquí es donde empieza el señuelo —dijo Teg—. Patrin dejó una zona quemada justo a nuestra izquierda, un poco más abajo... simulando las huellas del despegue de una no-nave.

La rápida inspiración de Lucilla fue claramente audible. *¡La audacia!* Aunque Schwangyu hubiera traído a un buscador presciente para seguir el rastro de Duncan (porque tan sólo Duncan entre ellos no llevaba sangre de Siona en sus antepasados para protegerle), todas las huellas apuntarían a que ellos habían llegado hasta allí y abandonado el planeta en una no-nave... a menos...

—¿Pero dónde nos estáis llevando? —preguntó.

—Se trata de un no-globo Harkonnen —dijo Teg—. Lleva milenios aquí, y ahora es nuestro.



## Capítulo XXII

*De forma completamente natural, los detentadores del poder desean suprimir la investigación «salvaje». La búsqueda sin restricciones del conocimiento posee una larga historia de producir una indeseada competición. Los poderosos desean una «línea segura de investigaciones», que desarrolle tan sólo aquellos productos e ideas que puedan ser controlados y, más importante, que permitan que la mayor parte de los beneficios redunden en los inversores internos. Desgraciadamente, un universo al azar lleno de variables relativas no asegura una tal «línea segura de investigaciones».*

### ***Evaluación de Ix, Archivos Bene Gesserit***

Hedley Tuek, Sumo Sacerdote y gobernante titular de Rakis, se sentía inadecuado a las exigencias que acababan de imponérsele.

Una neblinosa noche de polvo envolvía la ciudad de Keen, pero allí en su sala privada de audiencias el brillo de varios globos rechazaba las sombras. Incluso allí en el corazón del Templo, sin embargo, podía oírse el viento, un distante gemido, el periódico tormento de aquel planeta.

La sala de audiencias era una estancia irregular de siete metros de largo por cuatro en su parte más ancha. El otro extremo era casi imperceptiblemente más estrecho. El techo también se inclinaba ligeramente en aquella dirección. Cortinajes de fibra de especia y un hábil empleo de amarillos claros y grises ocultaba esas irregularidades. Una de las cortinas escondía un captador direccional que recogía incluso los más insignificantes sonidos y los llevaba hasta los escuchas fuera de la habitación.

Sólo Darwi Odrade, la nueva comandante del Alcázar Bene Gesserit en Rakis, permanecía sentada con Tuek en la sala de audiencias. Los dos estaban sentados frente a frente, separados por un estrecho espacio definido por sus suaves almohadones verdes.

Tuek intentó refrenar una mueca. El esfuerzo crispó sus normalmente imponentes rasgos en una máscara reveladora. Se había preocupado mucho de prepararse para las confrontaciones de aquella noche. Sus ayudas de cámara habían alisado sus ropas sobre su figura alta y más bien recia. Unas sandalias doradas cubrían sus largos pies. El destiltraje bajo su túnica era tan sólo de exhibición: ni bombas ni bolsillos de recuperación, no requería ningún lento ni engorroso ajuste. Su sedoso pelo gris estaba peinado colgando hasta sus hombros, un marco adecuado para su rostro cuadrado con su amplia y gruesa boca y su prominente mandíbula. Sus ojos adoptaron bruscamente una expresión de benevolencia, una expresión que había copiado de su abuelo. Esa había sido su apariencia cuando había penetrado en la sala de audiencias para acudir

al encuentro de Odrade. En aquel momento se había sentido dominante, pero ahora se sintió de pronto desnudo e inseguro.

*Realmente es un cabeza vacía*, pensó Odrade.

Tuek estaba pensando: *¡No puedo discutir ese terrible Manifiesto con ella! No con un Maestro tleilaxu y esos Danzarines Rostro escuchando en la otra habitación ¿Qué es lo que me ha poseído para permitir eso?*

—Esto es herejía, pura y simple —dijo Tuek.

—Pero sois tan sólo una religión entre muchas —contraatacó Odrade—. Y con la gente volviendo de la Dispersión, la proliferación de cismas y creencias alternativas...

—¡Nosotros somos la única creencia verdadera! —dijo Tuek.

Odrade ocultó una sonrisa. *Está recitando algo aprendido de memoria. Y seguramente Waff lo está escuchando.* Tuek era sorprendentemente fácil de conducir. Si la Hermandad estaba en lo cierto respecto a Waff, las palabras de Tuek irritarían al Maestro tleilaxu.

Con un tono profundo y agorero, Odrade dijo:

—El Manifiesto plantea cuestiones que todos debemos considerar, tanto creyentes como no creyentes.

—¿Qué tiene que ver todo esto con la Sagrada Niña? —preguntó Tuek—. Me dijisteis que deberíamos reunirnos para tratar asuntos relativos a...

—¡Por supuesto! No intentéis negar que sabéis que hay mucha gente que está empezando a adorar a Sheeana. El Manifiesto implica...

—¡El Manifiesto! ¡El Manifiesto! Es un documento herético, que debería ser borrado. En cuanto a Sheeana, ¡debe ser devuelta a nuestro exclusivo cuidado!

—No. —Odrade pronunció suavemente la palabra.

Cuán agitado estaba Tuek, pensó. Su rígido cuello apenas se alteró mientras él movía la cabeza de un lado para otro. Los movimientos señalaban hacia un cortinaje cubriendo una pared a la derecha de Odrade, definiendo el lugar como si la cabeza de Tuek poseyera un rayo trazador que señalara hacia aquel cortinaje en particular. Qué hombre tan transparente, aquel Sumo Sacerdote. Era como si estuviera anunciando que Waff les estaba escuchando desde algún lugar detrás de aquellos cortinajes.

—Vuestro próximo movimiento va a ser llevároslo de Rakis —dijo Tuek.

—Ella se quedará aquí —dijo Odrade—. Tal como os lo prometimos.

—¿Pero por qué no puede...?

—¡Oh, vamos! Sheeana ha expresado claramente sus deseos, y estoy segura de que sus palabras os han sido transmitidas. Desea convertirse en una Reverenda Madre.

—Ella es ya la...

—¡Mi Señor Tuek! No intentéis disimular conmigo. Ella ha formulado sus

deseos, y nosotras nos sentiremos felices de hacer que se cumplan. ¿Por qué deberíais objetar a ello? Las Reverendas Madres sirvieron al Dios Dividido en los tiempos Fremen. ¿Por qué no ahora?

—Vosotras las Bene Gesserit tenéis formas de hacer que la gente diga cosas que no desea decir —acusó Tuek—. No deberíamos discutir esto en privado. Mis consejeros...

—Vuestros consejeros lo único que harían sería enturbiar nuestra discusión. Las implicaciones del Manifiesto Atreides...

—¡Discutiremos solamente acerca de Sheeana! —Tuek adoptó lo que creía que era la postura de un obstinado Sumo Sacerdote.

—*Estamos* discutiendo acerca de ella —dijo Odrade.

—Entonces permitidme dejar claro que exigimos que haya más gente nuestra a su alrededor. Debe ser protegida a toda...

—¿De la forma en que fue protegida en aquel tejado? —preguntó Odrade.

—¡Reverenda Madre Odrade, esto es el Sagrado Rakis! ¡Aquí no tenéis ningún derecho más que los que nosotros os concedamos!

—¿Derechos? Sheeana se ha convertido en el blanco, ¡sí, el blanco!, de muchas ambiciones, ¿y queréis hablar de derechos?

—Mis deberes como Sumo Sacerdote son claros. La Sagrada Iglesia del Dios Dividido deberá...

—¡Mi Señor Tuek! Estoy intentando con mucho esfuerzo mantener la cortesía necesaria. Lo que hago es en vuestro propio bien tanto como en el nuestro. Las acciones que hemos tomado...

—¿Acciones? ¿Qué acciones? —Las palabras brotaron de Tuek con un ronco gruñido. ¡Aquellas terribles brujas Bene Gesserit! ¡Los tleilaxu detrás de él y una Reverenda Madre delante! Tuek se sentía como una pelota en un terrible juego, siendo lanzada hacia adelante y hacia atrás entre terroríficas energías. El pacífico Rakis, el lugar tranquilo de sus rutinas cotidianas, se había desvanecido, y él se había visto proyectado a una arena cuyas reglas no comprendía enteramente.

—He mandado venir al Bashar Miles Teg —dijo Odrade—. Eso es todo. Su grupo de vanguardia va a llegar pronto. Vamos a reforzar vuestras defensas planetarias.

—Os atrevéis a tomar el mando...

—No tomamos el mando de nada. A petición de vuestro propio padre, la gente de Teg reacondicionó vuestras defensas. El acuerdo bajo el que se hizo eso contiene, por petición expresa de vuestro padre, una cláusula exigiendo nuestra periódica revisión.

Tuek permaneció sentado en un aturdido silencio. Waff, aquel ominoso y pequeño tleilaxu, había oído todo aquello. ¡Iba a haber conflicto! Los tleilaxu deseaban un acuerdo secreto relativo a los precios de la melange. No iban a permitir interferencias de la Bene Gesserit.

Odrade había hablado del padre de Tuek, y ahora Tuek únicamente deseaba que fuera su padre, muerto hacía tanto tiempo, el que estuviera sentado allí. Un hombre duro. El hubiera sabido cómo tratar con aquellas fuerzas contrapuestas. *El* siempre había sabido manejar muy bien a los tleilaxu. Tuek recordaba haber estado escuchando (¡del mismo modo que Waff estaba escuchando ahora!) a un enviado tleilaxu llamado Wose... y a otro llamado Pook. Ledden Pook. Qué extraños nombres tenían.

Los confusos pensamientos de Tuek le ofrecieron bruscamente otro nombre. Odrade acababa de mencionarlo: *¡Teg!* ¿Estaba aún en activo aquel viejo monstruo?

Odrade estaba hablando de nuevo. Tuek intentó tragar el nudo que se había formado en su garganta mientras se inclinaba hacia adelante, obligándose a prestar atención.

—Teg examinará también vuestras defensas interiores. Después de ese estrepitoso fracaso en el techo del Templo...

—Oficialmente, prohíbo esta interferencia en nuestros asuntos internos —dijo Tuek—. No es necesaria. Nuestros Sacerdotes Guardianes son lo bastante aptos como para...

—¿Aptos? —Odrade agitó tristemente la cabeza—. Qué palabra más poco apta, dadas las nuevas circunstancias en Rakis.

—¿Qué nuevas circunstancias? —Había terror en la voz de Tuek.

Odrade simplemente se quedó sentada allí, mirándole.

Tuek intentó poner por la fuerza un poco de orden a sus pensamientos. ¿Era posible que ella supiera que los tleilaxu estaban escuchando? ¡Imposible! Inhaló temblorosamente. ¿Qué era aquello acerca de las defensas de Rakis? Las defensas eran excelentes, se tranquilizó a sí mismo. Tenía los mejores monitores y no-naves de Ix. Más que eso, poseía la ventaja por encima de todas las demás potencias independientes de ser la única otra fuente de especia.

*¡Ventaja por encima de todos excepto de los tleilaxu, con su maldita superproducción de melange de sus tanques axlotl!*

Aqué! era un pensamiento desmoralizador. ¡Había un Maestro tleilaxu escuchando todo lo que se estaba diciendo en la sala de audiencias!

Tuek apeló a Shai-Hulud, el Dios Dividido, para que le protegiera. Aquel terrible hombrecillo ahí atrás decía que hablaba también en nombre de los ixianos y de las Habladoras Pez. Había exhibido documentos. ¿Eran esas las «nuevas circunstancias» de las que hablaba Odrade? ¡Nada quedaba oculto por mucho tiempo a las brujas!

El Sumo Sacerdote no pudo evitar un estremecimiento al pensar en Waff: aquella cabecita redonda, aquellos brillantes ojos, aquella nariz respingona y aquellos afilados dientes en aquella frágil sonrisa. Waff tenía el aspecto de un niño apenas crecido hasta que uno se enfrentaba a sus ojos y le oía hablar con su voz chillona.

Tuek recordó que su propio padre se había quejado de aquellas voces:

—¡Los tleilaxu dicen cosas tan terribles con sus vocecillas infantiles!

Odrade se agitó en sus almohadones. Pensaba en Waff escuchando ahí afuera. ¿Habría oído lo suficiente? Seguro que sus propias escuchas secretas debían estar formulándose aquella misma pregunta en aquel momento. Las Reverendas Madres siempre escuchaban de nuevo las grabaciones de aquellas contiendas verbales, buscando mejoras y nuevas ventajas para la Hermandad.

*Waff ya ha oído lo suficiente*, se dijo Odrade. *Es hora de cambiar de juego.*

Con su tono más desapasionado, Odrade dijo:

—Mi Señor Tuek, alguien importante está escuchando lo que decimos aquí. ¿Es educado que tal persona escuche secretamente?

Tuek cerró los ojos. *¡Lo sabe!*

Abrió los ojos y se encontró con la impasible mirada de Odrade. Tenía el aspecto de alguien que está dispuesto a esperar toda una eternidad su respuesta.

—¿Educado? Yo... yo...

—Invítad a ese oyente secreto a que venga a sentarse con nosotros —dijo Odrade.

Tuek se pasó una mano por su húmeda frente. Su padre y su abuelo, Sumos Sacerdotes antes que él, habían preparado respuestas rituales para muchas ocasiones, pero ninguna para un instante como éste. ¿Invitar al tleilaxu a sentarse allí? ¿En aquella sala con...? Tuek recordó de pronto que no le gustaba el olor de los Maestros tleilaxu. Su padre se había quejado también de eso:

—¡Huelen a comida repugnante!

Odrade se puso en pie.

—Será mejor que me dirija personalmente al que está escuchando mis palabras —dijo—. ¿Debo ir yo misma a invitar al oculto oyente a que...?

—¡Por favor! —Tuek permaneció sentado, pero alzó una mano para detenerla—. Tuve muy pocas posibilidades. Se presentó con documentos de las Habladoras Pez y de los ixianos. Dijo que nos ayudaría a conseguir que Sheeana regresara a nuestros...

—¿Ayudaros? —Odrade bajó la vista hacia el sudoroso sacerdote con algo parecido a la piedad. ¿Aquel hombre creía gobernar Rakis?

—Pertenece a la Bene Tleilax —dijo Tuek—. Se llama Waff, y...

—Sé cómo se llama y sé por qué está aquí, mi Señor Tuek. Lo que me sorprende es que vos le permitáis que espíe en...

—¡No está espionando! Estamos negociando. Quiero decir, hay nuevas fuerzas a las cuales deberemos ajustar nuestras...

—¿Nuevas fuerzas? Oh, sí: las rameras de la Dispersión. ¿Ha traído ese Waff algunas con él?

Antes de que Tuek pudiera responder, la puerta lateral de la sala de audiencias se abrió. Waff entró como obedeciendo a una señal, con dos Danzarines Rostro tras él.

—¡Sólo vos! —dijo Odrade, señalándole con un dedo—. Esos otros no han sido invitados, ¿no es así, mi Señor Tuek?

Tuek se puso pesadamente en pie, notando la proximidad de Odrade, recordando todas las terribles historias acerca de las proezas físicas de las Reverendas Madres. La presencia de Danzarines Rostro era un añadido más a su confusión. Siempre lo llenaban de tan terribles recelos.

Volviéndose hacia la puerta e intentando componer sus rasgos en una expresión invitadora, Tuek dijo:

—Sólo... sólo el Embajador Waff, por favor.

Las palabras ardieron en la garganta de Tuek. ¡Era algo mucho peor que terrible! Se sentía desnudo ante toda aquella gente.

Odrade hizo un gesto hacia un almohadón a su lado.

—Waff, ¿verdad? Por favor, acercaos y sentaos.

Waff le dirigió una inclinación de cabeza como si nunca antes la hubiera visto. *¡Qué educado!* Con un gesto a sus Danzarines Rostro para que permanecieran fuera, avanzó hacia el almohadón indicado, pero permaneció de pie junto a él.

Odrade vio el flujo de tensiones agitarse en el pequeño tleilaxu. Algo parecido a un gruñido aleteó en sus labios. Todavía seguía llevando aquellas armas en sus mangas. ¿Estaba dispuesto a romper su acuerdo?

Era el momento, pensó Odrade, de que las sospechas de Waff adquirieran de nuevo toda su fuerza original y más. Debía sentirse atrapado por las maniobras de Taraza. ¡Waff deseaba sus madres procreadoras! La vaharada de sus feromonas anunciaba sus más profundos miedos. De modo que se atenía mentalmente a parte de su acuerdo... o al menos a una *forma* de ese acuerdo. Taraza no esperaba que Waff estuviera realmente dispuesto a compartir todo el conocimiento que había obtenido de las Honoradas Matres.

—Mi Señor Tuek me ha contado que habéis estado... ahhh, negociando —dijo Odrade. *¡Hagamos que recuerde esa palabra!* Waff sabía dónde deberían concluirse las auténticas negociaciones. Mientras hablaba, Odrade se dejó caer de rodillas, luego reclinada, sobre su almohadón, pero sus pies siguieron colocados de tal modo que en cualquier momento pudiera reaccionar ante un intento de ataque por parte de Waff.

Waff bajó la vista hacia ella y luego hacia el almohadón que ella le había indicado para él. Lentamente, se dejó caer en el almohadón, pero sus brazos permanecieron apoyados sobre sus rodillas, las mangas dirigidas hacia Tuek.

*¿Qué es lo que está haciendo?*, se preguntó Odrade. Los movimientos de Waff decían que estaba siguiendo sus propios planes.

—He estado intentando —dijo Odrade— hacer comprender al Sumo Sacerdote la importancia del Manifiesto Atreides para nuestro mutuo...

—¡Atreides! —exclamó Tuek. Casi se dejó caer en su almohadón—. No puede

ser Atreides.

—Un manifiesto muy persuasivo —dijo Waff, reforzando los evidentes temores de Tuek.

Al menos *eso* se correspondía con el plan, pensó Odrade.

Dijo:

—La promesa del S'tori no puede ser ignorada. Mucha gente equipara el S'tori a la presencia de su dios.

Waff le lanzó una sorprendida y furiosa mirada.

—El Embajador Waff me ha dicho que ixianos y Habladoras Pez se sienten alarmados por ese documento —dijo Tuek—, pero lo he tranquilizado diciéndole...

—Creo que podemos ignorar a las Habladoras Pez —dijo Odrade—. Oyen el ruido de dios por todas partes.

Waff reconoció la entonación especial de sus palabras. ¿Estaba dándole la razón en aquello? Por supuesto, estaba en lo cierto en lo referente a las Habladoras Pez. Se habían apartado tanto de sus antiguas devociones que su influencia era mínima, y cualquiera que fuese esa influencia podía ser dirigida por los nuevos Danzarines Rostro que ahora las guiaban.

Tuek intentó sonreírle a Waff.

—Habláis de ayudarnos a...

—Habrà tiempo para eso más tarde —interrumpió Odrade. Tenía que mantener la atención de Tuek centrada en el documento que tanto le preocupaba. Citó del Manifiesto: «Vuestra voluntad y vuestra fe... vuestro sistema de creencias... minan vuestro universo.»

Tuek reconoció las palabras. Había leído el terrible documento. Aquel *Manifiesto* decía que Dios y toda su obra no eran más que creaciones humanas. Se preguntó cómo debía responder. Ningún Sumo Sacerdote podía permitir que algo así quedara sin contestar.

Antes de que Tuek encontrara las palabras, Waff intercambió una mirada con Odrade y respondió en una forma que sabía que ella iba a interpretar correctamente. Odrade no podía hacer menos, siendo quién era.

—El error de la presciencia —dijo Waff—. ¿No es así como lo llama este documento? ¿No es ahí donde dice que la mente del creyente se estanca?

—¡Exactamente! —dijo Tuek. Se sintió agradecido hacia el tleilaxu por su intervención. ¡Aquél era precisamente el núcleo de esta peligrosa herejía!

Waff no le miró, sino que continuó con los ojos fijos en Odrade. ¿Había pensado la Bene Gesserit que sus designios eran inescrutables? Dejemos que se enfrenten con un poder mayor que el suyo. ¡Se creían tan fuertes! ¡Pero la Bene Gesserit no sabía realmente cómo el Altísimo guardaba el futuro del Shariat!

Tuek no pensaba detenerse allí.

—¡Ataca todo lo que nosotros consideramos sagrado! ¡Y se está difundiendo por todas partes!

—Por medio de los tleilaxu —dijo Odrade.

Waff alzó sus mangas, dirigiendo sus armas hacia Tuek. Vaciló únicamente porque vio que Odrade había reconocido parte de sus intenciones.

Tuek miró del uno al otro. ¿Era cierta la acusación de Odrade? ¿O era tan sólo otro truco Bene Gesserit?

Odrade vio la vacilación de Waff y supuso sus razones. Sondeó su mente, buscando una respuesta a sus motivaciones. ¿Qué ventaja obtendría el tleilaxu matando a Tuek? Obviamente, Waff pretendía sustituir al Sumo Sacerdote por uno de sus Danzarines Rostro. Pero ¿qué conseguiría con ello?

Ganando tiempo, Odrade dijo:

—Deberíais ser muy cauteloso con lo que hacéis, *Embajador* Waff.

—¿Cuándo ha gobernado nunca la cautela en las grandes necesidades? —preguntó Waff.

Tuek se puso en pie y se dirigió pesadamente hacia un lado, retorciéndose las manos.

—¡Por favor! Estos recintos son sagrados. Es un error discutir herejías aquí, a menos que planeéis destruirlos. —Miró a Waff—. No es cierto, ¿verdad? Los tleilaxu no sois los autores de tan terrible documento.

—No es nuestro —admitió Waff. ¡Maldito sea ese mequetrefe de sacerdote! Tuek estaba ahora a un lado y presentaba de nuevo un blanco móvil.

—¡Lo sabía! —dijo Tuek, situándose detrás de Waff y Odrade.

Odrade mantuvo su mirada fija en Waff. ¡Estaba planeando asesinato! Estaba segura de ello.

Tuek habló detrás de ella.

—No sabéis lo equivocada que estáis respecto a nosotros, Reverenda Madre. Ser Waff nos ha pedido que formemos un monopolio de melange. Yo le expliqué que nuestro precio a la Bene Gesserit debe permanecer invariable porque una de vosotras fue la abuela de Dios.

Waff inclinó la cabeza, aguardando. El sacerdote volvería a ponerse de nuevo a tiro. Dios no permitiría un fracaso.

Tuek permaneció detrás de Odrade, mirando a Waff. Un estremecimiento sacudió su cuerpo. Los tleilaxu eran tan... tan repelentes y amorales. No podía confiarse en ellos. ¿Cómo podía ser aceptada la negativa de Waff?

Sin dejar de observar a Waff, Odrade dijo:

—Pero, mi Señor Tuek, ¿la perspectiva de unos mayores ingresos no os resultó atractiva? —Vio el brazo de Waff girar ligeramente, casi apuntándola a ella. Sus intenciones se hicieron claras.



—Mi Señor Tuek —dijo Odrade—, este tleilaxu pretende asesinarlos a los dos.

A sus palabras, Waff alzó rápidamente sus dos brazos, intentando apuntar a los dos separados y difíciles blancos. Antes de que sus músculos respondieran, Odrade estaba bajo su guardia. Oyó el débil silbido de los lanzadores de dardos, pero no sintió ninguna picadura. Su brazo se alzó en un cortante golpe para romper el brazo derecho de Waff. Su pie derecho rompió su brazo izquierdo.

Waff gritó.

Nunca hubiera sospechado una tal rapidez en una Bene Gesserit. Era casi igual a lo que había visto en la Honorada Madre en la nave de conferencias ixiana. Incluso a través de su dolor se dio cuenta de que debía informar de aquello. ¡Las Reverendas Madres gobernaban las derivaciones sinápticas bajo compulsión!

La puerta detrás de Odrade se abrió de golpe. Dos Danzarines Rostro de Waff penetraron rápidamente en la sala. Pero Odrade estaba ya detrás de Waff, ambas manos en su garganta.

—¡Quietos, o él muere! —gritó.

Los dos se inmovilizaron.

Waff se debatió bajo sus manos.

—¡Quietos! —ordenó ella. Odrade miró a Tuek tendido en el suelo a su derecha. Un dardo había hecho blanco.

—Waff ha matado al Sumo Sacerdote —dijo Odrade, hablando a sus propios oyentes secretos.

Los dos Danzarines Rostro siguieron mirándola. Su indecisión era fácil de ver. Ninguno de ellos, observó, se había dado cuenta de cómo aquello les situaba en manos de la Bene Gesserit. ¡Los tleilaxu estaban atrapados!

Se dirigió a los Danzarines Rostro:

—Retiraos y llevaos ese cuerpo al pasillo, y cerrad la puerta. Vuestro Maestro ha hecho algo estúpido. Os necesitará más tarde. —A Waff, dijo—: Por el momento, me necesitáis más a mí de lo que necesitáis a vuestros Danzarines Rostro. Decidles que se marchen.

—Iros —graznó Waff.

Cuando los Danzarines Rostro siguieron mirándola, Odrade dijo:

—Si no os marcháis inmediatamente, lo mataré y luego me encargaré de vosotros dos.

—¡Haced lo que os dice! —chilló Waff.

Los Danzarines Rostro tomaron aquello como una orden de obedecer a su Maestro. Odrade oyó algo más en la voz de Waff. Obviamente podía hablarse de histeria suicida.

Una vez estuvo a solas con él, Odrade le quitó las descargadas armas de sus mangas y las guardó en uno de sus bolsillos. Podrían ser examinadas con detalle más

tarde. Había poco que pudiera hacer por sus huesos rotos excepto reducirlo brevemente a la inconsciencia y arreglarlos. Improvisó unas tablillas mediante almohadones y trozos retorcidos de tela verde del mobiliario del Sumo Sacerdote.

Waff recuperó rápidamente la consciencia. Gruñó cuando miró a Odrade.

—Vos y yo somos aliados ahora —dijo Odrade—. Las cosas que han ocurrido en esta estancia han sido oídas por alguna de mi gente y por representantes de una facción que deseaba reemplazar a Tuek por uno de los suyos.

Todo aquello era demasiado rápido para Waff. Tardó un momento en captar lo que ella había dicho. Su mente se centró, sin embargo, en lo más importante.

—¿Aliados?

—Imagino que resultaba difícil tratar con Tuek —dijo ella—. Ofrecerle unos obvios beneficios era suficiente para que invariablemente se derritiera. Les habéis hecho un favor a algunos de los sacerdotes matándolo.

—¿Están escuchando ahora? —chilló Waff.

—Naturalmente. Discutamos vuestro propuesto monopolio de la especia. El desgraciadamente fallecido Sumo Sacerdote dijo que vos lo habíais mencionado. Dejadme ver si puedo deducir la extensión de vuestro ofrecimiento.

—Mis brazos —gimió Waff.

—Todavía estáis vivo —dijo ella—. Dad gracias por mi buen juicio. Hubiera podido mataros.

El giró su cabeza apartándola de ella.

—Hubiera sido mejor.

—No para la Bene Tleilax, y seguramente no para mi Hermandad —dijo ella—. Dejadme ver. Sí, prometisteis proporcionar a Rakis nuevas factorías de especia, el nuevo modelo aéreo, que solamente tocan el desierto con sus cabezas barredoras.

—¡Estuvisteis escuchando! —acusó Waff.

—En absoluto. Una proposición muy atractiva; puesto que estoy segura de que los ixianos las están suministrando gratuitamente por sus propias razones. ¿Debo proseguir?

—Dijisteis que somos aliados.

—Un monopolio forzaría a la Cofradía a comprar más máquinas de navegación ixianas —dijo ella—. Tendríais a la Cofradía en las fauces de vuestra trituradora.

Waff alzó la cabeza para mirarla con ojos centelleantes. El movimiento arrojó un ramalazo de agonía por sus rotos brazos y gimió. Pese al dolor, estudió a Odrade con entrecerrados ojos. ¿Creían realmente las brujas que éste era el alcance del plan tleilaxu? Difícilmente se atrevía a esperar que la Bene Gesserit se equivocara tanto.

—Naturalmente, este no es vuestro plan básico —dijo Odrade.

Waff abrió mucho los ojos. ¡Ella estaba leyendo su mente!

—Estoy deshonrado —dijo—. Cuando salvasteis mi vida salvasteis algo inútil. —

Se dejó caer hacia atrás.

Odrade inspiró profundamente. *Es el momento de utilizar los resultados de los análisis de la Casa Capitular.* Se inclinó hacia Waff y susurró en su oído:

—El Shariat aún os necesita.

Waff jadeó.

Odrade se echó hacia atrás. Aquel jadeo lo decía todo. Análisis confirmado.

—Pensasteis que tendríais mejores aliados en la gente de la Dispersión —dijo ella—. Esas Honoradas Matres y otras prostitutas de su calaña. Os pregunto: ¿acaso el slig se alía con su basura?

Waff había oído esa pregunta formulada tan sólo en kehl. Su rostro estaba pálido, respiraba afanosamente. ¡Las implicaciones de sus palabras! Se obligó a sí mismo a ignorar el dolor en sus brazos. *Aliados*, había dicho ella. ¡Sabía del Shariat! ¿Cómo podía saberlo?

—¿Cómo puede cualquiera de nosotros dos despreocuparse de las muchas ventajas de una Alianza entre la Bene Tleilax y la Bene Gesserit? —preguntó Odrade.

¿*Alianza con las brujas powindah*? La mente de Waff estaba hecha un torbellino. La agonía de sus brazos fue echada tentativamente a un lado. ¡Aquella momento parecía tan frágil! Sintió un ácido regusto a bilis en la parte de atrás de su lengua.

—Ahhh —dijo Odrade—. ¿Oís eso? El sacerdote, Krutansik, y su facción, han llegado al otro lado de nuestra puerta. Propondrán que uno de vuestros Danzarines Rostro asuma la personalidad del difunto Hedley Tuek. Cualquier otra acción causaría demasiados disturbios. Krutansik es un hombre juicioso que ha sabido mantenerse en la sombra hasta ahora. Su tío Stiros lo enseñó bien.

—¿Qué ganará vuestra Hermandad con una alianza con nosotros? —consiguió preguntar Waff.

Odrade sonrió. Ahora podía decir la verdad. Eso era siempre mucho más fácil, y a menudo era el argumento más poderoso.

—Nuestra supervivencia frente a la tormenta es mezclarnos entre los de la Dispersión —dijo Odrade—. La supervivencia de los tleilaxu también. Lo que está más lejos de nuestros deseos es terminar con aquellos que preservan la *Gran Creencia*.

Waff rechinó los dientes. ¡Ella estaba hablando abiertamente! Entonces comprendió. ¿Qué importaba si los demás oían? No podían ver nada de los secretos que se escondían tras sus palabras.

—Nuestras madres procreadoras están preparadas para vos —dijo Odrade. Miró fijamente a los ojos del tleilaxu e hizo con su mano el signo de un sacerdote Zensunni.

Waff sintió que una terrible opresión se aflojaba de su pecho. ¡Lo inesperado, lo impensable, lo *increíble* era cierto! ¡Las Bene Gesserit no eran powindah! ¡Todo el

universo podría seguir a la Bene Tleilax a la Auténtica Fe! Dios no podía permitir otra cosa. ¡Especialmente no allí, en el planeta del Profeta!

## Capítulo XXIII

*La burocracia destruye la iniciativa. Hay pocas cosas que los burócratas odien más que la innovación, especialmente la innovación que produce mejores resultados que las viejas rutinas. Las mejoras siempre hacen que aquellos que se hallan en la cúspide aparezcan como unos ineptos. ¿A quién le gusta aparecer como inepto?*

### ***Una guía para el método de tanteo en el Gobierno, Archivos Bene Gesserit***

Los informes, los resúmenes y los datos dispersos estaban dispuestos en hileras sobre la larga mesa ante la que se sentaba Taraza. Excepto la guardia nocturna y los servicios esenciales, el Cuartel General de la Casa Capitular dormitaba a su alrededor. Sólo los familiares sonidos de las actividades de mantenimiento penetraban en sus estancias privadas. Dos globos colgaban sobre su mesa, bañando la oscura superficie de madera y las hileras de papel riduliano con su luz amarilla. La ventana más allá de su mesa era un oscuro espejo reflejando la habitación.

*¡Archivos!*

El holoprojector parpadeaba con su constante producción sobre la mesa... más datos e informaciones que ella había solicitado.

Taraza desconfiaba más bien de las Archiveras, lo cual sabía era una actitud ambivalente puesto que reconocía la necesidad de los datos. Pero las Grabaciones de la Casa Capitular tan sólo podían ser visionadas como una jungla de abreviaturas, anotaciones especiales, inserciones codificadas, y notas a pie de página. Un material como ese requería a menudo un Mentat para su traducción o, lo cual era peor, en momentos de extrema fatiga requería que ella se abocara a las Otras Memorias. Todas las Archiveras eran Mentats, por supuesto, pero eso no tranquilizaba a Taraza. Una no podía consultar nunca las Grabaciones del Archivo de una manera directa. Gran parte de la interpretación que emergía de dicha fuente debía ser aceptada bajo la palabra de aquellas que la emitían o (¡peor aún!) había que confiar en la búsqueda mecánica del holosistema. Esto, a su vez, exigía una dependencia hacia aquellos que mantenían el sistema. Lo cual daba a los funcionarios más poder del que Taraza se atrevía a delegar.

*¡Dependencias!*

Taraza odiaba la dependencia. Tenía que admitirlo con pesar, recordándose que pocas situaciones se desarrollaban precisamente como una imaginaba que lo harían. Incluso la mejor de las proyecciones Mentat acumulaba errores... si se le daba el tiempo suficiente.

Sin embargo, cada movimiento que efectuaba la Hermandad requería la consulta de los Archivos y análisis aparentemente interminables. Incluso el comercio ordinario

lo exigía. Encontraba en aquello una fuente frecuente de irritación. ¿Debían formar este grupo? ¿Firmar ese acuerdo?

Siempre llegaba el momento, durante una conferencia, en que se veía obligada a introducir una nota de decisión:

—El análisis de la Archivera Hesterion aceptado.

O, como era más a menudo el caso:

—Informe de la Archivera rechazado; no pertinente.

Taraza se inclinó hacia adelante para estudiar la holoproyección:

«Posible plan de procreación para Sujeto Waff.»

Estudió los números, los planes genéticos de las muestras celulares proporcionadas por Odrade. Los raspados de las uñas de los dedos muy pocas veces proporcionaban el material suficiente para un análisis seguro, pero Odrade había logrado mucho aprovechando la cobertura de curar los huesos rotos del hombre. Taraza agitó la cabeza ante los datos. La descendencia sería seguramente como todas las anteriores que la Bene Gesserit había intentado con los tleilaxu: las hembras serían inmunes a las sondas memorísticas; los machos, por supuesto, serían un caos repelente e impenetrable.

Taraza se reclinó en su asiento y suspiró. Cuando llegó a los informes de procreación, la monumental cantidad de las referencias cruzadas adquirió proporciones asombrosas. Oficialmente, era el «Colegio de Pertinencia Ancestral», CPA para los Archiveros. En general, entre las Hermanas, era conocido como el «Registro de Sementales», lo cual, aunque descriptivo, fallaba en dar la sensación de detalle señalada en el encabezamiento oficial del Archivo. Taraza había solicitado que las proyecciones de Waff fueran avanzadas hasta un límite de trescientas generaciones, una tarea fácil y rápida, suficiente para todas las finalidades prácticas. Trescientas líneas generacionales directas (como con Teg, sus colaterales y hermanos) se habían revelado dignas de confianza a lo largo de milenios. El instinto le decía que sería infructuoso perder más tiempo en las proyecciones de Waff.

El cansancio estaba empezando a dominar a Taraza. Apoyó la cabeza entre sus manos y descansó éstas un momento sobre la mesa, sintiendo la frialdad de la madera.

*¿Y si estoy equivocada con respecto a Rakis?*

Los argumentos de la oposición no podían ser barridos al polvo de los Archivos. ¡Maldita sea esa dependencia de las computadoras! La Hermandad había introducido sus líneas genéticas principales en computadoras incluso en los Días Prohibidos después del Yihad Butleriano y su alocada destrucción de todas las «máquinas pensantes». En estos días «más iluminados», una tendía a no cuestionar los motivos inconscientes tras aquella antigua orgía de destrucción.

*A veces, tomamos todas las decisiones responsables a causa de razones*

*inconscientes. Una búsqueda consciente de los Archivos o las Otras Memorias no ofrece garantías.*

Taraza soltó una de sus manos y dio una palmada contra el sobre de la mesa. No le gustaba tener que tratar con las Archiveras que acudían trotando con *respuestas* a sus preguntas. Eran un grupo desdeñoso, llenas de chistes secretos. Las había oído comparando su trabajo del CPA con el almacenamiento de genes, los Programas Granjeros y las Competiciones de Animales. ¡Malditos fueran sus chistes! Tomar ahora la decisión correcta era algo mucho más importante de lo que ninguna de ellas era capaz de imaginar. Aquellas hermanas subalternas que solamente obedecían órdenes no tenían las responsabilidades de Taraza.

Alzó la cabeza y miró al otro lado de la habitación, al nicho con el busto de la Hermana Chenoeh, la antepasada que había conocido y conversado con el Tirano.

*Tú supiste, pensó Taraza. Nunca llegaste a ser una Reverenda Madre, pero tú supiste. Tus informes lo demuestran: ¿Como sabías como tomar la decisión correcta?*

La petición de Odrade de ayuda militar requería una respuesta inmediata. Los tiempos límite eran demasiado estrechos. Pero con Teg, Lucilla, y el ghola desaparecidos, debía ponerse en marcha el plan de contingencia.

—¡Maldito Teg!

De nuevo su comportamiento inesperado. No podía abandonar al ghola en peligro, por supuesto. Las acciones de Schwangyu habían sido predecibles.

¿Qué había hecho Teg? ¿Había aterrizado en Ysai o en alguna otra de las grandes ciudades de Gammu? No. Si ese hubiera sido el caso, Teg hubiera informado ya a través de uno de los contactos secretos que tenían preparados. Poseía una lista completa de esos contactos y había investigado personalmente algunos de ellos.

Obviamente, Teg no confiaba por completo en los contactos. Había visto algo durante su visita de inspección que no había transmitido a través de Bellonda.

Habría que llamar y dar instrucciones a Burzmali, por supuesto. Burzmali era el mejor, adiestrado por el propio Teg; el candidato principal para Supremo Bashar. Burzmali tenía que ser enviado a Gammu.

*Estoy actuando sobre una corazonada, pensó Taraza.*

Pero si Teg se había ocultado en algún lugar, el rastro empezaba en Gammu. Y también podía terminar allí. Si, había que enviar a Burzmali a Gammu y Rakis debería esperar. Había algunos obvios atractivos en aquel movimiento. No alertaría a la Cofradía. Los tleilaxu y los demás de la Dispersión, sin embargo, morderían el anzuelo. Si Odrade fracasaba en atrapar al tleilaxu... no, Odrade no fracasaría. Eso era casi una certeza.

Lo inesperado.

*¿Lo ves, Miles? He aprendido de ti.*

Sin embargo, nada de aquello desviaba la oposición dentro de la Hermandad.

Taraza apoyó sus palmas sobre la mesa y apretó fuertemente, como si intentara captar a la gente ahí afuera en la Casa Capitular, a todas aquellas que compartían las opiniones de Schwangyu. La oposición vocal había disminuido, pero eso significaba siempre que se estaba preparando la violencia.

*¿Qué debo hacer?*

Se suponía que la Madre Superiora era inmune a la indecisión en una crisis. Pero la conexión tleilaxu había desequilibrado los datos. Algunas de las recomendaciones para Odrade parecían obvias y ya habían sido transmitidas. Toda aquella parte del plan era plausible y simple.

Llevar a Waff al desierto, muy lejos de ojos indeseados. Ingeniar una situación in extremis y la consecuente experiencia religiosa según el antiguo y fiable esquema dictado por la Missionaria Protectora. Comprobar si los tleilaxu estaban utilizando el proceso ghola para su propio tipo de inmortalidad. Odrade era perfectamente capaz de llevar adelante toda esta parte del plan revisado. Un plan que dependía mucho sin embargo de aquella muchacha, Sheeana.

*El propio gusano es lo desconocido.*

Taraza se recordó a sí misma que el gusano de hoy no era el gusano original de Rakis. Pese al demostrado dominio de Sheeana sobre ellos, eran impredecibles. Como dirían los Archivos, no tenían recuerdos de antes. Taraza estaba segura de que Odrade había efectuado una exacta deducción de los rakianos y sus danzas. Eso era algo más que tener en cuenta.

*Un lenguaje.*

*Pero nosotras aún no lo hablamos.* Aquello era negativo.

*¡Debo tomar una decisión esta noche!*

Taraza envió su consciencia superficial hacia atrás, a lo largo de aquella ininterrumpida línea de Madres Superiores, todas aquellas memorias femeninas encapsuladas dentro de la frágil consciencia de ella misma y de otras dos... Bellonda y Hesterion. Era una senda tortuosa a través de las Otras Memorias, que se sentía demasiado cansada para seguir. Exactamente al borde de aquella senda estarían las observaciones de Muad'dib, el bastardo Atreides que había sacudido dos veces el universo... una dominando el Imperio con sus hordas Fremen, y luego dando nacimiento al Tirano.

*Si somos derrotadas esta vez podría ser nuestro fin, pensó. Podríamos ser enteramente tragadas por esas mujeres nacidas del infierno que han regresado de la Dispersión.*

Las alternativas se presentaban ellas solas: la muchacha de Rakis podía ser traída al cuartel general de la Hermandad para vivir el resto de su vida en algún lugar a bordo de una no-nave. Una retirada ignominiosa.

Dependía tanto de Teg. ¿Le había fallado finalmente a la Hermandad, o había



encontrado una forma inesperada de ocultar al ghola?

*Debo encontrar una forma de retrasar mi decisión, pensó Taraza. Debemos darle tiempo a Teg para que se comuniquen con nosotras. Odrade tendrá que seguir adelante con el plan en Rakis.*

Era peligroso, pero había que hacerlo.

Rígidamente, Taraza se alzó de su silla—perro y se dirigió hacia la oscura ventana al otro lado. El Planeta de la Casa Capitular estaba sumido en una oscuridad salpicada de estrellas. Un refugio: el Planeta de la Casa Capitular. Tales planetas ya no recibían nombres; solamente números en algún lugar de los Archivos. Este planeta había visto mil cuatrocientos años de ocupación Bene Gesserit, pero incluso eso podía considerarse como temporal. Pensó en las no-naves guardianas que orbitaban sobre su cabeza: en el fondo el sistema defensivo de Teg. Sin embargo, la Casa Capitular seguía siendo vulnerable.

El problema tenía un nombre: «descubrimiento accidental».

Era un eterno fallo. Allá afuera en la Dispersión, la humanidad se había esparcido exponencialmente, pululando en un espacio limitado. La Senda de Oro del Tirano finalmente segura. ¿Realmente? A buen seguro el gusano Atreides había planeado más que la simple supervivencia de la especie.

*Nos hizo algo que aún no hemos desenterrado... ni siquiera después de todos estos milenios. Creo que sé lo que hizo. Mi oposición dice lo contrario.*

Nunca le resultaba fácil a una Reverenda Madre contemplar el sometimiento que habían sufrido bajo Leto II mientras éste fustigaba a su Imperio durante tres mil quinientos años a lo largo de su Senda de Oro.

*Nos tambaleamos cuando revisamos esos tiempos.*

Viendo su propio reflejo en el oscuro plaz de la ventana, Taraza se miró a sí misma. Su rostro era hosco, con el cansancio fácilmente visible en él.

*¡Tengo todo el derecho a sentirme cansada y hosca!*

Sabía que su adiestramiento la había encaminado deliberadamente por senderos negativos. Esas eran sus defensas y su fuerza. Permanecía distante en todas las relaciones humanas, incluso en las seducciones que había realizado para las Amantes Procreadoras. Taraza era el perpetuo abogado del diablo, y había llegado a convertirse en una fuerza dominante en la Hermandad, una consecuencia natural de su elevación a Madre Superiora. La oposición se desarrollaba fácilmente en un entorno así.

Como decían los sufíes: *La podredumbre en el núcleo siempre se esparce hacia afuera.*

Lo que no decían era que algunas podredumbres eran nobles y valiosas.

Se tranquilizó ahora a sí misma con sus datos más seguros:

La Dispersión había llevado las lecciones del Tirano hacia afuera en las

migraciones humanas, las había cambiado de formas desconocidas pero en última instancia sujetas a reconocimiento. Y, a su debido tiempo, se hallaría una forma de anular la invisibilidad de las no-naves. Taraza no creía que la gente de la Dispersión lo hubiera descubierto todavía... al menos no los que volvían al lugar que les había dado nacimiento.

No había en absoluto ningún camino seguro entre las conflictivas fuerzas, pero creía que la Hermandad se había armado tan bien como le había sido posible. El problema era parecido al de un navegante de la Cofradía haciendo discurrir su nave por entre los pliegues del espacio de una forma que evitara colisiones y trampas.

Trampas, esa era la clave. Y ahí estaba Odrade tendiendo las trampas de la Hermandad a los tleilaxu.

Cuando Taraza pensaba en Odrade, lo cual ocurría a menudo en estos tiempos de crisis, su larga asociación se reafirmaba. Era como si contemplara un descolorido tapiz en el cual algunas figuras conservaban aún todo su esplendor. La más brillante de todas, asegurando la oposición de Odrade cerca de los lugares de mando de la Hermandad, era su capacidad de acortar camino a través de los detalles y llegar al sorprendente meollo de un conflicto. Había como una forma de aquella peligrosa presciencia de los Atreides trabajando secretamente dentro de ella. El utilizar aquel oculto talento era una de las cosas que había suscitado más oposición, y era el argumento que Taraza admitía que tenía más validez. Aquello que trabajaba muy por debajo de la superficie, aquellos ocultos movimientos señalados tan sólo por alguna turbulencia ocasional, ¡*aqué*l era el problema!

—Utilízala, pero estáte siempre preparada para eliminarla —había argumentado Taraza—. Siempre seguiremos poseyendo la mayor parte de su descendencia.

Taraza sabía que podía confiar en Lucilla... siempre que Lucilla hubiera encontrado refugio en algún lugar con Teg y el gholá. Por supuesto, existían asesinos alternos en el Alcázar de Rakis. Esa arma podía desencadenarse pronto.

Taraza experimentó una repentina agitación interna. Las Otras Memorias aconsejaban la máxima precaución. ¡Nunca más perder el control de las líneas genéticas! Sí, si Odrade escapaba de un intento de eliminación, debería ser alejada para siempre. Odrade era una completa Reverenda Madre, y algunas de ellas tendrían que permanecer ahí afuera en la Dispersión... no entre las Honoradas Matres que la Hermandad había observado... pero sin embargo...

¡*Nunca otra vez!* Ese era el código operativo. Nunca otro Kwisatz Haderach u otro Tirano.

Controlar las procreadoras: controlar su proge.

Las Reverendas Madres no morían cuando moría su carne. Se hundían más y más en el núcleo vital de la Bene Gesserit hasta que sus casuales instrucciones e incluso sus observaciones inconscientes se convertían en una parte de la continuidad de la

Hermanidad.

*¡No cometer errores con Odrade!*

La respuesta a Odrade requería una sintaxis específica y un cuidado exquisito. Odrade, que se permitía algunos afectos limitados, «un ligero calor afectivo» los llamaba ella, argumentaba que las emociones proporcionaban una valiosa penetración si no permitías que te dominaran. Taraza veía aquel *ligero calor afectivo* como una forma de llegar al corazón de Odrade, una vulnerable apertura.

*Sé lo que piensas de mí, Dar, con tu ligero calor afectivo hacia una antigua compañera de los días escolares. Crees que soy un peligro potencial para la Hermanidad, pero que puedo ser salvada de mí misma por atentas «amigas».*

Taraza sabía que algunas de sus consejeras compartían la opinión de Odrade, escuchaban pacíficamente y se reservaban su juicio. La mayoría de ellas seguían todavía el camino marcado por su Madre Superiora, pero muchas sabían del extraño talento de Odrade y habían reconocido las dudas de Odrade. Sólo una cosa mantenía a la mayoría de las Hermanas en su camino, y Taraza no pretendía engañarse al respecto.

Cada Madre Superiora actuaba movida por una profunda lealtad hacia su Hermanidad. Nada debía poner en peligro la continuidad de la Bene Gesserit, ni siquiera ella misma. Con su preciso e inflexible autojuicio, Taraza examinaba sus relaciones con respecto a la continuación de la vida de la Hermanidad.

Obviamente, no había ninguna necesidad inmediata de eliminar a Odrade. Sin embargo, ahora Odrade se hallaba tan cerca del centro del designio del gholá que poco de lo que ocurriera allí podía escapar de su sensitiva observación. Mucho de lo que no le había sido revelado iba a ser descubierto. El Manifiesto Atreides había sido casi una apuesta. Odrade, la persona más obvia para producir el Manifiesto, lo único que podía conseguir mientras redactaba el documento era lograr una más profunda penetración, pero las propias palabras eran la barrera definitiva a la revelación.

Waff apreciaría eso, sabía Taraza.

Apartándose de la oscura ventana, Taraza regresó a su silla. El momento de la decisión crucial —adelante o no—adelante podía ser retrasado, pero había que tomar pasos inmediatos. Redactó mentalmente un mensaje piloto y lo examinó mientras enviaba una llamada a Burzmali. El estudiante favorito del Bashar tenía que ser puesto en acción, pero no como Odrade deseaba.

El mensaje a Odrade era esencialmente simple:

«Ayuda en camino. Estás en plena acción, Dar. En lo que se refiere a la seguridad de Sheeana, utiliza tu propio buen juicio. En todos los demás asuntos que no entren en conflicto con mis órdenes, sigue adelante con el plan.»

Bien. Ya estaba. Odrade tenía sus instrucciones, lo esencial que ella aceptaría como «el plan» aunque lo reconociera como un esquema incompleto.

Odrade obedecería. El «Dar» era un toque espléndido, pensó Taraza.

Dar y Tar. Aquella apertura al *ligero calor afectivo* de Odrade no quedaba muy lejos de la dirección del Dar-y-Tar.

## Capítulo XXIV

*La larga mesa a la derecha está dispuesta para un banquete de liebre del desierto asada con salsa cepeda. Los demás platos, siguiendo las agujas del reloj hacía la derecha a partir del extremo más alejado de la mesa, son aplomaje sirtano, chukka a la gelatina, café con melange (nótese el halcón crestado de los Atreides en la urna), pot-a-oie y, en la botella de cristal de Balut, burbujeante vino de Caladan. Nótese el antiguo detector de venenos oculto en el candelabro.*

### ***Dar-es-Balat, descripción de una escena en un museo***

Teg encontró a Duncan en el diminuto comedor junto a la resplandeciente cocina del no-globo. Deteniéndose en la entrada del comedor, Teg estudió cuidadosamente a Duncan: ocho días allí, y el muchacho parecía haberse recuperado finalmente de la peculiar ira que se había apoderado de él apenas entrar en el tubo de acceso al globo.

Habían entrado a través de una poco profunda cueva llena con el almizcleño olor de un oso nativo. Las rocas en la parte de atrás de la osera no eran rocas, aunque hubieran engañado incluso al más sofisticado examen. Una ligera protuberancia en las rocas hacía bascular todo el conjunto si uno sabía o encontraba por casualidad el código secreto. Aquel movimiento circular abría toda la parte de atrás de la cueva.

El tubo de acceso, brillantemente iluminado de forma automática una vez sellada de nuevo la entrada tras ellos, estaba decorado con grifos Harkonnen en paredes y techo. Teg se sintió impresionado ante la imagen de un joven Patrín penetrando por primera vez en aquel lugar (*¡La impresión! ¡La maravilla! ¡La excitación!*), y no observó la reacción de Duncan hasta que un bajo gruñido llenó todo el cerrado espacio.

Duncan siguió gruñendo (era casi un gemido), los puños crispados, la mirada clavada en los grifos Harkonnen a lo largo de la pared de la derecha. Ira y confusión luchaban por la supremacía en su rostro. Alzó ambos puños y los aplastó contra la figura rampante, haciendo que sus manos sangraran.

—¡Malditos sean en los más profundos pozos del infierno! —gritó.

Era una maldición extrañamente madura brotando de aquella boca juvenil.

Al mismo instante de pronunciar aquellas palabras, Duncan fue presa de incontrolados estremecimientos. Lucilla lo rodeó con un brazo y apretó su nuca de una forma suave, casi sensual, hasta que los estremecimientos cesaron.

—¿Por qué he hecho esto? —susurró Duncan.

—Lo sabrás cuando te sean restauradas tus memorias originales —dijo ella.

—Harkonnen —murmuró Duncan, y su rostro enrojeció violentamente. Alzó la vista hacia Lucilla—. ¿Por qué los odio tanto?

—Las palabras no pueden explicarlo —dijo ella—. Tendrás que aguardar a las memorias.

—¡No quiero las memorias! —Duncan lanzó una sorprendida mirada a Teg—. ¡Sí! Si, las quiero.

Más tarde, mientras miraba a Teg en el comedor del no-globo, Duncan volvió a pensar en aquel momento.

—¿Cuándo, Bashar? —preguntó.

—Pronto.

Teg miró a su alrededor. Duncan permanecía sentado solo en la mesa autolimpiante, un vaso de líquido marrón frente a él. Teg reconoció el olor: uno de los muchos productos a base de especia de los depósitos de entropía nula. Los depósitos eran una auténtica casa del tesoro de alimentos exóticos, ropas, armas, y otros artefactos... un museo cuyo valor era imposible calcular. Había una delgada capa de polvo por todo el globo, pero ninguna de las cosas almacenadas allí se había deteriorado. Toda la comida tenía entre sus componentes la melange, no a un nivel de adicto a menos que uno fuera un glotón, pero siempre apreciable. Incluso las frutas en conserva estaban espolvoreadas con especia.

El líquido marrón en el vaso de Duncan era una de las cosas que Lucilla había probado y había calificado de nutritivas. Teg no sabía exactamente cómo las Reverendas Madres hacían esto, pero su propia madre era capaz de ello. Un ligero paladeo, y sabía la composición de la comida o bebida.

Una mirada al ornamentado reloj en la pared le dijo a Teg que era más tarde de lo que pensaba, muy entrada la tercera hora de su arbitraria tarde. Duncan debería estar en la improvisada sala de prácticas, pero ambos habían visto a Lucilla dirigirse a la parte superior del globo, y Teg veía aquello como una posibilidad de hablar los dos sin ser observados.

Tomando una silla, Teg se sentó en el lado opuesto de la mesa.

—¡Odio esos relojes! —dijo Duncan.

—Lo odias todo aquí —dijo Teg, pero echó una segunda mirada al reloj. Era otra antigüedad, una esfera redonda con dos manecillas analógicas y un segundero digital. Las dos manecillas eran priapeanas... figuras humanas desnudas: un largo hombre con un enorme falo y una pequeña mujer con las piernas abiertas. Cada vez que las dos manecillas se juntaban, el hombre parecía estar penetrando a la mujer.

—Vulgar —reconoció Teg. Señaló a la bebida de Duncan—. ¿Te gusta esto?

—Está bien, señor. Lucilla dice que debo tomarlo después del ejercicio.

—Mi madre acostumbraba a prepararme una bebida similar para después de un ejercicio duro —dijo Teg. Se inclinó hacia adelante e inhaló, recordando su sabor, el regusto a melange en su nariz.

—Señor, ¿cuánto tiempo vamos a permanecer aquí? —preguntó Duncan.

—Hasta que seamos hallados por la gente adecuada o hasta que estemos seguros de que no vamos a ser encontrados.

—Pero... aislados aquí, ¿cómo vamos a saberlo?

—Cuando yo juzgue que es el momento, tomaré la manta de camuflaje de vida y empezare a montar guardia fuera.

—¡Odio este lugar!

—Obviamente. ¿Pero no has aprendido nada acerca de la paciencia?

Duncan hizo una mueca.

—Señor, ¿por qué seguís impidiendo que me quede a solas con Lucilla?

Teg, que mientras Duncan hablaba estaba exhalando el aliento, contuvo unos momentos la respiración, luego siguió respirando. Comprendió que el muchacho se había dado cuenta. Entonces, si Duncan lo sabía, ¿Lucilla también lo sabía!

—No creo que Lucilla sepa lo que vos estáis haciendo, señor —dijo Duncan—, pero resulta algo obvio. —Miró a su alrededor—. Si este lugar no atrajera tanto su atención... ¿Dónde va tan a menudo?

—Creo que ha subido a la biblioteca.

—¡La biblioteca!

—Admito que es primitiva, pero no deja de ser fascinante. —Teg alzó su mirada hacia las volutas ornamentales del cercano techo de la cocina. El momento de la decisión había llegado. No podía confiar en que Lucilla siguiera distraída mucho más tiempo. Teg compartía su fascinación, sin embargo. Era fácil perderse entre aquellas maravillas. El complejo del no-globo, de unos doscientos metros de diámetro, era un fósil que se había conservado intacto. Teg sospechaba que era mucho más antiguo que el propio Tirano.

Cuando hablaba de ello, la voz de Lucilla adoptaba una cualidad ronca y susurrante.

—Seguro que el Tirano supo de este lugar.

La consciencia Mentat de Teg se había visto inmersa inmediatamente en aquella sugerencia. *¿Por qué habría permitido el Tirano que la Familia Harkonnen derrochara tanto de lo que quedaba de su fortuna en una empresa como aquella?*

*Quizá por esa misma razón... para arruinarla.*

El costo en sobornos y en cargamentos de la Cofradía de los elementos ixianos debía haber sido astronómico.

—¿Sabía el Tirano que algún día nosotros íbamos a necesitar este lugar? —había preguntado Lucilla.

Pensando en los poderes prescientes que Leto II había demostrado tan a menudo, Teg se había mostrado de acuerdo con aquello.

Mirando a Duncan sentado frente a él, Teg sintió que el vello de su nuca se erizaba. Había algo sobrenatural en aquel escondite Harkonnen, como si el propio

Tirano hubiera estado allí. ¿Qué les había ocurrido a los Harkonnen que lo habían construido? Teg y Lucilla no habían encontrado absolutamente ningún indicio del porqué el globo había sido abandonado.

Ninguno de ellos podía recorrer el no-globo sin experimentar un agudo sentido de la historia. Teg se veía constantemente confundido por preguntas sin respuesta.

Lucilla también había comentado aquello.

—¿Dónde fueron? No hay nada en mis otras Memorias que me proporcione el más ligero indicio.

—Tal vez el Tirano los atrajo fuera de aquí y los mató.

—Voy a volver a la biblioteca. Tal vez hoy encuentre algo.

Durante los primeros dos días de su ocupación, el globo había recibido un atento examen por parte de Lucilla y Teg. Un silencioso y hosco Duncan les seguía como si temiera quedarse solo. Cada nuevo descubrimiento los maravillaba o los impresionaba.

¡Veintiún esqueletos conservados en plaz transparente a lo largo de una pared cerca del centro! Macabros observadores de cualquiera que pasara por allí hasta las cámaras de la maquinaria y los almacenes de entropía nula.

Patrin había advertido a Teg acerca de los esqueletos. En una de sus primeras exploraciones juveniles del globo, Patrin había encontrado grabaciones que decían que los muertos eran los artesanos que habían construido el lugar, todos ellos asesinados por los Harkonnen para conservar el secreto.

Por todo lo demás, el globo era una notable realización, un lugar encapsulado fuera del Tiempo, sellado de todo lo externo. Después de todos aquellos milenios, su maquinaria sin fricción seguía creando una proyección mimética que incluso los más modernos instrumentos no podían distinguir del entorno de rocas y polvo.

—¡La Hermandad debe conseguir este lugar intacto! —no dejaba de decir Lucilla—. ¡Es un auténtico tesoro! ¡Incluso conservaban aquí las grabaciones de las líneas genéticas de su familia!

Aquello no era todo lo que los Harkonnen habían conservado allí. Teg seguía sintiéndose repelido por los sutiles y vulgares toques en casi todo lo que contenía el globo. ¡Cómo aquel reloj! Ropas, instrumentos para mantener el entorno, para educación y placer... todo estaba marcado por aquella compulsión Harkonnen de halagar su despreocupado sentimiento de superioridad con respecto a toda la demás gente y a todos los demás estándares.

Una vez más, Teg pensó en Patrin como un joven en aquel lugar, probablemente no mayor que aquel ghola. ¿Qué había impulsado a Patrin a mantener el secreto incluso ante su propia esposa durante tantos años? Patrin nunca había hablado de las razones de ello, pero Teg había efectuado sus propias deducciones. Una infancia infeliz. La necesidad de poseer su propio lugar secreto. Amigos que no eran amigos



sino tan sólo gente esperando burlarse de él. A ninguno de aquellos compañeros se le permitiría nunca compartir una maravilla como aquella. ¡Eso era! Se trataba de algo más que de un lugar de solitaria seguridad. Había sido el toque privado de victoria de Patrin.

—*Pasé muchas horas felices ahí, Bashar. Todo sigue funcionando todavía. Las grabaciones son antiguas pero excelentes una vez captas el dialecto. Hay muchos conocimientos en el lugar. Pero lo comprenderéis cuando estéis allí. Comprenderéis muchas cosas que yo nunca os he dicho.*

La antigua sala de prácticas mostraba señales del frecuente uso de Patrin. Había cambiado la codificación de las armas en algunos de los autómatas, de una forma que Teg reconoció. Los contadores de tiempo hablaban de horas de tortura muscular en los complicados ejercicios. Aquel globo explicaba las habilidades que Teg siempre había considerado notables en Patrin. Sus talentos naturales habían sido adquiridos allí.

Los autómatas del no-globo eran otro asunto.

La mayoría de ellos representaban un desafío a las antiguas prohibiciones contra tales artilugios. Más que eso, algunos habían sido diseñados para funciones de placer que confirmaban las más desagradables historias que Teg había oído acerca de los Harkonnen. ¡El dolor como placer! A su propia manera, aquellas cosas explicaban la absoluta e inflexible moralidad que Patrin se había llevado de Gammu.

La revulsión creaba sus propios esquemas.

Duncan dio un largo sorbo a su bebida y miró a Teg por encima del borde de su vaso.

—¿Por qué has venido aquí abajo solo cuando te pedí que completaras la última ronda de ejercicios? —preguntó Teg.

—Los ejercicios no tienen sentido. —Duncan depositó su vaso.

*Bien, Taraza, estabas equivocada,* pensó Teg. *Ha decidido independizarse por completo antes de lo que tú predecías.*

También Duncan había dejado de dirigirse a su Bashar con el apelativo de «señor».

—¿Me has desobedecido?

—No exactamente.

—Entonces, ¿qué es *exactamente* lo que estás haciendo?

—¡Tengo que *saber*!

—No te va a gustar mucho cuando sepas.

Duncan pareció desconcertado.

¿Señor?

¡*Ahhh, el «señor» ha vuelto!*

—He estado preparándote para ciertas clases de muy intenso dolor —dijo Teg—.

Es necesario antes de que pueda restaurarte tus memorias originales.

—¿Dolor, señor?

—No conocemos otra forma de hacer regresar al Duncan Idaho original... el que murió.

—Señor, si podéis hacer eso, lo único que sentiré es agradecimiento hacia vos.

—Eso es lo que dices. Pero entonces puede que solamente me veas como un látigo más en manos de aquellos que te han devuelto a la vida.

—¿No es mejor saber, señor?

Teg se pasó el dorso de una mano por su boca.

—Si me odias... no podré culparte por ello.

—Señor, si vos estuvierais en mi lugar, ¿qué sentiríais? —La postura de Duncan, el tono de su voz, su expresión facial... todo ello indicaba una temblorosa confusión.

*Mejor así*, pensó Teg. Los pasos del proceso tenían que ser conducidos con una precisión que exigía que cada respuesta del ghola fuera interpretada con cuidado. Duncan estaba ahora lleno de inseguridad. Deseaba algo, y al mismo tiempo lo temía.

—¡Sólo soy tu maestro, no tu padre! —dijo Teg.

Duncan se echó hacia atrás ante la dureza del tono.

—¿No sois mi amigo?

—Esa es una calle con dos direcciones. El Duncan Idaho original deberá responder por sí mismo a eso.

Una expresión velada cubrió los ojos de Duncan.

—¿Recordaré este lugar, el Alcázar, Schwangyu y...?

—Todo. Albergarás una especie de memoria de doble visión durante un tiempo, pero lo recordarás todo.

Una expresión cínica apareció en el rostro del joven y, cuando habló, lo hizo con amargura.

—Así que vos y yo seremos camaradas.

Con todo el mando y la presencia de un Bashar en su voz, Teg siguió con precisión las instrucciones del despertar.

—No me siento particularmente interesado en convertirme en tu camarada. —Clavó una inquisitiva mirada en el rostro de Duncan—. Puede que te conviertas en un Bashar algún día. Creo que es posible que tengas madera para ello. Pero yo llevaré ya mucho tiempo muerto por aquel entonces.

—¿Sólo sois camarada con los Bashar?

—Patrin era mi camarada, y nunca llegó más allá de jefe de pelotón.

Duncan contempló su vaso vacío, luego miró a Teg.

—¿Por qué no tomáis nada? También habéis trabajado duro ahí arriba.

*Una pregunta perspicaz.* No debía subestimar a aquel joven. Sabía que compartir la comida era uno de los más antiguos rituales de asociación.

—El olor de tu bebida ha sido suficiente —dijo Teg—. Viejas memorias. No las necesito precisamente ahora.

—Entonces, ¿por qué habéis bajado?

Ahí estaba, revelado en la joven voz... esperanza y miedo. Deseaba que Teg dijera una cosa en particular.

—Quería tomar una medida exacta de hasta cuán lejos te habían llevado esos ejercicios —dijo Teg—. Necesitaba bajar aquí y mirarte.

—¿Por qué tan exacta?

¡Esperanza y miedo! Era el momento de variar cuidadosamente el enfoque.

—Nunca antes había adiestrado a un ghola.

*Ghola*. La palabra quedó suspendida entre ellos, colgando junto con los olores de la cocina que los filtros del globo no habían acabado de barrer del aire. ¡*Ghola*! La palabra se enredaba con el fuerte olor a especia procedente del vaso vacío de Duncan.

Duncan se inclinó hacia adelante sin hablar, con expresión ansiosa. Una observación de Lucilla acudió a la mente de Teg: *Sabe cómo utilizar el silencio*.

Cuando resultó obvio que Teg no iba a extenderse sobre aquella simple afirmación, Duncan se reclinó en su asiento con una expresión decepcionada. La comisura izquierda de su boca se curvó hacia abajo, una hosca y malhumorada expresión. Todo se iba enfocando hacia adentro de la forma en que tenía que hacerlo.

—No viniste aquí abajo para estar solo —dijo Teg—. Viniste para ocultarte. Sigues ocultándote aquí dentro y crees que nadie va a encontrarte nunca.

Duncan puso una mano ante su boca. Era un gesto señal que Teg había estado aguardando. Las instrucciones para aquel momento eran claras: «*El ghola desea que sean despertadas sus memorias originales y lo teme al mismo tiempo. Esta es la principal barrera que hay que derribar.*»

—¡Quítate la mano de la boca! —ordenó Teg.

Duncan dejó caer su mano como si acabara de recibir una quemadura. Miró a Teg como un animal atrapado.

«*Habla con la verdad*», advertían las instrucciones de Teg. «*En este momento, con todos los sentidos ardiendo, el ghola verá en tu corazón.*»

—Quiero que sepas —dijo Teg— que lo que la Hermandad me ha ordenado que te haga es algo que me desagrada.

Duncan pareció encogerse sobre sí mismo.

—¿Qué es lo que os ha ordenado que hagáis?

—Las habilidades que se me ordenó enseñarte tienen un fallo.

—¿Un fallo?

—Parte de ellas son adiestramiento comprensivo, la parte intelectual. En este aspecto, has sido llevado hasta el nivel de un comandante de regimiento.

—¿Mejor que Patrin?

—¿Por qué deberías ser mejor que Patrin?

—¿No era él vuestro camarada?

—Sí.

—¡Dijisteis que nunca fue más allá de jefe de pelotón!

—Patrin era completamente capaz de tomar el mando de toda una fuerza multiplanetaria. Era un mago táctico cuya sabiduría empleé en multitud de ocasiones.

—Pero dijisteis que nunca...

—Él lo quiso así. Su escaso rango le dio el toque común que ambos consideramos útil muchas veces.

—¿Comandante de un regimiento? —La voz de Duncan era poco más que un susurro. Se quedó mirando el sobre de la mesa.

—Posees una comprensión intelectual de las funciones, un poco impetuoso quizá, pero normalmente la experiencia se encarga de pulir eso. Las armas de tus talentos son superiores a las de tu edad.

Sin mirar a Teg, Duncan preguntó:

—¿Cuál es mi edad... señor?

Tal como prevenían las instrucciones: *El ghola dará vueltas en torno a la cuestión central. «¿Cuál es mi edad?» ¿Cuán viejo es un ghola?*

Con voz fríamente acusadora, Teg dijo:

—Si deseas saber tu edad—ghola, ¿por qué no preguntas eso?

—¿Cuál... cuál es esa edad, señor?

Había una carga tal de desdicha en la joven voz que Teg sintió que las lágrimas empezaban a brotar en las comisuras de sus ojos. También se le había advertido acerca de esto.

«¡No reveles demasiada compasión!» Teg cubrió el momento carraspeando. Dijo:

—Esa es una pregunta que sólo tú puedes responder.

Las instrucciones eran explícitas: «¡Vuélvelo todo sobre él! Mantenlo enfocado hacia dentro. El dolor emocional es tan importante en este proceso como el dolor físico.»

Un profundo suspiro hizo estremecer a Duncan. Cerró fuertemente los ojos. Cuando Teg se había sentado al otro lado de la mesa, Duncan había pensado: *¿Es el momento? ¿Va a hacerlo ahora?* Pero el tono acusador de Teg, los ataques verbales, eran completamente inesperados. Y ahora Teg sonaba condescendiente.

¡Se muestra condescendiente conmigo!

Una cínica rabia brotó dentro de Duncan. ¿Lo consideraba Teg un estúpido tan grande que podía ser engañado por las vulgares maniobras de un comandante? *El tono de voz y la actitud por sí mismos pueden subyugar la voluntad de otro.* Duncan captó algo más en la condescendencia, sin embargo: un núcleo de platiacero que no podía ser penetrado. Integridad... finalidad. Y Duncan había visto asomar las

lágrimas, el gesto que las cubría.

Abriendo los ojos y mirando directamente a Teg, Duncan dijo:

—No pretendo ser irrespetuoso ni ingrato ni rudo, señor. Pero no puedo seguir adelante sin respuestas.

Las instrucciones de Teg eran claras: *«Sabrás cuando el ghola alcance el punto de desesperación. Ningún ghola intentará ocultar esto. Es algo intrínseco a su psique. Lo reconocerás en su voz y actitud.»*

Duncan había alcanzado casi el punto crítico. Ahora para Teg era obligatorio el silencio. Forzar a Duncan a responder él mismo a sus preguntas, a tomar su propio rumbo.

—¿Sabéis que en una ocasión pensé en matar a Schwangyu? —dijo Duncan.

Teg abrió la boca, y la volvió a cerrar sin emitir ni un sonido. *¡Silencio!* ¡Pero el muchacho estaba hablando en serio!

—Tenía miedo de ella —dijo Duncan—. No me gusta tener miedo. —Bajó la mirada—. En una ocasión me dijisteis que tan sólo el odio era realmente peligroso para nosotros.

*«Se acercará y se retirará, se acercará y se retirará. Aguarda hasta que se sumerja.»*

—No os odio —dijo Duncan, mirando una vez más a Teg—. Me siento resentido cuando me decís *ghola* a la cara. Pero Lucilla tiene razón: nunca debemos sentirnos resentidos por la verdad, aunque duela.

Teg se frotó los labios. El deseo de hablar le inundaba, pero aún no era el momento.

—¿No os sorprende que pensara en matar a Schwangyu? —preguntó Duncan.

Teg se mantuvo rígido. Incluso el agitar su cabeza podía ser tomado por una respuesta.

—Pensé en meter algo en su bebida —dijo Duncan—. Pero ésa es una forma cobarde de matar, y yo no soy un cobarde. Seré cualquier otra cosa, pero no eso.

Teg permaneció silencioso, inmóvil.

—Pensé que realmente os importaría lo que me ocurriera a mí, Bashar —dijo Duncan—. Pero tenéis razón: nunca seremos camaradas. Si sobrevivo, os superaré. Entonces... será demasiado tarde para que podamos ser camaradas. Habéis dicho la verdad.

Teg fue incapaz de impedir el efectuar una profunda inspiración de realización Mentat: no eludir los signos de fortaleza en el ghola. En algún lugar recientemente, quizá en aquella misma estancia, precisamente ahora, el joven había dejado de ser un joven y se había convertido en un hombre. La realización entristeció a Teg. ¡Había ocurrido tan rápido! No se había producido el crecimiento normal entre los dos estados.

—Lucilla no se preocupa de lo que pueda ocurrirme del mismo modo que lo hacéis vos —dijo Duncan—. Ella se limita a seguir las órdenes que ha recibido de esa Madre Superiora, Taraza.

*¡Todavía no!*, se advirtió Teg. Se humedeció los labios con la lengua.

—Habéis estado obstruyendo las órdenes de Lucilla —dijo Duncan—. ¿Es eso lo que se suponía que debíais hacerme?

Había llegado el momento.

—¿Qué crees que se suponía que debía hacer? —preguntó Teg.

—¡No lo sé!

—El Duncan Idaho original lo hubiera sabido.

—¡Vos lo sabéis! ¿Por qué no me lo decís?

—Se supone que sólo debo ayudarte a restaurar tus memorias originales.

—¡Entonces hacedlo!

—Sólo tú puedes hacerlo realmente.

—¡No sé cómo!

Teg se sentó en el borde de su silla, pero no dijo nada. *¿El punto de inmersión?* Sintió que faltaba algo en la desesperación de Duncan.

—Sabéis que puedo leer en los labios, señor —dijo Duncan—. En una ocasión subí al observatorio de la torre. Vi a Lucilla y a Schwangyu allá abajo, hablando. Schwangyu dijo:

«¡No importa el que sea tan joven! Tenéis vuestras órdenes.»

De nuevo cautelosamente silencioso, Teg devolvió la mirada a Duncan. Era propio de Duncan moverse furtivamente por el Alcázar, espiando, buscando conocimientos. Y él se había instalado ahora en aquel modo memorístico, sin darse cuenta de que seguía aún espiando y buscando... pero de una forma distinta.

—No creo que se supusiera que debía matarme —dijo Duncan—. Pero vos sabéis lo que se suponía que debía hacerme puesto que habéis estado obstruyéndola. —Duncan golpeó un puño contra la mesa—. ¡Respondedme, maldito seáis!

*¡Ahhh, completa desesperación!*

—Sólo puedo decirte que ella pretende entrar en conflicto con mis órdenes. La propia Taraza me ordenó que te fortaleciera y te protegiera de todo daño.

—Pero vos dijisteis que mi adiestramiento era... ¡era imperfecto!

—Era algo necesario. Se hizo para prepararte para tus memorias originales.

—¿Qué se supone que debo hacer?

—Ya lo sabes.

—¡Os digo que no lo sé! ¡Por favor, enseñadme!

—Haces muchas cosas sin necesidad de habértelas enseñado. ¿Te enseñamos acaso desobediencia?

—¡Por favor, ayudadme! —Era un gemido desesperado.

Teg se obligó a un forzado distanciamiento.

—¿Qué infiernos piensas que estoy haciendo?

Duncan crispó ambos puños y golpeó con ellos la mesa, haciendo bailotear el vaso. Miró a Teg con ojos llameantes. Bruscamente, una extraña expresión brotó en el rostro de Duncan... algo apoderándose de sus ojos.

—¿Quién sois vos? —susurró Duncan.

*¡La pregunta clave!*

La voz de Teg fue como un látigo golpeando a una víctima indefensa:

—¿Quién crees que soy?

Una mirada de absoluta desesperación crispó los rasgos de Duncan. Consiguió emitir tan sólo un jadeante tartamudeo:

—Sois... sois...

—¡Duncan! ¡Deja de decir tonterías! —Teg saltó en pie y lo miró con una repentina rabia.

—Sois...

La mano derecha de Teg partió en un rápido arco. Su palma abierta chasqueó contra la mejilla de Duncan.

—¿Cómo te atreves a desobedecerme? —Alzó su mano izquierda, otra restallante bofetada—. ¿Cómo te *atreves*?

Duncan reaccionó tan rápidamente que Teg experimentó un electrizante instante de absoluto shock. *¡Tanta rapidez!* Aunque había elementos separados en el ataque de Duncan, todo ocurrió en un fluido movimiento: un salto hacia arriba, ambos pies sobre la silla, derribando la silla, utilizando ese movimiento para lanzar su brazo hacia abajo, hacia los vulnerables nervios del hombro de Teg.

Respondiendo a sus adiestrados instintos, Teg fintó hacia un lado y lanzó su pierna izquierda por encima de la mesa hacia la ingle de Duncan. Sin embargo, Teg no escapó completamente. La mano de Duncan siguió bajando hasta golpear junto a la rodilla de la pierna lanzada de Teg. Adormeció toda la pierna.

Duncan cayó sobre la mesa, intentando deslizarse hacia atrás pese a la incapacitadora patada. Teg se apoyó para no caer, la mano izquierda sobre la mesa, y golpeó con el canto de la otra mano la base de la espina dorsal de Duncan, en el nexo deliberadamente debilitado por los ejercicios de los últimos días.

Duncan gruñó mientras la paralizante agonía se extendía por todo su cuerpo. Otra persona hubiera quedado inmovilizada, gritando, pero Duncan simplemente gruñó mientras se arrastraba hacia Teg prosiguiendo el ataque.

Implacable ante las necesidades del momento, Teg procedió a crear un mayor dolor en su víctima, asegurándose en cada ocasión de que Duncan veía el rostro de su atacante en el instante de la mayor agonía.

«*¡Observa sus ojos!*», señalaban las instrucciones. Y Bellonda, reforzando el

proceso, había advertido: «*Sus ojos parecerán mirar a través de vos, pero él os llamará Leto.*»

Mucho más tarde, Teg encontró difícil recordar cada detalle de su obediencia al proceso del despertar. Sabía que continuó procediendo tal como se le había ordenado, pero su memoria estaba en otra parte, dejando la carne libre para seguir las órdenes. Extrañamente, aquel truco de la memoria se aferró a otro acto de desobediencia: la Revuelta de Cerbol, siendo él de mediana edad pero ya un Bashar con una formidable reputación. Se había vestido con su mejor uniforme sin sus medallas (un toque adecuado, aquél), y se había presentado en el bochornoso calor del mediodía de los campos de batalla de Cerbol. ¡Completamente en el sendero de los rebeldes que avanzaban!. Muchos de los atacantes le debían sus vidas. La mayor parte de ellos le habían rendido su más profunda lealtad. Ahora, se hallaban inmersos en un acto de la más violenta desobediencia. Y la presencia de Teg en su camino les decía a aquellos soldados que avanzaban:

—No llevaré las medallas que dicen lo que hice por vosotros cuando éramos camaradas. No llevaré nada que diga que soy uno de vosotros. Llevaré solamente el uniforme que anuncia que sigo siendo el Bashar. Matadme si es que queréis llegar hasta tan lejos en vuestra desobediencia.

Cuando la mayor parte de las fuerzas atacantes arrojaron sus armas y avanzaron hacia él, algunos de sus comandantes se arrodillaron ante su antiguo Bashar, y él les reconvino:

—¡Nunca necesitasteis inclinaros ni arrodillaros ante mí! Vuestros nuevos líderes os han enseñado malos hábitos.

Más tarde, les dijo a los rebeldes que compartía algunos de sus motivos de resentimiento. Cerbol había sido injustamente olvidado. Pero les advirtió también:

—Una de las cosas más peligrosas en el universo es un pueblo ignorante con motivos reales de resentimiento. Pero no hay nada tan peligroso como una sociedad informada e inteligente que mantenga esos resentimientos. El daño que puede producir una inteligencia vengativa es algo que ni siquiera podéis imaginar. ¡El Tirano hubiera parecido una figura de padre benévolo en comparación a lo que estabais a punto de crear!

Todo aquello era cierto, por supuesto, pero en un contexto Bene Gesserit, y ayudó muy poco a lo que se le había ordenado hacerle al ghola de Duncan Idaho... crear una agonía física y mental en una víctima completamente indefensa.

Más fácil de recordar era la expresión en los ojos de Duncan. No estaban desenfocados, sino que miraban directa e intensamente al rostro de Teg, aunque en el instante del grito final aulló:

—¡Maldito seáis, Leto! ¿Qué estáis haciendo?

*Me ha llamado Leto.*



Retrocedió cojeando dos pasos. Su pierna izquierda le hormigueaba y le dolía allá donde Duncan había golpeado. Teg se dio cuenta de que estaba jadeando y al límite de sus reservas.

Era demasiado viejo para tales esfuerzos, y las cosas que acababa de hacer le hacían sentirse como sucio. El proceso del despertar estaba calculadamente fijado en su consciencia, sin embargo sabía que antiguamente los gholas habían sido despertados condicionándolos inconscientemente a intentar asesinar a alguien a quien amaban. La psique del ghola, desperdigada y obligada a reunirse de nuevo, quedaba siempre psicológicamente llena de cicatrices. Esta nueva técnica dejaba las cicatrices en quien conducía el proceso.

Lentamente, moviéndose contra los aullidos de músculos y nervios adormecidos por la agonía, Duncan se deslizó hacia atrás fuera de la mesa y se mantuvo de pie apoyado en su silla, temblando y mirando intensamente a Teg.

Las instrucciones de Teg decían: *«Debes permanecer muy quieto. No te muevas. Déjale que te mire tal como quiera.»*

Teg permaneció de pie sin moverse tal como se le había instruido. El recuerdo de la Revuelta de Cerbol abandonó su mente: sabía lo que había hecho entonces y ahora. En un cierto sentido, las dos ocasiones eran similares. No les había dicho a los rebeldes verdades definitivas (si existían); sólo las suficientes para que volvieran a doblegarse. El dolor y sus predecibles consecuencias: *«Es por vuestro propio bien.»*

¿Era realmente por su propio bien lo que le había hecho a este ghola de Duncan Idaho?

Teg se preguntó qué estaría ocurriendo en la consciencia de Duncan. A Teg se le había dicho tanto como se sabía acerca de esos momentos, pero podía ver que las palabras eran inadecuadas. Los ojos y el rostro de Duncan ofrecían pruebas abundantes de una agitación interior... una horrible crispación de boca y mejillas, su mirada como enloquecida.

Lentamente, exquisitamente en su lentitud, el rostro de Duncan se relajó. Su cuerpo siguió temblando. Captó los estremecimientos de su cuerpo como algo distante, crispaciones y punzantes dolores que le habían ocurrido a algún otro. Él estaba allí, sin embargo, en aquel inmediato momento... donde fuera y cuando fuera. Sus memorias no estaban mezcladas. Se sintió repentinamente fuera de lugar en una carne demasiado joven, completamente distinta de su existencia pre-ghola. Las punzadas y las crispaciones de la consciencia eran todas internas ahora.

Las instrucciones de Teg habían dicho: *«Tendrá filtros ghola impuestos en sus memorias pre-gholas. Algunas de las memorias originales volverán como un intenso fluir. Otras regresarán más lentamente. No habrá confusión, sin embargo, hasta que recuerde el momento original de su muerte.»* Bellonda le había proporcionado luego a Teg los detalles conocidos de aquel fatal momento.

—Sardaukar —susurró Duncan. Miró a su alrededor, a los símbolos Harkonnen que permeaban el no-globo. ¡Las tropas de asalto del Emperador llevando uniformes Harkonnen! —Una sonrisa lobuna crispó su boca—. ¡Cómo debieron odiar eso!

Teg permaneció en silencio, observando.

—Me mataron —dijo Duncan. Fue una afirmación llana y carente de emociones, más estremecedora aún por su absoluta franqueza. Un violento estremecimiento lo sacudió, y luego desapareció—. Al menos una docena de ellos en aquella pequeña estancia. —Miró directamente a Teg—. Uno de ellos me hendió la cabeza como con un hacha de carnicero. —Dudó, su garganta agitándose convulsivamente. Su mirada permanecía clavada en Teg—. ¿Le di a Paul tiempo suficiente para escapar?

«*Responde sinceramente a todas sus preguntas.*»

—Escapó.

Ahora llegaban a un momento crucial. ¿Dónde habían adquirido los tleilaxu las células de Idaho? Las pruebas de la Hermandad decían que eran originales, pero las sospechas aún seguían. Los tleilaxu le habían hecho algo por iniciativa propia a aquel ghola. Sus memorias podían ser un indicio valioso al respecto.

—Pero los Harkonnen —dijo Duncan. Sus memorias del Alcázar se mezclaron con las otras—. Oh, sí. ¡Oh, sí! —una risa feroz lo sacudió. Lanzó un rugiente grito de victoria dirigido al hacia tanto tiempo muerto Barón Vladimir Harkonnen—. ¡Te hice pagar tu precio, Barón! ¡Oh, te hice pagar por todos aquellos que destruiste!

—¿Recuerdas el Alcázar y las cosas que te enseñamos? —preguntó Teg.

Un desconcertado fruncimiento marcó profundas arrugas en la frente de Duncan. El dolor emocional luchó con sus dolores físicos. Asintió en respuesta a la pregunta de Teg. Había dos vidas allí, una que había sido edificada detrás de los tanques axlotl y otra... otra... Duncan se sintió incompleto. Algo había sido suprimido dentro de él. El despertar no había terminado. Miró rabiosamente a Teg. ¿Qué más había? Teg había sido brutal. ¿Era necesaria la brutalidad? ¿Era así como se restituía a un ghola?

—Yo... —Duncan agitó la cabeza de un lado a otro, como un gran animal herido frente al cazador.

—¿Posees todas tus memorias? —insistió Teg.

—¿Todas? Oh, sí. Recuerdo Gammu cuando era Giedi Prime... ¡El agujero infernal empapado de aceite y de sangre del Imperio! Si, por supuesto, Bashar, fui tu dedicado estudiante.

—¡Comandante de un regimiento! —Se echó a reír de nuevo, echando hacia atrás su cabeza en un gesto extrañamente adulto para aquel cuerpo tan joven.

Teg experimentó el súbito alivio de una profunda satisfacción, algo mucho más profundo que el alivio. Había funcionado tal como se le había dicho que lo haría.

—¿Me odias? —preguntó.

—¿Odiarte? ¿No te dije que debería sentirme agradecido? Bruscamente, Duncan

alzó sus manos y las contempló. Bajó su mirada hacia su joven cuerpo.

—¡Qué atención! —murmuró. Dejó caer sus manos y enfocó su mirada al rostro de Teg, rastreando las líneas de identidad—. Atreides —dijo—. ¡Todos sois tan condenadamente parecidos!

—No todos —dijo Teg.

—No estoy hablando de apariencias, Bashar. —Sus ojos se desenfocaron—. Pregunté mi edad. —Hubo un largo silencio, luego—: ¡Dioses de las profundidades! ¡Ha pasado tanto tiempo!

Teg dijo lo que se le había instruido que debía decir:

—La Hermandad te necesita.

—¿En este cuerpo inmaduro? ¿Qué se supone que debo hacer?

—Realmente no lo sé, Duncan. El cuerpo madurará, y supongo que una Reverenda Madre te lo explicará todo.

—¿Lucilla?

Bruscamente, Duncan alzó la vista hacia el ornamentado techo, luego la paseó por toda la estancia con su barroco reloj. Recordó haber llegado allí con Teg y Lucilla. Aquel lugar era el mismo pero era distinto.

—Harkonnen —murmuró. Lanzó una ardiente mirada a Teg—. ¿Sabes a cuántos de mi familia torturaron y mataron los Harkonnen?

—Una de las Archiveras de Taraza me dio un informe.

—¿Un informe? ¿Crees que las palabras pueden expresarlo?

—No. Pero era la única respuesta que tenía a tu pregunta.

—¡Maldito seas, Bashar! ¿Por qué vosotros los Atreides siempre tenéis que ser tan sinceros y honorables?

—Creo que es algo innato en nosotros.

—Eso es completamente cierto. —La voz era la de Lucilla, y surgió detrás de Teg.

Teg no se volvió. ¿Cuánto había oído la mujer? ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí?

Lucilla avanzó hasta situarse junto a Teg, pero su atención estaba centrada en Duncan.

—Veo que lo habéis hecho, Miles.

—Eran órdenes de Taraza —dijo Teg.

—Habéis sido muy listo, Miles —dijo ella—. Mucho más listo de lo que sospechaba que pudierais ser. Esa madre vuestra hubiera debido ser severamente castigada por lo que os enseñó.

—Ahhh, Lucilla la seductora —dijo Duncan. Miró por unos instantes a Teg, luego volvió de nuevo su atención a Lucilla—. Sí, ahora puedo responder a mi otra pregunta... lo que se supone que debo hacer.

—Se las llama Imprimadoras —dijo Teg.

—Miles —dijo Lucilla—, si habéis complicado mi tarea de tal forma que me impida cumplir con mis órdenes, os veré asándoos en un espetón.

La impasible cualidad de su voz hizo que un estremecimiento recorriera a Teg. Sabía que su amenaza era una metáfora, pero las implicaciones de la amenaza eran reales.

—¡Un banquete de castigo! —dijo Duncan—. Qué encantador.

Teg se dirigió a Duncan:

—No hay nada de romántico en lo que te hemos hecho, Duncan. He ayudado a la Bene Gesserit en más de una misión que me ha dejado la sensación de estar sucio, pero nunca tan sucio como ahora.

—¡Silencio! —ordenó Lucilla. Había toda la fuerza de la Voz en la orden.

Teg la dejó fluir a través de él y más allá de él, tal como su madre le había enseñado; luego:

—Aquellos de nosotros que hemos ofrendado toda nuestra lealtad a la Hermandad tenemos solamente una preocupación: la supervivencia de la Bene Gesserit. No la supervivencia de ningún individuo, sino la de la propia Hermandad. Decepciones, deshonestidades... todo eso son palabras vacías cuando lo que se plantea es la supervivencia de la Hermandad.

—¡Maldita sea esa madre vuestra, Miles! —Lucilla le ofreció el cumplido de no ocultar su irritación.

Duncan miró a Lucilla. ¿Quién era? ¿Lucilla? Sintió sus memorias agitarse en su interior. Lucilla no era la misma persona, en absoluto, y sin embargo... los distintos fragmentos eran los mismos. Su voz. Sus rasgos. Bruscamente vio de nuevo el rostro de la mujer que había entrevisto en la pared de su habitación en el Alcázar. «*Duncan, mi dulce Duncan.*»

Las lágrimas brotaron de los ojos de Duncan. Su propia madre... otra víctima de los Harkonnen. Torturada... ¿y quién sabía qué más? Nunca había vuelto a ver a su «dulce Duncan».

—Dioses, desearía tener a uno de ellos en este momento para matarlo —gimió Duncan.

Una vez más, centró su atención en Lucilla. Las lágrimas difuminaron sus rasgos e hicieron más fáciles las comparaciones. El rostro de Lucilla se mezcló con el de Dama Jessica, el amor de Leto Atreides. Duncan miró a Teg, luego de nuevo a Lucilla, apartando las lágrimas de sus ojos mientras lo hacía. Los rostros de su memoria se disolvieron en los de la auténtica Lucilla de pie frente a él. Similares... pero nunca iguales. Nunca más iguales.

*Imprimadora.*

Podía adivinar el significado. El puro salvajismo de Duncan Idaho se despertó en

él.

—¿Es mi hijo lo que quieres en tu seno, Imprimadora? Sé que no es por nada que os llaman madres.

Con voz fría, Lucilla dijo:

—Discutiremos eso en otro momento.

—Discutámoslo en un lugar agradable —dijo Duncan—. Quizá te cante una canción. No tan buena como las que cantaba el viejo Gurney Halleck, pero sí lo suficiente como para prepararnos para el deporte de la cama.

—¿Lo encuentras divertido? —preguntó ella.

—¿Divertido? No, pero *he* recordado a Gurney. Dime, Bashar, ¿lo habéis traído de vuelta de la muerte también?

—No por lo que sé —dijo Teg.

—¡Ahhh, era tan buen cantante! —dijo Duncan—. Podía estarte matando mientras cantaba, y jamás desafinaba una nota.

Con una actitud aún helada, Lucilla dijo:

—Nosotras en la Bene Gesserit hemos aprendido a evitar la música. Evoca demasiadas emociones que confunden. Emociones memorísticas, por supuesto.

Su intención era sorprender a Duncan recordándole todas aquellas Otras Memorias y los poderes Bene Gesserit que implicaban, pero Duncan lo único que hizo fue reír más fuerte.

—Qué pena —dijo—. Os perdéis tanto en la vida. —Y empezó a tararear una antigua tonada de Halleck:

*Pasad revista a vuestros amigos,*

*Pasad revista a las tropas tan lejanas...*

Pero su mente derivó hacia otros lados con el intenso nuevo aroma de aquellos momentos renacidos, y una vez más sintió el ansioso toque de algo poderoso que permanecía enterrado dentro de él. Fuera lo que fuese, era violento y concernía a Lucilla, La Imprimadora. Con su imaginación, la vio muerta, con su cuerpo bañado en sangre.

## Capítulo XXV

*La gente siempre desea algo más de alegría inmediata o esa profunda sensación llamada felicidad. Este es uno de los secretos a través de los cuales modelamos la realización de nuestros designios. El algo más supone un poder amplificado con gente que no puede proporcionarle un nombre o que (lo cual es más a menudo el caso) ni siquiera sospecha su existencia. La mayoría de la gente reacciona tan sólo inconscientemente a estas fuerzas ocultas. Así, lo único que tenemos que hacer es apelar a un calculado algo más y traerlo a la existencia, definirlo y darle forma, luego dejar que el pueblo lo siga.*

### **Secretos del Liderazgo de la Bene Gesserit**

Con un silencioso Waff a unos veinte pasos delante de ellas, Odrade y Sheeana caminaban por un sendero bordeado de maleza al lado del patio de unos almacenes de especia. Los tres llevaban túnicas del desierto nuevas y resplandecientes destiltrajes. La verja gris de nulplaz que delimitaba el patio al lado de ellos mostraba fragmentos de hierba y algodonosas vainas entre su enrejado. Contemplando las vainas, Odrade pensó en ellas como vida intentando romper la intervención humana.

Tras ellos, los bloques de edificios que habían surgido en torno a Dar-es-Balat se cocían a la luz del sol de primera hora de la tarde. El cálido y seco aire ardía en su garganta cuando inhaló demasiado rápidamente. Odrade se sentía aturdida y en guerra consigo misma. La sed la atormentaba. Caminaba como en equilibrio al borde de un precipicio. La situación que había creado siguiendo las órdenes de Taraza podía estallar en cualquier momento.

*¡Cuán frágil es!*

Tres fuerzas equilibradas, no apoyándose realmente las unas en las otras sino simplemente unidas por motivos que podían deslizarse en un instante y derrumbar toda la alianza. Los refuerzos militares enviados por Taraza no tranquilizaban a Odrade. ¿Dónde estaba Teg? ¿Dónde estaba Burzmali? Incidentalmente, ¿dónde estaba el ghola? Hubiera debido estar allí a aquellas alturas. ¿Por qué se le había ordenado retrasar las cosas?

¡La aventura de hoy iba a retrasar ciertamente las cosas! Aunque tenía la bendición de Taraza, Odrade pensaba que aquella excursión al desierto de los gusanos podía convertirse en un retraso permanente. Y allí estaba Waff. Si sobrevivía, ¿quedarían algunos fragmentos de él que recoger?

Pese a la aplicación de los mejores métodos de curación acelerada de la Hermandad, Waff decía que sus brazos seguían doliéndole allá donde Odrade se los había roto. No estaba quejándose, simplemente proporcionando una información.

Parecía aceptar su frágil alianza, incluso las modificaciones que había incorporado la camarilla de los sacerdotes rakianos. Sin duda lo tranquilizaba el que uno de sus propios Danzarines Rostro ocupara el banco del Sumo Sacerdote en su disfraz de Tuek. Waff hablaba enérgicamente cuando exigía sus «madres procreadoras» de la Bene Gesserit y, en consecuencia, se negaba a cumplir su parte del trato.

—Se trata únicamente de un pequeño retraso mientras la Hermandad revisa el nuevo acuerdo —explicaba Odrade—. Mientras tanto...

Hoy era «mientras tanto».

Odrade echó a un lado sus recelos y empezó a entrar en el talante de la aventura. La actitud de Waff la fascinaba, especialmente su reacción al conocer a Sheeana: absolutamente temerosa y más que un poco maravillada.

*La predilecta de su Profeta.*

Odrade miró de reojo a la muchacha que caminaba obedientemente a su lado. Allí estaba la auténtica palanca para modelar aquellos acontecimientos dentro del diseño de la Bene Gesserit.

La penetración de la Hermandad en la realidad que había detrás del comportamiento tleilaxu excitaba a Odrade. La fanática «auténtica fe» de Waff ganaba forma con cada nueva respuesta del hombre. Se sentía afortunada tan sólo estando allí estudiando al Maestro tleilaxu en un emplazamiento religioso. El mismo crujir bajo los pies de Waff inflamaba un comportamiento que había sido adiestrada a identificar.

*Hubiéramos debido suponerlo, pensó Odrade. Las manipulaciones de nuestra propia Missionaria Protectora hubieran debido decirnos cómo lo hicieron los tleilaxu: manteniéndose encerrados en sí mismos, bloqueando toda intrusión a lo largo de todos esos laboriosos milenios.*

No parecían haber copiado la estructura de la Bene Gesserit. ¿Y qué otra fuerza podía conseguir algo así? Una religión. ¡La Gran Creencia!

*A menos que los tleilaxu estén utilizando sus sistemas de gholas como una especie de inmortalidad.*

Taraza podía estar en lo cierto. Los Maestros tleilaxu reencarnados no serían como las Reverendas Madres... no tendrían Otras Memorias, sólo sus memorias personales. ¡Pero prolongadas!

*¡Fascinante!*

Odrade miró hacia adelante, a la espalda de Waff. *Camina laboriosamente.* Parecía algo natural en él. Recordó que había llamado a Sheeana «Alyama». Otra confirmación lingüística de la Gran Creencia de Waff. Significaba «La Bendecida». Los tleilaxu habían mantenido el antiguo idioma no sólo vivo, sino sin cambios.

¿Acaso no sabía Waff que tan sólo las fuerzas más poderosas tales como las religiones podían conseguir eso?

*¡Tenemos las raíces de vuestra obsesión en nuestras manos, Waff! No es muy diferente a algo de lo que nosotras hemos creado. Sabemos cómo manipular tales cosas para nuestros propios propósitos.*

La comunicación de Taraza ardía en la consciencia de Odrade: «El plan tleilaxu es transparente: predominio. El universo humano debe forjarse en un universo tleilaxu. No pueden esperar conseguir esa meta sin ayuda de la Dispersión. Ergo.»

El razonamiento de la Madre Superiora no podía ser refutado. Incluso la oposición dentro de aquel profundo cisma que amenazaba con despedazar la Hermandad lo aceptaba. Pero el pensamiento de esas masas humanas en la Dispersión, su número estallando exponencialmente, producía una solitaria sensación de desesperación en Odrade.

*Somos tan pocas comparadas con ellos.*

Sheeana se detuvo y recogió un guijarro. Lo miró por un momento y luego lo arrojó a la verja de su lado. El guijarro atravesó la malla sin tocarla.

Odrade se aferró firmemente a sí misma. El sonido de sus pasos en la arena que se había aposentado en aquel poco transitado camino parecieron de pronto demasiado fuertes. La larga carretera que conducía al exterior de Dar-es-Balat por encima del anillo del qanat y el foso estaba a no más de doscientos pasos al frente, al final de aquel estrecho camino.

—Estoy haciendo esto porque tú lo has ordenado, Madre —dijo Sheeana—. Pero sigo sin saber por qué.

*¡Porque es el crisol donde vamos a probar a Waff y, a través de él, a remodelar a los tleilaxu!*

—Es una demostración —dijo Odrade.

Aquello era cierto. No era la absoluta verdad, pero servía. Sheeana caminaba con la cabeza gacha, la mirada intensamente fija en el lugar donde colocaba cada pie. ¿Así era como se acercaba siempre a Shaitan?, se preguntó Odrade. ¿Pensativa y remota?

Odrade oyó un débil sonido *toc-toc-toc* muy alto detrás de ella. Los ornitópteros de vigilancia estaban llegando. Mantendrían su distancia, pero muchos ojos estarían observando aquella *demostración*.

—Danzaré —había dicho Sheeana—. Normalmente eso atrae a uno de los grandes.

Odrade había sentido que su corazón se aceleraba. ¿Seguiría «el grande» obedeciendo a Sheeana pese a la presencia de dos compañeros?

*¡Esto es una locura suicida!*

Pero había que hacerlo: órdenes de Taraza.

Odrade miró a la verja del patio de los almacenes de especia a su lado. El lugar parecía extrañamente familiar. Más que deja-vu. Una certeza interior informada por



las Otras Memorias le decía que aquel lugar permanecía virtualmente sin cambios desde los antiguos tiempos. El diseño de los silos de especia en el patio era tan viejo como Rakis: tanques ovalados montados sobre altas patas, insectos de metal y plaz aguardando tensos a saltar sobre sus presas. Sospechaba un mensaje inconsciente de los diseñadores originales: *La melange es a la vez don y maldición.*

Junto a los silos, una arenosa extensión donde no se permitía el crecimiento de ninguna planta se extendía más allá de los edificios de paredes de barro, un brazo de ameba de Dar-es-Balat alcanzando casi el borde del qanat. El durante largo tiempo oculto no-globo del Tirano había producido una prolífica comunidad religiosa que ocultaba la mayor parte de sus actividades tras paredes sin ventanas y bajo tierra.

*¡El trabajo secreto de nuestros deseos inconscientes!*

Una vez más, Sheeana dijo:

—Tuek es distinto.

Odrade vio la cabeza de Waff volverse bruscamente. Había oído. Debía estar pensando: *¿Podemos ocultarle algo a la mensajera del Profeta?*

Demasiada gente sabía ya que un Danzarín Rostro ocupaba la personalidad de Tuek, pensó Odrade. La camarilla de los sacerdotes, por supuesto, creía que le estaban dando a los tleilaxu sedal suficiente para que se enredaran y atrapar así finalmente no sólo a la Bene Tleilax sino también a la Hermandad.

Odrade captó los intensos olores de los productos químicos que habían sido utilizados para matar las hierbas en el patio de los almacenes de especia. Los olores la obligaron a centrar de nuevo su atención en sus necesidades. ¡No podía permitirse el que su mente vagara, ahí afuera! Sería tan fácil para la Hermandad verse atrapada en su propia trampa.

Sheeana tropezó y lanzó un pequeño grito, más de irritación que de dolor. Waff volvió secamente su cabeza y miró a Sheeana antes de devolver su atención al camino. La niña había tropezado simplemente con una grieta en la superficie del camino, se dio cuenta. La arena que se había ido acumulando ocultaba los lugares donde el asfalto se había cuarteado. La estructura de la calzada delante de ellos parecía sin embargo extrañamente incólume. No lo suficientemente sustancial como para soportar a uno de los descendientes del Profeta, pero más que suficiente para un suplicante humano con ánimos de dirigirse al desierto.

Waff pensaba en si mismo principalmente como en un suplicante.

*He venido como un mendigo a las tierras de tu mensajero, oh Dios.*

Tenía sus sospechas acerca de Odrade. La Reverenda Madre lo había traído allí para extraerle todos sus conocimientos antes de matarle. *Con la ayuda de Dios, todavía podré sorprenderla.* Sabía que su cuerpo estaba protegido contra una sonda ixiana, aunque evidentemente ella no llevaba sobre su persona un instrumento tan engorroso. Pero era la fuerza de su propia voluntad y su confianza en la gracia de

Dios lo que daba ánimos a Waff.

*¿Y si la mano que nos están tendiendo es sincera?*

Eso también sería voluntad de Dios.

Una alianza con la Bene Gesserit, un firme control de Rakis: ¡qué sueño representaba aquello! El Shariat finalmente en pleno apogeo, y la Bene Gesserit como sus misioneras.

Cuando Sheeana tropezó de nuevo y dejó escapar otra pequeña queja, Odrade dijo:

—¡No te quejes, niña!

Odrade vio que Waff envaraba los hombros. No le gustaban aquellos modales perentorios con «La Bendecida». Había determinación en el hombrecillo. Odrade la reconoció como la fuerza del fanatismo. Aunque el gusano avanzara hacia él para matarlo, Waff no iba a huir. La fe en Dios lo llevaría directamente a la muerte... a menos que se viera sacudido fuera de su seguridad religiosa.

Odrade reprimió una sonrisa. Podía seguir el proceso de los pensamientos del hombre: Dios revelará pronto sus Propósitos.

Pero Waff estaba pensando en sus células desarrollándose en lenta renovación en Bandalong. No importaba lo que ocurriera allí, sus células seguirían desarrollándose en honor a la Bene Tleilax... y a Dios... un nuevo Waff siempre al servicio de la Gran Creencia.

—Puedo oler a Shaitan, ¿sabes? —dijo Sheeana.

—¿Ahora? —Odrade alzó la vista hacia la calzada que se extendía ante sus ojos. Waff estaba ya a unos pasos de distancia, donde ésta se curvaba ligeramente por encima del qanat y el foso.

—No, sólo cuando viene —dijo Sheeana.

—Por supuesto que puedes. Todo el mundo puede.

—Yo puedo olerlo desde mucha distancia.

Odrade inspiró profundamente por la nariz, individualizando los olores por encima del fondo de pedernal: vagos olores de melange... ozono, algo claramente ácido. Hizo un gesto para que Sheeana pasara delante. Waff llevaba como unos veinte pasos de distancia con respecto a ellas. La calzada remataba su arco sobre el qanat y el foso y se sumergía en el desierto a unos sesenta metros más adelante.

*Probaré la arena a la primera oportunidad, pensó Odrade. Eso me dirá muchas cosas.*

Mientras cruzaba por encima del foso de agua, miró hacia el sudoeste, a la baja barrera que cerraba el horizonte.

Bruscamente, Odrade se encontró enfrentada a una insistente Otra Memoria. No se sobreponía a su visión actual, pero la reconoció... una mezcla de imágenes procedentes de las más profundas fuentes de su interior.

*¡Maldita sea!, pensó. ¡Ahora no!*

Pero no había escapatoria. Tales intrusiones tenían una finalidad, una exigencia inevitable sobre su consciencia.

*¡Advertencia!*

Frunció los ojos en dirección al horizonte, permitiendo que la Otra Memoria se sobreimpusiera a ella: una alta barrera allí a lo lejos, hacía mucho tiempo... gente moviéndose en su cresta. Había un fantástico puente en aquella memoria-distancia, insustancial y hermoso. Unía una parte de aquella desvanecida barrera a otra parte, y sabía sin necesidad de verlo que bajo aquel puente desaparecido hacía tanto tiempo discurría un río. ¡El río Idaho! Ahora, la imagen sobre-impuesta proporcionaba movimiento: objetos cayendo del puente. Estaban demasiado lejos como para identificarlos, pero ahora tenía las etiquetas para aquella proyección imaginaria. Con una sensación de horror y excitación, identificó aquella escena.

El fantástico puente se estaba derrumbando! Cayendo al río que había abajo.

Aquella visión no se correspondía a una destrucción fortuita. Era la violencia clásica arrastrada por tantas memorias que habían penetrado en ella en el momento de la agonía de la especie. Odrade podía calificar los delicadamente sintonizados componentes de la imagen: miles de sus antepasadas habían observado aquella escena en su imaginaria reconstrucción. No una memoria auténticamente visual, sino un ensamblaje de precisos informes.

*¡Así era como había ocurrido!*

Odrade se detuvo y dejó que las proyecciones de la imagen se abrieran camino hasta su consciencia. *¡Cuidado!* Algo peligroso había sido identificado. No intentó desentrañar la sustancia de la advertencia. Si lo hiciera, sabía que se iba a desmoronar en madejas, cada una de las cuales podía ser relevante, pero la certeza original se desvanecería.

Aquel acontecimiento estaba fijado en la historia de los Atreides. Leto II, el Tirano, había caído a su disolución desde aquel fantasmal puente. El gran gusano de Rakis, el Tirano Dios Emperador en persona, había caído de aquel puente en su peregrinación de esponsales.

¡Allí! Precisamente allí en el río Idaho bajo su destruido puente, el Tirano se había sumergido en su agonía. Exactamente allí, la transubstanciación de la cual había nacido el Dios Dividido... todo había empezado allí.

*¿Por qué es eso una advertencia?*

Puente y río habían desaparecido de aquel paisaje. La alta pared que había encerrado el árido Sareer del Tirano se había erosionado hasta convertirse en una dentada línea de horizonte vibrando por el calor.

Si un gusano aparecía ahora con su encapsulada perla de la eternamente durmiente memoria del Tirano, ¿sería aquella memoria peligrosa? Así argumentaba la

oposición de Taraza en la Hermandad.

—¡Despertará!

Taraza y sus consejeras negaban incluso la posibilidad.

Sin embargo, aquel timbre de alarma de las Otras Memorias de Odrade no podía ser dejado de lado.

—Reverenda Madre, ¿por qué nos hemos detenido?

Odrade sintió que su consciencia regresaba de nuevo a un inmediato presente que requería su atención. Ahí afuera en aquella visión de advertencia era donde empezaba el interminable sueño del tirano, pero otros sueños se interponían. Sheeana estaba de pie frente a ella, con una expresión desconcertada.

—Estaba mirando al horizonte. —Odrade señaló—. Ahí es donde empezó Shai-Hulud, Sheeana.

Waff se detuvo al final de la carretera, un pie a punto de cruzar los límites de la arena y ahora a unos cuarenta pasos por delante de Odrade y Sheeana. La voz de Odrade le hizo adoptar una actitud de rígida alerta, pero no se volvió. Odrade pudo ver el desagrado en su postura. A Waff no le gustaba ni siquiera un asomo de cinismo dirigido a su Profeta. Siempre sospechaba cinismo en las Reverendas Madres. Especialmente en lo que se refería a materias religiosas. Waff no estaba preparado todavía para aceptar que las durante tanto tiempo detestadas y temidas Bene Gesserit pudieran compartir su Gran Creencia. Aquel terreno tendría que ser llenado con sumo cuidado... como siempre hacía la Missionaria Protectora.

—Dicen que había un gran río —dijo Sheeana.

Odrade oyó la melodiosa nota de burla en la voz de Sheeana. ¡La muchacha aprendía rápidamente!

Waff se volvió y las miró ceñudo. El también había oído. ¿Qué estaba pensando acerca de Sheeana ahora?

Odrade sujetó el hombro de Sheeana con una mano y señaló con la otra.

—Había un puente precisamente ahí. La gran pared del Sareer fue dejada abierta aquí para permitir el paso del río Idaho. El puente cubría la brecha.

Sheeana suspiró.

—Un auténtico río —susurró.

—No un qanat, y demasiado grande para un canal —dijo Odrade.

—Nunca he visto un río —dijo Sheeana.

—Ahí fue donde arrojaron a Shai-Hulud al río —dijo Odrade. Hizo un gesto hacia su izquierda—. Por este lado, a muchos kilómetros es esa dirección, fue donde edificó su palacio.

—No hay nada excepto arena —dijo Sheeana.

—El palacio fue destruido en los Tiempos de Hambruna —dijo Odrade—. La gente pensó que había un depósito de especia en él. Estaban equivocados, por

supuesto. Él era demasiado listo como para eso.

Sheeana se acercó más a Odrade y murmuró:

—Hay un gran tesoro de especia, sin embargo. Los cantos hablan de él. Los he oído muchas veces. Mi... dicen que está en una caverna.

Odrade sonrió. Sheeana se refería a la Historia Oral, por supuesto. Y casi había dicho: «Mi padre...», refiriéndose a su auténtico padre que había muerto en aquel desierto. Odrade le había sonsacado ya aquella historia a la muchacha.

Aún murmurando cerca del oído de Odrade, Sheeana dijo:

—¿Por qué está con nosotras este hombrecillo? No me gusta.

—Es necesario para la demostración —dijo Odrade. Waff eligió aquel momento para salir de la calzada y meterse en la primera suave ladera de arena. Avanzó con cautela pero sin vacilación visible. Una vez en la arena, se volvió, sus ojos brillantes a la caliente luz solar, y miró primero a Sheeana y luego a Odrade.

*De nuevo esa maravilla en él cuando mira a Sheeana, pensó Odrade. Qué grandes cosas cree que vamos a descubrir aquí. Se verá renovado. ¡Y el prestigio!*

Sheeana protegió sus ojos con una mano y estudió el desierto.

—A Shaitan le gusta el calor —dijo Sheeana—. La gente se oculta cuando hace calor, pero entonces es cuando viene Shaitan.

*No Shai-Hulud, pensó Odrade. ¡Shaitan! Lo predijiste bien, Tirano. ¿Qué otras cosas sabías acerca de nuestro tiempo? ¿Estaba realmente el Tirano ahí afuera durmiendo en todos aquellos gusanos descendientes suyos?*

Ninguno de los análisis que había estudiado Odrade proporcionaba una explicación segura de lo que había conducido a un ser humano a convertirse en un simbiote con aquel gusano original de Arrakis ¿Que pasó por su mente durante los milenios de aquella terrible transformación? ¿Había algo de aquello, siquiera el más pequeño fragmento, preservado en los gusanos actuales de Rakis?

—Está cerca, Madre —dijo Sheeana ¿No lo hueles?

Waff miró aprensivamente a Sheeana.

Odrade inhaló profundamente: un intenso aroma a canela sobreponiéndose al seco olor del pedernal. Fuego, azufre, el infierno que ardía en el gran gusano. Se detuvo y llevó una pulgarada de arena a su boca. Todo estaba allí: el Dune de las Otras Memorias y el Rakis de hoy.

Sheeana apuntó hacia un ángulo a su izquierda, directamente en la dirección de la suave brisa del desierto.

—Ahí afuera. Debemos apresurarnos.

Sin aguardar el permiso de Odrade, Sheeana echó a correr ligera al final de la calzada, pasó junto a Waff y se adentró en la primera duna. Se detuvo allí hasta que Odrade y Waff la alcanzaron. Los condujo fuera de aquella duna, subiendo otra, con la arena marcando su paso, luego a lo largo de un enorme y curvado barragán con

vestigios de polvorienta y seca vegetación asomando tímidamente en su cresta. Muy pronto habían puesto un kilómetro entre ellos y la seguridad rodeada de agua de Dar-es-Balat.

Sheeana se detuvo de nuevo.

Waff se detuvo jadeando detrás de ella. El sudor brillaba allá donde la capucha de su destiltraje cruzaba sus cejas.

Odrade se detuvo un paso detrás de Waff. Respiró profundamente, calmándose, mientras miraba más allá de Waff, hacia donde se centraba la atención de Sheeana.

Una furiosa marea de arena había emergido del desierto más allá de la duna donde se encontraban, arrastrada por una tormenta de viento. El lecho de roca era visible en una larga y estrecha avenida de enormes peñascos, que yacían esparcidos y volcados como los bloques del edificio desmoronado de un Prometeo loco. Por aquel insano laberinto la arena se había deslizado como un río, dejando su firma en profundos surcos y canales, luego chocando contra una baja escarpadura para formar allí más dunas.

—Ahí abajo —dijo Sheeana, señalando hacia la avenida de rocas. Salió de la duna, deslizándose y dando zancadas por la resbaladiza arena. En el fondo, se detuvo junto a un peñasco de al menos dos veces su altura.

Waff y Odrade se detuvieron justo detrás de ella.

La deslizante superficie de otro gigantesco barragán, sinuosa como el lomo de una ballena, se alzaba en el azul plata del cielo al lado de ellos.

Odrade aprovechó la pausa para recomponer su equilibrio de oxígeno. Aquella loca carrera había exigido mucho de su carne. Waff, observó, tenía el rostro enrojecido y respiraba pesadamente. El olor a pedernal y a canela era opresivo en aquel confinado paso. Waff resopló y se frotó la nariz con el dorso de una mano. Sheeana se alzó de puntillas, giró sobre sí misma y caminó diez rápidos pasos por la rocosa avenida. Apoyó un pie en la arenosa ladera de la duna exterior y alzó los brazos al cielo. Lentamente al principio, luego con un ritmo incrementado, empezó a danzar, ascendiendo por la arena.

Los sonidos del tóptero se hicieron más fuertes sobre sus cabezas.

—¡Escuchad! —gritó Sheeana, sin detenerse en su danza.

No era hacia los tópteros hacia lo que llamaba su atención. Odrade volvió su cabeza para presentar sus dos oídos a un nuevo sonido que penetraba en su laberinto de rocas desperdigadas.

Un sibilante siseo, subterráneo y ahogado por la arena... haciéndose más fuerte con impresionante rapidez. Había calor en él, un apreciable calentamiento de la brisa que se deslizaba por su rocosa avenida. El siseo se convirtió en un rugido en crescendo. Bruscamente, el enorme abismo orlado de cristal de una gigantesca boca se alzó sobre la duna directamente encima de Sheeana.

—¡Shaitan! —gritó Sheeana, sin interrumpir el ritmo de su danza—. ¡Aquí estoy, Shaitan!

Al llegar a la cresta de la duna, el gusano bajó su boca hacia Sheeana. La arena cayó en cascada en torno a los pies de la muchacha, obligándola a detener su danza. El olor a canela llenó el rocoso desfiladero. El gusano se detuvo encima de ellos.

—Mensajero de Dios —jadeó Waff.

El calor secó la transpiración en la parte expuesta del rostro de Odrade e hizo que el aislamiento automático de su destiltraje lanzara una perceptible bocanada. Inspiró profundamente, sondeando los componentes detrás de aquel asalto de canela. El aire a su alrededor estaba cargado de ozono y enriqueciéndose rápidamente en oxígeno. Con todos sus sentidos completamente alertas, Odrade almacenó sus impresiones.

*Si sobrevivo, pensó.*

Sí, aquel era un dato valioso. Podía llegar un día en que otras pudieran utilizarlo.

Sheeana se salió de la arena caída y fue hacia un lugar de roca desnuda. Reanudó su danza, moviéndose más frenéticamente, agitando su cabeza a cada vuelta. El aire azotaba su rostro, y cada vez que giraba para enfrentarse al gusano gritaba:

—¡Shaitan!

Delicadamente, como un niño en un terreno no familiar, el gusano avanzó nuevamente. Se deslizó cruzando la cresta de la duna, se enroscó hacia abajo hasta alcanzar el lecho de piedra, y presentó su ardiente boca ligeramente encima y apenas a unos dos pasos de Sheeana.

En el momento en que se detuvo, Odrade fue consciente del profundo horno que retumbaba en el interior del gusano. No podía apartar sus ojos de los reflejos de las brillantes llamas anaranjadas dentro de la criatura. Era una caverna de misterioso fuego.

Sheeana detuvo su danza. Apretó ambos puños a sus costados y devolvió la mirada al monstruo al que había llamado.

Odrade respiraba acompasadamente, el controlado ritmo de una Reverenda Madre reuniendo todos sus poderes. Si aquello era el final... bien, había obedecido las órdenes de Taraza. Dejemos que la Madre Superiora aprenda lo que pueda de los observadores de arriba.

—Hola, Shaitan —dijo Sheeana—. Te he traído a una Reverenda Madre y a un hombre de los tleilaxu conmigo.

Waff se dejó caer de rodillas e inclinó reverentemente la cabeza.

Odrade pasó junto a él y se detuvo de pie al lado de Sheeana.

Sheeana respiraba profundamente. Su rostro estaba enrojecido.

Odrade oyó el cliquetear de sus sobrecargados destiltrajes. El caliente aire saturado de canela a su alrededor estaba lleno con los sonidos de aquel encuentro, todos ellos dominados por el murmurante arder dentro del inmóvil gusano.

Waff avanzó junto a Odrade, su mirada como en trance clavada en el gusano.

—Estoy aquí —susurró.

Odrade lo maldijo en silencio. Cualquier ruido indeseado, podía atraer a aquella bestia contra ellos. Sabía sin embargo lo que Waff estaba pensando: ningún otro tleilaxu había estado jamás tan cerca de un descendiente de su Profeta. ¡Ni siquiera los sacerdotes rakianos lo habían conseguido!

Con su mano derecha, Sheeana hizo un repentino gesto hacia abajo.

—¡Baja hacia nosotros, Shaitan! —dijo.

El gusano bajó su enorme boca abierta hasta que el pozo de fuego interno llenó el desfiladero rocoso frente a ellos.

Con su voz apenas más alta que un susurro, Sheeana dijo:

—¿Ves como Shaitan me obedece, Madre?

Odrade podía sentir el control de Sheeana sobre el gusano, una pulsación de oculto lenguaje entre muchacha y monstruo. Era algo sobrenatural.

Alzando la voz con atrevida arrogancia, Sheeana dijo:

—¡Le pediré a Shaitan que nos deje conducirlo! —Trepó por la deslizante superficie de la duna al lado del gusano.

Inmediatamente, la enorme boca se alzó para seguir sus movimientos.

—¡Quédate quieto! —grito Sheeana. El gusano se inmovilizó.

*No son sus palabras las que lo gobiernan, pensó Odrade. Es algo más... algo distinto...*

—Madre, ven conmigo —llamó Sheeana.

Empujando a Waff delante de ella, Odrade obedeció. Treparon por la arenosa ladera detrás de Sheeana. La arena resbalaba junto al inmóvil gusano, amontonándose en el desfiladero. Frente a ellos, la ahusada cola del gusano se curvaba a lo largo de la cresta de la duna. Sheeana los condujo a paso vivo hasta el extremo. Allí, se agarró al borde de un anillo y trepó a la arrugada superficie de la bestia del desierto.

Más lentamente, Odrade y Waff la siguieron. La caliente superficie del gusano le pareció no orgánica a Odrade, como si se tratara de algún artefacto ixiano.

Sheeana avanzó a lo largo del lomo del gusano y se acuclilló detrás de su boca, donde los anillos eran protuberantes, gruesos y amplios.

—Así —dijo Sheeana. Se inclinó hacia adelante y se aferró al sobresaliente borde de un anillo, alzándolo ligeramente para exponer la rosada blandura de debajo.

Waff la obedeció inmediatamente, pero Odrade se movió con más cautela, almacenando impresiones. La superficie del anillo era tan dura como el plasmamento y estaba cubierta de pequeñas incrustaciones. Los dedos de Odrade sondearon la blandura debajo del sobresaliente borde. Pulsaba débilmente. La superficie en torno a ellos se alzaba y descendía a un ritmo casi imperceptible. Odrade oyó un pequeño sonido raspante con cada movimiento.



Sheeana pateó la superficie del gusano debajo de ella.

—¡Shaitan, adelante! —dijo.

El gusano no se movió.

Odrade oyó la desesperación en la voz de Sheeana. La muchacha se mostraba muy confiada con respecto a su Shaitan, pero Odrade sabía que a la muchacha solamente se le había permitido cabalgarlo aquella única primera vez. Odrade sabía toda la historia de aquel primer encuentro, pero nada de ello le decía lo que iba a ocurrir a continuación.

Bruscamente, el gusano empezó a moverse. Se alzó empinadamente, giró a la izquierda y trazó una cerrada curva para salir del desfiladero rocoso, luego avanzó recto alejándose de Dar-es-Balat y en dirección al desierto.

—¡Vamos con Dios! —gritó Waff.

El sonido de su voz impresionó a Odrade. ¡Era tan salvaje! Captó la energía en su fe. El toc-toc de los ornitópteros que les seguían llegó desde encima de sus cabezas. El viento de su marcha azotaba a Odrade, lleno de ozono y de los ardientes aromas agitados por la fricción del rápido Behemot.

Odrade miró por encima del hombro a los tópteros, pensando en lo fácil que sería para sus enemigos librar a aquel planeta de una problemática muchacha, una igualmente problemática Reverenda Madre, y un despreciable tleilaxu... todo ello en un momento violentamente vulnerable en pleno desierto. La camarilla de los sacerdotes podía intentarlo, lo sabía muy bien, con la esperanza de que los propios observadores de Odrade allí arriba no tuvieran tiempo de impedirlo.

¿Les contendría la curiosidad y el temor?

La propia Odrade admitía estar poseída por una enorme curiosidad.

*¿Dónde nos está llevando esta cosa?*

Ciertamente, no se encaminaba hacia Keen. Alzó la cabeza y miró más allá de Sheeana. En el horizonte, directamente al frente, estaba aquella indentación de piedras caídas, aquel lugar donde el Tirano había sido arrojado de la superficie de su fantástico puente.

El lugar de la advertencia de la Otra Memoria.

Una brusca revelación cerró la mente de Odrade. Comprendió la advertencia. El Tirano había muerto en un lugar elegido por él mismo. Muchas muertes habían dejado su huella en aquel lugar, pero la suya era la más grande. El Tirano había elegido la ruta de su peregrinación con un propósito definido. Sheeana no le había dicho al gusano que fuera allí. Se dirigía hacia aquel lugar por voluntad propia. El magnetismo del interminable sueño del Tirano lo conducía hasta el lugar donde el sueño se iniciaba.

## Capítulo XXVI

*Había un hombre al que le preguntaron qué era más importante, si un litrojón de agua o un enorme estanque lleno de agua. El hombre pensó durante un momento, y luego dijo: «El litrojón es más importante. Ninguna persona puede ser propietaria de un gran estanque lleno de agua. Pero un litrojón es algo que puedes ocultar bajo tu capa y salir corriendo con él. Nadie lo sabrá.»*

### ***Los chistes del Antiguo Dune, Archivos Bene Gesserit***

Había sido una larga sesión en la sala de prácticas del no-globo, Duncan en una jaula móvil realizando sus ejercicios, repentinamente consciente de que aquella serie particular de adiestramiento debería seguir hasta que su nuevo cuerpo se hubiera adaptado a las siete actitudes centrales de respuestas en combate contra un ataque desde ocho direcciones. Su traje verde de una sola pieza estaba empapado de sudor.

¡Veinte días llevaban con aquella única lección!

Teg conocía la antigua instrucción que Duncan estaba revisando allí, pero la conocía a través de distintos nombres y sentencias. Antes de que llevaran cinco días con ello, Teg empezaba a dudar ya de la superioridad de los métodos modernos.

Ahora estaba convencido de que Duncan estaba haciendo algo completamente nuevo... mezclando lo antiguo con lo que había aprendido en el Alcázar.

Teg permanecía sentado en su consola de control, tanto como observador que como participante. Las consolas que guiaban las peligrosas fuerzas-sombra en aquel ejercicio habían requerido un ajuste mental por parte de Teg, pero ahora se sentía familiarizado con ellas y dirigía el ataque con facilidad y frecuente inspiración.

Una Lucilla hirviendo de contenida rabia atisbaba ocasionalmente en la sala. Observaba, y luego se marchaba sin hacer ningún comentario. Teg no sabía lo que Duncan estaba haciendo con la Imprimadora, pero tenía la sensación de que el despertado ghola estaba jugando un juego dilatorio con su *seductora*. Ella no iba a permitir que aquello continuara mucho tiempo más, sabía Teg, pero aquello escapaba de sus manos. Duncan ya no era «demasiado joven» para la Imprimación. Aquel joven cuerpo llevaba dentro a un hombre maduro con la suficiente experiencia sobre la que basar sus propias decisiones.

Duncan y Teg habían permanecido en la sala durante toda la mañana, con una sola interrupción. Punzadas de hambre mordían a Teg, pero se sentía reluciente a parar la sesión. Las habilidades de Duncan habían ascendido hasta un nuevo nivel hoy, y seguía mejorando.

Teg, sentado en el asiento fijo de la consola de una jaula, hizo girar las fuerzas atacantes en una compleja maniobra, golpeando desde la izquierda, la derecha y

arriba.

La armería de los Harkonnen había proporcionado una gran abundancia de esas exóticas armas e instrumentos de adiestramiento, algunos de los cuales Teg conocía tan sólo por los relatos históricos. Duncan los conocía todos, aparentemente, y de una forma tan íntima que causaba la admiración de Teg. Los cazadores–buscadores ajustados para penetrar un escudo de fuerza eran parte del sistema de sombras que estaban utilizando ahora.

—Disminuyen automáticamente su velocidad para penetrar el escudo —explicó Duncan con su voz de joven–viejo—. Por supuesto, si intentaran hacerlo demasiado rápido, el escudo los repelería.

—Los escudos de ese tipo han quedado casi completamente anticuados —dijo Teg—. Algunas pocas sociedades los mantienen todavía como un tipo de deporte, pero...

Duncan ejecutó una respuesta de celérea velocidad que hizo caer al suelo tres cazadores–buscadores lo suficientemente dañados como para requerir los servicios de mantenimiento del no–globo. Retiró la jaula y desconectó el sistema, pero la abandonó con aire despreocupado y se acercó a Teg, respirando fuerte pero no cansadamente. Mirando más allá de Teg, Duncan sonrió e hizo una inclinación de cabeza. Teg se volvió, pero apenas llegó a ver un ramalazo de las ropas de Lucilla mientras ésta desaparecía.

—Es como un duelo —dijo Duncan—. Ella intenta penetrar una guardia, y yo contraataco.

—Ve con cuidado —dijo Teg—. Es una completa Reverenda Madre.

—Conocí unas cuantas de ellas en mi tiempo, Bashar.

Una vez más, Teg se sintió confuso. Le habían advertido que debería reajustarse a aquel distinto Duncan Idaho, pero no había anticipado completamente las constantes exigencias mentales de ese reajuste. La expresión de los ojos de Duncan, en aquel mismo momento, era desconcertante.

—Nuestros papeles han cambiado un poco, Bashar —dijo Duncan. Tomó una toalla del suelo y se secó el rostro.

—Ya no estoy seguro de lo que puedo enseñarte —admitió Teg. Confiaba, sin embargo, en que Duncan hiciera caso de su advertencia acerca de Lucilla. ¿Imaginaba Duncan que las Reverendas Madres de aquellos antiguos tiempos eran idénticas a las mujeres de hoy? Teg pensó que era muy poco probable. Al igual que todo el resto de la vida, la Hermandad evolucionaba y cambiaba.

A Teg le resultaba obvio que Duncan había llegado a una decisión respecto al lugar que ocupaba en las maquinaciones de Taraza. Duncan no estaba simplemente dejando transcurrir el tiempo. Estaba adiestrando su cuerpo hasta un límite escogido personalmente, y había hecho ya su juicio sobre la Bene Gesserit.

*Ha hecho este juicio basándose en datos insuficientes*, pensó Teg.

Duncan dejó caer la toalla y se la quedó mirando por un momento.

—Déjame ser el juez de lo que puedes enseñarme, Bashar. —Se volvió hacia él y contempló con ojos entrecerrados a Teg sentado en la jaula.

Teg inspiró profundamente. Captó el débil olor a ozono de todo aquel duradero equipo Harkonnen ayudando a Duncan a prepararse para volver a la acción. El sudor del ghola era un ácido dominante.

Duncan estornudó.

Teg se envaró, reconociendo el omnipresente polvo de sus actividades. A veces podía ser saboreado más que olido. Alcalino. Dominándolo todo había la fragancia de los depuradores de aire y los regeneradores de oxígeno. Había un claro aroma floral en todo el sistema, pero Teg no podía identificar la flor. Durante el mes de su ocupación, el globo había adquirido también olores humanos, insinuados lentamente en el compuesto original... sudor, olores de cocina, la acidez nunca eliminada del todo del reciclaje de desechos. Para Teg, esos recordatorios de su presencia eran extrañamente ofensivos. Y se descubrió a sí mismo oliendo y escuchando en busca de sonidos de intrusión... algo más que los ecos de sus propios pasos y los ahogados sonidos metálicos de la zona de la cocina.

La voz de Duncan interrumpió:

—Eres un hombre extraño, Bashar.

—¿Qué quieres decir?

—Es tu parecido al Duque Leto. La identidad facial es sorprendente. Él era un poco más bajo que tú, pero la identidad...

—Agitó la cabeza, pensando en los designios de la Bene Gesserit detrás de aquellas marcas genéticas en el rostro de Teg... aquella expresión de halcón, aquellos pliegues, y sobre todo aquella sensación interna, aquella seguridad de su superioridad moral.

*¿Cuán moral y cuán superior?*

Según las grabaciones que había visto en el Alcázar (y Duncan estaba seguro de que habían sido colocadas allí especialmente para que él las descubriera), la reputación de Teg era casi universal en la sociedad humana de su época. En la Batalla de Markon, había sido suficiente para el enemigo saber que Teg en persona era su oponente. Habían aceptado todos los términos de la rendición. ¿Era eso cierto?

Duncan miró a Teg en la consola de la jaula y le planteó la pregunta.

—La reputación puede ser una hermosa arma —dijo Teg—. A menudo derrama menos sangre.

—En Arbelough, ¿por qué acudiste al frente de tus tropas? —preguntó Duncan.

Teg mostró su sorpresa.

—¿Dónde has sabido eso?

—En el Alcázar. Podías haber resultado muerto. ¿De qué hubiera servido?

Teg se recordó a sí mismo que aquella joven carne de pie ante él contenía conocimientos desconocidos, que debían guiar la búsqueda de información de Duncan. Era en esa zona desconocida, sospechaba Teg, en donde Duncan era más valioso para la Hermandad.

—Tuvimos grandes pérdidas en Arbelough en los dos días anteriores —dijo Teg—. Fallé en efectuar una evaluación correcta del miedo y el fanatismo del enemigo.

—Pero el riesgo de...

—Mi presencia en el frente dijo a mi propia gente: «Comparto vuestros riesgos.»

—Las grabaciones del Alcázar dicen que Arbelough fue pervertido por Danzarines Rostro. Patrín me dijo que pusiste el veto cuando tus ayudantes te pidieron barrer completamente el planeta, esterilizarlo y...

—Tú no estabas allí, Duncan.

—Estoy intentando estar. De modo que perdonaste a tus enemigos, en contra de todos los consejos.

—Excepto a los Danzarines Rostro.

—Pero entonces avanzaste desarmado entre las fuerzas enemigas y antes de que ellos hubieran depuesto sus armas.

—Para asegurarles que no iban a ser maltratados.

—Eso fue muy peligroso.

—¿De veras? Muchos de ellos se unieron a nuestras filas para el asalto final en Kroinin, donde derrotamos a las fuerzas anti-Hermandad.

Duncan miró a Teg. Aquel viejo Bashar no sólo se parecía al Duque Leto en su apariencia, sino que poseía también sus antiguos enemigos. Teg había dicho que descendía de Ghanima de los Atreides, pero tenía que haber allí más que eso. Las formas en que la Bene Gesserit dominaba las líneas genéticas lo maravillaban.

—Volvamos a las prácticas —dijo Duncan.

—No te agotes demasiado.

—Olvidalo, Bashar. Recuerdo un cuerpo tan joven como este, y precisamente aquí en Giedi Prime.

—¡Gammu!

—Fue rebautizado adecuadamente, pero mi cuerpo sigue recordando el nombre original. Es por eso por lo que me enviaron aquí. Lo sé.

*Por supuesto que lo sabe, pensó Teg.*

Reanimado por el breve descanso, Teg introdujo un nuevo elemento en el ataque y envió una repentina línea ardiente contra el flanco izquierdo de Duncan.

¡Cuán fácilmente paró Duncan el ataque!

Estaba utilizando una extrañamente mezclada variante de las cinco actitudes, en la que cada respuesta parecía inventada el momento antes de ser necesitada.

—Cada ataque es una pluma flotando en la carretera del infinito —dijo Duncan. Su voz no daba muestras de cansancio—. Cuando la pluma se acerca, es desviada y apartada.

Mientras hablaba, bloqueó el elaborado ataque y contraatacó.

La lógica Mentat de Teg siguió los movimientos hasta lo que reconoció como lugares peligrosos. *¡Dependencias y troncos clave!*

Duncan esquivó el ataque, moviéndose por delante de él adecuando sus movimientos antes que respondiendo. Teg se vio obligado a utilizar todas sus habilidades mientras las fuerzas—sombra ardían y se agitaban en el suelo. La agitada figura de Duncan en su jaula móvil danzaba por el espacio entre ellas. Ninguno de los contadores de los cazadores—buscadores de Teg alcanzó la moviente figura. Duncan estaba sobre ellos, debajo de ellos, pareciendo totalmente despreocupado del auténtico dolor que aquel equipo podía proporcionarle.

Una vez más, Duncan incrementó la velocidad de su ataque. Un estallido de dolor ascendió relampagueante por el brazo izquierdo de Teg desde su mano posada sobre los controles hasta su hombro.

Con una seca exclamación, Duncan desconectó el equipo.

—Lo siento, Bashar. Fue una soberbia defensa por tu parte, pero me temo que la edad te traicionó.

Una vez más, Duncan cruzó la sala y se detuvo ante Teg.

—Un pequeño dolor para recordarme el dolor que te causé —dijo Teg. Se frotó su hormigueante brazo.

—Culpemos al calor del momento —dijo Duncan—. Ya hemos trabajado lo suficiente por ahora.

—Todavía no —dijo Teg—. No es suficiente fortalecer tan sólo tus músculos.

Ante las palabras de Teg, Duncan notó que una sensación de alerta recorría todo su cuerpo. Captó el desorganizado toque de aquello incompleto que lo que había despertado no había conseguido revelar. Algo agazapado dentro de él, pensó Duncan. Era como un tenso muelle aguardando a ser soltado.

—¿Qué más piensas hacer? —preguntó Duncan. Su voz sonó ronca.

—Tu supervivencia está aquí en la balanza —dijo Teg—. Todo esto se ha hecho para salvarte y llevarte a Rakis.

—¿Por razones de la Bene Gesserit, que tú dices no conocer!

—No las conozco, Duncan.

—Pero eres un Mentat.

—Los Mentats necesitan datos para efectuar proyecciones.

—¿Crees que Lucilla lo sabe?

—No estoy seguro, pero déjame advertirte contra ella. Tiene órdenes de llevarte a Rakis *preparado* para lo que debes hacer allí.

—¿Debo? —Duncan agitó de un lado a otro su cabeza—. ¿No soy mi propia persona, con derecho a tomar mis propias decisiones? ¿Qué crees que has despertado aquí, un maldito Danzarín Rostro capaz únicamente de obedecer órdenes?

—¿Estás diciéndome que no vas a ir a Rakis?

—Estoy diciéndote que tomaré mis propias decisiones cuando sepa qué es lo que debo hacer. No soy un asesino a sueldo.

—¿Crees que yo lo soy, Duncan?

—Creo que eres un hombre honorable, alguien a quien hay que admirar. Dame el crédito suficiente para tener mis propios estándares de deber y honor.

—Se te ha ofrecido otra posibilidad de vida y...

—Pero tú no eres mi padre y Lucilla no es mi madre. ¿Imprimadora? ¿Para qué espera *prepararme*?

—Es posible que ella tampoco lo sepa, Duncan. Como yo, puede que ella sea tan sólo parte del designio general. Sabiendo cómo trabaja la Hermandad, eso es lo más probable.

—Así que vosotros dos solamente me adiestráis y me entregáis a Arrakis. ¡Aquí está el paquete que encargasteis!

—Este es un universo muy distinto de aquél en el que naciste originalmente —dijo Teg—. Como ocurría en tus días, poseemos todavía una Gran Convención contra las atómicas y las pseudoatómicas de interacción pistolas láser—escudos. Seguimos diciendo que los ataques a traición están prohibidos. Hay papeles esparcidos por todas partes en los que hemos puesto nuestras firmas, pero...

—Pero las no-naves han cambiado las bases de todos esos tratados —dijo Duncan—. Creo que aprendí mi historia bastante bien en el Alcázar. Dime, Bashar, ¿por qué hizo el hijo de Paul que los tleilaxu le proporcionaran un gholá de mí, ¡centenares de gholas de mí!, durante todos esos miles de años?

—¿El hijo de Paul?

—Las grabaciones del Alcázar lo llaman el Dios Emperador. Vosotros lo llamáis Tirano.

—Oh, no creo que sepamos por qué lo hizo. Quizá estaba solo y deseaba a alguien de...

—¡Me habéis traído de vuelta para enfrentarme al gusano! —dijo Duncan.

¿Es eso lo que estamos haciendo?, se preguntó Teg. Habían considerado aquella posibilidad más de una vez, pero era tan sólo algo más en los planes de Taraza. Teg sentía aquello con todas las fibras de su adiestramiento Mentat. ¿Lo sabía Lucilla? Teg no se engañaba a sí mismo acerca de la posibilidad de arrancar alguna revelación de una completa Reverenda Madre. No... tendría que aguardar su momento, aguardar y observar y escuchar. A su propia manera, eso era obviamente lo que Duncan había decidido. ¡Era peligroso contrariar a Lucilla!

Teg agitó la cabeza.

—Realmente, Duncan, no lo sé.

—Pero cumples órdenes.

—Por mi juramento de fidelidad a la Hermandad.

—Engaños, deshonestidades... todo ello son palabras vacías cuando está en juego la supervivencia de la Hermandad —citó Duncan sus propias palabras.

—Sí, yo dije eso —admitió Teg.

—Confío en ti ahora *porque* lo dijiste —dijo Duncan. Pero no confío en Lucilla.

Teg hundió la barbilla en su pecho. *Peligroso... peligroso...* Mucho más lentamente de lo que lo había hecho antes, Teg apartó su atención de tales pensamientos y se dedicó al proceso de limpieza mental, concentrándose en las necesidades que Taraza había depositado sobre sus hombros.

«*Vos sois mi Bashar.*»

Duncan estudió al Bashar por un momento. Las líneas del cansancio eran obvias en el rostro del viejo hombre. Duncan recordó de pronto la gran edad de Teg, preguntándose si alguna vez los hombres como Teg se habrían sentido tentados de acudir a los tleilaxu y convertirse en gholas. Probablemente no. Sabían que podían convertirse en marionetas de los tleilaxu.

Aquel pensamiento inundó la consciencia de Duncan, manteniéndole tan claramente inmóvil que Teg, alzando su mirada, lo comprendió inmediatamente.

—¿Ocurre algo?

—Los tleilaxu me han hecho algo, algo que no os han dicho —murmuró Duncan con voz ronca.

—¡Exactamente lo que temíamos! —Era Lucilla hablando desde el umbral detrás de Teg. Avanzó hasta situarse a dos pasos de Duncan—. He estado escuchando. Los dos sois muy informativos.

Teg habló rápidamente, esperando amortiguar la irritación que captaba en ella.

—Hoy ha dominado las siete actitudes.

—Golpea como el fuego —dijo Lucilla—, pero recordad que nosotras, las de la Hermandad, fluimos como el agua y llenamos todos los lugares. —Miró a Teg—. ¿No veis que nuestro ghola ha ido más allá de las actitudes?

—Ninguna posición fijada, ninguna actitud —dijo Duncan. Teg miró cortante a Duncan, que permanecía de pie con cabeza erguida, la frente lisa, los ojos claros mientras le devolvía la mirada a Teg. Duncan había crecido sorprendentemente en el corto tiempo desde que había sido despertado a sus memorias originales.

—¡Maldito seáis, Miles! —murmuró Lucilla.

Pero Teg mantenía su atención centrada en Duncan. Todo el cuerpo del joven parecía conectado a un nuevo tipo de vigor. Había un equilibrio en él que no estaba allí antes.



Duncan trasladó su atención a Lucilla.

—¿Crees que vas a fallar en tu misión?

—Seguro que no —dijo ella—. Sigues siendo un macho. Y pensó: *Sí, ese joven cuerpo debe fluir ardiente con los jugos de la procreación. Los deflagradores hormonales están todos intactos y susceptibles de ser accionados.* Su actitud actual, sin embargo, y la forma en que la miraba, la obligaron a alzar su consciencia a nuevos niveles más energéticos.

—¿Qué es lo que te han hecho los tleilaxu? —preguntó.

Duncan habló con una petulancia que no sentía:

—Oh Gran Imprimadora, si lo supiera te lo diría.

—¿Crees que estamos jugando a algún juego? —preguntó ella.

—¡No conozco *cuál* puede ser ese juego!

—En estos momentos, mucha gente sabe que no estamos en Rakis, donde se esperaba que huyéramos —dijo ella.

—Y Gammu hormiguea con gente regresada de la Dispersión —dijo Teg—. Tienen el número suficiente como para explorar muchas posibilidades aquí.

—¿Quién sospecharía de la existencia de un no-globo perdido de los días Harkonnen? —preguntó Duncan.

—Cualquiera que trace la asociación entre Rakis y Dar-es-Balat —dijo Teg.

—Si crees que se trata de un juego, considera las urgencias del mismo —dijo Lucilla. Giró sobre uno de sus pies para concentrarse en Teg—. ¡Y vos habéis desobedecido a Taraza!

—¡Estáis equivocada! He hecho exactamente lo que se me ordenó que hiciera. Soy un Bashar, y vos olvidáis lo bien que ella me conoce.

Con una brusquedad que la sumió en un impresionado silencio, las sutilezas de las maniobras de Taraza se imprimieron en la consciencia de Lucilla.

*¡Somos peones!*

Qué delicado tacto había demostrado siempre Taraza en la forma en que movía sus peones. Lucilla no se sintió disminuida por la realización de que era un peón. Aquel era un conocimiento fomentado y adiestrado en toda Reverenda Madre de la Hermandad. Incluso Teg lo sabía. No disminuida, no. Todo lo que les rodeaba escaló la consciencia de Lucilla. Se sintió admirada por las palabras de Teg. Cuán somera había sido su anterior visión de las fuerzas dentro de las cuales estaban inmersos. Era como si hubiera visto únicamente la superficie de un río turbulento y, desde allí, hubiera captado un atisbo de las corrientes que se movían en sus profundidades. Ahora, sin embargo, sentía el fluir a todo su alrededor, y una desalentadora convicción.

*Los peones son sacrificables.*

## Capítulo XXVII

*¡Con vuestra creencia en las singularidades, en los absolutos granulares, negáis el movimiento, incluso el movimiento de la evolución! Mientras ocasionáis que un universo granular persista en vuestra consciencia, sois ciegos al movimiento. Cuando las cosas cambian, vuestro universo absoluto se desvanece, ya no accesible a vuestras autolimitadas percepciones. El universo se ha movido más allá de vosotros.*

### ***Primer Borrador, Manifiesto Atreides, Archivos Bene Gesserit***

Taraza apoyó las manos en sus sienes, las palmas abiertas frente a sus oídos, y apretó. Incluso sus dedos podían sentir la tensión allí: exactamente entre las manos... fatiga. Un breve parpadeo, y cayó en el trance de la relajación. Las manos contra la cabeza eran los exclusivos puntos focales de la consciencia carnal.

*Cien latidos de corazón.*

Había practicado aquello regularmente desde que lo había aprendido de niña, una de sus primeras habilidades Bene Gesserit. Exactamente cien latidos de corazón. Después de todos aquellos años de práctica, su cuerpo podía acompañarlos automáticamente mediante un inconsciente metrónomo.

Cuando abrió los ojos a la cuenta de cien, su cabeza se sentía mejor. Esperaba disponer al menos de otras dos horas para trabajar antes de que la fatiga la venciera otra vez. Aquel centenar de latidos de corazón le habían proporcionado años extra de vigilia a lo largo de toda su vida.

Aquella noche, sin embargo, pensar en aquel viejo truco había enviado sus recuerdos torbellineando hacia atrás. Se halló prendida en su propia infancia, el dormitorio con la Hermana Censora recorriendo el pasillo por la noche para asegurarse de que todas permanecían convenientemente dormidas en sus camas.

*La Hermana Baram, la Censora de Noche.*

Taraza no había pensado en aquel nombre desde hacía años. La Hermana Baram había sido bajita y gorda, una Reverenda Madre fracasada. No por ninguna razón inmediatamente visible, pero las Hermanas Médicas y sus doctores Suk habían encontrado algo. A Baram nunca se le había permitido intentar la agonía de la especia. Se había adaptado perfectamente a lo que sabía de su defecto. Había sido descubierto mientras se hallaba aún en el segundo decenio de su vida: temblores nerviosos periódicos, que se manifestaban cuando empezaba a sumirse en el sueño. Un síntoma de algo más profundo que había hecho que fuera esterilizada. Los temblores despertaban a Baram durante la noche. Patrullar por los pasillos era una tarea lógica.

Baram tenía otras debilidades no detectadas por sus superiores. Una niña

despierta dirigiéndose al cuarto de baño podía embaucar a Baram con una conversación en voz baja.

Las preguntas ingenuas solicitaban respuestas ingenuas, pero a veces Baram impartía conocimientos útiles. Había enseñado a Taraza el truco de la relajación.

Una de las chicas mayores había encontrado a la Hermana Baram muerta en el lavabo una mañana. Los temblores de la Censora de Noche habían sido el síntoma de un defecto fatal, un hecho importante principalmente para las Madres Procreadoras y sus interminables registros.

Debido a que normalmente la Bene Gesserit no programaba la «educación de la muerte» hasta bien iniciado el estadio de acólitas, la Hermana Baram fue la primera persona muerta que viera Taraza en su vida. El cuerpo de la Hermana Baram había sido hallado parcialmente debajo de un lavabo, la mejilla derecha contra las baldosas del suelo, su mano izquierda aferrada a las cañerías debajo del lavabo. Había intentado alzar su desfalleciente cuerpo y la muerte la había sorprendido en el intento, exponiéndola en aquel último movimiento como un insecto atrapado en ámbar.

Cuando dieron la vuelta a la Hermana Baram para llevársela, Taraza vio la marca roja allá donde su mejilla había estado en contacto con el suelo. La Censora de Día explicó aquella marca con un sentido práctico puramente científico. Cualquier experiencia podía ser convertida en datos para que aquellas Reverendas Madres potenciales pudieran incorporarlos más tarde a sus «Conversaciones con la muerte» de acólitas.

#### *Lividez post mortem.*

Sentada ante su mesa en la Casa Capitular, con todos aquellos años transcurridos desde el suceso, Taraza se vio obligada a utilizar sus poderes de concentración cuidadosamente enfocados para alejar aquel recuerdo, quedando así libre de dedicarse al trabajo diseminado ante ella. Tantas lecciones. Tan terriblemente llenas, sus memorias. Tantas vidas almacenadas allí. Todo aquello reafirmaba su sensación de seguir viva para estudiar el trabajo que tenía ante sí. Había cosas que hacer. La necesitaban. Ansiosamente, Taraza se dedicó a su trabajo.

¡Maldita fuera la necesidad de adiestrar al ghola en Gammu!

Pero aquel ghola lo requería. La familiaridad con el polvo que se hollaba era algo previamente necesario para la restauración de aquella persona original.

Había sido juicioso enviar a Burzmali a la arena de Gammu. Si Miles había hallado realmente un escondite... si tenía que emerger ahora, iba a necesitar toda la ayuda que pudiera conseguir. Una vez más, consideró si no sería tiempo de jugar el juego de la presciencia. ¡Tan peligroso! Y los tleilaxu habían sido alertados de que podía solicitársele en cualquier momento su ghola de reemplazo.

—*Estamos listos para la entrega.*

Su mente derivó hacia el problema de Rakis. Aquel estúpido Tuek debería haber

sido verificado más cuidadosamente. ¿Durante cuánto tiempo podía suplantarle con seguridad un Danzarín Rostro? No había habido ningún fallo en la decisión que Odrade había tomado sobre la marcha, sin embargo. Había colocado al tleilaxu en una posición insostenible. El suplantador podía ser puesto en evidencia en cualquier momento sumiendo a la Bene Tleilax en un hervidero de odios.

El juego dentro de los planes de la Bene Gesserit se había vuelto muy delicado. Desde hacía ya generaciones, habían mantenido con los sacerdotes rakianos el cebo de una alianza con la Bene Gesserit. ¡Pero ahora! Los tleilaxu debían considerar que eran *ellos* quienes habían sido elegidos en vez de los sacerdotes. La alianza triangular de Odrade, dejemos que los sacerdotes piensen que todas las Reverendas Madres van a pronunciar el Juramento de Sumisión al Dios Dividido. El Consejo de Sacerdotes tartamudearía con excitación ante la perspectiva. Los tleilaxu, por supuesto, veían la posibilidad de monopolizar la especie, controlando finalmente la única fuente independiente de ellos.

Unos golpecitos en la puerta indicaron a Taraza que su acólita había llegado con el té. Era una orden permanente cuando la Madre Superiora trabajaba hasta tarde. Taraza miró al crono sobre la mesa, un instrumento ixiano tan preciso que podía adelantarse o atrasarse tan sólo un segundo en un siglo: las 01:23:11 AM.

Dio orden de pasar a la acólita. La muchacha, una pálida rubia con unos fríos ojos observadores, entró y se inclinó para disponer el contenido de su bandeja junto a Taraza.

Taraza ignoró a la muchacha y contempló el trabajo que había aún sobre la mesa. Tanto por hacer. El trabajo era más importante que el sueño. Pero le dolía la cabeza, y notaba la delatora sensación de aturdimiento propia de un cerebro embotado que le decía que el té iba a proporcionarle muy poco alivio. Había llegado a un extremo de agotamiento mental, y tenía que recuperarse antes siquiera de poder ponerse en pie. Sus hombros y espalda le pulsaban.

La acólita empezó a marcharse, pero Taraza le hizo un gesto para que aguardara.

—Frótame un poco la espalda, por favor, Hermana.

Las adiestradas manos de la acólita eliminaron lentamente las constricciones de la espalda de Taraza. *Buena chica*. Taraza sonrió ante aquel pensamiento. Por supuesto que era buena. Ninguna criatura inferior podía ser asignada a la Madre Superiora.

Cuando la muchacha se hubo ido, Taraza permaneció sentada en silencio, sumida en profundos pensamientos. *Tan poco tiempo*. Escatimaba cada minuto de sueño. Sin embargo, no había escapatoria. Finalmente, el cuerpo planteaba sus inevitables exigencias. Llevaba días empujándose más allá de toda normal recuperación. Ignorando el té colocado a su lado, Taraza se levantó y se dirigió pasillo abajo hacia su pequeña celda dormitorio. Allí llamó a la Guardiana de Noche para que despertara a las 11:00 AM, y se dejó caer completamente vestida en el duro camastro.

Lentamente, reguló su respiración, aisló de toda distracción sus sentidos, y se sumió en el estadio intermedio.

El sueño no acudió.

Apeló a todo su repertorio, y el sueño siguió eludiéndola. Taraza permaneció tendida allí durante largo tiempo, reconociendo al final la futilidad de obligarse a sí misma a dormir con cualquiera de las técnicas a su disposición. El estado intermedio tendría que hacer su servicio. Mientras tanto, su mente seguía cavilando.

Nunca había considerado a los sacerdotes rakianos como un problema central. Atrapados en la religión, los sacerdotes podían ser manipulados mediante la religión. Veían a la Bene Gesserit principalmente como una potencia que podía reforzar su dogma. Dejemos que sigan pensando eso. Era un cebo que podía cegarles.

¡Maldito fuera aquel Miles Teg! Tres meses de silencio, y ningún informe favorable de Burzmali tampoco. Una zona quemada, señales del despegue de una no-nave. ¿Dónde podía haber ido Teg? Era posible que el ghola estuviera muerto. Teg nunca había hecho una cosa así antes. La Vieja Fiabilidad. Era por eso por lo que lo había escogido. Eso y sus talentos militares y su parecido con el viejo Duque Leto... todas las cosas que habían preparado en él.

Teg y Lucilla. Un equipo perfecto.

Si no estaba muerto, ¿se hallaba el ghola más allá de su alcance? ¿Lo tenían los tleilaxu? ¿Atacantes de la Dispersión? Eran posibles muchas cosas. La Vieja Fiabilidad. Silencio. ¿Era su silencio un mensaje? De ser así, ¿qué estaba intentando decir?

Con Schwangyu y Patrin muertos, había un olor a conspiración en torno a los acontecimientos de Gammu. ¿Podía ser Teg algo plantado hacía mucho tiempo por los enemigos de la Hermandad? ¡Imposible! Su propia familia era a toda prueba contra tales dudas. La hija de Teg y la casa familiar estaban tan desconcertados como todos.

Tres meses ya, y ni una palabra.

Precaución. Había advertido a Teg que ejercitara la máxima precaución protegiendo al ghola. Teg había visto el gran peligro en Gammu. Los últimos informes de Schwangyu dejaban eso bien claro.

¿Dónde podían haber llevado Teg y Lucilla al ghola?

¿Dónde habían podido conseguir una no-nave? ¿Una conspiración?

La mente de Taraza no dejaba de dar vueltas en torno a sus profundas sospechas. ¿Era aquello obra de Odrade? Entonces, ¿quién conspiraba con Odrade? ¿Lucilla? Odrade y Lucilla nunca se habían visto antes de aquel breve encuentro en Gammu. ¿O no? ¿Quién se había acercado a Odrade y había respirado con ella un aire mutuo cargado de susurros? Odrade no mostraba ninguna señal de aquello, pero ¿qué probaba eso? La lealtad de Lucilla nunca había sido puesta en duda. Las dos

funcionaban perfectamente, tal como se esperaba. Pero lo mismo hacían los conspiradores.

¡Hechos! Taraza estaba hambrienta de hechos. La cama crujió bajo ella, y su aislamiento sensorial se derrumbó, despedazado tanto por sus preocupaciones como por el sonido de sus propios movimientos. Resignadamente, Taraza se preparó una vez más para la relajación.

Relajación y *luego* sueño.

Las naves de la Dispersión revolotearon en la imaginación nublada por la fatiga de Taraza. Los Perdidos regresaban en sus incontables no-naves. ¿Era ahí donde Teg había encontrado una nave? Esta posibilidad estaba siendo explorada tan discretamente como era posible, tanto en Gammu como en cualquier otro lugar. Intentó contar naves imaginarias, pero se negaron a presentarse en la forma ordenada que requería la inducción al sueño. Taraza se puso alerta sin moverse en su camastro.

Su mente más profunda estaba intentando revelar algo. El cansancio había bloqueado aquel sendero de comunicación, pero ahora... se sentó, completamente despierta.

Los tleilaxu habían estado tratando con la gente que había regresado de la Dispersión. Con aquellas rameras de Honoradas Matres, y también con los Bene Tleilax regresados. Taraza captó un sólo designio tras los acontecimientos. Los Perdidos no regresaban por simple curiosidad hacia sus raíces. El deseo gregario de reunir de nuevo a toda la humanidad no era suficiente en sí mismo como para hacerles volver. Claramente, las Honoradas Matres venían con sueños de conquista.

¿Pero y si los tleilaxu enviados a la Dispersión no se habían llevado consigo el secreto de los tanques axlotl? ¿Qué entonces? La melange. Las rameras de ojos naranja utilizaban obviamente un sustituto inadecuado. Era posible que la gente de la Dispersión no hubiera resuelto el misterio de los tanques tleilaxu. *Sabrían* de los tanques axlotl, e intentarían recrearlos. Pero si fracasaban... ¡melange!

Empezó a explorar aquella proyección.

Los Perdidos habían agotado toda la auténtica melange que sus antepasados se habían llevado consigo a la Dispersión. ¿Qué fuentes les quedarían entonces? Los gusanos de Rakis y la Bene Tleilax original. Las rameras no se atrevían a revelar su auténtico interés. Sus antepasados creían que los gusanos no podían ser trasplantados. ¿Era posible que los Perdidos hubieran encontrado un planeta adecuado para los gusanos? Por supuesto, era posible. Podían empezar comerciando con los tleilaxu como una diversión. Rakis sería su auténtico objetivo. O lo cierto podía ser lo contrario.

*Riqueza transportable.*

Había visto los informes de Teg relativos a la riqueza que estaba siendo acumulada en Gammu. Algunos de los que regresaban poseían grandes cantidades de

dinero y otros bienes negociables. Aquello resultaba muy claro con sólo estudiar un poco las actividades bancarias.

¿Qué gran artículo de cambio existía, sin embargo, aparte la especia?

Y en la abundancia. Pero ahí estaba, indudablemente. Y, fuera cual fuese, los intercambios habían empezado.

Taraza se dio cuenta de que había voces al otro lado de su puerta. La acólita que guardaba su sueño estaba discutiendo con alguien. Las voces sonaban bajas, pero Taraza oyó lo suficiente de ellas como para ponerse en completa alerta.

—Dejó instrucciones de ser despertada tarde por la mañana —protestaba la Guardiania del Sueño.

Otra voz susurró:

—Ella dijo que tenía que ser avisada en el momento mismo en que yo regresara.

—Os digo que está muy cansada. Necesita...

—¡Necesita ser obedecida! ¡Dile que he vuelto!

Taraza se sentó en el camastro y apoyó los pies en el suelo. ¡Dioses! Cómo le dolían las rodillas. Le dolía también el no poder situar aquel susurro intruso, la persona que discutía con su guardiana.

¿A quién le dije que cuando regresara...? ¡Burzmali!

—Estoy despierta —exclamó Taraza.

La puerta se abrió, y la Guardiania del Sueño entró.

—Madre Superiora, Burzmali ha regresado de Gammu.

—¡Hazle entrar inmediatamente! —Taraza activó un sólo globo a la cabecera de su camastro. Su amarillenta luz barrió la oscuridad de la habitación.

Burzmali entró y cerró la puerta detrás de él. Sin que nadie se lo dijera, pulsó el interruptor del aislamiento sónico junto a la puerta, y todos los ruidos del exterior desaparecieron.

¿En privado? Entonces se trataba de malas noticias.

Miró a Burzmali. Era un hombre bajo y esbelto, con un rostro finamente triangular que se estrechaba en una puntiaguda barbilla. Su pelo rubio colgaba ligeramente sobre su alta frente. Sus ojos verdes, muy separados, eran alertas y observadores. Parecía demasiado joven para las responsabilidades de un Bashar, pero Teg también había parecido demasiado joven en Arbelough. *Estamos haciéndonos viejos, maldita sea.* Taraza se obligó a relajarse y a depositar su confianza en el hecho de que Teg había adiestrado a aquel hombre y había depositado toda su confianza en él.

—Decidme las malas noticias —murmuró Taraza.

Burzmali carraspeó.

—Sigue sin haber señales del Bashar y su grupo en Gammu, Madre Superiora. —Poseía una voz pesada, masculina.

*Y eso no es lo peor*, pensó Taraza. Veía claramente los signos en el nerviosismo de Burzmali.

—Decidlo todo —ordenó—. Obviamente, habéis completado vuestro examen de las ruinas del Alcázar.

—Ningún superviviente —dijo el hombre—. Los atacantes fueron concienzudos.

—¿Tleilaxu?

—Probablemente.

—¿Tenéis dudas?

—Los atacantes utilizaron ese nuevo explosivo ixiano, el 12—Urí. Yo... creo que pudo ser utilizado para confundirnos. Había también orificios de sondas cerebrales mecánicas en el cerebro de Schwangyu.

—¿Y Patrin?

—Tal como Schwangyu informó. Se hizo estallar él mismo junto con aquella nave—señuelo. Lo identificaron por unos fragmentos de dos de sus dedos y un ojo intacto. No quedó absolutamente nada lo suficientemente grande como para sondear.

—¡Pero tenéis dudas! ¡No sabéis quiénes fueron!

—Schwangyu dejó un mensaje que solamente nosotros podíamos leer.

—¿En las señales de desgaste del mobiliario?

Sí, Madre Superiora, y...

—Entonces sabía que iba a ser atacada y tuvo tiempo de dejar el mensaje. Vi vuestro informe anterior sobre la devastación del ataque.

—Fue rápido y absolutamente aplastante. Los atacantes no intentaron hacer prisioneros.

—¿Qué dijo ella?

—Rameras.

Taraza intentó contener su impresión, aunque había estado esperando aquella palabra. El esfuerzo por permanecer tranquila casi agotó sus energías. Aquello era tremendamente malo. Taraza se concedió un profundo suspiro. La oposición de Schwangyu había persistido hasta el fin. Pero entonces, viendo el desastre, había tomado una decisión pertinente. Sabiendo que iba a morir sin la oportunidad de transferir sus Memorias de Vidas a otra Reverenda Madre, había actuado de acuerdo con la más básica lealtad. Si no puedes hacer ninguna otra cosa, arma a tus Hermanas y frustra al enemigo.

*¡Así que las Honoradas Matres habían actuado!*

—Habladme de vuestra búsqueda del ghola —ordenó Taraza.

—Nosotros no fuimos los primeros buscadores en este sentido, Madre Superiora. Había muchas quemaduras adicionales de árboles y rocas y maleza.

—¿Pero había una no—nave?

—Las *señales* de una no—nave.



Taraza asintió para sí misma. ¿Un silencioso mensaje de Antigua Integridad?

—¿Cuán de cerca examinasteis el área?

—Volamos sobre ella, pero en un viaje de rutina de un lugar a otro.

—Taraza señaló a Burzmali una silla junto a los pies de su camastro.

—Sentaos y descansad. Deseo que hagáis algunas suposiciones para mí.

Burzmali se sentó cuidadosamente en la silla. ¿Suposiciones?

—Vos fuisteis su estudiante preferido. Deseo que imaginéis que vos sois Miles Teg. Sabéis que debéis sacar al gholá del Alcázar. No confiáis completamente en nadie a vuestro alrededor, ni siquiera en Lucilla. ¿Qué es lo que haríais?

—Algo inesperado, por supuesto.

—Por supuesto.

Burzmali se frotó su puntiaguda barbilla. Finalmente, dijo:

—Confío en Patrin. Confío enteramente en él.

—De acuerdo, vos y Patrin. ¿Qué haríais?

—Patrin es un nativo de Gammu.

—Yo también he estado pensando en eso —dijo Taraza.

Burzmali contempló el suelo a sus pies.

—Patrin y yo tendríamos un plan de emergencia preparado con mucha antelación para cuando fuera necesario. Siempre preparo formas secundarias de enfrentarme a los problemas.

—Muy bien. Ahora... el plan. ¿Qué haríais?

—¿Por qué se mataría Patrin? —preguntó Burzmali.

—Vos estáis seguro de que eso fue lo que hizo.

—Visteis los informes. Schwangyu y algunas otras estaban seguras de ello. Yo lo acepto. Patrin era lo suficientemente leal como para hacer eso por su Bashar.

—¿Por vos! Vos sois Miles Teg ahora. ¿Qué plan habréis maquinado Patrin y vos?

—Yo no enviaría deliberadamente a Patrin a una muerte segura.

—¿A menos?

—Patrin hizo eso por iniciativa propia. Podía hacerlo si el plan lo había ideado él... no yo. Lo haría para protegerme, para asegurarse de que nadie descubría el plan.

—¿Cómo podía Patrin hacer acudir una no-nave sin que nosotros lo supiéramos?

—Patrin era un nativo de Gammu. Su familia viene de los días de Giedi Prime.

Taraza cerró los ojos y giró la cabeza hacia un lado, apartándola de Burzmali. Burzmali seguía las mismas huellas que ella había estado siguiendo mentalmente. *Conocíamos los orígenes de Patrin.* ¿Cuál era el significado de aquella asociación con Gammu? Su mente se negaba a especular. ¡Así era como había llegado a sentirse tan agotada! Miró una vez más a Burzmali.

—¿Halló Patrin alguna forma de entrar secretamente en contacto con su familia y sus viejos amigos?

—Exploramos todo contacto que pudimos descubrir.

—Podéis estar seguro de que no los habéis rastreado todos. Burzmali se alzó de hombros.

—Por supuesto que no. No actuamos bajo esa suposición. Taraza inspiró profundamente.

—Volved a Gammu. Llevaos con vos tanta ayuda como pueda daros nuestra Seguridad. Decidle a Bellonda que esas son mis órdenes. Debéis introducir agentes en todas partes. Descubrid lo que sabía Patrin. Lo que quede de su familia. Sus amigos. Descubrid todo lo que sea posible.

—Eso armará revuelo, no importa lo cuidadosos que seamos. Otros se enteraran.

—Eso no puede ser evitado. ¡Y, Burzmali!

El hombre estaba ya en pie.

—¿Sí, Madre Superiora?

—Los otros que están buscando: debéis estar siempre por delante de ellos.

—¿Puedo utilizar un navegante de la Cofradía?

—¡No!

—Entonces, ¿cómo...?

—Burzmali, ¿y si Miles y Lucilla y nuestro ghola estuvieran aún en Gammu?

—¡Ya os he dicho que no aceptaba la idea de que habían abandonado el planeta en una no- nave!

Durante un largo período de silencio, Taraza estudió al hombre de pie a los pies de su camastro. Adiestrado por Miles Teg. El estudiante preferido del viejo Bashar. Aquello significaba que el adiestrado instinto de Burzmali estaba sugiriendo algo.

Con voz muy baja, murmuró:

—¿Sí?

—Gammu era Giedi Prime, un lugar Harkonnen.

—¿Qué os sugiere eso?

—Los Harkonnen eran ricos, Madre Superiora. Muy ricos.

—¿Y?

—Lo suficientemente ricos como para completar la instalación secreta de una no-estancia... incluso de un gran no-globo.

—¡No hay grabaciones de eso! Ix nunca ha sugerido ni siquiera vagamente algo así. No han enviado nada a Gammu desde hace...

—Sobornos, compras por medio de terceros, intercambios de carga entre naves —dijo Burzmali—. Los Tiempos de Hambruna fueron unos tiempos muy desorganizados, y antes de ellos hubieron todos esos milenios del Tirano.

—Cuando los Harkonnen tuvieron que humillar sus cabezas o perderlas. Está bien, admitiré la posibilidad.

—Las grabaciones pudieron perderse —dijo Burzmali.

—No por parte nuestra o de los otros gobiernos que sobrevivieron. ¿A dónde os lleva esa línea de especulación?

—A Patrin.

—Ahhh.

Burzmali habló rápidamente:

—Si algo así fuera descubierto, un nativo de Gammu podría llegar a saber de ello.

—¿Cuántos nativos de Gammu podrían llegar a saberlo? No pensaréis que hayan podido mantener algo así en secreto durante... ¡Sí! Entiendo lo que queréis decir. Si fuera un secreto de la familia de Patrin...

—No me he atrevido a preguntarles nada de eso a ninguno de ellos.

—¿Por supuesto que no! Pero podríais buscar... sin alertar a...

—Ese lugar en la montaña donde fueron dejadas las marcas de la no-nave.

—¿Eso requeriría que fuerais vos en persona!

—Muy difícil de ocultarlo a los espías —admitió él—. A menos que fuera allí con una fuerza muy reducida y aparentemente con otras finalidades.

—¿Qué otras finalidades?

—Instalar un túmulo funerario en memoria de mi viejo Bashar.

—¿Dando a entender que sabemos que está muerto? ¡Sí!

—Vos habéis pedido ya a los tleilaxu que reemplacen a nuestro ghola.

—Fue una simple precaución y no tiene nada que ver con... Burzmali, esto es extremadamente peligroso. Dudo que podamos engañar a la clase de gente que os estará observando en Gammu.

—Mi dolor y el de la gente que lleve conmigo será dramático y creíble.

—Lo creíble no convence necesariamente a un observador atento.

—¿No confiáis en mi lealtad y en la lealtad de la gente que voy a llevar conmigo?

Taraza frunció pensativamente los labios. Se recordó a sí misma que la absoluta lealtad era algo que habían aprendido a valorar de acuerdo con los estándares proporcionados por los Atreides. Cómo producir gente que atraiga hacia sí la devoción más absoluta. Burzmali y Teg eran excelentes ejemplos.

—Puede funcionar —admitió Taraza. Miró especulativamente a Burzmali. ¡El estudiante preferido de Teg podía tener razón!

—Entonces iré —dijo Burzmali. Se dio la vuelta para marcharse.

—Un momento —dijo Taraza.

Burzmali se volvió.

—Os saturaréis todos con shere. Todos. Y si sois capturados por Danzarines Rostro... ¡esos nuevos!... deberéis quemaros vuestras cabezas o despedazarlas absolutamente. Tomad las precauciones necesarias.

La repentina expresión sobria en el rostro de Burzmali tranquilizó a Taraza. Por un momento, se había sentido orgulloso de sí mismo allí. Mejor no desanimar este

orgullo. No convenía que aquel hombre cometiera imprudencias.

## Capítulo XXVIII

*Sabemos desde hace mucho que los objetos de nuestras experiencias sensoriales palpables pueden ser influenciados por la elección... una elección tanto consciente como inconsciente. Este es un hecho demostrado que no requiere que creamos que alguna fuerza dentro de nosotros sale al exterior y toca el universo. Señalo una pragmática relación entre creencia y lo que identificamos como «real». Todos nuestros juicios arrastran consigo una pesada carga de creencias ancestrales a las cuales nosotras, las Bene Gesserit, tendemos a ser más susceptibles que la mayoría. No es suficiente que seamos conscientes de esto y nos guardemos contra ello. Las interpretaciones alternativas deben recibir siempre nuestra atención.*

### **Madre Superiora Taraza: Discusión en el Consejo**

—Dios nos juzgará aquí —exultó Waff.

Llevaba diciendo aquello en los momentos más impredecibles durante toda aquella larga cabalgada por el desierto. Sheeana parecía no darse cuenta de ello, pero la voz y los comentarios de Waff habían empezado a irritar a Odrade.

El sol rakiano había avanzado mucho hacia el oeste, pero el gusano que los transportaba no parecía cansarse en su viaje a través del antiguo Sareer hacia lo que quedaba de la barrera formada por el muro del Tirano.

*¿Por qué esta dirección?*, se preguntaba Odrade.

Ninguna respuesta era satisfactoria. El fanatismo y el renovado peligro de Waff, sin embargo, exigían una respuesta inmediata. Recitó el canto del Shariat que sabía que lo controlaba.

—Dejemos que sea dios y no los hombres quien juzgue.

Waff frunció el ceño ante la nota burlona de su voz. Miró el horizonte frente a ellos y luego hacia arriba, a los tópteros, que se mantenían a su altura.

—Los hombres deben hacer el trabajo de Dios —murmuró.

Odrade no respondió. Waff se había visto sumido en sus dudas y ahora debía estarse preguntando: ¿Comparten realmente esas brujas Bene Gesserit la Gran Creencia?

Sus pensamientos retrocedieron a las preguntas no respondidas, deteniéndose en todo lo que sabía sobre los gusanos de Arrakis. Memorias personales y las Otras Memorias tejieron un alocado montaje. Podía visualizar a embozados Fremen a lomos de un gusano más grande aún que éste, cada jinete inclinado hacia atrás agarrado a un largo palo terminado en un garfio que se clavaba en la articulación de los anillos del gusano del mismo modo que sus manos se aferraban ahora a ésta. Sintió el viento contra sus mejillas, sus ropas azotando sus piernas. Aquella

cabalgada y las otras se mezclaron en una larga familiaridad.

*Ha pasado mucho tiempo desde que un Atreides cabalgó de esta manera.*

¿Había habido algún indicio de su destino allá atrás en Dar-es-Balat? ¿Cómo era posible? Pero había hecho tanto calor, y su mente había estado tan ocupada sondeando lo que podía ocurrir en aquella aventura en el desierto. No había estado tan alerta como hubiera debido estar.

Al igual que todas las demás comunidades en Rakis, Dar-es-Balat se cerraba sobre sí mismo durante el calor de primera hora de la tarde. Odrade recordaba la irritación de su nuevo destiltraje mientras aguardaba a la sombra de un edificio cerca de los límites occidentales de Dar-es-Balat. Aguardaba a que las distintas escoltas trajeran a Sheeana y Waff de las casas de seguridad donde Odrade los había instalado.

Qué tentador blanco había hecho allí. Pero tenía que estar segura de la sumisión rakiana. Las escoltas Bene Gesserit se habían retrasado deliberadamente.

—A Shaitan le gusta el calor —había dicho Sheeana.

Los rakianos se ocultaban del calor, pero los gusanos salían con él. ¿Era ese un hecho significativo, que revelaba las razones por las cuales aquel gusano los estaba llevando en una dirección en particular?

*¡Mi mente está rebotando de un lado para otro como la pelota de un niño!*

¿Qué significaba el que los rakianos se ocultaran del sol mientras un pequeño tleilaxu, una Reverenda Madre, y una salvaje muchacha cruzaban a toda velocidad el desierto a lomos de un gusano? Era un antiguo modelo en Rakis. No había nada sorprendente en todo aquello. Los antiguos Fremen habían sido principalmente nocturnos, sin embargo. Sus descendientes modernos dependían más de las sombras para protegerse de la ardiente luz del sol.

¡Cuán seguros se sentían los sacerdotes detrás de sus fosos guardianes!

Cada residente de un centro urbano de Rakis sabía que el qanat estaba ahí afuera, el agua deslizándose suavemente entre las sombras, pequeños chorros siendo desviados periódicamente para alimentar los estrechos canales cuya evaporación era recapturada por las trampas de viento.

—Nuestras plegarias nos protegen —decían, pero sabían muy bien lo que realmente les protegía.

*«Su sagrada presencia es vista en el desierto.»*

*El Sagrado Gusano.*

*El Dios Dividido.*

Odrade miró los anillos del gusano frente a ella. *¡Y aquí está!*

Pensó en los sacerdotes entre los observadores en los tópteros encima de ellos. ¡Cómo les gustaba espiar a los demás!

Los había sentido observándola allá atrás en Dar-es-Balat mientras aguardaba la llegada de Sheeana y Waff. Ojos detrás de un espejo de plaz o curioseando desde

lugares oscuros.

Odrade se había obligado a sí misma a ignorar los peligros mientras marcaba el paso del tiempo a través del movimiento de la línea de sombra en una pared encima suyo: un reloj exacto en aquel lugar donde quedaban pocos excepto el propio sol.

Las tensiones se habían ido acumulando, amplificadas por la necesidad de parecer despreocupada. ¿Iban a atacar? ¿Se atreverían, sabiendo que ella había tomado sus propias precauciones? ¿Cuán furiosos se sentían los sacerdotes por haberse visto forzados a unirse a los tleilaxu en aquel secreto triunvirato? A sus Reverendas Madres consejeras del Alcázar no les había gustado aquel peligroso cebo lanzado a los sacerdotes.

¡Dejemos que una de *nosotras* sea el cebo!

Odrade se había mostrado inflexible:

—No lo creerán. Las sospechas los mantendrán apartados.

Además, seguramente enviarán a Albertus.

Así pues, Odrade había esperado en el patio de Dar-es-Balat, sombreada de verde en las profundidades donde aguardaba de pie contemplando la línea de sol seis pisos por encima de su cabeza... más allá de las ornamentadas balaustradas en cada hilera de balcones; plantas verdes, con flores de color rojo brillante, naranjas, azules, y un rectángulo de plateado cielo por encima de las hileras.

*Y los ocultos ojos.*

¡Un movimiento en la gran puerta que daba a la calle a su derecha! Una sola figura con el atuendo sacerdotal dorado, púrpura y blanco penetró en el patio. La estudió, buscando señales de que los tleilaxu hubieran extendido su dominio mediante la suplantación de otro Danzarín Rostro. Pero se trataba de un hombre, un sacerdote al que reconoció: Albertus, el más antiguo de los sacerdotes de Dar-es-Balat.

*Tal como esperábamos.*

Albertus cruzó el amplio atrio y el patio hacia ella, caminando con cuidadosa dignidad. ¿Había peligrosos portentos en él? ¿Iba a ser la señal para sus asesinos? Miró hacia arriba, hacia las hileras de balcones: pequeños movimientos aleteantes en los niveles superiores. El sacerdote que se acercaba no estaba solo.

*¡Pero tampoco lo estoy yo!*

Albertus se detuvo a dos pasos de Odrade y alzó la vista hacia ella desde donde había mantenido fija su atención... los intrincados dibujos dorados y púrpuras de las baldosas del suelo del patio.

*Tiene huesos débiles, pensó Odrade.*

No hizo ninguna señal de reconocimiento. Albertus era uno de aquellos que sabían que su Sumo Sacerdote había sido reemplazado por la imitación de un Danzarín Rostro.

Albertus carraspeó e inspiró trémulamente.

*¡Huesos débiles! ¡Carne débil!*

Aunque el pensamiento divirtió a Odrade, no redujo su cautela. Las Reverendas Madres siempre notaban ese tipo de cosas. Una miraba las marcas de la ascendencia. Había existido una tal selectividad en los antepasados de Albertus que había dado como consecuencia fallos, grietas e imperfecciones, cosas elementales que la Hermandad intentaría corregir en sus descendientes si alguna vez consideraba útil y valioso atender a su progenie. Eso sería tomado en consideración, por supuesto. Albertus había alcanzado una posición de poder, haciéndolo de una forma suave pero definida, y debía determinarse si eso implicaba un valioso material genético. Albertus había sido pobremente educado, sin embargo. Una acólita de primer año hubiera podido manejarlo. El condicionamiento entre el sacerdocio rakiano había degenerado terriblemente desde los viejos días de las Habladoras Pez.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó Odrade, convirtiendo sus palabras tanto en una acusación como en una pregunta.

Albertus tembló.

—Traigo un mensaje de vuestra gente, Reverenda Madre.

—¡Entonces dílo!

—Ha habido un ligero retraso, algo relativo al hecho de que el camino hasta aquí es conocido por demasiada gente.

—Esa al menos era la historia que habían acordado decir a los sacerdotes. Pero las demás cosas en el rostro de Albertus eran fáciles de leer. Los secretos compartidos con él quedaban peligrosamente expuestos.

—Casi lamento no haber ordenado que os mataran —dijo Odrade.

Albertus retrocedió dos pasos. Sus ojos se volvieron vacuos, como si acabara de morir allí mismo frente a ella. Odrade reconoció la reacción. Albertus había entrado en aquella fase completamente reveladora en la que el miedo te aferra el escroto. Sabía que aquella terrible Reverenda Madre Odrade podía dictar una sentencia de muerte sobre él de una forma enteramente casual, o incluso matarlo con sus propias manos. Nada de lo que él dijera o hiciera escaparía de su terrible escrutinio.

—Habéis estado considerando la posibilidad de matarme *a mí* y destruir nuestro Alcázar en Keen —acusó Odrade.

Albertus tembló violentamente.

—¿Por qué decís tales cosas, Reverenda Madre? —Había un gemido revelador en su voz.

—No intentéis negarlo —dijo ella—. Me pregunto cuántos habrán descubierto lo fácil que es leerlos, del mismo modo que lo he descubierto yo. Se supone que sois un mantenedor de secretos. ¡No se supone que debáis pasearos por todas partes con todos vuestros secretos escritos en vuestro rostro!



Albertus cayó de rodillas. Odrade pensó que iba a arrastrarse.

—¡Pero vuestra propia gente me envió!

—Y vos os habéis sentido enormemente feliz de venir y decidir si resultaba posible matarme.

—¿Por qué deberíamos...?

—¡Silencio! No os gusta que nosotras controlemos a Sheeana. Teméis a los tleilaxu. Los asuntos han sido arrancados de las manos de vosotros los *sacerdotes*, y las cosas han adquirido un movimiento que os aterra.

—¡Reverenda Madre! ¿Qué debemos hacer? ¿Qué debemos hacer?

—¡Nos obedeceréis! ¡Más que eso, obedeceréis a Sheeana! ¿Teméis que nosotras nos aventuremos este día? ¡Tenéis cosas mucho más grandes que temer!

Agitó la cabeza en burlón desánimo, sabiendo el efecto que todo aquello estaba haciendo en el pobre Albertus. Se postró bajo el peso de la ira de Odrade.

—¡En pie! —ordenó ella—. ¡Y recordad que sois un sacerdote y se os exige la verdad!

Albertus se puso tambaleante en pie y mantuvo su cabeza inclinada. Ella pudo ver su cuerpo responder a la decisión de abandonar todo subterfugio. ¡Qué prueba debía ser aquello para él! Obediente a la Reverenda Madre que tan obviamente leía en su corazón, ahora debía ser obediente a su religión. Debía enfrentarse a la definitiva paradoja de todas las religiones:

*¡Dios sabe!*

—No me ocultéis nada a mí, no le ocultéis nada a Sheeana, no le ocultéis nada a Dios —dijo Odrade.

—Perdonadme, Reverenda Madre.

—¿Perdonaros? No está en mi poder perdonaros, ni deberíais pedírmelo. ¡Sois un sacerdote!

Alzó su mirada hacia el furioso rostro de Odrade.

La paradoja lo abrumaba ahora completamente. ¡Dios estaba seguramente allí! Pero Dios estaba normalmente muy lejos, y las confrontaciones podían ser aplazadas. Mañana era otro día en la vida. Seguro que lo era. Y era aceptable permitirte unos cuantos pecados pequeños, quizá una mentira o dos. Por ahora solamente. Y quizá un gran pecado si las tentaciones eran grandes. Se suponía que los dioses eran más comprensivos con los grandes pecadores. Habría tiempo para enmendarse.

Odrade miró a Albertus con el ojo analista de la Missionaria Protectora.

*Ahhh, Albertus, pensó. Pero ahora te hallas en presencia de otro ser humano que conoce todas las cosas que tú creías eran secretos entre tú y tu dios.*

Para Albertus, su actual situación debía ser poco distinta de su muerte y ese definitivo sometimiento al juicio final de su dios. Eso describía con toda seguridad la inconsciente fijación que hacía que Albertus permitiera que toda la fuerza de su

voluntad se desmoronara. Todos sus temores religiosos habían sido apelados, y se centraban ahora en una *Reverenda Madre*.

Con su tono más seco, sin siquiera emplear la Voz, Odrade dijo:

—Deseo que esta farsa termine inmediatamente.

Albertus intentó deglutir. Sabía que no podía mentir. Era posible que poseyera una remota capacidad de mentira, pero ahora resultaba inútil. Sumiso, alzó la vista hacia la frente de Odrade, donde el borde de la capucha de su destiltraje apretaba tensa por encima de sus cejas. Habló con algo más que un susurro:

—Reverenda Madre, se trata simplemente de que nos sentimos despojados. Vos y el tleilaxu vais a ir al desierto con *nuestra* Sheeana. Ambos vais a aprender de ella y... —Sus hombros se agitaron—. ¿Por qué lleváis al tleilaxu?

—Sheeana lo desea —mintió Odrade.

Albertus abrió la boca y volvió a cerrarla sin hablar. Pudo ver la aceptación fluir a través de él.

—Regresaréis con los vuestros con mi advertencia —dijo Odrade—. La supervivencia de Rakis y de vuestro sacerdocio depende enteramente de lo bien que me obedezcáis. ¡No me obstaculizaréis en lo más mínimo! Y en cuanto a esos pueriles complots contra nosotras... ¡Sheeana nos revelará vuestro más insignificante pensamiento perverso!

Albertus la sorprendió entonces. Agitó la cabeza y emitió una seca risita. Odrade había notado ya que muchos de aquellos sacerdotes gozaban desconcertando a los demás, pero no había sospechado que pudieran encontrar divertidos sus propios fracasos.

—Encuentro hueca vuestra risa —dijo.

Albertus se alzó de hombros y recuperó algo de su máscara facial. Odrade había visto muchas de aquellas máscaras en él. ¡Fachadas! Las llevaba a capas. Y muy profundo bajo todas aquellas defensas se hallaba el que importaba, el que se había expuesto tan brevemente a ella hacia un momento. Aquellos sacerdotes tenían una forma peligrosa de caer en floridas explicaciones, sin embargo, cuando eran demasiado acuciados con preguntas.

*Debo restaurar al que importa*, pensó Odrade. Lo interrumpió bruscamente cuando él empezaba a hablar.

—¡No más! Aguardaréis a que regrese del desierto. Por ahora, sois *mi* mensajero. Llevad como corresponde mi mensaje, y obtendréis una recompensa más grande de lo que jamás hayáis imaginado. ¡Fracasad, y sufriréis las agonías de Shaitan!

Odrade observó a Albertus escabullirse fuera del patio, los hombros hundidos, la cabeza tendida hacia adelante como si no pudiera esperar a hablar con sus compañeros, aunque fuera a distancia.

En su conjunto, pensó Odrade, todo había ido bien. Un riesgo calculado y muy

peligroso para ella personalmente. Estaba segura de que había habido asesinos en los balcones encima suyo aguardando a una señal de Albertus. Y ahora, el miedo que él llevaba de vuelta consigo era algo que la Bene Gesserit comprendía íntimamente a través de milenios de manipulaciones. Algo tan contagiosamente virulento como una plaga. Las Hermanas maestras lo llamaban «una histeria dirigida». Había sido *dirigida* (apuntada era una palabra más exacta) al corazón de todo el sacerdocio rakiano. Podía confiarse en ella, especialmente con el refuerzo que ahora iba a ser puesto en movimiento. Los sacerdotes se someterían. Sólo había que temer ahora a los pocos herejes inmunes.

## Capítulo XXIX

*Este es el maravilloso universo de la magia: no hay átomos, sólo ondas y movimientos por todas partes. Aquí, uno descarta toda creencia en las barreras al conocimiento. Uno pone a un lado el propio conocimiento. Este universo no puede ser visto, no puede ser oído, no puede ser detectado en ninguna forma por percepciones fijadas. Es el vacío definitivo donde no se producen pantallas preordenadas en las cuales puedan proyectarse formas. Tenéis solamente una consciencia aquí... la pantalla de los magos: ¡La Imaginación! Aquí aprendéis lo que es ser humano. Sois un creador de orden, de hermosas formas y sistemas, un organizador del caos.*

### ***El Manifiesto Atreides, Archivos Bene Gesserit***

—Lo que estás haciendo es demasiado peligroso —dijo Teg—. Mis órdenes son protegerte y fortalecerte. No puedo permitir que esto prosiga.

Teg y Duncan estaban en el largo pasillo panelado con madera justo fuera de la sala de prácticas del no-globo. Era a última hora de la tarde de su arbitraria rutina, y Lucilla acababa de marcharse furiosa tras una vituperiosa confrontación.

Cada encuentro entre Duncan y Lucilla se había convertido últimamente en una batalla. Justo ahora, ella había permanecido en el umbral de la sala de prácticas, una sólida figura salvada de la impasibilidad por sus suaves curvas, los seductores movimientos obvios para ambos hombres.

—¡Deja ya esto, Lucilla! —había ordenado Duncan.

Sólo la voz de la mujer había traicionado su furia:

—¿Cuánto tiempo crees que aguardaré a cumplir mis órdenes?

—Hasta que tú o alguna otra persona me diga lo que yo...

—¡Taraza requiere cosas de ti que ninguno de los que estamos aquí sabe! —dijo Lucilla.

Teg intentó suavizar las crecientes irritaciones:

—Por favor. ¿No es suficiente con que Duncan prosiga mejorando sus logros? Dentro de pocos días empezaré a mantener una vigilancia regular en el exterior. Podemos...

—¡Podéis dejar de interferir conmigo, maldito seáis! —restalló Lucilla. Se dio la vuelta y se marchó a grandes zancadas.

Mientras veía ahora la firme resolución en el rostro de Duncan, algo empezó a trabajar furiosamente en Teg. Se sintió impelido por las necesidades de su aislada situación. Su intelecto, aquel maravillosamente afilado instrumento Mentat, estaba resguardado allí del rugido mental al cual lo había tenido que ajustar en el exterior.

Pensó que si pudiera tan sólo silenciar su mente, mantenerlo todo en una completa inmovilidad, todas las cosas le resultarían claras.

—¿Por qué estás conteniendo el aliento, Bashar?

La voz de Duncan empaló a Teg. Necesitó un supremo acto de voluntad para reasumir su respiración normal. Sintió las emociones de sus dos compañeros en el no-globo como un flujo y reflujo temporalmente extirpado de otras fuerzas.

*Otras fuerzas.*

La consciencia Mentat podía ser una idiota en presencia de otras fuerzas que barrían a través del universo. Podía existir en el universo gente cuyas vidas fueran inculcadas con poderes que él no podía imaginar. Ante tales fuerzas, él no era más que una paja agitada por la espuma de salvajes corrientes.

¿Quién podía sumergirse en un tal rugir y emerger intacto?

—¿Qué puede hacer Lucilla si yo sigo resistiéndome a ella? —preguntó Duncan.

—¿Ha utilizado la Voz contigo? —preguntó Teg. Su propia voz le sonó remota.

—Una vez.

—¿Te resististe? —Una remota sorpresa se agitó en algún lugar dentro de Teg.

—Aprendí la forma de hacerlo del propio Paul Muad'dib.

—Ella es capaz de paralizarte y...

—Creo que sus órdenes le prohíben la violencia.

—¿Qué es la violencia, Duncan?

—Voy a las duchas, Bashar. ¿Vienes conmigo?

—Dentro de unos minutos. —Teg inspiró profundamente, sintiendo lo cerca que estaba del agotamiento. Aquella tarde en la sala de prácticas y lo que había ocurrido después lo habían dejado exhausto. Observó alejarse a Duncan. ¿Dónde estaba Lucilla? ¿Qué estaba planeando? ¿Cuánto tiempo iba a esperar? Era la pregunta central, y creaba un énfasis peculiar en el aislamiento del no-globo con relación al Tiempo.

De nuevo sintió aquel flujo y reflujo que influenciaba a sus tres vidas. *¡Debo hablar con Lucilla! ¿Dónde habrá ido? ¿La biblioteca? ¡No! Hay algo que debo hacer primero.*

Lucilla estaba sentada en la habitación que había elegido para sus aposentos particulares. Era un espacio pequeño con una adornada cama llenando una inserción en una de las paredes. Vulgares y sutiles signos a su alrededor decían que aquella había sido la habitación de una prostituta favorita Harkonnen. Azules pastel con acentos de azules más oscuros ensombrecían las telas. Pese a los barrocos bajorrelieves de la cama, el nicho, el techo, y accesorios funcionales, la habitación en sí podía ser barrida fuera de su consciencia una vez se había relajado en ella. Se tendió en la cama y cerró los ojos contra las sexualmente vulgares figuras en el techo del nicho.

*Teg tendrá que hacerse responsable de ello.*

Habría que hacerlo de modo que no ofendiera a Taraza ni debilitara al ghola. Teg presentaba un problema especial en muchos aspectos, especialmente en la forma en que sus procesos mentales podían sumergirse en profundas fuentes parecidas a las de la Bene Gesserit y volver a salir de ellas.

*¡La Reverenda Madre que lo dio a luz, por supuesto!*

Algo había pasado de una madre así a un hijo así. Algo que se había iniciado en el seno materno y probablemente no había terminado cuando finalmente se separaron. Él nunca había experimentado la devastadora transmutación que había producido las Abominaciones... no, eso no. Pero poseía sutiles y auténticos poderes. Los hijos nacidos de Reverendas Madres aprendían cosas imposibles para los demás.

Teg sabía exactamente de qué forma veía Lucilla el amor en todas sus manifestaciones. Lo había visto en su rostro en aquella ocasión, en sus aposentos en el Alcázar.

*—¡Bruja calculadora!*

Era como si lo hubiera dicho en voz alta.

Recordó la forma en que lo había favorecido con su afable sonrisa y su dominante expresión. Aquello había sido un error que los había rebajado a ambos. En tales pensamientos había captado una latente simpatía hacia Teg. En algún lugar dentro de ella, pese a todo el cuidadoso adiestramiento Bene Gesserit, había grietas en su armadura. Sus maestras la habían advertido muchas veces contra ello.

*—Para ser capaz de inducir auténtico amor, debes sentirlo, pero sólo temporalmente. ¡Y una vez es suficiente!*

Las reacciones de Teg con respecto al ghola de Duncan Idaho decían mucho. Teg se sentía a la vez atraído y repelido por su joven pupilo.

*Como yo.*

Quizá había sido un error no seducir a Teg.

En su educación sexual, donde se le había enseñado a ganar fuerzas del acto antes que perderlas, sus maestras habían puesto su énfasis en el análisis y las comparaciones históricas, de las que había muchas en las Otras Memorias de una Reverenda Madre.

Lucilla enfocó sus pensamientos en la presencia masculina de Teg. Haciendo esto, podía sentir una respuesta femenina, su carne deseando a Teg cerca de ella y elevándola a la cúspide sexual... lista para el momento de misterio.

Un débil regocijo reptó por la consciencia de Lucilla. No orgasmo. ¡No etiquetas científicas! Aquello era puro canto Bene Gesserit: *momento de misterio*, la especialidad fundamental de la Imprimadora. La inmersión en la larga continuidad Bene Gesserit requería este concepto. Se le había enseñado a creer profundamente en una dualidad: el conocimiento científico por el cual se guiaban las Amantes

Procreadoras pero, al mismo tiempo, el momento de misterio que confundía todo conocimiento. La historia y la ciencia de la Bene Gesserit decían que el impulso procreador debía permanecer irrecuperablemente enterrado en la psique. No podía ser extirpado sin destruir la especie.

*La red de seguridad.*

Lucilla reunió sus fuerzas sexuales a su alrededor, ahora, como sólo podía hacerlo una Imprimadora Bene Gesserit. Empezó a enfocar sus pensamientos en Duncan. En aquellos momentos debía estar en las duchas y pensando en su sesión de adiestramiento de aquella tarde con su maestra Reverenda Madre.

*Iré ahora mismo con mi estudiante, pensó. Debe serle enseñada la lección más importante, o no estará enteramente preparado para Rakis.*

Esas eran las instrucciones de Taraza.

Lucilla centró todos sus pensamientos en Duncan. Era casi como si lo viera de pie desnudo bajo la ducha.

¡Cuán poco comprendía lo que tenía que aprender allí!

Duncan estaba sentado solo en el cubículo vestidor junto a las duchas adyacentes a la sala de prácticas. Estaba inmerso en una profunda tristeza. Aquello le hacía recordar dolores de viejas heridas que aquella joven carne jamás había experimentado.

¡Algunas cosas nunca cambiaban! La Hermandad seguía con sus viejos juegos de siempre.

Alzó la vista y miró a su alrededor en aquel lugar Harkonnen de oscuros paneles. Paredes y techos estaban grabados con arabescos, extraños diseños cubrían las teselas del suelo. Monstruos y encantadores cuerpos humanos se entremezclaban en las mismas líneas definitorias. Solamente un aleteo de la atención separaba los unos de los otros.

Duncan contempló aquel cuerpo que los tleilaxu y sus tanques axlotl habían producido para él. Seguía notándolo extraño en algunos momentos. Había sido un hombre de muchas experiencias de adulto en el último momento que recordaba de su vida pre-ghola... luchando contra un enjambre de guerreros Sardaukar, proporcionándole a su joven Duque una posibilidad de escapar.

¡Su Duque! Paul no era más viejo que su propia carne de ahora por aquel entonces. Condicionado, sin embargo, de la forma en que lo eran siempre los Atreides: lealtad y honor por encima de todo lo demás.

*La forma en que me condicionaron después de salvarme de los Harkonnen.*

Algo en su interior no podía eludir aquella antigua deuda. Conocía su fuente. Podía subrayar el proceso mediante el cual había sido incrustada en él.

Y permanecía incrustada.

Duncan miró las baldosas del suelo. Había unas palabras inscritas en las baldosas

a lo largo del cubículo de la ducha. Era una inscripción que una parte de él identificaba como algo antiguo perteneciente a los tiempos Harkonnen pero que otra parte de él descubría escrito en el muy familiar galach.

«LIMPIO DULCE LIMPIO BRILLANTE LIMPIO PURO LIMPIO»

La antigua inscripción se repetía por todo el perímetro de la habitación como si las palabras en sí pudieran crear algo que Duncan sabía era extraño a los Harkonnen de sus recuerdos.

Sobre la puerta de la ducha, otra inscripción:

«CONFIESA TU CORAZON Y ENCUENTRA LA PUREZA»

¿Una admonición religiosa en una fortaleza Harkonnen? ¿Habían cambiado los Harkonnen en los siglos posteriores a su muerte? Duncan consideraba aquello difícil de creer. Aquellas palabras eran cosas que los constructores probablemente habían considerado apropiadas.

Sintió más que oyó a Lucilla penetrando en la estancia detrás de él. Duncan se puso en pie y sujetó los cierres de la túnica que había tomado de los almacenes de entropía nula (¡pero sólo después de haber quitado todas las insignias Harkonnen!)

Sin volverse, dijo:

—¿Qué hay de nuevo, Lucilla?

Ella acarició la tela de la túnica a lo largo de su brazo izquierdo.

—Los Harkonnen tenían buenos gustos.

Duncan habló calmadamente:

—Lucilla, si vuelves a tocarme sin mi permiso, *intentaré* matarte. Lo intentaré tan intensamente que muy probablemente vas a tener que matarme tú a mí.

Ella retrocedió.

El la miró fijamente a los ojos.

—¡No soy ningún maldito semental para las brujas!

—¿Es eso lo que crees que deseamos de ti?

—¡Nadie me ha dicho lo que tú deseas de mí, pero tus acciones son obvias!

El permanecía de pie apoyado en las yemas de los dedos de sus pies. La cosa no despertada dentro de él se agitó, y notó que su pulso se aceleraba.

Lucilla lo estudió cuidadosamente. *¡Maldito sea ese Miles Teg!* No había esperado que la resistencia tomara esta forma. No dudaba de la sinceridad de Duncan. Las palabras ya no servían. El muchacho era inmune a la Voz.

*Verdad.*

Era la única arma que le quedaba.

—Duncan, no sé exactamente qué es lo que Taraza espera que hagas en Rakis. Puedo suponerlo, pero mi suposición puede ser errónea.

—Haz tu suposición, entonces.

—Hay una muchacha en Rakis, de no mucho más de diez años. Su nombre es



Sheeana. Los gusanos de Rakis la obedecen. De alguna forma, la Hermandad debe incluir este talento en su propio almacén de habilidades.

—¿Cómo puedo yo...?

—Si lo supiera, puedes estar seguro de que te lo diría.

El captó su sinceridad desenmascarada por la desesperación.

—¿Qué tiene que ver tu *talento* con esto? —preguntó.

—Sólo Taraza y sus consejeras lo saben.

—¡Desean fijar algo en mí, algo de lo que no puedo escapar!

Lucilla había llegado ya a esta deducción, pero no había esperado que él la viera tan rápidamente. El juvenil rostro de Duncan ocultaba una mente que trabajaba en una forma que ella aún no había penetrado. Los pensamientos de Lucilla corrieron desbocados.

—Controla los gusanos, y revivirás la antigua tradición.

—Era la voz de Teg desde el umbral, detrás de Lucilla. *¡No lo he oído llegar!*

Se volvió. Teg estaba allí de pie, con uno de los antiguos rifles láser Harkonnen apoyado casualmente cruzando su brazo izquierdo, su cañón dirigido hacia ella.

—Esto es para asegurarme de que vais a escucharme —dijo.

—¿Cuánto tiempo hace que lleváis escuchando?

Su furiosa mirada no cambió la expresión del hombre.

—Desde el momento en que admitisteis que no conocéis lo que Taraza espera de Duncan —dijo Teg—. Yo tampoco lo conozco. Pero puedo efectuar unas cuantas proyecciones Mentat... nada firme todavía, pero pese a todo sugestivo. Decidme si estoy equivocado.

—¿Acerca de qué?

Teg miró a Duncan.

—Una de las cosas que se os dijo que debíais conseguir era hacerlo irresistible a la mayoría de mujeres.

Lucilla intentó ocultar su desánimo. Taraza le había advertido que debía ocultarle aquello a Teg durante tanto tiempo como fuera posible. Vio que aquella ocultación ya no era posible por más tiempo. ¡Teg había leído su reacción con aquellas malditas habilidades impartidas por su condenada madre!

—Una gran cantidad de energía está siendo reunida y apuntada hacia Rakis —dijo Teg. Miró firmemente a Duncan—. No importa lo que los tleilaxu hayan enterrado en él, posee la marca de la antigua humanidad en sus genes. ¿Es eso lo que necesitan las Amantes Procreadoras?

—¡Un maldito semental Bene Gesserit! —dijo Duncan.

—¿Qué pretendéis hacer con esa arma? —preguntó Lucilla. Señaló con la cabeza al antiguo rifle láser en manos de Teg.

—¿Esto? Ni siquiera le he puesto un cartucho de carga. —Bajó el rifle y lo apoyó

en una esquina a su lado.

—¡Miles Teg, seréis castigado por esto! —graznó Lucilla.

—Eso va a tener que esperar —dijo él—. Es casi de noche fuera. He salido bajo el camuflaje de vida. Burzmali ha estado aquí. Ha dejado su signo para decirme que leyó el mensaje que yo grabé con esas marcas de animales en los árboles.

Una brillante expresión de alerta brotó en los ojos de Duncan.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Lucilla.

—He dejado nuevas marcas preparando un encuentro. Ahora vamos a subir a la biblioteca. Vamos a estudiar los mapas. Nos los aprenderemos de memoria. Como mínimo, debemos saber dónde estamos cuando echemos a correr.

Ella le concedió el beneficio de un seco asentimiento.

Duncan observó su movimiento tan sólo con una parte de su consciencia. Su mente había saltado ya hacia adelante, hacia el antiguo equipo en la biblioteca Harkonnen. Había sido él quien había mostrado tanto a Lucilla como a Teg la forma de utilizarlo correctamente, extrayendo un antiguo mapa de Giedi Prime de la época en que había sido construido el no-globo.

Con la memoria pre-ghola de Duncan como guía y su propio conocimiento más moderno del planeta, Teg había intentado actualizar el mapa.

«Estación Forestal de Guardia» se había convertido en «Alcázar Bene Gesserit».

—Parte del planeta era un coto de caza Harkonnen —había dicho Duncan—. Cazaban presas humanas criadas y condicionadas específicamente con este fin.

Algunas ciudades desaparecieron con la actualización de Teg. Otras quedaron pero recibieron nuevos nombres. «Ysai», la metrópoli más cercana, era señalada como «Baronía» en el mapa original.

Los ojos de Duncan se endurecieron con el recuerdo.

—Ahí es donde me torturaron.

Cuando Teg agotó su memoria del planeta, mucha parte de él estaba señalada como *desconocido*, pero había frecuentes y ensortijados símbolos Bene Gesserit para identificar los lugares donde la gente de Taraza le había dicho a Teg que podía encontrar un refugio temporal.

Aquellos eran los lugares que Teg deseaba aprenderse de memoria.

Mientras volvía a conducirles a la biblioteca, Teg dijo:

—Borraré el mapa cuando lo hayamos aprendido. No hay forma de decir quién puede encontrar este lugar y estudiarlo.

Lucilla pasó rápidamente delante de él.

—¡Pesará sobre vuestra cabeza, Miles! —dijo.

Teg clavó sus ojos en la espalda que se alejaba.

—Un Mentat os dice que hice lo que se me exigió que hiciera.

Lucilla habló sin volverse:

—¡Qué lógico!

## Capítulo XXX

*Esta sala reconstruye un fragmento del desierto de Dune. El tractor de arena directamente frente a ustedes data de la época de los Atreides. Agrupados a su alrededor, siguiendo el movimiento de las agujas del reloj a partir de su izquierda, hay una pequeña recolectora, un ala de acarreo, una primitiva factoría de especia, y todo el demás equipo de apoyo. Todos ellos son explicados en cada estación. Observen la cita iluminada encima de la exhibición:*

*«PORQUE GOZARAN DE LA ABUNDANCIA DE LOS MARES Y DEL TESORO DE LA ARENA». Esta antigua cita religiosa fue a menudo repetida por el famoso Gurney Halleck.*

### *Guía de visita, Museo de Dar-es-Balat*

El gusano no frenó su implacable avance hasta inmediatamente antes del anochecer. Por aquel entonces, Odrade había terminado con sus preguntas y aún no tenía respuestas. ¿Cómo controlaba Sheeana los gusanos? Sheeana había dicho que no estaba conduciendo a su *Shaitan* en aquella dirección. ¿Cuál era el oculto lenguaje al que respondía el monstruo del desierto? Odrade sabía que sus Hermanas guardianas allá arriba en los tópteros que seguían su avance debían estar agotando las mismas preguntas, más otra.

¿Por qué Odrade permitía que prosiguiera aquella cabalgata?

Podían incluso aventurar algunas suposiciones: *No nos llama porque eso podría alterar a la bestia. No confía que podamos arrancar a todo el grupo de su lomo.*

La verdad era mucho más sencilla: curiosidad.

El siseante paso del gusano podría haber sido un pulsante navío surcando los mares. Los secos olores a pedernal de la sobrecalentada arena, traídos hasta ellos por el viento, decían lo contrario. Sólo el desierto se extendía ahora a su alrededor, kilómetro tras kilómetro de dunas parecidas a dorsos de ballenas, tan regulares en su espaciamiento como las olas de un océano.

Waff había guardado silencio durante un largo período. Permanecía agazapado en una reproducción en miniatura de la posición de Odrade, su atención dirigida al frente, una expresión vacua en su rostro. Su más reciente afirmación:

—¡Dios guarde a los fieles en la hora de nuestra prueba!

Odrade pensaba en él como en una prueba viviente de que un fanatismo lo suficientemente fuerte podía hacer que durante años lo Zensunni y lo sufí antiguo sobrevivieran en los tleilaxu. Era como un microbio mortal que había permanecido dormido durante todos aquellos milenios, aguardando al correcto anfitrión para eliminar su virulencia.

*¿Qué le ocurrirá a lo que he plantado en el sacerdocio rakiano?*, se preguntó. Santa Sheeana era una certeza.

Sheeana permanecía sentada en un anillo de su Shaitan, su túnica arremangada dejando al descubierto sus delgadas piernas. Sujetaba el borde con ambas manos entre sus piernas.

Había dicho que su primer gusano que había cabalgado había ido directamente a la ciudad de Keen. ¿Por qué allí? ¿La había llevado simplemente el gusano con los de su propia especie?

Aquel que estaba ahora debajo de ellos tenía evidentemente otra meta. Sheeana ya no hacía preguntas, pero Odrade le había ordenado que permaneciera en silencio y practicara el trance superficial. Eso, al menos, aseguraría que cada detalle de aquella experiencia podría ser recordado fácilmente de su memoria. Si existía un oculto lenguaje entre Sheeana y el gusano, lo descubrirían más tarde.

Odrade miró al horizonte. Lo que quedaba de la base del antiguo muro que rodeaba el Sareer estaba tan sólo a unos cuantos kilómetros al frente. Largas sombras se derramaban sobre las dunas, diciéndole a Odrade que lo que quedaba del muro era más alto de lo que había sospechado originalmente. Ahora era una línea quebrada y rota en muchos lugares, con grandes bloques de piedra caídos en su base. El paso donde el Tirano había caído desde su puente al río Idaho quedaba a la derecha, al menos a tres kilómetros de distancia de su camino. Ningún río discurría por allí ahora.

Waff se agitó a su lado.

—He oído tu llamada, Dios —dijo—. Es Waff del Entio quien ora en Tu Sagrado Lugar.

Odrade desvió su vista hacia él sin girar su cabeza. *¿Entio?* Sus Otras Memorias conocían a un Entio, un líder tribal en la gran Peregrinación Zensunni, mucho antes de Dune. ¿Era éste? ¿Qué antiguas memorias mantenía vivas aquel tleilaxu?

Sheeana rompió su silencio.

—Shaitan está disminuyendo su marcha.

Los restos del antiguo muro bloqueaban su camino. Se alzaban al menos unos cincuenta metros por encima de las dunas más altas. El gusano giró ligeramente hacia la derecha y avanzó entre dos gigantescas piedras que parecían gravitar sobre ellos. Se detuvo. Su largo dorso anillado permanecía paralelo a la casi intacta sección de la base del muro.

Sheeana se puso en pie y miró a la barrera.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Waff. Alzó su voz por encima del sonido de los tópteros que trazaban círculos sobre sus cabezas.

Odrade soltó su tensa presa en el borde del anillo del gusano y flexionó los dedos. Siguió arrodillada mientras estudiaba los alrededores. Las sombras de las piedras

caídas formaban nítidas siluetas en los amontonamientos de arena y otras piedras más pequeñas. Visto desde cerca, no a veinte metros de distancia, el muro revelaba cortes y fisuras, oscuras aberturas en los antiguos cimientos.

Waff se enderezó y masajeó sus manos.

—¿Por qué hemos sido traídos aquí? —preguntó. Su voz era un débil lamento.

El gusano se agitó ligeramente.

—Shaitan desea que bajemos —dijo Sheeana.

*¿Cómo lo sabe?*, se preguntó Odrade. El movimiento del gusano no había sido lo suficientemente intenso como para hacer tambalearse a ninguno de ellos. Podía tratarse de algún simple reflejo del animal tras el largo viaje.

Pero Sheeana se puso de cara a los cimientos del antiguo muro, se sentó en la curvada superficie del gusano, y se dejó deslizar. Cayó de cuclillas en la arena.

Odrade y Waff avanzaron un poco y observaron fascinados como Sheeana avanzaba pesadamente por la arena y se situaba frente a la criatura. Allí, Sheeana colocó ambas manos en sus caderas y se enfrentó a la enorme boca abierta. Ocultas llamas pusieron tonalidades anaranjadas en su joven rostro.

—Shaitan, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Sheeana.

El gusano volvió a agitarse ligeramente.

—Quiere que vosotros bajéis —dijo Sheeana.

Waff miró a Odrade.

—Si Dios desea que mueras, hará que tus pasos te dirijan hacia el lugar de tu muerte.

Odrade le respondió con una frase del canto del Shariat:

—Obedece al mensajero de Dios en todas las cosas.

Waff suspiró. La duda era evidente en su rostro. Pero se volvió y fue el primero en descender del gusano, dejándose caer unos segundos antes que Odrade. Siguieron el ejemplo de Sheeana, avanzando hacia la parte frontal de la criatura. Odrade, con todos sus sentidos alerta, clavó su mirada en Sheeana. Hacía mucho más calor delante de la enorme boca abierta. El familiar y penetrante olor a melange llenaba el aire a su alrededor.

—Aquí estamos, Dios —dijo Waff.

Odrade, sintiéndose algo más que cansada de su religioso asombro, dirigió una mirada a sus alrededores... las rotas piedras, la erosionada barrera alzándose hacia el polvoriento cielo, la arena acumulándose contra las piedras carcomidas por el tiempo, y el lento y abrasante huf-huf de los fuegos internos del gusano.

*¿Pero qué es este lugar?*, se preguntó Odrade. *¿Qué hay de especial en él para convertirlo en el destino del gusano?*

Cuatro de los tópteros observadores pasaron en línea sobre sus cabezas. El sonido de sus alas y el silbido de los chorros ahogó momentáneamente el retumbar de fondo

del gusano.

¿*Debo decirles que bajen?*, se preguntó Odrade. Bastaría tan sólo una señal con su mano. En vez de ello, alzó ambas manos en la señal para que los observadores permanecieran a distancia.

El frescor del anochecer se estaba apoderando ahora de la arena. Odrade se estremeció y ajustó su metabolismo a las nuevas demandas. Confiaba en que el gusano no los tragaría con Sheeana a su lado.

Sheeana se volvió de espaldas al gusano.

—Quiere que nos quedemos aquí —dijo.

Como si sus palabras fuesen una orden, el gusano giró su cabeza apartándola de ellos y se deslizó alejándose por entre las esparcidas piedras. Pudieron oírle aumentando su velocidad mientras se adentraba en el desierto.

Odrade contempló la base del antiguo muro. La oscuridad estaría pronto sobre ellos, pero quedaba aún la suficiente luz en el largo anochecer del desierto como para que pudieran buscar alguna explicación del porqué la criatura los había traído allí. Una alta fisura en el muro de roca a su derecha parecía un lugar para investigar tan bueno como cualquier otro. Manteniendo parte de su atención en los sonidos procedentes de Waff, Odrade trepó por una arenosa pendiente hacia la oscura abertura. Sheeana avanzó junto con ella, a su mismo paso.

—¿Por qué estamos aquí, Madre?

Odrade agitó la cabeza. Había oído a Waff siguiéndoles.

La fisura directamente frente a ella era un sombrío agujero a la oscuridad. Odrade se detuvo y sujetó a Sheeana a su lado. Calculó que la abertura tendría un metro de ancho y unas cuatro veces más de altura. Los rocosos costados eran curiosamente lisos, como si hubieran sido pulidos por manos humanas. La arena había penetrado en la abertura. La luz del sol poniente se reflejaba en la arena bañando uno de los lados de la abertura con una luz dorada.

—¿Qué es este lugar? —dijo Waff detrás de ellas.

—Hay muchas viejas cavernas —dijo Sheeana—. Los Fremen ocultaban su especie en cavernas. —Inspiró profundamente por la nariz—. ¿No lo hueles, Madre?

Había un definido olor a melange en el lugar, admitió Odrade.

Waff avanzó junto a Odrade y se dirigió a la fisura. Se volvió allí, alzando la vista hacia las paredes donde se unían en un ángulo agudo sobre él. Enfrentándose a Odrade y Sheeana, reculó dentro de la abertura, manteniendo su atención en las paredes. Odrade y Sheeana se le acercaron. Con un brusco siseo de arena deslizándose, Waff desapareció de su vista. En el mismo instante, la arena alrededor de Odrade y Sheeana se deslizó hacia adelante en la fisura, arrastrándolas a las dos con ella. Odrade sujetó la mano de Sheeana.

—¡Madre! —exclamó Sheeana.

El sonido creó ecos en invisibles paredes de roca mientras resbalaban por una larga pendiente de deslizante arena hacia una absoluta oscuridad. La arena las detuvo al fin de una forma suave. Odrade, con arena hasta las rodillas, se extrajo y tiró consigo de Sheeana hasta llegar a una superficie dura.

Sheeana empezó a hablar, pero Odrade dijo:

—¡Silencio! ¡Escucha!

Había un sonido raspante a su izquierda.

—¿Waff?

—Estoy sepultado hasta el pecho. —Había terror en su voz.

—Dios debe quererlo así —dijo secamente Odrade—. Empujaos suavemente hacia afuera. Parece como si hubiera roca bajo nuestros pies. ¡Con cuidado! No necesitamos otra avalancha.

A medida que sus ojos se ajustaban, Odrade alzó la vista hacia la pendiente de arena por la cual habían resbalado. La abertura por donde habían penetrado en aquel lugar era una distante brecha de un dorado polvoriento muy lejos por encima de ellos.

—Madre —susurró Sheeana—. Estoy asustada.

Recita la Letanía Contra el Miedo —ordenó Odrade—. Y no te muevas. Nuestros amigos saben que estamos aquí. Acudirán en nuestra ayuda y nos sacarán.

—Dios nos ha traído a este lugar —dijo Waff.

Odrade no respondió. En el silencio, frunció los labios y lanzó un agudo silbido, escuchando los ecos. Sus oídos le dijeron que se hallaban en un enorme espacio con alguna especie de obstrucción baja detrás de ellos. Se volvió de espaldas a la estrecha fisura de la entrada y lanzó otro silbido.

La barrera baja estaba a un centenar de metros de distancia.

Odrade soltó la mano de Sheeana.

—Quédate aquí sin moverte, por favor. ¿Waff?

—Oigo los tópteros —dijo el hombre.

—Todos los oímos —dijo Odrade—. Están tomando tierra. Tendremos su ayuda en unos momentos. Mientras tanto, por favor, quedaos donde estáis y permaneced en silencio. Necesito el silencio.

Silbando y escuchando los ecos, desplazando cuidadosamente cada pie, Odrade fue adentrándose en la oscuridad. Una de sus tendidas manos encontró una rugosa superficie de roca. La recorrió. Llegaba tan sólo hasta la altura de la cintura. No podía sentir nada más allá de ella. Los ecos de sus silbidos decían que había un espacio más pequeño allí, parcialmente cerrado.

Una voz llamó desde arriba, detrás de ella:

—¡Reverenda Madre! ¿Estáis aquí?

Odrade se volvió, hizo bocina con sus manos y gritó:

—¡Quedaos ahí! Hemos caído deslizándonos a una profunda cueva. Traed una luz



y una cuerda larga.

Una pequeña figura negra desapareció de la distante abertura. La luz allí arriba iba haciéndose cada vez más débil. Bajó las manos formando bocina ante su boca y habló a la oscuridad:

—¿Sheeana? ¿Waff? Avanzad diez pasos hacia mí y aguardad allí.

—¿Dónde estamos, Madre? —preguntó Sheeana.

—Paciencia, niña.

Un sonido bajo y murmurante llegó procedente de Waff. Odrade reconoció las antiguas palabras del Islamiyat. Estaba rezando. Waff había abandonado todos los intentos de ocultarle sus orígenes. Bien. El creyente era un receptáculo donde poder introducir las fragancias de la Missionaria Protectora.

Mientras tanto, las posibilidades de aquel lugar al que el gusano les había conducido excitaban a Odrade. Guiada por una mano en la barrera rocosa, la exploró a lo largo hacia su izquierda. La parte superior era completamente lisa en algunos lugares. Luego se adentraba hasta fuera de su alcance inclinándose hacia abajo. Sus Otras Memorias le ofrecieron una repentina proyección:

*¡Una cisterna!*

Se trataba de una cisterna Fremen para almacenar el agua. Odrade inspiró profundamente, en busca de humedad. El aire era completamente seco.

Una brillante luz procedente de la fisura apuñaló hacia abajo, alejando la oscuridad. Una voz llamó desde la abertura, y Odrade la reconoció como la de una de sus hermanas.

—¡Podemos veros!

Odrade se apartó de la baja barrera y se volvió, mirando a su alrededor. Waff y Sheeana permanecían de pie a unos sesenta metros de distancia, mirando en torno. La cámara era burdamente circular, de unos doscientos metros de diámetro. Un domo de roca se arqueaba muy por encima de sus cabezas.

Examinó la baja barrera a su lado: sí, una cisterna Fremen. Podía divisar la pequeña isla de roca en su centro donde podía ser mantenido un gusano cautivo listo para ser arrojado al agua. Las Otras Memorias representaron para ella aquella agónica, retorciente muerte que producía el veneno de especia para desencadenar la orgía Fremen.

Un arco bajo enmarcaba más oscuridad en el extremo más alejado de la cisterna. Podía ver el vertedero por donde el agua había sido traída hasta allí desde una trampa de viento.

Debía haber más cisternas por aquel lugar, un complejo entero de ellas, diseñado para conservar una riqueza en humedad para alguna antigua tribu. Ahora sabía cuál era el nombre de aquel lugar.

—Sietch Tabr —susurró Odrade.

Las palabras prendieron un flujo de útiles recuerdos. Aquel había sido el lugar de Stilgar en tiempos de Muad'dib. *¿Por qué nos ha traído ese gusano al Sietch Tabr?*

Un gusano había llevado a Sheeana a la ciudad de Keen. ¿Qué otros podían saber de ella? ¿Quién había allí que lo supiera? ¿Había gente oculta allí en aquella oscuridad? Odrade no captó ninguna indicación de vida en aquella dirección.

La Hermana en la abertura interrumpió sus pensamientos.

—¡Hemos tenido que pedir que nos traigan la cuerda desde Dar-es-Balat! La gente del museo dice que es probable que esto sea el Sietch Tabr! ¡Creían que había sido destruido!

—Enviad una luz aquí abajo para que pueda explorar —pidió Odrade.

—¡Los sacerdotes solicitan que lo dejemos sin ser molestado!

—¡Enviadme una luz! —insistió Odrade.

Un objeto oscuro rodó por la arenosa ladera abajo, acompañado de un pequeño aluvión de arena. Odrade envió a Sheeana a recogerlo. Una pulsación del interruptor, y un brillante haz de luz cruzó el oscuro arco más allá de la cisterna. *Sí, hay más cisternas ahí.* Y al lado de esta cisterna, una estrecha escalera cortada en la roca. Los escalones iban hacia arriba, girando y desapareciendo de su vista.

Odrade se inclinó y susurró al oído de Sheeana:

—Vigila cuidadosamente a Waff. Si se mueve detrás de nosotras, avisa.

—Sí, Madre. ¿Dónde vamos?

—Debo echar un vistazo a este lugar. Yo soy la que ha sido traída hasta aquí con una finalidad. —Alzó la voz y se dirigió a Waff: Waff, por favor, aguardad aquí hasta que llegue la cuerda.

—¿Qué es lo que os habéis estado murmurando? —preguntó el hombre—. ¿Por qué debo aguardar? ¿Qué estáis haciendo?

—Hemos estado orando —dijo Odrade—. Ahora, debo proseguir esta peregrinación sola.

—¿Por qué sola?

Odrade, en la antigua lengua del Islamiyat, dijo:

—Está escrito.

*¡Aquello lo detuvo!*

Odrade avanzó rápidamente hacia las escaleras de roca.

Sheeana, apresurándose al lado de Odrade, dijo:

—Debemos decirle a la gente la existencia de este lugar. Las antiguas cavernas Fremen son seguras contra Shaitan.

—No te muevas, chiquilla —dijo Odrade. Apuntó la luz hacia arriba las escaleras. Estas se curvaban a través de la roca, formando un ángulo agudo hacia la derecha ahí arriba. Odrade vaciló. La sensación de peligro que había sentido al inicio de aquella aventura volvió, intensificada. Era algo casi palpable en su interior.

*¿Qué había ahí arriba?*

—Aguarda aquí, Sheeana —dijo Odrade—. No dejes que Waff me siga.

—¿Cómo puedo detenerlo? —Sheeana miró temerosamente hacia atrás, hacia donde aguardaba Waff al otro lado de la cámara.

—Dile que es la voluntad de Dios que él permanezca allí. Díselo de esta forma...

—Odrade se inclinó hacia Sheeana y repitió las palabras en la antigua lengua de Waff, luego: No digas nada más. Quédate aquí y repítelo si él intenta pasar.

Sheeana pronunció silenciosamente las nuevas palabras. Las había captado bien, observó Odrade. La muchacha era de reacciones rápidas.

—El te tiene miedo —dijo Odrade—. No intentará hacerte ningún daño.

—Sí, Madre. —Sheeana se volvió, cruzó los brazos sobre su pecho, y miró a Waff al otro lado de la cámara.

Apuntando la luz hacia adelante, Odrade empezó a subir las escaleras. *¡El Sietch Tabr! ¿Qué sorpresa has dejado para nosotros aquí, viejo gusano?*

En un largo y bajo pasillo en la parte superior de las escaleras, Odrade tropezó con los primeros cuerpos momificados por el desierto. Eran cinco, dos hombres y tres mujeres, sin ninguna marca identificadora ni ropas en ellos. Habían sido desnudados completamente y abandonados para que la sequedad del desierto los conservara. La deshidratación había tensado apretadamente piel y carne en torno a los huesos. Los cuerpos estaban colocados en hilera, los pies extendidos a través del paso. Odrade se vio obligada a saltar por encima de aquellas macabras obstrucciones.

Paseó el haz de su linterna por cada cuerpo mientras lo hacía. Habían sido apuñalados de una forma casi idéntica. Una hoja afilada se había clavado hacia arriba en sus cuerpos justo debajo del arco del esternón.

*¿Asesinatos rituales?*

Un trozo de carne había sido arrancado de las heridas, dejando una mancha oscura señalándolas. Aquellos cuerpos, sabía Odrade, no pertenecían a los tiempos Fremen. Los Fremen siempre convertían los cuerpos de sus muertos en cenizas para recuperar el agua.

Odrade sondeó hacia adelante con su luz y se detuvo para considerar su posición. El descubrimiento de los cuerpos intensificaba su sensación de peligro. *Hubiera debido traer un arma.* Pero eso hubiera despertado las sospechas de Waff.

La persistencia de aquella advertencia interior no podía ser eludida. Aquella reliquia del Sietch Tabr era peligrosa.

El haz de su luz reveló otra escalera al extremo de aquel pasillo. Cautelosamente, Odrade avanzó. En el primer escalón, envió el rayo de su linterna hacia arriba. Unos peldaños poco altos. Un trecho corto hacia arriba, más roca... un espacio más amplio allí al final. Odrade se volvió y exploró de nuevo con la luz aquel tramo del pasillo. Melladuras y señales de quemaduras marcaban las paredes de piedra. Una vez más,

miró escaleras arriba.

*¿Qué hay ahí arriba?*

La sensación de peligro era intensa.

Subiendo lentamente escalón a escalón, deteniéndose con frecuencia, Odrade ascendió. Emergió a otro largo pasillo tallado en la roca viva. Más cuerpos le dieron la bienvenida. Esos habían sido abandonados en la confusión de sus momentos finales. De nuevo vio tan sólo carne momificada despojada de todas sus ropas. Estaban esparcidos por todo el amplio pasillo... veinte de ellos. Se abrió camino eludiéndolos. Algunos habían sido apuñalados de la misma forma que los cinco del nivel inferior. Algunos habían sido cortados y acuchillados y quemados con rayos láser. Uno había sido decapitado, y el cráneo con su máscara de piel yacía contra una pared del pasillo como una pelota abandonada tras algún terrible juego.

Aquel nuevo pasillo avanzaba en línea recta más allá de algunas aberturas que conducían a pequeñas cámaras a ambos lados. No vio nada de valor en las pequeñas cámaras donde introdujo su luz: unos cuantos harapos esparcidos de fibra de especia, pequeñas esquirlas de roca fundida, burbujas ocasionales en suelos, paredes y techos.

*¿Qué violencia era esta?*

En el suelo de algunas de las cámaras podían verse manchas significativas. ¿Sangre derramada? Una cámara tenía un pequeño montón de ropas amarronadas en un rincón, Jirones de retorcida tela se esparcieron bajo los pies de Odrade.

Había polvo por todas partes. Sus pies lo agitaban al caminar. El pasadizo terminaba en una arcada que daba paso a un hondo reborde. Lanzó su luz más allá del reborde a una enorme cámara, mucho más grande que la de abajo. Su curvado techo era tan alto que supo que debía penetrar en la base de roca del gran muro. Amplios y someros escalones conducían desde el reborde hasta el suelo de la cámara. Vacilante, Odrade bajó los escalones hasta allí. Barrió su luz por todo su alrededor. Otros pasadizos desembocaban en la gran cámara. Algunos, vio, habían sido bloqueadas con piedras, y las piedras retiradas y esparcidas por el reborde y el enorme suelo.

Odrade olió el aire. Arrastrado por el polvo agitado por sus pies había un definido olor a melange. El olor se enredó en su sensación de peligro. Deseaba marcharse, volver rápidamente con los otros. Pero el peligro era como un faro. Tenía que comprobar qué era lo que ese faro señalaba.

Ahora sabía dónde estaba, sin embargo. Aquella era la gran cámara de asambleas del Sietch Tabr, lugar de incontables orgías de especia Fremen y convocatorias tribales. Allí había presidido el Naib Stilgar. Allí había estado Gurney Halleck. Y Dama Jessica. Y Paul Muad'dib. Y Chani, la madre de Ghanima. Allí, Muad'dib adiestraba a sus luchadores. El original Duncan Idaho había estado allí., ¡y el primer ghola de Idaho! *¿Por qué he sido traída hasta aquí? ¿Cuál es el peligro?* ¡Estaba allí, exactamente allí! Podía sentirlo.

En aquel lugar, el Tirano había escondido una acumulación de especia. Las grabaciones Bene Gesserit hablaban de que aquella acumulación había llenado toda aquella cámara hasta el techo, e incluso algunos de los pasadizos que desembocaban en ella.

Odrade giró sobre sí misma, siguiendo con la mirada el sendero trazado por su luz. Ahí encima estaba el saliente de los Naibs. Y allí el más profundo Saliente Real que Muad'dib había ordenado hacer.

*Y aquí está el arco por donde he entrado yo.*

Envió su luz a lo largo del suelo, notando los lugares donde los buscadores habían mellado y quemado la roca buscando más de la fabulosa acumulación del Tirano. Las Habladoras Pez habían tomado la mayor parte de aquella melange, habiendo sido revelado el escondite por el ghola Idaho que había sido consorte de la famosa Siona. Las grabaciones decían que posteriores buscadores habían descubierto más escondites ocultos detrás de falsas paredes y suelos. Había muchos relatos auténticos, y la verificación de las Otras Memorias. Los Tiempos de Hambruna habían visto violencia allí, cuando buscadores desesperados habían rastrillado el lugar. Aquello podía explicar los cuerpos. Muchos habían luchado únicamente por la posibilidad de registrar el Sietch Tabr.

Tal como le habían enseñado, Odrade intentó utilizar su sentido del peligro como guía. ¿Acaso las miasmas de la pasada violencia estaban aferradas a aquellas paredes después de todos aquellos milenios? Esa no era su advertencia. Su advertencia hablaba de algo inmediato. El pie izquierdo de Odrade encontró un lugar desnivelado en el suelo. Su luz reveló una línea oscura en el polvo. Esparció el polvo con un pie, revelando una letra, y luego toda una palabra quemada en una fluida escritura.

Odrade leyó la palabra, primero silenciosamente, luego en voz alta.

—Arafel.

Conocía aquella palabra. Las Reverendas Madres de los tiempos del Tirano la habían impreso en la consciencia Bene Gesserit, rastreando sus raíces hasta las más antiguas fuentes.

«Arafel: la nubosa oscuridad al final del universo.»

Odrade sintió la aferrante acumulación de su sentido de advertencia. Se enfocó en aquella sola palabra.

«El sagrado juicio del Tirano», llamaban los sacerdotes a aquella palabra. «¡La nubosa oscuridad del sagrado juicio.»

Avanzó a lo largo de la palabra, mirándola atentamente, notando la curva en su final rematada con una pequeña flecha. Miró hacia donde apuntaba la flecha. Alguien más había visto la flecha, y había cortado el reborde allá donde señalaba. Odrade cruzó hacia donde el quemador del desconocido buscador había dejado un oscuro charco de roca fundida en el suelo de la cámara. Carámbanos de roca fundida caían

como dedos del saliente, cada dedo brotando de un profundo agujero quemado en la roca.

Inclinándose, Odrade miró a cada agujero con su luz: nada. Sintió la excitación del buscador de tesoros cabalgando en el miedo de su advertencia. La magnitud de la riqueza que aquella cámara había contenido una vez hacía tambalearse la imaginación. En el peor momento de los viejos tiempos, un maletín de mano podía contener la especia suficiente como para comprar un planeta. Y las Habladoras Pez habían derrochado aquella acumulación, perdiéndola en disputas y malas interpretaciones y estupideces ordinarias demasiado insignificantes como para que la historia las registrara. Se habían sentido felices de aceptar la alianza ixiana cuando los tleilaxu rompieron el monopolio de la melange.

*¿La habían encontrado toda los buscadores? El Tirano era soberbiamente listo. Arafel.*

*Al final del universo.*

*¿Había enviado un mensaje a lo largo de los eones a la Bene Gesserit de hoy?*

*Volvió a recorrer una vez más con el rayo de luz toda la cámara, y luego lo alzó.*

El techo describía una semiesfera casi perfecta sobre su cabeza. Había sido diseñado, lo sabía, como un modelo del cielo nocturno visto desde la entrada del Sietch Tabr. Pero incluso en tiempos de Liet Kynes, el primer planetólogo allí, las estrellas originales pintadas en aquel techo habían desaparecido, perdidas en los ligeros desprendimientos de roca producidos por los pequeños temblores y las abrasiones cotidianas de la vida.

La respiración de Odrade se aceleró. La sensación de peligro no había sido nunca más grande. ¡El faro del peligro brillaba dentro de ella! Rápidamente, cruzó la cámara hacia los escalones por los que había descendido hasta aquel suelo. Allí, dándose la vuelta, penetró en su propia mente en busca de las Otras Memorias para delimitar aquel lugar. Aparecieron lentamente, abriéndose camino a través de aquella sensación de fatalidad que hacía latir aceleradamente su corazón. Apuntando hacia arriba el rayo de su luz y mirando a lo largo de él, Odrade situó aquellas antiguas memorias, superponiéndolas a la escena que tenía delante.

*¡Destellos de reflejado brillo!*

Las Otras Memorias los situaron en su lugar: ¡señalizadores de las estrellas en un cielo desaparecido hacía mucho tiempo, y sin embargo presente allí! El semicírculo amarillo-plata del sol arrakeno. Lo identificó como un signo del ocaso.

*El día Fremem empieza al anochecer.*

*¡Arafel!*

Manteniendo su luz en aquel signo del ocaso, ascendió de espaldas los escalones y avanzó por el reborde rodeando la cámara hasta situarse en la posición exacta que había visto en las Otras Memorias.

Nada quedaba de aquel antiguo arco solar.

Los buscadores habían picado toda la pared allá donde había estado. Burbujas de piedra resplandecían en el lugar donde un quemador había sido pasado a lo largo de la pared. Ninguna hendidura entraba en la roca original.

Por la opresión en su pecho, Odrade sabía que estaba balanceándose en el borde de un peligroso descubrimiento. ¡El faro la había conducido hasta allí!

*Arafel... al final del universo. ¡Más allá del sol poniéndose!*

Barrió con su luz a derecha e izquierda. La entrada de otro pasadizo se abría a su izquierda. Las piedras que lo habían bloqueado se hallaban esparcidas sobre el reborde. Con el corazón latiendo alocado, Odrade se deslizó por la abertura y encontró un corto pasillo cegado en su extremo con piedra fundida. A su derecha, directamente detrás de donde había estado el signo del ocaso, encontró una pequeña habitación donde el olor a melange era muy intenso. Odrade entró en la habitación y vio más signos de cortes y quemaduras en las paredes y techo. La sensación de peligro era opresiva allí. Cantó silenciosamente la Letanía Contra el Miedo mientras paseaba el rayo de su luz por toda la estancia. El lugar era casi cuadrado, de aproximadamente dos metros de lado. El cielo estaba a menos de medio metro por encima de su cabeza. La canela pulsaba en su pituitaria. Estornudó y, parpadeando, vio una pequeña decoloración en el suelo al lado del umbral.

¿Más marcas de aquella antigua búsqueda?

Inclinándose para acercarse más, con su luz en un ángulo agudo hacia un lado, vio que había observado tan sólo la sombra de algo profundamente grabado en la roca. El polvo lo ocultaba en su mayor parte. Se arrodilló y sacudió el polvo hacia un lado. Era una marca muy pequeña y muy profunda. Fuera lo que fuese, había sido hecho para durar. ¿El último mensaje de una desconocida Reverenda Madre? Era un conocido artificio Bene Gesserit. Apretó las sensitivas yemas de sus dedos contra la entalladura, y reconstruyó su tracería en su mente.

El reconocimiento saltó a su consciencia: una palabra... inscrita en antiguo chakobsa: «Aquí».

No era el normal «aquí» para señalar un lugar normal, sino el acentuado y enfático «aquí» que decía: «¡Me has encontrado!». Su martilleante corazón lo enfatizó aún más.

Odrade depositó su linterna en el suelo cerca de su rodilla derecha y dejó que sus dedos exploraran el umbral al lado de aquella antigua advertencia. La piedra parecía ininterrumpida a los ojos, pero sus dedos detectaron una pequeña discontinuidad. Apretó la discontinuidad, retorció, giró, cambió el ángulo de la presión varias veces, y repitió su esfuerzo.

Nada.

Sentándose sobre sus rodillas, Odrade estudió la situación.

«Aquí».

El sentido de la advertencia se había hecho más agudo aún. Podía sentirlo como una presión que afectaba su respiración.

Retirándose ligeramente, echó hacia atrás su luz y se tendió boca abajo en el suelo, para mirar a la altura del umbral. ¡Aquí! ¿Podía colocar alguna herramienta al lado de aquella palabra y hacer palanca sobre el umbral? No... una herramienta no era lo indicado. Aquello olía al Tirano, no a una Reverenda Madre. Intentó empujar el umbral hacia un lado. No se movió en absoluto.

Sintiendo las tensiones, y con la sensación de peligro acentuada por la frustración, Odrade se puso en pie y dio una patada al umbral junto a la palabra tallada. ¡Se movió! Algo raspó ásperamente contra la arena de su cabeza.

Odrade retrocedió de un salto mientras la arena caía en cascada al suelo frente a ella. Un profundo sonido retumbante llenó la pequeña cámara. Las piedras se agitaron bajo sus pies. El suelo basculó hacia abajo frente a ella en dirección al vano, abriendo un espacio bajo la puerta y su pared.

Una vez más, Odrade se sintió precipitada hacia adelante y hacia abajo, hacia lo desconocido. Su luz cayó con ella, su haz dando vueltas y vueltas. Vio montones de un oscuro marrón rojizo frente a ella. El olor a canela inundó su olfato.

Cayó junto a su luz sobre un suave montón de melange. La abertura a través de la cual había caído quedaba fuera de su alcance, a unos cinco metros sobre su cabeza. Recogió su luz. Su haz reveló amplios escalones de piedra cortados en la roca al lado de la abertura. Había algo escrito en el frente de los escalones, pero ella únicamente vio que había una salida. Su primer pánico desapareció, pero la sensación de peligro la dejó casi sin aliento, obligándola a forzar los movimientos de los músculos de su pecho.

Movió el haz de su linterna a derecha e izquierda para averiguar las características del lugar donde había caído. Era una estancia larga directamente debajo del pasillo que había tomado desde la gran cámara. ¡Toda su longitud estaba llena de melange!

Odrade alzó su luz y vio por qué ningún buscador golpeando con el pie aquel pasillo de encima había detectado aquella cámara. Entrecruzados apuntalamientos de roca transferían profundamente toda tensión a las paredes de piedra. Cualquiera que golpeara arriba recibiría como respuesta los sonidos de roca sólida.

Una vez más, Odrade miró a la melange a su alrededor. Incluso a los bajos precios actuales, supo que estaba de pie sobre un tesoro. Aquella acumulación podía medirse por toneladas.

*¿Es ese el peligro?*

El sentido de advertencia en su interior seguía tan agudo como antes. La melange del Tirano no era lo que debía temer. El triunvirato efectuaría una distribución equitativa de aquel hallazgo, y eso sería el fin del asunto. Una bonificación en el



proyecto ghola.

Subsistía otro peligro. No podía evitar la advertencia.

De nuevo paseó el rayo de luz por los montones de melange. Su atención fue atraída hacia el trozo de pared encima de la especia. ¡Más palabras! También en chakobsa, escrito con un cortador en una fina caligrafía, había otro mensaje:

«¡UNA REVERENDA MADRE LEERÁ MIS PALABRAS!»

Algo frío aferró las entrañas de Odrade. Avanzó hacia la derecha con la luz, pisoteando el rescate de un imperio en melange. Había más mensaje:

«TE LEGO MI MIEDO Y MI SOLEDAD. A TI TE ENTREGO LA CERTEZA DE QUE EL CUERPO Y EL ALMA DE LA BENE GESSERIT HALLARÁN EL MISMO DESTINO QUE TODOS LOS DEMÁS CUERPOS Y TODAS LAS DEMÁS ALMAS.»

Otro párrafo del mensaje llamaba la atención a la derecha de éste. Pisando la empalagosa melange, se detuvo para leer:

¿QUE ES LA SUPERVIVENCIA SI NO SOBREVIVES COMO UNA TOTALIDAD? ¿PREGUNTA ESO A LA BENE TLEILAX!

¿SI YA NO OYES MÁS LA MUSICA DE LA VIDA? ¿LOS RECUERDOS NO SON SUFICIENTES A MENOS QUE TE CONDUZCAN A UNA NOBLE FINALIDAD!»

Había más en la estrecha pared final de la larga cámara. Odrade avanzó tambaleante por la melange y se arrodilló para leer:

«¿POR QUE VOSOTRAS, LA HERMADAD, NO EDIFICASTEIS LA SENDA DE ORO? SABIAIS LA NECESIDAD, VUESTRO FRACASO ME CONDENÓ A MÍ, AL DIOS EMPERADOR, A MILENIOS DE DESESPERACIÓN PERSONAL.»

Las palabras «Dios Emperador» no estaban en chakobsa sino en el lenguaje del Islamiyat, en el que contenían un explícito segundo significado para cualquiera que hablara esa lengua:

«Vuestro Dios y Vuestro Emperador porque vosotros me hicisteis así.»

Odrade sonrió amargamente. ¡Eso arrastraría a Waff a un frenesí religioso! Cuanto más arriba subiera más fácil sería despedazar su seguridad.

No dudaba de la exactitud de la acusación del Tirano, ni del potencial en aquella predicción de que la Hermandad podía terminar. La sensación de peligro la había llevado hasta aquel lugar de forma infalible. Algo más había ayudado también. Los gusanos de Rakis seguían moviéndose al antiguo batir del Tirano. El podía dormir su interminable sueño, pero una vida monstruosa, una perla en cada gusano para recordarle, seguía su camino tal como el Tirano había predicho.

¿Era eso lo que le había dicho a la Hermandad en su propio tiempo? Recordó sus palabras:

«Cuando yo haya desaparecido, deberán llamarme Shaitan, Emperador de

Gehenna. La rueda deberá girar y girar a lo largo de la Senda de Oro.»

Sí... eso era lo que Taraza había dado a entender. «*¿Pero no lo veis? ¡La gente normal de Rakis lo ha estado llamando Shaitan durante más de un millar de años!*»

Así que Taraza había sabido aquello. Sin siquiera ver estas palabras, lo había sabido.

*Veo tu designio, Taraza. Y ahora poseo el peso del miedo que has estado llevando durante todos estos años. Puedo sentirlo tan profundamente como lo sientes tú.*

Odrade supo entonces que aquel sentido de advertencia no la abandonaría hasta que ella muriera, o la Hermandad se desvaneciera de la existencia, o el peligro fuera soslayado.

Odrade alzó su luz, se puso en pie, y caminó por entre la especia hacia los amplios escalones que conducían fuera de aquel lugar. En los escalones, retrocedió. Más palabras del Tirano habían sido grabadas en la parte frontal de cada uno de ellos. Temblando, las fue leyendo a medida que ascendían hacia la salida:

»MIS PALABRAS SON TU PASADO, MIS PREGUNTAS SON SIMPLES:  
¿CON QUIENES OS ALIÁIS?

»¿CON LOS AUTOIDÓLATRAS DE TLEILAX?

»¿CON LA BUROCRACIA DE MIS HABLADORAS PEZ?

»¿CON LA COFRADIA VAGABUNDA DEL COSMOS?

»¿CON LOS SACRIFICADORES DE SANGRE HARKONNEN?

»¿CON UN SINK DOGMÁTICO DE VUESTRA PROPIA CREACIÓN?

»¿CÓMO ENCONTRAREIS VUESTRO FINAL?

»¿CÓMO NO OTRA COSA SINO UNA SOCIEDAD SECRETA?»

Odrade subió los escalones más allá de las preguntas, leyéndolas una segunda vez mientras ascendía. *¿Una noble finalidad?* Qué cosa más frágil era siempre eso. Y qué fácilmente resultaba distorsionada. Pero el poder estaba allí en un constante peligro. Todo estaba deletreado en las paredes y escaleras de aquella cámara. Taraza lo sabía sin necesidad de que nadie se lo explicara. El significado del Tirano estaba claro:

«¡Uníos a mí!»

Mientras emergía a la pequeña habitación, encontrando un estrecho reborde por el cual podía llegar hasta la puerta, Odrade miró al tesoro que había encontrado. Agitó maravillada la cabeza ante la sabiduría de Taraza. Así que de aquel modo era como podía terminar la Hermandad. El designio de Taraza estaba claro, todas las piezas encajaban en su lugar. Nada era seguro. Riqueza y poder, todo era lo mismo al final. El noble designio había sido iniciado, y debía ser completado aunque aquello significara la muerte de la Hermandad.

*¡Qué pobres herramientas hemos elegido!*

Aquella muchacha aguardando allá abajo en la profunda cámara bajo el desierto, aquella muchacha y el ghola que estaba siendo preparado en Rakis.

*Ahora hablo tu lenguaje, viejo gusano. No tiene palabras, pero conozco su profundo significado.*

## Capítulo XXXI

*Nuestros padres comieron el maná en el desierto,  
En los ardientes lugares de donde proceden los remolinos del viento.  
¡Señor, sálvanos de esa horrible tierra!  
Sálvanos, oh–h–h–h sálvanos de esa seca y sedienta tierra.*

### ***Canciones de Gurney Halleck, Museo de Dar–es–Balat***

Teg y Duncan, ambos muy armados, emergieron del no–globo con Lucilla durante la parte más fría de la noche. Las estrellas eran como cabezas de alfiler sobre sus cabezas, el aire estaba completamente inmóvil hasta que ellos lo agitaron.

El olor dominante en el olfato de Teg era el frágil olor a moho de la nieve. El olor permeaba cada inspiración y, cuando exhalaban, nubes su vapor se enroscaban en torno a sus rostros.

Lágrimas de frío asomaron a los ojos de Duncan. Había estado pensando mucho en el viejo Gurney mientras se preparaban para abandonar el no–globo, en Gurney con su cicatriz en la mejilla causada por un látigo de estigma. Compañeros de confianza que ahora hubieran sido necesarios, pensó Duncan. No confiaba demasiado en Lucilla, y Teg era viejo, viejo. Duncan podía ver los ojos de Teg brillar a la luz de las estrellas.

Colgándose del hombro izquierdo un pesado y antiguo rifle láser, Duncan metió profundamente las manos en sus bolsillos buscando calor. Había olvidado lo frío que podía llegar a ser aquel planeta. Lucilla parecía impermeable al frío, sin duda extrayendo calor de alguno de sus trucos Bene Gesserit.

Mirándola, Duncan se dio cuenta de que nunca había confiado mucho en las brujas, ni siquiera en Dama Jessica. Era fácil pensar en ellas como traidoras, desprovistas de toda lealtad excepto para su propia Hermandad. ¡Tenían *tantos* malditos trucos secretos! Sin embargo, Lucilla había abandonado sus intentos de seducción. Sabía lo que él había querido significar cuando le había dicho aquello. Podía sentir su ira hirviendo dentro de ella. *¡Dejemos que hierva!*

Teg permanecía completamente inmóvil, su atención centrada en el exterior, escuchando. ¿Era correcto confiar en el único plan que él y Burzmali habían elaborado? No tenían ningún apoyo. ¿Hacía tan sólo ocho días que lo habían dispuesto todo? Parecían más, pese a la agitación de los preparativos. Miró a Duncan y Lucilla. Duncan llevaba un pesado y viejo rifle láser Harkonnen, el largo modelo de campo. Incluso los cartuchos de carga extra eran pesados. Lucilla se había negado a llevar más que una sola y pequeña pistola láser en su corpiño. Sólo tenía una carga. Un juguete de asesinos.

—Nosotras, la Hermandad, somos notables por ir a la batalla con nuestros talentos como única arma —había dicho—. Nos disminuye el cambiar ese esquema.

Llevaba cuchillos en fundas atadas a sus piernas, sin embargo. Teg los había visto. Sospechaba que había veneno en ellos.

Teg sopesó la larga arma que llevaba en sus propias manos: un moderno rifle láser de campaña que había traído del Alcázar. Sobre su hombro, un gemelo del arma que Duncan llevaba colgada del suyo.

*Debo confiar de Burzmali, se dijo Teg. Yo lo adiestré; conozco sus cualidades. Si dice que confiemos en esos nuevos aliados confiaremos en ellos.*

Burzmali se había mostrado tremendamente feliz de encontrar a su antiguo comandante vivo y a salvo.

Pero había nevado desde su último encuentro, y la nieve lo cubría todo a su alrededor, una tabula rasa sobre la que quedarían escritas todas sus huellas. No habían contado con la nieve. ¿Había traidores en el Control de Tiempo?

Teg se estremeció. El aire era frío. Daba la sensación como de helor de espacio interplanetario, vacío y dejando a la luz de las estrellas libre acceso al bosque que se apiñaba a su alrededor. La débil luz se reflejaba nítidamente en el suelo cubierto de nieve y la alfombra blanca que cubría las rocas. La oscura silueta de las coníferas y las ramas sin hojas de los árboles caducos desplegaba tan sólo sus extremos cubiertos de blanco. Todo lo demás era profundas sombras.

Lucilla hizo pantalla con sus dedos y se inclinó hacia Teg para murmurar:

—¿No deberían estar ya aquí?

El sabía que no era aquella su auténtica pregunta. «¿Podemos confiar en Burzmali?» Esa era su pregunta. La había estado formulando de una u otra forma desde que Teg le había explicado el plan hacía ocho días.

Todo lo que podía decir era:

—He apostado mi vida a él.

—¡Y las nuestras también!

A Teg tampoco le gustaban las acumuladas inseguridades, pero todos los planes se basaban en última instancia en las habilidades de aquellos que los ejecutaban.

—Vos fuisteis la que insistió en que debíamos salir de aquí e ir a Rakis —le recordó. Esperaba que ella pudiera ver su sonrisa, un gesto que quitaba mordiente a sus palabras.

Lucilla no se aplacó con ello. Teg nunca había visto a una Reverenda Madre tan obviamente nerviosa. ¡Aún se hubiera puesto más nerviosa si hubiera sabido quiénes eran sus nuevos aliados! Por supuesto, estaba el hecho de que había fracasado en cumplir con la misión que le había encomendado Taraza. ¡Cómo debía amargarla eso!

—Juramos proteger al ghola —le recordó ella.

—Burzmali ha prestado el mismo juramento.

Teg miró a Duncan, de pie silencioso entre ellos. Duncan no dio muestras de haber oído la discusión o compartido el nerviosismo. Una antigua compostura mantenía inmóviles sus facciones. Estaba escuchando a la noche, se dio cuenta Teg, haciendo lo que los tres deberían estar haciendo en aquel momento. Había una extraña expresión de madurez sin edad en sus jóvenes rasgos.

*¡Si alguna vez necesité compañeros de confianza, es ahora!, pensó Duncan. Su mente retrocedió a los días de Giedi Prime de sus raíces preghola. Aquello era lo que llamaban «una noche Harkonnen». Seguros en la cálida protección de su armadura sostenida por suspensores, los Harkonnen habían disfrutado cazando a sus sujetos en noches así. Un fugitivo podía morir a causa del frío. ¡Los Harkonnen lo sabían! ¡Malditas fueran sus almas!*

Predeciblemente, Lucilla atrajo la atención de Duncan con una mirada que decía: *Tú y yo no hemos terminado todavía nuestro asunto.*

Duncan alzó su rostro hacia la luz de las estrellas, asegurándose de que ella podía ver su sonrisa, con una ofensiva expresión de suficiencia que hizo que Lucilla se envarara interiormente. Deslizó el pesado fusil láser de su hombro y lo comprobó. Observó la barroca ornamentación de su culata y cañón. Era una antigüedad, pero aún proporcionaba una mortífera sensación de confianza. Duncan lo apoyó en su brazo izquierdo, la mano derecha en la caña, el dedo en el gatillo, exactamente del mismo modo que Teg llevaba su moderna arma.

Lucilla se volvió de espaldas a sus compañeros y sondeó con sus sentidos la ladera de la colina por encima y por debajo de ellos. En el mismo momento en que iniciaba su gesto, estallaron sonidos a todo su alrededor. Gotas de sonido llenaron la noche... un gran estallido de estruendo hacia su derecha, luego silencio. Otro estallido desde abajo. Silencio. *¡Desde arriba! ¡Desde todas partes!*

Al primer sonido, los tres se agazaparon tras el refugio de la roca que protegía la entrada de la caverna del no-globo.

Los sonidos que llenaban la noche arrastraban consigo poca definición: un alboroto inesperado, parte mecánico, parte chillidos y gemidos y silbidos. Intermitentemente, un retumbar subterráneo hacía vibrar el suelo.

Teg conocía esos sonidos. Estaba produciéndose una batalla allí afuera. Podía oír el silbido de fondo de los quemadores y, en el distante cielo, los alanceantes rayos de los láseres.

Algo llameó sobre ellos, arrastrando destellos azules y rojos. *¡Otro, y otro! La tierra tembló. Teg respiró por la nariz: ácido olor a quemado, y un asomo de ajo. ¡No-naves! ¡Muchas de ellas!*

Estaban aterrizando en el valle debajo del antiguo no-globo.

—*¡Adentro!* —ordenó Teg.

Mientras hablaba, vio que era demasiado tarde. Había gente avanzando hacia

ellos desde todas partes. Teg alzó su largo fusil láser y apuntó ladera abajo, hacia el más fuerte de los ruidos y el más cercano de los movimientos detectables. Podía oírse a mucha gente gritando allí abajo. Globos flotando libres se movían entre la pantalla de los árboles, soltados por quien fuera que avanzaba desde allí. Las danzantes luces derivaban ladera arriba en la fría brisa. Oscuras sombras se movían entre la oscilante iluminación.

—¡Danzarines Rostro! gruñó Teg, reconociendo a los atacantes. Aquellas luces derivantes saldrían de los árboles en unos segundos, ¡y estarían sobre su posición en menos de un minuto!

—¡Hemos sido traicionados! —dijo Lucilla.

Un gran grito resonó en la colina por encima de ellos.

—¡Bashar! —¡Muchas voces!

—¿*Burzmali*?, se preguntó Teg. Miró en aquella dirección, y luego hacia abajo, hacia los Danzarines Rostro que avanzaban firmemente. No había tiempo para elegir. Se inclinó hacia Lucilla.

—Burzmali está encima de nosotros. ¡Tomad a Duncan y corred!

—¿Pero y si...?

—¡Es vuestra única oportunidad!

—¡Estúpido! —acusó ella, mientras se volvía para obedecer.

El «¡Sí!» de Teg no hizo nada por aliviar sus temores. ¡Eso era lo que ocurría por depender de los planes de otros!

Duncan tenía otros pensamientos. Comprendía lo que Teg estaba dispuesto a hacer... sacrificarse para que ellos dos pudieran escapar. Duncan dudó, mirando a los atacantes que avanzaban debajo de ellos.

Viendo su vacilación, Teg le lanzó una llameante mirada.

—¡Esta es una orden de batalla! ¡Soy tu comandante!

Era lo más parecido a la Voz que Lucilla hubiera oído nunca en un hombre. Miró con la boca abierta.

Duncan vio únicamente el rostro del Viejo Duque diciéndole que debía obedecer. Era demasiado. Aferró el brazo de Lucilla, pero antes de arrastrarla ladera arriba dijo:

—¡Iniciaremos un fuego de cobertura apenas estemos a cubierto!

Teg no respondió. Se agachó contra una roca cubierta de nieve mientras Lucilla y Duncan se arrastraban alejándose. Sabía que a partir de ahora tenía que venderse caro. Y tenía que haber algo más: *lo inesperado*. Un gesto final del viejo Bashar.

Los atacantes que avanzaban estaban acercándose rápidamente, intercambiando excitados sonidos.

Graduando su fusil láser a máxima amplitud, Teg pulsó el disparador. Un feroz arco barrió la ladera debajo suyo. Los árboles estallaron en llamas y se derrumbaron. La gente gritó. El arma no podía ser mantenida mucho tiempo en funcionamiento a

aquel nivel, pero mientras lo hizo, la carnicería produjo el efecto deseado.

En el brusco silencio tras aquel primer barrido, Teg cambió su posición a otra roca protectora a su izquierda, y de nuevo envió una lanza llameante ladera abajo. Sólo unos pocos de los derivantes globos habían sobrevivido a aquella primera violencia devastadora, con árboles caídos y cuerpos desmembrados.

Más gritos saludaron su segundo contraataque. Se volvió y reptó por entre las rocas hasta el otro lado de la caverna de acceso al no-globo. Allá, envió hacia abajo un barriente fuego por la ladera opuesta. Más gritos. Más llamas y árboles caídos.

Nadie devolvió su fuego.

*¡Nos quieren vivos!*

¡Los tleilaxu estaban dispuestos a perder el número de Danzarines Rostro que fuera necesario hasta que agotara todas las cargas de su láser!

Teg varió la correa de la vieja arma Harkonnen a una mejor posición en su hombro, colocándola lista para entrar en acción. Retiró la casi vacía carga de su moderno fusil láser, lo recargó, y apoyó el arma entre las rocas. Teg dudaba que tuviera la oportunidad de recargar la segunda arma. Dejemos que piensen ahí abajo que he agotado las cargas. Pero tenía dos pistolas Harkonnen en su cinturón como último recurso. Serían potentes a corta distancia. Algunos de los Maestros tleilaxu, aquellos que habían ordenado tal carnicería: *¡dejemos que se acerquen!*

Con precaución, Teg alzó su largo rifle láser de la roca y retrocedió, metiéndose por entre las rocas de más arriba, deslizándose primero a la izquierda y luego a la derecha. Se detuvo en dos ocasiones para barrer las laderas bajo él con cortas descargas, como si quisiera conservar la carga del arma. No tenía sentido intentar ocultar sus movimientos. A aquella altura debían tener un rastreador de vida enfocado sobre él y, además, estaban las huellas en la nieve.

*¡Lo inesperado! ¿Podía atraerlos hasta más cerca?*

Bastante más arriba de la caverna de acceso al no-globo encontró una profunda depresión entre las rocas, con su fondo lleno de nieve. Teg se dejó caer en aquella posición, admirando el espléndido campo de tiro que su nueva ventaja le proporcionaba. Lo estudió brevemente: protegido por altos despeñaderos por detrás y escarpadas laderas por tres lados. Alzó cautelosamente la cabeza e intentó ver en torno a las rocas que le protegían por la parte de arriba.

Sólo silencio allí.

*¿Había sido lanzado aquel grito por la gente de Burzmali?*

Aunque así fuera, no había garantía de que Duncan y Lucilla pudieran escapar en esas circunstancias. Ahora todo dependía de Burzmali.

*¿Es un hombre de tantos recursos como siempre creí?*

No había tiempo de considerar las posibilidades o cambiar un solo elemento de la situación. La batalla había empezado. Estaba atrapado en ella. Teg inspiró



profundamente y miró ladera abajo por encima de las rocas.

Sí, se habían recuperado y estaban reanudando el avance. Sin globos delatores esta vez, y silenciosamente. No más gritos de ánimo. Teg apoyó el largo rifle láser sobre una roca frente a él y barrió con un ardiente arco de izquierda a derecha, en una larga descarga, dejando que su intensidad disminuyera al final en una obvia falta de carga.

Descolgando la vieja arma Harkonnen, la preparó, aguardando en silencio. Esperarían que huyera colina arriba. Se agazapó detrás de las rocas protectoras, confiando en que hubiera el suficiente movimiento arriba suyo como para confundir a los rastreadores de vida. Seguía oyendo a gente allá abajo, en aquella ladera barrida por el fuego. Teg contó en silencio para sí mismo, calculando la distancia, sabiendo por su larga experiencia el tiempo que iban a necesitar los atacantes para llegar a alcance de tiro. Y escuchó atentamente en busca de otro sonido que conocía por anteriores encuentros con los tleilaxu: el seco ladrido de las órdenes dadas con aquellas agudas voces.

¡Ahí estaban!

Los Maestros se habían abierto en abanico más abajo de lo que había esperado. ¡Temibles criaturas! Teg ajustó el viejo fusil láser a máxima potencia, y se alzó de pronto de su nicho protector entre las rocas.

Vio el arco de Danzarines Rostro que avanzaban a la luz de los árboles y de la maleza ardiendo. Las agudas voces de mando procedían de atrás del avance, completamente fuera de la danzante luz anaranjada.

Apuntando por encima de las cabezas de los atacantes más cercanos, Teg enfocó el amasijo de llamas y apretó el gatillo: dos largas ráfagas, de un lado para otro. Se sintió momentáneamente sorprendido por la extensión de la energía destructiva de la antigua arma. Obviamente era el producto de un soberbio artesano, pero no había habido forma de probarla en el no-globo.

Esta vez, los gritos tenían un tono distinto: ¡agudo y frenético!

Teg bajó un poco su punto de mira y limpió la inmediata ladera de Danzarines Rostro, dejándoles sentir toda la fuerza de la energía láser, revelando que llevaba consigo más de un arma. Barrió de un lado a otro con un arco mortal, dando a sus atacantes todo el tiempo necesario de ver la carga agotarse en un eructo final.

¡Ahora! Habían sido engañados una vez, e iban a ser más cautelosos. Puede que quedara aún una posibilidad de reunirse con Duncan y Lucilla. Con aquel pensamiento llenando su mente, Teg se volvió y trepó fuera de su refugio, arrastrándose ladera arriba por entre las rocas. Al dar su quinto paso, creyó chocar contra una ardiente pared. Su mente tuvo tiempo de reconocer lo que había ocurrido: ¡el repentino golpe de un aturdidor directamente contra su rostro y pecho! Llegó directamente desde arriba, desde el lugar hacia donde había enviado a Duncan y

Lucilla. El dolor y la irritación llenaron a Teg mientras se hundía en la oscuridad.  
¡Otros podían hacer también lo inesperado!

## Capítulo XXXII

*Todas las religiones organizadas se enfrentan a un problema común, un punto sensible a través del cual podemos penetrar en ellas y desviarlas hacia nuestros designios: ¿Cómo lo hacen para distinguir la arrogancia de la revelación?*

### ***Misionaria Protectora, Enseñanzas Internas***

Odrade mantuvo su mirada cuidadosamente apartada del frío verde del cuadrilátero a sus pies donde Sheeana permanecía sentada con una de las Hermanas maestras. La Hermana maestra era la mejor, exactamente adecuada para aquella nueva fase en la educación de Sheeana. Taraza las había elegido a todas con extremo cuidado.

*Seguimos con tu plan, pensó Odrade. ¿Pero has anticipado, Hermana Superiora, cómo podemos quedar marcadas por un descubrimiento al azar aquí en Rakis?*

Pero, ¿había sido al azar?

Odrade alzó su mirada por encima de los bajos techos del complejo de la fortaleza central de la Hermandad en Rakis. Las tejas arcoíris parecían cocerse a la resplandeciente luz del mediodía.

*Todo esto es nuestro.*

Eran, lo sabía, la más grande embajada que los sacerdotes permitían en su sagrada ciudad de Keen. Y su presencia allí en aquella fortaleza Bene Gesserit desafiaba el acuerdo que había pactado con Tuek. Pero eso había sido antes de los descubrimientos en el Sietch Tabr. Además, Tuek ya no existía realmente. El Tuek que recorría los recintos sacerdotales era un Danzarín Rostro viviendo una precaria imitación.

Odrade volvió sus pensamientos a Waff, que permanecía de pie junto con dos Hermanas guardianas, detrás de ella, aguardando cerca de la puerta de su refugio en el ático del edificio con su espléndida vista a través de las ventanas de plaz blindado y sus impresionantes muebles negros entre los cuales una embozada Reverenda Madre podía matizar su presencia hasta hacer que tan sólo unos leves atisbos de su rostro fueran visibles para cualquier visitante.

¿Había calibrado correctamente a Waff? Todo se había hecho exactamente de acuerdo con las enseñanzas de la Misionaria Protectora. ¿Había abierto lo suficiente la grieta en su armadura psíquica? El iba a verse obligado a hablar pronto. Entonces ella sabría.

Waff permanecía calmadamente en pie ahí atrás. Odrade podía ver su reflejo en el plaz. No daba ninguna muestra de comprender que las dos altas Hermanas de pelo negro que le flanqueaban estaban allí para prevenir cualquier posible violencia por su

parte. Pero seguramente lo sabía.

*Mis guardianas, no las tuyas.*

El hombre permanecía de pie con la cabeza ligeramente inclinada para ocultar sus rasgos a ella, pero ella sabía que se sentía inseguro. Aquello era evidente. Las dudas podían ser como un animal hambriento, y ella había alimentado muy bien a aquellas hambrientas dudas. Él se había sentido tan seguro de que su aventura en el desierto iba a ser la ocasión de su muerte. Sus creencias Zensunni y sufíes le estaban diciendo ahora que Dios lo protegería también aquí.

Sin embargo, ahora seguramente Waff estaba revisando su acuerdo con la Bene Gesserit, viendo al fin la forma en que había comprometido a su propio pueblo, cómo había puesto su preciosa civilización tleilaxu en un terrible peligro. Sí, sabía mantener bien su compostura, pero los ojos Bene Gesserit detectaban todo esto. Pronto llegaría el momento de empezar a reconstruir su consciencia en un esquema más receptivo a las necesidades de la Hermandad. Dejémosle hervir un poco más.

Odrade volvió de nuevo su atención a la escena, cargando el suspenso de aquella dilación. La Bene Gesserit había elegido aquella localización para su embajada debido a la intensa reconstrucción que había transformado toda la parte nordeste de la antigua ciudad. Podían construir y remodelar allí a su propio gusto y para sus propias finalidades. Antiguas estructuras diseñadas para un fácil acceso de las personas acudiendo a pie, amplios aparcamientos para vehículos de superficie oficiales, ocasionalmente plazas en las cuales podían posarse los ornitópteros... todo aquello había sido cambiado.

*Manteniéndose a la altura de los tiempos.*

Aquellos nuevos edificios se erguían mucho más cerca de las avenidas llenas de plantas, cuyos altos y exóticos árboles hacían ostentación de su enorme consumo de agua. Los tópteros se habían visto relegados a las zonas de aterrizaje en los tejados de algunos edificios seleccionados. Los pasos para peatones se habían convertido en estrechas elevaciones unidas a los edificios. Los nuevos edificios estaban equipados con elevadores accionados con monedas, con llaves y con identificación a palma, con sus campos de energía cubiertos por camuflajes marrón oscuro, vagamente transparentes. Los elevadores eran espinas dorsales de un color más oscuro en el frío gris del plasmamento y el plaz. Los seres humanos apenas visibles en los pozos de los ascensores daban la sensación de impurezas moviéndose arriba y abajo en puras salchichas mecánicas.

*Todo ello en nombre de la modernización.*

Waff se agitó detrás de ella y carraspeó.

Odrade no se volvió. Las dos Hermanas guardianas sabían lo que estaba haciendo y se mantuvieron inmóviles. El creciente nerviosismo de Waff era simplemente una confirmación de que todo iba bien.

Odrade no tenía la sensación de que todo estuviera yendo realmente bien.

Interpretaba la vista desde su ventana simplemente como otro inquietante síntoma de aquel inquietante planeta. Tuek, recordó, no se había mostrado complacido con aquella modernización de su ciudad. Se había quejado de que había que encontrar alguna manera de detener todo aquello y conservar las antiguas características del lugar. Su Danzarín Rostro de reemplazo seguía argumentando lo mismo.

Cuán parecido al propio Tuek era ese nuevo Danzarín Rostro. ¿Pensaban esos Danzarines Rostro por sí mismos, o simplemente representaban sus papeles de acuerdo con las órdenes de un Maestro? ¿Seguían siendo híbridos, esos nuevos? ¿Hasta qué punto eran diferentes esos Danzarines Rostro de los auténticos seres humanos?

Todo lo relativo a aquella impostura preocupaba a Odrade. Los consejeros del falso Tuek, aquellos que estaban implicados en lo que ellos llamaban «el complot tleilaxu», hablaban del apoyo público a la modernización, y exultaban abiertamente de que al fin lo habían conseguido. Regularmente, Albertus le transmitía un completo informe a Odrade. Cada nuevo informe la preocupaba aún más. Incluso el obvio servilismo de Albertus la preocupaba.

—Por supuesto, los consejeros no pretenden ofrecer un apoyo *público*.

Ella tenía que admitir aquello. El comportamiento de los consejeros indicaba que poseían un poderoso apoyo entre los escalones medios de los sacerdotes, entre los arribistas que se atrevían a hacer chistes acerca de su Dios Dividido en las fiestas de los fines de semana... entre aquellos que se habían sentido ablandados por la acumulación de especia que Odrade había encontrado en el Sietch Tabr.

¡Noventa mil toneladas largas! La cosecha de medio año de los desiertos de Rakis. Incluso una tercera parte de aquello representaba una cifra importante en los nuevos balances.

*Desearía no haberte conocido nunca, Albertus.*

Había deseado restaurar en él a aquél que importa. Lo que había hecho realmente era algo fácilmente reconocible por alguien adiestrado en las actuaciones de la Missionaria Protectora.

*¡Un adulador servil!*

Ahora no representaba ninguna diferencia el que su servilismo fuera movido por una absoluta devoción a su sagrada asociación con Sheeana. Odrade nunca se había preocupado antes en examinar cuán fácilmente las enseñanzas de la Missionaria Protectora destruían la independencia humana. Ese era siempre el objetivo, por supuesto: *Conviértelos en seguidores, obedientes a tus necesidades.*

Las palabras del Tirano en aquella cámara secreta habían hecho algo más que prender sus temores por el futuro de la Hermandad.

*«Te lego mi miedo y mi soledad.»*

Desde aquellos milenios de distancia, él había plantado dudas en ella con tanta seguridad como ella se las había plantado en Waff.

Vio las preguntas del Tirano como si hubieran sido dibujadas con resplandeciente luz en su ojo interno.

«¿CON QUIÉNES OS ALIÁIS?»

*¿No somos más que una sociedad secreta? ¿Cómo vamos a encontrar nuestro final? ¿En un hedor dogmático de nuestro propia creación?*

Las palabras del Tirano habían sido grabadas con fuego en su consciencia. ¿Dónde estaba la «noble finalidad» en lo que la Hermandad hacía? Odrade casi podía oír la burlona respuesta de Taraza a esa pregunta.

—*¡Supervivencia, Dar! Esa es toda la noble finalidad que necesitamos. ¡Supervivencia! ¡Incluso el Tirano sabía eso!*

Quizá incluso Tuek lo había sabido. ¿Y qué le había dado eso a cambio, al final?

Odrade sintió una inquietante simpatía hacia el difunto Sumo Sacerdote. Tuek había sido un soberbio ejemplo de lo que una familia profundamente unida podía producir. Incluso su nombre era una clave: invariable desde los días de los Atreides en aquel planeta. El antepasado fundador había sido un contrabandista, confidente del primer Leto. Tuek procedía de una familia que se había aferrado firmemente a sus raíces, diciendo: «Hay algo que vale la pena conservar en nuestro pasado». El ejemplo que esto grabó en sus descendientes no se perdió a manos de una Reverenda Madre.

Pero fracasaste, Tuek.

Aquellos bloques de modernización visibles desde su ventana eran un signo de ese fracaso... ejemplos de los elementos del poder ascendente en la sociedad rakiana, esos elementos que la Hermandad había estado apoyando durante tanto tiempo, permitiendo que se asentaran y fortalecieran. Tuek había visto esto como un presagio del día en que él sería demasiado débil políticamente como para prevenir las cosas implicadas en tal modernización.

Un ritual más corto y más animado.

Nuevas canciones, más al estilo moderno.

Cambios en las danzas. («¡Las danzas tradicionales requieren tanto tiempo!»)

Por encima de todo, pocas aventuras en el peligroso desierto para los jóvenes postulantes de las familias poderosas.

Odrade suspiró y miró a Waff. El pequeño tleilaxu se mordisqueaba el labio inferior. *¡Bien!*

*¡Maldito seas, Albertus! ¡Daría la bienvenida a tu rebelión!*

Tras las cerradas puertas del Templo, la transición del Sumo Sacerdocio había empezado ya a debatirse. Los nuevos rakianos hablaban de la necesidad de «mantenerse al nivel de los tiempos». Querían decir: «¡Dadnos más poder!»

*Siempre ha sido así, pensó Odrade. Incluso en la Bene Gesserit.*

Sin embargo, no podía eludir el pensamiento: *Pobre Tuek*. Albertus había informado que Tuek, justo antes de su muerte y su reemplazo por el Danzarín Rostro, había advertido a los suyos que quizá no consiguiera retener el control familiar del Sumo Sacerdocio después de su muerte. Tuek había sido más sutil y lleno de recursos de lo que sus enemigos esperaban. Su familia estaba reclamando ya todas sus deudas, reuniendo todos sus recursos para retener un poder de base.

Y el Danzarín Rostro en el lugar de Tuek revelaba mucho de su actuación sustituta. La familia de Tuek aún no sabía de la sustitución, y uno podía llegar a creer que el Sumo Sacerdote original no había sido reemplazado, tan bueno era aquel Danzarín Rostro. Observar a aquel Danzarín Rostro en acción traicionaba mucho sin embargo a las observadoras Reverendas Madres. Esa, por supuesto, era una de las cosas que hacían que Waff se agitara ahora.

Odrade se volvió bruscamente sobre uno de sus talones y avanzó hacia el Maestro tleilaxu. *¡Era el momento de atacar!*

Se detuvo a dos pasos de Waff y le miró con ojos llameantes. Waff sostuvo desafiante su mirada.

—Habéis tenido tiempo suficiente de considerar vuestra posición —acusó ella—. ¿Por qué permanecéis en silencio?

—¿Mi posición? ¿Creéis que nos habéis dado alguna elección?

—«El hombre no es más que un guijarro echado a un pozo» —citó ella de las propias creencias del hombre.

Waff inspiró temblorosamente. Ella hablaba con las palabras adecuadas, pero ¿qué había detrás de esas palabras? Ya no sonaban correctas procedentes de la boca de una mujer powindah.

Cuando Waff no respondió, Odrade prosiguió su cita:

—«Y si un hombre no es más que un guijarro, entonces todas sus obras no pueden ser más.»

Un involuntario estremecimiento atravesó a Odrade, originando una expresión de cuidadosamente enmascarada sorpresa en las atentas Hermanas guardianas. Aquel estremecimiento no formaba parte del esquema.

*¿Por qué pienso en las palabras del Tirano en este momento?*, se preguntó Odrade.

*«EL CUERPO Y EL ALMA DE LA BENE GESSERIT HALLARÁN EL MISMO DESTINO QUE TODOS LOS DEMÁS CUERPOS Y TODAS LAS DEMÁS ALMAS»*

Su anzuelo se había clavado muy profundamente en ella.

*¿Qué es lo que me ha vuelto tan vulnerable?* La respuesta saltó a su consciencia: *¡El Manifiesto Atreides!*

*Componer esas palabras bajo la atenta guía de Taraza abrió una grieta en mí.*

¿Podía haber sido ese el propósito de Taraza: hacer a Odrade vulnerable? ¿Cómo podía saber Taraza lo que ella iba a descubrir allí en Rakis? La Madre Superiora no sólo no desplegaba habilidades prescientes, sino que tendía a evitar ese talento en otras. En las raras ocasiones en las que Taraza había exigido esto en la propia Odrade, la reluctancia había resultado obvia para el adiestrado ojo de una Hermana.

*Y sin embargo, me hizo vulnerable.*

¿Había sido un accidente?

Odrade se sumergió en una rápida recitación de la Letanía Contra el Miedo, sólo unos pocos parpadeos, pero durante aquel tiempo Waff llegó visiblemente a una decisión.

—Nos estáis obligando —dijo—. Pero no sabéis los poderes que hemos reservado para un tal momento. —Alzó sus mangas para mostrar allá donde habían estado los lanzadores de dardos—. Esos no eran más que pálidos juguetes en comparación con nuestras auténticas armas.

—La Hermandad nunca ha dudado de eso —dijo Odrade.

—¿Va a producirse algún conflicto violento entre nosotros? —preguntó él.

—Eso es elección vuestra —dijo ella.

—¿Por qué provocáis la violencia?

—Hay gente a quien le gusta ver a la Bene Gesserit y a la Bene Tleilax arrojarse la una a la garganta de la otra —dijo Odrade—. Nuestros enemigos gozarían entrando a recoger los pedazos después de que nosotros nos hubiéramos debilitado lo suficiente.

—¿Planteáis el acuerdo, pero no dais a mi gente espacio suficiente para negociar! ¿Quizá vuestra Madre Superiora no os haya dado autoridad para negociar!

Cuán tentador era traspasar todo aquello a manos de Taraza, tal como Taraza deseaba. Odrade miró a las Hermanas guardianas. Los dos rostros eran máscaras que no traicionaban nada. ¿Qué era lo que sabían realmente? ¿Se darían cuenta si ella contravenía las órdenes de Taraza?

—¿Poseéis tal autoridad? —insistió Waff.

*Una noble finalidad, pensó Odrade. Seguramente, la Senda de Oro del Tirano demostró al menos una cualidad en esa finalidad.*

Odrade decidió recurrir a una verdad creativa.

—Poseo tal autoridad —dijo. Sus propias palabras hicieron cierta su afirmación. Habiendo tomado la autoridad, hacía imposible que Taraza pudiera negarla. Odrade sabía, sin embargo, que sus propias palabras la obligaban a seguir un rumbo radicalmente distinto a los pasos secuenciales de los planes de Taraza.

*Acción independiente. Lo que ella había deseado de Albertus.*

*Pero yo estoy en el escenario y sé lo que se necesita.*

Odrade miró a las Hermanas guardianas.



—Permaneced aquí, por favor, y ved de que no seamos molestados. —A Waff, dijo—: Será mejor que nos pongamos cómodos. —Señaló dos sillas—perro, colocadas en ángulo recto la una de la otra.

Odrade aguardó hasta que se hubieron sentado antes de reanudar su conversación.

—Necesitamos entre nosotros un grado de sinceridad que la diplomacia muy raramente proporciona. Hay demasiadas cosas en la balanza como para que nos dediquemos a fútiles evasivas.

Waff la miró de forma extraña. Dijo:

—Sabemos que hay disensión en vuestros altos consejos. Se nos han hecho sutiles insinuaciones. Es esta parte de...

—Soy leal a la Hermandad —dijo ella—. Incluso aquellas que se han acercado a vosotros no poseen otra lealtad más que esa.

—Este es otro truco de...

—¡No hay ningún truco!

—Con la Bene Gesserit siempre hay trucos —acusó él.

—¿Qué es lo que teméis de nosotras? Decidlo.

—Quizá hemos aprendido demasiado de vosotras como para permitirme que siga viviendo.

—¿No podría decir yo lo mismo de vos? —preguntó ella—. ¿Quién más sabe de nuestra secreta afinidad? ¡No es una mujer *powindah* la que os está hablando aquí!

Aventuró el nombre con una cierta ansiedad, pero el efecto no pudo ser más revelador. Waff se mostró visiblemente impresionado. Necesitó un minuto largo para recuperarse. Las dudas permanecieron, sin embargo, porque ella las había plantado profundamente en él.

—¿Qué prueban las palabras? —preguntó—. De todos modos podéis seguir tomando las cosas que habéis aprendido de mí y no dejarle a mí gente nada. Seguíis manteniendo el látigo sobre nosotros.

—No llevo armas en *mis* mangas —dijo Odrade.

—¡Pero en vuestra mente hay un conocimiento que puede arruinarnos! —Miró a las Hermanas guardianas.

—Son parte de mi arsenal —admitió Odrade—. ¿Debo enviarlas fuera?

—Y en sus mentes todo lo que han oído aquí —dijo él. Volvió su cautelosa mirada a Odrade—. ¡Un buen sistema para transmitir todas vuestras memorias!

Odrade hizo que su voz adoptara los tonos más razonables.

—¿Qué ganaríamos poniendo al descubierto vuestro celo misionero antes de que estéis preparados para actuar? ¿De qué serviría ensombrecer vuestra reputación revelando dónde habéis situado a vuestros nuevos Danzarines Rostro? Oh, sí, sabemos lo de Ix y las Habladoras Pez. Una vez estudiamos a vuestros nuevos Danzarines Rostro, empezamos a buscar dónde estaban.

—¡Lo sabéis! —su voz tenía un tono peligroso.

—No veo otra manera de probar nuestra afinidad que revelar algo igualmente perjudicial sobre nosotras mismas —dijo Odrade.

Waff no dijo nada.

—Tenemos la intención de trasplantar los gusanos del Profeta a incontables planetas de la Dispersión —dijo Odrade—. ¿Qué diría y haría el sacerdocio rakiano si vos revelarais eso?

Las Hermanas guardianas la miraron con apenas oculto regocijo. Pensaban que estaba mintiendo.

—No tengo guardias *conmigo* —dijo Waff—. Cuando sólo una persona conoce algo peligroso, que fácil resulta hacer que esa persona guarde un silencio eterno.

Alzó sus vacías mangas.

Miró a las Hermanas guardianas.

—Muy bien —dijo Odrade. Miró también a las Hermanas, y les hizo un sutil signo con la mano para tranquilizarlas—. Aguardad fuera, por favor, Hermanas.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellas, Waff regresó a sus dudas.

—Mi gente no ha registrado estas habitaciones. ¿Qué es lo que sé de las gentes que pueden estar ocultas aquí para grabar nuestras palabras?

Odrade cambió al lenguaje del Islamiyat.

—Entonces quizá debamos hablar en otra lengua, una que solamente nosotros conozcamos.

Los ojos de Waff brillaron. En la misma lengua, dijo:

—¡Muy bien! Aceptaré eso. Y os pido que me digáis la auténtica causa de la disensión entre las... las Bene Gesserit. Odrade se permitió una sonrisa. Con el cambio de lenguaje, toda la personalidad de Waff, todos sus modales, habían cambiado. Estaba actuando exactamente como se esperaba. ¡Ninguna de sus dudas se había reforzado en *aquella* lengua!

Respondió con una idéntica seguridad:

—¡Las estúpidas temen que podamos llegar a crear otro Kwisatz Haderach! Eso es lo que argumentan unas cuantas de mis Hermanas.

—Ya no hay necesidad de ninguno —dijo Waff—. Aquel que podía estar en muchos lugares a la vez apareció, y ya ha desaparecido. Apareció únicamente para dar nacimiento al Profeta.

—Dios no enviarla un mensaje así dos veces —dijo ella.

Era el mismo tipo de cosa que Waff había oído a menudo en su lengua. Ya no consideraba extraño que una mujer pudiera pronunciar tales palabras. El lenguaje y las palabras familiares eran suficientes.

—¿Ha restablecido la muerte de Schwangyu la unidad entre vuestras Hermanas? —preguntó.

—Tenemos un enemigo común —dijo Odrade.

—¡Las Honoradas Matres!

—Fuisteis hábil matándolas y aprendiendo de ellas.

Waff se inclinó hacia adelante, completamente capturado por aquella lengua familiar y el fluir de la conversación.

—¡Gobiernan con el sexo! —exultó. Demasiado tarde, fue consciente de quién estaba sentado frente a él oyendo todo aquello.

—Conocemos ya tales técnicas —lo tranquilizó Odrade—. Será interesante comparar, pero hay obvias razones por las cuales nunca hemos intentado dominar ese poder en tan peligroso carruaje. ¡Esas ramera son lo bastante estúpidas como para cometer ese error!

—¿Error? —Waff estaba claramente desconcertado.

—¡Están sujetando las riendas con sus manos desnudas! —dijo ella—. A medida que el poder aumenta, su control de él debe aumentar también. ¡Todo se despedazará por su propio impulso!

—Poder, siempre poder —murmuró Waff. Otro pensamiento lo golpeó—. ¿Estáis diciendo que así fue como cayó el Profeta?

—Él sabía lo que estaba haciendo —dijo Odrade—. Milenios de forzada paz, seguidos por los Tiempos de Hambruna y la Dispersión. Un mensaje de resultados directos. ¡Recordad! El no destruyó a la Bene Tleilax ni a la Bene Gesserit.

—¿Para qué esperáis una alianza entre nuestros dos pueblos? —preguntó Waff.

—La esperanza es una cosa, la supervivencia otra —dijo ella.

—Siempre pragmatismo —dijo Waff—. ¿Y algunas entre vosotras teméis la posibilidad de restaurar al Profeta en Rakis, con todos sus poderes intactos?

—¿No dije yo eso? —El lenguaje del Islamiyat era particularmente poderoso en aquella forma interrogativa. Situaba el peso de las pruebas sobre Waff.

—Así que dudan de la mano de Dios en la creación de vuestro Kwisatz Haderach —dijo él—. ¿Dudan también del Profeta?

—Muy bien, digámoslo abiertamente —dijo Odrade, y adoptó el tono requerido de decepción—. Schwangyu y aquellas que la apoyaban se apartaron de la Gran Creencia. No experimentamos ninguna ira hacia nadie de la Bene Tleilax por haberla matado. Nos ahorraron el problema.

Waff aceptó aquello por completo. Dadas las circunstancias, era precisamente lo que podía esperarse. Sabía que habla revelado allí mucho de lo que mejor hubiera debido guardarse para sí mismo, pero seguía habiendo cosas que la Bene Gesserit no sabía. ¡Y las cosas que él había aprendido!

Odrade le hizo estremecer absolutamente cuando dijo:

—Waff, si creéis que vuestros descendientes de la Dispersión han regresado a vosotros sin cambios, entonces la estupidez se ha convertido en vuestro patrón de

vida.

Guardó silencio.

—Tenéis todas las piezas en vuestras manos —dijo ella—. Vuestros descendientes pertenecen a las rameras de la Dispersión. ¡Y si pensáis que alguna de *ellas* va a cumplir con algún acuerdo, entonces vuestra estupidez va más allá de toda descripción!

Las reacciones de Waff le dijeron que lo tenía cogido. Las piezas estaban encajando con un clic en su lugar. Le había dicho al hombre la verdad allá donde era necesaria. Sus dudas estaban siendo re-enfocadas allá donde correspondían: contra la gente de la Dispersión. Y lo había hecho en su propia lengua.

Waff intentó hablar por encima del nudo que se habla formado en su garganta, y se vio obligado a masajearla antes de conseguir recuperar la voz.

—¿Qué podemos hacer?

—Es obvio. Los Perdidos tienen sus ojos puestos en vosotros simplemente como otra conquista más. Piensan en ello como en una operación más de asimilación. Sentido común.

—¡Pero son tantos!

—A menos que nos unamos en un plan común para derrotarles, nos masticarán y engullirán de la misma forma que un slig mastica y engulle su comida.

—¡No podemos someternos a la inmundicia powindah! ¡Dios no lo permitirá!

—¿Someter? ¿Quién sugiere que nos sometamos?

—Pero la Bene Gesserit siempre ha utilizado esa antigua excusa: «Si no puedes derrotarle, únete a él.»

Odrade sonrió hoscamente.

—¡Dios no permitirá que *vosotros* os sometáis! ¿Sugieres que Él permitiría que nosotras sí lo hiciéramos?

—Entonces, ¿cuál es vuestro plan? ¿Qué podéis hacer contra un tal número?

—Exactamente lo que vosotros planeáis hacer: convertirlos. Cuando vosotros digáis la palabra, la Hermandad abrazará abiertamente la auténtica fe.

Waff permaneció sentado en un sorprendido silencio. Así que ella sabía el núcleo del plan tleilaxu. ¿Sabía también cómo los tleilaxu pensaban llevarlo a cabo?

Odrade lo miró, abiertamente especulativa. *Agarra al animal por los testículos si es necesario*, pensó. ¿Pero y si la proyección de los analistas de la Hermandad estaba equivocada? En ese caso, toda aquella *negociación* sería una broma. Y había aquella mirada detrás de los ojos de Waff, aquella sugerencia de una más antigua sabiduría... mucho más antigua que su carne. Habló con más confianza de la que sentía:

—Lo que habéis conseguido con los gholas de vuestros tanques y habéis guardado en secreto sólo para vosotros es algo por lo que otros pagarían un gran precio.

Sus palabras eran lo suficientemente crípticas (¿Había otros escuchando?), pero Waff no dudó ni por un instante que la Bene Gesserit sabía incluso aquello.

—¿Exigiréis compartir también eso? —preguntó. Las palabras rasparon en su seca garganta.

—¡Todo! Lo compartiremos todo.

—¿Qué daréis a cambio de ello?

—Pedid.

—Todas vuestras grabaciones genéticas.

—Son vuestras.

—Madres procreadoras elegidas por nosotros.

—Nombradlas.

Waff jadeó. Aquello era mucho más de lo que la Madre Superiora había ofrecido. Era como una floración abriéndose en su consciencia. Ella tenía razón con respecto a las Honoradas Matres, naturalmente... y con respecto a los tleilaxu descendientes de la Dispersión. Él nunca había confiado completamente en ellos. ¡Nunca!

—Desearéis una fuente ilimitada de melange, por supuesto —dijo él.

—Por supuesto.

Se la quedó mirando, sin apenas creer la extensión de su buena suerte. Los tanques axlotl podían ofrecer la inmortalidad sólo a aquellos que abrazaban la Gran Creencia. Nadie se atrevía a atacar e intentar apoderarse de algo que sabían que los tleilaxu iban a destruir antes que perder. ¡Y ahora! Había conseguido los servicios de la más poderosa y duradera fuerza misionera conocida. Seguro que la mano de Dios era visible allí. Waff se sintió primero maravillado, luego inspirado. Habló con suavidad a Odrade.

—¿Y vos, Reverenda Madre, cómo llamáis a nuestro acuerdo?

—Noble finalidad —dijo ella—. Vos conocéis ya las palabras del Profeta del Sietch Tabr. ¿Dudáis de él?

—¡Nunca! Pero... pero hay algo más: ¿Qué os proponéis con ese gholá de Duncan Idaho y la muchacha, Sheeana?

—Los educaremos, por supuesto. Y sus descendientes hablarán por nosotros a todos aquellos descendientes del Profeta.

—¡En todos aquellos planetas donde los llevéis!

—En todos aquellos planetas —admitió ella.

Waff se reclinó en su asiento. *¡Te tengo, Reverenda Madre!, pensó. Nosotros gobernaremos en esta alianza, no vosotras. ¡El gholá no es vuestro; es nuestro!*

Odrade vio la sombra de sus reservas en los ojos de Waff, pero sabía que había aventurado tanto como se había atrevido. Más hubiera reavivado las dudas. Ocurriera lo que ocurriera, había embarcado a la Hermandad en aquel camino. Taraza ya no podría escapar de aquella alianza.

Waff encajó los hombros, un gesto curiosamente juvenil comparado con la madura inteligencia que emanaba de sus ojos.

—Ahhh, una cosa más —dijo, con cada fragmento de su condición de Maestro de Maestros hablando su propio lenguaje y ordenando a todos aquellos que lo oyeran—. ¿Ayudaréis también a difundir ese... ese Manifiesto Atreides?

—¿Por qué no? Yo lo escribí.

Waff saltó hacia adelante.

—¿Vos?

—¿Creéis que alguien con menores habilidades hubiera podido hacerlo?

El asintió, convencido sin ningún otro argumento. Aquello fue el combustible para un pensamiento que había penetrado en su mente, un punto final en su alianza: ¡Las poderosas mentes de las Reverendas Madres podían aconsejar a los tleilaxu a cada vuelta del camino! ¿Qué importaba que fueran superadas en número por aquellas ramera de la Dispersión? ¿Quién podría enfrentarse a una tal sabiduría y unas armas tan insuperables combinadas?

—El título del Manifiesto es válido también —dijo Odrade—. Soy una auténtica descendiente de los Atreides.

—¿Seréis vos una de nuestras procreadoras? —aventuró él.

—Ya casi he pasado la edad de procrear, pero estoy a vuestras órdenes.

## Capítulo XXXIII

*Recuerdo amigos de guerras que todos menos nosotros olvidaron.  
Todos ellos destilados en cada herida que recibimos.  
Esas heridas son todos los dolorosos lugares donde luchamos.  
Batallas que han quedado atrás, que nunca buscamos.  
¿Qué es lo que perdimos y qué es lo que ganamos?*

### ***Canciones de la Dispersión***

Burzmali había basado sus planes en lo mejor que había aprendido de su Bashar, manteniendo su propio consejo acerca de múltiples opciones y posiciones de reserva. ¡Esa era una prerrogativa del comandante! Por necesidad, aprendió todo lo que pudo acerca del terreno.

En los tiempos del Viejo Imperio, e incluso bajo el reinado de Muad'dib, la región en torno al Alcázar de Gammu había sido una reserva boscosa, un terreno alto que se alzaba muy por encima de los oleosos residuos que tendían a cubrir las tierras de los Harkonnen. En aquella zona los Harkonnen habían cultivado alguna de la más fina pilingitam, una madera de alto y constante precio, siempre apreciada por los más ricos. Desde los tiempos más antiguos, la gente de gusto había preferido rodearse con maderas finas antes que con las materias artificiales producidas en masa conocidas por aquel entonces, como el polastine, el polaz y el pormabat (más tarde: tine, laz y bat). Como en los lejanos tiempos del Viejo Imperio, había habido una etiqueta peyorativa para los ricos medios y las Familias Mayores que surgía de su apreciación del valor de las maderas raras.

—Es un Tres Pes —decían, dando a entender que esa persona se rodeaba con copias baratas hechas con sustancias descartadas. Incluso cuando los supremamente ricos se veían obligados a emplear una de las embarazosas Tres Pes, la disfrazaban si les era posible detrás de la Una Pe, el pilingitam.

Burzmali sabía todo esto y más mientras ponía a su gente a buscar un pilingitam estratégicamente situado cerca del no-globo. La madera del árbol tenía muchas cualidades que la hacían apreciable a los maestros artesanos: recién cortada, podía trabajarse como una madera blanda; secada y envejecida, se convertía en una madera durísima. Absorbía muchos pigmentos, y el resultado de la coloración podía hacerse parecer como si fuera algo natural de la misma madera. Más importante aún, el pilingitam era antihongos, y ningún insecto conocido lo había considerado como una comida apreciable. Finalmente, era resistente al fuego, y los especímenes vivos de larga edad crecían hacia afuera a partir de un largo tubo hueco en su núcleo.

—Haremos lo inesperado —dijo Burzmali a sus buscadores.

Había observado el distintivo color verde lima de las hojas de pilingitam durante su primer vuelo por encima de la región. Los busques de aquel planeta habían sido expoliados y sus árboles aserrados durante los Tiempos de Hambruna, pero los venerables Pe seguían creciendo entre los árboles de hoja perenne y madera dura replantados siguiendo las órdenes de la Hermandad.

Los buscadores de Burzmali encontraron a uno de esos Pe dominando un saliente encima del lugar donde estaba el no-globo. Extendía sus hojas por encima de al menos tres hectáreas. Durante la tarde del día crítico, Burzmali instaló reclamos a una cierta distancia de aquella posición y abrió un túnel desde un somero terreno pantanoso hasta el amplio núcleo del pilingitam. Allí, instaló su centro de mando y todo lo necesario para la escapatoria.

—El árbol es una forma de vida —explicó a su gente—. Nos enmascarará de los rastreadores de vida.

*Lo inesperado.*

En ningún momento en su planteamiento inicial había supuesto Burzmali que todas sus acciones no iban a ser detectadas. Lo único que podía hacer era reducir al mínimo su vulnerabilidad.

Cuando se produjo el ataque, vio que parecía seguir un esquema preordenado. Había anticipado que los atacantes iban a confiar en no-naves y en su gran número, como lo habían hecho en el asalto al Alcázar de Gammu. Los análisis de la Hermandad le aseguraban que la mayor amenaza procedía de las fuerzas de la Dispersión... descendientes de los tleilaxu desplegadas por brutales mujeres que se llamaban a sí mismas Honoradas Matres. Veía aquello como un exceso de confianza y no como una audacia. La auténtica audacia se hallaba en el arsenal de cualquier estudiante adiestrado por el Bashar Miles Teg. Ayudaba también el hecho de poder confiar en Teg para que improvisara dentro de los límites de un plan.

A través de sus enlaces, Burzmali siguió la gateante huida de Duncan y Lucilla. Tropas con cascos de comunicación y lentes nocturnas crearon un gran despliegue de actividad en las posiciones de señuelo mientras Burzmali y sus reservas seleccionadas mantenían vigilados a los atacantes, sin traicionar en ningún momento sus posiciones. Los movimientos de Teg eran fácilmente seguidos por su violenta respuesta a los atacantes.

Burzmali observó aprobadoramente que Lucilla no se detenía cuando oyó intensificarse los sonidos de la batalla. Duncan, sin embargo, intentó detenerse, y casi arruinó el plan. Lucilla salvó el momento golpeando a Duncan en un nervio sensitivo y ladrándole:

—¡No puedes ayudarle!

Oyendo claramente su voz a través de los amplificadores de su casco, Burzmali maldijo para sí mismo. ¡Otros podían oír también! De todos modos, ya debían estar



rastreándola.

Burzmali emitió una orden subvocal a través del micrófono implantado en su cuello, y se preparó a abandonar su puesto. Mantuvo la mayor parte de su atención centrada en la aproximación de Lucilla y Duncan. Si todo sucedía tal como había planeado, su gente se haría cargo de ellos dos mientras otros dos soldados sin casco y convenientemente ataviados proseguían la huida hacia las posiciones de reclamo.

Mientras tanto, Teg estaba creando un admirable sendero de destrucción a través del cual podría escapar un vehículo de superficie.

Un ayudante advirtió a Burzmali:

¡Dos atacantes están acercándose por detrás del Bashar! Burzmali despidió al hombre con un gesto de su mano. Podía dedicarle poca atención a las posibilidades de Teg. Todo debía centrarse en salvar al ghola. Los pensamientos de Burzmali eran intensos mientras observaba.

*¡Vamos! ¡Corred! ¡Corred, malditos seáis!*

Lucilla pensaba casi lo mismo mientras urgía a Duncan hacia adelante, manteniéndose ella cerca detrás de él para protegerle las espaldas. Todo en ella estaba centrado a una resistencia desesperada. Todo su adiestramiento y educación se estaban poniendo en juego en aquellos momentos. *¡Nunca abandones!* Abandonar era pasar su consciencia a las Memorias de Otras Vidas o a una Hermana o al olvido. Incluso Schwangyu se había redimido en el último momento abocándose a una resistencia total y había muerto admirablemente en la tradición Bene Gesserit, resistiendo hasta el último minuto. Burzmali lo había informado a través de Teg. Lucilla, reuniendo sus incontables vidas, pensó: *¡Yo no puedo hacer menos!*

Siguió a Duncan metiéndose en un terreno pantanoso junto al tronco de un gigantesco pilingitam y, cuando un grupo de gente surgió de la oscuridad a su alrededor para arrastrarlos consigo, estuvo a punto de responder de una manera asesina, pero una voz hablando en chakobsa dijo en su oído: «¡Amigos!» Aquello retrasó su respuesta durante un latido de corazón, mientras veía a los señuelos seguir la huida saliendo del terreno pantanoso. Aquello, más que cualquier otra cosa, le reveló el plan y la identidad de la gente que los sujetaba contra el intenso olor de las hojas y de la tierra. Cuando la gente hizo que Duncan se deslizara por delante de ella al interior de un túnel que conducía al gigantesco árbol y (aún en chakobsa) urgía rapidez, Lucilla supo que estaban envueltos en la típica audacia estilo Teg.

Duncan también lo vio. En la tenebrosa desembocadura del túnel, la identificó por el olor y tabaleó un mensaje contra su brazo en el antiguo y silencioso lenguaje de batalla de los Atreides.

—Déjales que nos guíen.

La forma del mensaje la sorprendió momentáneamente, hasta que comprendió que por supuesto el ghola conocía aquel método de comunicación.

Sin hablar, la gente que los rodeaba le quitó a Duncan el voluminoso y antiguo rifle láser y urgió a los fugitivos hacia la escotilla de un vehículo que ella no pudo identificar. Una breve luz roja relampagueó en la oscuridad.

Burzmali habló subvocalmente a su gente:

—¡Adelante!

Veintiocho vehículos de superficie y once palpitantes tópteros surgieron de las posiciones de reclamo. *Una diversión adecuada*, pensó Burzmali.

La presión en los oídos de Lucilla le dijo que la escotilla había sido cerrada y sellada. De nuevo llameó la luz roja, luego volvió la oscuridad.

Una serie de explosiones destrozó el gran árbol alrededor de ellos, y su vehículo, ahora identificable como un carro blindado, surgió hacia afuera y hacia arriba sobre sus suspensores y chorros. Lucilla pudo seguir su rumbo únicamente por los destellos del fuego y las girantes estrellas visibles a través de las ovaladas ventanillas de plaz. El campo suspensor que lo rodeaba hacía que su movimiento fuera fantasmal, captado únicamente por los ojos. Se sentaron acurrucados en sillas de plástiacero mientras el vehículo se lanzaba a toda velocidad colina abajo, directamente a través de la posición defendida por Teg, balanceándose y agitándose en sus constantes y violentos cambios de dirección. Ninguno de aquellos alocados movimientos se transmitía a la carne de sus ocupantes. Tan sólo podía apreciarse el danzante movimiento de árboles y arbustos, algunos de ellos presos de las llamas, y luego las estrellas.

¡Estaban rozando las copas de los árboles del bosque arruinado por los disparos láser de Teg! Sólo entonces se permitió Lucilla atreverse a esperar salir con bien de aquello. Bruscamente, su vehículo tembló a poca velocidad. Las estrellas visibles, enmarcadas por los pequeños óvalos de plaz, oscilaron y fueron oscurecidas por una tenebrosa obstrucción. La gravedad regresó, y captó una débil luz. Lucilla vio a Burzmali abrir de golpe una escotilla a su izquierda.

—¡Afuera! —restalló—. ¡No hay un segundo que perder!

Con Duncan delante, Lucilla salió por la escotilla a un empapado suelo. Burzmali le dio una palmada en la espalda, aferró el brazo de Duncan, y tiró de ellos alejándolos del vehículo.

—¡Aprisa! ¡Por aquí!

Se abrieron paso entre maleza alta hasta una estrecha carretera pavimentada. Burzmali, sujetándolos ahora a cada uno por una mano, les hizo avanzar a toda prisa cruzando la carretera y los empujó boca abajo a una zanja. Lanzó una manta de camuflaje de vida sobre ellos, y alzó su cabeza para mirar en la dirección de donde habían venido.

Lucilla miró más allá de él y vio la luz de las estrellas y una ladera nevada. Sintió a Duncan agitarse a su lado.

Muy arriba en la ladera, un vehículo de superficie aceleraba a toda marcha, sus jets visibles contra el fondo de estrellas, alzándose, alzándose... alzándose. De pronto, giró a toda velocidad hacia la derecha.

—¿Es el nuestro? —susurró Duncan.

—Sí.

—¿Cómo habéis conseguido subirlo hasta aquí sin que lo detectaran los...?

—Un túnel en un acueducto abandonado —susurró Burzmali—. El vehículo estaba programado para funcionar automáticamente. —Siguió mirando el distante punto rojo. Bruscamente, un gigantesco estallido de luz azul brotó del distante trazo rojo. La luz fue seguida inmediatamente por un sordo retumbar.

—Ahhh —suspiró Burzmali.

Duncan dijo en voz muy baja:

—Se supone que ellos pensarán que has forzado demasiado el motor.

Burzmali lanzó una sorprendida mirada al joven rostro, fantasmagóricamente gris a la luz de las estrellas.

—Duncan Idaho era uno de los mejores pilotos al servicio de los Atréides —dijo Lucilla. Era un esotérico fragmento de información, y sirvió para su propósito. Burzmali vio inmediatamente que no era solamente el guardián de dos fugitivos. Las personas a su cargo poseían habilidades que podían ser utilizadas en caso necesario.

Destellos rojos y azules chisporrotearon en el cielo allá donde el modificado vehículo de superficie había estallado. Las no-naves estaban husmeando aquel distante globo de gases ardientes. ¿Qué decidirían los husmeadores? Los destellos rojos y azules desaparecieron tras las prominencias oscuras de las colinas.

Burzmali se volvió al sonido de pasos en la carretera. Duncan extrajo una pistola láser tan rápidamente que Lucilla jadeó. Apoyó una mano tranquilizadora en su brazo, pero él la apartó de un golpe. ¿No veía el muchacho que Burzmali había aceptado aquella intrusión?

Una voz llamó suavemente desde la carretera, encima de ellos:

—Seguidme. Aprisa.

El que había hablado, una moviente mancha de oscuridad, saltó junto a ellos y avanzó a través de un hueco en la maleza que bordeaba la carretera. Unos puntos oscuros en la nevada ladera más allá de la pantalla de maleza se revelaron como al menos una docena de figuras armadas. Cinco de los componentes de aquel grupo se arracimaron en torno a Duncan y Lucilla y les urgieron silenciosamente a que les siguieran a lo largo de un camino cubierto de nieve junto a la maleza. El resto del grupo armado corrió al abierto cruzando la nevada ladera hasta una oscura línea de árboles.

Al cabo de un centenar de pasos, las cinco silenciosas figuras se colocaron en fila india, dos de ellas delante, otras tres detrás, los fugitivos protegidos en medio, con

Burzmali delante y Lucilla detrás, muy cerca de Duncan. Finalmente llegaron a una hendidura en las oscuras rocas bajo un saliente, donde aguardaron, escuchando más vehículos de superficie modificados atronar el aire detrás de ellos.

—Señuelos dentro de señuelos —susurró Burzmali—. Los hemos abrumado con señuelos. *Saben* que debemos huir presas del pánico tan rápido como nos sea posible. De modo que aguardaremos cerca, ocultos. Luego, avanzaremos lentamente... a pie.

—Lo inesperado —murmuró Lucilla.

—¿Teg? —Era Duncan, su voz poco menos que un suspiro.

Burzmali se inclinó cerca del oído izquierdo de Duncan.

—Creo que lo cazaron. —El susurro de Burzmali tenía un profundo tono de tristeza.

Uno de sus oscuros compañeros dijo:

—Ahora rápido. Ahí abajo.

Fueron conducidos a través de la estrecha hendidura. Algo emitió un sonido crujiente cerca. Unas manos los empujaron hacia un pasadizo cerrado. El sonido crujiente resonó ahora detrás de ellos.

—Sellad bien esa puerta dijo alguien.

La luz brilló a su alrededor.

Duncan y Lucilla miraron a una amplia y ricamente amueblada estancia aparentemente tallada en la roca. Suaves alfombras cubrían el suelo... rojos oscuros y dorados con un dibujo como repetitivas almenas en verde pálido. Un montón de ropas formaban un revoltijo sobre una mesa cerca de Burzmali, que estaba hablando en voz baja con uno de los componentes de su escolta: un hombre pelirrojo con una alta frente y unos penetrantes ojos verdes.

Lucilla escuchó atentamente. Las palabras eran comprensibles, relatando cómo habían sido apostados los guardias, pero el acento del hombre de los ojos verdes era algo que nunca antes había oído, una mezcla de guturales y consonantes emitidas con una sorprendente brusquedad.

—¿Es esto una no-cámara? —preguntó.

—No. —La respuesta fue proporcionada por un hombre detrás de ella, hablando con el mismo acento—. Las algas nos protegen.

No se volvió hacia el que había hablado, sino que en vez de ello alzó la vista hacia las algas de color amarillo verdoso claro que se acumulaban en el techo y paredes. Sólo unos pocos trozos de oscura roca eran visibles cerca del suelo.

Burzmali interrumpió su conversación.

—Estamos seguros aquí. Las algas han sido cultivadas especialmente para esto. Los rastreadores de vida informan solamente de la presencia de vida vegetal y nada más que del escudo de algas.

Lucilla pivotó sobre un talón, registrando los detalles de la estancia: aquel grifo

Harkonnen labrado en una mesa de cristal, los exóticos tapizados en sillas y divanes. Un armero contra una pared contenía dos hileras de largos rifles láser de campaña de un diseño que nunca antes había visto. Todos tenían una forma abocinada y exhibían unas ornamentadas guardas doradas sobre sus gatillos.

Burzmali había vuelto a su conversación con el hombre de los ojos verdes. Era una discusión acerca de cómo disfrazarse. Escuchó con una parte de su mente mientras estudiaba a los otros dos miembros de su escolta que permanecían en la estancia. Los otros tres habían desaparecido por un pasadizo cerca del armero, una abertura cubierta por una gruesa cortina de brillantes hebras plateadas. Duncan, vio, estaba observando sus respuestas con atención, la mano apoyada en la pequeña pistola láser en su cinto.

*¿Gente de la Dispersión?*, se preguntó Lucilla. *¿Cuáles son sus lealtades?*

Casualmente, cruzó hasta el lado de Duncan y, utilizando el lenguaje de contacto digital en su brazo, le transmitió sus sospechas. Ambos miraron a Burzmali. *¿Traición?*

Lucilla volvió a su estudio de la estancia. ¿Estaban siendo observados por ojos invisibles?

Nueve globos iluminaban el espacio, creando sus propias islas peculiares de intensa iluminación. Se reunían concentrados cerca de donde Burzmali seguía hablando con el hombre de los ojos verdes. Parte de la luz procedía directamente de los flotantes globos, todos ellos sintonizados a un dorado intenso, y parte de ella era reflejada más suavemente por las algas. El resultado era una carencia de sombras intensas, incluso debajo de los muebles.

Los resplandecientes hilos plateados de la puerta interior se abrieron. Una vieja mujer entró en la estancia. Lucilla la miró con fijeza. La mujer tenía un arrugado rostro tan oscuro como el viejo palisandro. Sus rasgos quedaban enmarcados por un disperso pelo gris que caía casi hasta sus hombros. Llevaba una larga túnica negra adornada con hilos dorados formando un dibujo de dragones mitológicos. La mujer se detuvo detrás de un sofá y apoyó sus profundamente venosas manos en el respaldo.

Burzmali y su compañero interrumpieron su conversación. Lucilla miró de la vieja mujer a sus propias ropas. Excepto los dragones dorados, los atuendos eran similares en diseño, las capuchas echadas hacia atrás sobre sus hombros. Solamente en el corte lateral y en la forma en que se abrían por delante allá donde estaba el dibujo del dragón diferían ambas prendas.

Cuando la mujer no dijo nada, Lucilla miró a Burzmali pidiendo una explicación. Burzmali le devolvió la mirada, con una expresión de intensa concentración. La vieja mujer siguió estudiando silenciosamente a Lucilla.

La intensidad de su atención llenó de inquietud a Lucilla. Vio que Duncan también experimentaba lo mismo. Mantenía su mano sobre la pequeña pistola láser.

El largo silencio mientras aquellos ojos la examinaban amplificó su inquietud. Había algo casi Bene Gesserit en la forma en que la vieja mujer permanecía allí, simplemente mirando.

Duncan rompió el silencio preguntándole a Burzmali:

—¿Quién es ella?

—Soy la que salvará vuestras pieles —dijo la vieja mujer. Tenía una voz frágil que crujía débilmente, pero el mismo extraño acento.

Las Otras Memorias de Lucilla emitieron una sugerente comparación para el atuendo de la vieja mujer: *Similar a lo que llevaban las antiguas playfems*.

Lucilla casi agitó la cabeza. Aquella mujer era demasiado vieja para un papel así. Y la forma de los míticos dragones bordados en el tejido difería de aquella proporcionada por sus memorias. Lucilla volvió su atención al viejo rostro: ojos húmedos con el estigma de la edad. Una seca costra se había instalado en las arrugas allá donde cada párpado tocaba los lagrimales junto a su nariz. Demasiado vieja para ser una playfem.

La vieja mujer se dirigió a Burzmali:

—Creo que puede llevarlo perfectamente. —Empezó a desvestirse, despojándose de la túnica con el dragón. Dirigiéndose a Lucilla, dijo: Esto es para ti. Llévalo con respeto. Matamos para conseguírtelo.

—¿A quién matasteis? —preguntó Lucilla.

—¡A una postulante de las Honoradas Matres! —Había orgullo en el ronco tono de la vieja mujer.

—¿Por qué debo llevar yo esas ropas? —preguntó Lucilla.

—Cambiarás tu atuendo conmigo —dijo la vieja mujer.

—No sin una explicación.

Lucilla se negó a aceptar la túnica que se le tendía. Burzmali avanzó un paso.

—Podéis confiar en ella.

—Soy un amigo de vuestros amigos —dijo la vieja mujer. Agitó la túnica frente a Lucilla—. Vamos, tómala.

Lucilla se dirigió a Burzmali:

—Necesito saber vuestro plan.

—Ambos necesitamos saberlo —dijo Duncan—. ¿Con qué autoridad se nos pide que confiemos en esa gente?

—Con la de Teg —dijo Burzmali—. Y con la mía. —Miró a la vieja mujer—. Podéis decírselo, Sirafa. Tenemos tiempo.

—Llevarás esta ropa mientras acompañas a Burzmali a Ysai —dijo Sirafa.

*Sirafa*, pensó Lucilla. El nombre sonaba casi como una Variante Lineal de la Bene Gesserit.

Sirafa estudió a Duncan.

—Sí, es todavía lo bastante pequeño. Será disfrazado y llevado separadamente.

—¡No! —dijo Lucilla—. ¡Se me ha ordenado protegerle!

—Estás actuando de forma estúpida —dijo Sirafa—. Estarán buscando a una mujer de tu apariencia acompañada por alguien con la apariencia de este joven. No buscarán a una playfem de la Honoradas Matres con su acompañante de una noche... ni a un Maestro tleilaxu con su séquito.

Lucilla se humedeció los labios con la lengua. Sirafa hablaba con la confiada seguridad de una Censora de la Casa.

Sirafa depositó la túnica con los dragones en el respaldo del sofá. Iba vestida ahora con una ajustada malla negra que no ocultaba nada de un cuerpo aún esbelto y ágil, con unas curvas acusadas. El cuerpo parecía mucho más joven que el rostro. Mientras Lucilla la miraba, Sirafa pasó las palmas de sus manos por su frente y mejillas, alisándolas hacia atrás. Las arrugas de la edad fueron difuminándose, y un rostro mucho más joven se reveló.

*¿Un Danzarín Rostro?*

Lucilla miró duramente a la mujer. No había ninguno de los otros estigmas de un Danzarín Rostro. Sin embargo...

—¡Quítate tu ropa! —ordenó Sirafa. Ahora su voz era más joven y mucho más autoritaria.

—Debéis hacerlo —suplicó Burzmali—. Sirafa ocupará vuestro lugar como otro señuelo. Es la única forma de conseguir salir de aquí.

—¿Salir de aquí a dónde? —preguntó Duncan.

—A una no-nave —dijo Burzmali.

—¿Y a dónde nos llevará? —quiso saber Lucilla.

—A la seguridad —dijo Burzmali—. Seremos cargados con shere pero no puedo decir más. Incluso el shere pierde sus efectos con el tiempo.

—¿Cómo voy a ser disfrazado yo como un tleilaxu? —preguntó Duncan.

—No me dais ninguna elección —dijo Lucilla. Saltó los cierres y dejó caer su túnica. Se quitó la pequeña pistola de su corpiño y la arrojó sobre el sofá. Su malla era de un color gris claro, y vio a Sirafa tomar nota de aquello y de los cuchillos en las fundas de sus pantorrillas.

—A veces llevamos ropa interior negra —dijo Lucilla mientras se ponía la túnica con los dragones. La tela parecía pesada, pero una vez puesta daba una sensación de ligereza. Se giró varias veces, comprobando la forma en que se ajustaba a su cuerpo casi como si hubiera sido hecha para ella. Había un punto áspero en el cuello. Alzó una mano y pasó un dedo por él.

—Ahí es donde golpeó el dardo —dijo Sirafa—. Actuamos rápido, pero el ácido quemó ligeramente la tela. No es visible a ojo desnudo.

—¿Es correcta la apariencia? preguntó Burzmali a Sirafa.

—Muy buena. Pero tendré que instruirla. No debe cometer errores o de otro modo os cogerán a los dos, ¡así! —Sirafa dio una palmada para dar énfasis a sus palabras.

*¿Dónde he visto yo ese gesto?*, se preguntó Lucilla.

Duncan tocó la parte de atrás del brazo de Lucilla, y sus dedos hablaron secretamente:

—*¡Esa palmada! Una peculiaridad de Giedi Prime.*

Las Otras Memorias le confirmaron aquello a Lucilla. ¿Pertenece aquella mujer a alguna comunidad aislada conservando antiguas costumbres?

—El muchacho debe irse ahora —dijo Sirafa. Hizo un gesto hacia los dos miembros de la escolta que quedaban allí— Llévalo al lugar.

—No me gusta esto —dijo Lucilla.

—¡No tenemos elección! —ladró Burzmali.

Lucilla no podía hacer más que admitir aquello. Estaba confiando en el juramento de lealtad de Burzmali a la Hermandad, lo sabía. Y Duncan no era un niño, se recordó. Sus reacciones prana-bindu habían sido condicionadas por el viejo Bashar y por ella misma. Había posibilidades en el gholá que muy poca gente fuera de la Bene Gesserit podía igualar. Observó en silencio mientras Duncan y los dos hombres se marchaban cruzando la brillante cortina.

Cuando hubieron desaparecido, Sirafa rodeó el sofá y se detuvo de pie frente a Lucilla, las manos en sus caderas. Sus miradas se cruzaron a un mismo nivel.

Burzmali carraspeó y señaló el montón de ropas en la mesa que había a su lado.

El rostro de Sirafa, especialmente sus ojos, poseía una cualidad notablemente apremiante. Sus ojos eran color verde claro, con un límpido blanco. No estaban enmascarados por lentillas ni ningún otro artificio.

—Tienes el aspecto correcto —dijo Sirafa—. Recuerda que eres un tipo especial de playfem y Burzmali es tu cliente. Ninguna persona normal interferirá con eso.

Lucilla captó una velada insinuación en aquello.

—¿Pero hay quienes pueden interferir?

—Hay embajadas de las grandes religiones en Gammu ahora —dijo Sirafa—. Algunas que nunca has conocido. Proceden de lo que vosotras llamáis la Dispersión.

—¿Y cómo lo llamáis vosotras?

—La Búsqueda. —Sirafa alzó una mano tranquilizadora—. ¡No temas! Tenemos un enemigo común.

—¿Las Honoradas Matres?

Sirafa volvió su cabeza hacia la izquierda y escupió al suelo.

—¡Mírame, Bene Gesserit! ¡Fui adiestrada únicamente para matarlas! ¡Esa es mi única función y finalidad!

Lucilla habló cuidadosamente:

—Por lo que sabemos, debes ser muy buena.



—En algunas cosas, quizá sea mejor que tú. ¡Ahora escucha! Eres una adepta sexual. ¿Comprendes?

—¿Por qué deberían interferir los sacerdotes?

—¿Les llamas sacerdotes? Bien... sí. No interferirán por ninguna razón que tú puedas imaginar. El sexo para el placer, el enemigo de la religión, ¿eh?

—No aceptar sustitutos al sagrado goce —dijo Lucilla.

—¡Tantrus te protege, mujer! Hay diferentes sacerdotes de La Búsqueda, a algunos de los cuales no les importa ofrecer un éxtasis inmediato en vez de una promesa futura.

Lucilla casi sonrió. ¿Pensaba aquella supuesta asesina de Honoradas Matres que podía dar consejos sobre religión a una Reverenda Madre?

—Hay gente aquí que va disfrazada como *sacerdotes* —dijo Sirafa—. Es muy peligrosa. Los más peligrosos de todos son aquellos que siguen a Tantrus y proclaman que el sexo es la exclusiva adoración de su dios.

—¿Cómo los reconoceré? —Lucilla había captado sinceridad en la voz de Sirafa, y una especie de presentimiento.

—Eso no debe preocuparte. Nunca debes actuar como si reconocieras tales distinciones. Tu primera preocupación es asegurarte tu paga. Tú creo que deberías pedir cincuenta Solari.

—No me has dicho por qué deberían interferir. —Lucilla miró a Burzmali. El hombre había recogido las ropas de sobre la mesa y estaba quitándose su atuendo de batalla. Volvió su atención a Sirafa.

—Algunos siguen una antigua convención que les garantiza el derecho de romper tu acuerdo con Burzmali. En realidad, algunos te estarán probando.

—Escuchad atentamente —dijo Burzmali—. Esto es importante.

—Burzmali irá vestido como un trabajador del campo —dijo Sirafa—. Ningún otro disfraz puede ocultar los bultos de sus armas. Tú te dirigirás a él como Skar, un nombre muy común aquí.

—¿Pero cómo debo enfrentarme a una interrupción de los sacerdotes?

Sirafa extrajo una pequeña bolsa de su corpiño y se la pasó a Lucilla, que la sopesó con una mano.

—Eso contiene doscientos ochenta y tres Solari. Si alguien identificándose a sí mismo como divino... ¿Recuerdas eso? ¿Divino?

—¿Cómo podría olvidarlo? —La voz de Lucilla era casi burlona, pero Sirafa no prestó atención.

—Si uno de ellos interfiere, tú devolverás cincuenta Solari a Burzmali con tus excusas. En esa bolsa está también tu identificación como playfem con el nombre de Pira. Déjame oírte pronunciar tu nombre.

—Pira.

—¡No! ¡El acento mucho más duro en la «a»!

—¡Pira!

—Eso es más pasable. Ahora escúchame con extrema atención. Tú y Burzmali estaréis en la calle a última hora. Es de esperar que hayas tenido antes otros clientes. Debe haber evidencias de ello. Por lo tanto, deberás... ahhh, entretener a Burzmali antes de que os marchéis de aquí. ¿Comprendes?

—¡Qué delicadeza! —dijo Lucilla.

Sirafa tomó aquello como un cumplido y sonrió, pero fue una expresión tensamente controlada. ¡Sus reacciones eran tan extrañas!

—Una cosa —dijo Lucilla—. Si debo *entretener* a un divino ¿cómo encontraré después a Burzmali?

—¡Skar!

—Sí. ¿Cómo encontraré a Skar?

—El aguardará cerca, vayas donde vayas. Skar te encontrará cuando vuelvas a salir.

—Muy bien. Si un *divino* interrumpe, le devolveré cien Solari a Skar y...

—¡Cincuenta!

—Creo que no, Sirafa. —Lucilla agitó lentamente su cabeza de uno a otro lado—. Después de ser *entretenido* por mí, el divino sabrá que cincuenta Solari es una suma demasiado pequeña.

Sirafa frunció los labios y miró a Burzmali, más allá de Lucilla.

—Me advertiste acerca de las de su clase, pero no supuse que...

Usando tan sólo un toque de la Voz, Lucilla dijo:

—¡No supongas *nada* a menos que proceda de mí!

Sirafa frunció el ceño. Obviamente estaba sorprendida por la Voz, pero su tono siguió siendo arrogante cuando prosiguió:

—¿Presumo que no necesitas ninguna explicación acerca de variantes sexuales?

—Una correcta suposición —dijo Lucilla.

—¿Y que no necesito decirte que tu atuendo te identifica como una adepta de quinto grado en la Orden de Hormu?

Ahora fue el turno de Lucilla de fruncir el ceño.

—¿Y qué ocurrirá si muestro habilidades más allá de ese quinto grado?

—Ahhh —dijo Sirafa—. ¿Seguirás atendiendo a mis palabras, entonces?

Lucilla asintió secamente.

—Muy bien —dijo Sirafa—. ¿Se me permite suponer que puedes administrar pulsión vaginal?

—Puedo.

—¿En cualquier posición?

—¡Puedo controlar cualquier músculo de mi cuerpo! Sirafa miró a Burzmali.

—¿Cierto?

Burzmali habló desde detrás de Lucilla, muy cerca de ella.

—O de otro modo no lo afirmaría.

Sirafa pareció pensativa, su atención centrada en el mentón de Lucilla.

—Esto es una complicación, creo.

—Para que no te hagas una idea equivocada —dijo Lucilla—, las habilidades que me fueron enseñadas no son puestas a la venta. Su finalidad es otra.

—Oh, estoy segura de ello —dijo Sirafa—. Pero la agilidad sexual es...

—¡Agilidad! —Lucilla permitió que su tono arrastrara consigo todo el peso del ultraje a una Reverenda Madre. ¡No importaba lo que esa Sirafa esperara conseguir, tenía que ponerla en su lugar!— ¿Agilidad, dices? Puedo controlar la temperatura genital. Conozco y puedo despertar los cincuenta y un puntos de excitación. Yo...

—¿Cincuenta y uno? Pero si solamente hay...

—¡Cincuenta y uno! —restalló Lucilla—. Y el secuenciado más las combinaciones suman en total dos mil ocho. Además, combinándolos con las doscientas cinco posiciones sexuales...

—¿Doscientas cinco? —Sirafa estaba claramente sorprendida—. Seguro que no pretendes decir...

—En realidad más, si contamos las variaciones menores. ¡Soy una Imprimadora, lo cual significa que he dominado los trescientos pasos de la amplificación orgásmica!

Sirafa carraspeó y se humedeció los labios con la lengua.

—Debo advertirte que te domines. Mantén todas tus habilidades inexpresadas, o... Miró una vez más a Burzmali.

—¿Por qué no me advertiste?

—Lo hice.

Lucilla oyó un claro regocijo en su voz, pero no volvió la vista para confirmarlo.

Sirafa inhaló y expelió dos secas bocanadas de aire.

—Si se te formula alguna pregunta, dirás que estás a punto de pasar las pruebas para una promoción. Eso apaciguará las sospechas.

—¿Y si me preguntan acerca de las pruebas?

—Oh, eso es fácil. Sonríes misteriosamente y permaneces callada.

—¿Y si me preguntan acerca de esa Orden de Hormu?

—Amenaza con informar del que te pregunte a tus superiores. Las preguntas cesarán inmediatamente.

—¿Y si no cesan?

Sirafa se alzó de hombros.

—Inventa cualquier historia que te plazca. Incluso una Decidora de Verdad se sentiría divertida con tus evasivas.

Lucilla se mantuvo inexpresiva mientras pensaba acerca de su situación. Oyó a Burzmali —¡Skar! agitarse directamente a sus espaldas. No vio dificultades serias en llevar adelante aquel engaño. Incluso podía proporcionar un divertido interludio que más tarde podría contar en la Casa Capitular. Sirafa, observó, le estaba sonriendo a Burz... ¡Skar! Lucilla se volvió y miró a su *cliente*.

Burzmali permanecía allí de pie, desnudo, su atuendo de batalla y su casco cuidadosamente colocados al lado del pequeño montón de burdas ropas.

—Puedo ver que Skar no tiene ninguna objeción que hacer a tus preparativos para esta aventura —dijo Sirafa. Agitó una mano hacia su rígido pene—. Así pues, os dejo.

Lucilla oyó a Sirafa marcharse cruzando la brillante cortina. Llenando sus pensamientos, había una furiosa realización:

—¡Tendría que ser el ghola, y no él!

## Capítulo XXXIV

*Este es vuestro destino, el olvido. Todas las viejas lecciones de la vida las perdéis y las ganáis y las perdéis y las ganáis de nuevo.*

***Leto II, la Voz de Dar-es-Balat***

«En el nombre de nuestra Orden y su vigente Hermandad, este informe ha sido considerado veraz y valioso de entrar en las Crónicas de la Casa Capitular.»

Taraza contempló las palabras en la pantalla proyectora con una expresión de repugnancia. La luz de la mañana ponía como un halo de reflejos amarillos en la proyección, haciendo que las palabras aparecieran confusamente misteriosas.

Con un irritado movimiento, se apartó de la mesa de proyección, se puso en pie y se dirigió a la ventana sur. El día era joven todavía, y las sombras largas en el patio.

*¿Debo ir yo en persona?*

La invadió la reluctancia ante aquel pensamiento. Aquellos aposentos parecían tan... tan seguros. Pero era una estupidez, y ella lo sabía con cada fibra de su cuerpo. La Bene Gesserit llevaba mil cuatrocientos años allí, y el Planeta de la Casa Capitular seguía siendo considerado tan sólo temporal.

Apoyó su mano izquierda en el liso marco de la ventana. Cada una de sus ventanas habían sido situadas de modo que centraran su atención en una espléndida vista. La habitación —sus proporciones, sus muebles, sus colores—, todo reflejaba la labor de unos arquitectos y constructores que habían trabajado con la sola meta de crear una sensación de apoyo a sus ocupantes.

Taraza intentó sumergirse en aquella sensación de apoyo, y fracasó.

Las discusiones que acababa de tener habían dejado un aura de amargura en aquella habitación, pese a que todas las palabras habían sido pronunciadas en el más suave de los tonos. Sus consejeras se habían mostrado testarudas y (lo admitía sin ninguna reserva) por razones comprensibles.

*¿Convertirnos en misioneras? ¿Y para los tleilaxu?*

Tocó una placa de control al lado de la ventana y la abrió. Una cálida brisa perfumada por las flores primaverales del huerto de manzanos penetró en la habitación. La Hermandad estaba orgullosa de los frutos que cultivaban allí en el centro de poder de todas sus fortalezas. No existían huertos frutales más exquisitos en ninguna de las Ciudades y Capítulos Dependientes que tejían la tela de la Bene Gesserit a través de la mayor parte de los planetas ocupados por los humanos bajo el Viejo Imperio.

*«Por sus frutos los conoceréis», pensó. Algunas de las viejas religiones aún pueden producir sabiduría.*

Desde su ventajosa posición, Taraza podía ver toda la parte sur de los diseminados edificios de la Casa Capitular. La sombra de una cercana torre de guardia trazaba una larga e irregular línea por encima de patios y tejados.

Cuando pensó en aquello, se dio cuenta de que eran unas instalaciones sorprendentemente pequeñas para contener tanto poder. Más allá del anillo de huertos y jardines había un cuidadoso cuadrículado de residencias privadas, cada una de ellas rodeada con sus plantaciones. Hermanas retiradas y seleccionadas familias leales ocupaban aquellas privilegiadas propiedades. Unas aserradas montañas, con sus cimas a menudo brillantes de nieve, delimitaban la parte occidental. El espaciopuerto estaba a veinte kilómetros hacia el este. A todo alrededor de aquel núcleo de la Casa Capitular había llanuras abiertas donde pastaba una peculiar raza de ganado, un ganado tan susceptible a los olores extraños que entrarían en furiosa estampida ante la más ligera intrusión de gente no marcada por el olor local. Las casas más interiores, con sus cercadas plantaciones, habían sido instaladas de tal modo por un anterior Bashar que nadie podía moverse a través de los serpenteantes canales al nivel del suelo ni de día ni de noche sin ser observado.

Todo aquello parecía tan casual y dispuesto al azar, pese al rígido orden que había detrás. Y aquello, sabía Taraza, personificaba a la Hermandad.

Un carraspeo detrás suyo le recordó a Taraza que una de aquellas que con más vehemencia habían discutido en el Consejo permanecía aguardando pacientemente en la puerta abierta.

*Aguardando mi decisión.*

La Reverenda Madre Bellonda deseaba que Odrade fuera «asesinada inmediatamente». No se había alcanzado ninguna decisión.

*Esta vez sí la has hecho buena, Dar. Esperaba tu salvaje independencia. Incluso la deseaba. ¡Pero esto!*

Bellonda, vieja, gorda y enrojecida, de ojos fríos y bien considerada por su perversidad natural, deseaba que Odrade fuera condenada como traidora.

—¡El Tirano la hubiera aplastado inmediatamente! —había argumentado Bellonda.

*¿Eso es todo lo que hemos aprendido de él?*, se preguntó Taraza.

Bellonda había argumentado que Odrade no sólo era una Atreides, sino también una Corrino. Había un gran número de emperadores y vicerregentes y administradores poderosos entre sus antepasados.

*Con toda el hambre de poder que esto implica.*

—¡Sus antepasados sobrevivieron a Salusa Secundus! —no dejaba de repetir Bellonda—. ¿No hemos aprendido nada de nuestras experiencias en procreación?

*Hemos aprendido cómo crear Odrades*, pensó Taraza.

Tras sobrevivir a la agonía de la especie, Odrade había sido enviada a Al Dhanab,

un equivalente de Salusa Secundus, para ser condicionada deliberadamente en un planeta de constante prueba: altos farallones y resacas gargantas, vientos ardientes y vientos helados, poca humedad y demasiada. Era juzgado como un terreno de pruebas adecuado para alguien cuyo destino podía ser Rakis. Como resultado de tal condicionamiento surgían los más duros supervivientes. La alta, ágil y musculosa Odrade era uno de los más duros.

*¿Cómo puedo salvar esta situación?*

El más reciente mensaje de Odrade decía que cualquier paz, incluso la de los milenios de opresión del Tirano, irradiaba una falsa aura que podía ser fatal para aquellos que confiaban demasiado en ella. Esta era a la vez la fuerza y la debilidad de la argumentación de Bellonda.

Taraza alzó la vista a Bellonda aguardando en el umbral. *¡Está demasiado gorda! ¡Y alardea de ello delante de nosotras!*

—No podemos eliminar a Odrade, del mismo modo que no podemos eliminar al ghola —dijo Taraza.

La voz de Bellonda surgió baja y átona:

—Ambos son ahora demasiado peligrosos para nosotras. ¡Mirad como Odrade os debilita con su relato de esas palabras en el Sietch Tabr!

—¿Acaso me ha debilitado el mensaje del Tirano, Bell?

—Sabéis lo que quiero decir. La Bene Tleilax no tiene moral.

—Deja de cambiar de tema, Bell. Tus pensamientos están aguijoneándome como un insecto entre flores. ¿Qué es lo que realmente hueles aquí?

—¡Los tleilaxu! Ellos hicieron ese ghola para sus propios designios. Y ahora Odrade desea que nosotras...

—Te estás repitiendo, Bell.

—Los tleilaxu toman atajos. Su visión de la genética no es nuestra visión. No es una visión *humana*. Ellos hacen monstruos.

—¿Eso es lo que hacen?

Bellonda entró en la habitación, rodeó la mesa, y se detuvo cerca de Taraza, bloqueando la visión de la Madre Superiora del nicho y su estatuilla de Chenoeh.

—Una alianza con los sacerdotes de Rakis, sí, pero no con los tleilaxu. —Las ropas de Bellonda susurraron cuando hizo un gesto con un puño cerrado.

—¡Bell! El sumo sacerdote es ahora un Danzarín Rostro que lo imita. ¿Aliarnos con él, dices?

Bellonda agitó furiosa la cabeza.

—¡Los creyentes en Shai-Hulud son legión! Pueden encontrarse por todas partes. ¿Cuál será su reacción hacia *nosotras* si nuestra parte en el engaño es dada alguna vez a la luz pública?

—¡No sigas con esto, Bell! Hemos comprobado que tan sólo los tleilaxu son

vulnerables aquí. En eso, Odrade tiene razón.

—¡Falso! Si nos aliamos con ellos, ambos seremos vulnerables. Nos veremos obligadas a servir a los designios tleilaxu. Puede que sea peor que nuestro largo servilismo al Tirano.

Taraza observó el maligno brillo en los ojos de Bellonda.

Su reacción era comprensible. Ninguna Reverenda Madre podía contemplar el servilismo especial que habían tenido que soportar bajo el Dios Emperador sin algunos recuerdos estremecedores. Agitándose a los caprichos de su voluntad, nunca seguras de la supervivencia de la Bene Gesserit de un día para otro.

—¿Pensáis que vamos a asegurarnos nuestra cuota de especia con una alianza estúpida como esa? —preguntó Bellonda.

Era el mismo viejo argumento, comprendió Taraza. Sin melange y la agonía de su transformación, no podía haber Reverendas Madres. Las rameras de la Dispersión seguramente tenían a la melange como uno de sus objetivos.... la especia, y el dominio de la Bene Gesserit sobre ella.

Taraza volvió a su mesa y se dejó caer en su silla-perro, inclinándose hacia atrás mientras el mueble se amoldaba a sus contornos. Era un problema. Un peculiar problema Bene Gesserit. Aunque habían investigado y experimentado constantemente; la Hermandad nunca había encontrado un sustituto para la especia. La Cofradía Espacial podía seguir deseando la melange para inducir al trance a sus navegantes, pero *podían* sustituirla por la maquinaria de Ix. Ix y sus subsidiarias competían en los mercados de la Cofradía.

*Ellos tenían alternativas. Nosotras no tenemos ninguna.*

Bellonda cruzó hasta el otro lado de la mesa de Taraza, puso ambos puños sobre la lisa superficie, y se inclinó hacia adelante para mirar a la Madre Superiora.

—Y seguimos sin saber lo que los tleilaxu le hicieron a nuestro ghola.

—Odrade lo averiguará.

—¡Esa no es razón suficiente para olvidar su traición!

Taraza habló con voz muy baja:

—Hemos aguardado este momento generación tras generación, y tú pretendes abortar todo el proyecto simplemente así —golpeó ligeramente la palma de su mano contra el sobre de la mesa.

—El precioso proyecto rakiano ya no es nuestro proyecto —dijo Bellonda—. Puede que nunca lo haya sido.

Con todos sus considerables poderes mentales severamente enfocados, Taraza examinó de nuevo las implicaciones de aquella familiar argumentación. Era algo de lo que se hablaba frecuentemente en las tumultuosas sesiones como la que había concluido hacía poco.

¿Era todo el esquema del ghola algo puesto en movimiento por el Tirano? Si era



así ¿qué podían hacer ellas ahora al respecto? ¿Qué *deberían* hacer?

Durante la larga disputa, el Informe de la Minoría había estado en la mente de todas. Schwangyu podía estar muerta, pero su facción sobrevivía, y ahora parecía como si Bellonda se hubiera unido a ella. ¿Estaba la Hermandad cegándose a una fatal posibilidad? El informe de Odrade de aquel mensaje oculto en Rakis podía ser interpretado como una ominosa advertencia. Odrade enfatizaba aquel aspecto informando de cómo había sido alertada por su sistema de alarma interior. Ninguna Reverenda Madre se tomaría algo así a la ligera.

Bellonda se enderezó y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Nunca escaparemos completamente de los maestros de nuestra infancia o de ninguno de los esquemas que nos formaron?

Aquél era un argumento común en las disputas de la Bene Gesserit. Les recordaba su propia susceptibilidad particular.

*Somos la aristocracia secreta, y será nuestra descendencia quien herede el poder. Sí, somos susceptibles a eso, y Miles Teg es un soberbio ejemplo.*

Bellonda encontró una silla de respaldo recto y se sentó en ella, manteniendo así sus ojos al nivel de los de Taraza.

—Con la Dispersión —dijo—, perdimos algo así como un veinte por ciento de nuestros fracasos.

—No son fracasos lo que está regresando a nosotras.

—¡Pero seguro que el Tirano debía saber que eso iba a ocurrir!

—Su meta era la Dispersión, Bell... Esa era su Senda de Oro, ¡la supervivencia de la humanidad!

—Pero nosotras sabemos lo que sentía por los tleilaxu, y sin embargo no los exterminó. ¡Hubiera podido, y no lo hizo!

—Deseaba la diversidad.

Bellonda golpeó con un puño el sobre de la mesa.

—¡Y evidentemente lo consiguió!

—Hemos discutido todo esto una y otra vez, Bell, y sigo sin ver una vía de escape a lo que ha hecho Odrade.

—¡Sometimiento!

—En absoluto. Nunca nos sometimos totalmente a ninguno de los emperadores anteriores al Tirano. ¡Ni siquiera a Muad'dib!

—Seguimos estando encerradas en la trampa del Tirano —acusó Bellonda—. Decidme, ¿por qué los tleilaxu han seguido produciendo su ghola favorito? Han pasado milenios, y ese ghola sigue saliendo de sus tanques como una muñeca bailarina.

—¿Crees que los tleilaxu siguen obedeciendo a una orden secreta del Tirano? Sí es así, entonces estás argumentando a favor de Odrade. Ella ha creado unas

condiciones admirables para que nosotras podamos examinar esto.

—¡El no ordenó nada así! Simplemente hizo a ese gholá en particular deliciosamente atractivo para la Bene Tleilax.

—¿Y no para nosotras?

—¡Madre Superiora, debemos librarnos de una vez de la trampa del Tirano! Y por el método más directo.

—La decisión es mía, Bell. Sigo inclinándome todavía hacia una cautelosa alianza.

—Entonces, como último recurso, dejadnos matar al gholá. Sheeana puede tener hijos. Nosotras podemos...

—¡Este no es ni ha sido nunca un proyecto exclusivo de procreación!

—Pero podría serlo. ¿Y si estuviérais equivocada acerca del poder que se esconde detrás de la presciencia de los Atreides?

—Todas tus proposiciones conducen a separarnos definitivamente de Rakis y de los tleilaxu, Bell.

—La Hermandad puede proseguir durante cincuenta generaciones con nuestras actuales reservas de melange. Más, con un poco de racionamiento.

—¿Crees que cincuenta generaciones es mucho tiempo, Bell? ¿No te das cuenta de que esta actitud es precisamente la que hace que no estés sentada en mi silla?

Bellonda se apartó de la mesa, su silla chirriando fuertemente contra el suelo. Taraza podía ver que no estaba convencida. Ya no podía confiarse en Bellonda. Era probable que fuera una de las que tuvieran que morir. ¿Y no había una noble finalidad en todo ello?

—Esto no nos conduce a ninguna parte —dijo Taraza—. Déjame sola.

Cuando estuvo sola, Taraza consideró una vez más el mensaje de Odrade. Ominoso. Era fácil ver por qué Bellonda y otras reaccionaban violentamente. Pero aquello evidenciaba una peligrosa falta de control.

*Todavía no es tiempo de escribir las últimas voluntades y el testamento de la Hermandad.*

En una forma extraña, Odrade y Bellonda compartían el mismo temor, pero llegaban a diferentes decisiones a causa de ese temor. La interpretación de Odrade de aquel mensaje en las piedras de Rakis llevaba implícita una antigua advertencia.

*Todo esto pasará también.*

*¿Estamos llegando al final, aplastadas por las hambrientas hordas de la Dispersión?*

Pero el secreto de los tanques axlotl estaba casi al alcance de la Hermandad.

*¡Si conseguimos eso, nada podrá detenernos!*

Taraza paseó su mirada por los detalles de su habitación. El poder de la Bene Gesserit continuaba estando ahí. La Casa Capitular seguía oculta tras un foso de no—

naves, su localización no registrada en ningún sitio excepto en las mentes de su propia gente. Invisibilidad.

¡Invisibilidad temporal! A veces se producían accidentes. Taraza envaró los hombros. *Toma precauciones, pero no huyas a su sombra, constantemente furtiva.* La Letanía Contra el Miedo servía para algo útil cuando se querían evitar las sombras.

De no haber procedido de Odrade, el ominoso mensaje, con sus inquietantes implicaciones de que el Tirano seguía conduciendo todavía su Senda de Oro, hubiera sido mucho menos terrible.

¡Aquel maldito talento Atreides!

«¿No más que una sociedad secreta?»

Taraza rechinó los dientes, frustrada.

«¡Las memorias no son suficientes a menos que te conduzcan a una noble finalidad!»

¿Y si era cierto que la Hermandad ya no iba a seguir dirigiendo la música de la vida?

¡Maldito fuera! El Tirano podía seguir alcanzándolas.

¿Qué es lo que está intentando decirnos? Su Senda de Oro no podía estar en peligro. La Dispersión se había cuidado de ello. Los seres humanos habían esparcido su raza en todas direcciones como las púas de un puercoespín.

¿Habría tenido el Tirano una visión del regreso de los Dispersos? ¿Acaso había anticipado aquel sendero de zarzas a los pies de su Senda de Oro?

*Sabía que sospecharíamos de sus poderes. ¡Lo sabía!*

Taraza pensó en la acumulación de informes de los Perdidos que estaban regresando a sus raíces. Una notable diversidad de gente y de artefactos, acompañada por un notable grado de reserva y una amplia evidencia de conspiración. No—naves de un diseño peculiar, armas y artefactos de asombrosa sofisticación. Gente muy diversa, y costumbres muy diversas. *Algunas, sorprendentemente primitivas. Al menos superficialmente.*

Y deseaban mucho más que melange. Taraza reconocía la peculiar forma de misticismo que conducía de vuelta a los Dispersos: «¡Desean nuestros más antiguos secretos!»

El mensaje de las Honoradas Matres era también bastante claro: «Tomaremos lo que queramos».

*Odrade lo tiene todo en sus manos,* pensó Taraza. Tenía a Sheeana. Pronto, si Burzmali tenía éxito, tendría al gholá. Tenía al Maestro de Maestros tleilaxu. ¡Podía tener al propio Rakis!

*Si tan sólo no fuera una Atreides.*

Taraza contempló las proyectadas palabras agitándose aún en el sobre de su mesa: una comparación de aquel más reciente Duncan Idaho con todos los asesinados antes.

Cada nuevo ghola había sido ligeramente distinto a sus predecesores. Aquello quedaba bastante claro. Los tleilaxu estaban perfeccionando algo. ¿Pero qué? ¿Estaba la clave oculta en aquellos nuevos Danzarines Rostro? Obviamente los tleilaxu estaban buscando un Danzarín Rostro indetectable, imitadores cuyas imitaciones alcanzaran la perfección, copiadore de formas que no solamente copiaran las memorias superficiales de sus víctimas sino también los más profundos pensamientos e incluso sus identidades. Era una forma de identidad incluso más tentadora que la que los Maestros tleilaxu utilizaban actualmente. Obviamente era por eso por lo que seguían aquel camino.

Su propio análisis concordaba con el de la mayoría de sus consejeras: un imitador así se *convertiría* en la persona copiada. Los informes de Odrade acerca del Danzarín Rostro–Tuek eran altamente sugerentes. Era probable que ni siquiera los Maestros tleilaxu pudieran arrancar a un tal Danzarín Rostro de su forma y comportamiento imitados.

Y sus creencias.

*¡Maldita Odrade!* Había acorralado a sus Hermanas contra una esquina. No tenían más elección que seguir el camino marcado por Odrade, ¡y Odrade lo sabía!

¿Cómo lo sabía? ¿Se trataba de nuevo de ese talento salvaje?

*No puedo actuar a ciegas. Necesito saber.*

Taraza se sumergió en el bien recordado proceso para recuperar su calma. No se atrevía a tomar decisiones momentáneas bajo un estado de frustración. Una prolongada contemplación de la estatuilla de Chenoe h ayudó. Levantándose de la silla–perro, Taraza regresó a su ventana preferida.

A menudo la tranquilizaba el mirar aquel paisaje, observando cómo cambiaban las distancias con el movimiento diario de la luz del sol y los cambios en el bien planificado clima planetario.

El hambre la aguijoneó.

*Comeré con las acólitas y dejaré hoy a las Hermanas.*

A veces ayudaba el reunir a las más jóvenes a su alrededor y recordar la persistencia de los rituales de la comida, la reglamentación diaria... mañana, mediodía, tarde. Aquello formaba una base firme sobre la que asentarse. Gozaba observando a su gente. Eran como una marea hablando de cosas profundas, las fuerzas invisibles y los grandes poderes que persistían porque la Bene Gesserit había encontrado los caminos para fluir junto con tales persistencias.

Esos pensamientos renovaban el equilibrio de Taraza. Las cuestiones difíciles podían ser situadas temporalmente a una cierta distancia. Podía contemplarlas sin pasión.

Odrade y el Tirano tenían razón: *Sin una noble finalidad, no somos nada.*

Una no podía escapar, sin embargo, al hecho de que se estaban tomando

decisiones críticas en Rakis por parte de una persona que sufría de esas recurrentes imperfecciones Atreides. Odrade siempre había mostrado aquellas típicas debilidades Atreides. Ella se había mostrado positivamente benévola con las acólitas descarriadas. ¡Los afectos desarrollaban ese tipo de comportamientos!

Peligrosos y obnubilantes afectos.

Aquello debilitaba a las demás, a las que se les exigía que compensaran una tal laxitud. Había que recurrir a Hermanas más competentes para que tomaran de la mano a las acólitas descarriadas y corrigieran sus debilidades. Por supuesto, el comportamiento de Odrade había puesto al descubierto esas imperfecciones en acólitas. Una tenía que admitirlo. Quizá Odrade razonara de esta manera.

Cuando pensaba así, algo sutil y poderoso se agitaba en las percepciones de Taraza. Se veía obligada a rechazar una profunda sensación de soledad. Aquello supuraba. La melancolía no era algo tan completamente obnubilante como el afecto... ni siquiera como el amor. Taraza y sus atentas Memorias Hermanas atribuían tales respuestas emocionales a la consciencia de la mortalidad. Se veía obligada a enfrentarse al hecho de que un día no sería más que un conjunto de memorias en la carne viva de otra persona.

Comprendía que memorias y descubrimientos accidentales la habían hecho vulnerable. ¡Y precisamente cuando necesitaba todas sus facultades disponibles!

*Pero aún no estoy muerta.*

Taraza sabía cómo recuperarse. Y sabía las consecuencias. Siempre, después de esos accesos de melancolía, recuperaba un control aún más firme de su vida y finalidades. El descarriado comportamiento de Odrade era una fuente para su fortaleza de Madre Superiora.

Odrade lo sabía. Taraza sonrió melancólicamente ante aquella realización. La autoridad de la Madre Superiora sobre sus Hermanas siempre se hacía más fuerte cuando volvía de la melancolía. Otras lo habían observado, pero solamente Odrade conocía su extensión.

*¡Ya!*

Taraza se dio cuenta de que se había enfrentado a las angustiosas semillas de su frustración.

Odrade había reconocido en varias ocasiones que se hallaba asentada en el núcleo del comportamiento de la Madre Superiora. Un gigantesco aullido de rabia contra los usos que otros habían hecho de su vida. El poder de una tal rabia contenida era intimidante pese a que nunca podía ser expresado en una forma que lo liberara. Esa rabia nunca podía permitirse que sanara. ¡Cómo dolía! La consciencia de Odrade hacía el dolor más intenso aún.

Tales cosas producían lo que se suponía que debían producir, por supuesto. Las imposiciones Bene Gesserit desarrollaban algunos músculos mentales. Creaban capas

callosas que nunca eran reveladas a los extraños. El amor era una de las fuerzas más peligrosas en el universo. Tenían que protegerse contra él. Una Reverenda Madre jamás podía implicarse en algo íntimamente personal, ni siquiera en su servicio a la Bene Gesserit.

*Simulación: representamos el papel necesario que nos salva. ¡La Bene Gesserit persistirá!*

¿Durante cuánto tiempo serían subordinadas esta vez? ¿Otros tres mil quinientos años? ¡Bien, malditos fueran todos ellos! Seguiría siendo únicamente algo temporal.

Taraza se volvió de espaldas a la ventana y a su restauradora vista. Se *sentía* restaurada. Una nueva fuerza fluía dentro de ella. La fuerza suficiente como para superar aquella remordiente reluctancia que le había impedido tomar la decisión esencial.

*Iré a Rakis.*

Ya no podía seguir eludiendo la fuente de su reluctancia.

*Puede que tenga que hacer lo que quiere Bellonda.*

## Capítulo XXXV

*La supervivencia del yo, de las especies, y del entorno, eso es lo que guía a los seres humanos. Puedes observar cómo cambia el orden de importancias en el transcurso de una vida. ¿Cuáles son las cosas que preocupan más inmediatamente a una edad determinada? ¿El clima? ¿El estado de la digestión? ¿Qué es lo que le importa realmente a él o a ella? Todas esas variadas hambres que la carne puede sentir y espera satisfacer. ¿Qué otra cosa puede llegar a importar?*

***Leto II a Hwi Noree, Su Voz, Dar-es-Balat***

Miles Teg despertó en la oscuridad, para descubrirse siendo transportado en una oscilante camilla sostenida por sensores. A su débil resplandor energético, pudo ver los pequeños bulbos sensores alineados a todo su alrededor.

Tenía una mordaza en la boca. Sus manos estaban firmemente atadas a su espalda. Sus ojos permanecían descubiertos.

*Así que no les importa que pueda ver.*

Pero no podía decir dónde estaban. Los oscilantes movimientos de las formas a su alrededor sugerían que estaban descendiendo por un terreno irregular. ¿Un sendero? La camilla avanzaba suavemente sobre sus sensores. Pudo captar el débil zumbido de los sensores cuando el grupo se detuvo para discutir el cruce de un paso difícil.

De tanto en tanto, a través de alguna obstrucción interpuesta, vio el parpadeo de una luz al frente. Por fin entraron en el área iluminada y se detuvieron. Vio un único globo a unos tres metros del suelo, atado a un poste y agitándose suavemente en la fría brisa. A su amarillenta luz captó una cabaña en el centro de un lodoso claro, y muchas huellas en la pisoteada nieve. Vio algunos matorrales y unos cuantos árboles dispersos a su alrededor. Nadie dijo nada, pero Teg captó un gesto con una mano señalando hacia la cabaña. Raras veces había visto una estructura más ruinosa. Parecía a punto de derrumbarse al más ligero toque. Apostó a que el techo estaba lleno de grietas.

Una vez más, el grupo se puso en movimiento, conduciéndolo hacia la cabaña. Estudió a su escolta a la débil luz... rostros embozados hasta los ojos con telas que oscurecían bocas y barbillas. Capuchas sobre sus cabezas. Las ropas eran abultadas y ocultaban los detalles corporales excepto las articulaciones generales de brazos y piernas.

El globo sujeto al palo se oscureció.

Se abrió una puerta en la cabaña, arrojando un brillante resplandor a través del claro. Su escolta lo empujó dentro y lo depositó allí. Oyó la puerta cerrarse detrás de ellos.

La luz era casi cegadora después de la oscuridad exterior. Teg parpadeó hasta que sus ojos se adaptaron al cambio. Con una extraña sensación de desplazamiento, miró a su alrededor. Había esperado que el interior de la cabaña se correspondiera con el exterior, pero se trataba de una limpia estancia casi desprovista de muebles... solamente tres sillas, una pequeña mesa y... Inspiró profundamente. ¡Una Sonda Ixiana! ¿Acaso no podían oler el shere en su aliento?

Si eran tan inconscientes, que utilizaran la sonda. Sería una agonía para él, pero no iban a obtener nada de su mente.

Algo cliqueteó detrás de él, y oyó movimientos. Tres personas aparecieron en su campo de visión, alineándose junto a los pies de la camilla. Lo miraron en silencio. Teg centró su atención en los tres. El de la izquierda llevaba un traje oscuro de una sola pieza con solapas abiertas. Masculino. Poseía el rostro de un inquisidor, alguien que no se sentiría conmovido por su agonía. Los Harkonnen habían importado a un montón de aquella gente en sus días. Tipos obcecados que podían crear el más intenso dolor sin siquiera variar su expresión.

El que estaba directamente a los pies de Teg llevaba unas abultadas ropas negras y grises parecidas a las de su escolta, pero la capucha había sido echada hacia atrás para revelar un rostro blando bajo un pelo gris cortado muy corto. El rostro no dejaba traslucir nada y sus ropas revelaban muy poco. No había forma de decir si era masculino o femenino. Teg grabó su rostro: amplia frente, barbilla cuadrada, grandes ojos verdes sobre una afilada nariz; su pequeña boca estaba fruncida en una mueca de desagrado.

El tercer miembro de aquel grupo atrajo durante más tiempo la atención de Teg: alto, llevando un elegante traje negro de una sola pieza con una severa chaqueta negra encima. Perfectamente a la medida. Caro. Sin adornos ni insignias. Definitivamente masculino. El hombre mostraba una expresión aburrida, y aquello le dio a Teg una etiqueta para él. Un rostro estrecho y arrogante, ojos marrones, labios finos. ¡Aburrido, aburrido, aburrido! Todo aquello era una pérdida de su importante tiempo. Tenía asuntos vitales en otro lugar, de modo que aquellos otros dos, aquellos *inferiores*, tendrían que haberse ocupado de aquello.

*Este, pensó Teg, es el observador oficial.*

El aburrido había sido enviado por los dueños de aquel lugar para observar e informar de lo que viera. ¿Dónde estaba su maletín de registro de datos? Ahhh, sí, allí estaba, apoyado contra la pared, detrás de él. Esos maletines eran casi como un distintivo para este tipo de funcionarios. En su recorrido de inspección, Teg había visto a aquella gente caminando por las calles de Ysai y las demás ciudades de Gammu. Unos maletines pequeños y delgados. Cuanto más importante el funcionario, más pequeño el maletín. Este apenas contendría unas cuantas cintas de datos y un pequeño com-ojo. Nunca iría a ningún lado sin un ojo a través del cual comunicarse



con sus superiores. Un maletín delgado: aquel era un funcionario importante.

Teg se preguntó qué diría el observador si Teg preguntaba: ¿Qué vas a decirles acerca de mi serenidad?

La respuesta estaba ya allí, en aquel hastiado rostro. Ni siquiera iba a responder. No estaba allí para responder. Cuando se marche, pensó Teg, lo hará caminando a largas zancadas. Su atención estará centrada en la distancia, donde sólo él sabe que lo aguardan los poderes. Hará resonar su maletín contra su pierna, para recordarse a sí mismo su importancia y para llamar la atención de los otros sobre su autoridad.

La figura con las abultadas ropas a los pies de Teg habló, una voz apremiante y definitivamente femenina en sus vibrantes tonos.

—¿Ves como se contiene y nos observa? El silencio no le quebrará. Os lo dije antes de que entráramos. Estás haciéndonos perder nuestro tiempo, y no tenemos mucho para malgastarlo con tales tonterías.

Teg la miró. Había algo vagamente familiar en su voz. Había un atisbo de aquella apremiante cualidad que se descubría en una Reverenda Madre. ¿Era posible aquello?

El tipo de Gammu con el rostro cuadrado asintió.

—Tenéis razón, Materly. Pero no soy yo quien da las órdenes aquí.

¿Materly?, se preguntó Teg. ¿Nombre o título?

Los dos miraron al funcionario. Ese se volvió y se inclinó sobre su maletín de registro de datos. Extrajo de él un pequeño com-ojo, y se situó de modo que la pantalla quedara oculta a sus compañeros y a Teg. El ojo se iluminó con un resplandor verde, que arrojó una enfermiza luz sobre los rasgos del observador. Su sonrisa de suficiencia desapareció. Movi6 silenciosamente sus labios, formando las palabras solamente para quien estaba al otro lado del ojo.

Teg ocultó su habilidad de leer los labios. Cualquiera adiestrado por la Bene Gesserit podía leer los labios desde casi cualquier ángulo desde donde fueran visibles. Aquel hombre hablaba una versión del galach antiguo.

—Es el Bashar Teg, seguro —dijo—. He efectuado la identificación.

La luz verde danzó en el rostro del funcionario mientras éste miraba fijamente al ojo. Quienquiera que fuese que se comunicaba con él debía estar muy agitado, si aquella luz significaba algo.

De nuevo, los labios del funcionario se movieron silenciosamente:

—Ninguno de nosotros duda de que ha sido condicionado contra el dolor, y puedo oler el shere en él. Seguramente...

Guardó silencio mientras la luz verde danzaba de nuevo en su rostro.

—No presento ninguna excusa. —Sus labios modularon las palabras del galach antiguo con mucho cuidado—. Sabéis que haremos lo mejor que podamos, pero recomiendo que prosigamos con vigor todos los demás medios de interceptar al ghola.

La luz verde se apagó.

El funcionario sujetó el ojo a su cintura, se volvió hacia sus compañeros, y asintió una vez con la cabeza.

—La Sonda—T —dijo la mujer.

Suspendieron la sonda sobre la cabeza de Teg.

*La ha llamado una Sonda—T*, pensó Teg. Alzó la vista hacia la especie de capucha que colocaron sobre él. No había ningún sello ixiano en ella.

Teg experimentó una extraña sensación de déjà-vu. Tuvo la impresión de que su cautiverio en aquel lugar había ocurrido ya muchas veces antes. No sólo el recuerdo de un incidente, sino un reconocimiento mucho más profundamente familiar: el apresamiento y los interrogadores, aquellos tres... la sonda. Se sintió como vacío. ¿Cómo podía conocer aquel momento? Nunca había empleado personalmente una sonda, pero había estudiado a fondo su utilización. La Bene Gesserit utilizaba a menudo el dolor, pero confiaba más en las Decidoras de Verdad. Más que eso aún, la Hermandad creía que un equipo como aquel podía ponerlas demasiado bajo la influencia de Ix. Era una admisión de debilidad, un signo de que no podían seguir adelante sin tales despreciados instrumentos. Teg había llegado a sospechar incluso que había algo en aquella actitud que se remontaba al Yihad Butleriano, la rebelión contra las máquinas que podían copiar la esencia de los pensamientos y las memorias humanos.

*¡Déjà vu!*

La lógica Mentat exigía de él: *¿Cómo conozco este momento? Sabía* que nunca antes había estado cautivo. Era un intercambio de papeles tan ridículo. ¿El gran Bashar Teg un cautivo? Casi podía echarse a reír. Pero aquella profunda sensación de familiaridad persistía.

Sus captores colocaron la capucha directamente sobre su cabeza y empezaron a soltar los contactos como medusas uno a uno, fijándolos a su cráneo. El funcionario observaba trabajar a sus compañeros, produciendo pequeños signos de impaciencia en un rostro por otro lado carente de emociones.

Teg dirigió alternativamente su atención a los tres rostros. ¿Cuál de ellos representaría el papel de «amigo»? Ahhh, sí: la llamada Materly. Fascinante. ¿Era algún tipo de Honorada Madre? Pero ninguno de los otros dos se dirigía a ella como cabría esperar de lo que Teg había oído de esas Perdidas que regresaban.

Eran gente de la Dispersión, sin embargo... excepto posiblemente el hombre del rostro cuadrado con el traje marrón de una sola pieza. Teg estudió con cuidado a la mujer: el pelo gris, la tranquila serenidad de aquellos ojos verdes muy separados, la barbilla ligeramente prominente con su sensación de solidez y confianza. Había sido bien elegida para «amiga». El rostro de Materly era un mapa de respetabilidad, algo en lo que uno podía confiar. Teg vio una reservada cualidad en ella, sin embargo. Era

alguien que observaría también cuidadosamente para captar el momento preciso en el que debiera intervenir. Sí, en última instancia era una mujer adiestrada a la manera Bene Gesserit.

*O adiestrada por las Honoradas Matres.*

Terminaron de fijar los contactos a su cabeza. El hombre de Gammu situó la consola de la sonda en posición, allá donde los tres pudieran ver el display. La pantalla de la sonda quedaba oculta a los ojos de Teg.

La mujer quitó la mordaza a Teg, confirmando su juicio anterior. Ella sería la fuente de alivio. Paseó su lengua por toda su boca, restableciendo las sensaciones. Su rostro y pecho aún estaban un poco adormecidos por el aturdidor que lo había derribado. ¿Cuánto tiempo hacía de ello? Pero si tenía que creer en las silenciosas palabras del funcionario, Duncan había escapado.

El tipo de Gammu miró al observador.

—Puedes empezar, Yar —dijo el funcionario.

¿Yar?, se dijo Teg. *Curioso nombre*. Casi tenía un sonido tleilaxu. Yar no era sin embargo un Danzarín Rostro... ni un Maestro tleilaxu. Demasiado grande para lo primero, y sin estigmas para lo segundo. Como alguien adiestrado por la Hermandad, Teg podía confiar en ello.

Yar accionó un control en la consola de la sonda.

Teg se oyó a sí mismo gruñir de dolor. Nada lo había preparado para tanto dolor. Debían haber graduado su diabólica máquina al máximo para la primera embestida. ¡Sin la menor duda! Sabían que era un Mentat. Un Mentat podía inhibirse de algunas exigencias de la carne. ¡Pero aquello era dolorosísimo! No podía escapar a ello. La agonía vibró por todo su cuerpo, amenazando con desmoronar su consciencia. ¿Podría el shere escudarlo contra aquello?

El dolor disminuyó gradualmente y desapareció, dejando tan sólo un estremecido recuerdo.

¡De nuevo!

Pensó repentinamente en que la agonía de la especia debía ser algo parecido a aquello para una Reverenda Madre. Seguro que el dolor no sería mayor. Luchó por permanecer en silencio, pero se oyó a sí mismo gruñir y gemir. Llamó en su ayuda a todas las habilidades que había aprendido en su vida, Mentat y Bene Gesserit, para impedirse pronunciar una palabra, suplicar o desmoronarse, prometerles decirles todo si detenían aquello.

Una vez más, la agonía retrocedió y luego atacó de nuevo.

—¡Ya basta! —Era la mujer. Teg rebuscó a tientas su nombre. ¿*Materly*?

Yar habló con voz ronca.

—Está cargado con shere, el suficiente como para que sus efectos duren un año como mínimo. —Hizo un gesto hacia la consola—. Vacío.

Teg respiró con jadeantes bocanadas. ¡La agonía! Siguió aumentando, pese a la petición de Materly.

—¡He dicho ya basta! —restalló Materly.

Cuánta sinceridad, pensó Teg. Sintió el dolor disminuir, retirándose como si cada nervio estuviera siendo extirpado de su cuerpo, arrancado como los hilos de la recordada agonía.

—Nos equivocamos con lo que estamos haciendo —dijo Materly—. Este hombre es...

—Es como cualquier otro hombre —dijo Yar—. ¿Debo conectar el contacto especial a su pene?

—¡No mientras yo esté aquí! —dijo Materly.

Teg se sintió casi arrastrado por su sinceridad. Los últimos hilos de la agonía habían abandonado su carne, y permanecía tendido allí con la sensación de que se hallaba separado de la superficie que le sostenía. La sensación de déjà vu permanecía. Estaba allí y no estaba allí. Había estado allí y no había estado.

—No va a gustarles si fracasamos —dijo Yar—. ¿Estáis preparada a enfrentaros a ellos con otro fracaso?

Materly agitó bruscamente la cabeza. Se inclinó para situar su rostro dentro del ángulo de visión de Teg, por entre los tentáculos de medusa de los contactos de la sonda.

—Bashar, lamento lo que tenemos que hacerte. Créeme. No es mi estilo. Por favor, encuentro todo esto repulsivo. Dinos lo que necesitamos saber y déjame que te devuelva la tranquilidad.

Teg le dirigió una sonrisa. ¡Era buena! Desvió su mirada hacia el atento funcionario.

—Dile a tus amos de mi parte: Es muy buena en esto.

La sangre oscureció el rostro del funcionario. Frunció el ceño.

—Dale el máximo, Yar. —Su voz era de tenor, con nada del profundo adiestramiento aparente en la voz de Materly.

—¡Por favor! —dijo Materly. Se enderezó, pero mantuvo su atención fija en los ojos de Teg.

Las maestras Bene Gesserit de Teg le habían enseñado esto:

«¡Vigila los ojos! Observa cómo cambian de foco. Cuando el foco se mueve hacia afuera, la consciencia se mueve hacia adentro.»

Enfocó deliberadamente su vista en la nariz de la mujer. No era un rostro feo. Más bien distintivo. Se preguntó qué figura podían esconder aquellas abultadas ropas.

—¡Yar! —Era el funcionario.

Yar ajustó algo en su consola y pulsó un botón.

La agonía que atravesó ahora a Teg le dijo que el anterior nivel había sido a todas

luces bajo. Con el nuevo dolor llegó una extraña claridad. Teg se descubrió casi capaz de extraer su consciencia de aquella intrusión. Todo aquel dolor se lo estaban produciendo a alguna otra persona. Había descubierto un refugio donde pocas cosas podían alcanzarle. Había dolor. Incluso agonía. Aceptaba los informes relativos a esas sensaciones. Todo aquello era en parte obra del shere, por supuesto. Lo sabía, y se sentía agradecido por ello.

La voz de Materly intervino:

—Creo que lo estamos perdiendo. Mejor parar.

Otra voz respondió algo, pero el sonido se desvaneció en la quietud antes de que Teg pudiera identificar las palabras. Se dio cuenta de pronto de que no tenía ningún punto de anclaje para su consciencia. ¡La quietud! Creyó oír su corazón latiendo rápidamente de miedo, pero no estaba seguro. Todo era quietud, una profunda quietud, sin nada detrás.

*¿Todavía estoy vivo?*

Entonces sintió el latir de un corazón, pero no estaba seguro de que fuera el suyo. *¡Tump–tump! ¡Tum–tump!* Era una sensación de movimiento y no un sonido. No podía fijar su fuente.

*¿Qué me está ocurriendo?*

Las palabras llamearon con un brillante color blanco contra un fondo negro desplegado ante sus centros visuales.

—He vuelto a uno–tres.

—Déjalo así. Ve si podemos leerle a través de sus reacciones físicas.

—¿Puede oírnos todavía?

—No conscientemente.

Ninguna de las instrucciones de Teg le habían dicho que una sonda pudiera efectuar aquel diabólico trabajo en presencia del shere. Pero ellos la habían llamado una Sonda–T.

¿Podían las reacciones corporales proporcionar un camino hacia los pensamientos suprimidos? ¿Podían explorarse las revelaciones por medios físicos? De nuevo las palabras se desplegaron contra los centros visuales de Teg:

—¿Sigue estando aislado?

—Completamente.

—Asegúrate. Profundiza un poco más.

Teg intentó alzar su consciencia por encima de su miedo. *¡Debo permanecer al control!*

*¿Qué podía revelar su cuerpo si no tenía contacto con él?*

Podía imaginar lo que estaban haciendo, y su mente registró pánico, pero su carne no podía sentirlo.

*Aísla al sujeto. No le dejes nada donde pueda asentar su identidad.*

¿Quién había dicho eso? Alguien. La sensación de déjà vu volvió con toda su fuerza.

*Soy un Mentat*, se recordó a sí mismo. *Mi mente y su actuación son mi centro*. Poseía experiencias y memorias en las cuales un centro podía apoyarse.

El dolor regresó. Sonidos. ¡Fuertes! ¡Demasiado fuertes!

—Está oyendo de nuevo. —Ese era Yar.

—¿Cómo puede ser eso? —La voz de tenor del funcionario.

—Quizá lo has puesto demasiado bajo. —Materly.

Teg intentó abrir los ojos. Sus párpados no obedecieron. Entonces recordó. Lo habían llamado una Sonda-T. No era un instrumento ixiano. Era algo procedente de la Dispersión. Podía identificar los lugares donde se estaba apoderando de sus músculos y sentidos. Era como si otra persona estuviera compartiendo su carne, vaciando sus esquemas de reacción. Fue siguiendo el trabajo de la intrusión de aquella máquina. ¡Era un instrumento diabólico! Podía ordenarle que parpadeara, lanzara gases por el ano, jadeara, defecara, orinara... cualquier cosa. Podía controlar su cuerpo como si él no formara la parte pensante de su actividad corporal. Quedaba relegado al mero papel de observador.

Los olores le asaltaron... olores repugnantes. No podía ordenarse a sí mismo fruncir el ceño, pero pensó en fruncir el ceño. Aquello fue suficiente. Los olores habían sido evocados por la sonda. Estaba sondeando sus sentidos, aprendiendo de ellos.

—¿Tienes lo bastante como para leerle? —La voz de tenor del funcionario.

—¡Sigue oyéndonos! —Yar.

—¡Malditos todos los Mentats! —Materly.

—Dit, Dat y Dot —dijo Teg, nombrando los muñecos de la Representación de Invierno de su niñez, hacia tanto tiempo en Lernaesus.

—¡Está hablando! —El funcionario.

Teg sintió que su consciencia era bloqueada por la máquina. Yar estaba haciendo algo en la consola. Sin embargo, Teg conocía su propia Lógica Mentat, y sabía que acababa de decirle algo vital: aquellos tres eran muñecos. Sólo los amos de los muñecos eran importantes. Observa cómo se mueven los muñecos... eso te dirá lo que están haciendo los amos de los muñecos.

La sonda seguía introduciéndose. Pese a la fuerza que era aplicada, Teg sintió su consciencia luchando con ella a un mismo nivel. La sonda estaba aprendiendo de él, pero él también estaba aprendiendo de la sonda.

Entonces comprendió. Todo el espectro de sus sentidos podía ser copiado en aquella Sonda-T e identificado, siendo etiquetado para que Yar pudiera acudir a él cuando fuera necesario. Existía una cadena orgánica de respuestas dentro de Teg. La máquina podía rastrearlas fuera de él como si hubiera construido un duplicado de su

persona. El shere y su resistencia Mentat desviaban a los buscadores fuera de sus memorias, pero todo lo demás podía ser copiado.

*No pensará como yo, se tranquilizó a sí mismo.*

La máquina no sería lo mismo que sus nervios y carne. No tendría las memorias de Teg ni las experiencias de Teg. No habría nacido de una mujer. No habría efectuado el recorrido por el canal uterino para emerger a un sorprendente universo.

Parte de la consciencia de Teg aplicó una señal memorística diciéndole que su observación revelaba algo acerca del ghola.

*Duncan fue decantado de un tanque axlotl.*

La observación alcanzó a Teg con una repentina sensación ácida en su lengua.

*¡De nuevo la Sonda-T!*

Teg se dejó fluir a través de una múltiple consciencia simultánea. Siguió la labor de la Sonda-T y continuó explorando su observación acerca del ghola, todo ello mientras escuchaba a Dit, Dat y Dot. Los tres muñecos permanecían extrañamente silenciosos. Sí, aguardaban a que su Sonda-T completara su tarea.

*El ghola:* Duncan era una extensión de células que *habían* nacido de una mujer impregnada por un hombre.

*¡Máquina y ghola!*

Observación: *la máquina no puede compartir esta experiencia del nacimiento excepto de una forma remotamente indirecta que seguramente carecerá de importantes matices personales.*

Del mismo modo que estaba perdiéndose importantes matices de él ahora.

La Sonda-T estaba reproduciendo olores. Con cada aroma inducido, sus memorias le revelaban su presencia a Teg. Captaba la gran rapidez de la Sonda-T, pero su propia consciencia vivía fuera de aquella precipitada búsqueda, capaz de desprenderse de ella durante tanto tiempo como deseara en los recuerdos que estaba evocando para él.

*¡Allí!*

Allí estaba la cera caliente que había derramado sobre su mano izquierda cuando tenía tan sólo catorce años y estudiaba en la escuela de la Bene Gesserit. Recordó la escuela y el laboratorio como si toda su existencia estuviera centrada allí en aquel momento. *La escuela depende directamente de la Casa Capitular.* Admitiendo esto, Teg supo que llevaba la sangre de Siona en sus venas. Ningún presciente podría rastrearle hasta allí.

Vio el laboratorio y olió la cera... un compuesto de éteres artificiales y el producto natural de las abejas conservado por Hermanas fracasadas y sus ayudantes. Enfocó su memoria en un momento en el que estaba contemplando las abejas y la gente trabajando en el huerto de manzanos.

Los distintos trabajos de la estructura social de la Bene Gesserit parecían tan

complicados hasta que comprendías completamente sus necesidades: alimentos, ropas, calor, comunicaciones, aprendizaje, protección ante los enemigos (un subproducto de la necesidad de supervivencia). La supervivencia de la Bene Gesserit necesitaba de algunos ajustes antes de poder ser comprendida. No procreaban por el bien de la humanidad en general. ¡No había implicada ninguna idea racial no monitorizada! Procreaban para extender sus propios poderes, para proseguir la Bene Gesserit, juzgando que aquello ya era un servicio suficiente a la humanidad. Quizá lo fuera. La motivación procreadora estaba tan profundamente enraizada, y la Hermandad era tan concienzuda.

Un nuevo olor le asaltó.

Reconoció la lana húmeda de sus ropas mientras entraba en el blocao de mando después de la Batalla de Ponciard. El olor llenó su olfato y expulsó el ozono de los instrumentos del blocao, el sudor de los otros ocupantes. ¡Lana! La Hermandad siempre había considerado una excentricidad en él que prefiriera los tejidos naturales y evitara los sintéticos producidos por las fábricas cautivas.

Como tampoco le gustaban las sillas—perro.

*No me gustan los olores de opresión en ninguna de sus formas.*

¿Sabían esas marionetas —Dit, Dat y Dot— lo oprimidas que estaban?

La lógica Mentat se burló de él. ¿No eran los tejidos de lana un producto también de fábricas cautivas?

Era distinto.

Parte de él argumentó de otro modo. Los productos sintéticos podían ser almacenados casi indefinidamente. Podía ver lo que habían durado en los almacenes de entropía nula del no—globo Harkonnen.

—¡Sigo prefiriendo la lana y el algodón!

*¡Así sea!*

—¿Pero cómo he llegado a una preferencia así?

*Es un prejuicio Atreides. Lo heredaste.*

Teg apartó a un lado los olores y se concentró en el movimiento total de la sonda intrusa. Se dio cuenta de que podía anticiparse a sus movimientos. Era un nuevo músculo. Lo flexionó mientras continuaba examinando las memorias inducidas en busca de más discernimiento valioso.

*Estaba sentado fuera de la puerta de mi madre en Lernaes.*

Teg extirpó parte de su consciencia y contempló la escena: edad, once años. Está hablando con una pequeña acólita Bene Gesserit que ha acudido como parte de la escolta de Alguien Importante. La acólita es una muchachita con un pelo rubio pelirrojo y el rostro de una muñeca. Nariz respingona, ojos gris verdosos. La Alguien Importante es una Reverenda Madre vestida de negro de aspecto muy anciano. Se ha metido detrás de aquella puerta de al lado, con la madre de Teg. La acólita, que se



llama Carlana, está probando sus inexpertas habilidades con el joven hijo de la casa.

Antes de que Carlana pronuncie una veintena de palabras, Miles Teg reconoce su finalidad. ¡Está intentando arrancarle información! Aquella era una de las primeras lecciones de delicado disimulo enseñadas por su madre. Siempre había, después de todo, gente que podía preguntarle a un chico pequeño cosas acerca de la casa de una Reverenda Madre, esperando conseguir así alguna información comerciable. Siempre había un mercado para los datos relativos a una Reverenda Madre.

Su madre le había explicado:

—Juzga al que te interroga y adecúa tus respuestas de acuerdo con las susceptibilidades.

Nada de aquello servía contra una completa Reverenda Madre, por supuesto, ¡pero con una acólita, especialmente con ésta!

De modo que, para Carlana, produce una apariencia de tímida reluctancia. Carlana tiene una visión hinchada de sus propios atractivos. Él le permite que venza su reluctancia después de un conveniente intercambio de fuerzas. Lo que ella obtiene finalmente es un puñado de mentiras que, si alguna vez las repite a la Alguien Importante que está detrás de aquella puerta cerrada, le valdrán con toda seguridad una severa censura, si no algo más doloroso.

*Palabras de Dit, Dat y Dot:*

—Creo que ya lo tenemos.

Teg reconoció la voz de Yar, arrancándole de sus viejos recuerdos. «*Adecúa tus respuestas de acuerdo con las susceptibilidades*». Teg oyó las palabras en la voz de su madre.

*Marionetas.*

*Los amos de las marionetas.*

El funcionario ahora:

—Pregunta a la simulación adonde han llevado al ghol.

Silencio, y luego un débil zumbido.

—No obtengo nada. —Yar.

Teg oye sus voces con una dolorosa sensibilidad. Obliga a sus ojos a abrirse, venciendo las órdenes en contra de la sonda.

—¡Mirad! —dice Yar.

Tres pares de ojos le devuelven la mirada a Teg. Cuán lentamente se mueven. Dit, Dat y Dot: los ojos parpadean... parpadean... al menos un minuto entre cada parpadeo. Yar está tendiéndose hacia algo que quiere alcanzar en su consola. Sus dedos parecen necesitar una semana para llegar a su destino.

Teg explora las ligaduras de sus manos y brazos. ¡Vulgar cuerda! Tomándose su tiempo, retuerce sus dedos hasta que entran en contacto con los nudos. Estos se sueltan, lentamente al principio, luego cayendo a un lado. Se tensa contra las

ligaduras que lo sujetan a la camilla. Estas resultan más fáciles: simples hebillas. La mano de Yar ni siquiera está a una cuarta parte de su camino hacia la consola.

Parpadeo... parpadeo... parpadeo...

Los tres pares de ojos muestran una débil sorpresa.

Teg se extirpa de los tentáculos de medusa de los contactos de la sonda. ¡Pop-pop-pop! Saltan de su cráneo y caen a un lado.

Se sorprende al ver que un poco de sangre empieza a brotar lentamente del dorso de su mano derecha, allá donde ha rozado los contactos de la sonda al echarlos a un lado.

Proyección Mentat: *Estoy moviéndome a una velocidad peligrosa.*

Pero ahora está libre de la camilla.

El funcionario está tendiendo una lentísima mano hacia un bulto en el bolsillo de su costado.

La mano de Teg aferra su garganta.

El funcionario jamás volverá a tocar aquella pequeña pistola láser que siempre lleva consigo.

La tendida mano de Yar aún no está a un tercio de su camino a la consola de la sonda.

Hay una clara sorpresa en sus ojos.

Teg duda de que el hombre llegue a ver nunca la mano que le parte el cuello.

Materly está moviéndose un poco más aprisa.

Su pie izquierdo está ascendiendo hacia el lugar donde Teg ha estado hace apenas un instante.

¡Demasiado lenta todavía! La cabeza de Materly está echada hacia atrás, su garganta expuesta a la restallante mano de Teg.

¡Cuán lentamente caen al suelo!

Teg se dio cuenta del sudor que brotaba por todos sus poros, pero no perdió tiempo preocupándose por ello.

*¡Sabía cada uno de los movimientos que iban a hacer antes de que los hicieran!*  
*¿Qué es lo que me ha ocurrido?*

Proyección Mentat: *La agonía de la sonda me ha elevado a un nuevo nivel de habilidad.*

Un intenso retortijón de hambre le hizo tomar consciencia del gasto de energía. Echó a un lado la sensación, dándose cuenta de que estaba volviendo a un tiempo normal de reacción. Tres sonidos apagados: cuerpos cayendo al suelo.

Teg examinó la consola de la sonda. Definitivamente no ixiana. Controles similares, sin embargo. Localizó el sistema de almacenaje de datos, lo borró.

*¿Las luces de la habitación?*

Los controles estaban al lado de la puerta que conducía al exterior. Apagó las

luces, inspiró profundamente tres veces. Un brusco estallido de movimiento brotó a la noche.

Aquellos que lo habían traído hasta allí, envueltos en sus abultadas ropas para protegerse contra el frío del invierno, apenas tuvieron tiempo de volverse hacia el extraño sonido antes de que el torbellino los derribara.

Teg regresó a tiempo normal más rápidamente que antes. La luz de las estrellas señalaba un camino que conducía ladera abajo a través de una densa maleza. Resbaló y se deslizó por el barro de nieve removida durante un lapso de tiempo antes de encontrar la manera de equilibrarse, anticipando el terreno. Cada pie se posó entonces en donde sabía que debía posarse. Finalmente se encontró en un espacio despejado, con vistas al otro lado del valle.

Las luces de una ciudad, y un gran rectángulo negro de edificios cerca de su centro. Reconoció el lugar: Ysai. Los amos de las marionetas estaban allí.

*¡Soy libre!*

## Capítulo XXXVI

*Había un hombre que se sentaba cada día mirando a través de una estrecha abertura vertical allá donde un sólo tablero había sido arrancado de una alta verja de madera. Cada día, un asno salvaje del desierto pasaba por el otro lado de la verja cruzando la estrecha abertura... primero el morro, luego la cabeza, las piernas delanteras, el largo lomo marrón, las piernas traseras, y finalmente la cola. Un día, el hombre saltó en pie con la luz del descubrimiento en sus ojos, y gritó a todos los que podían oírle: «¡Es obvio! ¡El morro causa la cola!»*

### ***Historias de la Sabiduría Oculta, de la Historia Oral de Rakis***

Varias veces desde su llegada a Rakis, Odrade se había descubierto prendida por el recuerdo de aquella antigua pintura que ocupaba un lugar tan prominente en la pared de las dependencias de Taraza en la Casa Capitular. Cuando el recuerdo llegaba a ella, sentía que le picoteaban las manos con el contacto del pincel. Su olfato se despertaba ante los olores inducidos de los aceites y los pigmentos. Sus emociones asaltaban la tela. Cada vez, Odrade emergía del recuerdo con nuevas dudas acerca de que Sheeana fuera su lienzo.

*¿Quién de nosotras pinta a la otra?*

Había ocurrido de nuevo esta mañana. Aún era oscuro fuera del ático del Alcázar rakiano donde ella tenía sus aposentos junto con Sheeana: una acólita entró suavemente para despertar a Odrade y decirle que Taraza llegaría dentro de poco. Odrade alzó la vista hacia el suavemente iluminado rostro de la morena acólita, e inmediatamente el recuerdo de aquella pintura flameó en su consciencia.

*¿Quién de nosotras crea realmente a la otra?*

—Deja a Sheeana que duerma un poco más —dijo Odrade antes de despedir a la acólita.

—¿Desayunaréis antes de la llegada de la Madre Superiora? —preguntó la acólita.

—Esperaremos para hacerle el honor a Taraza.

Levantándose, Odrade se aseó rápidamente y se puso su mejor atuendo negro. Luego se dirigió hacia la ventana oriental de la sala de descanso del ático y miró en dirección al espacio-puerto. Muchas luces móviles creaban allí un resplandor en el polvoriento aire. Activó todos los globos de la estancia para suavizar la vista exterior. Los globos se convirtieron en dorados estallidos de luz reflejándose en el grueso plaz blindado de las ventanas. La oscura superficie reflejó también una imprecisa silueta de sus propios rasgos, mostrando claramente las arrugas de la fatiga.

*Sabía que vendría, pensó Odrade.*

Mientras estaba pensando esto, el sol rakiano apareció por encima del horizonte embrumado por el polvo como la pelota anaranjada que un niño hubiera lanzado hacia arriba. Inmediatamente, se produjo el brusco aumento de temperatura que tantos observadores de Rakis habían mencionado. Odrade se apartó de la ventana, y vio la puerta del pasillo abierta.

Taraza entró en medio de un susurro de ropas. Una mano cerró la puerta tras ella, dejando a las dos mujeres solas. La Madre Superiora avanzó hacia Odrade, la capucha echada sobre su cabeza, enmarcando su rostro como una cogulla. No era una visión tranquilizadora.

Reconociendo la turbación en Odrade, Taraza jugó con ella.

—Bien, Dar, creo que finalmente nos encontramos como unas desconocidas.

El efecto de las palabras de Taraza sobresaltó a Odrade. Interpretó correctamente la amenaza, pero el miedo la abandonó, como si fuera agua derramada de un jarro. Por primera vez en su vida, Odrade reconoció el momento preciso del cruce de la línea divisoria. Era una línea cuya existencia pensaba que muy pocas Hermanas sospechaban. Al cruzarla, se dio cuenta de que siempre había sabido que estaba allí: un lugar desde donde podía entrar en el vacío y flotar libre. Ya no era vulnerable. Podía ser asesinada, pero no podía ser derrotada.

—Ya no somos más Dar y Tar —dijo Odrade.

Taraza oyó el claro y desinhibido tono de la voz de Odrade, y lo interpretó como confianza.

—Quizá nunca fue Dar y Tar —dijo, con voz helada—. Veo que piensas que has sido extremadamente lista.

*La batalla ha empezado, pensó Odrade. Pero no voy a quedarme en medio del camino esperando su ataque.*

—Las alternativas a la alianza con los tleilaxu no podían ser aceptadas —dijo Odrade—. Especialmente cuando reconocí cuáles eran tus aspiraciones para nosotras.

Taraza se sintió de pronto cansada. Había sido un largo viaje pese a los saltos de la no-nave a través de los pliegues del espacio.

La carne siempre sabía cuándo era retorcida fuera de sus ritmos familiares. Eligió un mullido diván y se sentó, suspirando ante la lujosa comodidad.

Odrade reconoció la fatiga de la Madre Superiora y sintió una inmediata fantasía. De pronto fueron dos Reverendas Madres con problemas comunes.

Obviamente, Taraza captó aquello. Palmeó los almohadones a su lado y aguardó a que Odrade se sentara.

—Debemos preservar la Hermandad —dijo Taraza—. Eso es lo único importante.

—Por supuesto.

Taraza clavó su inquisitiva mirada en los familiares rasgos de Odrade. *Sí, Odrade también está cansada.*

—Tú has estado aquí, tocando íntimamente a la gente y sus problemas —dijo Taraza—. Quiero... no, Dar, necesito tus puntos de vista.

—Los tleilaxu han aparentado una completa cooperación —dijo Odrade—, pero hay disimulo en ellos. He empezado a preguntarme a mí misma algunas cuestiones extremadamente turbadoras.

—¿Como cuáles?

—¿Y si los tanques axlotl no fueran... tanques?

—¿Qué quieres decir?

—Waff revela el tipo de comportamiento que una puede ver cuando una familia intenta ocultar un niño deforme o un tío loco. Te lo juro, se muestra azorado cuando empezamos a tocar el tema de los tanques.

—¿Pero qué es lo que podrían...?

—Madres sustitutas.

—Pero tendrían que... —Taraza guardó silencio, impresionada por las posibilidades que planteaba aquella cuestión.

—¿Quién ha visto nunca a una mujer tleilaxu? —preguntó Odrade.

La mente de Taraza estaba llena de objeciones.

—Pero el preciso control químico, la necesidad de limitar variables... —Echó hacia atrás su capucha y agitó su pelo para liberarlo—. Tienes razón: debemos cuestionarlo todo. Esto, sin embargo... es monstruoso.

—Sigue sin decir la verdad completa acerca de nuestro ghola.

—¿Qué es lo que dice?

—No más de lo que ya he informado: una variación en el Duncan Idaho original, y la inserción de todos los requerimientos prana-bindu que especificamos.

—Eso no explica por qué mataron o intentaron matar a nuestras anteriores adquisiciones.

—Jura por los sagrados votos de la Gran Creencia que actuaron con toda rectitud, porque los once gholas anteriores no vivían de acuerdo con las expectativas.

—¿Cómo podían saberlo ellos? ¿Ha sugerido que tienen espías entre...?

—Jura que no. Le he atacado sobre eso, y ha dicho que un ghola con éxito iba a crear con toda seguridad disturbios visibles entre nosotras.

—¿Qué disturbios visibles? ¿Qué es lo que...?

—No lo ha dicho nunca. Cada vez que hemos tocado el tema vuelve a su afirmación de que ellos han cumplido con sus obligaciones contractuales. ¿Dónde está el ghola, Tar?

—¿Qué...? Oh. En Gammu.

—He oído rumores de...

—Burzmali tiene la situación bien en la mano. —Taraza cerró apretadamente su boca, esperando que aquello fuera verdad. El informe más reciente no la llenaba de

confianza.

—Obviamente estáis debatiendo si hay que matar o no al ghola —dijo Odrade.

—¡No solamente al ghola!

Odrade sonrió.

—Entonces es cierto que Bellonda desea que yo sea permanentemente eliminada.

—¿Cómo has sabido...?

—Las amistades pueden ser a veces una inversión muy valiosa, Tar.

—Estás caminando por un terreno peligroso, Reverenda Madre Odrade.

—Pero no tropiezo, Madre Superiora Taraza. Llevo tiempo pensando intensamente en las cosas que Waff ha revelado acerca de esas Honoradas Matres.

—Cuéntame algunos de tus pensamientos. —Había una implacable determinación en la voz de Taraza.

—No cometas errores al respecto —dijo Odrade—. Han superado las habilidades sexuales de nuestras Imprimadoras.

—¡Rameras!

—Sí, emplean sus habilidades de una forma en último término fatal para ellas mismas y para los demás. Han sido cegadas por su propio poder.

—¿Cuál es la extensión de tus largos e intensos pensamientos?

—Dime, Tar, ¿por qué atacaron y destruyeron nuestro Alcázar en Gammu?

—Obviamente iban detrás de nuestro ghola Idaho, para capturarlo o matarlo.

—¿Por qué debería ser eso tan importante para ellas?

—¿Qué estás intentando decir? —preguntó Taraza.

—¿Es posible que las *rameras* hayan estado actuando a partir de informaciones reveladas a ellas por los tleilaxu? Tar, ¿y si eso secreto que la gente de Waff ha introducido en nuestro ghola es algo que puede convertir al ghola en un equivalente a las Honoradas Matres?

Taraza se llevó una mano a la boca, y la dejó caer rápidamente cuando vio lo mucho que aquel gesto revelaba. Era demasiado tarde. No importaba. Seguían siendo dos Reverendas Madres juntas.

—Y le hemos ordenado a Lucilla que lo haga irresistible a la mayoría de las mujeres —dijo Odrade.

—¿Cuánto tiempo llevan los tleilaxu tratando con esas rameras? —preguntó Taraza.

Odrade se alzó de hombros.

—Una pregunta mejor es la siguiente: ¿Cuánto tiempo llevan tratando con sus propios Perdidos regresados de la Dispersión? Los tleilaxu hablan con los tleilaxu, y muchos secretos pueden ser revelados.

—Una brillante proyección por tu parte —dijo Taraza—. ¿Qué valor de probabilidades le concedes a ello?

—Lo sabes tan bien como yo. Explicaría muchas cosas.

Taraza habló amargamente:

—¿Qué es lo que piensas de nuestra alianza con los tleilaxu ahora?

—Más necesaria que nunca. Debemos hallarnos dentro. Debemos estar allá donde podamos influenciar a aquellos que están contendiendo.

—¡Abominación! —restalló Taraza.

—¿Qué?

—Este gholá es como un instrumento grabador con forma humana. Lo han plantado en medio de nosotras. Si los tleilaxu ponen sus manos sobre él, sabrán muchas cosas de nosotras.

—Eso sería torpe.

—¡Y típico de ellos!

—Admito que hay otras implicaciones en nuestra situación —dijo Odrade—. Pero tales argumentos lo único que hacen es decirme que no podemos atrevernos a matar al gholá hasta que lo hayamos examinado nosotras mismas.

—¡Eso podría ser demasiado tarde! ¡Maldita sea tu alianza, Dar! Les diste un dominio sobre nosotras... y a nosotras un dominio sobre ellos... y ninguno de los dos se atreve a soltarlo.

—¿No es esa la alianza perfecta?

Taraza suspiró.

—¿Cuándo deberemos concederles libre acceso a nuestras grabaciones genéticas?

—Pronto. Waff está presionando mucho al respecto.

—Entonces, ¿veremos sus tanques... axlotl?

—Esta es, por supuesto, la palanca que estoy utilizando. Ha dado ya su reluciente permiso.

—Profundo, cada vez más profundo, dentro de los bolsillos el uno del otro —gruñó Taraza.

Con un tono de total inocencia, Odrade dijo:

—Una perfecta alianza, como he apuntado.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea —murmuró Taraza—. ¡Y Teg ha despertado las memorias originales del gholá!

—¿Pero ha podido Lucilla...?

—¡No lo sé! —Taraza dirigió a Odrade una expresión hosca, y le relató los más recientes informes Gammu: Teg y su grupo localizados, el más escueto de los relatos acerca de ellos y nada acerca de Lucilla; los planes deberían desenvolverse por sí mismos.

Sus propias palabras produjeron un inesperado cuadro en la mente de Taraza. ¿Qué era aquel gholá? Siempre habían sabido que los Duncan Idaho no eran gholas ordinarios. Pero ahora, con nervios y capacidades musculares aumentados, más



aquella cosa desconocida que los tleilaxu habían introducido... era como sujetar un palo ardiendo. Sabías que podías utilizar el palo para defenderte, para tu propia supervivencia, pero las llamas se estaban acercando a una terrible velocidad.

Odrade habló con tono meditabundo:

—¿Has intentado alguna vez imaginar lo que debe ser para un ghola despertar repentinamente en una carne renovada?

—¿Qué? ¿Qué estás...?

—Llegar a la convicción de que tu carne ha crecido a partir de las células de un cadáver —dijo Odrade—. Él recuerda su propia muerte.

—Los Idaho nunca fueron gente ordinaria —dijo Taraza.

—Lo mismo puede decirse de esos Maestros tleilaxu.

—¿Qué estás intentando decir?

Odrade se frotó la frente, tomándose un momento para revisar sus pensamientos. Aquello resultaba tan difícil con alguien que rechazaba el afecto, con alguien que se lanzaba hacia afuera a partir de un núcleo de ira. Taraza no poseía... *simpático*. No podía asumir la carne y los sentidos de otra persona excepto como un ejercicio de lógica.

—El despertar de un ghola tiene que ser una experiencia despedazadora —dijo Odrade, bajando la cabeza—. Sólo aquellos con enormes recursos mentales pueden sobrevivir a una tal experiencia.

—Cabe suponer que los Maestros tleilaxu son más de lo que aparentan ser.

—¿Y los Duncan Idaho?

—Por supuesto. ¿Por qué otro motivo los seguiría comprando el Tirano a los tleilaxu?

Odrade se dio cuenta de que aquella discusión no tenía sentido. Dijo:

—Los Idaho eran notoriamente leales a los Atreides, y debemos recordar que yo soy una Atreides.

—¿Crees que la lealtad atará a ése a ti?

—Especialmente después de que Lucilla...

—¡Eso puede ser demasiado peligroso!

Odrade se reclinó en un extremo del diván. Taraza deseaba seguridades. Y las vidas de los gholas seriados eran como la melange, presentando un sabor distinto en cada entorno distinto. ¿Cómo podían estar seguras de su ghola?

—Los tleilaxu se entrometen en las fuerzas que produjeron nuestro Kwisatz Haderach —murmuró Taraza—.

—¿Crees que es por eso por lo que desean nuestras grabaciones genéticas?

—¡No lo sé! ¡Maldita seas, Dar! ¿No te das cuenta de lo que has hecho?

—Creo que no tuve otra elección —dijo Odrade.

Taraza exhibió una fría sonrisa. Lo que había conseguido Odrade seguía siendo

soberbio, pero ella necesitaba ser puesta de nuevo en su lugar.

—¿Crees que yo hubiera hecho lo mismo? —preguntó Taraza.

*Sigue sin ver lo que ha ocurrido*, pensó Odrade. Taraza había esperado que su manejable Dar actuara con independencia, pero esa independencia había sacudido el Alto Consejo. Taraza se negaba a ver su propia mano en ello.

—La práctica habitual —dijo Odrade.

Aquellas palabras sacudieron a Taraza como un bofetón. Sólo el duro adiestramiento de una vida Bene Gesserit impidió que saltara violentamente sobre Odrade.

*¡La práctica habitual!*

¿Cuántas veces la propia Taraza había revelado esto como una fuente de irritación, un acicate constante a su cuidadosamente encubierta irritación? Odrade había oído aquello muy a menudo.

Odrade citó entonces a la propia Madre Superiora:

—Los hábitos inamovibles son peligrosos. Los enemigos pueden descubrir su esquema y utilizarlo contra nosotras.

Taraza se obligó a pronunciar aquellas palabras:

—Es una debilidad, sí.

—Nuestros enemigos pensaban conocer nuestra trayectoria —dijo Odrade—. Incluso tú, *Madre Superiora*, pensabas conocer los límites dentro de los cuales yo iba a actuar. Yo era como Bellonda. Antes de que hablara, tú sabías lo que Bellonda iba a decir.

—¿Hemos cometido un error, no elevándote por encima de mí? —preguntó Taraza. Habló con su más profunda lealtad.

—No, Madre Superiora. Caminamos por un sendero delicado, pero las dos podemos ver a dónde debemos ir.

—¿Dónde se encuentra ahora Waff? —preguntó Taraza.

—Durmiendo y bien custodiado.

—Avisa a Sheeana. Debemos decidir si hay que abortar esa parte del proyecto.

—¿Y arrostrar las consecuencias?

—Tú lo has dicho, Dar.

Sheeana estaba aún medio dormida y frotándose los ojos cuando apareció en la sala de descanso, pero obviamente había tenido tiempo de echarse un poco de agua por la cara y ponerse un traje blanco nuevo. Su pelo aún estaba húmedo. Taraza y Odrade permanecían cerca de la ventana oriental, con sus espaldas dirigidas a la luz.

—Esta es Sheeana, Madre Superiora —dijo Odrade.

Sheeana se puso completamente alerta, con una brusca rigidez de su espalda. Había oído hablar de aquella poderosa mujer, aquella Taraza, que gobernaba la Hermandad desde una distante ciudadela llamada la Casa Capitular. La luz del sol

brillaba en la ventana detrás de las dos mujeres, cayendo de lleno sobre el rostro de Sheeana, haciéndola parpadear. Dejaba los rostros de las dos Reverendas Madres parcialmente oscurecidos, las negras siluetas de sus cuerpos rodeadas por un halo de brillantez.

Las instructoras acólitas la habían preparado para aquel encuentro:

—Mantente erguida frente a la Madre Superiora y habla con respeto. Responde solamente cuando ella te hable.

Sheeana permaneció atentamente rígida, tal como le habían dicho.

—He sido informada de que tú puedes convertirte en una de nosotras —dijo Taraza.

Ambas mujeres pudieron ver el efecto de aquello en la muchacha. Por aquel entonces, Sheeana era ya completamente consciente de los talentos de una Reverenda Madre. El poderoso haz de la verdad se había enfocado en ella. Había empezado a captar el enorme cuerpo de conocimiento que la Hermandad había acumulado a lo largo de los milenios. Se le había hablado de la transmisión selectiva de la memoria, de la existencia de las Otras Memorias, de la agonía de la especie. Y allí delante de ella estaba la más poderosa de todas las Reverendas Madres, una a la cual nada quedaba oculto.

Cuando vio que Sheeana no respondía, Taraza dijo:

—¿No tienes nada que decir, muchacha?

—¿Qué es lo que hay que decir, Madre Superiora? Vos ya lo habéis dicho todo.

Taraza dirigió una inquisitiva mirada a Odrade.

—¿Tienes alguna otra pequeña sorpresa para mí, Dar?

—Ya te dije que era superior —dijo Odrade.

Taraza volvió su atención a Sheeana.

—¿Estás orgullosa de esa opinión, muchacha?

—Me asusta, Madre Superiora.

Aun manteniendo su rostro tan inmóvil como le era posible, Sheeana respiraba con mayor facilidad. *Di tan sólo la más profunda verdad que puedas sentir*, se recordó a sí misma. Aquellas palabras de advertencia de una maestra tenían un mayor significado ahora. Mantuvo sus ojos ligeramente desenfocados y dirigidos al suelo directamente frente a las dos mujeres, evitando lo más intenso de la brillante luz del sol. Aún seguía sintiendo que su corazón latía demasiado aprisa, y sabía que las Reverendas Madres podían detectar eso. Odrade lo había demostrado muchas veces.

—Es lógico que te asuste —dijo Taraza.

—¿Comprendes lo que se te está diciendo, Sheeana? —preguntó Odrade.

—La Madre Superiora desea saber si estoy completamente comprometida con la Hermandad —dijo Sheeana.

Odrade miró a Taraza y se alzó de hombros. No había necesidad de discutir más

sobre aquello entre ellas. Aquella era la forma en la que una pasaba a formar parte de una familia como la Bene Gesserit.

Taraza prosiguió con su silencioso estudio de Sheeana. Para la muchacha era una dura mirada la que estaba posada sobre ella, una absorbente mirada, ante la que sabía que debía permanecer en silencio, permitiendo aquel hiriente examen.

Odrade apartó a un lado sus sentimientos de simpatía. Sheeana era como ella misma cuando joven, hacía tantos años. Poseía aquel intelecto globular que se expandía por toda su superficie como se expande un globo cuando es hinchado. Odrade recordaba cómo sus propias maestras se habían admirado de aquello, pero se habían preocupado también, del mismo modo que Taraza se estaba preocupando ahora. Odrade había reconocido aquella preocupación cuando era tan joven como Sheeana ahora, y no dudaba de que Sheeana estaba captando lo mismo, allí en aquel preciso momento. El intelecto poseía sus utilidades.

—Hummmmm —dijo Taraza.

Odrade oyó el zumbante sonido de las reflexiones internas de la Madre Superiora como si formaran parte de un simulflujo. Los propios recuerdos de Odrade habían ido hacia atrás. Las Hermanas que le traían la comida a Odrade cuando se quedaba a estudiar hasta tarde acostumbraban a observarla de aquella manera especial en que era observada y controlada Sheeana en cualquier momento. Odrade había sabido interpretar aquella forma especial de observarla desde una temprana edad. Ese era, después de todo, uno de los grandes atractivos de la Bene Gesserit. Una deseaba ser capaz de tales esotéricas habilidades. Sheeana poseía evidentemente este deseo. Era un sueño de todas las postulantes.

*¡Tales cosas pueden ser posibles para mí!*

Finalmente, Taraza habló:

—¿Qué es lo que piensas que deseas de nosotras, muchacha?

—Las mismas cosas que vos pensabais desear cuando teníais mi edad, Madre Superiora.

Odrade reprimió una sonrisa. El salvaje sentido de independencia de Sheeana había rozado allí la insolencia, y seguramente Taraza se había dado cuenta de ello.

—¿Crees que es un uso adecuado para el don de la vida? —preguntó Taraza.

—Es el único uso que conozco, Madre Superiora.

—Tu sinceridad es apreciada, pero te advierto que seas cuidadosa con su utilización —dijo Taraza.

—Sí, Madre Superiora.

—Ya nos debes mucho, y todavía nos deberás mucho más —dijo Taraza—. Recuerda eso. Nuestros dones no son baratos. *Sheeana no tiene ni la más remota idea de lo que va a tener que pagar por nuestros dones*, pensó Odrade. La Hermandad nunca permitía que sus iniciadas olvidaran lo que debían y lo que tenían que pagar.

Una no pagaba con amor. El amor era peligroso, y Sheeana estaba empezando a comprenderlo ya. *¿El don de la vida?* Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Odrade. Y carraspeó para compensar.

*¿Estoy viva? Quizá cuando me apartaron de Mamá Sibia morí. Estaba viva allí en aquella casa, pero ¿seguí viviendo después de que las Hermanas me llevaran de allí?*

—Ahora debes dejarnos solas, Sheeana —dijo Taraza. Sheeana giró sobre uno de sus talones y abandonó la habitación, pero no antes de que Odrade viera la disimulada sonrisa en su joven rostro. Sheeana sabía que había pasado el examen de la Madre Superiora.

Cuando la puerta se cerró tras Sheeana, Taraza dijo:

—Mencionaste su habilidad natural con la Voz. La he apreciado, por supuesto. Notable.

—La mantiene bien controlada —dijo Odrade—. Ha aprendido a no intentar usarla con nosotras.

—¿Qué es lo que tenemos aquí, Dar?

—Quizá algún día una Madre Superiora de extraordinarias habilidades.

—¿No demasiado extraordinarias?

—Tendremos que verlo.

—¿Crees que es capaz de matar por nosotras?

Odrade se sorprendió, y lo dio a entender.

—¿Ahora?

—Si, por supuesto.

—¿El ghola?

—Teg no lo haría —dijo Taraza—. Incluso tengo dudas acerca de Lucilla. Sus informes dejan claro que es capaz de crear poderosos lazos de... de afinidad.

—¿Incluso conmigo?

—Ni la propia Schwangyu fue completamente inmune.

—¿Cuál es la noble finalidad de un acto así? —preguntó Odrade—. Eso no es lo que la advertencia del Tirano...

—¿Él? ¡Él mató muchas veces!

—Y pagó por ello.

—Pagamos por todo lo que hacemos, Dar.

—¿Incluso por una vida?

—¡Nunca olvides ni por un sólo instante, Dar, que una Madre Superiora es capaz de tomar cualquier decisión necesaria para la supervivencia de la Hermandad!

—Entonces que así sea —dijo Odrade—. Toma lo que quieras, y paga por ello.

Fue la respuesta adecuada, pero reforzó la nueva fortaleza que sentía Odrade, su libertad a responder a su propia manera dentro de un nuevo universo. ¿Dónde se

había originado una tal firmeza? ¿Era algo surgido de su cruel condicionamiento Bene Gesserit? ¿Procedía de su ascendencia Atreides? No intentó engañarse a sí misma diciéndose que procedía de su decisión de nunca más seguir otra guía moral más que la suya propia. La estabilidad interna sobre la que se había asentado ahora no era pura moralidad. Ni tampoco jactancia. Todo aquello no era nunca suficiente.

—Eres muy parecida a tu padre —dijo Taraza—. Normalmente, es la madre quien proporciona la mayor parte del valor, pero en esta ocasión creo que fue el padre.

—Miles Teg es admirablemente valeroso, pero creo que simplificas demasiado —dijo Odrade.

—Quizá sí. Pero no me he equivocado contigo en ningún momento, Dar, ni siquiera cuando éramos estudiantes postulantes.

*¡Ella lo sabe!*, pensó Odrade.

—No necesitamos explicarlo —dijo Odrade. Y pensó: *Procede de haber nacido de quién nací, de ser adiestrada y moldeada de la forma en que lo fui... de la forma en que lo fuimos las dos: Dar y Tar.*

—Hay algo en la línea de los Atreides que aún no hemos analizado completamente —dijo Taraza.

—¿Algún accidente genético?

—A veces me pregunto si habremos sufrido algún auténtico accidente desde el Tirano —dijo Taraza.

—¿Crees que se ha extendido hasta aquí, hasta esta ciudadela, y está mirando a través de los milenios a este preciso instante?

—¿Cuán lejos te extenderías tú en busca de las raíces? —preguntó Taraza.

—¿Qué ocurre realmente cuando una Madre Superiora ordena a las Amantes Procreadoras: «Haced que ésta engendre con ese hombre»? —dijo Odrade.

Taraza exhibió una fría sonrisa.

Odrade se sintió de pronto en la cresta de una ola, su consciencia empujándola completamente al otro lado, hacia su nuevo reino. *¡Taraza desea mi rebelión! ¡Me quiere como su oponente!*

—¿Veremos a Waff ahora? —preguntó Odrade.

—Primero quiero tu evaluación acerca de él.

—Nos ve como la herramienta definitiva para crear el «Dominio Tleilaxu». Somos el don de Dios para su pueblo.

—Han estado aguardando mucho tiempo para esto —dijo Taraza—. ¡Disimular tan cuidadosamente, todos ellos, durante todos esos eones!

—Tienen nuestra misma visión del tiempo —admitió Odrade—. Eso fue lo último que les convenció de que compartimos su Gran Creencia.

—¿Pero por qué esa torpeza? —preguntó Taraza—. No son unos estúpidos.

—Desviaron nuestra atención de cómo eran realmente utilizando su proceso

ghola —dijo Odrade—. ¿Quién creería que una gente estúpida podía conseguir algo así?

—¿Y qué es lo que han creado? —preguntó Taraza—. ¿Solamente la *imagen* de una maligna estupidez?

—Actúa estúpidamente el tiempo bastante, y te convertirás en un estúpido —dijo Odrade—. Perfecciona las imitaciones de tus Danzarines Rostro, y...

—Ocurra lo que ocurra, debemos castigarles —dijo Taraza—. Veo eso muy claramente. Haz que lo traigan aquí.

Después de que Odrade diera la orden, y mientras aguardaban, Taraza dijo:

—El proceso de la educación del gholá se convirtió en algo tremendamente confuso antes incluso de que escaparan del Alcázar de Gammu. Saltó muy por delante de sus maestros para aferrar cosas que sólo estaban sugeridas, y lo hizo a un ritmo alarmantemente acelerado. ¿Quién sabe en qué se habrá convertido ahora?

## Capítulo XXXVII

*Los historiadores ejercen un gran poder, y algunos de ellos lo saben. Recrean el pasado, cambiándolo para que encaje con sus propias interpretaciones. De este modo, cambian también el futuro.*

***Leto II, Su voz, de Dar-es-Balat***

Duncan siguió a su guía a través de la luz del amanecer a un terrible ritmo de marcha. El hombre podía parecer viejo, pero era tan ágil como una gacela y parecía incapaz de cansancio.

Hacía tan sólo unos pocos minutos se habían sacado sus gafas nocturnas. Duncan se alegró de librarse de ellas. Cualquier cosa fuera del alcance de los cristales era pura negrura a la débil luz de las estrellas que se filtraba a través de las pesadas ramas. No había habido mundo delante de él más allá del alcance de las gafas. La visión a ambos lados se estremecía y danzaba... ahora una masa de amarillentos matorrales, ahora dos árboles de tronco plateado, ahora una pared de piedra con una puerta de plastiacerro abierta en ella y protegida por el vibrante azul de un campo de energía, luego un arqueado puente de roca nativa, todo verde y negro bajo sus pies. Después de esto, el arco de una entrada de pulida piedra blanca. Todas las estructuras parecían muy antiguas y caras, conservadas gracias a un costoso trabajo manual.

Duncan no tenía la menor idea de dónde estaba. Nada de aquel terreno encajaba con sus recuerdos de los lejanos días de Giedi Prime.

El alba reveló que estaban siguiendo un sendero de animales flanqueado de árboles que ascendía por una colina. La ascensión se hizo empinada. Vislumbres ocasionales a través de los árboles a su izquierda revelaban un valle. Una niebla baja cubría el cielo, ocultando las distancias, envolviéndoles a medida que ascendían. Su mundo fue haciéndose progresivamente un lugar más pequeño mientras iban perdiendo su conexión con un universo más grande.

En una breve pausa, no para descansar sino para escuchar los ruidos del bosque que les rodeaba, Duncan estudió sus alrededores cubiertos de niebla. Se sentía desplazado, extraído de un universo que poseía el cielo y los rasgos abiertos que lo unían a otros planetas.

Su disfraz era sencillo: cálidas ropas tleilaxu contra el frío, y algodones en las mejillas para hacer que su rostro pareciera más redondeado. Su rizado pelo negro se había vuelto lacio y estirado mediante la aplicación de algún producto químico al calor. Su pelo había sido decolorado hasta adquirir un tono rubio arenoso y ocultado bajo una gorra con visera. Todo su vello púbico había sido afeitado. Apenas se reconoció a sí mismo cuando se miró en el espejo que le tendieron.



*¡Un sucio tleilaxu!*

El artesano que creó aquella transformación era una vieja mujer con resplandecientes ojos grises verdosos.

—Ahora sois un Maestro tleilaxu —dijo—. Vuestro nombre es Wose. Un guía os llevará hasta el siguiente lugar. Lo trataréis como a un Danzarín Rostro si os encontráis con extraños. En todo lo demás, haced lo que él ordene.

Lo condujeron fuera del complejo de la caverna a través de un sinuoso pasadizo, cuyas paredes y techo estaban densamente cubiertos de las musgosas algas grises. En la estrellada oscuridad, lo sacaron del pasadizo a una fría noche y lo depositaron en manos de un invisible hombre, una voluminosa figura con ropas acolchadas.

Una voz detrás de Duncan susurró:

—Este es, Ambitorm. Llévalo.

El guía habló con un acento lleno de guturales:

—Sígueme.

Ató una cuerda de guía en el cinturón de Duncan, ajustó sus gafas nocturnas, y se dio la vuelta. Duncan notó que la cuerda daba un tirón, y emprendieron la marcha.

Duncan reconoció el uso de la cuerda. No era algo para mantenerlo detrás a poca distancia. Podía ver a aquel Ambitorm lo suficientemente claro con las gafas nocturnas. No, la cuerda era para avisarle rápidamente si se encontraban con algún peligro. No era necesaria ninguna orden.

Durante mucho rato a lo largo de la noche atravesaron pequeños cursos de agua bordeados de hielo cruzando un terreno llano. La luz de las lunas tempranas de Gammu penetraba tan sólo ocasionalmente por entre la cobertura de árboles. Finalmente emergieron a una colina baja que dominaba una boscosa extensión toda plateada, con un manto de nieve a la luz lunar. Se metieron en la espesura. Los árboles, aproximadamente de dos veces la altura de su guía, se arqueaban sobre lodosos senderos de animales apenas un poco más amplios que los túneles donde habían iniciado aquel viaje. Era un poco más cálido allí, el calor del estiércol. Casi no penetraba ninguna luz hasta el suelo esponjoso por la putrescente vegetación. Duncan inhaló los fungales olores de la vida vegetal en descomposición. Las gafas nocturnas le mostraban una aparentemente interminable repetición de densas malezas a ambos lados. La cuerda que lo unía a Ambitorm era una tenue seguridad en un mundo alienígena.

Ambitorm no mostró muchos deseos de hablar. Respondió «Sí» cuando Duncan le pidió confirmación de su nombre, luego: «No hables.»

Aquella noche representó una inquietante travesía para Duncan. No le gustaba verse arrastrado hacia sus propios pensamientos. Los recuerdos de Giedi Prime persistían. Aquel lugar no se parecía en nada a lo que recordaba de su juventud pre-ghola. Se preguntó cómo habría aprendido Ambitorm el camino a través de aquellos

lugares y cómo lo recordaba. Un túnel abierto por los animales se parecía mucho a cualquier otro.

El rítmico y firme paso daba tiempo a que los pensamientos de Duncan vagaran.

*¿Debo permitir que la Hermandad me utilice? ¿Qué es lo que les debo?*

Y pensó en Teg, su última y valiente acción para permitir que ellos dos escaparan.

*Yo hice lo mismo por Paul y Jessica.*

Había un lazo que lo unía a Teg, y aferró a Duncan con una punzada de dolor. Teg era leal a la Hermandad. *¿Compró mi lealtad con ese último acto valeroso?*

*¡Malditos sean los Atreides!*

Los esfuerzos de la noche habían incrementado la familiaridad de Duncan con su nueva carne. ¡Cuán joven era aquel cuerpo! Un breve salto hacia atrás, y podía ver aquel último recuerdo pre-ghola; podía sentir la hoja Sardaukar hendiendo su cabeza... una cegadora explosión de dolor y luz. La seguridad de aquella muerte inevitable y luego nada hasta aquel momento con Teg en el no-globo Harkonnen.

El don de otra vida. ¿Era más que un don, o algo distinto? Los Atreides estaban exigiendo otro pago de él.

Durante un tiempo, justo antes del amanecer, Ambitorm lo condujo en una chapoteante carrera a lo largo de un estrecho arroyo cuya helada agua penetró en las impermeables botas de las ropas tleilaxu de Duncan. El curso de agua reflejaba entre los árboles la plateada luz de la luna pre-alba del planeta que colgaba directamente sobre sus cabezas.

La luz del día los vio surgir a un sendero de animales más ancho flanqueado por árboles y trepando la empinada colina. Aquel paso desembocó en un estrecho reborde rocoso bajo una cresta de aserrados peñascos. Ambitorm lo condujo tras una pantalla protectora de matorrales marrón oscuro, cubiertos de nieve semibarrida por el viento. Soltó la cuerda del cinturón de Duncan. Directamente frente a ellos había una ligera depresión en las rocas, no exactamente una cueva, pero Duncan vio que podía ofrecer alguna protección a menos que soplara un viento fuerte sobre la maleza detrás de ellos. No había nieve en el suelo del lugar.

Ambitorm se dirigió hacia el fondo de la depresión y retiró cuidadosamente una capa de helada tierra y varias piedras planas, que ocultaban un pequeño pozo. Alzó un objeto redondo y negro del pozo, y trasteó en él.

Duncan se sentó con las piernas cruzadas bajo el saliente rocoso y estudió a su guía. Ambitorm tenía un rostro hundido con una piel como cuero curtido. Si, aquellos podían pasar por los rasgos de un Danzarín Rostro. Había profundas arrugas en las comisuras de los ojos marrones del hombre. Otras arrugas irradiaban de las comisuras de su delgada boca y trazaban líneas en su amplia frente. Se abrían a ambos lados de la chata nariz y hacían más profundo el hueco de su estrecha barbilla. Las señales del tiempo estaban por todo su rostro.

Unos apetitosos olores empezaron a brotar del objeto negro frente a Ambitorm.

—Comeremos aquí y aguardaremos un poco antes de continuar —dijo Ambitorm.

Hablaba el viejo galach pero con aquel acento gutural que Duncan no había oído nunca antes, con una extraña acentuación en las vocales adyacentes. ¿Era Ambitorm un nativo de Gammu, o procedía de la Dispersión? Obviamente se habían producido muchas variaciones lingüísticas desde los días del Dune de Muad'dib. Duncan reconocía en cuanto a eso que toda la gente en el Alcázar de Gammu, incluidos Teg y Lucilla, hablaban un galach que había derivado del que él había aprendido como niño pre-ghola.

—Ambitorm —dijo Duncan—. ¿Es un nombre de Gammu?

—Puedes llamarme Tormsa —dijo el guía.

—¿Es un apodo?

—Es lo que tú quieras llamarme.

—¿Por qué esa gente de ahí atrás te llama Ambitorm?

—Ese es el nombre que les di.

—¿Pero por qué tú...?

—¿Viviste bajo los Harkonnen, y no aprendiste a cambiar tu identidad?

Duncan guardó silencio. ¿Era eso? Otro disfraz. Ambi... Tormsa no había cambiado su apariencia. Tormsa. ¿Era un nombre tleilaxu?

El guía tendió un tazón humeante a Duncan.

—Bebe un poco para recuperar fuerzas, Wose. Bébelo rápido. Te mantendrá caliente.

Duncan cerró ambas manos en torno al tazón. *Wose. Wose y Tormsa. El Maestro tleilaxu y su acompañante Danzarín Rostro.*

Duncan alzó el tazón hacia Tormsa en el antiguo gesto de los camaradas de batalla Atreides, luego se lo llevó a los labios. ¡Ardía! Pero lo calentó mientras descendía por su esófago. El líquido tenía un ligero sabor dulzón sobre un inidentificable regusto vegetal. Lo apuró hasta el fondo del mismo modo que vio estaba haciendo Tormsa.

*Extraño que no sospeche algún veneno o droga*, pensó Duncan. Pero aquel Tormsa y los demás de la pasada noche tenían algo del Bashar en ellos. El gesto a un camarada en la batalla había surgido de forma natural.

—¿Por qué estás arriesgando tu vida de esta forma? —preguntó Duncan.

—¿Conoces al Bashar, y sin embargo preguntas?

Duncan calló, avergonzado.

Tormsa se inclinó hacia adelante y recuperó el tazón de Duncan. Pronto, toda evidencia de su desayuno había desaparecido oculta bajo las rocas y la tierra.

Aquel alimento hablaba de una cuidadosa planificación, pensó Duncan. Se volvió y se sentó con las piernas cruzadas en el frío suelo. La niebla colgaba aún ahí afuera,

más allá de la maleza protectora. Desnudas ramas de árboles se introducían en la visión formando extrañas configuraciones. Mientras observaba, la niebla empezó a alzarse, revelando los imprecisos contornos de una ciudad en el extremo más alejado del valle.

Tormsa se sentó a su lado.

—Una ciudad muy antigua —dijo—. Un lugar Harkonnen. Mira. —Le tendió a Duncan un pequeño monoscopio—. Ahí es donde iremos esta noche.

Duncan llevó el monoscopio a su ojo izquierdo e intentó enfocar las lentes de aceite. Los controles resultaban poco familiares, completamente distintos a aquellos que había aprendido a usar en su juventud pre-ghola o le habían enseñado en el Alcázar. Lo apartó de su ojo y lo examinó.

—¿Ixiano? —preguntó.

—No. Nosotros lo construimos. —Tormsa se inclinó hacia él y le indicó dos pequeños botones situados encima del tubo negro—. Despacio, aprisa. Empuja hacia la izquierda para ampliación, hacia la derecha para reducción.

Duncan volvió a llevarse el monoscopio al ojo.

¿Quiénes eran los *nosotros* que habían construido aquello?

Un toque al botón de rápido, y la escena saltó hacia su ojo. Había pequeños puntos moviéndose en la ciudad. ¡Gente! Incrementó la amplificación. La gente se convirtió en pequeños muñecos. Con ellos para proporcionarle una referencia para la escala, Duncan se dio cuenta de que la ciudad al otro lado del valle era inmensa... y estaba mucho más lejos de lo que había pensado. Una estructura rectangular aislada de todo lo demás ocupaba el centro de la ciudad, su parte superior perdida entre las nubes. Gigantesca.

Duncan reconocía ahora el lugar. Sus alrededores habían cambiado, pero aquella estructura central estaba clavada en su memoria.

*¿Cuántos de nosotros desaparecieron en ese horrible lugar y nunca regresaron?*

—Novecientas cincuenta plantas —dijo Tormsa, viendo donde tenía enfocada Duncan la mirada—. Cuarenta y cinco kilómetros de largo, treinta kilómetros de ancho. Toda ella construida de plástiacero y plaz blindado.

—Lo sé. —Duncan bajó el monoscopio y se lo devolvió a Tormsa—. Se llamaba Baronía.

—Ysai —dijo Tormsa.

—Así es como la llaman ahora —dijo Duncan—. Yo tengo algunos nombres distintos para ella.

Duncan inspiró profundamente para alejar los antiguos odios. Aquella gente estaba toda muerta. Sólo el edificio permanecía. Y los recuerdos. Examinó la ciudad en torno a aquella enorme estructura. El lugar era una enorme masa de madrigueras. Había espacios verdes por todas partes, cada uno de ellos oculto detrás de altas

paredes. Residencias individuales con parques privados, había dicho Teg. El monoscopio había revelado guardias recorriendo la parte alta de las paredes.

Tormsa escupió en el suelo frente a él.

—Un lugar Harkonnen.

—Lo edificaron para hacer que la gente se sintiera pequeña —dijo Duncan.

Tormsa asintió.

—Pequeña, sin el menor poder.

El guía se había vuelto casi locuaz, pensó Duncan.

Ocasionalmente, durante la noche, Duncan había desafiado la orden de silencio y había intentado entablar conversación.

—¿Qué animales hicieron estos senderos?

Había parecido una pregunta lógica para alguien caminando a lo largo de un sendero hecho obviamente por animales, con su olor prendido aún por todas partes.

—¡No hables! —había restallado Tormsa.

Más tarde, Duncan había preguntado por qué no podían conseguir un vehículo o algo parecido y escapar en él. Incluso un vehículo de superficie sería preferible a aquella penosa marcha a través del campo, donde un camino parecía completamente igual a otro.

Tormsa hizo que se detuvieran en una mancha de luz lunar y miró a Duncan, como si sospechara que su encargo había dejado de tener de pronto sentido.

—¡Los vehículos pueden ser seguidos!

—¿Nadie puede seguirnos yendo a pie?

—Quienes nos sigan tendrán que ir también a pie. Pueden ser matados. Ellos lo saben.

¡Qué lugar tan extraño! Qué lugar tan primitivo.

Al abrigo del Alcázar Bene Gesserit, Duncan no se había dado cuenta de la naturaleza del planeta que lo rodeaba. Más tarde, en el no-globo, había sido extirpado de todo contacto con el exterior. Tenía sus memorias de ghola y de pre-ghola, ¡pero qué inadecuadas resultaban! Cuando pensaba ahora en ello, se daba cuenta de que había indicios. Era obvio que Gammu poseía un rudimentario control del clima. Y Teg había dicho que los monitores orbitales que protegían al planeta de ataques eran de los mejores.

¡Todo para protección, condenadamente tan poco para comodidad! En ese aspecto era igual a Arrakis.

*Rakis*, se corrigió.

Teg. ¿Habría sobrevivido el viejo? ¿Habría sido hecho prisionero? ¿Qué significaba ser capturado allí en estos tiempos? En los viejos días Harkonnen eso significaba un esclavismo brutal. Burzmali y Lucilla. Miró a Tormsa.

—¿Encontraremos a Burzmali y Lucilla en la ciudad?

—Si consiguen llegar.

Duncan bajó la vista a sus propias ropas. ¿Era suficiente disfraz? ¿Un Maestro tleilaxu y su acompañante? La gente pensaría que el acompañante era un Danzarín Rostro, por supuesto. Los Danzarines Rostro eran peligrosos.

Los holgados pantalones eran de algún material que Duncan no había visto antes. Parecía como lana al tacto, pero daba la sensación de ser artificial. Cuando escupías sobre él la saliva no se adhería, y el olor que desprendía no era de lana. Sus dedos detectaron una uniformidad de textura que ningún material natural podía presentar. Las blandas y largas botas y la gorra con visera eran del mismo tejido. Las ropas eran sueltas y holgadas excepto en los tobillos. No estaban acolchadas, sin embargo. Aislantes gracias a algún truco de su manufactura, que atrapaba cámaras de aire entre sus capas. El color era un moteado gris verdoso... un excelente camuflaje allí.

Tormsa iba vestido con ropas similares.

—¿Cuánto tiempo vamos a aguardar aquí? —preguntó Duncan.

Tormsa agitó la cabeza reclamando silencio. El guía estaba sentado ahora, las rodillas alzadas, los brazos rodeando sus piernas, la cabeza inclinada contra sus rodillas, los ojos mirando fijamente al valle.

Durante el viaje nocturno, Duncan había encontrado las ropas notablemente confortables. Excepto aquella ocasión en el agua, sus pies permanecían calientes pero no demasiado. Había espacio suficiente en sus pantalones, camisa y chaqueta como para que su cuerpo se moviera con facilidad. Nada rozaba contra su piel.

—¿Quiénes hacen esas ropas? —había preguntado Duncan.

—Nosotros las hacemos —había gruñido Tormsa—. Guarda silencio.

Aquello no era muy distinto de los días pre-despertar en el Alcázar de la Hermandad, pensó Duncan. Tormsa le estaba diciendo: «No necesitas saber.»

Ahora, Tormsa estiró sus piernas y se desperezó. Pareció relajarse. Miró a Duncan.

—Los amigos en la ciudad señalan que hay buscadores sobre nosotros.

—¿Tópteros?

—Sí.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Harás lo que yo haga y nada más.

—Tú simplemente permaneces sentado aquí.

—Por ahora. Pronto bajaremos al valle.

—¿Pero cómo...?

—Cuando atraviesas un lugar como éste te conviertes en uno de los animales que viven aquí. Mira las huellas, y aprende cómo caminan y cómo se tienden para descansar.

—¿Pero no pueden ver los buscadores la diferencia entre...?

—Si el animal pasta, tú haces los movimientos de pastar. Si llegan los buscadores, tú sigues haciendo lo que estabas haciendo, como haría cualquier animal. Los buscadores estarán muy altos en el aire. Esto es una suerte para nosotros. No pueden distinguir a un animal de un humano a menos que desciendan.

—¿Pero no van a...?

—Ellos confían en sus máquinas y en los movimientos que detectan. Son perezosos. Vuelan alto. De esta forma, la búsqueda es más rápida. Confían en su propia inteligencia para leer sus instrumentos y decir qué es animal y qué es humano.

—De modo que simplemente pasarán sobre nosotros si creen que somos animales salvajes.

—Si dudan, pasarán sobre nosotros una segunda vez. No debemos cambiar el esquema de movimientos una vez hayamos sido rastreados.

Era un largo discurso para el habitualmente taciturno Tormsa. Ahora estudió cuidadosamente a Duncan.

—¿Comprendes?

—¿Cómo sabré cuándo estamos siendo rastreados?

—Te picotearán las entrañas. Sentirás en tu estómago el burbujeo de una bebida que ningún hombre podría tragar.

Duncan asintió.

Rastreadores ixianos.

—No dejes que te alarmen —dijo Tormsa—. Los animales aquí están acostumbrados a ellos. A veces hacen una pausa, pero solamente por un instante, y luego siguen haciendo lo que hacían como si nada hubiera ocurrido. Lo cual, para ellos, es cierto. Es únicamente a nosotros que puede ocurrirnos algo malo.

Finalmente, Tormsa se puso en pie.

—Bajaremos ahora al valle. Sígueme de cerca. Haz exactamente lo que yo haga, y nada más.

Duncan echó a andar detrás de su guía. Pronto estuvieron bajo los protectores árboles. En algún momento durante el trayecto nocturno, se dio cuenta Duncan, había empezado a aceptar aquel lugar en el esquema de otras personas. Una nueva paciencia estaba ocupando su lugar en su consciencia. Y había una cierta excitación, mezclada con curiosidad.

¿Qué tipo de universo había surgido de los tiempos de los Atreides? *Gammu*. En qué extraño lugar se había convertido Giedi Prime.

Lenta pero distintamente, las cosas estaban revelándose, y cada nuevo elemento abría un camino hacia algo más que poder ser aprendido. Podía captar los esquemas tomando forma. Un día, pensó, habría tan sólo un esquema, y entonces sabría por qué lo habían llamado una vez más de entre los muertos.

Sí, era un asunto de ir abriendo puertas, pensó. Abrías una puerta, y eso te

conducía a un lugar donde había otras puertas. Elegías una puerta en este nuevo lugar, y examinabas lo que te revelaba. Podía haber ocasiones en las que te vieras obligado a probar todas las puertas, pero cuantas más puertas abrías, más seguro estabas de qué puerta abrir a continuación. Finalmente una de esas puertas se abriría a un lugar que reconocerías. Entonces dirías:

«Ahhh, esto lo explica todo.»

—Vienen buscadores —dijo Tormsa—. Ahora somos animales pastando. —Se tendió hacia un árbol y arrancó una pequeña rama.

Duncan hizo lo mismo.



## Capítulo XXXVIII

*«Debo gobernar con ojos y garras... como el halcón entre los pájaros inferiores.»*

***Declaración Atreides (Ref: Archivos BG...)***

Al despuntar el día, Teg emergió de la línea de árboles que protegían del viento junto a una carretera principal. La carretera era una ancha y plana calzada... bien apisonada y mantenida limpia de plantas. Diez carriles, estimó Teg, destinados tanto a vehículos como a tráfico peatonal. A aquella hora, la mayor parte del tráfico era peatonal.

Había eliminado la mayor parte del polvo de sus ropas y se había asegurado de que no hubiera signos de su identidad y rango en ellas. Su pelo gris no estaba tan bien peinado como hubiera deseado, pero sólo tenía sus dedos como peine.

El tráfico de la carretera se dirigía hacia la ciudad de Ysai, a varios kilómetros al otro lado del valle. La mañana estaba desprovista de nubes, con una ligera brisa en su rostro en dirección al mar, situado en algún lugar muy lejos a sus espaldas.

Durante la noche había alcanzado un delicado equilibrio con su nueva consciencia. Las cosas fluctuaban en su segunda visión: el conocimiento de cosas a su alrededor antes de que esas cosas ocurrieran, la consciencia de dónde debía colocar el pie en su siguiente paso. Detrás de esto estaba el gatillo reactivo que sabía podía lanzarle a rápidas respuestas que ninguna carne sería capaz de soportar. La razón no podía explicar aquello. Tenía la sensación de caminar precariamente por el borde afilado de un cuchillo.

Por mucho que lo intentara, no podía llegar a ninguna conclusión acerca de lo que le había ocurrido bajo la sonda-T. ¿Era algo parecido a lo que experimentaba una Reverenda Madre en la agonía de la especie? Pero no captaba ninguna acumulación de Otras Memorias surgidas de su pasado. No creía que las Hermanas pudieran hacer lo que él había hecho. La doble visión que le decía qué anticipar a partir de cada movimiento dentro del alcance de sus sentidos parecía un nuevo tipo de verdad.

Los maestros Mentat de Teg siempre le habían asegurado que existía una forma de verdad vital no susceptible de ser probada por el ordenamiento de los hechos habituales. Aparecía algunas veces en fábulas y poesías y a menudo actuaba de forma contraria a los deseos, o así lo decían.

La experiencia más difícil de ser aceptada por un Mentat —decían.

Teg siempre se había reservado su juicio en esta declaración, pero ahora se veía obligado a aceptarla. La sonda-T lo había lanzado por encima del umbral a una nueva realidad.

No sabía por qué había elegido aquel momento en particular para emerger de su escondite, excepto que encajaba en un fluir aceptable de movimiento humano.

La mayor parte de ese movimiento en la carretera estaba compuesto por comerciantes agrícolas llevando grandes cestos con verduras y frutas. Los cestos eran arrastrados tras ellos por medio de suspensores baratos. La vista de toda aquella comida hizo que todo su cuerpo se quejara de hambre, pero se obligó a ignorarla. Con la experiencia de planetas más primitivos en su largo servicio a la Bene Gesserit, vio aquella actividad humana como algo muy poco distinto a la actividad de los granjeros acarreando animales cargados. El tráfico peatonal lo impresionó como una extraña mezcla de antiguo y moderno... granjeros a pie, sus productos flotando detrás de ellos sobre perfectamente ordinarios instrumentos tecnológicos. Excepto por los suspensores, aquella escena era muy parecida a cualquier día similar en el más antiguo pasado de la humanidad. Un animal de carga era un animal de carga, aunque hubiera salido de una línea de montaje en una fábrica ixiana.

Usando su segunda visión, Teg eligió a uno de los campesinos, un hombre rechoncho y de piel oscura con fuertes rasgos y manos callosas. El hombre caminaba con una desafiante sensación de independencia. Llevaba seis anchos cestos llenos con melones de rugosa piel. Su olor era una agonía que le hacía la boca agua a Teg mientras adaptaba su paso al de aquel campesino. Teg caminó en silencio durante unos cuantos minutos, luego aventuró:

—¿Este es el mejor camino para Ysai?

—Es un largo camino —dijo el hombre. Tenía una voz gutural, ligeramente cautelosa.

Teg miró a los cargados cestos.

El campesino miró de reojo a Teg.

—Vamos a un centro comercial. Allí otros toman nuestros productos hasta Ysai.

Mientras hablaban, Teg se dio cuenta de que el granjero lo había guiado (casi conducido) hasta cerca del borde de la calzada. El hombre miró hacia atrás mientras agitaba ligeramente la cabeza, señalando delante de él. Otros tres campesinos se les acercaron y se colocaron junto a Teg y su compañero, de tal modo que sus altos cestos los ocultaron del resto del tráfico.

Teg se tensó. ¿Qué estaban planeando? No captaba ninguna amenaza, sin embargo. Su doble visión no detectaba nada violento en su vecindad inmediata.

Un pesado vehículo pasó junto a ellos a toda velocidad y se perdió hacia adelante. Teg supo de su paso únicamente por el olor del combustible quemado, el viento que agitó los cestos, el roncar de un poderoso motor y la súbita tensión de sus compañeros. Los altos cestos ocultaron completamente el paso del vehículo.

—Hemos estado buscándoos para protegeros, Bashar —dijo el campesino a su lado—. Hay muchos que os están dando caza, pero ninguno de ellos está con nosotros

por aquí.

Teg lanzó al hombre una sorprendida mirada.

—Servimos con vos en Renditai —dijo el campesino.

Teg tragó saliva. ¿*Renditai*? Necesitó un momento para recordarlo... tan sólo una disputa menor en su larga historia de conflictos y negociaciones.

—Lo siento, pero no conozco tu nombre —dijo Teg.

—Alegraos de no conocer nuestros nombres. Es mejor así.

—Pero os estoy agradecido.

—Este es un pequeño pago que nos sentimos orgullosos de hacer, Bashar.

—Debo ir a Ysai —dijo Teg.

—Es peligroso allí.

—Es peligroso en cualquier parte.

—Supusimos que iríais a Ysai. Alguien acudirá pronto para llevaros bien oculto. Ahhh, ahí llega. Nosotros no os hemos visto, Bashar. No habéis estado nunca aquí.

Uno de los otros campesinos se hizo cargo del remolque con la carga de su compañero, tirando de dos hileras de cestos mientras el campesino que Teg había elegido empujaba a Teg bajo una cuerda de remolque y dentro de un oscuro vehículo. Teg apenas entrevió brillante plástiacero y plaz en el momento en que el vehículo frenaba su marcha tan sólo el tiempo necesario para recogerle. La puerta se cerró secamente tras él, y se encontró en un blando asiento acolchado, solo en la parte de atrás de un vehículo de superficie. El vehículo aceleró tan pronto como hubo dejado atrás el grupo de campesinos. Las ventanillas en torno a Teg habían sido oscurecidas, proporcionándole una visión imprecisa de las escenas que pasaban por su lado. El conductor era una confusa silueta.

Aquella primera oportunidad de relajarse en un cálido confort desde su captura estuvo a punto de sumir a Teg en el sueño. No captaba ninguna amenaza. Su cuerpo aún le dolía de todo lo que le había exigido y de las agonías de la sonda-T.

Se dijo a sí mismo, sin embargo, que debía permanecer despierto y alerta.

El conductor se inclinó hacia un lado y habló por encima de su hombro, sin volverse.

—Han estado buscándoos durante dos días, Bashar. Algunos pensaban que habíais salido del planeta.

¿*Dos días*?

El aturdidor y cualquiera otra cosa que le hubieran hecho lo había dejado inconsciente durante largo tiempo. Aquello no hizo más que añadirse a su hambre. Intentó hacer que el crono implantado en su carne actuara contra sus centros de visión, y únicamente osciló como había hecho cada vez que lo había consultado desde la sonda-T. Su sentido del tiempo y todas las referencias relativas a él habían cambiado.

*Así que algunos piensan que he abandonado Gammu.*

Teg no preguntó quién lo buscaba. Los tleilaxu y la gente de la Dispersión habían estado implicados en aquel ataque y en la subsiguiente tortura.

Miró a su alrededor. Estaba en uno de esos hermosos y antiguos vehículos de superficie de antes de la Dispersión, con las marcas de la más fina manufactura ixiana en él. Nunca había ido antes en uno de ellos, pero los conocía. Los restauradores los tomaban y los renovaban, los reconstruían... devolviéndoles aquella antigua sensación de calidad. A Teg le habían dicho que esos vehículos eran encontrados a menudo en los más extraños lugares, en viejos edificios derrumbados, en depósitos de chatarra, encerrados en almacenes de maquinaria, en granjas.

Su conductor se inclinó de nuevo ligeramente hacia un lado y habló por encima de un hombro:

—¿Tenéis alguna dirección donde deseáis que os lleve en Ysai, Bashar?

Teg recordó los puntos de contacto que había identificado en su primera gira en Gammu y le dio uno de ellos al hombre.

—¿Conoces ese lugar?

—Es antes que nada un establecimiento de citas y bebidas, Bashar. He oído que sirven también buena comida, pero cualquiera puede entrar si tiene el dinero necesario.

Sin saber por qué había hecho aquella elección en particular, Teg dijo:

—Probaremos. —No creyó necesario decirle al conductor que había salones privados en aquella dirección que le había dado.

La mención de la comida trajo de vuelta los calambres en su estómago. Los brazos de Teg empezaron a temblar, y necesitó varios minutos para recuperar la calma. Se dio cuenta de que las actividades de la última noche habían agotado todas sus reservas. Lanzó una mirada inquisitiva al interior del vehículo, preguntando si no habría algo de comer o de beber ahí dentro. La restauración del vehículo había sido realizada con amoroso cuidado, pero no vio ningún compartimiento disimulado.

Esos vehículos no eran en absoluto raros en algunas zonas, pero todo en ellos hablaba de riqueza. ¿Quién sería el propietario de aquél? No el conductor, evidentemente. Tenía todos los signos de un empleado. Pero si había sido enviado un mensaje para que aquel coche lo recogiera, eso quería decir que había otras personas que conocían la localización de Teg.

—¿No podemos ser parados y registrados? —preguntó Teg.

—No este coche, Bashar. Pertenece al Banco Planetario de Gammu.

Teg asimiló silenciosamente aquello. Aquel banco había sido uno de sus puntos de contacto. Había estudiado cuidadosamente las ramificaciones clave durante su gira de inspección. Aquel recuerdo lo llevó de vuelta a sus responsabilidades como guardián del ghola.

—Mis compañeros —aventuró Teg—. ¿Están...?  
—Otros llevan eso por la mano, Bashar. No podría deciros.  
—¿Cuándo podré...?  
—Cuando estéis a salvo, Bashar.  
—Por supuesto.

Teg se reclinó en los almohadones y estudió lo que le rodeaba. Aquellos vehículos de superficie habían sido contruidos con mucho plaz y casi indestructible plastiacero. Pero había otras cosas que se deterioraban con el tiempo... las tapicerías, los remates, los componentes electrónicos, las instalaciones de los suspensores, los tubos de escape. Y los adhesivos se deterioraban, no importaba como uno los preservara. Los restauradores habían conseguido que éste pareciera como si apenas hubiera acabado de salir de la línea de montaje de la factoría... el brillo mate de los metales, la tapicería amoldándose a uno con un ligero crujir. Y el olor: ese indefinible aroma a nuevo, una mezcla de pulimento y finas telas con apenas un atisbo de ozono procedente del suave funcionamiento de la electrónica. Nada en ello, sin embargo, apuntaba un olor comida.

—¿Falta mucho para Ysai? —preguntó Teg.

—Otra media hora, Bashar. ¿Hay algún problema que requiera más velocidad? No desearía atraer...

—Me estoy muriendo de hambre.

El conductor miró a derecha e izquierda. Ya no había campesinos por ahí. La carretera estaba casi vacía excepto dos pesados remolques de transporte con sus tractores arrastrándolos en el carril de la derecha, y un gran autocamión con una enorme recolectora de frutas montada en su caja.

—Es peligroso entretenernos mucho —dijo el conductor. Pero conozco un lugar donde creo que podré conseguir que os proporcionen al menos un rápido tazón de sopa.

—Cualquier cosa será bienvenida. No he comido en dos días y he tenido que desplegar mucha actividad.

Llegaron a un cruce, y el conductor giró a la izquierda hacia un estrecho sendero que atravesaba una extensión de altas coníferas regularmente espaciadas. Finalmente giró hacia un pequeño camino por entre los árboles. El bajo edificio al final de aquel camino estaba contruido con piedra oscura, con un tejado de plaz negro. Las ventanas eran estrechas, y brillaron con protectores cañones de aturdidores.

—Aguardad un momento, señor —dijo el conductor. Salió, y Teg pudo echarle su primera mirada al rostro del hombre: extremadamente delgado, con una larga nariz y una afilada boca. La huella visible de la reconstrucción quirúrgica marcaba sus mejillas. Sus ojos resplandecían plateados, obviamente artificiales. Se alejó y entró en la casa. Cuando regresó, abrió la portezuela de Teg—. Por favor, id rápido, señor.

Dentro están calentándoos sopa. He dicho que sois un banquero. No necesitáis pagar.

El suelo crujió bajo sus pies. Teg tuvo que agacharse ligeramente para cruzar el umbral. Penetró en un oscuro vestíbulo, panelado de madera y con una bien iluminada habitación al fondo. El olor a comida lo atrajo como un imán. Sus brazos temblaron de nuevo. Había sido instalada una pequeña mesa junto a una ventana con una vista de un jardín cerrado y cubierto. Arbustos cargados con flores rojas casi ocultaban la pared de piedra que delimitaba el jardín. Plaz translúcido amarillo cubría el espacio, bañándolo con una veraniega luz artificial. Teg se dejó caer agradecido en la única silla que había junto a la mesa. Estaba cubierta con un mantel blanco, con un adorno en relieve en todo su borde. Había una única cuchara sopera.

Una puerta crujió a su derecha, y apareció una figura rechoncha llevando un tazón humeante. El hombre vaciló cuando vio a Teg, luego depositó el tazón sobre la mesa, situándolo delante suyo. Alertado por aquella vacilación, Teg se obligó a ignorar el tentador aroma que serpenteaba hacia su nariz, y en vez de ello se concentró en su compañero.

—Es una buena sopa, señor. Yo mismo la hice.

Una voz artificial. Teg vio las cicatrices a los lados de la mandíbula. El hombre tenía una apariencia de antiguo mecánico... una cabeza casi sin cuello unida a unos robustos hombros, brazos que parecían extrañamente articulados en hombros y codos, piernas que daban la impresión de doblarse únicamente por las caderas. Ahora permanecía inmóvil, pero había entrado con unas oscilaciones ligeramente bruscas que decían que casi todo él era reemplazos artificiales. La expresión de sufrimiento en sus ojos no podía ser dejada a un lado.

—Sé que mi aspecto no es muy agradable, señor —raspó el hombre—. Resulté arruinado en la explosión de Alajory.

Teg no tenía la menor idea de lo que podía ser la explosión de Alajory, pero obviamente se suponía que debía saberlo. De todos modos, «arruinado» era una interesante acusación contra el Destino.

—Me estaba preguntando si te conocía —dijo Teg.

—Nadie conoce a nadie aquí —dijo el hombre—. Comed vuestra sopa. —Señaló hacia arriba, hacia el retorcido extremo de un inmóvil detector, revelando en el brillo de sus luces que había registrado los alrededores sin encontrar ningún veneno. La comida es segura aquí.

Teg contempló el líquido marrón oscuro en su tazón. En él eran visibles trozos de sólida carne. Tomó la cuchara. Su temblorosa mano hizo dos intentos antes de conseguir sujetarla, e incluso entonces derramó la mayor parte del líquido fuera de la cuchara antes de poder alzarla un milímetro.

Una mano firme sujetó la muñeca de Teg, y la voz artificial habló suavemente en su oído:

—No sé lo que os hicieron, Bashar, pero nadie va a haceros ningún daño aquí sin pasar antes por mi cadáver.

—¿Me conoces?

—Muchos morirían por vos, Bashar. Mi hijo vive gracias a vos.

Teg dejó que el hombre lo ayudara. Hizo un esfuerzo para tragar la primera cucharada. El líquido era fuerte, caliente y sedante. Su mano acabó afirmándose, e hizo una seña al hombre para que soltara su muñeca.

—¿Más, señor?

Teg se dio cuenta entonces de que había vaciado el tazón. Se sintió tentado a decir «sí», pero el conductor había dicho que se apresurara.

—Gracias, pero debo irme.

—No habéis estado nunca aquí, señor —dijo el hombre.

Cuando estuvieron de nuevo en la carretera principal, Teg se recostó contra los almohadones del vehículo y reflexionó en la curiosa cualidad resonante de lo que aquel hombre *arruinado* había dicho. Las mismas palabras que había utilizado el campesino: «No habéis estado nunca aquí». Daba la sensación de ser una respuesta común, y decía algo acerca de los cambios producidos en Gammu desde que Teg había sobrevolado el lugar.

Entraron en las afueras de Ysai, y Teg se preguntó si debería buscar algún disfraz. El hombre *arruinado* lo había reconocido rápidamente.

—¿Dónde me están buscando ahora las Honoradas Matres? —preguntó.

—Por todas partes, Bashar. No podemos garantizar vuestra seguridad, pero se están dando pasos para ello. Comunicaré dónde os he dejado.

—¿Han dicho por qué me buscan?

—Ellas nunca dan explicaciones, Bashar.

—¿Cuánto tiempo hace que están en Gammu?

—Demasiado, señor. Desde que yo era un niño y era un subalterno en Renditai.

*Un centenar de años como mínimo, pensó Teg. Tiempo para reunir muchas fuerzas en sus manos... si hay que creer en los temores de Taraza.*

Teg creía en ellos.

—No confiéis en nadie en quien esas ramera puedan influenciar —había dicho Taraza.

Teg no captaba ninguna amenaza contra él en su actual posición, sin embargo. Lo único que podía hacer era absorber el secreto que obviamente le rodeaba ahora. No presionó en busca de más detalles.

Se habían adentrado mucho en Ysai, y captó la negra mole de la antigua sede de la Baronía Harkonnen a través de las ocasionales aberturas entre las paredes que rodeaban las grandes residencias privadas. El vehículo giró metiéndose en una calle de pequeños establecimientos comerciales: edificios baratos contruidos en su mayor

parte con materiales de desecho que mostraban sus orígenes en su pobre mezcolanza de texturas y colores. Signos chillones advertían que las mercancías del interior eran las más finas, los servicios de reparación mejores que en cualquier otro lugar.

No era que Ysai se hubiera deteriorado o echado a perder, pensó Teg. El desarrollo allí se había desviado hacia algo peor que la simple fealdad. Alguien había elegido hacer aquel lugar repelente. Esa era la clave de la mayoría de lo que veía en la ciudad.

El tiempo no se había detenido allí, había retrocedido. Aquella no era una ciudad moderna llena de eficientes medios de transporte y acondicionados edificios habitables. Era un desorden al azar, antiguas estructuras unidas a antiguas estructuras, algunas construidas según gustos personales y algunas otras obviamente diseñadas para cubrir alguna necesidad desaparecida hacía mucho tiempo. Todo en Ysai ofrecía un aspecto de desorden que bordeaba en cada momento el caos. Lo que la salvaba, sabía Teg, era el viejo esquema de vías públicas a lo largo de las cuales había ido creciendo aquel batiburrillo. El caos era contenido a la puerta, pese a que el esquema de las calles no se conformaba tampoco a ningún plan general. Las calles se unían y se cruzaban en extraños ángulos, casi nunca rectos. Visto desde el aire, el lugar era un loco entrecruzado con tan sólo el gigantesco rectángulo negro de la antigua Baronía para hablar de un plan organizado. El resto era una rebelión arquitectónica.

Teg vio de pronto que aquel lugar era una mentira cubriendo otras mentiras, basadas en anteriores mentiras, todo ello tan inextricablemente ligado que nunca se podría cavar lo suficientemente profundo como para alcanzar ninguna verdad útil. Todo Gammu era así. ¿Dónde había tenido su inicio aquella locura? ¿Estaba en el modo de actuar Harkonnen?

—Ya hemos llegado, señor.

El conductor se detuvo junto al bordillo frente a un edificio sin ventanas, todo él liso plastiaceró negro y con una sola puerta al nivel del suelo. No había sido empleado en su construcción ningún material de recuperación. Teg reconoció el lugar: el escondite que había elegido. Cosas inidentificadas parpadearon en la segunda visión de Teg, pero no captó ninguna amenaza inmediata. El conductor abrió la portezuela de Teg y se echó a un lado.

—No hay mucha actividad aquí a esta hora, señor. Yo de vos entraría rápidamente.

Sin mirar atrás, Teg cruzó la estrecha acera y penetró en el edificio... un pequeño vestíbulo brillantemente iluminado, todo él de bruñido plást blanco, y tan sólo hileras de com-ojos para recibirle. Se metió en un tubo ascensor y pulsó las coordenadas que recordaba. Sabía que aquel tubo ascendía en ángulo a través del edificio hasta la planta cincuenta y siete y la parte de atrás, donde había algunas ventanas. Recordaba un salón privado tapizado de rojos oscuros y con pesados muebles marrones, una



mujer de ojos duros con los obvios signos del adiestramiento Bene Gesserit, pero ninguna Reverenda Madre.

El tubo lo dejó en la habitación recordada, pero no había nadie allí para recibirle. Teg miró a su alrededor, a los sólidos muebles marrones. Cuatro ventanas a lo largo de la pared del fondo quedaban ocultas tras gruesas cortinas rojo oscuro.

Teg supo que había sido visto. Aguardó pacientemente, utilizando su recién adquirida doble visión para anticipar problemas. No había ninguna indicación de ataque. Se situó en posición a un lado de la salida del tubo, miró una vez más a su alrededor.

Teg tenía una teoría acerca de la relación entre las habitaciones y sus ventanas... el número de ventanas, su situación, su tamaño, su altura con respecto al suelo, la relación entre el tamaño de la habitación y el tamaño de las ventanas, la altura de la habitación, ventanas con cortinas fijas o móviles, y todo eso interpretado a la manera Mentat contra el conocimiento de los usos para los que estaba destinada la habitación. Las habitaciones podían encajar con una especie de ley del más fuerte definida con una extrema sofisticación. Las utilizaciones de emergencia podían echar al traste esas distinciones, pero de otro modo podía confiarse con bastante seguridad en ellas.

La falta de ventanas en una habitación por encima del nivel del suelo traía consigo un mensaje particular. Si había seres humanos ocupando una tal habitación, eso no significaba necesariamente que la meta principal fuera el secreto. Había visto signos inconfundibles en emplazamientos escolares de que las clases sin ventanas eran a la vez un retiro del mundo exterior y una intensa declaración de desagrado hacia los niños.

Esta habitación, sin embargo, presentaba algo diferente: un secreto condicional, más la necesidad de mantener ocasionalmente una vigilancia sobre aquel mundo exterior. *Secreto protector cuando es necesario*. Su opinión quedó reforzada cuando cruzó la habitación y apartó a un lado una de las cortinas. Las ventanas estaban recubiertas de plaz triple blindado. ¡Bien! Mantener la vigilancia sobre aquel mundo exterior podía desencadenar un ataque. Esa era la opinión de quien había ordenado que la habitación fuera protegida de aquella manera.

Una vez más, Teg corrió hacia un lado la cortina. Miró a las brillantes esquinas. Reflectores prismáticos amplificaban allí la vista a lo largo de la pared adyacente hacia los dos lados y desde el suelo hasta el tejado.

*¡Bien!*

Su anterior visita no le había proporcionado tiempo para aquel atento examen, pero ahora efectuó algunas consideraciones más positivas. Una habitación interesante. Teg dejó caer la cortina justo a tiempo para ver a un hombre alto entrar por la abertura del tubo.

La doblada visión de Teg le proporcionó una firme predicción acerca del

desconocido. Aquel hombre traía consigo un oculto peligro. El recién llegado era claramente militar... la forma en que se movía, su ojo rápido para los detalles que solamente un oficial entrenado y con experiencia podría observar. Y había algo más en su actitud que hizo que Teg se envarara. ¡Era un traidor! Un mercenario disponible para quien pagara más.

—Condenadamente horrible la forma en que os trataron —saludó el hombre a Teg. Su voz era la de un profundo barítono, con un inconsciente toque de poder personal en ella. Teg no había oído nunca antes su acento. ¡Era alguien de la Dispersión! Un Bashar o su equivalente, estimó Teg.

Sin embargo, no había ninguna indicación de un ataque inmediato.

Al ver que Teg no respondía, el hombre dijo:

—Oh, lo siento. Soy Muzzafar. Jafa Muzzafar, comandante regional de las fuerzas de Dur.

Teg nunca había oído hablar de las fuerzas de Dur.

Las preguntas se apiñaron en la mente de Teg, pero se las guardó para sí. Cualquier cosa que dijera podía traicionar debilidad.

¿Dónde estaba la gente con la que se había encontrado antes? *¿Por qué elegí este lugar?* La decisión había sido efectuada con una tal seguridad interior.

—Por favor, poneos cómodo —dijo Muzzafar, indicando un pequeño diván con una mesita baja frente a él—. Os aseguro que nada de lo que os ha ocurrido fue responsabilidad mía. Intenté detenerlo apenas supe de ello, pero vos... —ya habías abandonado la escena.

Teg oyó ahora el otro elemento en la voz de aquel Muzzafar: cautela, bordeando el miedo. Así que este hombre había oído o quizá visto la cabaña y el claro.

—Fue condenadamente listo por vuestra parte —dijo Muzzafar—. Mantener vuestras fuerzas de ataque a la espera hasta que vuestros captores estuvieron concentrados en intentar arrancaros información. ¿Llegaron a saber algo?

Teg agitó silenciosamente la cabeza de uno a otro lado. Se sentía al borde de iniciar una respuesta de ataque, pero seguía sin captar ninguna violencia inmediata allí. ¿Qué era lo que estaban haciendo aquellos Perdidos? Pero Muzzafar y su gente habían extraído unas conclusiones equivocadas de lo que había ocurrido en la habitación de la sonda-T. Aquello estaba claro.

—Por favor, sentaos —dijo Muzzafar.

Teg ocupó el lugar ofrecido en el diván.

Muzzafar se sentó en un mullido sillón frente a Teg, formando con él un ligero ángulo al otro lado de la mesilla. Había una agazapada sensación de alerta en él. Estaba preparado para la violencia.

Teg estudió al hombre con interés. Muzzafar no había revelado ningún auténtico rango... sólo comandante. Un tipo alto con un ancho y rojizo rostro y una gran nariz.

Los ojos eran verdigrises y tenían el truco de enfocarse justo detrás del hombro derecho de Teg cuando alguno de los dos hablaba. Teg había conocido en una ocasión a un espía que hacía lo mismo.

—Bien, bien —dijo Muzzafar—. He leído y oído mucho de vos desde que llegué aquí.

Teg siguió estudiándolo en silencio. Muzzafar llevaba el pelo muy corto, y una cicatriz púrpura de unos tres milímetros de largo cruzaba el borde de su cuero cabelludo encima de su ojo izquierdo. Llevaba una chaqueta abierta, forrada, de color verde claro, y unos pantalones a juego... no exactamente un uniforme, pero había un sentido de limpieza en él que hablaba de una larga costumbre de escupir y frotar. Los zapatos lo atestiguaban. Teg pensó que probablemente podría ver su propio reflejo en sus superficies marrón claro si se acercaba lo suficiente.

—Nunca esperé conoceros personalmente, por supuesto —dijo Muzzafar—. Lo considero un gran honor.

—Sé muy poco acerca de vos, excepto que mandáis una fuerza de la Dispersión —dijo Teg.

—¡Hmmmm! No es saber mucho, realmente.

Una vez más, los retortijones del hambre aferraron a Teg. Su mirada se posó en el botón al lado de la abertura del tubo, que, recordaba, llamaría a un sirviente. Aquel era un lugar donde los seres humanos realizaban el trabajo normalmente encomendado a los autómatas, una excusa para mantener una fuerza importante reunida y preparada.

Interpretando mal el interés de Teg en la abertura del tubo, Muzzafar dijo:

—Por favor, no penséis en marcharos. He mandado llamar a mi propio médico para que os eche una mirada. Estará aquí en cualquier momento. Os agradecería que permanecierais quieto hasta que llegue.

—Estaba simplemente pensando en ordenar algo de comida —dijo Teg.

—Os aconsejo que esperéis hasta que el doctor os haya echado una mirada. Los aturdidores dejan algunos efectos secundarios desagradables.

—Así que lo sabéis.

—Lo sé todo acerca del maldito fracaso. Vos y vuestro hombre Burzmali sois una fuerza a la que hay que tener en cuenta.

Antes de que Teg pudiera responder, la abertura del tubo dejó pasar a un hombre alto con un traje rojo de una pieza con una chaqueta, un hombre tan huesudo que sus ropas parecían agitarse y revolotear a su alrededor. El tatuaje diamantino de doctor Suk había sido quemado en su alta frente, pero la señal era anaranjada y no negra como de costumbre. Los ojos del doctor estaban ocultos por unas lentillas de color naranja brillante que ocultaban su auténtico color.

*¿Un adicto de algún tipo?*, se preguntó Teg. No había ningún olor de los

narcóticos familiares a su alrededor, ni siquiera melange. Había un olor acre, sin embargo, casi como de fruta.

—¡Ah, ahí estáis, Solitz! —dijo Muzzafar. Hizo un gesto hacia Teg—. Hacedle una buena exploración. Un aturdidor le golpeó ayer a última hora.

Solitz extrajo un reconocible analizador Suk, compacto y manejable con una sola mano. Su campo sonda producía un ligero zumbido.

—Así que sois un doctor Suk —dijo Teg, mirando significativamente la mancha anaranjada en su frente.

—Sí, Bashar. Mi adiestramiento y condicionamiento son los mejores en nuestra antigua tradición.

—Nunca vi la marca identificadora de ese color —dijo Teg.

El doctor pasó su analizador en torno a la cabeza de Teg.

—El color del tatuaje no representa ninguna diferencia, Bashar. Lo que está detrás de todo eso es lo que cuenta.

—Bajó el analizador hasta los hombros de Teg, luego hacia abajo a lo largo de su cuerpo.

Teg aguardó a que el zumbido se detuviera.

El doctor retrocedió y se dirigió a Muzzafar:

—Está completamente bien, Mariscal de Campo. Notablemente bien, considerando su edad, pero necesita desesperadamente alimentos.

—Sí... bien, estupendo entonces, Solitz. Ocupaos de eso. El Bashar es nuestro huésped.

—Ordenaré una comida de acuerdo con sus necesidades —dijo Solitz—. Comedla lentamente, Bashar. —Solitz dio una enérgica media vuelta que hizo chasquear su chaqueta y sus perneras. El tubo se lo tragó.

—¿Mariscal de Campo? —preguntó Teg.

—Una reminiscencia de los antiguos títulos en Dur —dijo Muzzafar.

—¿Dur? —aventuró Teg.

—¡Estúpido de mí! —Muzzafar extrajo una pequeña caja de un bolsillo lateral de su chaqueta y sacó un delgado cuadernillo. Teg reconoció un holostato similar al que había llevado consigo durante su largo servicio... imágenes del hogar y de la familia. Muzzafar colocó el holostato sobre la mesa entre ellos y pulsó el botón de control.

La imagen a todo color de una boscosa extensión de verde jungla cobró vida en miniatura encima de la mesa.

—Mi hogar —dijo Muzzafar—. La casa de árbol en el centro, ahí. —Uno de sus dedos señaló un lugar en la proyección—. La primera que me obedeció. La gente se rió de mí por elegir la primera de esta forma y aferrarme a ella.

Teg miró a la proyección, consciente de una profunda tristeza en la voz de Muzzafar. El árbol señalado era un cenceño agrupamiento de delgados tallos con

brillantes bulbos azules colgando de sus extremos.

*¿Casa de árbol?*

—Más bien delgada, lo sé —dijo Muzzafar, retirando su dedo de la proyección—. No segura en absoluto. Tuve que defenderme unas cuantas veces en los primeros meses con ella. Pero he llegado a quererla. Y todas ellas responden a eso, ya sabe. ¡Es el mejor hogar en todos los valles profundos ahora, por la Roca Eterna de Dur!

Muzzafar contempló la desconcertada expresión de Teg.

—¡Maldita sea! Aquí no hay casas de árbol, por supuesto. Debéis perdonar mi aplastante ignorancia. Tenemos mucho que aprender los unos de los otros, creo.

—Lo habéis llamado hogar —dijo Teg.

—Oh, sí. Con la adecuada dirección, una vez aprenden a obedecer, por supuesto, las casas de árbol crecen por sí mismas hasta convertirse en magníficas residencias. Eso solamente toma cuatro o cinco estándares.

*Estándares*, pensó Teg. Así que los Perdidos seguían utilizando el Año Standard.

La abertura del tubo silbó, y una mujer joven con un delantal azul penetró en la habitación arrastrando una bandeja sostenida por suspensores, que colocó cerca de la mesa frente a Teg. Sus ropas eran del tipo que Teg había visto durante su inspección original, pero el agradable rostro redondo que se volvió hacia él no le era familiar. Su cuero cabelludo había sido depilado, dejando a la vista una extensión de prominentes venas. Sus ojos eran de un color azul acuoso, y había algo furtivo en su actitud. Abrió la tapa de la bandeja, y los intensos olores de la comida llegaron al olfato de Teg.

Teg se sintió alertado, pero no captó ninguna amenaza inmediata. Podía verse a sí mismo comiendo aquellos alimentos sin ningún efecto nocivo.

La mujer joven colocó una hilera de platos sobre la mesa frente a él, y dispuso los cubiertos expertamente a un lado.

—No tengo rastreador, pero probaré antes la comida si queréis —dijo Muzzafar.

—No es necesario —dijo Teg. Sabía que aquello suscitaría preguntas, pero tenía la sensación de que sospecharían que era un Decidor de Verdad. La mirada de Teg se clavó en la comida. Sin ninguna decisión consciente, se inclinó hacia adelante y empezó a comer. Familiarizado con el hambre Mentat, se sorprendió ante sus propias reacciones. Utilizar el cerebro en modo Mentat consumía calorías en una proporción alarmante, pero aquella sensación que lo empujaba ahora era una nueva necesidad. Sentía su propia supervivencia controlando sus acciones. Aquel hambre iba más allá que cualquiera de sus anteriores experiencias. La sopa que había comido con una cierta precaución en la casa del hombre *arruinado* no había despertado una reacción tan exigente.

*El doctor Suk eligió correctamente*, pensó Teg. Aquella comida había sido seleccionada directamente a partir del resumen del analizador.

La mujer joven siguió depositando más platos de bandejas solicitadas vía tubo.

Teg tuvo que levantarse a mitad de la comida y acudir al cuarto de baño contiguo, consciente allí de los ocultos com-ojos que lo mantenían bajo vigilancia. Supo por sus reacciones físicas que su sistema digestivo se había acelerado a un nuevo nivel de necesidad corporal. Cuando regresó a la mesa, se sentía tan hambriento como si no hubiera comido.

La mujer que le servía empezó a mostrar signos de sorpresa y luego de alarma. Sin embargo, siguió trayendo más comida a petición suya.

Muzzafar observaba con creciente desconcierto, pero no dijo nada.

Teg notó el reajuste corporal que le proporcionaba la comida, el exacto ajuste calórico que el doctor Suk había ordenado. Sin embargo, no había pensado obviamente en la cantidad. La muchacha obedecía a sus peticiones en una especie de shock sonámbulo.

Finalmente, Muzzafar dijo:

—Debo decir que nunca antes había visto a nadie comer tanto de una sola sentada. No puedo comprender cómo lo hacéis. Ni por qué.

Teg se echó hacia atrás en su asiento, satisfecho al fin, sabiendo que había suscitado cuestiones que no podrían ser respondidas sinceramente.

—Se trata de algo Mentat —mintió—. He pasado por unas circunstancias realmente extenuantes.

—Sorprendente —dijo Muzzafar. Se puso en pie.

Cuando Teg empezó a ponerse en pie también, Muzzafar le hizo un gesto de que siguiera sentado.

—No es necesario. Hemos preparado aposentos para vos en la habitación contigua. Será más seguro que no os mováis todavía de aquí.

La mujer joven se marchó con las bandejas vacías.

Teg estudió a Muzzafar. Algo había cambiado durante la comida. Muzzafar lo observaba con una mirada fríamente calculadora.

—Lleváis un comunicador implantado —dijo Teg—. Habéis recibido nuevas órdenes.

—No sería aconsejable que vuestros amigos atacaran este lugar —dijo Muzzafar.

—¿Creéis que éste es mi plan?

—¿Cuál es vuestro plan, Bashar?

Teg sonrió.

—Muy bien. —La mirada de Muzzafar se desenfocó mientras escuchaba a su comunicador. Cuando se concentró de nuevo en Teg, su mirada tenía la expresión de un predador. Teg se sintió abofeteado por aquella mirada, reconociendo que alguien más estaba acudiendo a aquella estancia. El Mariscal de Campo pensaba en aquel nuevo desarrollo de los acontecimientos como en algo extremadamente peligroso para su huésped, pero Teg no vio nada que pudiera derrotar a sus nuevas habilidades.

—Pensáis que soy un prisionero —dijo Teg.

—¡Por la Roca Eterna, Bashar! ¡No sois lo que yo esperaba!

—La Honorada Madre que está viniendo, ¿qué es lo que espera? —preguntó Teg.

—Bashar, os lo advierto: no empleéis ese tono con ella. No tenéis ni la más ligera idea de lo que está a punto de ocurriros.

—Una Honorada Madre es lo que está a punto de ocurrirme —dijo Teg.

—¡Y espero que os derraméis en ella!

Muzzafar dio media vuelta y se marchó por el tubo.

Teg se quedó mirando su marcha. Podía ver el parpadeo de la segunda visión como una luz destellando en torno al tubo. La Honorada Madre estaba cerca, pero aún no estaba preparada para entrar en aquella habitación. Primero, consultaría con Muzzafar. El Mariscal de Campo no iba a poder decirle a aquella peligrosa mujer nada realmente importante.

## Capítulo XXXIX

*La memoria nunca recaptura la realidad. La memoria reconstruye. Todas las reconstrucciones cambian el original, convirtiéndose en marcos externos de referencia que inevitablemente se quedan cortos.*

### **Manual Mentat**

Lucilla y Burzmali entraron en Ysai desde el sur por un barrio de clase baja con luces muy espaciadas en las calles. Faltaba sólo una hora para la medianoche, y sin embargo la gente llenaba las calles. Algunos caminaban tranquilamente, algunos charlaban con un vigor enaltecido por las drogas, algunos sólo observaban expectantes. Se apiñaban en las esquinas, y dedicaron a Lucilla una fascinada atención a su paso.

Burzmali la urgió a caminar más aprisa, un ansioso cliente anhelante de estar a solas con ella. Lucilla siguió dedicando su atención a la gente.

¿Qué hacían allí? Aquellos hombres aguardando en los portales. ¿Qué era lo que esperaban? Trabajadores con pesados delantales emergiendo de un amplio callejón mientras Lucilla y Burzmali pasaban. De ellos emanaba un intenso olor a aguas fecales y sudor. Los trabajadores, casi divididos por igual en hombres y mujeres, eran altos, de cuerpos musculosos y gruesos brazos. Lucilla no pudo imaginar cuál era su ocupación, pero eran todos de un mismo tipo, y le hicieron darse cuenta de lo poco que sabía de Gammu.

Los trabajadores carraspearon y escupieron hacia un lado al tiempo que emergían a la noche. *¿Librándose de algún contaminante?*

Burzmali acercó su boca al oído de Lucilla y susurró:

—Esos trabajadores son los Bordanos.

Ella arriesgó una mirada hacia atrás mientras el grupo caminaba hacia una calle lateral. *¿Bordanos?* Ahhh, sí: gente adiestrada y educada para trabajar en la maquinaria de compresión que reciclaba los gases fecales. Se les había extirpado el sentido del olfato, y la musculatura de sus hombros y brazos había sido incrementada. Burzmali la condujo girando una esquina y fuera de la vista de los Bordanos.

Cinco niños emergieron de un oscuro portal al lado de ellos y se alinearon en fila india siguiendo a Lucilla y Burzmali. Lucilla observó que sus manos aferraban pequeños objetos. Les seguían con una extraña intensidad. Bruscamente, Burzmali se detuvo y se volvió. Los niños se detuvieron también y se lo quedaron mirando. Le resultó claro a Lucilla que estaban preparados para alguna violencia.

Burzmali hizo chasquear sus manos frente a él y les hizo a los muchachos una inclinación.



—¡Guldur! —dijo.

Cuando Burzmali reanudó con ella su camino calle abajo, los niños ya no les siguieron.

—Hubieran podido lapidarnos —dijo Burzmali.

—¿Por qué?

—Pertenecen a una secta que sigue a Guldur... el nombre local del Tirano.

Lucilla miró hacia atrás, pero los niños ya no estaban a la vista. Habían desaparecido en busca de otra víctima.

Burzmali la guió doblando otra esquina. Ahora, se hallaban en una calle atestada de pequeños comerciantes vendiendo sus mercancías en tenderetes montados sobre ruedas... comida, ropas, herramientas pequeñas, cuchillos. Un sonsonete de gritos llenaba el aire en el intento de los comerciantes de atraer a los compradores. Sus voces tenían esa cualidad del empleo diario... un falso brillo compuesto por la esperanza de que los viejos sueños van a verse realizados, pero teñida por la seguridad de que la vida no va a cambiar para ellos. A Lucilla se le ocurrió pensar que la gente de estas calles perseguía un sueño fugaz, que la realización que buscaban no lo era en sí misma sino que se trataba tan sólo de un mito que habían sido condicionados a seguir, del mismo modo que los animales de carreras son entrenados a perseguir a un señuelo a lo largo de la interminable pista oval de carreras.

En la calle directamente frente a ellos, una corpulenta figura con un atuendo gruesamente acolchado estaba enzarzada en una discusión a voz en grito con un comerciante que ofrecía bolsas de malla de cuerda llenas con los bulbos color rojo oscuro de una fruta dulzonamente ácida. El olor de la fruta era intenso a su alrededor. El comerciante estaba quejándose:

—¡Robarías la comida de las bocas de mis hijos!

La corpulenta figura habló con una voz aguda, su acento estremecedoramente familiar para Lucilla.

—¡Yo también tengo hijos!

Lucilla se controló con un esfuerzo.

Cuando hubieron pasado la calle del mercado, le susurró a Burzmali:

—Ese hombre con las gruesas ropas acolchadas de ahí atrás... ¿era un Maestro tleilaxu!

—No es posible —protestó Burzmali—. Demasiado alto.

—Dos de ellos, uno sobre los hombros del otro.

—¿Estáis segura?

—Estoy segura.

—He visto a otros como éste desde que llegamos, pero en ningún momento sospeché.

—Hay muchos buscadores por estas calles —dijo ella.

Lucilla descubrió que no se preocupaba mucho por la vida cotidiana de los miserables habitantes de aquel miserable planeta. Ya no comprendía la explicación de haber llevado al ghola allí. De todos los planetas en los cuales el precioso ghola hubiera podido ser educado, ¿por qué había elegido la Hermandad precisamente éste? ¿Era realmente precioso el ghola? ¿No era posible que fuera meramente un señuelo?

Casi bloqueando la estrecha boca de un callejón junto a ellos había un hombre manejando un alto instrumento de girantes luces.

—¡Vive! —gritaba—. ¡Vive!

Lucilla retuvo el paso para observar a un transeúnte detenerse junto al callejón y entregarle una moneda al propietario, luego inclinarse hacia una depresión cóncava de la máquina que las luces hacían brillar. El propietario miró a Lucilla. Esta vio a un hombre con un enjuto y oscuro rostro, el rostro de un primitivo caladaniano en un cuerpo apenas ligeramente más alto que el de un Maestro tleilaxu. Había una expresión de desprecio en su caviloso rostro cuando tomó el dinero del cliente.

El cliente alzó su rostro de la concavidad con un estremecimiento y luego se apartó del callejón, vacilado ligeramente, los ojos empañados.

Lucilla reconoció el aparato. Sus usuarios lo llamaban un hipnobong, y estaba declarado fuera de la ley en todos los mundos más civilizados.

Burzmali la hizo apresurarse fuera de la vista del caviloso propietario del hipnobong.

Llegaron a una calle más ancha con una gran puerta en la esquina misma de un edificio frente a ellos. Había tráfico peatonal por todas partes; ni un vehículo a la vista. Un hombre alto estaba sentado en el primer escalón de la puerta en la esquina, sus rodillas alzadas casi a la altura de la barbilla. Sus largos brazos rodeaban sus rodillas, las manos de finos dedos entrelazadas tensamente. Llevaba un sombrero negro de ala muy ancha que oscurecía su rostro de la luz de las farolas, pero dos resplandores gemelos que surgían de las sombras bajo aquella ala ancha le dijeron a Lucilla que no era la clase de humano que ella hubiera encontrado antes. Era algo acerca de lo cual la Bene Gesserit únicamente había especulado.

Burzmali aguardó hasta que estuvieron bien lejos de la figura sentada antes de satisfacer su curiosidad.

—Futar —susurró—. Así es como se hacen llamar. Hasta muy recientemente no han sido vistos en Gammu.

—Un experimento tleilaxu —indicó Lucilla. Y pensó: *un error que ha regresado de la Dispersión*. —¿Qué están haciendo aquí? —preguntó.

—Es una colonia comercial, o al menos eso es lo que nos han dicho sus nativos.

—Pero vos no lo creéis. Esos son animales de caza que han sido cruzados con humanos.

—Ahhh, ya hemos llegado —dijo Burzmali.

Guió a Lucilla a través de una estrecha puerta hasta el interior de una pobremente iluminada casa de comidas. Lucilla sabía que aquello formaba parte de su disfraz: haz lo que hagan los demás en el barrio, pero no le hacía la menor gracia comer en aquel lugar, no por lo que podía interpretar a partir de los olores.

El lugar había estado lleno, pero estaba vaciándose cuando entraron.

—Este establecimiento me ha sido muy recomendado —dijo Burzmali mientras se sentaban en una mecaservicio y aguardaban a que les fuera proyectado el menú.

Lucilla observó a los clientes que se marchaban. Trabajadores nocturnos de las fábricas y oficinas cercanas, supuso. Parecían ansiosos en su prisa, quizá temerosos de lo que pudiera ocurrirles si llegaban tarde.

Qué aislada había estado ella en el Alcázar, pensó. No le gustaba lo que estaba aprendiendo de Gammu. ¡Qué miserable lugar era aquel negocio! Los taburetes en la barra a su derecha estaban rayados y astillados. El sobre de la mesa frente a ella había sido despellejado con limpiadores abrasivos hasta que ya no podía ser limpiado convenientemente por la barredora de vacío cuya boca podía ver cerca de su codo izquierdo. No había señales ni siquiera del sónico más barato para mantener la limpieza. Alimentos y otras evidencias de deterioro se habían ido acumulando en las múltiples rayas de la mesa. Lucilla se estremeció. No podía evitar la sensación de que había sido un error separarse del ghola.

El menú había sido proyectado, se dio cuenta de pronto, y Burzmali ya lo estaba examinando.

—Pediré por vos —dijo.

La forma de decirlo de Burzmali indicaba que no deseaba que ella cometiera un error ordenando algo que una mujer de la Hormu debía evitar.

La irritaba sentirse dependiente. ¡Era una Reverenda Madre! Estaba adiestrada para estar al mando de cualquier situación, dueña de su propio destino. Qué agotador era todo aquello. Hizo un gesto hacia la sucia ventana a su derecha, a través de la que se podía ver gente pasando por la estrecha calle.

—Estoy perdiendo clientes mientras estamos aquí, Skar.

*¡Así! Eso era entrar en carácter.*

Burzmali casi suspiró. ¡Por fin!, pensó. Había empezado a funcionar de nuevo como una Reverenda Madre. No podía comprender su abstraída actitud, la forma en que miraba a la ciudad y a su gente.

Dos bebidas lechosas surgieron del mecaservicio a la mesa. Burzmali bebió la suya de un solo trago. Lucilla probó la bebida con la punta de su lengua, analizando el contenido. Una imitación de cafiato diluida en un zumo con sabor a nuez.

Burzmali hizo un gesto con su barbilla para que se lo bebiera rápido. Obedeció, ocultando una mueca ante los sabores químicos. La atención de Burzmali estaba centrada en algo por encima del hombro derecho de ella, pero Lucilla no se atrevió a

volverse. Aquello no se correspondería con su papel.

—Vamos. —Burzmali depositó una moneda sobre la mesa y salieron aprisa a la calle. Sonreía con la sonrisa de un cliente ansioso, pero había cautela en sus ojos.

El tempo de las calles había cambiado. Había poca gente ahora. Las oscuras puertas presentaban una más profunda sensación de amenaza. Lucilla se recordó que se suponía que representaba a un gremio poderoso cuyos miembros eran inmunes a la violencia común de los barrios bajos. La poca gente que había en la calle le abrió paso, contemplando los dragones de su túnica con algo parecido a la admiración.

Burzmali se detuvo ante una puerta.

Era como todas las demás a lo largo de aquella calle, ligeramente apartada de la acera, tan alta que parecía más estrecha de lo que realmente era. Un rayo de seguridad estilo antiguo guardaba la entrada. Ninguno de los nuevos sistemas había entrado en aquella zona de la ciudad, al parecer. Las propias calles eran testimonio de ello: diseñadas para vehículos de superficie. Dudaba de que hubiera alguna pista de aterrizaje en el techo de algún edificio en toda la zona. Ninguna señal de revoloteadores o tópteros por ninguna parte. Había música, sin embargo... un débil susurro que evocaba a la semuta. ¿Algo nuevo en la adicción a la semuta? Aquella debía ser a todas luces una zona donde iban a parar todos los adictos.

Lucilla alzó la vista hacia la fachada del edificio mientras Burzmali avanzaba por delante de ella y hacía saber de su presencia partiendo el rayo de la entrada.

No había ventanas en la fachada del edificio. Sólo el débil resplandor de algunos com-ojos aquí y allá, en el brillo mate del viejo plastiaceró. Eran com-ojos antiguos, observó, mucho más grandes que los modernos.

Una puerta metida en las sombras se abrió hacia adentro sobre silenciosos goznes.

—Por aquí. —Burzmali la hizo entrar con una mano apoyada sobre su codo.

Entraron en un vestíbulo débilmente iluminado que olía a comidas exóticas y esencias amargas. Ella permaneció un momento identificando algunos de los aromas que asaltaban su olfato. Melange. Captó el inconfundible olor a canela. Y si, semuta. Identificó arroz quemado, sales de higet. Alguien estaba enmascarando otro tipo de cocina. Se estaban fabricando explosivos allí. Pensó en advertir a Burzmali, pero lo pensó mejor. No era necesario que él lo supiera, y podía haber oídos en aquel confinado espacio escuchando todo lo que ella dijera.

Burzmali abrió camino subiendo un oscuro tramo de escaleras con tan sólo una débil hilera de pequeños globos a lo largo del zócalo. En la parte superior encontró un interruptor oculto junto a uno de los remiendos de la remendada y vuelta a remendar pared. No se produjo ningún sonido cuando accionó el interruptor, pero hubo un cambio en los movimientos a todo su alrededor. Silencio. Había un nuevo tipo de silencio en su experiencia, una crispada preparación para la lucha o la violencia.

Hacía frío allí arriba de las escaleras y se estremeció, pero no por la temperatura.

Sonaron pasos más allá de la puerta al lado del disimulado interruptor.

Una bruja canosa con una corta bata amarilla abrió la puerta, y alzó la vista hacia ellos bajo sus desordenadas cejas.

—Sois vos —dijo, con voz temblorosa. Se apartó a un lado para dejarles entrar.

Lucilla examinó rápidamente la habitación mientras oía la puerta cerrarse tras ellos. Era una habitación que cualquiera poco observador pensaría que era decrepita, pero eso era superficial. Bajo su primera apariencia había calidad. La decrepitud era otra máscara, parcialmente debida a que aquel lugar había sido adaptado a las exigencias de una persona determinada: ¡Esto ha de estar así y de ninguna otra manera! ¡Esto ha de estar así y quedar así! Los muebles y todos los demás complementos tenían un aspecto ligeramente ajado, pero nadie podía objetar nada al respecto. La habitación lucía mejor así. Era ese tipo de habitación.

¿Quién era su propietario? ¿La vieja mujer? Ahora estaba dirigiéndose con aire dolorido hacia una puerta a su izquierda.

—Que no seamos molestados hasta el amanecer —dijo Burzmali.

La vieja mujer se detuvo y se volvió.

Lucilla la estudió. ¿Era acaso otra que fingía una edad avanzada? No. La edad era real. Cada movimiento se veía diluido por un tambaleo general... un estremecimiento en el cuello, un fallo del cuerpo que la traicionaba en una serie de formas que ella no podía prevenir.

—¿Ni siquiera si es algo importante? —preguntó la mujer con su voz temblorosa.

Sus ojos se fruncieron cuando habló. Su boca se movió tan sólo lo mínimo para emitir los sonidos necesarios, espaciando sus palabras como si las extrajera de algún lugar muy profundo dentro de ella. Sus hombros, curvados por años de inclinarse sobre algún trabajo fijo, no se enderezaron lo suficiente como para que pudiera mirar a Burzmali a los ojos. En vez de ello pareció mirar de soslayo bajo sus cejas, una postura extrañamente furtiva.

—¿Qué persona importante estáis esperando? —preguntó Burzmali.

La vieja mujer se estremeció y pareció necesitar mucho tiempo para comprender.

—Aquí viene gente impor—r—rtante —dijo.

Lucilla reconoció las señales corporales y las dijo en voz alta, porque Burzmali debía saberlo:

—¡Ella es de Rakis!

La curiosa mirada de soslayo de la vieja mujer se trasladó a Lucilla. La anciana voz dijo:

—Fui una sacerdotisa, Dama Hormu.

—Por supuesto que es de Rakis —dijo Burzmali. Su tono le estaba advirtiéndole que no hiciera preguntas.

—Nunca os haría ningún daño —ululó la bruja.

—¿Seguís sirviendo al Dios Dividido?

De nuevo hubo una larga pausa antes de que la mujer respondiera.

—Muchos sirven al Gran Guldur —dijo.

Lucilla frunció los labios y examinó una vez más la habitación. La vieja mujer había quedado grandemente reducida en importancia.

—Me alegra no tener que mataros —dijo Lucilla.

La mandíbula de la vieja mujer cayó en una parodia de sorpresa, mientras la saliva colgaba de sus labios.

¿Era una descendiente de Fremen? Lucilla sintió su revulsión surgir en un largo estremecimiento. Aquel pecio mendicante había sido modelado a partir de un pueblo que había caminado erguido y orgulloso, un pueblo que había muerto valerosamente. Ella moriría gimiendo.

—Por favor, confiad en mí —gimió la bruja, y abandonó la habitación.

—¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó Burzmali—. ¡Esos son los que van a llevarnos a Rakis!

Ella simplemente se lo quedó mirando, reconociendo el miedo en su pregunta. Era miedo por ella.

*Pero no llegué a realizar la imprimación, pensó.*

Con una sensación de shock, se dio cuenta de que Burzmali había reconocido el odio en ella. *¡Los odio! pensó. ¡Odio a la gente de este planeta!*

Aquella era una emoción peligrosa para una Reverenda Madre. Sin embargo, seguía ardiendo en su interior. Aquel planeta la había cambiado en una forma que ella no deseaba.

No deseaba la realización de que tales cosas podían existir. El conocimiento intelectual era una cosa; la experiencia era otra.

*¡Malditos sean!*

Pero ya estaban malditos.

Le dolía el pecho. ¡Frustración! No había escapatoria a aquella nueva consciencia. ¿Qué le había ocurrido a aquel pueblo?

*¿Pueblo?*

Los cascarones estaban allí, pero ya no podía decirse que estuvieran completamente vivos. Sí eran peligrosos, sin embargo. Enormemente peligrosos.

—Debemos descansar mientras podamos —dijo Burzmali.

—¿No tengo que ganarme mi dinero? —preguntó ella.

Burzmali palideció.

—¡Lo que hicimos era necesario! ¡Fuimos afortunados y nadie nos detuvo, pero hubiera podido ocurrir!

—¿Y este lugar es seguro?

—Tan seguro como yo puedo hacerlo. Todo el mundo aquí ha sido analizado por

mí o por mi gente.

Lucilla encontró un largo diván que olía a viejos perfumes, y se recostó en él para explorar sus emociones con respecto al peligroso odio. ¡Allí donde entraba el odio, podía seguir el amor! Oyó a Burzmali tenderse para descansar sobre un montón de almohadones junto a la pared más cercana. Pronto estaba respirando profundamente, pero el sueño eludía a Lucilla. Seguía captando manadas de recuerdos, cosas arrojadas por las Otras Memorias compartían sus depósitos interiores de pensamiento. Bruscamente, su visión interna le ofreció un atisbo de una calle y rostros, gente moviéndose a la brillante luz del sol. Necesitó un momento para darse cuenta de que estaba viendo todo aquello desde un ángulo peculiar... que estaba recostada contra los brazos de alguien. Supo entonces que se trataba de uno de sus propios recuerdos personales. Podía situar a quien la estaba abrazando, sentir el latir de su corazón junto a su cálida mejilla.

Lucilla notó el salado sabor de sus propias lágrimas.

Se dio cuenta entonces de que Gammu la había impresionado más profundamente que cualquier otra experiencia desde sus primeros días en las escuelas Bene Gesserit.

## Capítulo XL

*«Oculto tras fuertes barreras, el corazón se convierte en hielo.»*

***Darwi Odrade, Discusión en el Consejo***

Era un grupo lleno con fuertes tensiones: Taraza (llevando correo secreto bajo sus ropas, y preocupada por las otras precauciones que había tomado), Odrade (segura de que se produciría violencia, y consecuentemente cautelosa), Sheeana (cuidadosamente aleccionada de las probabilidades allí, y escudada detrás de tres Madres de Seguridad que avanzaban con ella como una armadura de carne), Waff (preocupado de que su razón hubiera podido haber sido oscurecida por algún misterioso artificio Bene Gesserit), el falso Tuek (ofreciendo toda la apariencia de que iba a estallar en ira de un momento a otro), y nueve de los consejeros rakianos de Tuek (cada uno de ellos furiosamente empeñado en conseguir la ascendencia para él o su familia).

Además, cinco acólitas guardianas, educadas y adiestradas por la Hermandad para la violencia física, permanecían cerca de Taraza. Waff iba acompañado por un número igual de nuevos Danzarines Rostro.

Habían sido convocados en el ático encima del Museo de Dar-es-Balat. Era una larga estancia con una pared de plaz orientada al oeste por encima de un jardín de plantas delicadas en el techo. El interior estaba amueblado con mullidos divanes y decorado con artísticas vistas de la no-habitación del Tirano.

Odrade había argumentado en contra de incluir a Sheeana, pero Taraza permaneció inflexible. El efecto que causaba la muchacha sobre Waff y sobre algunos de los sacerdotes representaba una ventaja abrumadora para la Bene Gesserit.

Había pantallas «dolban» en la larga pared de ventanas para impedir la entrada de los más intensos rayos del sol occidental. El que la estancia estuviera orientada al oeste le decía algo a Odrade. Las ventanas miraban a la tierra arenosa donde reposaba Shai-Hulud. Era una estancia enfocada sobre el pasado, sobre la muerte.

Admiró las dolban frente a ella. Eran negras láminas de diez moléculas de espesor girando en un medio líquido transparente. Con su ajuste automático, las mejores dolban ixianas admitían un predeterminado nivel de luz sin disminuir mucho la visión. Los artistas y los comerciantes en antigüedades las preferían a los sistemas polarizadores, sabía Odrade, porque dejaban paso a todo el espectro de luz disponible. Su instalación hablaba de los usos que había tenido aquella estancia... un escaparate donde exhibir lo mejor de la acumulación de riquezas del Emperador. Sí... allí estaba por ejemplo la ropa que había sido destinada a su esposa en sus proyectados esponsales.



Los consejeros sacerdotales estaban discutiendo intensamente entre sí a un extremo de la habitación, ignorando al falso Tuek. Taraza permanecía de pie cerca, escuchando. Su expresión decía que consideraba a los sacerdotes unos estúpidos.

Waff permanecía de pie junto con su cohorte de Danzarines Rostro cerca de la amplia puerta de entrada. Su atención iba de Sheeana a Odrade y a Taraza, y sólo ocasionalmente a los discutidores sacerdotes. Cada movimiento que efectuaba Waff traicionaba sus inseguridades. ¿Iba a apoyarle realmente la Bene Gesserit? ¿Podrían juntos vencer a la oposición rakiana mediante métodos pacíficos?

Sheeana y su escolta protectora se situaron detrás de Odrade. La muchacha evidenciaba aún fibrosos músculos, observó Odrade, pero estaba desarrollándose, y los músculos habían adoptado ya una característica definición Bene Gesserit. Sus altos pómulos se habían suavizado bajo aquella piel olivácea, los ojos marrones eran más líquidos, pero seguía habiendo mechas rojas en su pelo castaño. La atención que dedicaba a los sacerdotes que discutían decía que estaba confirmando lo que le había sido revelado en sus instrucciones.

—¿Van a luchar realmente? —susurró.

—Escúchales —dijo Odrade.

—¿Que hará la Madre Superiora?

—Obsérvala atentamente.

Ambas contemplaron a Taraza de pie entre su grupo de musculosas acólitas. Taraza parecía divertida ahora, mientras seguía observando a los sacerdotes.

El grupo rakiano había empezado su discusión fuera en el jardín del techo. La habían traído al interior cuando las sombras empezaron a alargarse. Respiraban airadamente, a veces murmurando y luego alzando sus voces. ¿No se daban cuenta de cómo les miraba el falso Tuek?

Odrade volvió su atención al horizonte visible más allá del jardín en el techo: ningún otro signo de vida allá afuera en el desierto. Cualquier dirección en la que uno mirara desde Dar-es-Balat mostraba vacía arena. La gente nacida y criada allí tenía una visión diferente de la vida y de su planeta que la de la mayoría de aquellos sacerdotes consejeros. Aquél no era el Rakis de anillos verdes y oasis con agua que habían abundado en las latitudes altas como dedos floridos apuntando a las huellas del gran desierto. Delante de Dar-es-Balat se extendía el desierto máximo que se abría como una amplia faja a lo ancho de todo el planeta.

—¡Ya he oído suficiente de estas estupideces! —estalló el falso Tuek. Empujó bruscamente a un lado a uno de los consejeros y se plantó en mitad del grupo que discutía, girando sobre sí mismo para enfrentarse a cada rostro—. ¿Estáis todos locos?

Uno de los sacerdotes (¡Era el viejo Albertus, por los dioses!) miró al otro lado de la estancia a Waff y llamó en voz alta:

—¡Ser Waff! ¿Tendréis la bondad de controlar a vuestro Danzarín Rostro?  
Waff vaciló y luego avanzó hacia el grupo, su séquito pegado a sus talones.  
El falso Tuek se volvió en redondo y señaló a Waff con un dedo:

—¡Tú! ¡Quédate donde estás! ¡No aceptaré ninguna interferencia tleilaxu!  
¡Vuestra conspiración está muy clara para mí!

Odrade había estado observando a Waff mientras el falso Tuek hablaba.  
¡Sorpresa! El Maestro de la Bene Tleilax jamás se había visto interpelado así por uno de sus secuaces. ¡Qué shock! La ira convulsionó sus rasgos. Sonidos zumbantes como los ruidos de furiosos insectos surgieron de su boca, una cosa modulada que era claramente algún tipo de lenguaje. Los Danzarines Rostro de su entorno se inmovilizaron, pero el falso Tuek simplemente volvió de nuevo su atención a sus consejeros.

Waff se detuvo zumbando. ¡Consternación! ¡Su Danzarín Rostro Tuek no había acudido a postrarse! Avanzó a toda carga contra los sacerdotes. El falso Tuek lo vio y una vez más alzó una mano hacia él, el dedo temblando.

—¡Te dije que te mantuvieras fuera de esto! ¡Es posible que puedas matarme, pero no me mancharás con tu suciedad tleilaxu!

Aquello causó su efecto. Waff se detuvo. De pronto, comprendió. Lanzó una mirada a Taraza, viendo el divertido reconocimiento de su predicción. De pronto tuvo un nuevo blanco para su ira.

—¡Vos lo sabíais!

—Lo sospechaba.

—Vos... vos...

—Los hicisteis demasiado bien —dijo Taraza—. Son vuestra propia obra.

Los sacerdotes no se dieron cuenta de aquel intercambio. Estaban gritándole al falso Tuek, ordenándole que se callara y se marchara, llamándole «¡maldito Danzarín Rostro!»

Odrade estudió con cuidado el objeto de su ataque. ¿Cuán profundamente había sido imprimido? ¿Estaba realmente convencido de que era Tuek?

Sosegándose repentinamente, el imitador se irguió con dignidad y lanzó una despectiva mirada a sus acusadores.

—Todos vosotros me conocéis —dijo—. Todos vosotros conocéis mis años de servicio al Dios Dividido Que Es Un Sólo Dios. Iré ahora con Él si vuestra conspiración se extiende hasta tal punto, pero recordad: ¡Él sabe lo que hay en vuestros corazones!

Los sacerdotes miraron como un sólo hombre a Waff. Ninguno de ellos había visto al Danzarín Rostro reemplazar a su Sumo Sacerdote. No había habido nadie para verlo. Toda la evidencia era la evidencia de unas voces humanas diciendo cosas que podían ser mentiras. Tardíamente, algunos miraron a Odrade. Su voz era una de

las que los habían convencido.

Waff también estaba mirando a Odrade.

Odrade sonrió y se dirigió al Maestro tleilaxu:

—No entra en nuestros propósitos el que el Sumo Sacerdocio pase a otras manos en estos momentos —dijo.

Waff vio inmediatamente la ventaja de su lado. Aquello era una cuña entre los sacerdotes y la Bene Gesserit. Aquello extirpaba uno de los más peligrosos asideros que tenía la Hermandad sobre los tleilaxu.

—Tampoco entra en nuestros propósitos —dijo.

Cuando los sacerdotes empezaron a alzar de nuevo sus irritadas voces, Taraza remachó el clavo final:

—¿Quién de vosotros va a romper nuestro acuerdo? —preguntó.

Tuek llamó a un lado a dos de sus consejeros y caminó a grandes zancadas cruzando la habitación hasta la Madre Superiora. Se detuvo a un paso tan sólo de ella.

—¿Qué juego es éste? —preguntó.

—Os apoyaremos contra aquellos que pretendan reemplazaros —dijo Taraza—. La Bene Tleilax está a nuestro lado en esto. Es nuestra forma de demostrar que nosotros poseemos también un voto a la hora de seleccionar al Sumo Sacerdote.

Varias voces sacerdotales se alzaron al unísono:

—¿Es o no es un Danzarín Rostro?

Taraza miró benévola al hombre frente a ella.

—¿Sois un Danzarín Rostro?

—¡Por supuesto que no!

Taraza miró a Odrade. Odrade dijo:

—Parece que se ha producido un error.

Odrade aisló a Albertus de entre los sacerdotes y clavó sus ojos en él.

—Sheeana —dijo—, ¿qué va a hacer ahora la Iglesia del Dios Dividido?

Como se le había indicado que debía hacer, Sheeana se salió del círculo de sus guardianas y habló con toda la arrogancia que se le había enseñado:

—¡Deben continuar sirviendo a Dios!

—Los asuntos que motivaron este encuentro parecen haber concluido —dijo Taraza—. Si necesitáis protección, Sumo Sacerdote Tuek, una escuadra de nuestras guardianas os aguarda en el vestíbulo. Está a vuestras órdenes.

Todos pudieron ver aceptación y comprensión en él. Se había convertido en una criatura de la Bene Gesserit. No recordaba nada de sus orígenes de Danzarín Rostro.

Cuando los sacerdotes y Tuek se hubieron marchado, Waff lanzó una sola palabra a Taraza, hablando en el lenguaje del Islamiyat:

—¡Explicaos!

Taraza se apartó de sus guardianas, pareciendo situarse así en un punto de

vulnerabilidad. Era un movimiento calculado que había discutido frente a Sheeana. En el mismo lenguaje, Taraza dijo:

—Os liberamos de nuestro dominio sobre la Bene Tleilax.

Todos aguardaron mientras él sopesaba aquellas palabras. Taraza se recordó a sí misma que el nombre que se daban a sí mismos los tleilaxu podía ser traducido como «los innombrables». Aquella era una etiqueta reservada frecuentemente a los dioses.

Obviamente aquel *dios* no había extendido su perspicacia a lo que podía ocurrir a los Danzarines Rostro introducidos entre Ixianos y Habladoras Pez. A Waff le esperaban más shocks aún. Sin embargo, pareció completamente desconcertado.

Waff se enfrentaba a varias preguntas sin respuesta. No estaba satisfecho con los informes de Gammu. Era un peligroso doble juego el que estaba jugando ahora. ¿Estaba jugando la Hermandad un juego similar? Pero los Perdidos tleilaxu no podían ser echados a un lado sin invitar a un ataque por parte de las Honoradas Matres. La propia Taraza le había advertido de esto. ¿Seguía representando el viejo Bashar en Gammu una fuerza digna de ser tenida en consideración?

Planteó aquella cuestión en voz alta.

Taraza contraatacó con su propia pregunta:

—¿Cómo cambiasteis a nuestro ghola? ¿Qué esperáis conseguir con ello? —Estaba segura de saberlo ya. Pero era necesario aparentar ignorancia.

Waff sintió deseos de decir: «¡La muerte de todas las Bene Gesserit!». Eran demasiado peligrosas. Sin embargo, su valor era incalculable. Se hundió en un hosco silencio, mirando a las Reverendas Madres con una expresión pensativa que hacía que sus rasgos de elfo parecieran aun más infantiles.

*Un niño quisquilloso*, pensó Taraza. Se advirtió entonces a sí misma que era peligroso subestimar a Waff. Rompías el huevo tleilaxu únicamente para encontrar dentro otro huevo... ¡y así hasta el infinito! Todo giraba en torno a las sospechas de Odrade acerca de las disputas que aún podían llevarlas a una sangrienta violencia en aquella habitación. ¿Habían revelado realmente los tleilaxu lo que habían aprendido de las rameras y de los demás Perdidos? ¿Era el ghola únicamente una potencial arma tleilaxu?

Taraza decidió aguijonearle una vez más, utilizando el enfoque del «Análisis Nueve» de su Consejo. Aún en el lenguaje del Islamiyat, dijo:

—¿Os deshonraréis vos mismo en las tierras del Profeta? No habéis compartido abiertamente de la forma en que dijisteis que lo haríais.

—Os contamos acerca de la sexual...

—¡No lo compartisteis todo! —interrumpió ella—. Es a causa del ghola, y todos lo sabemos.

Pudo ver sus reacciones. Era un animal acorralado. Tales animales eran en extremo peligrosos. En una ocasión había visto a un perro híbrido, un feroz y

hambriento superviviente de los antiguos animales de compañía de Dan, acorralado por una pandilla de muchachos. El animal se revolvió contra sus perseguidores, abriéndose camino hacia la libertad con dientes y garras, con un salvajismo totalmente inesperado. Dos muchachos quedaron tullidos de por vida, ¡y sólo uno resultó sin heridas! Waff era en este preciso momento como aquel animal. Podía ver que sus manos ansiaban un arma, pero tleilaxu y Bene Gesserit se habían registrado mutuamente con exquisito cuidado antes de entrar allí. Estaba segura de que no llevaba ningún arma encima. Sin embargo...

Waff habló, provocando con sus modales:

—¡Creéis que no soy consciente de la forma en que pensáis gobernarnos!

—Y *esa* es la podredumbre que la gente de la Dispersión se llevó con ella —dijo Taraza—. Podredumbre en la raíz.

Los modales de Waff cambiaron. No ignoraba las profundas implicaciones del pensamiento Bene Gesserit. ¿Pero estaba ella mostrando desacuerdo?

—El Profeta colocó un localizador tictaqueando en la mente de cada ser humano, Disperso o no —dijo Taraza—. Los ha traído de vuelta a nosotros con toda la podredumbre intacta.

Waff rechinó los dientes. ¿Qué estaba haciendo aquella mujer? Alentaba el alocado pensamiento de que la Hermandad había embotado su mente con alguna droga secreta en el aire. ¡Ellas *sabían* cosas que negaban a los demás! Miró de Taraza a Odrade, luego de nuevo a Taraza. Sabía que él era viejo gracias a la serie de resurrecciones ghola, pero no viejo en la forma en que lo eran las Bene Gesserit. ¡Aquella gente era realmente vieja! Raras veces parecían viejas, pero lo eran, viejas más allá de cualquier cosa que él se atreviera a imaginar.

Taraza tenía similares pensamientos. Había visto el destellar de una profunda consciencia en los ojos de Waff. La necesidad abría nuevas puertas a la razón. ¿Cuán profundamente había ido el tleilaxu? ¡Sus ojos eran tan viejos! Había tenido la sensación de que cualquier cosa que hubiera sido un cerebro en aquellos Maestros tleilaxu era ahora algo distinto... una holograbadora de la cual habían sido borradas todas las debilitantes emociones. Ella compartía la misma desconfianza hacia las emociones que sospechaba en él. ¿Era eso un lazo que los unía?

*El tropismo de los pensamientos comunes.*

—Decís que nos liberáis de vuestro dominio —gruñó Waff—. Pero siento vuestros dedos en torno a mi garganta.

—Entonces hay un dominio todavía sobre nuestras gargantas —dijo ella—. Algunos de vuestros Perdidos han regresado a vosotros. Ninguna Reverenda Madre ha vuelto a nosotras de la Dispersión.

—Pero vos decís que sabéis todas las...

—Tenemos otras formas de ganar conocimientos. ¿Qué suponéis que les ocurrió a

las Reverendas Madres que enviamos a la Dispersión?

—¿Un desastre común? —Agitó la cabeza. Aquella era una información absolutamente nueva. Ninguno de los tleilaxu que habían regresado había dicho nada al respecto. La discrepancia alimentó sus sospechas. ¿A quién había que creer?

—Fueron subvertidas —dijo Taraza.

Odrade, oyendo la sospecha general expresada por primera vez en voz alta por la Madre Superiora, captó el enorme poder implícito en la simple afirmación de Taraza. Se sintió intimidada por ello. Sabía los recursos, los planes contingenciales, las improvisadas formas que una Reverenda Madre podía utilizar para superar barreras. ¿Algo ahí afuera podía detener eso?

Cuando Waff no respondió, Taraza dijo:

—Habéis venido a nosotras con las manos sucias.

—¿Os atrevéis a decir esto? —preguntó Waff—. ¿Vosotras que continuáis agotando nuestros recursos en las formas enseñadas por la madre del Bashar?

—Sabíamos que podíais soportar las pérdidas si teníais recursos de la Dispersión —dijo Taraza.

Waff inspiró temblorosamente. Así que la Bene Gesserit sabía incluso esto. Vio en parte cómo lo habían averiguado. Bien, habría que encontrar una forma de devolver al falso Tuek bajo control. Rakis era el premio que buscaban realmente los Dispersos, y aún podía ser exigido a los tleilaxu.

Taraza se acercó aún más a Waff, sola y vulnerable. Vio a sus guardianas tensarse. Sheeana dio un corto paso hacia la Madre Superiora, y fue echada hacia atrás por Odrade.

Odrade mantenía su atención fija en la Madre Superiora y no en los potenciales atacantes. ¿Estaban realmente convencidos los atacantes de que la Bene Gesserit iba a servirles? Taraza había sondeado los límites de aquello, no había ninguna duda al respecto. Y en el lenguaje del Islamiyat. Pero ella parecía muy solitaria allí, apartada de sus guardianas y tan cerca de Waff y su gente. ¿Dónde estaban conduciendo a Waff sus obvias sospechas?

Taraza se estremeció.

Odrade se dio cuenta de ello. Taraza había sido anormalmente delgada cuando niña, y nunca había acumulado un gramo extra de grasa en ella. Aquello la hacía exquisitamente sensitiva a los cambios de temperatura, intolerante al frío, pero Odrade no captó ninguno de aquellos cambios en la habitación. Así pues, Taraza había tomado una peligrosa decisión, tan peligrosa que su cuerpo la había traicionado. No peligrosa para ella misma, por supuesto, sino peligrosa para la Hermandad. *Aquel* era el más horrible crimen Bene Gesserit: la deslealtad hacia su propia orden.

—Os serviremos en todos los aspectos excepto en uno —dijo Taraza—. ¡Nunca

nos convertiremos en receptáculo para gholas!

Waff palideció.

Taraza prosiguió:

—Ninguna de nosotras, ni ahora ni nunca, se convertirá... —hizo una pausa—... en un tanque axlotl.

Waff alzó su mano derecha en el inicio de un gesto que todas las Reverendas Madres conocían: la señal de ataque para sus Danzarines Rostro.

Taraza señaló hacia su mano alzada.

—Si completáis este gesto, los tleilaxu van a perderlo todo. La mensajera de Dios... —Taraza señaló con la cabeza a Sheeana por encima de su hombro—... os volverá la espalda, y las palabras del Profeta serán polvo en vuestras bocas.

En el lenguaje del Islamiyat, aquellas palabras eran demasiado para Waff. Bajó la mano, pero siguió mirando con ojos llameantes a Taraza.

—Mi embajadora dice que compartiremos todo lo que conocemos —dijo Taraza—. Vos decís que también compartiréis. ¡La mensajera de Dios escucha con los oídos del Profeta! ¿Qué es lo que brota del Abdl de los tleilaxu?

Los hombros de Waff se agitaron.

Taraza le volvió la espalda. Era un hábil movimiento, pero tanto ella como las otras Reverendas Madres sabían ahora que lo hacía en perfecta seguridad. Mirando al otro lado de la estancia a Odrade, Taraza se permitió una sonrisa que supo que Odrade iba a interpretar correctamente. ¡Era el momento de aplicar un poco de castigo Bene Gesserit!

—Los tleilaxu desean a una Atreides para procrear —dijo Taraza—. Os entregamos a Darwi Odrade. Os serán entregadas más.

Waff llegó a una decisión.

—Puede que sepáis mucho acerca de las Honoradas Matres —dijo—, pero vos...

—¡Rameras! —Taraza se volvió hacia él.

—Como queráis. Pero hay algo de ellas que vuestras palabras revelan que no sabéis. Sellaremos nuestro pacto diciéndooslo. Pueden magnificar las sensaciones de la plataforma orgásmica, transmitiéndolas enteramente a través de todo el cuerpo masculino. Extraen todas las implicaciones sexuales del macho. Crean múltiples oleadas orgásmicas, que pueden ser proseguidas por... por la hembra durante un extenso periodo.

—¿Implicación total? —Taraza no intentó ocultar su sorpresa.

Odrade escuchó también, con una sensación de shock que supo era compartida por todas sus Hermanas presentes, incluso las acólitas. Solamente Sheeana pareció no comprender.

—Os digo, Madre Superiora Taraza —prosiguió Waff, con una sonrisa maliciosa en su rostro—, que hemos duplicado esto con nuestra propia gente. ¡Incluso yo! En

mi ira, hice que el Danzarín Rostro que representaba la parte de... de hembra se destruyera a sí mismo. ¡Nadie... ¡y digo nadie!, puede tener tal poder sobre mi!

—¿Qué poder?

—Si él hubiera sido una de esas... esas rameras, como las llamáis vos, yo la hubiera obedecido sin la menor pregunta. —Se estremeció—. Apenas tuve la voluntad para... para destruir... —Agitó la cabeza ante el recuerdo—. La ira me salvó.

Taraza intentó tragar saliva.

—¿Cómo...?

—¿Cómo lo consiguen? ¡Muy bien! Pero antes de compartir este conocimiento os advierto: si una de vosotras intenta alguna vez utilizar este poder sobre uno de nosotros, ¡seguirá una sangrienta carnicería! ¡Hemos preparado a nuestros Domel y a toda nuestra gente para responder matando a todas las Reverendas Madres que puedan encontrar, al más ligero signo de que estáis aplicando este poder sobre nosotros!

—Ninguna de nosotras haría eso, pero no a causa de vuestra amenaza. Somos refrenadas por la convicción de que esto nos destruiría. Vuestra sangrienta carnicería no sería necesaria.

—¿Oh? Entonces, ¿por qué no destruye a esas... esas rameras?

—¡Lo hace! ¡Y destruye todo lo que toca!

—¡No me ha destruido a mí!

—Dios os protege, mi Abdl —dijo Taraza—. Del mismo modo que protege a todos los creyentes.

Convencido, Waff miró a su alrededor en la habitación, luego volvió de nuevo sus ojos hacia Taraza.

—Haced que todo el mundo sepa que formalizo mi vínculo en la tierra del Profeta. Así es como se produce, pues...

—Hizo un gesto con la mano a dos de sus guardianes Danzarines Rostro—. Os lo demostraremos.

Mucho más tarde, a solas en la estancia del ático, Odrade se preguntó si había sido juicioso dejar que Sheeana lo viera todo. Bien, ¿por qué no? Sheeana ya estaba ligada a la Hermandad. Y hubiera despertado las sospechas de Waff si hubieran enviado a Sheeana a otro lado.

Se había producido una evidente excitación sexual en Sheeana mientras contemplaba la actuación de los Danzarines Rostro. Las Censoras de Adiestramiento deberían acudir a sus ayudantes masculinos antes de lo habitual para Sheeana. ¿Qué haría Sheeana entonces? ¿Probaría aquel nuevo conocimiento sobre los hombres? ¿Habría que erigir inhibiciones en ella para impedirlo! Debía aprender los peligros por sí misma.



Las Hermanas y acólitas presentes se habían controlado bien, almacenando firmemente en sus memorias lo que aprendían. La educación de Sheeana debía edificarse sobre aquella observación. Otras dominaban aquellas fuerzas internas.

Los observadores Danzarines Rostro habían permanecido inescrutables, pero se habían podido apreciar cosas en Waff. Dijo que destruiría a los dos demostradores, pero ¿qué haría primero? ¿Sucumbiría a la tentación? ¿Qué pensamientos cruzaban por su mente mientras contemplaba al Danzarín Rostro masculino retorcerse en un ciego éxtasis?

En un sentido, la demostración recordó a Odrade la danza rakiana que había visto en la Gran Plaza de Keen. A corto plazo, la danza había sido deliberadamente arrítmica, pero la progresión creaba un ritmo a largo plazo que se repetía cada doscientos... pasos. Los danzarines habían dilatado su ritmo en un grado notable.

Lo mismo podía decirse de los demostradores Danzarines Rostro.

*¡Siaynoq se ha convertido en un asidero sexual para incontables miles de millones en la Dispersión!*

Odrade pensó en la danza, el largo ritmo seguido por una caótica violencia. El glorioso enfoque de las energías religiosas en Siaynoq había derivado a un tipo distinto de intercambio. Pensó en la excitada respuesta de Sheeana a lo poco que había llegado a ver de aquella danza en la Gran Plaza. Odrade recordó haberle preguntado a Sheeana:

—¿Qué era lo que compartían allí abajo?

—¡Los danzarines, tonta!

Aquella respuesta no había sido permisible.

—Te he advertido acerca de ese tono, Sheeana. ¿Quieres aprender inmediatamente lo que puede hacer una Reverenda Madre para castigarte?

Las palabras flotaron como mensajes fantasmales en la mente de Odrade mientras contemplaba la creciente oscuridad fuera del ático de Dar-es-Balat. Una gran soledad gravitaba sobre ella. Todas las demás se habían marchado de la estancia.

*¡Sólo la castigada se queda!*

Cómo habían brillado los ojos de Sheeana en aquella habitación encima de la Gran Plaza, su mente llena de preguntas.

—¿Por qué siempre habláis de castigos y de hacer daño?

—Debemos enseñar disciplina. ¿Cómo puedes controlar a los demás si no puedes controlarte a ti misma?

—No me gusta esa lección.

—A ninguna nos gusta mucho... hasta más tarde, cuando hemos aprendido su valor por la experiencia.

Como era de esperar, aquella respuesta había supurado durante largo tiempo en la consciencia de Sheeana. Al final, había revelado todo lo que sabía acerca de la danza.

—Algunos de los danzarines escapan. Otros van directamente a Shaitan. Los sacerdotes dicen que van a Shai–Hulud.

—¿Qué les ocurre a los que sobreviven?

—Cuando se recuperan, deben unirse a una gran danza en el desierto. Si Shaitan aparece, mueren. Si Shaitan no aparece, son recompensados.

Odrade había visto el esquema de todo aquello. Las palabras explicativas de Sheeana no habían sido necesarias más allá de ese punto, aunque la había dejado llegar hasta el final. ¡Qué amarga había sonado la voz de Sheeana!

—Reciben dinero, un espacio en un bazar, ese tipo de recompensa. Los sacerdotes dicen que han probado que son humanos.

—Los que fracasan, ¿no son humanos?

Sheeana había permanecido silenciosa durante un largo rato, sumida en profundos pensamientos. Los antecedentes, sin embargo, eran claros para Odrade: ¡la prueba de humanidad de la Hermandad! Su propio paso a la aceptable humanidad de la Hermandad había sido duplicado ya por Sheeana. ¡Cuán suave parecía ese paso en comparación a los otros dolores!

A la suave luz del ático museo, Odrade alzó su mano derecha, mirándola, recordando la caja de la agonía, y el gom jabbar apoyado contra su cuello listo para matarla si flaqueaba o gritaba.

Sheeana no había gritado tampoco. Pero había sabido la respuesta a la pregunta de Odrade antes incluso de la caja de la agonía.

—Son humanos, pero distintos.

Odrade habló en voz alta en la vacía habitación, ocupada tan sólo por las escenas de los tesoros de la no–cámara del Tirano.

—¿Qué nos hiciste, Leto? ¿Eres tan sólo Shaitan hablándonos? ¿Qué nos obligarás a compartir ahora?

*¿Iba la danza fósil a convertirse en un sexo fósil?*

—¿A quién estás hablando, Madre? —Era la voz de Sheeana desde la puerta abierta al otro lado de la habitación. Su túnica gris de postulante era tan sólo una forma imprecisa, creciendo a medida que se aproximaba.

—La Madre Superiora me envió a buscarte —dijo Sheeana mientras se detenía junto a Odrade.

—Estaba hablando conmigo misma —dijo Odrade. Miró a la extrañamente tranquila muchacha, recordando el retortijón de la excitación en sus entrañas cuando le había sido formulada a Sheeana la Pregunta Fulcro.

—*¿Deseas ser una Reverenda Madre?*

—¿Por qué estás hablando contigo misma, Madre? —Había una carga de preocupación en la voz de Sheeana. Las Censoras Enseñantes iban a tener mucho trabajo extirpando aquellas emociones.

—Estaba recordando cuando te pregunté si deseabas ser una Reverenda Madre —dijo Odrade—. Eso trajo otros pensamientos.

—Dijiste que debía seguir tus directrices en todas las cosas, no guardarme nada para mí, no desobedecerte en nada.

Y tú dijiste: «¿Eso es todo?»

—No sabía mucho, ¿verdad? Sigo sin saber mucho.

—Ninguna de nosotras sabe mucho, chiquilla. Excepto que todas estamos juntas en el baile. Y Shaitan aparecerá con toda seguridad si la más pequeña de nosotras falla.

## Capítulo XLI

*Cuando unos desconocidos se encuentran, hay que conceder gran importancia a las diferencias de costumbres y adiestramiento.*

***Dama Jessica, de «La sabiduría de Arrakis»***

La última línea de verdosa luz desapareció tras el horizonte antes de que Burzmali diera la señal de avanzar. Era ya oscuro cuando alcanzaron el otro extremo de Ysai y la carretera periférica que debía conducirles hasta Duncan. Las nubes cubrían el cielo, reflejando las luces de la ciudad sobre las formas de las chozas urbanas a través de las cuales les dirigían sus guías.

Esos guías preocupaban a Lucilla. Aparecían por las callejuelas laterales y de puertas repentinamente abiertas para susurrar nuevas direcciones.

¡Demasiada gente sabía del par fugitivo y de su cita prevista!

Había luchado contra aquellas ideas, pero el residuo de aquella lucha era una profunda desconfianza hacia cada persona que veía. Ocultar eso tras las mecánicas actitudes de una playfem con su cliente se había hecho progresivamente difícil.

Había aguanieve en el camino peatonal junto a la carretera, la mayor parte de ella arrojada allí por el paso de los vehículos de superficie. Los pies de Lucilla estaban fríos antes de que hubieran recorrido medio kilómetro, y se vio obligada a gastar energías compensatorias para enviar un incrementado flujo de sangre a sus extremidades.

Burzmali caminaba silenciosamente, la cabeza baja, aparentemente perdido en sus propias preocupaciones. Lucilla no se dejaba engañar por aquello. Oía cada sonido a su alrededor, veía cada nuevo vehículo que se aproximaba. Arrastraba a Lucilla fuera del sendero peatonal cada vez que se acercaba un vehículo de superficie. Estos pasaban silbando sobre sus suspensores, arrojando aguanieve sucia contra los arbustos que flanqueaban la carretera. Burzmali sujetaba a Lucilla oculta a su lado entre la nieve hasta que estaba seguro de que el vehículo estaba fuera de su vista y de su sonido. Aunque nadie que los condujera podría oír mucho más excepto sus propios sonidos.

Llevaban dos horas caminando antes de que Burzmali se detuviera y estudiara el camino que tenían delante. Su destino era una comunidad suburbial que había sido descrita como «completamente segura». Lucilla lo dudaba. Ningún lugar en Gammu era completamente seguro.

Unas luces amarillas arrojaban su brillo hacia las nubes encima de ellos, señalando la localización de la comunidad. Su chapoteante avance los llevó a través de un túnel bajo la carretera periférica y ascendiendo una ligera pendiente plantada

con alguna especie de huerto. Los tallos de las plantas eran rígidos troncos a la débil luz.

Lucilla alzó la vista. Las nubes estaban dispersándose. Gammu tenía muchas pequeñas «lunas–fortalezas no–naves». Algunas de ellas habían sido emplazadas por Teg, pero captó las trayectorias de otras nuevas compartiendo su misión guardiana. Parecían tener aproximadamente cuatro veces el tamaño de las estrellas más brillantes y a menudo viajaban en racimos, lo cual hacía su luz reflejada útil pero errática debido a que se movían aprisa... cruzando el cielo y hundiéndose en el horizonte en unas pocas horas. Contempló un enjambre de seis de tales lunas a través de un desgarrón entre las nubes, preguntándose si formarían parte del sistema defensivo de Teg.

Por un momento, reflexionó en la inherente debilidad de la mentalidad de sitio que tales defensas representaban. Teg había tenido razón al respecto. La movilidad era la llave del éxito militar, pero dudaba que el viejo Bashar se estuviera refiriendo a movilidad a pie.

No había lugares donde ocultarse fácilmente en la ladera cubierta de nieve, y Lucilla captó el nerviosismo de Burzmali. ¿Qué podían hacer si llegaba alguien? Una depresión cubierta de nieve los condujo hacia abajo y hacia la izquierda desde su posición, en ángulo hacia la comunidad. No era una carretera, pero podía ser un sendero.

—Por aquí —dijo Burzmali, conduciéndola hacia la depresión.

La nieve les cubrió hasta los tobillos.

—Espero que esa gente sea de fiar —dijo Lucilla.

—Odian a las Honoradas Matres —dijo él—. Esto es suficiente para mí.

—Será mejor que el gholá esté ahí! —Contuvo una respuesta aún más furiosa, pero no pudo contenerse y añadió—: Su odio no es suficiente para mí.

Era preferible esperar lo peor, pensó.

Había llegado a alcanzar una tranquilizadora opinión de Burzmali, sin embargo. Era como Teg. Ninguno de los dos seguía un rumbo que pudiera conducirles a un callejón sin salida... no si podían evitarlo. Sospechaba que había fuerzas de apoyo ocultas entre los matorrales a su alrededor, incluso ahora.

El sendero cubierto de nieve terminó en una especie de carretera pavimentada, suavemente curvada hacia adentro en los extremos y mantenida libre de nieve gracias a un sistema que la derretía. Había un rastro de humedad en el centro. Lucilla había dado ya varios pasos en ella antes de reconocer lo que debía ser... una tolvamag. Era un antiguo medio de transporte magnético que en un tiempo había transportado materiales a una fábrica pre–Dispersión.

—Aquí se hace más empinada —la avisó Burzmali—. Han tallado escalones, pero id con cuidado. No son muy profundos.

Finalmente, llegaron al final de la tolvamag. Terminaba en una decrepita pared... ladrillos locales sobre unos cimientos de plastiaceró. La débil luz de las estrellas en un cielo que se iba aclarando reveló un trabajo burdo en los ladrillos... típica construcción de los Tiempos de Hambruna. La pared era una masa de plantas trepadoras y hongos moteados. Las plantas hacían poco por ocultar las grietas de entre los ladrillos y los burdos esfuerzos por cubrirlas con mortero. Una sola hilera de ventanas les contemplaba desde el lugar donde la tolvamag desembocaba en una masa de maleza y malas hierbas. Tres de las ventanas relucían con una luz azul procedente de alguna actividad interna que venía acompañada por débiles sonidos crujientes.

—Eso era una fábrica en los viejos días —dijo Burzmali.

—Tengo ojos y memoria —restalló Lucilla. ¿Creía aquel gruñente macho que estaba completamente desprovista de inteligencia?

Algo crujió desmayadamente a su izquierda. Un trozo de suelo y plantas se alzó sobre una puerta que conducía a un sótano, lanzando hacia arriba un chorro de brillante luz amarillenta.

—¡Rápido! —Burzmali la condujo corriendo por entre la densa vegetación y bajando el tramo de escaleras que la puerta había revelado al alzarse. La puerta se cerró con un chasquido detrás de ellos, acompañada por un gruñir de maquinaria.

Lucilla se encontró en un espacio amplio con un techo muy bajo. La luz procedía de largas hileras de modernos globos emplazados entre masivas vigas de plastiaceró sobre sus cabezas. El suelo estaba limpio pero mostraba marcas e indentaciones de actividad, la localización de una maquinaria sin duda desaparecida hacía tiempo. Lucilla captó movimiento a lo lejos, al otro lado del enorme espacio. Una mujer joven con una versión algo distinta de la túnica con dragones de Lucilla trotó hacia ellos.

Lucilla olisqueó. Había un olor ácido en la habitación, y asomos de algo hediondo.

—Esto era una fábrica Harkonnen —dijo Burzmali—. Me pregunto qué fabricarían aquí.

La mujer joven se detuvo frente a Lucilla. Tenía una figura grácil, elegante en forma y movimientos bajo la ajustada ropa. Una especie de resplandor subcutáneo brotaba de su rostro. Hablaba de ejercicio y buena salud. Los ojos verdes, sin embargo, eran duros y helados en el sentido de que medían todo lo que veían.

—Así que enviaron a más de uno a inspeccionar este lugar —dijo.

Lucilla tendió una mano coercitiva cuando Burzmali iba a responder. Aquella mujer no era lo que aparentaba. *¡No más que yo!* Lucilla eligió cuidadosamente sus palabras:

—Parece que siempre nos conocemos las unas a las otras. La mujer sonrió.

—Observé cuando os acercábais. No podía creer en mis ojos.

—Lanzó una burlona mirada a Burzmali—. ¿Se supone que es un cliente?

—Y un guía —dijo Lucilla. Observó el desconcierto en el rostro de Burzmali, y rogó porque no hiciera la pregunta equivocada. ¡Esa mujer joven era un peligro!

—¿No éramos esperados? —preguntó Burzmali.

—Ahhh, la cosa habla —dijo la mujer joven, riendo. Su risa era tan fría como sus ojos.

—Preferiría que no te refirieras a mí como «la cosa» —dijo Burzmali.

—Llamo a la escoria Gammu como me place —dijo la mujer joven—. ¡No me hables de tus preferencias!

—¿Cómo me has llamado? —Burzmali estaba agotado, y su irritación surgió hirviendo ante aquel inesperado ataque.

—¡Te llamo lo que quiera llamarte, escoria!

Burzmali ya había aguantado bastante. Antes de que Lucilla pudiera detenerle, lanzó un gruñido bajo y dirigió un sonoro bofetón hacia la mujer joven.

El golpe no alcanzó su destino.

Lucilla observó fascinada como la mujer se inclinaba ante el ataque, agarraba la manga de Burzmali como quien agarra un trozo de tela flotando en el viento y, con una pirueta más rápida que la vista, cuya rapidez casi ocultó su precisión, enviaba a Burzmali resbalando por el suelo. La mujer se dejó caer medio agazapada sobre un pie, el otro preparado para patear.

—Debería matarle ahora —dijo.

Lucilla, sin saber lo que podía ocurrir a continuación, dobló su cuerpo hacia un lado, eludiendo a duras penas el pie bruscamente lanzado de la mujer, y contraatacó con un sabard estándar Bene Gesserit que arrojó de espaldas a la mujer, doblada por donde el golpe la había alcanzado en el estómago.

—No acepto ninguna sugerencia acerca de matar a mi guía, sea cual sea tu nombre —dijo Lucilla.

La mujer jadeó intentando recuperar el aliento, luego, resoplando entre las palabras, murmuró:

—Me llamo Murbella, Gran Honorada Madre. Me avergonzasteis derrotándome con un ataque tan lento. ¿Por qué lo hicisteis?

—Necesitabas una lección —dijo Lucilla.

—Soy recién ordenada, Gran Honorada Madre. Os ruego que me perdonéis. Os doy las gracias por la espléndida lección, y os lo agradeceré cada vez que emplee vuestra respuesta, que he registrado a partir de ahora en mi memoria. —Hizo una inclinación de cabeza, luego saltó elásticamente en pie, con una traviesa sonrisa en su rostro.

Con su voz más fría, Lucilla preguntó:

—¿Sabes quién soy? —Por el rabillo del ojo vio a Burzmali poniéndose de nuevo en pie, con una dolorida lentitud. Permaneció a un lado, observando a las dos mujeres, pero con la ira ardiendo en su rostro.

—Por vuestra habilidad enseñándome esta lección, veo que sois quien sois, Gran Honorada Madre. ¿Soy perdonada? —La traviesa sonrisa se había desvanecido del rostro de Murbella. Permaneció de pie, con la cabeza inclinada.

—Eres perdonada. ¿Está viniendo una no-nave?

—Eso es lo que dicen aquí. Estamos preparados para ello.

—Murbella miró a Burzmali.

—Aún me es útil, y es necesario que me acompañe —dijo Lucilla.

—Muy bien, Gran Honorada Madre. ¿Incluye vuestro perdón vuestro nombre?

—¡No!

Murbella suspiró.

—Hemos capturado al ghola —dijo—. Vino como un tleilaxu desde el sur. Iba a encamarlo cuando llegasteis.

Burzmali avanzó cojeando hacia ellas. Lucilla vio que había reconocido el peligro. ¡Aquel lugar «completamente seguro» estaba infestado de enemigos! Pero los enemigos seguían sabiendo muy poco.

—¿No está herido el ghola?

—Todavía habla —dijo Murbella—. Qué extraño.

—No encamarás al ghola —dijo Lucilla—. ¡Es mío!

—Fue una lucha leal, Gran Honorada Madre. Y yo lo marqué primero. Ya está parcialmente dominado.

Rió una vez más, con un insensible abandono que impresionó a Lucilla.

—Por aquí. Hay un lugar desde donde podéis mirar.



## Capítulo XLII

*¡Ojalá muráis en Caladan!*

*Antiguo brindis*

Duncan intentó recordar dónde estaba. Sabía que Tormsa estaba muerto. La sangre había brotado de los ojos de Tormsa. Sí, recordaba claramente aquello. Habían penetrado en un oscuro edificio, y la luz había llameado de pronto a su alrededor. Duncan sintió un dolor en la nuca. ¿Un golpe? Intentó moverse, y sus músculos se negaron a obedecer.

Recordó haber permanecido sentado en el borde de un amplio terreno de juegos. Se estaba jugando algún tipo de juego de pelota... pelotas excéntricas que rebotaban y volaban sin ningún orden aparente. Los jugadores eran jóvenes, con un atuendo común de... ¡Giedi Prime!

—Están practicando a ser viejos —dijo. Recordaba haber dicho aquello.

Su compañera, una mujer joven, lo miró inexpresiva.

—Sólo los viejos deberían jugar a esos juegos al aire libre —dijo él.

—¿Oh?

Era una pregunta incontestable. La muchacha la olvidó con el más simple de los gestos verbales. *¡Y me traicionó al instante siguiente a los Harkonnen!*

Así que éste era un recuerdo pre-ghola.

*¡Ghola!*

Recordó el Alcázar Bene Gesserit en Gammu. La biblioteca: holofotos y trifotos del Duque Atreides, Leto I. El parecido de Teg no era un accidente: un poco más alto, pero por lo demás idéntico... aquel rostro largo y delgado con su nariz aguileña, el renombrado carisma Atreides...

*¡Teg!*

Recordó el último gesto valeroso del viejo Bashar, allá en la noche de Gammu.

*¿Dónde estoy?*

Tormsa lo había traído hasta allí. Habían avanzado a lo largo de un sendero lleno de hierbas en los alrededores de Ysai. *Baronía*. Empezó a nevar antes de que llevaran andados doscientos metros por el sendero. Una húmeda nieve que se aferraba a ellos. Una fría, miserable nieve que al cabo de un minuto hacía castañetear sus dientes. Se detuvieron para alzar sus capuchas y cerrar sus chaquetas aislantes. Aquello estaba mejor. Pero pronto sería de noche. Haría mucho más frío.

—Hay una especie de refugio ahí arriba, un poco más adelante —dijo Tormsa—. Aguardaremos allí a que sea de noche.

Cuando Duncan no respondió, Tormsa dijo:

—No será caliente, pero al menos será seco.

Duncan vio la gris silueta del lugar al cabo de unos trescientos pasos. Se recortaba contra la sucia nieve con sus dos plantas de altura. Lo reconoció inmediatamente: una contaduría Harkonnen. Allí, los observadores habían contado (y a veces matado) a la gente que pasaba. Estaba edificada con barro nativo convertido en gigantescos ladrillos mediante el simple expediente de preformarla con ladrillos de barro y luego sobrecalentarla con un quemador de gran radio, el tipo de arma que los Harkonnen utilizaban para controlar las multitudes.

Mientras subían hasta allí, Duncan vio los restos de una pantalla de campo defensiva completa, con troneras para fuego graneado apuntando en todas direcciones. Alguien había inutilizado el sistema hacía mucho tiempo. Los retorcidos agujeros en la red del campo estaban parcialmente cubiertos por la maleza. Pero las troneras permanecían abiertas. ¡Oh, sí! para permitir a la gente de dentro vigilar los alrededores.

Tormsa hizo una pausa y escuchó, estudiando con cuidado todo lo que les rodeaba.

Duncan contempló la contaduría. Las recordaba muy bien. Lo que tenía enfrente era algo que parecía haber brotado como un deformado crecimiento a partir de una semilla originalmente tubular. La superficie había sido quemada hasta adquirir una textura de glasina. Huecos y protuberancias traicionaban que había sido sobrecalentada. La erosión de los eones había dejado delgadas cicatrices en ella, pero conservaba la forma original. Miró hacia arriba, e identificó parte del antiguo sistema de ascensores a suspensor. Alguien había retirado un bloque y lo había echado a un lado.

Así que la abertura a través de la pantalla de campo completa era reciente.

Tormsa desapareció por la abertura.

Como si alguien hubiera accionado un interruptor, la visión de la memoria de Duncan cambió. Estaba en la biblioteca del no-globo, con Teg. El proyector estaba produciendo una serie de vistas de la moderna Ysai. La idea de *moderna* producía extraños armónicos en él. Baronía había sido una ciudad moderna, si uno pensaba en moderno como algo significando tecnológicamente avanzado con relación a las normas de su tiempo. Habían confiado exclusivamente en rayos-guía a suspensor para el transporte de gente y material... todo ello a gran altura. Ninguna abertura a nivel del suelo. Se lo había explicado a Teg.

El plan original se había convertido físicamente en una ciudad que utilizaba todo metro cuadrado disponible de espacio vertical y horizontal para otras cosas distintas al traslado de objetos o seres. Las aberturas de los rayos-guía requerían solamente espacio suficiente en la entrada y el interior para el paso y el manejo de los universales módulos de transporte.

—La forma ideal sería tubular, con un techo plano para los tópteros —había dicho Teg.

—Los Harkonnen preferían cuadrados y rectángulos.

Aquello era cierto.

Duncan recordaba Baronía con una claridad que lo hacía estremecer. Los carriles a suspensor la recorrían como madrigueras de gusanos... rectos, curvados, retorciéndose en ángulos oblicuos... hacia arriba, hacia abajo, diagonalmente. Excepto el rectángulo absoluto impuesto por el capricho de los Harkonnen, Baronía había sido edificada siguiendo un particular mínimo gasto de materiales.

—¡Los techos planos eran el único espacio orientado al hombre en todo aquel maldito conjunto! —recordaba haberles dicho a Teg y Lucilla.

Allí arriba estaban los áticos de los ricos, con estaciones de guardia en todas las esquinas, en los campos de aterrizaje para los tópteros, en todas las entradas desde abajo, en torno a todos los parques. La gente que vivía arriba podía olvidar por completo la masa de carne que se apiñaba bajo ellos. No se permitía que ningún olor ni ruido de aquella colmena llegara a la parte superior. Los sirvientes eran obligados a bañarse y cambiarse en vestidores sanitarios antes de entrar en aquella zona.

Teg había hecho una pregunta:

—¿Por qué esa masificada humanidad permitía que la obligaran a vivir tan apretujadamente?

La respuesta era obvia, y se la explicó. El exterior era un lugar peligroso. Los dirigentes de la ciudad lo hacían aparecer más peligroso aún de lo que era realmente. Además, poca gente allí sabía nada acerca de una vida mejor Fuera. La única vida mejor que conocían era la de arriba. Y la única forma de ascender a aquellos niveles era a través de un absolutamente denigrante servilismo.

—¡Ocurrirá algún día, y no habrá nada que podáis hacer al respecto!

Aquella era otra voz resonando en el cráneo de Duncan. La oyó claramente.

*¡Paul!*

Qué extraño era, pensó Duncan. No había ninguna arrogancia en la presciencia, nada como la arrogancia del Mentat aposentado en su frágil lógica.

*Nunca antes pensé en Paul como en alguien arrogante.*

Duncan contempló su propio rostro en un espejo. Se dio cuenta con parte de su mente de que aquél era un recuerdo pre-ghola. Bruscamente era otro espejo, y su rostro era el suyo pero diferente. Aquel oscuro rostro redondeado había empezado a moldearse con las duras arrugas que tendría si madurara. Miró a sus propios ojos. Sí, aquellos eran sus ojos. Había oído a alguien describir en una ocasión sus ojos como «anidados en una cueva». Estaban profundamente enterrados bajo las cejas y cabalgando sobre altos pómulos. Le habían dicho que era difícil determinar si sus ojos eran azul oscuro o verde oscuro, a menos que la luz fuera exactamente la

adecuada.

Una mujer había dicho eso. Ahora no podía recordarla.

Intentó tocarse el cabello, pero sus manos no le obedecían. Recordó entonces que su pelo había sido decolorado. ¿Quién lo había hecho? Una mujer vieja. Su pelo ya no era un casquete de ensortijada negrura.

Allí estaba el Duque Leto, mirándole desde la puerta del comedor en Caladan.

—Vamos a comer ahora —dijo el Duque. Era una orden regia, salvada de la arrogancia por una débil sonrisa que expresaba: «Alguien tenía que decirlo».

*¿Qué le está ocurriendo a mi mente?*

Se recordó a sí mismo siguiendo a Tormsa hacia el lugar donde Tormsa había dicho que les recogería la no-nave.

Era un gran edificio destacando en la noche. Había varios otros edificios debajo de la estructura más grande. Parecían estar ocupados. En ellos podían oírse sonidos de voces y máquinas. No se veía ningún rostro en las estrechas ventanas. Ninguna puerta se abrió. Duncan olió a comida cocinándose cuando pasaron junto al más grande de los edificios inferiores. Aquello le recordó que solamente habían comido tiras secas de algo correoso que Tormsa había llamado «comida de viaje» durante todo aquel día.

Entraron en el oscuro edificio.

Llamearon las luces.

Los ojos de Tormsa estallaron en sangre.

Oscuridad.

Duncan miró a un rostro de mujer. Había visto un rostro como aquél antes: una simple «tri» tomada de una secuencia holo más larga. ¿Dónde había sido eso? ¿Dónde la había visto? Era un rostro casi ovalado, con tan sólo unas cejas un poco demasiado gruesas para alcanzar la curvilínea perfección.

La mujer habló:

—Mi nombre es Murbella. No lo recordarás, pero ahora me perteneces porque yo te marqué. Te he seleccionado.

*Te recuerdo, Murbella.*

Los ojos verdes bajo las arqueadas cejas daban a sus rasgos un centro de atención focal que dejaba su barbilla y su pequeña boca para un examen posterior. La boca tenía unos labios gruesos, y supo que podían enfurruñarse en respuesta.

Los ojos verdes miraron directamente a sus ojos. Qué fría, aquella mirada. Qué poder en ella.

Algo tocó su mejilla.

Abrió los ojos. ¡Aquello no era ningún recuerdo! Aquello le estaba ocurriendo realmente. ¡Le estaba ocurriendo ahora!

*¡Murbella!*

Había estado allí y se había marchado. Ahora estaba de vuelta. Recordó haber despertado desnudo sobre una superficie blanda... un camastro. Sus manos lo reconocieron. Murbella desvestida justo encima de él, sus ojos verdes mirándole con una terrible intensidad. Lo había tocado simultáneamente en varios lugares. Un suave canturreo brotaba de entre sus labios.

Sintió la rápida erección, dolorosa en su rigidez.

No quedaba en él ningún poder de resistencia. Las manos de ella se movían por su cuerpo. Su lengua. ¡El canturreo! Su boca entrando en contacto con él por todas partes. Los pezones rozando sus mejillas, su pecho. Cuando vio sus ojos, comprendió que tras ellos había un plan consciente.

¡Murbella había vuelto, y lo estaba haciendo de nuevo!

Sobre su hombro derecho divisó una ancha ventana de plaz, y Lucilla y Burzmali detrás de aquella barrera. ¿Un sueño? Burzmali apretó sus palmas contra el plaz. Lucilla estaba de pie con los brazos cruzados, una expresión de entremezclada rabia y curiosidad en su rostro.

Murbella murmuró en su oído derecho:

—Mis manos son fuego.

Su cuerpo ocultaba los rostros detrás del plaz. Sintió el fuego allá donde ella lo tocaba.

Bruscamente, la llama envolvió su mente. Lugares ocultos dentro de él cobraron vida. Vio cápsulas rojas, como una hilera de resplandecientes salchichas, pasar por delante de sus ojos. Se sintió febril. Él era una cápsula engullida, la excitación fulgurando a través de su consciencia. ¡Esas cápsulas! ¡Las conocía! Eran él mismo... eran...

Todos los Duncan Idaho, el original y la serie de gholas, fluyeron en su mente. Eran como vainas estallando, negando cualquier otra existencia excepto ellas mismas. Se vio a sí mismo aplastado bajo un enorme gusano con rostro humano.

—¡Maldito seas, Leto!

Aplastado y aplastado y aplastado... una y otra vez.

—¡Maldito seas! ¡Maldito seas! ¡Maldito seas!...

Murió bajo una espada Sardaukar. El dolor estalló en un brillante resplandor tragado por la oscuridad.

Murió en un accidente de tóptero. Murió bajo el cuchillo de una Habladora Pez asesina. Murió y murió y murió.

Y vivía.

Las memorias fluían en él, hasta que se preguntó cómo podía albergarlas a todas. La dulzura de una hija recién nacida sostenida entre sus brazos. Los almizcleños olores de una compañera apasionada. La cascada de aromas del exquisito vino daniano. El jadeante agotamiento de la sala de prácticas.

*¡Los tanques axlotl!*

Recordó emerger una y otra vez: brillantes luces y blandas manos mecánicas. Las manos le daban la vuelta y, con los desenfocados ojos de un recién nacido, vio un gran montón de carne femenina... monstruosa en su casi inmóvil gordura... un laberinto de oscuros tubos uniendo su cuerpo a unos gigantescos contenedores metálicos.

*¿Un tanque axlotl?*

Jadeó ante la sucesión de todas aquellas memorias seriadas que penetraban en cascada en él. *¡Todas aquellas vidas! ¡Todas aquellas vidas!*

Ahora recordó lo que los tleilaxu habían plantado en él, la sumergida consciencia que aguardaba tan sólo el momento de seducción a manos de una Imprimadora Bene Gesserit.

Estaba allí, sin embargo, preparada y a mano, y el esquema tleilaxu se hacía cargo de sus reacciones.

Duncan canturreó suavemente y la tocó, moviéndose con una agilidad que impresionó a Murbella. *¡No debería ser tan responsivo! ¡No de esta forma!* La mano derecha de Duncan aleteó hacia los labios de su vagina mientras su mano izquierda acariciaba la base de su espina dorsal. Al mismo tiempo, su boca se movió suavemente sobre su nariz, descendió a sus labios, siguió bajando hacia el hueco de su axila izquierda.

Y durante todo el tiempo canturreó suavemente, con un ritmo que pulsaba a través del cuerpo de ella, arrullándola... debilitándola...

Murbella intentó apartarse cuando él incrementó el ritmo de las respuestas de ella.

*¿Cómo supo que debía tocarme precisamente en este instante? ¡Y aquí! ¡Y aquí!*  
*Oh, Sagrada Roca de Dur, ¿cómo lo supo?*

Duncan marcó la turgencia de sus pechos y captó la congestión en su nariz. Vio la forma en que sus pezones se ponían rígidos, su aureola oscureciéndose a su alrededor. Ella gimió y abrió mucho las piernas.

*¡La Gran Madre me ayude!*

Pero la única Gran Madre en la que podía pensar estaba segura más allá de aquella habitación, retenida por una puerta cerrada y una barrera de plaz.

Una energía desesperada fluyó en Murbella. Respondió de la única forma que conocía: tocando, acariciando... utilizando todas las técnicas que tan cuidadosamente había aprendido en los largos años de su aprendizaje.

A cada cosa que hacía, Duncan respondía con un contramovimiento locamente estimulante.

Murbella se dio cuenta de que ya no podía seguir controlando sus propias respuestas. Estaba reaccionado automáticamente desde algún pozo de conocimiento más profundo que su adiestramiento. Sentía sus músculos vaginales tensarse. Sentía

el rápido fluir del líquido lubricante. Cuando Duncan la penetró, se oyó a sí misma gemir. Sus brazos, sus manos, sus piernas, todo su cuerpo se movía con ambos sistemas de respuesta... los bien adiestrados automatismos y la profunda, muy profunda consciencia de otras demandas.

*¿Cómo ha conseguido hacerme esto?*

Olas de extáticas contracciones se iniciaron en los suaves músculos de su pelvis. Sintió la automática respuesta del hombre, y notó el seco golpe de su eyaculación. Aquello aumentó aún más su respuesta. Extáticas pulsaciones brotando hacia afuera a partir de las contracciones de su vagina... hacia afuera... hacia afuera. El éxtasis sumergió todos sus sentidos. Cada uno de sus músculos se estremeció con un éxtasis que no había imaginado pudiera existir.

De nuevo, las olas brotaron hacia afuera.

Una y otra vez...

Perdió la cuenta de las repeticiones.

Cuando Duncan gimió, ella gimió también, y las olas brotaron de nuevo hacia afuera.

Y otra vez...

No había sensación de tiempo ni de entorno, solamente aquella inmersión en un constante éxtasis.

Deseaba que continuara siempre, y deseaba que se detuviera. ¡Aquello no podía estarle ocurriendo a una mujer! Una Honorada Madre no podía experimentarlo.

Aquellas eran las sensaciones por las cuales eran gobernados los hombres.

Duncan emergió del esquema de respuestas que había sido implantado en él. Había algo más que se suponía que debía hacer. No podía recordar lo que era.

*¿Lucilla?*

La imaginó muerta frente a él. Pero aquella mujer no era Lucilla; era... era Murbella.

Había muy poca fuerza en él. Se alzó, apartándose de Murbella, y consiguió ponerse de rodillas sobre el camastro. Sus manos temblaban con una agitación que no podía comprender.

Murbella intentó apartar a Duncan lejos de ella, pero ya no estaba allí. Abrió bruscamente los ojos.

Duncan estaba arrodillado sobre ella. No tenía la menor idea de cuánto tiempo había transcurrido. Intentó hallar la energía necesaria para sentarse, y fracasó. Lentamente, la razón fue regresando a su mente.

Miró a los ojos de Duncan, sabiendo ahora quién debía ser aquel hombre. ¿Hombre? Era solamente un muchacho. Pero había hecho cosas... cosas... Todas las Honoradas Matres habían sido advertidas. Había un ghola armado por los tleilaxu con conocimientos prohibidos. ¡Ese ghola debía ser muerto!

Un pequeño estallido de energía brotó en sus músculos. Se alzó sobre sus codos. Jadeando en busca de aire, intentó rodar apartándose de él, y cayó de espaldas sobre la blanda superficie.

¡Por la Roca Sagrada de Dur! ¡No podía permitirse que aquel macho viviera! Era un ghola, y podía hacer cosas únicamente permitidas a las Honoradas Matres. Deseaba golpearle y, al mismo tiempo, deseaba volver a atraerlo contra su cuerpo. ¡*El éxtasis!* Sabía que en aquel momento haría cualquier cosa que él le pidiera. Lo haría por él.

*¡No! ¡Debo matarlo!*

Una vez más, se alzó sobre sus codos y, partiendo de aquella posición, consiguió sentarse. Su débil mirada cruzó la ventana tras la que había confinado a la Gran Honorada Madre y su guía. Seguían allí de pie, mirándola. El rostro del hombre estaba enrojecido. El rostro de la Gran Honorada Madre era tan inamovible como la propia Roca de Dur.

*¿Cómo puede quedarse simplemente ahí después de lo que ha visto? ¡La Gran Honorada Madre debe matar a este ghola!*

Murbella hizo señas a la mujer detrás del plaz, y se giró hacia la cerrada puerta junto al camastro. A duras penas, consiguió correr el cierre y abrir la puerta antes de derrumbarse de nuevo de espaldas. Sus ojos se alzaron hacia el arrodillado muchacho. El sudor empapaba aquel joven cuerpo. Aquel atractivo cuerpo...

*¡No!*

La desesperación la impulsó a intentar ponerse en pie. Consiguió bajar del camastro y quedar de rodillas en el suelo, luego, en un desesperado impulso de su voluntad, se alzó. Las energías estaban volviendo a ella, pero sus piernas temblaban cuando rodeó los pies del camastro.

*Debo hacerlo por mí misma, sin pensar. Debo hacerlo.*

Su cuerpo se tambaleaba de uno a otro lado. Intentó afirmarse sobre sus pies, y lanzó un golpe contra el cuello del muchacho. Conocía aquel golpe gracias a las largas horas de práctica. Destrozaría su laringe. La víctima moriría asfixiada.

Duncan bloqueó fácilmente el golpe, pero era lento... lento. Murbella casi cayó a su lado, pero las manos de la Gran Honorada Madre la sostuvieron.

—Matadlo —jadeó Murbella—. Es aquél contra quien nos advirtieron. ¡Es él!

Murbella sintió las manos sobre su cuello, los dedos apretando salvajemente en los nervios debajo de sus oídos.

Lo último que oyó Murbella antes de que la inconsciencia se apoderara de su mente y cuerpo fue a la Gran Honorada Madre diciendo:

—No vamos a matar a nadie. Este ghola va a ir a Rakis.



## Capítulo XLIII

*La peor competición potencial para cualquier organismo procede de los de su propia clase. La especie consume necesidades. El crecimiento queda limitado por esa necesidad, que se halla presente en su más mínima cantidad. La condición menos favorable controla el índice de crecimiento. (Ley del Mínimo).*

***De «Lecciones de Arrakis»***

El edificio estaba en la parte de atrás de una gran avenida, bajo una pantalla de árboles y unos floridos setos cuidadosamente recortados. Los setos habían sido dispuestos sinuosamente formando un laberinto, con postes blancos de la altura de un hombre para definir las áreas que ocupaban. Ningún vehículo que entrara o saliera de allí podía hacerlo a una velocidad más rápida que un lento arrastrarse. La consciencia militar de Teg captó todo aquello mientras el vehículo blindado de superficie lo llevaba hasta la puerta. El Mariscal de Campo Muzzafar, el otro único ocupante en la parte de atrás del vehículo, reconoció la evaluación de Teg y dijo:

—Estamos protegidos desde arriba por un sistema de entramado de rayos.

Un soldado con uniforme de camuflaje y un largo fusil láser colgado del hombro abrió la portezuela y se puso firme cuando Muzzafar emergió.

Teg le siguió. Reconoció aquel lugar. Era una de las direcciones «seguras» que la Seguridad de la Bene Gesserit le había proporcionado. Obviamente, la información de la Hermandad era caduca. Muy recientemente caduca, sin embargo, puesto que Muzzafar no había dado ninguna indicación por la que Teg pudiera reconocer aquel lugar.

Mientras cruzaban el terreno hacia la puerta, Teg observó que otro sistema protector que había visto en su primera gira por Ysai permanecía intacto. Era una apenas perceptible diferencia en los postes entre las barreras de árboles y setos. Estos postes eran sondanalizadores operados desde una habitación en algún lugar del edificio. Sus conectores en forma de diamante «leían» la zona entre ellos y el edificio. Con un suave pulsar de un botón en la sala de observación, los sondanalizadores podían convertir en un pequeño montón de carne rebanada cualquier cuerpo vivo que cruzara su campo de acción.

En la puerta, Muzzafar hizo una pausa y miró a Teg.

—La Honorada Madre que estáis a punto de conocer es la más poderosa de todas las que han venido aquí. No tolera nada excepto una completa obediencia.

—Tendré en cuenta lo que me advertís.

—Supuse que comprenderíais. Llamadla Honorada Madre. Nada más. Entremos. Me he tomado la libertad de prepararos un nuevo uniforme.

La habitación donde lo llevó Muzzafar era una que Teg no había visto en su anterior visita. Pequeña y atestada con abigarradas cajas paneladas en negro, dejaba muy poco espacio para ellos dos. Un sólo globo amarillo en el techo iluminaba el lugar. Muzzafar se apretujó en un rincón mientras Teg se sacaba el sucio y arrugado traje de una sola pieza que había llevado desde el no-globo.

—Lamento no poder ofreceros también un baño —dijo Muzzafar—. Pero no debemos entretenernos. Ella se impacienta.

Una diferente personalidad se apoderó de Teg con el uniforme. Era un atuendo familiar, negro, incluso con las estrellas destellantes en el cuello. Así que iba a aparecer ante aquella Honorada Madre como el Bashar de la Hermandad. Interesante. Era una vez más completamente el Bashar, aunque aquella poderosa sensación de identidad no le había abandonado nunca. El uniforme la completaba y la anunciaba, sin embargo. Con aquel uniforme no había necesidad de enfatizar de ninguna otra manera lo que era.

—Eso está mejor —dijo Muzzafar, mientras conducía a Teg de vuelta al vestíbulo de entrada y a través de una puerta que Teg recordaba. Si, allí era donde se había reunido con los contactos «seguros». Entonces había reconocido la función de aquella estancia, y nada parecía haberla cambiado. Hileras de microscópicos com-ojos se alineaban en la intersección de techo y paredes, camuflados como plateadas guías para los flotantes globos.

*Quien es observado no ve*, pensó Teg. *Y los Observadores tienen un millón de ojos.*

Su doble visión le dijo que había peligro allí, pero nada inmediatamente violento.

Aquella habitación, de unos cinco metros de largo por cuatro de ancho, era un lugar donde realizar negocios de alto nivel. La mercancía nunca sería una cantidad real de dinero. La gente de allí vería únicamente equivalentes portátiles de lo que podía ser considerado como artículos de trueque... melange quizá, o lechosas piedrasuaves de aproximadamente el tamaño de un ojo, perfectamente redondas, lustrosas y blandas en apariencia al primer momento, pero irradiando todos los cambiantes colores del arcoíris si se las dirigía hacia cualquier luz o las tocaba cualquier carne. Aquel era un lugar donde un dahikin de melange o una bolsita pequeña de piedrasuaves sería aceptado como moneda de cambio. El precio de un planeta podía pasar allí de manos con sólo una inclinación de cabeza, un parpadeo o un murmullo en voz baja. Ninguna cartera con dinero sería extraída nunca allí. Lo más parecido a ello sería una delgada caja de translux en cuyo interior, protegidas con veneno, habría delgadas láminas de cristal riduliano con números de muchas cifras inscritos con imborrable dataprint.

—Es un banco —dijo Teg.

—¿Qué? —Muzzafar había mirado a la puerta cerrada en la pared opuesta—. Oh,

sí. Ella vendrá en cualquier momento.

—Por supuesto, ahora nos está observando.

Muzzafar no respondió, pero su mirada adquirió una expresión hosca.

Teg miró a su alrededor. ¿Había cambiado algo desde su visita anterior? No vio alteraciones significativas. Se preguntó si los santuarios como aquél habrían sufrido muchos cambios a lo largo de los eones. Había una alfombra de rocío en el suelo, tan suave como si fuera de plumas y tan blanca como la barriga de una ballena de pelaje. Brillaba con una falsa sensación de humedad que tan sólo el ojo detectaba. Un pie desnudo (aunque aquel lugar nunca hubiera visto un pie desnudo) sólo encontraría una acariciante sequedad.

Había una estrecha mesa de aproximadamente dos metros de largo casi en el centro de la habitación. El sobre tenía como mínimo veinte milímetros de grosor. Teg supuso que era jacarandá daniano. La superficie marrón oscuro había sido pulida hasta darle un lustre que sorbía la visión y revelaba las venas de su interior como las corrientes de un río. Había tan sólo cuatro sillas en torno a la mesa, sillas elaboradas por un maestro artesano con la misma madera que la mesa, con el asiento y el respaldo acolchados con lirpiel del tono exacto de la madera pulida.

Sólo cuatro sillas. Más hubiera sido una aseveración exagerada. No había probado ninguna de las sillas la otra vez, y no se sentó tampoco ahora, pero sabía lo que su carne iba a encontrar allí... una comodidad casi al nivel de una silla-perro. No hasta un tal grado de blandura y adaptación a la forma corporal, por supuesto. Demasiada comodidad podía conducir al que estaba sentado a la relajación. Aquella habitación y su mobiliario decían: «Ponte cómodo, pero permanece alerta.»

Uno no sólo debía tener sus cinco sentidos despiertos en aquel lugar, sino también un gran poder de violencia detrás, pensó Teg. Aquella había sido su opinión antes, y no había cambiado.

No había ventanas allí, pero las que había visto desde el exterior estaban cebradas con líneas de luz... barreras de energía para repeler intrusos y prevenir el escape. Teg sabía que tales barreras albergaban sus propios peligros, pero las implicaciones eran importantes. Sólo mantener el flujo de energía en ellas podría alimentar de energía a una ciudad de mediano tamaño durante toda la vida del más longevo de sus habitantes.

No había nada casual en aquella exhibición de riqueza.

La puerta que observaba Muzzafar se abrió con un suave clic.

*¡Peligro!*

Una mujer con una resplandeciente túnica dorada penetró en la habitación. Líneas de un rojo anaranjado danzaban en la tela.

*¡Es vieja!*

Teg no había esperado que lo fuera tanto. Su rostro era una máscara de arrugas.

Los ojos, de un verde helado, estaban profundamente enterrados en sus órbitas. Su nariz era un prolongado pico cuya sombra alcanzaba sus finos labios y repetía el ángulo agudo de su barbilla. Un gorro negro casi cubría su pelo gris.

Muzaffar hizo una inclinación.

—Déjanos —dijo ella.

Abandonó la estancia sin una palabra, por la puerta por la que ella había entrado. Cuando la puerta se cerró tras él. Teg dijo:

—Honorada Madre.

—Así que habéis reconocido esto como un banco. —Su voz arrastraba consigo tan sólo un ligero temblor.

—Por supuesto.

—Siempre hay medios de transferir grandes sumas de poder en venta —dijo ella—. No hablo del poder que gobierna a las fábricas, sino del poder que gobierna a la gente.

—Y que normalmente pasa bajo los extraños nombres de gobierno o sociedad o civilización —dijo Teg.

—Sospechaba que erais muy inteligente —dijo ella. Tomó una silla y se sentó, pero no indicó a Teg que hiciera lo mismo—. Me considero una banquera. Eso ahorra un montón de torpes y desagradables rodeos.

Teg no respondió. Parecía no haber necesidad. Siguió estudiándola.

—¿Por qué me estáis mirando así? —preguntó ella.

—No esperaba que fuerais tan vieja —dijo él.

—Je, je, je. Tenemos muchas sorpresas para vos, Bashar. Más tarde, una Honorada Madre más joven puede que murmure su nombre para marcaros. Alabad a Dur si eso ocurre.

El asintió, sin comprender mucho de lo que ella decía.

—Este es también un edificio muy viejo —dijo ella—. Os estuve observando cuando llegasteis. ¿No os sorprende eso, también?

—No.

—Este edificio ha permanecido esencialmente sin cambios durante varios miles de años. Está construido con materiales que durarán mucho más todavía.

El miró a la mesa.

—Oh, no la madera. Pero dentro, todo es polastine, polaz y pormabat. Las Tres Pes nunca han sido objeto de burla allá donde la necesidad las ha requerido.

Teg permaneció en silencio.

—Necesidad —dijo ella—. ¿Tenéis alguna objeción a las cosas necesarias que ha habido que haceros?

—Mis objeciones no importan —dijo él. ¿A dónde quería ir a parar aquella mujer? Estaba estudiándole, por supuesto. Del mismo modo que él la estudiaba a ella.

—¿Creéis que los demás han objetado alguna vez sobre lo que vos les hicisteis a ellos?

—Indudablemente.

—Sois un comandante natural, Bashar. Creo que seréis muy valioso para nosotras.

—Siempre he pensado que era más valioso para mí mismo.

—¡Bashar! ¡Miradme a los ojos!

El obedeció, viendo pequeñas motas de color naranja flotando en el blanco de sus ojos. La sensación de peligro era aguda.

—¡Si alguna vez veis mis ojos completamente de color naranja, cuidado! —dijo ella—. Me habréis ofendido más allá de mi habilidad de tolerarlo.

El asintió.

—¡Me gusta que podáis mandar, pero no podéis mandarme a mí! Mandaréis a la escoria, y esa es la única función que tenemos para alguien como vos.

—¿La escoria?

Ella agitó una mano, un movimiento negligente.

—Ahí afuera. Ya los conocéis. Su curiosidad es más bien angosta. No hay grandes posibilidades de penetrar en su consciencia.

—Pensé que era eso lo que queríais decir.

—Trabajamos para que las cosas sigan así —dijo ella—. Todo les llega a través de un denso filtro, que lo excluye todo menos lo que posee un valor inmediato para la supervivencia.

—No hay grandes posibilidades —dijo él.

—Os sentís ofendido, pero eso no importa —dijo ella—. Para esos de ahí afuera, su principal motivo de preocupación es: «¿Comeré hoy?» «¿Tendré un refugio para esta noche que no esté invadido de atacantes o bichos?» ¿Lujo? El lujo es la posesión de una droga o de un miembro del sexo opuesto que pueda, de tanto en tanto, mantener a la bestia a raya.

*Y tú eres la bestia*, pensó él.

—Estoy tomándome un poco de tiempo con vos, Bashar, porque veo que podéis ser incluso más valioso para nosotras que Muzzafar. Y él es extremadamente valioso, por supuesto. En estos momentos, estamos recompensándole por traeros hasta nosotras en una condición receptiva.

Cuando vio que Teg seguía silencioso, dejó escapar una risita.

—¿No creéis que sois receptivo?

Teg se mantuvo inmóvil. ¿Le habían administrado alguna droga en aquella comida? Vio el parpadeo de la doble visión, pero los movimientos de la violencia habían recedido al tiempo que los destellos anaranjados abandonaban los ojos de la Honorada Madre. Sus pies debían ser evitados, sin embargo. Eran armas mortales.

—Sencillamente, pensáis en la escoria de forma equivocada —dijo ella—. Por fortuna, en su mayoría se limitan a sí mismos. Lo saben en algún lugar de las ciénagas de su consciencia más profunda, pero no pueden perder el tiempo luchando con eso o con cualquier otra cosa excepto el inmediato debatirse para la supervivencia.

—¿No pueden ser mejorados? preguntó él.

—¡No deben ser mejorados! Oh, procuramos que la mejora por si mismos sea un gran anhelo entre ellos. Nada real, por supuesto.

—Otro lujo que debe serles negado —dijo él.

—¡No un lujo! ¡Algo que no existe! Debe quedar siempre oculto bajo una barrera que nos gusta llamar ignorancia protectora.

—Lo que no conoces no puede hacerte daño.

—No me gusta vuestro tono, Bashar.

Las motas naranja danzaban de nuevo en sus ojos. La sensación de violencia disminuyó, sin embargo, cuando dejó escapar de nuevo una risita.

—La cosa contra la que estáis en guardia es lo opuesto de *lo-que-no-sabes*. Nosotras enseñamos que el nuevo conocimiento puede ser peligroso. Podéis ver la obvia extensión: ¡Todo nuevo conocimiento es no-supervivencia!

La puerta detrás de la Honorada Madre se abrió, y Muzzafar regresó. Era un Muzzafar distinto, el rostro enrojecido, los ojos brillantes. Se detuvo detrás de la silla de la Honorada Madre.

—Un día, podré permitiros que vos estéis también detrás de mí de esta forma —dijo ella—. Está en mi poder hacerlo.

¿Qué le habían hecho a Muzzafar?, se preguntó Teg. El hombre parecía casi drogado.

—¿Veis que poseo el poder? —preguntó ella.

El carraspeó.

—Eso es obvio.

—Soy una banquera, ¿recordáis? Acabo de efectuar un depósito en la cuenta de nuestro leal Muzzafar. ¿No nos das las gracias, Muzzafar?

—Os las doy, Honorada Madre. —Su voz era ronca.

—Estoy segura de que comprendéis en líneas generales ese tipo de poder, Bashar —dijo ella—. La Bene Gesserit os adiestró bien. Tienen un gran talento, pero me temo que no tienen tanto talento como nosotras.

—Y se me ha dicho que sois muy numerosas —dijo él.

—Nuestro número no es la clave, Bashar. Un poder como el nuestro tiene sus propias formas de canalizarse de modo que pueda ser controlado por un número pequeño.

Era como una Reverenda Madre, pensó, en la forma en que parecía responder sin

revelar demasiado.

—En esencia —dijo—, un poder como el nuestro termina convirtiéndose en la sustancia de la supervivencia para mucha gente. *Entonces*, la amenaza de retirarlo es todo lo que necesitamos para gobernar. —Miró por encima de su hombro—. ¿Quieres que te retiremos nuestro favor, Muzzafar?

—No, Honorada Madre. —¡Estaba realmente temblando!

—Habéis descubierto una nueva droga —dijo Teg.

La risa de la mujer fue espontánea y estentórea, casi ronca.

—¡No, Bashar! Empleamos una muy vieja.

—¿Y pretendéis hacer de mí un adicto?

—Como todos los demás a los que controlamos, Bashar, vos tenéis una elección: muerte u obediencia.

—Es una elección también muy vieja —admitió. ¿Cuál era su inmediata amenaza? No podía captar violencia. Antes al contrario. Su doble visión le mostraba entrecortados atisbos llenos de armónicos extremadamente sensuales. ¿Creían que podían imprimirlo?

Ella le sonrió, una expresión de suficiencia con algo frígido debajo.

—¿Nos servirá bien, Muzzafar?

—Creo que sí, Honorada Madre.

Teg frunció pensativamente el ceño. Había algo profundamente perverso en aquella pareja. Iban contra toda la moralidad sobre la cual había modelado él su comportamiento. Era bueno recordar que ninguno de los dos conocía aquel extraño fenómeno que había acelerado sus reacciones.

Parecían estar gozando con su asombrado desconcierto.

Teg se sintió algo más tranquilizado al darse cuenta de que ninguno de los dos gozaba realmente de la vida. Podía ver claramente en ellos con los ojos que la Hermandad había educado. La Honorada Madre y Muzzafar habían olvidado, o más probablemente abandonado, todo lo que apoyaba la supervivencia de una alegre humanidad. Supuso que con toda seguridad ya no eran capaces de encontrar una auténtica fuente de placer en su propia carne, la suya debía ser principalmente una existencia de voyeur, el eterno observador, siempre recordando lo que había sido antes de efectuar aquel giro hacia lo que los había convertido en lo que eran ahora. Incluso cuando se revolcaban en la realización de algo que en una ocasión había significado gratificación, tendría que tenderse hacia nuevos extremos cada vez, simplemente para tocar los bordes de sus propias memorias.

La sonrisa de la Honorada Madre se hizo más amplia, mostrando una hilera de resplandecientes y blancos dientes.

—Mírale, Muzzafar. No tiene ni la menor idea de lo que podemos hacer.

Teg oyó aquello, pero también vio con ojos adiestrados por la Bene Gesserit. No

quedaba ni un miligramo de ingenuidad en ninguno de aquellos dos. No era de esperar que nada los sorprendiera. Nada sería completamente nuevo para ellos. Sin embargo, seguían complotando y planeando, con la esperanza de que *aquel* extremo produjera el recordado estremecimiento. Sabían que no iba a hacerlo, por supuesto, y esperaban extraer de la experiencia tan sólo un poco más de ardiente rabia con la cual modelar otro intento hacia lo inalcanzable. Así era como trabajaba su pensamiento.

Teg dibujó una sonrisa para ellos, utilizando todos los talentos que había aprendido de manos de la Bene Gesserit. Era una sonrisa llena de compasión, de comprensión y de auténtico placer en su propia existencia. Sabía que era el insulto más mortal que podía lanzarle, y vio como golpeaba. Muzzafar lo miró con ojos llameantes. La Honorada Madre pasó de una ira que cubrió sus ojos de naranja a una repentina sorpresa y luego, muy suavemente, a un naciente placer. ¡No había esperado aquello! ¡Era algo nuevo!

—Muzzafar —dijo, el naranja desapareciendo de sus ojos—, trae a la Honorada Madre a quien has elegido para marcar a nuestro Bashar.

Teg, con su doble visión indicándole el peligro inmediato, comprendió al fin. Podía sentir la consciencia de su propio futuro expandiéndose como oleadas mientras la energía crecía en él. ¡El salvaje cambio en su interior estaba prosiguiendo! Sintió expandirse la energía. Con ella llegó la comprensión y las elecciones. Se vio a sí mismo lanzándose como un torbellino a través del edificio... cuerpos esparcidos tras él (los de Muzzafar y la Honorada Madre entre ellos), y todo el complejo con el aspecto de un matadero cuando él lo abandonara finalmente.

*¿Debo hacer eso?*, se preguntó.

Por cada uno que matara, muchos más resultarían muertos. Vio la necesidad de aquello, sin embargo, del mismo modo que vio finalmente los designios del Tirano. El dolor que vio para sí mismo casi arrancó lágrimas de sus ojos, pero las contuvo.

—Sí, traedme a esa Honorada Madre —dijo, sabiendo que aquella iba a ser una menos que tuviera que buscar y destruir en algún otro lugar dentro del edificio. La sala de los controles del sondanalizador era lo primero que debía dominar.



## Capítulo XLIV

*Oh tú que sabes lo que sufrimos aquí,  
no nos olvides en tus plegarias.*

***Cartel en el Campo de Aterrizaje de Arrakeen (Grabaciones Históricas: Dar-es-Balat)***

Taraza observó un aletear como de nieve de las flores cayendo de las ramas de los árboles contra el plateado cielo de una mañana rakiana. Había un resplandor opalescente en el cielo que, pese a toda su documentación preparatoria, no había anticipado. Rakis albergaba muchas sorpresas. El simulado olor a naranja era intenso allá en el borde del jardín en el techo de Dar-es-Balat, cubriendo todos los demás olores.

*Nunca te creíste capaz de sondear las profundidades de ningún lugar... ni de ningún ser humano,* recordó para sí misma.

La conversación había terminado allí afuera, pero no los ecos de los pensamientos expresados que habían intercambiado en el interior hacía tan sólo unos minutos. Se había llegado a un acuerdo, sin embargo, y ahora era el momento de pasar a la acción. Muy pronto, Sheeana «danzaría un gusano» para ellos, y una vez más demostraría su maestría.

Waff y un nuevo representante de los sacerdotes compartirían aquel «sagrado acontecimiento», pero Taraza estaba segura de que ninguno de ellos comprendía la auténtica naturaleza de lo que iban a presenciar. Waff soportaría el espectáculo, por supuesto. Seguía mostrando aquel aire de irritada incredulidad hacia todo lo que veía u oía. Era una extraña mezcla, con su subyacente maravilla ante el hecho de hallarse en Rakis. El catalizador era obviamente su irritación ante el hecho de que aquel planeta estaba gobernado por estúpidos.

Odrade regresó de la sala de reuniones y se detuvo junto a Taraza.

—Estoy extremadamente inquieta por los informes de Gammu —dijo Taraza—. ¿Traes algo nuevo?

—No. Obviamente las cosas siguen siendo caóticas allí.

—Dime, Dar, ¿qué piensas que deberíamos hacer?

—Sigo recordando las palabras del Tirano a Chenoeh: «La Bene Gesserit está tan cerca de lo que debería ser, y sin embargo tan lejos.»

Taraza señaló hacia el desierto más allá del qanat de la ciudad museo.

—Él sigue estando ahí afuera, Dar. Estoy segura de ello. —Se volvió para mirar de frente a Odrade—. Y Sheeana le habla.

—Él dijo tantas mentiras —murmuró Odrade.

—Pero no mintió acerca de su propia encarnación. Recuerda lo que dijo: «Cada parte descendiente de mí llevará consigo algo de mi consciencia encapsulada con él, perdida e impotente... perlas de mí moviéndose ciegamente por la arena, capturadas en un sueño interminable.»

—Depositas una gran parte de tus creencias en el poder de ese sueño —dijo Odrade.

—¡Debemos recuperar los designios del Tirano! ¡Todos ellos!

Odrade suspiró, pero no dijo nada.

—Nunca subestimes el poder de una idea —dijo Taraza—. Los Atreides siempre fueron filósofos en su ejercicio del poder. La filosofía es siempre peligrosa porque promueve la creación de nuevas ideas.

Odrade tampoco respondió.

—¡El gusano lo lleva todo dentro de él, Dar! Todas las fuerzas que él puso en movimiento se hallan todavía en su interior.

—¿Estás intentando convencerme a mí o a ti misma, Tar?

—Estoy castigándote, Dar. Del mismo modo que el Tirano sigue castigándonos a nosotras.

—¿Por no ser lo que hubiéramos debido ser? Ahhh, aquí llegan Sheeana y los demás.

—El lenguaje del gusano, Dar. Eso es lo importante.

—Si tú lo dices, Madre Superiora.

Taraza lanzó una furiosa mirada a Odrade, que avanzó para recibir a los recién llegados. Había una inquietante melancolía en Odrade.

La presencia de Sheeana, sin embargo, restableció el sentido de finalidad en Taraza. Era una cosita despierta, aquella Sheeana. Muy buen material. Sheeana había demostrado su danza la noche anterior, bailándola en la gran sala del museo contra el fondo de tapices, una exótica danza contra unas exóticas colgaduras de fibra de especia con sus imágenes del desierto y de los gusanos. Parecía formar casi parte de los tapices, una figura proyectada de las estilizadas dunas y el elaboradamente detallado curso de los gusanos. Taraza recordó cómo se había agitado el pelo castaño de Sheeana con los girantes movimientos de la danza, ondeando en un encrespado arco. La luz que caía sobre ella desde un lado acentuaba los destellos rojizos de su pelo. Sus ojos permanecían cerrados, pero su rostro evidenciaba su concentración. La excitación brotaba por el apasionado fruncimiento de su amplia boca, la dilatación de las aletas de su nariz, su mentón encajado hacia adelante. Sus movimientos evidenciaban una concentración interior que contradecía su juventud.

*La danza es su lenguaje, pensó Taraza. Odrade tiene razón. Viéndola, lo aprenderemos.*

Waff tenía una expresión retraída aquella mañana. Era difícil determinar si sus

ojos estaban mirando hacia afuera o hacia adentro.

Con Waff estaba Tulushan, un rakiano apuesto y cetrino, el representante elegido por los sacerdotes para el «sagrado acontecimiento» de aquella mañana. Taraza, al serle presentado en la danza de demostración, había considerado extraordinaria la forma en que Tulushan nunca necesitaba decir «pero», y sin embargo la palabra estaba siempre en cualquier cosa que dijera. Un perfecto burócrata. Esperaba con todo derecho llegar muy lejos con ello, pero esas expectativas pronto encontrarían su definitiva sorpresa. No sintió piedad por él ante aquella certeza. Tulushan era un joven de rostro blando con demasiados pocos años estándar para aquella posición de confianza. Había mucho más en él que saltaba a la vista, por supuesto. Y mucho menos.

Waff se apartó hacia un lado del jardín, dejando a Odrade y Sheeana con Tulushan.

El joven sacerdote era sacrificable, naturalmente. Aquello explicaba mucho acerca del porqué había sido elegido para aquella aventura. Le decía a Taraza que había alcanzado el nivel adecuado de violencia potencial. No creía, sin embargo, que ninguna de las facciones sacerdotales se atreviera a causarle ningún daño a Sheeana.

*Estaremos cerca de Sheeana.*

Había transcurrido una ajetreada semana desde la demostración de los logros sexuales de las rameras. Una semana realmente inquietante, cuando una pensaba en ella. Odrade había permanecido atareada con Sheeana. Taraza hubiera preferido a Lucilla para aquella tarea educativa, pero una tenía que arreglarse con lo que tenía disponible, y obviamente Odrade era la mejor que había disponible para aquella enseñanza en Rakis.

Taraza miró hacia el desierto. Estaban aguardando a los tópteros de Keen con su carga de Observadores Muy Importantes. Los OMI aún no estaban retrasados, pero se hacían esperar, como siempre solía hacer ese tipo de gente.

Sheeana parecía estar recibiendo bien su educación sexual, aunque la estimación de Taraza de las disponibilidades de educadores masculinos de la Hermandad en Rakis no era muy alta. En su primera noche allí, Taraza había llamado a uno de los sirvientes masculinos. Luego, había llegado a la conclusión de que aquello había representado un trastorno demasiado grande para un goce tan pequeño y el olvido que proporcionaba. Además, ¿qué era lo que había que olvidar? Olvidar era dar entrada a la debilidad.

*¡Jamás olvidar!*

Eso era lo que hacían las rameras, sin embargo. Comerciabán con el olvido. Y no tenían la menor consciencia de la constante presa que mantenía el Tirano sobre el destino de la humanidad, ni de la necesidad de romper esa presa.

Taraza había escuchado secretamente la sesión del día anterior entre Sheeana y

Odrade.

Sheeana, Odrade, Waff y Tulushan regresaron a la larga sala de reuniones. Ellos también habían oído los tópteros. Sheeana se mostraba ansiosa de mostrar su poder sobre los gusanos. Taraza vaciló. Había un sonido fatigado en los tópteros que se acercaban. ¿Estaban sobrecargados? ¿Cuántos observadores traían consigo?

El primer tóptero gravitó sobre el techo del ático, y Taraza vio su cabina blindada. Reconoció la traición antes incluso de que el primer rayo surgiera del aparato trazando un arco, cortando sus piernas por debajo de las rodillas. Cayó pesadamente contra un árbol en maceta, sus piernas completamente seccionadas. Otro rayo partió hacia ella, cortando en ángulo a la altura de su cadera. El tóptero pasó por encima de ella con un brusco rugir de chorros a toda potencia y se alejó hacia la izquierda.

Taraza se sujetó al árbol, apartando a un lado la agonía. Consiguió detener la mayor parte de la hemorragia de sus heridas, pero el dolor era intenso. No tan intenso como la agonía de la especie, sin embargo, se recordó a sí misma. Aquello ayudó, pero supo que estaba condenada. Oyó gritos, y los múltiples sonidos de la violencia por todo el museo.

*¡He vencido!*, pensó Taraza.

Odrade salió del ático y corrió hacia Taraza. No se dijeron nada, pero Odrade demostró que comprendía apoyando su frente contra la sien de Taraza. Era la antigua señal de la Bene Gesserit. Taraza empezó a volcar su vida sobre Odrade... las Otras Memorias, las esperanzas, los temores... todo.

Una de ellas aún podía escapar.

Sheeana observaba desde el interior del ático, de pie allá donde se le había ordenado que se quedara. Sabía lo que estaba ocurriendo allá afuera en el jardín del techo. Aquel era el misterio definitivo de la Bene Gesserit, y todas las postulantes eran conscientes de él.

Waff y Tulushan, que habían salido de la estancia cuando se inició el ataque, no habían regresado.

Sheeana se estremeció aprensivamente.

Bruscamente, Odrade se enderezó y corrió de vuelta al ático. Había una expresión salvaje en sus ojos, pero se movía con predeterminación. Saltando hacia arriba, empezó a reunir globos, aferrándolos a puñados por sus cuerdas tensoras. Tendió varios puñados a las manos de Sheeana, y Sheeana notó como su cuerpo iba haciéndose más ligero con el poder ascensional de los campos a suspensor de los globos. Arrastrando más puñados de globos, Odrade cruzó apresuradamente la estancia hasta su extremo más corto, allá donde una rejilla en la pared señalaba lo que estaba buscando. Con la ayuda de Sheeana, retiró la rejilla de sus sujeciones, revelando un profundo pozo de renovación de aire. La luz de los arracimados globos mostró las rugosas paredes de su interior.

—Sujeta los globos cerca de tu cuerpo para conseguir el máximo efecto de campo —dijo Odrade—. Suéltalos cuando llegues abajo. Ahora adentro.

Sheeana aferró las cuerdas con una sudorosa mano y cruzó el umbral. Se dejó caer, luego aferró temerosamente los globos contra su cuerpo. La luz procedente de arriba le dijo que Odrade la seguía.

En la parte inferior, emergieron en la sala de bombas, donde los susurros de muchos ventiladores creaban un ruido de fondo a los sonidos de violencia que les llegaban desde fuera.

—Debemos llegar a la no-habitación y de allí al desierto —dijo Odrade—. Todos estos sistemas de maquinaria están interconectados. Tiene que haber un paso.

—¿Está muerta Taraza? —susurró Sheeana.

—Sí.

—Pobre Madre Superiora.

—Yo soy la Madre Superiora ahora, Sheeana. Al menos temporalmente. —Señaló hacia arriba—. Esas son las ramera atacándonos. Debemos apresurarnos.

*¿Qué era lo que estaba escuchando?*

La joven y su maestra habían estado ahí afuera en el jardín en el techo, la una frente a la otra, sentadas en dos bancos, un amortiguador portátil ixiano ocultando sus palabras de cualquiera que pudiera estar escuchando y no dispusiera del traductor codificado. El amortiguador sostenido por sensores flotaba sobre ellas como una extraña sombrilla, un disco negro proyectando distorsiones que ocultaban los movimientos exactos de los labios y los sonidos de las voces.

Para Taraza, de pie dentro de la larga sala de reuniones, con el pequeño traductor en su oreja izquierda, la lección había transcurrido como un igualmente distorsionado recuerdo.

*Cuando a mí me enseñaron estas cosas, no habíamos visto lo que las ramera de la Dispersión podían hacer.*

—¿Por qué hablamos de la complejidad del sexo? —preguntó Sheeana—. El hombre que me enviaste la otra noche no dejaba de hablar de ello.

—Muchos creen que lo comprenden, Sheeana. Quizá nadie lo haya comprendido nunca, porque tales palabras requieren más de la mente de lo que le hacen a la carne.

—¿Por qué no podemos utilizar ninguna de las cosas que vimos que hacían los Danzarines Rostro?

—Sheeana, la complejidad se oculta dentro de la complejidad. Se han realizado acciones grandes y acciones horribles bajo la incitación de las fuerzas sexuales. Hablamos de «fuerza sexual» y de «energías sexuales» y de cosas así como del «abrumador impulso del deseo». No niego que tales cosas son observables. Pero lo que estamos viendo ahí es una fuerza tan poderosa que puede destruirte a ti y a todo lo que consideres valioso.

—Eso es lo que estoy intentando comprender. ¿Qué es lo que están haciendo mal las rameras?

—Ignoran para lo que luchan las especies, Sheeana. Creo que eso es algo que puedes captar. Indudablemente, el Tirano lo sabía. ¿Qué era su Senda de Oro sino una visión de las fuerzas sexuales trabajando para recrear interminablemente la humanidad?

—¿Y las rameras no crean?

—Más bien intentan controlar sus mundos a través de esta fuerza.

—Sí, parecen estar haciéndolo.

—Ahhh, ¿pero qué fuerza contraria pueden originar?

—No comprendo.

—¿Conoces la Voz y la forma en que puede controlar a alguna gente?

—Pero no controla a todo el mundo.

—Exacto. Una civilización sometida a la Voz durante un largo período desarrollará formas de adaptarse a esa fuerza, impidiendo la manipulación de aquellos que utilizan la Voz.

—¿De modo que existe gente que sabe cómo resistirse a las rameras?

—Vemos signos inconfundibles de ello. Y esa es una de las razones por las cuales estamos aquí en Rakis.

—¿Vendrán aquí las rameras?

—Me temo que sí. Desean controlar el núcleo del Viejo Imperio porque nos ven como una conquista fácil.

—¿No tenéis miedo de que venzan?

—No vencerán, Sheeana. Muchas cosas dependen de ello. Pero son un enemigo formidable para nosotras.

—¿Y cómo es eso?

El tono de Sheeana resonó en el propio shock de Taraza al oír aquellas palabras de Odrade. ¿Cuánto sospechaba Odrade? Al instante siguiente, Taraza comprendió, y se preguntó si la lección sería igualmente comprensible para la muchacha.

—El núcleo es estático, Sheeana. Hemos permanecido en una inmovilidad casi absoluta durante miles de años. La vida y el movimiento están «ahí afuera», con la gente de la Dispersión que se resiste a las rameras. Hagamos lo que hagamos, debemos conseguir que esa resistencia sea aún más fuerte.

El sonido de los tópteros acercándose apartó a Taraza de sus recuerdos. Los OMI estaban llegando de Keen. Estaban aún a una cierta distancia, pero el sonido se transmitía hasta lejos en el límpido aire.

El método de enseñanza de Odrade era bueno, había tenido que admitir Taraza mientras escrutaba el cielo en busca del primer indicio de los tópteros. Aparentemente llegaban a baja altura y por el otro lado del edificio. Aquella no era la

dirección correcta, pero quizá habían llevado a los OMI a una corta excursión sobre los restos del muro del Tirano. Mucha gente sentía curiosidad por el lugar donde Odrade había encontrado la reserva de especia.

## Capítulo XLV

*El mundo es para los vivos. ¿Dónde están?  
Desafiamos a la oscuridad a que alcance lo blanco y cálido.  
Ella era el viento cuando el viento estaba en mi camino.  
Vivo al mediodía, perecí en su belleza.  
Quien se alza de la carne al espíritu conoce la caída.  
El mundo salta por encima del mundo y lo ilumina todo.*

**Theodore Roethke (Cita histórica: Dar-es-Balat)**

Teg necesitó muy poca voluntad consciente para convertirse en un torbellino. Había reconocido al fin la naturaleza de la amenaza de las Honoradas Matres. El reconocimiento encajaba perfectamente con las confusas exigencias de su nueva consciencia Mentat que corría pareja con su velocidad incrementada.

Una monstruosa amenaza requería unas contramedidas monstruosas. La sangre lo salpicó cuando se lanzó a través del edificio del cuartel general, masacrando todo lo que encontraba a su paso.

Como había aprendido de sus maestras Bene Gesserit, el gran problema del universo humano residía en cómo se conseguía la procreación. Podía oír la voz de su primera maestra mientras arrastraba consigo la destrucción a través de todo el edificio:

—Puedes pensar en ello únicamente como sexualidad, pero nosotras preferimos el término más básico: procreación. Posee muchas facetas y ramificaciones, y aparentemente tiene una energía ilimitada. La emoción llamada «amor» es solamente un aspecto pequeño.

Teg aplastó la garganta de un hombre que se mantenía rígidamente erguido en su camino y, finalmente, encontró la sala de control de las defensas del edificio. Sólo había un hombre sentado en ella, su mano derecha casi tocando un mando rojo en la consola que tenía enfrente.

Con una tajante mano izquierda, Teg casi decapitó al hombre. El cuerpo se derrumbó hacia atrás en un lento movimiento, la sangre borboteando de la abierta garganta.

*¡La Hermandad tiene razón llamándolas ramera!*

Era posible arrastrar a la humanidad hacia casi cualquier lado manipulando las enormes energías de la procreación. Era posible aguijonear a los seres humanos hacia acciones que ellos nunca hubieran creído posibles. Una de sus maestras lo había dicho directamente:

—Esta energía debe poseer una salida. Enciérrala en una botella y se convertirá



en algo monstruosamente peligroso. Dirígela convenientemente, y lo barrerá todo a su paso. Este es un secreto básico de todas las religiones.

Teg era consciente de haber dejado más de cincuenta cuerpos a sus espaldas cuando abandonó el edificio. Su última víctima fue un soldado con uniforme de camuflaje de pie en la abierta puerta, aparentemente a punto de entrar.

Mientras corría más allá de la aparentemente inmóvil gente y vehículos, la acelerada mente de Teg tuvo tiempo de reflexionar en lo que había dejado tras de sí. ¿Representaba algún consuelo, se preguntó, el hecho de que la última expresión en vida de la vieja Honorada Madre fuera una de auténtica sorpresa? ¿Podría congratularse de que Muzzafar no volviera a ver nunca más su hogar de la casa de árbol?

La necesidad de lo que había realizado en apenas unos cuantos latidos de corazón era muy clara, sin embargo, para alguien adiestrado por la Bene Gesserit. Teg conocía su historia. Había muchos planetas paraíso en el Viejo Imperio, probablemente muchos más entre la gente de la Dispersión. Los humanos siempre parecían capaces de intentar aquel estúpido experimento. La gente de tales lugares generalmente se sumía en el letargo. Un rápido análisis decía que ello era debido a los climas agradables de tales planetas. El conocía aquello como estupidez. Todo era debido a que la energía sexual era fácilmente alcanzada en tales lugares. Dejemos que las Misioneras del Dios Dividido o alguna fuerza similar entre en uno de esos paraísos, y obtendremos una rabiosa violencia.

—Nosotras las de la Hermandad lo sabemos —había dicho una de las maestras de Teg—. Hemos prendido la mecha de uno de esos explosivos más de una vez con nuestra Missionaria Protectora.

Teg no paró de correr hasta que estuvo en un callejón, al menos a cinco kilómetros de distancia del matadero en que se había convertido el cuartel general de la vieja Honorada Madre. Sabía que había pasado muy poco tiempo, pero había algo mucho más importante en lo cual debía centrarse. No había matado a todos los ocupantes de aquel edificio. Había ojos allí atrás que pertenecían a gente que ahora sabía lo que él podía hacer. Le habían visto matar a Honoradas Matres. Habían visto a Muzzafar derrumbarse muerto a sus manos. La evidencia de los cuerpos dejados atrás y la reproducción a marcha lenta de las grabaciones lo dirían todo.

Teg se reclinó contra una pared. Tenía una despellejadura en la palma de su mano izquierda. Volvió a tiempo normal mientras observaba la sangre manar de la herida. La sangre era casi negra.

*¿Más oxígeno en mi sangre?*

Estaba jadeando, pero no tanto como parecían requerir aquellos esfuerzos.

*¿Qué es lo que me ha ocurrido?*

Era algo procedente de su ascendencia Atreides, lo sabía. La crisis lo había

arrojado a otra dimensión de posibilidades humanas. Fuera cual fuese la transformación, era profunda. Podía sentirla brotar ahora en la urgencia de muchas necesidades. Y la gente junto a la que había pasado en su carrera hasta aquel callejón habían parecido como estatuas.

*¿Pensaré siempre en ellos como escoria?*

Sabía que sólo ocurriría si él dejaba que ocurriera. Pero la tentación estaba allí, y se concedió a sí mismo una breve conmiseración hacia las Honoradas Matres. La Gran Tentación las había arrojado a su propia escoria.

*¿Qué hacer ahora?*

El camino principal se abría ante él. Había un hombre allí en Ysai, un hombre que podía estar seguro de que sabía todo lo que Teg necesitaba. Teg miró a su alrededor en el callejón. Sí, aquel hombre estaba cerca.

La fragancia de flores y hierbas flotó hacia Teg desde algún lugar al fondo de aquel callejón. Avanzó hacia aquella fragancia, consciente de que lo conducía a donde necesitaba ir y de que ningún ataque violento lo aguardaba allí. Aquel era, temporalmente, un remanso tranquilo.

Llegó rápidamente a la fuente de la fragancia. Era una puerta embutida en la pared señalada por una marquesina azul con dos palabras escritas en galach moderno: «Servicio personal».

Teg entró, y vio inmediatamente lo que había encontrado. Podían hallarse en muchos lugares en el Viejo Imperio: establecimientos de comidas aferrados a los viejos tiempos, evitando los autómatas tanto en la cocina como en el servicio. La mayoría de ellos eran establecimientos «reservados». Uno les contaba a los amigos su último «descubrimiento», con la advertencia de que no divulgaran la noticia.

—No me gustaría que se estropeará si empieza a ir mucha gente.

Aquella idea siempre había divertido a Teg. Difundes la noticia de la existencia de tales lugares, pero siempre lo haces con la condición de que sea mantenido el secreto.

Olores de comida que hacían la boca agua emergían de la cocina en la parte de atrás. Pasó un camarero llevando una bandeja de la que brotaba un aromático humo, prometiendo cosas deliciosas.

Una mujer joven con un traje negro corto y un delantal blanco se dirigió a él.

—Por aquí, señor. Tenemos una mesa libre en el rincón.

Le señaló una silla en la que podía sentarse con la espalda vuelta a la pared.

—Alguien le atenderá en un momento, señor —le tendió una rígida hoja de un papel grueso y basto—. Nuestro menú está impreso. Espero que no le importe.

La observó mientras se alejaba. El camarero que había visto pasar antes regresó a la cocina. La bandeja estaba vacía.

Los pies de Teg lo habían conducido hasta allí como si supieran en qué dirección

debían correr. Y allí estaba el hombre requerido, comiendo a su lado.

El camarero se había detenido para hablar con el hombre que Teg sabía tenía la respuesta a los próximos movimientos que necesitaba efectuar allí. Los dos estaban riendo. Teg observó el resto del salón: sólo otras tres mesas ocupadas. Una mujer ya mayor estaba sentada en una mesa en el ángulo más alejado, mordisqueando algo crujiente. Iba vestida con lo que Teg supuso debía ser la cúspide de la moda, un traje rojo ceñido muy corto y con un gran escote. Sus zapatos hacían juego con el traje. Una pareja joven estaba sentada en una mesa a su derecha. No veían nada excepto el uno al otro. Un hombre ya mayor con una túnica marrón de corte clásico comía frugalmente un plato de verduras cerca de la puerta. Sólo tenía ojos para su comida.

El hombre que hablaba con el camarero rió fuertemente.

Teg miró a la nuca del camarero. Mechones de pelo rubio cubrían la parte de atrás de su cuello como manojos arrancados de hierba seca. El cuello de la chaqueta del hombre casi desaparecía bajo aquel pelo. Teg bajó la mirada. Los zapatos del camarero estaban desgastados en los talones. El dobladillo de su chaqueta negra estaba zurcido. ¿Era aquél un restaurante económico? ¿Económico en qué sentido? Los olores que brotaban de la cocina no sugerían comida barata. El servicio de mesa era brillante y limpio. No había ningún plato desportillado. Sin embargo, el mantel rojo y blanco que cubría la mesa había sido zurcido en varios lugares, cuidando de que el zurcido encajara con el dibujo original.

Una vez más, Teg estudió a los demás clientes. Parecían acomodados. Ninguno podía alinearse con los pobres famélicos de por aquellos lugares. Teg estaba convencido de ello. Aquel lugar no solamente era un establecimiento «reservado», sino que alguien lo había diseñado para que diera esa impresión. Había una mente lista detrás de aquel negocio. Era el tipo de restaurante que los jóvenes ejecutivos que ascendían descubrían como lugares a donde llevar a posibles clientes o complacer a un superior. La comida sería de calidad y las raciones generosas. Teg se dio cuenta de que sus instintos lo habían conducido correctamente hasta aquí. Entonces prestó su atención al menú, permitiendo que el hambre penetrara finalmente en su consciencia. El hambre era como mínimo tan feroz que cuando había sorprendido al difunto Mariscal de Campo Muzzafar.

El camarero apareció al lado suyo con una bandeja en la cual había una caja abierta y un tarro del cual brotaba el intenso olor de un ungüento reparador de la piel.

—Veo que os habéis lastimado la mano, Bashar —dijo el hombre. Colocó la bandeja sobre la mesa—. Permitidme que cure vuestra herida antes de que encarguéis lo que deseáis comer.

Teg alzó la mano lastimada y contempló la rápida competencia del tratamiento.

—¿Me conoces? —preguntó.

—Sí, señor. Y después de lo que he estado oyendo, parece extraño veros vestido

así de uniforme. Ya está. —Terminó la cura.

—¿Qué es lo que has estado oyendo? —Teg habló en voz muy baja.

—Que las Honoradas Matres os están buscando.

—Solamente he matado a algunas de ellas y varios de sus... ¿Cómo deberíamos llamarlos?

El hombre palideció, pero habló con voz firme.

—Esclavos sería una buena palabra, señor.

—Tú estabas en Renditai, ¿verdad? —dijo Teg.

—Sí, señor. Muchos de nosotros nos establecimos luego aquí.

—Necesito comida, pero no puedo pagarla —dijo Teg.

—Nadie de Renditai necesita vuestro dinero, Bashar. ¿Saben ellas que vinisteis en esta dirección?

—No lo creo.

—La gente que hay aquí ahora son habituales. Ninguno de ellos os traicionará. Intentaré advertiros si llega alguien peligroso, ¿Qué deseáis comer?

—Mucha comida. Te dejo a ti la elección. Casi el doble de carbohidratos que de proteínas. Nada de estimulantes.

—¿Qué entendéis por mucha, señor?

—Ve trayendo hasta que yo te diga basta... o hasta que creas que he rebasado tu generosidad.

—Pese a las apariencias, señor, éste no es un establecimiento pobre. Lo que he ganado aquí con los extras me ha hecho un hombre rico.

Un punto por tu afirmación, pensó Teg. La apariencia externa del local era una calculada pose.

El camarero se fue y habló de nuevo con el hombre de la mesa central. Teg lo estudió abiertamente después de que el camarero se fuera a la cocina. Sí, aquel era el hombre. La comida concentrada en un solo plato formaba una montaña con un remate de pasta con guarnición de color verde.

Había muy pocos signos en aquel hombre del cuidado de una mujer, pensó Teg. Llevaba el cuello descuidadamente cerrado, los cierres enmarañados. Salpicaduras de la verdosa salsa manchaban su puño izquierdo. Era diestro por naturaleza, pero comía con su mano izquierda situada en el camino de las salpicaduras. Los dobladillos de sus pantalones estaban deshilachados. Uno de ellos, parcialmente descosido, colgaba sobre el tacón de su zapato. Los calcetines no hacían juego... uno azul y el otro amarillo pálido. Nada de aquello parecía importarle. Ninguna madre ni otra mujer había arrastrado nunca a aquel hombre dentro de casa antes de cruzar la puerta para ordenarle que se pusiera presentable. Su actitud básica quedaba definida por su propia apariencia: «Lo que ves es tan presentable como resulta posible.»

El hombre alzó repentinamente la vista, un movimiento brusco, como si se diera

cuenta de que estaba siendo espiado. Lanzó una mirada de sus ojos marrones por todo el salón, haciendo una pausa en cada rostro, como si buscara a alguien en particular. Hecho esto, volvió su atención a su plato.

El camarero regresó con una sopa de color claro en la que se apreciaban hebras de huevo y algunas verduras.

—Mientras preparamos el resto de la comida, señor —dijo.

—¿Viniste aquí directamente después de Renditai? —preguntó Teg.

—Sí, señor. Pero serví también con vos en Acline.

—El sesenta-setenta de Gammu —dijo Teg.

—¡Sí, señor!

—Salvamos un montón de vidas aquella vez —dijo Teg—. De las de ellos, y de las nuestras también.

Al observar que Teg no empezaba a comer, el camarero habló con una voz más bien fría:

—¿Deseáis un rastreador, señor?

—No mientras me sirvas tú —dijo Teg. Sus palabras eran sinceras, pero tuvo la sensación de que engañaba un poco a aquel hombre, ya que su doble visión le había dicho que la comida era segura.

El camarero empezó a volverse para irse, complacido.

—Un momento —dijo Teg.

—¿Señor?

—El hombre de la mesa del centro. ¿Es uno de los habituales?

—¿El profesor Delnay? Oh, sí, señor.

—Delnay. Sí, eso pensé.

—Profesor de artes marciales. Y también de historia.

—Lo sé. Cuando llegue el momento de servirme el postre, por favor pídele al profesor Delnay si no le importaría acudir a mi mesa.

—¿Debo decirle quién sois, señor?

—¿No crees que ya debe saberlo?

—Es muy probable, señor, pero de todos modos...

—Las precauciones cuando correspondan —dijo Teg—. Tráeme la comida.

El interés de Delnay se había despertado mucho antes de que el camarero le transmitiera la invitación de Teg. Las primeras palabras del profesor cuando se sentó frente a Teg fueron:

—Es la más notable hazaña gastronómica que haya visto nunca. ¿Estáis seguro de que podéis con el postre?

—Con dos o tres de ellos como mínimo —dijo Teg.

—¡Sorprendente!

Teg hundió su cuchara en una preparación endulzada con miel. Tragó, luego dijo:

—Este lugar es una joya.

—Lo he mantenido en un cuidadoso secreto —dijo Delnay—. Excepto algunos amigos íntimos, por supuesto. ¿A qué debo el honor de vuestra invitación?

—¿Habéis sido... esto, *marcado* por una Honorada Madre?

—¡Señores de perdición, no! No soy lo bastante importante como para ello.

—Esperaba pedirlos que arriesgarais vuestra vida, Delnay.

—¿De qué manera? —Ninguna vacilación. Aquello era tranquilizador.

—Hay un lugar en Ysai donde se reúnen mis viejos soldados. Deseo ir allí y ver a tantos de ellos como sea posible.

—¿A través de calles y vestido de gala como vais ahora?

—En cualquier forma que podáis arreglar.

Delnay colocó un dedo en su labio inferior y se reclinó en su asiento para contemplar a Teg.

—No sois una figura fácil de disimular, ya lo sabéis. De todos modos, puede que haya una forma. —Asintió pensativamente—. Sí. —Sonrió—. No os va a gustar, me temo.

—¿Qué es lo que tenéis en mente?

—Un poco de relleno y otras alteraciones. Os pasaremos como un capataz Bordano. Oleréis a cloaca, por supuesto. Y tendréis que aparentar que no os dais cuenta de ello.

—¿Por qué creéis que eso funcionará? —preguntó Teg.

—Oh, esta noche va a haber tormenta. Algo muy común en esta época del año. Depositando la humedad necesaria para las cosechas del año próximo. Y llenado las reservas para los sobrecalentados campos, ya sabéis.

—No comprendo vuestro razonamiento, pero cuando haya terminado con otro de estos platos, nos iremos —dijo Teg.

—Os gustará el lugar donde nos refugiamos de la tormenta —dijo Delnay—. Estoy loco, ya sabéis, haciendo esto. Pero el propietario de este lugar dice que debo ayudaros o nunca más me volverá a dejar entrar aquí.

Hacía una hora que había oscurecido cuando Delnay lo condujo al punto de cita. Teg, vestido con pieles y fingiendo una cojera, se vio obligado a utilizar mucho de su poder mental para ignorar sus propios olores. Los amigos de Delnay habían embadurnado a Teg con aguas fecales y luego lo habían lavado con una manguera. El secado con aire caliente había devuelto la mayor parte de los aromas.

Una estación lectora del control del tiempo en la puerta del lugar de reunión le dijo a Teg que la temperatura había descendido quince grados en el exterior durante la última hora. Delnay le precedió y penetraron en una atestada sala donde había mucho ruido y el sonido de entrecuchar de vasos. Teg hizo una pausa para estudiar la estación junto a la puerta. El viento estaba soplando a treinta kilómetros, comprobó.

La presión barométrica estaba bajando. Miró el cartel que había encima de la estación: «Un servicio a nuestros clientes.»

Presumiblemente un servicio al bar también. Los clientes que se marchaban podía echar una mirada a aquellas lecturas y regresar al calor y a la camaradería que dejaban atrás.

En una amplia chimenea en un rincón del fondo del bar ardía un auténtico fuego. Madera aromática.

Delnay regresó, frunció la nariz ante el olor de Teg, y lo condujo rodeando la multitud hacia una habitación de atrás, luego a través de ella a un baño privado. El uniforme de Teg —limpio y planchado— estaba colocado sobre una silla.

—Estaré junto a la chimenea cuando salgáis —dijo Delnay.

—Con el traje de gala, ¿eh? —preguntó Teg.

—Solamente es peligroso fuera en las calles —dijo Delnay. Se marchó por donde había venido.

Teg salió finalmente, y se abrió camino hacia la chimenea a través de grupos que se callaron de pronto a medida que la gente le iba reconociendo. Comentarios murmurados recorrieron la sala. «El viejo Bashar en persona.» «Oh, sí, es Teg. Serví con él, lo hice. Conocería ese rostro y esa figura en cualquier parte.»

Los clientes se habían agrupado al atávico calor del fuego. Había un intenso olor a ropas húmedas y respiraciones alcohólicas allí.

¿Así que la tormenta había conducido a aquella gente al bar? Teg miró a los militares rostros endurecidos por la batalla a su alrededor, pensando que aquella no era una reunión normal, no importaba lo que Delnay dijera. La gente allí se conocía entre sí, sin embargo, y había esperado encontrarse allí en aquel momento.

Delnay estaba sentado en uno de los bancos al lado de la chimenea, con un vaso conteniendo un líquido ambarino en una mano.

—Vos corristeis la voz de que nos encontráramos todos aquí —dijo Teg.

—¿No era eso lo que queríais, Bashar?

—¿Quién sois vos, Delnay?

—Tengo una granja de invierno a unos cuantos kilómetros al sur de aquí, y tengo también unos cuantos amigos banqueros que ocasionalmente me prestan un vehículo de superficie. Si deseáis que sea más explícito, soy como el resto de la gente en esta sala... alguien que desea sacarse a las Honoradas Matres de nuestros cuellos.

Un hombre detrás de Teg preguntó:

—¿Es cierto que matasteis a un centenar de ellas hoy, Bashar?

Teg habló secamente, sin girarse.

—El número ha sido muy exagerado. ¿Podría beber algo, por favor?

Gracias a su mayor altura, Teg pudo escrutar la sala mientras alguien le traía un vaso. Cuando fue colocado en su mano, observó que contenía, como esperaba, el azul

oscuro del Marinete Daniano. Aquellos viejos soldados conocían sus preferencias.

La actividad con las bebidas prosiguió en la sala, pero a un ritmo más tranquilo. Estaban aguardando a que él enumerara sus propósitos.

La gregaria naturaleza humana alcanzaba una cúspide natural en una noche tormentosa como aquella, pensó Teg. ¡Reuníos al lado del fuego en la boca de la caverna, compañeros de tribu! Nada peligroso nos ocurrirá, especialmente cuando las bestias vean nuestro fuego. ¿Cuántas otras reuniones similares se producían en todo Gammu en una noche como aquella?, se preguntó, dando un sorbo a su bebida. El mal tiempo podía enmascarar los movimientos que los compañeros reunidos deseaban que no fueran observados. El tiempo podía mantener también a una cierta gente dentro cuando se suponía que no debían permanecer dentro.

Reconoció unos cuantos rostros de su pasado... oficiales y soldados rasos, una buena mezcla. Tenía buenos recuerdos de algunos de ellos: gente en la que se podía confiar. Algunos iban a morir aquella noche.

El nivel de ruido empezó a alzarse cuando la gente se relajó en su presencia. Nadie le urgió una explicación. También conocían eso de él. Teg establecía sus propios esquemas de tiempo.

Los sonidos de conversaciones y risas eran de un tipo que sabía debía haber acompañado a tales reuniones desde los tiempos de los albores de la humanidad, cuando los hombres se agrupaban para protección mutua. Entrechocar de vasos, repentinos estallidos de carcajadas, unas cuantas risas tranquilas. Aquellos últimos serían los más conscientes de su poder personal. Las risas tranquilas afirmaban que podías estar alegre, pero no te convertían en un estúpido carcajeante. Delnay tenía una risa tranquila.

Teg alzó la vista y vio que el techo sostenido por vigas había sido construido convencionalmente bajo. Hacía que el espacio que enmarcaba pareciera a la vez más amplio y más íntimo. Había allí una cuidadosa atención a la psicología humana. Era algo que había observado en muchos lugares de aquel planeta. Era un cuidado por mantener un freno a la consciencia indeseada. Les hacía sentirse confortables y seguros. No lo estaban, por supuesto, pero no dejaba que esto llegara hasta ellos.

Durante un largo momento, Teg observó cómo eran distribuidas las bebidas por el rápido servicio de camareros: oscura cerveza local y algunos caros artículos de importación. Repartidos por la barra y en las suavemente iluminadas mesas había bols conteniendo vegetales del lugar, crujientemente fritos y muy salados. Un movimiento tan obvio por fomentar la sed no ofendía al parecer a nadie. Era algo simplemente esperado en aquel comercio. Las cervezas debían ser muy saladas también, por supuesto. Siempre lo eran. Los cerveceros sabían cómo desencadenar la respuesta de la sed.

Algunos de los grupos iban haciéndose más ruidosos. Las bebidas habían



empezado a trabajar su antigua magia. ¡Baco estaba allí! Teg sabía que si se permitía que aquella reunión prosiguiera su curso natural, la sala alcanzaría un crescendo más tarde y luego, gradualmente, muy gradualmente, el nivel de ruido descendería de nuevo. Alguien miraría a la estación meteorológica junto a la puerta. Dependiendo de lo que éste viera, el lugar se vaciaría inmediatamente, o proseguiría a un ritmo más tranquilo durante algún tiempo más. Se dio cuenta entonces de que alguien detrás de la barra podía disponer de una forma de alterar las lecturas de la estación meteorológica. El establecimiento no dejaría pasar una forma así de controlar su negocio.

*Hagamos que entren y mantengámoslos ahí por todos los medios que ellos no consideren objetables.*

La gente detrás de aquel negocio caería en manos de las Honoradas Matres sin siquiera parpadear.

Teg depositó su vaso a un lado y llamó:

—¿Puedo recabar vuestra atención, por favor?

Silencio.

Incluso los camareros dejaron de hacer lo que estaban haciendo.

—Algunos de vosotros vigilad las puertas —dijo Teg—. Nadie debe entrar ni salir hasta que yo dé la orden. Las puertas de atrás también, por favor.

Cuando hubieron cumplido aquello, paseó cuidadosamente la mirada por toda la sala, captando quienes eran aquellos que su doble visión y su vieja experiencia militar le decían que eran más de confianza. Lo que tenía que hacer a continuación había quedado muy claro para él. Burzmali, Lucilla y Duncan estaban allá afuera en el borde de su nueva visión, y era fácil ver cuáles eran sus necesidades.

—Supongo que podéis poner rápidamente vuestras manos sobre vuestras armas —dijo.

—¡Hemos venido preparados, Bashar! —gritó alguien en la sala. Teg oyó la presencia del alcohol en aquella voz, pero también la de la vieja adrenalina bombeando, algo que debía ser muy querido para aquella gente.

—Vamos a capturar una no-nave —dijo Teg.

Aquellos los atrajo. Ningún otro artefacto de la civilización estaba más celosamente guardado. Aquellas naves llegaban a los campos de aterrizaje y a otros lugares y se marchaban. Sus superficies blindadas estaban erizadas de armas. Sus tripulaciones estaban en alerta constante en los lugares vulnerables. Una traición podía tener éxito; un asalto abierto tenía pocas posibilidades. Pero allí en aquella sala Teg había alcanzado un nuevo nivel de consciencia, conducido por la necesidad y los genes salvajes de sus antepasados Atreides. Las posiciones de las no-naves en y alrededor de Gammu eran visibles para él. Brillantes puntos ocupaban su visión interior y, como hilos conduciendo de un juguete a otro, su doble visión veía la forma

de ir a través de aquel laberinto.

*Oh, pero no deseo ir, pensó.*

Aquello que lo impulsaba no podía ser negado.

—Específicamente, vamos a capturar una no-nave de la Dispersión —dijo—. Poseen algunas de las mejores. Tú, tú y tú y tú —señaló, individualizando a unos cuantos—, os quedaréis aquí y veréis que nadie abandone el lugar o se comunique con alguien de fuera de este establecimiento. Creo que seréis atacados. Resistid durante tanto tiempo como podáis. El resto de vosotros, tomad vuestras armas y salgamos.

## Capítulo XLVI

*¿Justicia? ¿Quién pide justicia? Nosotros hacemos nuestra propia justicia. La hacemos aquí en Arrakis... vencer o morir. No nos cerquemos con la justicia mientras tengamos armas y la libertad de utilizarlas.*

### **Leto I: Archivos Bene Gesserit**

La no-nave descendió lentamente sobre la arena rakiana. Su presencia agitó remolinos de polvo que derivaron como una tormenta de viento entre las nubes. El plateado sol amarillento estaba avanzando hacia un horizonte agitado por los ardientes demonios de un largo y caluroso día. La no-nave se posó allí crujiendo, una resplandeciente esfera acerada cuya presencia podía ser detectada por los ojos y los oídos pero no por ningún instrumento presciente o de largo alcance. La doble visión de Teg hacía que estuviera seguro de que ningunos ojos no deseados habían captado su llegada.

—Deseo que los tópteros blindados y los vehículos de superficie estén fuera en no más de diez minutos —dijo.

La gente se agitó detrás de él.

—¿Estáis seguro de que están aquí, Bashar? —La voz era la de un compañero de bebidas del bar de Gammu, un oficial de confianza desde Renditai cuya actitud ya no era la de alguien recuperando las emociones de su juventud. Había visto a viejos amigos morir en la batalla allí en Gammu. Como la mayor parte de los demás que habían sobrevivido para llegar allí, había dejado una familia cuyo destino no conocía. Había un toque de amargura en su voz, como si estuviera intentando convencerse a sí mismo de que había sido arrastrado con engaños a aquella aventura.

—Estarán aquí pronto —dijo Teg—. Llegarán a lomos de un gusano.

—¿Cómo lo sabéis?

—Todo estaba arreglado.

Teg cerró los ojos. No necesitaba ojos para ver la actividad a todo su alrededor. Aquel era como tantos otros puestos de mando que había ocupado: una sala ovalada llena de instrumentos y de gente que los manejaba, oficiales aguardando a obedecer.

—¿Qué es este lugar? —preguntó alguien.

—Esas rocas al norte de nosotros —dijo Teg—. ¿Las veis? Fueron en su tiempo un alto farallón. Era llamado la Trampa del Viento. Había un sietch Fremen allí, ahora es poco más que una cueva. Unos cuantos pioneros rakianos viven en él.

—Fremen —susurró alguien—. ¡Dioses! Deseo ver venir a ese gusano. Nunca pensé que llegara a contemplar algo así.

—Otro de vuestros inesperados arreglos, ¿eh? —preguntó el oficial de la gruñente

amargura.

*¿Qué diría si le revelara mis nuevas habilidades?*, se preguntó Teg. *Pensaría que oculto propósitos que no resistirían un detallado examen. Y tendría razón. Ese hombre está al borde de una revelación. ¿Seguiría siendo leal si se abrieran sus ojos?* Teg agitó la cabeza. El oficial tendría pocas elecciones. Ninguno de ellos tenía muchas elecciones excepto luchar y morir.

Era cierto, pensó entonces Teg, que el proceso de arreglar conflictos implicaba el engaño de grandes masas. Cuán fácil era caer en la actitud de las Honoradas Matres.

*¡Escoria!*

El engaño no era tan difícil como suponían algunos. La mayor parte de la gente deseaba ser conducida. Aquel oficial de allí lo deseaba. Había profundos instintos tribales (poderosas motivaciones inconscientes) para ello. La reacción natural cuando empezabas a reconocer lo fácilmente que eras conducido era buscar chivos expiatorios. Aquel oficial de allá deseaba ahora un chivo expiatorio.

—Burzmali desea veros —dijo alguien a la izquierda de Teg.

—No ahora.

Burzmali podía esperar. Tendría su día de mando muy pronto. Mientras tanto, era una distracción. Tendría tiempo más tarde para bordear peligrosamente el papel de chivo expiatorio.

¡Cuán fácil era producir chivos expiatorios, y cuán fácilmente eran aceptados! Aquello era especialmente cierto cuando la alternativa era encontrarte a ti mismo culpable o estúpido o ambas cosas a la vez. Teg deseaba decirles a todos aquellos que le rodeaban:

—¡Contemplad el engaño! ¡Entonces sabréis nuestras verdaderas intenciones!

El oficial de comunicaciones a la izquierda de Teg dijo:

—Esa Reverenda Madre está ahora con Burzmali. Insiste en que se le permita veros.

—Dile a Burzmali que él se quede con Duncan —dijo Teg—. Y haz que vigile a Murbella, que se asegure de que está a buen recaudo. Lucilla puede entrar.

*Así tiene que ser*, pensó Teg.

Lucilla se mostraba cada vez más suspicaz respecto a los cambios en él. Era lógico que una Reverenda Madre viera las diferencias.

Lucilla entró como una tromba, sus ropas siseando para acentuar su vehemencia. Estaba furiosa, pero lo disimulaba bien.

—¡Exijo una explicación, Miles!

Era una buena línea de apertura, pensó.

—¿Sobre qué? —dijo.

—¿Por qué simplemente no hemos ido directamente a...

—Porque las Honoradas Matres y sus compañeros tleilaxu de la Dispersión

controlan la mayoría de los centros rakianos.

—¿Cómo... cómo sabéis?

—Han matado a Taraza, ya os habéis enterado —dijo él.

Aquello la detuvo, pero no por mucho tiempo.

—Miles, insisto en que me digáis...

—No tenemos mucho tiempo —dijo él—. El próximo paso del satélite nos mostrará aquí en la superficie.

—Pero las defensas de Rakis...

—Son tan vulnerables como cualquier otra defensa cuando se vuelven estáticas —dijo él—. Las familias de los defensores están aquí abajo. Toma a las familias, y tendrás un control efectivo de los defensores.

—¿Pero por qué estamos aquí a cielo abierto en...?

—Para recoger a Odrade y a esa chica que va con ella. Oh, y a su gusano también.

—¿Qué vamos a hacer con un...?

—Odrade sabrá qué hacer con el gusano. Ella es vuestra Madre Superiora ahora, ya lo sabéis.

—Así que vais a sacarnos a toda prisa de aquí y...

—¡Vosotros vais a iros a toda prisa de aquí! Mi gente y yo nos quedaremos para crear un movimiento de diversión...

Aquello produjo un impresionado silencio en la estación de mando.

*Diversión, pensó Teg. Qué palabra más inadecuada.*

La resistencia que tenía en mente iba a crear histeria entre las Honoradas Matres, especialmente cuando fueran inducidas a creer que el ghola estaba allí. No sólo contraatacarían, sino que finalmente recurrirían a procedimientos de esterilización. La mayor parte de Rakis se convertiría en una ruina carbonizada. Había pocas posibilidades de que algún humano, gusano o trucha de arena pudiera sobrevivir.

—Las Honoradas Matres han estado intentando localizar y capturar un gusano sin éxito —dijo—. Realmente no comprendo cómo pueden ser tan ciegas en su noción de cómo trasplantar uno de ellos.

—¿Trasplantar? —Lucilla estaba desorientada. Teg raras veces había visto a una Reverenda Madre tan perdida. Estaba intentando reunir las cosas que él había dicho. La Hermandad poseía algunas de las capacidades de los Mentats, había observado. Un Mentat podía alcanzar una convicción cualificada sin datos suficientes. Pensó que él iba a estar muy fuera de su alcance (del alcance de cualquier otra Reverenda Madre) antes de que ella reuniera todos sus datos. ¡Entonces se produciría una verdadera persecución de su descendencia! Querrían a Dimela para sus Amantes Procreadoras, por supuesto. Y a Odrade. Ella no iba a poder escapar.

También tenían la clave de los tanques axlotl tleilaxu. Ahora sería tan sólo cuestión de tiempo hasta que la Bene Gesserit venciera sus escrúpulos y dominara esa

fuelle de espeeia. ¡Un cuerpo humano la produía!

—Entonces, estamos en peligro aquí —dijo Lucilla.

—Algún peligro, sí. El problema con las Honoradas Matres es que son demasiado ricas. Cometan los errores de la riqueza.

—¡Ramerar depravaras! —dijo ella.

—Os sugiero que acudáis a la escotilla de entrada —dijo él—. Odrade estará pronto aquí.

Ella se marchó sin otra palabra.

—Blindaje fuera y desplegado —dijo el oficial de comunicaciones.

—Alertad a Burzmali de que esté preparado para tomar el mando aquí —dijo Teg—. El resto de nosotros vamos a tener que salir muy pronto.

—¿Esperáis que todos nosotros nos unamos a vos? —Era el que buscaba un chivo expiatorio.

—Voy a salir fuera —dijo Teg—. Lo haré solo si es necesario. Sólo aquellos que lo deseen necesitan unirse a mí.

Después de aquello, todos irían con él, pensó. La presión de la camaradería era poco comprendida excepto por aquellos adiestrados por la Bene Gesserit.

Hubo un silencio en la estación de mando, roto solamente por el débil zumbir y el cliquetear de los instrumentos. Teg pensó en las «rameras depravaras».

No era correcto llamarlas depravaras, pensó. A veces, los enormemente ricos se volvían depravaros. Eso provenía de creer que el dinero (el poder) podía comprarlo todo y a todos. ¿Y por qué no deberían creerlo? Lo veían ocurrir cada día. Era fácil creer en absolutos.

*¡La creencia en la primavera eterna y todo eso!*

Era como otra fe. El dinero podía comprar lo imposible.

Entonces llegaba la depravación.

No era lo mismo para las Honoradas Matres. Estaban, de algún modo, más allá de la depravación. Habían pasado a su través; podía verlo. Pero ahora se hallaban en algo tan más allá de la depravación que Teg se preguntaba si realmente deseaba saber lo que era.

El conocimiento estaba allí, sin embargo, inescapable a su nueva consciencia. Ninguna de ellas dudaría ni un instante en someter a todo un planeta a tortura si eso significaba un beneficio personal. O si el provecho era algún placer imaginado. O si la tortura producía aunque fuera tan sólo unos cuantos días u horas más de vida.

¿Qué era lo que las complacía? ¿Qué las recompensaba? Eran como adictas a la semuta. Cualquiera que fuese el placer simulado exigía más y más a cada momento.

*¡Y ellas lo saben!*

¡Cómo debían arder en ira por dentro! ¡Atrapadas en una trampa así! Habían visto de forma absoluta que nada era suficiente... ningún bien, ningún mal. Habían perdido

por completo el sentido de la moderación.

Eran peligrosas, sin embargo. Y quizá él estuviera equivocado en una cosa: quizá ellas ya no recordaran lo que habían sido antes de la horrible transformación de aquel extraño estimulante de olor acre que teñía de naranja sus ojos. Recuerdos de recuerdos podían convertirse en algo distorsionado. Todo Mentat estaba sensibilizado a esa imperfección en sí mismo.

—¡Ahí está el gusano!

Era el oficial de comunicaciones.

Teg giró en su silla y miró a la proyección, un bolo en miniatura del exterior por la parte sudoeste. El gusano con los dos pequeños puntos de sus pasajeros humanos era un distante rastro de plata moviéndose serpenteante.

—Traed a Odrade sola aquí cuando lleguen —dijo—. Sheeana... es la muchacha... permanecerá detrás para ayudar a conducir al gusano a su alojamiento. El animal la obedecerá. Aseguraos de que Burzmali esté preparado cerca. No vamos a tener mucho tiempo para el traspaso de mando.

Cuando Odrade entró en la estación de mando, estaba aún respirando afanosamente y exudando los olores del desierto, un compuesto de melange, pedernal y transpiración humana. Teg permanecía sentado en su silla, aparentemente descansando. Sus ojos permanecían cerrados.

Odrade pensó que había atrapado al Bashar en una actitud de reposo, casi pensativa, muy poco característica suya. El hombre abrió entonces los ojos, y ella vio el cambio del que Lucilla apenas había sido capaz de vislumbrar una pequeña advertencia... junto con unas cuantas apresuradas palabras acerca de la transformación del ghola. ¿Qué era lo que le había ocurrido a Teg? Estaba casi posando para ella, animándola a ver en su interior. La mandíbula era firme y se mantenía ligeramente alzada en su actitud normal de observación. El estrecho rostro con su entretejido de arrugas de la edad no había perdido nada de su agudeza. La larga y delgada nariz tan característica de los Corrino y Atreides entre sus antepasados se había hecho un poco más larga y afilada con los años. Pero el pelo gris seguía siendo denso, y aquella pequeña protuberancia en su frente centraba la mirada del observador...

*¡En sus ojos!*

—¿Cómo supisteis que debíais encontraros con nosotras aquí? —preguntó Odrade—. Nosotras no teníamos ni la menor idea de adonde nos llevaba el gusano.

—Hay pocos lugares habitados aquí en el desierto profundo —dijo él—. La apuesta del jugador. Parecía probable.

*¿La apuesta del jugador?* Conocía aquella frase Mentat, pero nunca la había comprendido.

Teg se alzó de su silla.

—Tomad esta nave e id al lugar que conozcáis mejor —dijo. *¿A la Casa Capitular?* Estuvo a punto de decirlo, pero pensó en los demás que los rodeaban, aquellos militares desconocidos que Teg había reunido. ¿Quiénes eran? La breve explicación de Lucilla no la había satisfecho.

—Cambiamos ligeramente los planes de Taraza —dijo Teg—. El ghola no debe quedarse. Tiene que ir con vosotros.

Ella comprendió. Iban a necesitar los nuevos talentos de Duncan Idaho para contrarrestar a las ramera. Ya no era un mero cebo para la destrucción de Rakis.

—Él no podrá abandonar el escondite de la no-nave, por supuesto —dijo Teg.

Ella asintió. Duncan no estaba protegido contra los buscadores prescientes como los navegantes de la Cofradía.

—¡Bashar! —era el oficial de comunicaciones—. ¡Hemos sido captados por un satélite!

—¡De acuerdo, marmotas! —gritó Teg—. ¡Todo el mundo fuera! Traed a Burzmali aquí.

Se abrió una escotilla en la parte de atrás de la estación. Burzmali penetró.

—Bashar, ¿qué estamos...?

—¡No hay tiempo! ¡Tomad el mando! —Teg se apartó de su silla de mando e hizo un gesto con la mano a Burzmali para que la ocupara—. Odrade os dirá dónde ir. —Con un impulso que sabía era en parte vindicativo, Teg aferró el brazo izquierdo de Odrade, se le acercó, y besó su mejilla—. Haz lo que debas hacer, hija —susurró—. Ese gusano en la bodega será pronto el único que quede en el universo.

Odrade comprendió entonces: Teg conocía todo el designio completo de Taraza, y tenía intención de cumplir con las órdenes de la Madre Superiora hasta su final.

*Haz lo que debas hacer.* Aquello lo decía todo.



## Capítulo XLVII

*No estamos contemplando a un nuevo estado de la materia, sino a una nuevamente reconocida relación entre consciencia y materia, que nos proporciona una nueva y más penetrante visión de la forma de actuar de la presciencia. El oráculo modela un proyectado universo interior para producir nuevas probabilidades externas extraídas de fuerzas que no son comprendidas. No hay necesidad de comprender esas fuerzas antes de utilizarlas para modelar el universo físico. Los antiguos trabajadores del metal no tenían necesidad de comprender las complejidades moleculares y submoleculares de su acero, bronce, cobre, oro y estaño. Inventaban poderes místicos para describir lo desconocido, mientras proseguían operando sus forjas y manejando sus martillos.*

### ***Madre Superiora Taraza, Discusión en el Consejo***

La antigua estructura en la cual la Hermandad mantenía en secreto su Casa Capitular, sus Archivos, y las oficinas de su más sacrosanto liderazgo, no producía sonidos durante la noche. Los ruidos eran más bien señales. Odrade había aprendido a leer aquellas señales en sus muchos años allí. Aquel sonido en particular, aquél de allí, aquel crujir sostenido, era una viga de madera en el suelo no reemplazada en aproximadamente ochocientos años. Se contraía durante la noche, produciendo esos ruidos.

Poseía las memorias de Taraza para desarrollar aquellas señales. Las memorias no estaban completamente integradas; había habido muy poco tiempo. Allí en plena noche en la antigua habitación de trabajo de Taraza, Odrade utilizaba los pocos momentos disponibles para proseguir la integración.

*Dar y Tar, finalmente una.*

Ese era un comentario de Taraza, completamente identificable.

Perseguir a algunas de las Otras Memorias representaba bucear simultáneamente en varios planos, algunos de ellos muy profundos, pero Taraza permanecía cerca de la superficie. Odrade se permitía a veces sumergirse profundamente en las múltiples existencias. Ahora reconoció un yo que estaba respirando en aquel momento aunque de forma remota, al tiempo que otros exigían que se sumergiera en visiones globales, todas ellas completas con olores, tactos, emociones... todos los originales mantenidos intactos dentro de su propia consciencia.

*Es inquietante soñar los sueños de otra.*

Taraza de nuevo.

¡Taraza, que había jugado un juego tan peligroso con el futuro de toda la Hermandad colgando en la balanza! Con cuánto cuidado había calculado el tiempo

que tardaría en llegar a las rameras la noticia de que los tleilaxu habían introducido peligrosas habilidades en el ghola. Y el ataque en el Alcázar de Gammu había confirmado que la información había llegado a su destino. La naturaleza brutal del ataque, sin embargo, había advertido a Taraza de que le quedaba poco tiempo. Las rameras se asegurarían las fuerzas suficientes para garantizarse la total destrucción de Gammu... simplemente para matar a aquel ghola.

Tanto había dependido de Teg.

Vio al Bashar allí en su propio ensamblaje de Otras Memorias: el padre al que nunca había conocido realmente.

*Como tampoco conocí al final.*

Podía ser debilitante hurgar en esas memorias, pero no podía escapar a las exigencias de aquel tentador depósito.

Odrade pensó en las palabras del Tirano ¡La terrible extensión de mi pasado! Las respuestas ascienden como una muchedumbre asustada oscureciendo el cielo de mis inescapables memorias.

Odrade se mantuvo como un nadador en equilibrio justo debajo de la superficie del agua.

*Muy probablemente seré reemplazada*, pensó Odrade. *Puede que incluso sea vilipendiada*. Por supuesto, Bellonda no iba a aceptar de buen grado la nueva situación de mando. No importaba. La supervivencia de la Hermandad era todo lo que debía preocupar a cualquiera de ellas.

Odrade flotó saliendo de sus Otras Memorias y alzó la vista para mirar a través de la habitación, al nicho en sombras donde podía divisarse el busto de una mujer a la débil luz de los globos. El busto era una vaga forma en las sombras, pero Odrade conocía muy bien aquel rostro: Chenoeh, símbolo guardián de la Casa Capitular.

—Aquí estoy por la gracia de Dios...

Cada Hermana que pasaba por la agonía de la especia (como no había hecho Chenoeh) decía o pensaba lo mismo, pero ¿qué significaba realmente? Una cuidadosa educación y un cuidadoso adiestramiento producía a las personas adecuadas en el número adecuado. ¿Dónde estaba la mano de Dios en eso? Dios no era a buen seguro el gusano que se habían traído de Rakis. ¿Era sentida la presencia de Dios únicamente en los éxitos de la Hermandad?

*¡Caigo presa de los alegatos de mi propia Missionaria Protectora!*

Sabía que eran similares a los pensamientos y preguntas que habían sido oídos en aquella habitación en incontables ocasiones. ¡Infructuoso! Sin embargo, no conseguía decidirse a sacar aquel busto guardián del nicho donde había reposado desde hacía tanto tiempo.

*No soy supersticiosa, se dijo a sí misma. No soy una persona compulsiva. Es un asunto de tradición. Tales cosas poseen un valor bien conocido por todas nosotras.*

*Ciertamente, ningún busto mío será nunca tan honrado.*

Pensó en Waff y sus Danzarines Rostro muertos con Miles Teg en la terrible destrucción de Rakis. Aquello no iba a dilatarse en el mismo sangriento desgaste que había sufrido el Viejo Imperio. Mejor pensar en el vigor del castigo originado por la equivocada violencia de las Honoradas Matres.

*¡Teg lo sabía!*

La recientemente concluida sesión del Consejo había terminado cansadamente sin ninguna firme conclusión. Odrade podía sentirse afortunada de haber desviado la atención hacia unas cuantas preocupaciones que las afectaban a todas ellas.

Los castigos: eso las había ocupado durante un tiempo. Los precedentes históricos surgieron parpadeantes de los análisis de los Archivos hasta tomar una forma satisfactoria. Aquel conjunto de seres humanos que se habían aliado con las Honoradas Matres iban a recibir algunos fuertes shocks.

Evidentemente, Ix se había extendido demasiado. No tenían ni la menor idea de cómo la competencia de la Dispersión iba a aplastarlos.

La Cofradía iba a ser echada a un lado e iba a tener que pagar muy cara su melange y su maquinaria. La Cofradía e Ix, formando un solo paquete, iban a caer juntas.

Las Habladoras Pez podían ser en su mayor parte ignoradas. Satélites de Ix, estaban difuminándose ya en un pasado que los seres humanos iban a abandonar.

Y la Bene Tleilax. Ah, sí, los tleilaxu. Waff había sucumbido a las Honoradas Matres. Nunca lo había admitido, pero la verdad era llana: *«Sólo una vez y con uno de mis propios Danzarines Rostro»*.

Odrade sonrió sombríamente, recordando el amargo beso de su padre.

*Haré hacer otro nicho, pensó. Encargaré otro busto: ¡Miles Teg, el Gran Hereje!*

Las sospechas de Lucilla acerca de Teg eran inquietantes, sin embargo. ¿Había sido presciente al final, y capaz de ver las no-naves? Bien, las Madres Procreadoras podrían explorar esas sospechas.

—¡Nos hemos encerrado demasiado! —había acusado Bellonda.

Todas ellas conocían el significado de sus palabras: se habían retirado al interior de su posición de fortaleza para la larga noche de las ramera.

Odrade se dio cuenta de que no le importaba mucho Bellonda, la forma en que reía ocasionalmente para dejar al descubierto aquellos anchos y romos dientes.

Habían discutido las muestras de células de Sheeana durante largo tiempo. La «prueba de Siona» estaba allí. Poseía el linaje que la escudaba contra la presciencia, y podía abandonar la no-nave.

Duncan no podía.

Odrade desvió sus pensamientos hacia el ghola, allá afuera en la no-nave posada en el suelo. Levantándose de la silla, cruzó la habitación hacia la oscura ventana y

miró en dirección al distante campo de aterrizaje.

¿Se atreverían a soltar a Duncan de la protección de aquella nave? Los estudios celulares decían que era una mezcla de muchos gholas Idaho... con algún descendiente de Siona. ¿Pero qué podía decirse de la contaminación procedente del original?

*No. Debe permanecer confinado.*

¿Y Murbella... la embarazada Murbella? Una Honorada Madre deshonorada.

—Los tleilaxu pretendían que yo matara a la Imprimadora —había dicho Duncan.

—¿Intentaste matar a la ramera? —había sido la pregunta de Lucilla.

—Ella no es una Imprimadora —había dicho Duncan.

El Consejo había discutido largamente la posible naturaleza del lazo entre Duncan y Murbella. Lucilla mantenía que no existía ningún lazo en absoluto, que los dos seguían siendo cautelosos oponentes.

—Mejor no arriesgarnos a ponerlos juntos.

Las proezas sexuales de las ramera debían ser estudiadas detenidamente, sin embargo. Quizá pudiera intentarse una reunión de Duncan y Murbella en la no-nave. Con cuidadosas medidas protectoras, por supuesto.

Finalmente, pensó en el gusano en la bodega de la no-nave... un gusano acercándose al momento de su metamorfosis. Un pequeño estanque seco lleno con melange aguardaba a aquel gusano. Cuando llegara el momento, sería conducido por Sheeana al baño de melange. Las truchas de arena resultantes podían iniciar luego su larga transformación.

*Tenias razón, padre. Era tan simple cuando tú lo miraste claramente.*

No era necesario buscar un planeta desértico para los gusanos. La trucha de arena crearía su propio hábitat para Shai-Hulud. No era agradable pensar en el Planeta de la Casa Capitular transformado en vastas áreas de tierra desértica, pero tenía que hacerse.

La «Última voluntad y testamento de Miles Teg», que éste había implantado en los sistemas submoleculares de almacenaje de la no-nave, no podía ser desacreditado. Incluso Bellonda aceptaba eso.

La Casa Capitular requeriría una completa revisión de todas sus grabaciones históricas. Era preciso examinarlas bajo una nueva luz a raíz de lo que Teg había visto de los Perdidos... las ramera de la Dispersión.

«Muy pocas veces se llegan a saber los nombres de los auténticamente ricos y poderosos. Solamente vemos a sus portavoces. La arena política acepta unas pocas excepciones, pero esto no revela el conjunto de la estructura del poder.»

El filósofo Mentat había masticado concienzudamente todo lo que ellas aceptaban, y lo que había regurgitado luego no concordaba con la dependencia de los Archivos a «nuestras invioladas recapitulaciones».

*Lo sabíamos, Miles; simplemente, nunca nos habíamos enfrentado a ello. Todas vamos a tener que estar sondeando en nuestras Otras Memorias durante las próximas generaciones.*

No podía confiarse en los sistemas fijos de almacenamiento de datos.

«Si destruís la mayor parte de las copias, el tiempo se encargará del resto.»

¡Cómo se había encolerizado Archivos ante aquella declaración del Bashar!

«La escritura de la historia es mayormente un proceso de diversión. La mayor parte de los relatos históricos desvían la atención de las secretas influencias en torno a los acontecimientos registrados.»

Aquello era lo que había hundido a Bellonda. Lo había aceptado, admitiendo:

—Las pocas historias que escapan a este proceso restrictivo se desvanecen en la oscuridad a través de obvios procesos.

Teg había listado algunos de los procesos:

«Destrucción de tantas copias como sea posible, sometimiento al ridículo de los relatos demasiado reveladores, ignorancia de ellos en los centros de educación, asegurándose de que no son citados en otros lugares y, en algunos casos, eliminación de los autores.»

*Sin mencionar el proceso del chivo expiatorio que ocasionó la muerte a más de un mensajero trayendo noticias no deseadas*, pensó Odrade. Recordó a un antiguo gobernante que siempre tenía una lanza a mano con la que atravesar a los mensajeros que le trajeran malas noticias.

—Poseemos una buena base de información sobre la que levantar un mejor conocimiento de nuestro pasado —había argumentado Odrade—. Siempre hemos sabido que lo que estaba en juego en los conflictos era la determinación de quién podía controlar la riqueza o su equivalente.

Quizá no existiera una auténtica «noble finalidad», pero podía existir en el futuro.

*Estoy evitando la consecuencia central*, pensó.

Había que hacer algo acerca de Duncan Idaho, y todas ellas lo sabían.

Con un suspiro, Odrade ordenó un tóptero y se preparó para el corto viaje hasta la no-nave. La prisión de Duncan era al menos confortable, pensó Odrade cuando entró en ella. Aquellos habían sido los aposentos del comandante de la nave, ocupados más tarde por Miles Teg. Había aún señales de su presencia allí... un pequeño proyector holostático revelando una escena de su hogar en Lernaesus, la majestuosa vieja casa, el largo prado, el río. Teg había dejado su costurero detrás, en una mesilla lateral.

El ghola permanecía sentado en una silla basculante, contemplando la proyección. Alzó indiferente la vista cuando Odrade entró.

—Simplemente lo dejasteis ahí atrás para que muriera, ¿verdad? —preguntó Duncan.

—Hicimos lo que debíamos —dijo ella—. Y yo obedecí sus órdenes.

—Sé por qué estás aquí —dijo Duncan—. Y no me vas a hacer cambiar de opinión. No soy un maldito semental para las brujas. ¿Me comprendes?

Odrade alisó su aba y se sentó en el borde de la cama, frente a Duncan.

—¿Has examinado la grabación que mi padre nos dejó? —preguntó.

—¿Tu padre?

—Miles Teg era mi padre. Yo te transmití sus últimas palabras para ti. Él fue nuestros ojos al final. Tenía que ver la muerte de Rakis. La «mente en sus inicios» comprendió las dependencias y los troncos clave.

Al observar que Duncan parecía desconcertado, explicó:

—Nos hallábamos atrapados desde hacía demasiado tiempo en el laberinto oracular del Tirano.

Vio como el muchacho se erguía más alerta en su asiento, con los felinos movimientos que hablaban de músculos bien condicionados para atacar.

—No hay ninguna forma de que puedas escapar vivo de esta nave —dijo ella—. Tú sabes por qué.

—Siona.

—Eres un peligro para nosotras, pero preferiríamos que vivieras una vida útil.

—Sigo sin aceptar procrear para vosotras, especialmente no con esa pequeña boba de Rakis.

Odrade sonrió preguntándose cómo respondería Sheeana a aquella descripción.

—¿Crees que es divertido? —preguntó Duncan.

—No realmente. Pero seguiremos teniendo el hijo de Murbella, por supuesto. Apuesto a que eso nos satisfará.

—He estado hablando con Murbella por el com —dijo Duncan—. Ella cree que se convertirá en una Reverenda Madre, que vosotras vais a aceptarla en la Bene Gesserit.

—¿Por qué no? Sus células pasaron la prueba de Siona. Creo que haremos de ella una soberbia Hermana.

—¿Realmente va a engañaros de esa manera?

—¿Quieres decir si no hemos observado que ella piensa que podrá seguir con nosotras hasta que aprenda nuestros secretos y luego escapar? Oh, sabemos eso, Duncan.

—¿No crees que pueda escapar de vosotras?

—Una vez las hemos conseguido, Duncan, nunca las perdemos realmente.

—¿No creéis que perdisteis a Dama Jessica?

—Ella volvió a nosotras al final.

—¿A qué has venido realmente a verme?

—Pensé que te merecías una explicación de los planes de la Madre Superiora. Iban dirigidos a la destrucción de Rakis, te habrás dado cuenta. Lo que ella deseaba

realmente era la eliminación de casi todos los gusanos.

—¡Grandes Dioses subterráneos! ¿Por qué?

—Eran una fuerza oracular que nos mantenía atadas. Esas perlas de la consciencia del Tirano aumentaban esas ataduras. El no predecía acontecimientos, los creaba.

Duncan señaló hacia la parte de atrás de la nave.

—Pero, ¿y este...?

—¿Este gusano? Ahora es solamente uno. En el momento en que alcance un número suficiente como para ser de nuevo una influencia la humanidad habrá encontrado su propio camino más allá de él. Seremos demasiado numerosos por aquel entonces, haciendo demasiadas cosas distintas por nosotros mismos. Ninguna fuerza individual gobernará completamente todos nuestros futuros, nunca más.

Se puso en pie.

Cuando vio que él no respondía, dijo:

—Dentro de los límites impuestos, que sé que apreciarás, piensa por favor en la clase de vida que desees llevar. Te prometo ayudarte en todo lo que pueda.

—¿Por qué deberías hacerlo?

—Porque mis antepasados te quisieron. Porque mi padre te quiso.

—¿Querer? ¡Vosotras las brujas no sabéis lo que es eso!

Ella se lo quedó mirando durante casi un minuto. El decolorado pelo estaba creciendo otra vez oscuro en sus raíces, y rizándose de nuevo, especialmente en la nuca, observó.

—Siento lo que siento —dijo ella—. Y tu agua es tuya, Duncan Idaho.

Vio que la advertencia Fremen causaba su efecto en él, y entonces se dio la vuelta y salió de la habitación, pasando junto a los guardias.

Antes de abandonar la nave, se dirigió a la bodega y contempló al dócil gusano en su lecho de arena rakiana. La escotilla de observación dominaba al cautivo desde unos doscientos metros de altura. Mientras lo contemplaba, compartió una silenciosa carcajada con la cada vez más integrada Taraza.

*Teníamos razón, y Schwangyu y su gente estaban equivocadas. Sabíamos lo que él deseaba. Tenía que desearlo después de lo que hizo.*

Habló en voz alta en un suave susurro, tanto para sí misma como para los observadores cercanos estacionados allí para observar el momento en que se iniciara la metamorfosis en aquel gusano.

—Ahora tenemos tu lenguaje —dijo.

No había palabras en el lenguaje, sólo una adaptación a base de movimientos, de danza, de un moviente y danzante universo. Podías únicamente *hablar* el lenguaje, no traducirlo. Para conocer el significado tenías que pasar por la experiencia, e incluso entonces el mensaje cambiaba ante tus ojos. La «noble finalidad» era, después de todo, una experiencia intraducible. Pero cuando miró hacia abajo, hacia el árido

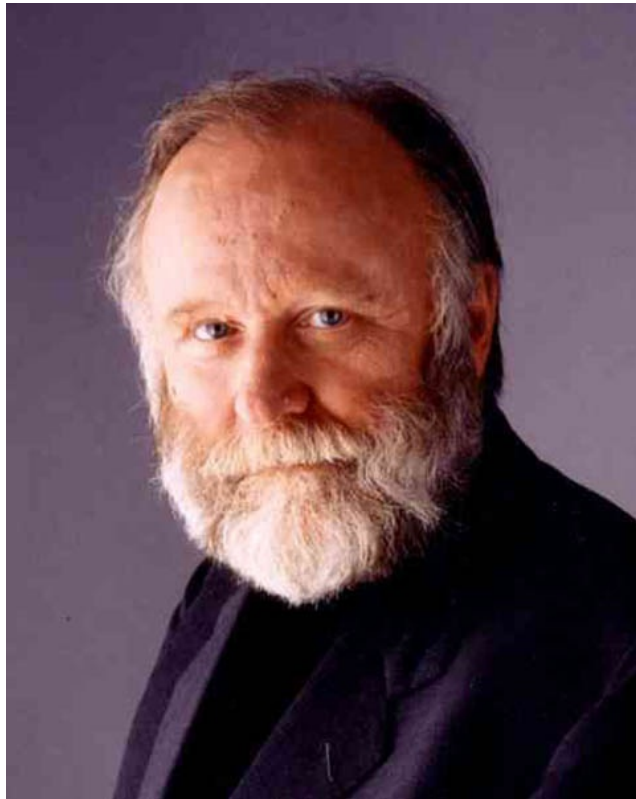
refugio inmune al calor de aquel gusano del desierto rakiano, Odrade supo lo que estaba viendo: la evidencia visible de una noble finalidad.

Suavemente, le dijo:

—¡Hey! ¡Viejo gusano! ¿Cuál es tu designio?

No hubo respuesta, pero ella tampoco había esperado realmente una respuesta.





FRANK HERBERT, nació en 1920 en Tacoma, Washington. Fue fotógrafo, camarógrafo de televisión, pescador de ostras y periodista, antes de empezar a escribir ciencia-ficción, publicando sus primeros relatos en 1952, en la revista *Startling Stories*.

Comenzó a escribir a los 8 años y a los 20 años vendía ya relatos para los pulps americanos, y después de la Segunda Guerra Mundial empezó a alternar su trabajo como periodista con la creación de relatos de aventuras, que firmaba con seudónimo. A principio de los 50 empezó a vender artículos y cuentos para revistas de mayor categoría.

Los libros más famosos de Herbert son los de la serie DUNE. Esta serie comenzó a ser publicada en 1965 y ha recibido los premios más importantes del género: Hugo y Nébula.